

ÁNGEL DE ESTRADA (HIJO)

REDENCIÓN



BUENOS AIRES
ÁNGEL ESTRADA Y Cía. — EDITORES
466 — Calle de Bolívar — 466

1906

Para el esento Daniel Salvez (hijo)

Afectuoso recuerdo

- de

Angel del studies

REDENCIÓN

A la memoria de sus tíos

José Manuel y Santiago.

*cultores de las letras argentinas en el seno del Bien, la
Verdad y la Belleza, dedica este libro*

El Autor.

DEL MISMO AUTOR

VERSO

Los Espejos. -- Poema.

Alma Nómada. -- Un volumen.

PROSA

Cuentos. -- Un volumen.

El Color y la Piedra. -- Un volumen.

Formas y Espritus. -- Un volumen.

La Voz del Nilo. -- Un volumen.

Manuel Gálvez (hijo)

PRIMERA PARTE

¿Qué es amor? Pregunta á aquel
que vive: ¿qué es vida? Pregunta
á aquel que adora: ¿qué es Dios?

SHELLEY.

LIBRO PRIMERO

I

Al fin del Oficio de Difuntos no se oye una voz como aquella que dijo á Juan en el Apocalipsis: “Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Ya desde ahora descansan de sus trabajos. . .” La concurrencia, aburriéndose en Santa Radegunda de Poitiers, encuentra interminable la ceremonia. Juan de la Tour exclama: “Es el castellano de Elançay, sin duda, quien ha preparado estos funerales: ni una lección, ni un salmo, nada se ha suprimido”. Pablo Fontaine aprueba con un bostezo.

El poema admirable, en efecto, acaba de resonar una vez más en ardientes labios. Ha estremecido el templo el grito de la miseria humana, condensada en los arrebatos de Job, por entre los salmos de David, y sus rayos de esperanza y sus reverencias de adoración. El cántico de Ezequías ha clamado: “Oh! Señor, salvadme.” Y la antifona del *Benedictus* ha respondido: “Yo soy la Resurrección y la Vida; el que creyere en Mí, aunque hubiese muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí, no morirá jamás. . .” Ninguno de los concurrentes penetró en realidad en el drama terrible. Nadie cerró los ojos ante sus relámpagos de belleza, ni los abrió sobre sus ríos de sombra, que marchan hacia un mar de lumbre. Ni mucho menos se escuchó el gaudal que á través de salmos—vibrantes, como articulados seres armoniosos—se hunde en la tierra para hacerse

más profundo y reflejar mejor el firmamento. Con no escondido placer, sienten hombres y mujeres que la misa empieza, el órgano suena y el fin de la ceremonia se aproxima.

En la cripta, al lado del sarcófago de la reina santa, está puesto el cadáver del conde de Monfort. La familia lo rodea, y esa ausencia del ataúd quita á la nave el detalle que pudiera darle aspecto de tristeza. No es la muerte, es la vida del mes de Abril lo que el sol derrama entre los cristales. Los viejos altares irradian con el juvenil fulgor que trae el gozo del ámbito azul. Los jardines de Poitiers han volcado allí sus flores. Es bella la cita que se dan las rosas cortadas de los tallos con los rayos desterrados del cielo. Pero ese encuentro, para extinguirse, no tiene el tinte de una elegía, sino el brillo de un idilio. Los colores parecen contentos, porque al marchitarse se visten de sol, y el sol más contento, porque al morir se perfuma. En los campos, en torno de granjas, aldeas y castillos, es el mes de los azahares; y en el templo empieza el de María. La Virgen, en alto nicho que dejan libre las amplias colgaduras del luto, domina el templo, rodeada de lilas y de azucenas. Las gentes del acto fúnebre deben recordar las rondas de los mozos y sus novias, cantando en las eras á la Madre que, recibiendo los himnos á porfía, bendice sus amores. Las llamas de los cirios, dentro del templo, palpitan como almas de cristal y fuego en aire hirviente de corpúsculos de oro. Los tapices negros son irrisorios ante el deslumbramiento prismático, y no se antoja el de un cadáver el nombre de Pedro de Monfort, que se lee bajo una cruz blanca en el centro de esa gran sombra, también alegrada por el campo de gules y la torre de argento del escudo condal. Ah! no es extraño que la concurrencia indiferente no haya oído la voz del Apocalipsis: es imposible concebir la muerte anidándose en la transparencia de la luz, las armonías del órgano y el corazón de las rosas.

No sucede así dentro de la cripta. Allí, el marqués de

Elançay llora á su hermano, en compañía de dos sobrinos y algunos amigos íntimos. Los cirios en torno del ataúd fulguran como estrellas de la sombra, y lámparas con rubíes, sobre el sarcófago, antójanse salidas de un tesoro de gnomos pululantes en la profundidad de una caverna. Varias figuras de luto se mueven contra la inmóvil pétreo tiniebla de los muros. Por sobre sus crespones algún cirio, á veces, proyecta en un mármol luciente su llama deslustrada y los acentos rituálicos arrancan lúgubres ecos á la bóveda resonante y á los pechos doloridos.

Ajeno á las ráfagas clamorosas del canto llano, Juan de Monfort, el más ilustre vástago de aquella raza, ha escuchado el Oficio, sintiendo solamente la impresión de la atmósfera, donde el perfume de las coronas frescas se funde con el de la cera quemada. Algún cirio, humeante entre gruesas lágrimas, aumentaba su malestar, cuando concluyendo los salmos, el órgano se hizo oír: entonces una frescura que parecía airear el ambiente le tocó el alma. La misa no puede encadenarlo con los hermosos símbolos de su sacrificio. Su pensamiento se resiste por otra parte á encerrarse en el ataúd. La imagen del cadáver se borra de sus ojos; para él la caja encierra á un extranjero. Su amigo no está allí. El canto fúnebre del órgano baja desde la altura en los torrentes de sol, y desde su sitio divisa las sonoras trompetas exhalando centellas de oro. Esas lumbres y esas notas vigorosas animan la figura, y lejos del muerto, se ve colgado del brazo de un vivo.

Cuántas veces, de niño, había recorrido así con el conde de Monfort el parque del castillo, oyendo ávidamente las explicaciones que su espíritu ya inquieto le pedía. Conservaba del afectuoso tío una imagen de clarooscuro. Brillaba como un retrato de Rembrandt, de luz y de verdad pujante, pero con sus pedazos de sombra, y sus rincones de misterio. Y esa sombra también esclarecía al tipo, pues lo ignorado hacíalo más curioso; fué

uno de esos seres llenos de acción y movimiento en que, sin embargo, les resulta el silencio, su más profunda armonía... El joven se detiene en sus pensamientos. Van á alzar. Él no cree ya en la real presencia; pero se hinca con respeto, sintiendo al lado del marqués, que hace cabeza de duelo, las sombras innumerables de una legión creyente de gentileshombres. Las campanillas enmudecen; el órgano vuelve á su lamento y recomienza la batalla, entre la tristeza de las notas, y la gloria del sol y la alegría de las flores.

El pensar de Juan de Monfort vaga nuevamente por entre los olmos, las acacias y las encinas del viejo parque. En uno de sus tantos viajes, el conde hizo conocimiento con los Nancy. Todo un verano la familia fué huésped del castillo. ¿Qué se haría la hermosa niña que el mismo tío le presentó riendo: "Joven vizconde de Monfort, salud á la más bella muñeca de los reinos de Francia y de Navarra!" La muñeca hizo un digno gesto y el chambelán ceremonioso se corrigió: "Digo mal, besad la mano de la señorita Andrea-María-Francia de Nancy." La niña se convirtió en el terror de las mariposas del parque, y en el azote de las flores, y hasta en robadora de nidos. Pero tan pronto corría con las abejas sintiendo su alada ebriedad, y saltaba con el perro Blair llena de violento gozo, como, perezosa y pensativa, se tiraba sobre el césped, resistiendo á toda invitación de juego. Ella tenía diez años y él diez y seis: veinte años desde entonces! Pobre conde de Monfort, cómo era de arrogante en esa época, y cuántas bruscas melancolías tocaban su rostro. Él tuvo algo de la música doliente que en sus funerales quiere empañar el esplendor del sol. Una diferencia. En la nave el lamento melodioso se funde con la jubilosa luz y vuela disuelto en ella; en la vida de aquel hombre el semblante acabó por ser un crepúsculo, cual si triunfara la triste interior armonía.

Así piensa el sobrino, y el *Salutaris* que descende

del órgano cambia sus ideas. El hilo de sonoridad misteriosa se transforma en un vago pensamiento que lo encamina á un espacio sin riberas y á una eternidad sin límites. El alma, seducida y arrebatada, ignora á dónde va, en un divino vértigo sin conciencia, y no aprecia lo que ve, pues pierde con la emoción del sonido, el sentimiento de la forma. Sube, baja, vive, sueña y acaba por transformarse en el ala invisible de la música inefable. Ha ido, y sabe menos que un rayo de sol, ó un rayo de luna, de dónde viene, trayendo como ellos un júbilo de oro, y una tristeza de plata. Y en los últimos alientos de las notas, semejantes á luces que se extinguen, la esperanza y la melancolía vuelven á tocarse como con plumas tenues... El joven Monfort, sin ver que el sacerdote hace la final reverencia y que, suprimiendo la Bendición, lee el Evangelio, recuerda: El buen viejo, que ya no se levantará de ese ataúd, me dijo alguna vez: "La naturaleza se ha equivocado contigo; eres un escritor y sientes como un músico"... Una mirada de su primo advierte á Juan que la misa termina. El abate Goisier, cubierto de blanca sobrepelliz, reza el responso. Padre Nuestro. El agua bendita cae sobre el féretro: la ceremonia ha concluído.

Empieza después en torno del muerto el desfile de los vivos, y parece que la familia recibiera dentro del sombrío lugar á los primeros cristianos en un funeral de catacumba. Pronto rompen la ilusión las levitas de los hombres y los sombreros de las mujeres, y con la entrada de tanta gente, la atmósfera se torna irrespirable. Juan, que tiene para con el real dolor del marqués de Flançay atenciones delicadas, le obliga á salir de la cripta. Entonces, con los ojos encandilados, tío y sobrinos resisten al primer embate de apretones de manos y ceremoniosas condolencias. El desfile prosigue y muchos descienden para asperjar el ataúd; ótros salen, y en el pequeño atrio aspiran el tibio ambiente, bajo el cielo azul, más intenso allí, por el contraste de los muros viejos. Los saludos

van y vienen entre los chalanes de las tiendas de objetos piadosos, que quieren aprovechar tan feliz ocasión de posible venta. Pero toda la gente se mira como al fin de una fiesta mundana, y no está para pensar en medallas, cruces y libros, hechos en honor de Santa Radegunda y de su milagroso sepulcro. Hay quien cuenta, por la vigésima vez, cómo el conde de Monfort, llegado del castillo á Poitiers para pasar unos días, murió repentinamente en casa de su hermana. Por fin, se habla de todo y muchos de los grupos se dan cita en Paris. La palabra "Exposición" cruza como ráfaga nerviosa, prometiendo los goces de la Capital, y el color de los árboles adquiere más color, y la luz más luz, cual si la muerte, que por dos horas los ha reunido, les infundiera un amor más intenso á la vida!

II

Tras de una rápida visita á Enriqueta de Monfort, muerta para el mundo con el nombre de sor María de la Cruz, el marqués y sus sobrinos almuerzan en el mismo convento de Ursulinas, y vuelven á Santa Radegunda. Media hora después, el cadáver es conducido al castillo por la línea de Niort. En Champdenièrs los campesinos, con sus trajes festivos, esperan á los señores de Elançay. Puesto en marcha el fúnebre convoy, llega á la caída de la tarde al templo del castillo. Todo el mundo en aquella región de Deux-Sèvres ha respetado y querido al caritativo gentil-

hombre que se va á dar á la tierra. Cuando el duelo aparece en la capilla presidida por el apóstol Pedro, patrón de la familia, los aldeanos se inclinan. Después los lazos negros puestos en las mangas de las blusas azules de los hombres, se inmovilizan en la penumbra de la iglesia, cual las cofias blancas tradicionales del Poitou, que sobre el peinado de las mujeres semejan cálices vestidos para la misa.

El sol, que después de horas tan radiantes aún ríe moribundo en el verdor de las encinas de afuera, se hace crepúsculo misterioso en los vidrios internos. El órgano deja oír su canto. El marqués de Elançay siente deshacerse el nudo torturante de su garganta en oportunas lágrimas. Aquellos sonidos del templo familiar, son toda su juventud, las alegrías y los duelos de la existencia, los años de intimidad con quien ya no puede escucharlos. Luis de Monfort cambia con la señorita de Bonnières una mirada significativa, feliz de sentir ese calmante desahogo... El abate Loyssi modula el invitatorio de un nocturno, y la explosión de las voces al entonar el salmo estremece la pequeña nave. Juan de Monfort mira el vitral del centro incendiándose sobre el sagrario, cual hace diez años. Es un viejo amigo, que amablemente lo saluda y piensa en el muerto y lo recuerda vivo, diciéndole: "Adoro el arte gótico sobre todas las cosas. Cuando quiero respirar á mi país, me voy á Compiègne á ver en las vidrieras de la catedral la historia de Juana de Arco. Y digo respirar, porque es como si toda la Francia se me transformara en la mano en rosa de heroísmo y de belleza. . . El arte gótico me hechiza por su conjunto y por sus detalles. Recorrer nuestros templos es atravesar regiones: de lejos son paisajes emocionantes, de cerca tienen resquicios encantadores. . . Una vez creía haber visto ya la catedral de Amiéns, cuando me encontré con el sepulcro de Blaset, que ignoraba. Si vas por allá, no dejes de observarle; es curiosísimo. Imagina un niño llorando sobre un cráneo anónimo. Sus lágrimas debieran ser solamente las del rocío del alba que lo en-

gendró brillando sobre la rosa vivida de su rostro. Y he aquí que repentinamente lanza el grito humano desgarrador ante la destrucción eterna revelada. Yo no sabré explicarte el efecto de aquel niño, á quien le han dado por juguete una calavera. Puedo decirte, sin embargo, que si considerase á ésta como un muñeco, me hubiera interesado menos que con su llanto de estupor. Y en el vitral de enfrente, iris de sus lágrimas, fulguran lirios de colores; pero no lo consuelan; la criatura siente el dolor, sin poder aun concebir la esperanza. . . Ya lo ves, nuestras catedrales tienen sorpresas que son hallazgos.”

Así le había hablado muchos años antes, observando el vitral fulgente sobre el sagrario. A Pedro de Monfort debía muchas enseñanzas de arte, y las primeras correcciones de sus versos, y las primeras palabras sobre la belleza que dejan en el espíritu regueros centelleantes. Juan continúa pensando: Los lirios que sobre el vitral cantan, en el silencio de sus luces, á la Esperanza, me la dijeron alguna vez; más tarde callaron para siempre. En mí, el niño sintió el reflejo, hasta tener una crisis de misticismo; después, el hombre dejó de ver el alma de esos colores. Mi tío me decía: “Es una gran pérdida, y si algún día sufres de verdad, te sentirás sin escudo; no es otra cosa la Fe, hoy que para nosotros ha dejado de ser espada de combate.”

El último salmo del nocturno hace oír sus palabras: “Alabad al Señor con timpano y en concierto de sagrados coros.” El crepúsculo reina ya en la nave y el Jesús de la vidriera dibuja sus brazos de rubíes incandescentes, mientras el manto azul arroja sobre su faz un destello seráfico. Y cuando los apóstoles se ensombrecen abajo, y reculan envueltos en sus sordos matices, el Redentor, arriba, adelanta flúido, transformado en haz de reflejos. Así, vibrante, flota en el alto misterio, como para bendecir á los fieles y al cadáver, y espiritualizándose aún más, parece desvanecerse en los aires.

Los campesinos levantan el ataúd. Á un paso está el ce-

menterio, lleno de paz, rodeado de tapias y cubierto de verdura. No hay monumento: sólo en el centro se yergue una gran cruz de piedra. Las tumbas tienen sencillas losas marmóreas, mirando al Oriente las de los caballeros, y hacia la iglesia las de los curas, enterrados junto á los señores. Los sires de Abriseaux, algunos condes de Monfort, varios marqueses de Elançay, y la hija del actual castellano reposan en aquella calma, sólo turbada por los dobles del esquilón del templo.

El abierto sepulcro está esperando. En su fondo, Camilo, el fiel sirviente, ha puesto una sábana de helechos. Descienden el cadáver; el coro de las últimas preces expira con las últimas luces de la tarde. El viejo marqués llora. Redobles de tambor á la sordina simulan los guijarros en el ataúd, cual si quisieran recordar de algún modo que se entierra á un nieto de soldados. Después cae en el hoyo una lluvia de rosas, violetas y jacintos, flores que van á acompañar piadosamente á quien puso sus semillas en el parque. Vuelven á precipitarse guijarros entre paladas de tierra, pero esta vez no truenan: se aplastan sordamente y poco á poco no se les oye, cual si el ataúd, que fué sonante, se alejara, hundiéndose con el último resto de una vida en el silencio absoluto del más inexpugnable reposo.

III

La familia come en el salón octógono del castillo. Juan de Monfort, después de tanto tiempo, mira melancólicamente los viejos retratos y las cabezas de ciervo, suspendidas en los muros. El marqués de Elançay está más sombrío que nunca. Todos sufren del anonadamiento que deja la muerte por donde pasa. La desaparición del conde de Monfort, que nada hacía prever, quita á las ideas la virtud natural de encontrar palabras. Y la marquesa trata de hablar, por distraer un tanto á su marido.

—Sí—responde Juan á una pregunta de la señora:—me quedaré aquí lo que falta de Abril y todo Mayo. Como siempre os veía en París, en la primavera y en el otoño, muchos años pasaron sin que yo me resolviese á volver á Elançay. El recuerdo de mi salida de esta tierra, después de la muerte de mi padre, fulminado como el pobre Pedro; la necesidad de arrendar el dominio de Abriseaux y la consiguiente pena de saberlo en manos de extranjeros, todo eso me causaba gran tristeza. En fin, el contrato ha expirado y he podido levantar la hipoteca, pagada en parte con los mismos alquileres. Viajando como he viajado, se economiza; con un notario como Verlet se puede salir de los más difíciles apuros; y hoy, libre de deudas, estoy casi rico.

Después se habla del casamiento de Luis de Monfort. Éste, que ha venido de Poitiers para enterrar á su tío, dejará Elançay al día siguiente, para juntarse con su madre.

Ha roto su compromiso por la mala salud de la niña. Y él, que por su inmensa estatura, si no por el espíritu, es la estampa viva del conde recientemente muerto, añade sonriendo: "El mismo padre me lo aconsejó. Parece que el buen señor temía poner en contacto nuestras dos naturalezas".

La marquesa exclama: "Una partida de *football* con un globo de cristal; han hecho bien en suspenderla!" El marqués interviene con su eterno refrán: "¡Pero, mi amiga, qué comparaciones!" Y como siempre que el anciano desea moderar los ímpetus violentos ó las salidas inesperadas de su mujer, los labios de Javier de Bonnières, abate de fino espíritu, parecen sonreír maliciosamente sobre la sombra de su tela. Juan de Monfort saluda á recuerdos de otro tiempo, despertados por el retrato del religioso y el choque de sus tíos.

Pasan al salón á tomar el café. Allí la señorita de Bonnières, hermana de la marquesa, entera de los últimos días del conde á los dos jóvenes. "Su tristeza se había acrecido visiblemente. Me daba más que nunca dinero para los pobres. Una vez el abate Loissy nos vino á ver para agradecernos la nueva campana de la iglesia, y como dijera: "cuán admirable timbre tiene", él le respondió: "El timbre del metal intacto. Ese bronce anhela hacer olvidar á los fieles del dominio la canturria del otro pobre viejo que no fué suficientemente fuerte. La gracia es dar notas vibrantes y aladas y cristalinas, teniendo la interna rasgadura... Pero, qué queréis, las campanas son menos virtuosas que las almas"... "Hizo después — continuó la señorita de Bonnières — el gesto impreciso, dibujado en el aire, que le era familiar, como para pedir á su pensamiento que se esfumase". "Era un original" — exclamó Luis de Monfort. Juan no repuso nada. Siempre le había incomodado oír apreciar á su tío por este primo, que pasaba su vida cazando, ó en automóvil, ó moviendo pesas, ó con el florete en la mano, sin comprender lo que había de deli-

cado en aquel gigante, que también sabía de deportes, pero con el objeto de mejor conservar su espíritu.

Después de una pausa, la marquesa dice: "Enriqueta tiene razón; Pedro, á pesar de lo inesperado, debía prever su fin: su tristeza era mucha". La señorita de Bonnières, cual si su voz continuase naturalmente las ideas de su silencio, prosigue: "Había en su mirada una especie de caricia casi material, al hablarnos pausadamente con sus inflexiones tan características y que tú, Juan, á veces recuerdas. Y estoy segura, acabar no le entristecía, sino perder nuestro cariño... Ahora que ya no existe, lo supongo. El conde de Monfort ha sufrido moralmente mucho. Las paradojas brillantes, sus imágenes pintorescas, sus salidas irresistibles, eran los sonos cristalinos de un metal quebrado. Él tenía razón: las almas son más virtuosas que las campanas... Si después de la muerte el espíritu pierde la memoria, habrá encontrado la suprema felicidad en el reposo. Fué un sér de naturaleza amante, expansiva, que quizá"... Aquí la señorita de Bonnières hace con su diestra un vago movimiento impreciso, como para pedir á la idea que se esfume, y sorprendiéndose el gesto, familiar del muerto, siente un nudo en la garganta y calla. Juan de Monfort percibe al vuelo su emoción y considera á la mujer con un movimiento de profunda simpatía.

El marqués que, según su costumbre, ha permanecido ajeno á la conversación, abre los ojos y exclama solemnemente: "Mi hermano no ha sufrido sino de la inconstancia de su carácter. Lo he amado con toda el alma, pero más de una vez le reproché sus defectos. No escribió jamás, malgastando sus talentos en la conversación; decía: "No soy escritor: tomo la pluma, y todas mis ideas " se van; son azules, rojas, verdes, y tienen horror á la tinta negra. ¡Por qué mancharlas, pobres diabras!" Cuando tú, por ejemplo, Juan, le oías esas cosas, sonreías en vez de combatirlo, haciéndole un mal enorme. En fin, fué elegido diputado; no tenía que echar mano de un tintero, si-

no hablar, y jamás subió á la tribuna. Entonces le aterrizaba la forma de los discursos políticos; creía al orador mono que cobra voz para convertirse en actor de petipieza ó melodrama y hacer piruetas ante un público de feria. Pero en tanto, otros discursos se fabricaban con lo que él hablaba en los Pasos Perdidos, y más de un periodista explotó su espíritu... Cuando la guerra del 70, diezmó al frente de su compañía de francos tiradores un batallón enemigo, con admirable golpe de mano. Naturalmente por falta de estudios no podía seguir la carrera militar; pero una vez que lamentaban eso, respondió: "En otra parte me hubiesen derrotado; aquí nó, porque tenemos cerca una abadía, que un Monfort dejó gloriosamente en escombros, no pudiéndola salvar de los protestantes. Si no disperso al alemán, el espectro de ese abuelo me habría perseguido como á un débil Hamlet. Creo en los fantasmas, y por temor cobré coraje, y la emboscada triunfó: no hay, pues, mérito alguno en lo que fué resultado de un miedo pueril..." Así mi pobre hermano, tomando el mundo, no á la chacota propiamente, sino en forma que jamás comprendí, no fué nada, pudiendo haber sido mucho... Ese pensamiento, á los 60 años, debe de haberle llenado de tristeza; y basta, ya tenéis la explicación."

El tono categórico del grave señor hace inútil la respuesta. Tras su última palabra, queda anonadado por el esfuerzo. La marquesa opina en realidad como su marido: "Si Elançay — añade — tuviese el talento que tuvo Monfort, estad seguro de que habría hablado en la tribuna." El marqués, que sabe no tener ese talento, vuelve á su soñolencia, y los sobrinos y la señorita de Bonnières resuelven no poner en duda la afirmación de la señora. Y cuando, encendidas las bujías, echan los cinco personajes á andar por los corredores, despertando ecos en los muros y reflejos en las armaduras, Juan de Monfort piensa: "Cosa rara, que tres seres tan diversos puedan vivir en calma meses y meses en un castillo; son y fueron con

el pobre muerto cual las piernas de un póker, enemigos por sus juegos, engañándose continuamente, pero unidos por el imperioso placer de matar juntos el aburrimiento de la vida.”

.IV

Juan de Monfort abre los ojos en la mañana siguiente en medio de un intenso silencio, especie de prolongación de la noche. Se despierta de uno de esos sueños sin alucinaciones, en que no pasa ni una imagen, ni una idea por el espíritu, anonadado con el cuerpo. En el primer instante cree volver de la nada, y al cobrar conciencia, se imagina va á levantarse en un hotel del Japón ó de América, en cualquiera de los lejanos países que ha descrito en páginas coloreadas. La imagen de su tío se le aparece, cual si estuviera por escribirle una carta; entonces, el día con toda su verdad entra en su cerebro.

Sabe, sin mirarla, que está en una cama del tiempo de Enrique IV, donde pasó de niño noches de terror, sin poder dormir, y de joven noches en claro, con la imaginación poblada de ensueños febriles, y al fin, palpitantes, en ritmos de vivientes palabras. Salta sobre el cedro de los gradines, tomándose de uno de los cuatro mástiles que sostienen el plafón del lecho, y ese frío repentino en la planta de los pies le evoca antiguas sensaciones. “Amable frío — piensa sonriendo — eres sugeridor como una música.” Le parece sentirlo hace diez años, ó lo siente como

entonces, percibiendo en el relámpago de un segundo el tiempo olvidado: Renata, su prima, lo espera abajo, la amazona vestida, el látigo en la mano, para beber el aire, y la luz, por los caminos sinuosos de la Vendée. La sensación pasa vertiginosa, y los otros diez años se precipitan de un golpe sobre su alma hastiada, y le pesa la vida con un esplín que es casi cual un cansancio físico.

Abre las ventanas. Las selvas, á lo lejos, aparecen ondulantes, empenachando con oros de sol, y reflejos de cielo azul, las verduras de sus copas. Ve más cerca á la señorita de Bonnières eligiendo y segregando las mejores rosas. He ahí una figura que no le es familiar. La hermana de la marquesa se estableció en el castillo después de su partida. Juan siente algo como la incomodidad de un instrumento desafinado en una orquesta. Pero pronto perdona á la visión que rompe sus melancólicas evocaciones: recuerda la fineza del espíritu de aquella mujer que sabe llevar sus años, ofreciendo, á pesar de su edad, con cierto encanto, una como amistad voluptuosa. No se arrepiente de su perdón: el canasto lleno de flores, se pierde en la avenida de los olmos y franquea la verja, tomando la senda del cementerio. Piensa, entonces, en aquel que por primera vez no se ha despertado en Elançay, y su melancolía se convierte en dolor; se resiste á la evidencia de no poderlo encontrar en un diván del vestibulo, leyendo. ¡Ah! ese libro siempre presto á cerrarse. Le saludaba generalmente con una de sus expresiones familiares: Joven homéride; y emprendía, de seguida, originales ó chispeantes divagaciones sobre los temas más imprevisos. ¿Que no escribió? ¿Que no habló en la Cámara? Pero ¡qué importa! ¿Acaso muchos de los publicistas y oradores sobreviven ni siquiera á su generación? En cambio, con éste, al menos sentirían la nostalgia de su espíritu las gentes que lo cultivaron.

La charla del querido hombre tenía todos los matices delicados y todas las enormidades posibles, provocaba la

risotada feliz y la sonrisa inteligente, produciendo un placer, que se pagaba en amor, pues era imposible no sentir la seductiva influencia. Esas rosas llevadas á un sepulcro—sigue pensando—escriben también, y sus palabras serán las esencias perfumantes de una lápida. Él fué como ellas; embalsamó lo que le rodeaba, sin cuidarse de si su acción era fugitiva, con la liberalidad de quien tiene en su savia la inagotable fuente del aroma... Y el huésped convierte los ojos al interior del dormitorio y saluda á otros amigos antiguos. Un señor de Bonnières, vestido de terciopelo oscuro, lee un memorial de Francisco I al lado de la baronesa de Mac, que juega con un canario. En un rincón asoman flechas recogidas en el Perú por Álvarez de Tolosa, hidalgo español emparentado con la familia, y al frente una condesa de Luygues presta á la severa pieza la alegría de su traje primaveral y de su juventud encantadora. Ella parece decir lo inútil de todo dolor humano, lo efímero de toda vida, mientras aun irónicamente habla, con el pelo empolvado de las fiestas de su siglo, y con la rosa de su corpiño, de la eterna renovada hermosura de los parques de Francia!

V

Juan de Monfort, solo en el salón de fumar, apura su cigarro. Excitado se agita, buscando la nitidez de sus recuerdos, que pasan confusos, sin hallar una realidad clara. Pende sobre un viejo mueble de caoba la tela de un ahogado, que la corriente misma arrojó á la orilla como trasto inútil. Por la ventana abierta sobre el parque ve el fumador la sonrisa de la primavera, en el cielo azul y en dos arbustos. Sus flores rojas y blancas, parecen hechas de sangre y de nieve, soñar con alas y convertirse en pétalos, mientras sus matices brillan tan llenos de gracia, que es imposible no imaginarlos deshaciéndose en aromas. Los dos frutices, en condensación de vida, unen en sus botones la fuerte salud de la tierra y el júbilo radioso del cielo. Juan mira ese encanto á través de la espiral azul del humo de su cigarro, que, transformándose más arriba en faja de oro, pone entre él y la desolación del muerto un velo efímero de gloria.

—“Humo es la vida — exclama — aunque tenga raíces más profundas que esos arbustos”; y entonces se precisa neta en su cerebro una escena entre Pedro de Monfort y el abate Loissy. En el mismo salón, y á propósito del mismo cuadro y de los árboles que afuera empezaban á colorearse, éste acababa, con comentarios sobre el desprendimiento de la vida, de ilustrar un versículo del *Eclesiastes*: “Toda carne es heno y toda su gloria semejante á la flor del prado.” El conde lo dejó decir para contestar: “Muy bien; pero es imposible cambiar el sentimiento de los hombres. Yo no soy un cristiano de lo peor, y según

vuestras ideas, lo sería. No es extraño que me rebele. Además, no tengo la culpa si mi naturaleza vibrante se apasiona por cosas que á vuestros ojos carecen de importancia. Á ratos siento la savia de este tiempo circulándome á torrentes entre las venas, y me toco con curiosidad esperando un milagro de la estación. Los griegos sabían lo que cantaban: creo en los nenúfares cubriendo las cabezas de las náyades; pero no prendidos con alfileres, sino brotándoles como el propio pelo... Calma, mi querido abate, no os irritéis: imitad al pobre muerto del cuadro que oye en silencio. ¡Pobre ahogado! Ofrece á la frescura de las algas sus ojos pútridos, y al traje viviente de los árboles, su desnudez cadavérica. Pensar que el numen oculto de la tierra, estremeciendo el parque, sale en los colores de las plantas, á excepción del sitio en que las tumbas esterilizan el suelo con sus piedras! Pensar que todo en este tiempo canta, vibra, perfuma, ama; y que suspiran los murmurios de las fuentes como armoniosas palabras de amantes! Pensar que, lejos de aquí, en la gran ciudad, las siluetas de las mujeres se renuevan, brindando en sus sombreros, á la luz alegre, las gracias embalsamadas de una ideal primavera! Pensar que á estas horas los libros nuevos, oliendo á tinta, dan de sus versos oros de alas, que no pueden escaparse de las líneas sujetas por los ritmos! Pensar en toda la fiebre pululante en el aire, con soplo de belleza y adoración de la vida, y pensar que será lo mismo sobre nuestro cadáver, y nuestro silencio... Ah! la salvaje civilizada antigua costumbre! ¿Qué país era aquel admirable país donde con todo lo que guardase una emoción del muerto, ya de sus dedos, ya de la caricia de sus ojos, ó del afecto de su alma, construíase una pirámide coronada por sus mujeres, presta á transformarse en hoguera?...”

El abate no pudo contenerse: “Señor conde, estáis loco.” El ótro prosiguió, sin oír: “¡Quién se acuerda, bajo la luz, del que yace en la sombra! Los hombres huyen del re-

cuerdo como de un turbafiestas. Felices de los que expieren en el último día. Sobre ellos no se alzaré el irritante júbilo del torrente incontenible. No sentirán el dolor de abandonar el mundo, desde el momento que se ama á la vida por lo que en ella se deja. Las trompetas del Juicio vibrarán aterradoras; pero ha de ser un consuelo conocer que se apagan á un tiempo todos los astros, todas las flores, todas las mujeres. . . Y creo que los resucitados, aun conturbándose por la inquietud del destino del alma, sabrán con placer que en la tierra todo ha muerto." El sacerdote no le dejó proseguir: "Empezáis á blasfemar." "Padre—replicóle dulcemente—si es así, perdón. Pero oid. ¿Por qué Dios, que me hizo para concluir en la muerte, puso en mí un amor á lo creado semejante á un triunfo de la vida?" "Precisamente—contestó el abate—ésa es la gran tristeza del pecado. El hombre había nacido para ser inmortal. Él mismo se creó la muerte, sin perder el amor á la existencia. He ahí el drama del mayor dolor humano."

El conde quedó un instante pensativo. "Señor de Loyssi—dijo después—está bien eso. Mas es imposible con razonamientos dominar el instinto ó extinguir los afectos. Soy un frenético: Dios ha dado la capacidad de amar de un dios á mi naturaleza de hombre. Á veces me transformo en instrumento que estalla, condenado á vibrar él solo, con una sinfonía: y en mi alma se resumen todas las del mundo. Comprendéis? Yo no pongo en duda á Cristo. No tengo necesidad de concordar el Antiguo y el Nuevo Testamento para creer en él. Para mí fué divino, porque no pecó ni una sola vez en un mundo tan hermoso; y así, fué el único hombre que pudo, en absoluto, despreciar á los hombres. Mas yo diría á ese mi Dios: Ve que quieren en tu nombre, tres veces justo y santo, hacerme renunciar á cosas que tú amabas. ¿No te dejaste seducir acaso por las mañanas rientes en los lagos de Galilea y por el tierno encanto de sus noches de luna? ¿No pronunciaste en casa

de Marta agradecidas palabras, al sentir tus pies ungidos, y no reprendiste á Judas con melancolía, anunciando á los amigos tu fin cercano? Y tú, Señor, solamente podías hospedar la serena amistad; ¿qué mucho, pues, si nosotros, poseídos del amor, le prestamos á la vida adoración con fiebre y un triste adiós nostálgico?... Y ahora, mi buen capellán, basta de discusión: hablo generalmente por el placer de hablar y no temáis al escándalo; hay ciertas opiniones que guardo para vos.” “Creéis que este niño no tiene orejas?” — preguntó el abate. “Ese niño — respondió el conde — es un poeta, al cual, haciendo gala de una elocuencia que vos no me conocéis, voy á convertir en monje. Pero antes de que llegue el día lejano de su primera misa, tomad estos cincuenta francos para que vuestro amigo Gonsac diga una por el perdón de mis blasfemias”. Era un modo de socorrer á un pobre clérigo indigente llegado al dominio.

Juan de Monfort recuerda la escena y piensa: Así, mi noble amigo, en aquel tiempo, tenía impulsos de aspirar las flores, y robar á los pájaros sus alas, para subir á bañarse en la luz de los astros. Después, sin duda, el hombre interior se transformó. Lo veía á menudo en París, siempre chispeante en los círculos; pero imposible olvidar otros profundos silencios, y en sus consejos la especie de melancolía que daba á su acento una como paternal ternura. ¿En qué tiempo operóse ese cambio? Á él le era imposible determinarlo. Algunos se sublevaban contra sus bromas cáusticas, atribuyéndolo á maldad de carácter; mas la piedad en su espíritu era como el oriente del diamante. “Muchacho — exclamó un día, sorprendiéndole cierto movimiento íntimo — no dejes nunca ver esa sensibilidad, herencia de tu madre. Y mejor es que la pierdas en lo posible; tenerla, trae desgracia”. Después añadió con la inolvidable sonrisa que le era característica, cuando encontraba una imagen: “Quizá eres de los que deben vestirse de espinas para mejor guardar la

frescura de sus rosas". Y Juan de Monfort, obsesionado por el recuerdo del tío, se dice como en sus funerales: "Era, sí, un retrato de Rembrandt lleno de luz y realidad pujante, con pedazos de sombra y rincones de misterio!"

VI

Pedro de Monfort exclamó un día: "He ahí un pagano con un gran fondo de misticismo". La señorita de Bonnières hablaba en el parque. Juan repuso: "Á menudo me lo han dicho. Pero ¿qué místico queréis que sea, si he perdido la fe? Para mí, Cristo es un hombre que mereció por la bondad de su doctrina ser Dios: y eso es todo".

— ¿Y por qué anoche zamarreaste al notario Meyer, cuando sonrió al leer la oración que he compuesto á nuestro muerto?

— Porque yo, como hijo de católicos, puedo dudar de mis santos; pero no he de permitir que en mi presencia un protestante se crea con ese derecho.

— El pobre Monfort no hubiese contestado de otro modo; es curioso cómo los tipos se reproducen en las diversas generaciones...

— Él me decía siempre que tengo cosas de mi madre. Como sabéis, yo no la conocí. De niño, quizá por mi misma orfandad, me crié enfermizo y melancólico. Los ejercicios físicos me levantaron. El primer acontecimiento de mi vida fué mi primera comunión. Aún me parece que veo al mariscal, mi padre, vestido ese día de uniforme, diciendo al darme el primer puesto en la mesa: "Señores:

hay que honrar en el niño al Dios que ha recibido". Imaginad mi contento cuando presidí el banquete lleno de hombres de respeto. Ese incidente contribuyó al fervor con que guardé la transparencia virtuosa de mi alma. Aun cuando volví á ocupar en las siguientes comidas el último asiento, quería en mi interior saberme digno del primero. Tuve accesos de ardiente amor al Crucificado, y me pasé días enteros soñando en un rincón del jardín con las venturas de una ideal Tebaida. Desgraciadamente, una invitada á las cacerías, veinte años mayor que yo, me alejó de mi celda. La interesante persona bailaba todas las noches en el salón, y al retirarse, como era mi vecina, con el pretexto de hacerme dormir, me besaba hasta desvelarme. Las cosas no pasaron de ahí; pero mi azahar estaba perdido: adiós pureza. Y es de advertir, que desde los cuatro ó cinco años, un instinto de afectuosidad me había empujado hacia las mujeres. Como no conocí á la criatura llamada madre, resumen del más hondo, santo y puro amor humano, decían que yo buscaba una partícula de cariño en cada rostro amable inclinado sobre mi soledad. Sin saber por qué, sentía impacencias coléricas cuando una de mis preferidas acariciaba ó tenía atenciones con otras personas. Y ese instinto de afectuosidad, que ante el altar de fiesta había seguido la corriente de Dios, tomando un ímpetu místico, por la vecina de que os hablé, volvió á su primer curso. Cortejé varias novias, creyendo que el amor consistía en darse flores, celar á la criatura amada y besarse en un rincón oscuro. En tanto, mi imaginación se exaltaba en otras cosas. Marino, bogando sobre todos los mares, y explorando todas las islas, después de leer el *Robinson*, fui también actor, después de asistir á un primer drama: *La Cabaña del tío Tom*, en un teatro de Marsella. Para divertir á mi prima Renata creé varios personajes de una novela, que contaba, sin escribirla, rebotante de hechiceros, genios y hadas y donde había, no sé aún ni cómo ni por qué, un solo personaje

contemporáneo: nuestro perro Blair. Pedro me corrigió mis primeros versos. Á los veinte años tuve una explosión de verdadera vida, ebrio de inconscientes fuerzas, en medio de gozosas savias. Pasé de criatura en criatura, nunca enamorado, ya sabio como Dafne, pues había conocido una pastora llena de clemencia. Pero no supe entonces, ni jamás, lo que es amor, aun habiendo pasado por el fuego de todos los crisoles. He sentido solamente más simpatía, más afecto, si queréis, por una querida que por ótra. Mis ráfagas de cariño estuvieron siempre en la imaginación. Amar porque se ama el amor, no es sin duda amar, si los libros y la historia de los hombres no mienten; ¿no lo creéis?" La señorita de Bonnières respondió: «Guardad siempre tan feliz estado". "No sé—continuó Juan—si eso es ventura; pero para un hombre que busca todas las sensaciones, resulta un vacío. Exprimí, pues, los jugos de la vid, y me emborraché con mi juventud, para salir de la crisis con profunda melancolía. Las mujeres tienen cierta savia, y hojas verdes y belleza; pero el hombre las fabrica, agregándoles lo que les falta y vistiéndolas de objetos, como árboles de Navidad. Á mí me pasa á menudo eso, desilusionándome al poco tiempo de mi obra y fatigándome como el niño á quien los juguetes parecieron buenos por la excitación de la misma fiesta. Quizá me ha salvado de tomar á lo serio los afectos que he podido inspirar mi pasión artística desenfundada. La literatura fué mi juego, mi morfina, mi vicio, mi ebriedad. El deslumbramiento de las obras plásticas, el placer de la música, no hicieron sino desenvolver en mí el amor de los versos. Escribí canción sobre canción. Me aplaudieron unos, me incomodaron otros. Pero al poco tiempo de publicar esas cosas, les cobré odio: no eran, porque no podían ser, la expresión de mis sensaciones transformadas en ideas. Tomad, por ejemplo, el poema de los *Órganos de Barbarie*; es el que tuvo más éxito en cierto público inteligente; y bien, es

el más incompleto. ¡Ah! si yo hubiese podido decir mi pensamiento al escribirlo. Lo mismo en todo. Ciertos personajes de mi novela *El Espectro de púrpura*, no son sino fantasmas descoloridos, ante su luz real y fantástica, cuando me obsedian en las febriles noches creadoras. En el libro sobre el Japón, mi menos malo del género, no hay nada de lo que verdaderamente senti en tardes de inefable tristeza; entre los templos cubiertos de pájaros, lotos y budas... Lo necesario sería usar una lengua, instrumento tan fino que diese, por ejemplo, la impresión de un rayo de sol perfumándose en una rosa. ¿Imagináis la sutileza del íntimo consorcio del aroma y de la luz flotante sobre el matiz de la flor? En cuanto se echa mano de la palabra, la sensación muere, porque el pensamiento la mata buscándola para vestirse. Es como si á una mariposa que va á volar se le pusiese un corcho en las alas. ¿Cómo definir lo interior? Fuera menester morir en este mundo y resucitar en ótro con diverso idioma. Yo he sufrido del mal de percibir las relaciones inexpresables de las cosas: mi espíritu tiene algo del agua; rízase al contacto del aire, y ésa es la sensación, pero sufre de no reflejar en su espejo la brisa que lo estremece... Y un buen día, fatigado de la literatura como de las mujeres, mi fondo melancólico se transformó en hastio. Cuando mi padre cayó occiso por la apoplejía, arrendé á Abriseaux sin volver á mi tierra. Desde entonces he viajado inquieto, buscando climas pintorescos y emociones desconocidas. En realidad, para mí no hay espectáculos hermosos ni distraentes: yo mismo hago siempre mi vida. La fiesta más pobre, me resulta rica, si un detalle alimenta mi imaginación, casi inconscientemente. Al otro día, la recepción de corte más esplendorosa me parece pálida. En ciertos momentos, un aire del *Rigoletto* tocado por un ciego, rascando un mal violín, me desencadena una tempestad de emociones. Y á veces oigo helado y displicente la sinfonia *Pastoral*, de Beethoven...

¿Qué queréis?, cada uno es como la naturaleza lo hizo. Y yo, en una época me encendí como un fuego de Bengala, y arrojé mil luces de colores, en un deslumbramiento, para quedar hoy reducido á la sombra. Soy un sér sin brújula, cuya amabilidad para los hombres es cultura, teniendo, con raras excepciones, el más profundo desprecio por la especie: he combatido mi sensibilidad comprendiendo lo tanto de la delicadeza en medio de la triunfal grosería; no creo en mi literatura, porque perdí la ilusión de ella, y las mujeres, á las cuales felizmente no he amado, no me disiparon jamás la nostalgia de mis abuelas del siglo XVIII y de mis amigas del Renacimiento. Y he aquí, señorita de Bonnières, más ó menos cómo soy, y creed en mi sinceridad: ahora diréis si recuerdo ó no á mi tío.”

— Muchísimo. Á ratos me ha parecido oír su voz en tus palabras. Y haces bien en evocarlo con afecto; el conde realmente te quería. Me acuerdo, hace cinco años, de su desazón la noche de tu duelo con el barón Ceard, que conocimos por un diario. Cuando recibió el telegrama advirtiéndole que todo había pasado sin novedad, no pudo menos de brincar delante del cartero. Pero me aparto. Él decía también que la herencia italiana de tu madre, era una estatua del Renacimiento, para colocarla en tus altares góticos; y además, que la sangre de tu bisabuela española te borbollaba en las violencias del ánimo. Ahora, antes de irnos á almorzar, pues siento la segunda campanada, oye la reflexión de una vieja que conoce algo el mundo. Tu hastío, nacido de tu temperamento, hijo quizá último de una vieja raza feneciente, vástago de abuelos demasiado cultos para no atormentarse en la vida, puede desaparecer ante algo que en ti no ha vivido, el corazón. No sonrías, no es una metáfora. Digo corazón, porque así se ha determinado decir, en vez de hígado, por ejemplo. Me refiero á lo verdaderamente afectivo. Raro es que un hombre capaz de apasionarse de un cuadro, no se apasione de una mujer: ó por

mejor decir, extraño es que se apasione de ésta cual si no fuese sino una obra de arte. Olvidas cuánto hay de misterioso y de inconsciente en lo que lleva á fundirse á dos seres. Si algún día eso te llegara, no pierdas la ocasión, y burguesamente transfórmate en un buen padre de familia; cuando los hijos lo son del amor, con nuevas gracias y nuevas alegrías, nos hacen cobrar un nuevo amor á la existencia. Eso te salvará, dándote vigores para acrecer la fama de tu nombre, y te interesarán muchas cosas que hoy se te pasan desapercibidas. Pero huye del amor si no te aman, ó si no pueden amarte; esa tortura, por lo que he observado, resulta un atroz martirio”.

Juan iba á responder que él estaba tan á cubierto, que no creía en las pinturas librescas: en su mundo todas las pasiones eran vínculos viciosos ó artificiales. Que él mismo las había fingido con éxito, describiéndolas con brillo: la verdad de otras épocas ha dado pautas. Y es fácil, no siendo un tonto, representar un don Juan ó un Romeo. Que, en fin, esos arrebatos no existían sino en las bajas clases; no tocaban á los miembros cultos de una sociedad decadente; y que aun en los hombres del pueblo, al amor lo exteriorizaba casi siempre el crimen pasional, producido en realidad por el instinto feroz del bruto engañado. Sin embargo, no dijo nada. Un sentimiento de delicadeza lo detuvo. Sacudir con mi contradicción —pensó— á este tronco, quizá herido bajo la corteza, quién sabe si no es hacerle dejar entre mis manos sus últimos invisibles hojas otoñales. . .

La señorita de Bonnières prosiguió: “Voy á decirte algo más sorprendente. Imagínate á tu tío dejando su sepulcro; se me ocurre te haría este discurso: Sin darte cuenta, puedes muy bien tener en un rincón espiritual un grano de incienso, estéril. En los templos sin culto pasa así á veces: una naveta caída al pie de una columna guarda restos de la sagrada goma. Un buen día, cualquier cosa, un pasante que enciende un cigarrillo y tira el fósforo, mete el fuego

y quema el grano. La espiral del incienso anima el lugar desolado y, embalsamando el ambiente, da la ilusión de resucitar el órgano, y las pompas del rito, entre el vibrar de las antiguas plegarias. Quizá el pasante te atisba: hay almas semejantes á los viejos templos. Y ahora, no me respondas. Vamos al castillo. Deben de estar ya esperándonos.”

VII

Cuatro días después, la marquesa pedía á Juan fuese al gabinete de su marido. “Allá le encontrarás entre los papelotes de un saco, que en vez de no poderse llenar, no puede desagotarse; es, como decía Pedro, el tonel de las Danaides á la inversa. Y el *Tratado sobre la nobleza del Poitou* no se acaba ó no se acabará nunca... Á fuerza de vivir entre gente antigua, tu tío ha desaparecido de la vida moderna. Hipnotizado en silencios inacabables, sólo resucita al contacto de la maleta. Ya no es del Consejo General y podría serlo: dice que no dispone de tiempo ni de facultades. Se equivoca. Tiempo tendría en abundancia, si se decidiera á no perderlo inútilmente; es hombre de espíritu limitado, pero eso no significa que no sea fuerte en las cosas del distrito. Le falta el amor de la acción, he ahí la verdad. Á pesar de su discurso de la otra noche, con talento, hubiese sido un inactivo semejante á Pedro. Mira. Yo debí casarme con tu padre. Pero el destino imprevisor hizo que me uniera con este hombre, respetable sin duda, y que Juan, por el placer de guerrear, se hiciera napoleo-

nista, fuese á Italia, y se enamorase de una marquesa, volviendo con mujer á Francia. El carácter de tu madre, por otra parte, hubiera hecho la delicia de Pedro, así como el mío la felicidad del mariscal, que sabía dar órdenes, pegar hachazos y dirigir batallas. Pero nada; á mí me tocó por señor y dueño el soñoliento autor de la *Nobleza del Poitou*. Has de saber que no deja su gabinete aunque á mi salón lo agiten las elecciones, y aunque comprenda lo necesario de la lucha, en medio de la espantosa anarquía que nos corroe”. Un criado se presentó á advertir á Juan, que el señor marqués lo esperaba. “Anda, hijo—añadió la displicente señora—y que las águilas de los Karaleu, y el árbol, y las estrellas y las mediasluna de los Chausseroye, y los campos de plata, y las guirnaldas de arena de los Vaudelvigne, y las guineas de oro, y las lises, y los bezantes, de cuanto cruzado é hijodalgo vivió en estas tierras y dejó descendencia más ó menos inútil, te sea leve.”

Cuando Juan entró en el gabinete, respetado por la servidumbre, cual si allí un hombre, convertido en astrolabio, juntase los misterios del espacio y de la tierra, no pudo menos de sonreír, mirando junto á la mesa la célebre valija. El marqués escribía, inclinado sobre amarillentas ejecutorias. Levantó la cabeza. “Quiero encargarte de una comisión. Hace hoy ocho días enterramos á Pedro. Mañana volverá Meyer. Aunque el notario no posea testamento, es menester buscar en el mueble del fondo de su galería, donde mi hermano despachaba su correspondencia y debía de tener sus papeles. He aquí las llaves que sacamos de su bolsillo en Poitiers; tú te encargarás de revisar esas cosas.”

Juan tomó el llavero, echando antes de retirarse otra mirada á la maleta. “Te llama la atención—exclamó el marqués;—es la misma de siempre, un poco más vieja, á semejanza de su dueño. Así, la corona sobre la cerradura, empieza á acedarse como las hojas de un árbol. ¿Sabes la

broma del pobre Pedro? Imagínate que una vez que le lei varias alianzas de los Monfort en el siglo xiv, un poco complicadas, es cierto, pero que creía le interesaban, al volver al salón se encontró con el abate Loyssi, disertando sobre el espinillo y la corona de Cristo: “No es cierto, no era así—gritó desde la puerta,—fué idéntica á la de marqués, que cierra la valija de Renato.”

VIII

Juan de Monfort encontró, en efecto, en el fondo de la galería señalada, el curioso escritorio. Bien lo conocía. Evocaba más que todo viviente á su dueño.

Era su mueble predilecto. Negro, tallado, con labores de marfil, mostraba en la oscuridad de su aspecto visiones blancas, llenas de la gracia de sus escenas rústicas. “Es un idilio de Bion — le había dicho aquél en tiempo ya lejano — naciendo ahí en medio de la sombra, semejante al pensamiento de un poeta que canta para distraer su hastío. Yo soy así, si empiezo á aburrir con mi aspecto de cosa vieja, hago aparecer en la palabra alburas de marfiles pintorescos. No olvides que en este bajo mundo todo pensamiento sonriente es una buena acción. A ese mueble le tengo cariño como á una persona. Lo compré en París, en las ventas del hotel Druot. Verlo y enamorarme de él, fué uno. Cuando me lo asignaron en el remate, senti una verdadera alegría. El mueble del Renacimiento italiano guardaba el incógnito de un príncipe en viaje. Sabíase solamente que

venía de un castillo del Loira y que una familia necesitada lo había puesto á la venta, con otras cosas. No quise dejarle en el hotel ni un solo momento. Aún me parece verlo entrar en casa. Mientras ayudaban al mozo á desembarazarse de la carga, sonó algo en su interior. “He oído sin cesar eso” — exclamó el comisionista. Una vez en pie, sus llaves no andaban. Se mandaron buscar ótras, creyéndolas equivocadas, y respondieron que eran sus únicas conocidas. Un cerrajero realmente lo violó; sentí la sensación supersticiosa de que defendía un secreto. No me equivocaba. En el cajón del idilio siciliano encontré una pistola y un ramo hecho polvo. Entre las cenizas de éste aparecía una cinta morada, cual mariposa muerta. Mil veces he pensado en la relación de esas flores y el objeto mortífero y lujoso. El ruido del mueble al moverse, mientras el arma desmenuzaba cálices y pétalos, me quedó en los oídos, despertándome sensaciones inexpresables, como las por tí cantadas en el poema de los *Organos*. Sí, hay órganos de *Barbarie* que en sus sonos angustiosos, en sus notas torturantes, en sus extraños acordes, tienen algo más que la combinación producida por la casualidad de un engranaje sometido á leyes físicas. Hay órganos desolados, aunque se les toque una canción alegre; órganos de lluvia con sol; hay órganos que despiertan ignoradas sensaciones de penas no sentidas, y entre sus notas silbantes cruza un alma que roza la nuestra, y nos dice sus lamentos sin contarnos sus dolores. Así despertó en mí indefinibles emociones el movimiento del arma, que en vez de estar en la vidriera de una colección, yacía allí como un cadáver en su sepulcro, habiendo también tenido el homenaje de piadosas flores. ¿Quién podrá descifrar su historia? ¿Quieres creer que no permito toquen á esa pistola, ni que se avente el polvo de las rosas? Ignoro si en la ráfaga del jardín, refrescante de mi frente, entra un espíritu á rozar el cajón enigmático. Ah! los misterios de todo lo que nos rodea; ¿por qué tú, joven homéride, no ensayas tam-

bién un poema sobre el silencio pensativo de los muebles viejos?"

Juan de Monfort, después de tantos años, al poner las llaves en aquellos cajones, siente una doble emoción: ahora vagan en su torno dos espíritus... Al fin, abrió el mueble. Bajo el idilio de Bion halló la pistola y la cinta: en otro compartimiento, un rimero de cartas. Había muchas reunidas y atadas; algunas abiertas y sueltas. En éstas pudo leer un nombre: "Alicia". Todas tenían la misma letra y exhalaban igual hálito, más que perfume, recuerdo de un olor, aroma inefable. Juan no lo aspiró sino una vez; profanaba una cosa espiritual que no le pertenecía. En algunos sobres, con sellos de España y Francia, vió el nombre del conde de Monfort. La letra amarillenta, con un matiz de hoja seca, decía bien claro las fechas lejanas. ¡Pobres direcciones, quién sabe qué esplendores de una primavera riente y de un estío ardoroso guardaban cubiertas por el melancólico tinte otoñal!... Á Juan le hubiera bastado, para cerciorarse, abrir uno de aquellos sobres: naturalmente, cerró el mueble sin hacerlo.

En el escritorio halló cartas de personas amadas y desconocidas, formando un calidoscopio animado por profunda tristeza, pues las voces muertas hablaban como vivas. "¡Ah!—exclamó—me hacen pensar, no sé por qué, en lo que debe sentir un pelo teñido de oro si tiene la conciencia de su vejez blanca". Después cerró el cajón, y en otro, entre montones de cuentas y recortes de impresos y revistas, encontró un cuaderno. Era un Diario. El primer movimiento fué de júbilo. Ah! poder resucitar al muerto con algo en que se hallase la vida de su pensamiento! Pronto se deshizo el entusiasmo: el manuscrito no podía publicarse. Juan esperaba leer más adelante reflexiones sobre la sociedad, el arte, la política. Todo era lo mismo. Aquel hombre, devorado por una pasión implacable, hacía secretar á las líneas amarguras que, para grabar mejor las imágenes, parecían morderlas con

ácidos corrosivos. Más que diario, resultaba confesión, desahogo íntimo, desbordamiento de hiel dolorosa; y á cada instante el lector se decía: “Esto no es para leerse, no es literatura. Luego se puede sufrir hasta sangrar, vestido con nuestras ropas modernas, como en los tiempos de los dramas de Shakespeare”... Algunas páginas evocaban en la tortura el modo que tenía su amigo de considerar las cosas en el contento: bajo luces distintas era el mismo espíritu. “Los mármoles, los bronces, los cuadernos— escribía— están penetrados de mis tristezas. Mi alma clama en el silencio de la alta noche. Los cantos de los libros y los tejuelos de las encuadernaciones surgen entre misteriosas penumbras, meditativos y mudos ante mi desesperación. Algunos, muy pocos, tienen pensamientos serenos, placidesces del alma, meditaciones amables, palabras de esperanza, ebriedades de los cerebros que comunican gozos al crear las ficciones del arte. Éstos no dicen nada. Nada dicen tampoco los ótros, los numerosos, los agitados por las inquietudes, los embebidos en lágrimas, los que compendian los tumultos dolorosos del corazón humano. Silencio mío. Silencio de ellos. Oh! el extraño consorcio. El hombre mudo, con todas las amarguras, frente á los libros mudos, con todas las desolaciones. Pero cuánta diferencia. Las tapas tienen frialdades de losas de sepulcros, penetrando entre sus líneas; las páginas del autor muerto, tienen el silencio de su boca yerta, para aplacar el clamor de su espíritu. Un cadáver es un hombre sin alma, y no sufre; un libro no sufre tampoco, es un alma sin cuerpo. Los libros duermen. Los libros descansan. En ellos está mudo el espíritu, y en vano, animado y sangrando, los roza el mío. No resucitan. No me acompañan. Ah! la pena en la noche solitaria: sentir estremecida la substancia más íntima, revelada por el amor, única luz que toca esa profundidad del misterio en la naturaleza, para angustiosamente llamar á la hermana, llamar á la amante, llamar á la divina criatura, con un grito sin palabra, con un sollo-

zo ahogado, con una crispación del alma que es casi un espasmo físico. Horrible amargura la de no poder vivir sin la ausente: ella se ha llevado mi alma, dejándome sólo un pedazo, para que pueda pensar en la suya. Ah! las noches de vigilia, en las que el hombre, espectro doloroso, se agita en cruel angustia, entre los libros y sus pasiones muertas, mudo cual ellos con sus pasiones vivas, dando así á su silencio, más augusto que el de las obras, una actitud de inconsciente belleza. El dolor enaltece. El dolor sublimiza"...

Juan alzó los ojos, pensativo: ahora le parecía imposible no haber penetrado nunca en las tristezas de aquel hombre. Quizá su escepticismo le privó de clarovidencia. Luego la señorita de Bonnières tenía razón. Este apellido, como atrayéndose á sí mismo, lo encontró dos páginas más adelante en el cuaderno. Se hablaba allí de un medallón. El tío había sido su confidente en un amor desventurado. Y quizá—pensó Monfort—los consuelos de su palabra, dulcificando el mal, acabaron por interesarla. Una cosa quedaba en pie. El conde no le había, á su vez, confiado el secreto suyo, y Juan cerró el cuaderno, temeroso de encontrar una indicación demasiado reveladora.

En otro compartimiento halló el camafeo, que se echó al bolsillo, y entre varios objetos la fotografía madrileña de una hermosa mujer. Estaba firmada: *Alicia*. La volvió á su encierro, percibiendo la melancolía de su expresión, iluminadora de la tenue sombra amarillenta del retrato, imperceptible sudario, velo translúcido que la penetraba diciéndole: olvida y duerme.

Después recorrió los demás papeles, sin encontrar testamento alguno. Entonces tomó cartas, cuaderno, fotografía, diarios, cuentas, é hizo con el todo un paquete para ponerle fuego. Luego arrojó al escritorio una mirada antes de retirarse. —¡Oh!—exclamó:— cómo decía él aquello del misterio y del aire pensativo de los muebles viejos".

IX

Después de almorzar, la familia, sentada sobre la plataforma de la escalinata, veía aproximarse al cartero por la central avenida de los Olmos. Cuando llegó, cada uno entregóse á la lectura de su correspondencia. Casi todas las cartas del marqués eran de pésame, y las iba pasando á su mujer. De pronto exclamó: "¿Sabéis quién me escribe? ¿Os acordáis de la pequeña Matzuyama?" Juan interrogó con el gesto, sin comprender. "La pequeña Andrea de Nancy, que pasó un estío en Abriseaux." Entonces todos la recordaron y el marqués continuó: "Su padre, pintor de talento, pero incapaz de meterse en una obra seria, siendo por ese lado muy parecido á Pedro, adoraba un album de Outamaro. Entre las princesas de éste, había una de espaldas, mirándose en un espejo. Los dos amigos, mi hermano y Nancy, decían: "No se le ve el rostro porque está de espaldas, y el que aparece reflejado en el espejo es una proyección natural de su alma misteriosa. ¿Cómo es en realidad su cara?" Después discutían hasta dónde puede llamarse material un reflejo sobre quimérica luna, dos veces quimérica por ser pintada. De las palabras de estas discusiones no me acuerdo, pero me acuerdo que ambos me hacían el efecto de estar locos. Un buen día la princesa desapareció bajo enormes manchas de tinta. Fué fácil encontrar al culpable, pues Andrea, gastando todo el jabón de su tocador, no había logrado limpiarse los dedos que le sirvieran de pincel. Pedro, con solemnidad

cómica, le lanzó la célebre imagen del Macbet sobre los perfumes y la mancha de sangre. Pero Nancy no estaba para bromas; quiso penitenciar á la niña; ésta, saliendo de su abatimiento con una expresión rara, dada su edad, declaró que cumpliría gozosa la pena, feliz de haber concluido con un monigote que le robaba el cariño de su padre. Por supuesto, que se la perdonó y desde entonces pasó á ella el nombre de Matzuyama... Era una interesante chicuela.”

“La veo perfectamente—dijo Juan;— ya la había evocado en los funerales de mi tío, rememorando escenas de aquella época.” “Pero no te acordarás—respondió el marqués—de la pena que nos causaba el veros jugar juntos, al pensar que ambos llevabais el luto de vuestras madres.”

La señorita de Bonnières intervino en la conversación: “Nunca conocí á nadie de esa familia, á pesar de oírle á Pedro nombrarla tanto.” “En suma—preguntó Monfort—¿por qué vinieron al castillo?”

La marquesa repuso: “Cuando Pedro fué por la primera vez á España, llevó de Theo, como él llamaba á Gauthier, una carta de recomendación para Nancy. Éste era francés, casado con una española, María Toledo; se dedicaba á la pintura, y vivía casi siempre en Madrid ó Sevilla. Pedro atrapó el tifus en Granada. Estuvo grave; el mariscal fué á atenderlo y á buscarlo. Allí se encontró con Nancy, su esposa y su cuñada, que no habían abandonado al enfermo. Tu padre, más tarde, cuando el pintor perdió á su mujer, lo invitó á pasar un verano en el castillo. Pedro, que había heredado de nuestra abuela española la pasión de esa tierra, iba continuamente á ver sus Grecos, Velázquez, Goyas, así como sus verbenas, procesiones, serenatas, toros y todo lo que lo encantaba de aquel país, que para él era el más original y pintoresco del mundo. Les guardó siempre gran afecto y sufrió de veras cuando murió María, la madre de Andrea y Alicia, la otra hermana.

—¡Cómo! ¿Alicia se llamaba?—interrumpió Juan.

—Sí, Alicia. No es un nombre tan raro; ¿ó eres de los que creen que toda española debe llamarse Carmen?

—Es cierto—añadió el joven—ó por lo menos Concha.

Á Alicia, pues, la conocí en la Exposición del 89. Estaba casada con un rico propietario de viñedos, más seco y enjuto, de aspecto y de palabra, que un sarmiento sin hojas. Ella, por el contrario, muy simpática, atraía con sus arrebatados ímpetus de ingenuidad entusiasta. Tenía, y ahora te vas á reir, mucho de Carmen, pero de una Carmen rubia y educada. Poseía aquella mujer un filtro de seducción, como dicen ustedes los hombres. Me acuerdo que una vez murmuré al oído de Pedro: “Cuidado con los aires de Bizet”; y me respondió: “Esas navajas se embotan en mis mallas”. En realidad, le tenía mucha gratitud y la llamaba su enfermera. En 1892 supimos que había muerto en Madrid, por el mismo Pedro, que estaba en San Sebastián. De Andrea recibimos parte de su casamiento hace unos cinco años; tú estabas en el Japón. Y apenas hace tres, dándonos parte de la muerte de su padre, nos decía no ser muy feliz, pues su marido, débil del pecho, se hallaba confinado á vivir en el clima de Málaga”.

—Á ver la carta—exclamó la señorita de Bonnières.

El marqués, por respuesta, la leyó en voz alta.

—Querido señor:

“Hace algunos días, de pasaje en Madrid, oí sonar desde mi alojamiento la campana de una torre vecina. Esa campana me recordó la del templo de Elançay, cuando iba á misa, viviendo en el inolvidable castillo de Ábriseaux. Y se la oía vibrar con tan profunda tristeza, que comprendí hería lúgubrementemente muchos corazones. Hoy, leyendo *El Figaro*, me encuentro con la muerte del conde de Monfort. Los sones que rasgaban los aires el día de mi presentimiento, tristes en la tierra, debían tener allá arriba el misterioso júbilo de una hermosa fiesta. Sí! El alma de mi grande amigo era noble, tres veces noble, por su distinción, su bondad y su inteligencia. Entierro, acordándome

de él, las más bellas horas de mi vida; horas en que de niña me acariciaba los cabellos, ó en que de mujer, aquí en España, me hacía con su palabra inolvidable reír ó meditar. Yo, hace diez años que no voy á Francia, pero es posible me decida á echar un vistazo á la Exposición. Me devora el hambre de pisar el asfalto de los bulevares y de hablar un poco el francés, con franceses, en la ciudad de mi padre. ¿Tendré, señor, el placer de veros por allá, después de tanto tiempo? Mucho me temo que vuestro duelo os impida ir á la capital, y, por otra parte, mi viaje es un proyecto que tiene cien dificultades en contra. Dad, señor, á la marquesa mis recuerdos más atentos, y mis condolencias más sentidas, y repitiéndoos á vos lo mismo, permitidme que en vez de firmar con mi nombre, lo haga con aquel que mi grande amigo repetía con tanto gusto.

MATZUYAMA.”

— Muy gentil — exclamó la señorita de Bonnières.

Después se hizo un silencio. Juan, que deseaba ocultar la preocupación de su descubrimiento, dijo: “Cuando respondáis, ponedle algo en mi nombre; que es posible me crea también muerto”. “He ahí la dificultad; contestarle. ¿Te acuerdas tú del nombre del marido?” El marqués repuso á la marquesa negativamente. La señorita de Bonnières agregó entonces: “Quizá esté su parte de casamiento en el archivo. No os incomodéis: yo lo buscaré”.

X

Á la caída de la tarde de ese día, Juan de Monfort, alejado del parque, evocaba la silueta melancólica de su amigo. Cuántas veces —decíase— ha de haber paseado su dolor por el silencio de estos paisajes. La casualidad de un pésame provocando la conversación, le había revelado que Alicia Toledo, mujer del sarmiento sin hojas, según el dicho de la marquesa, era la Alicia de las cartas y del retrato. Sin quererlo, había violado la discreción de una tumba. Como gentilhomme, debía olvidar el secreto, dejándole enterrado allá arriba, cual partícula de algo inerte que en realidad no existió nunca. El sol se había hundido. Monfort se sentó en una piedra á orillas del canal, y distraído se puso á mirar el agua. Poco á poco le atrajo el curioso espectáculo del espejo. La intensidad de la luz agonizante en el aire hacía todo rígido: diríase que la naturaleza encontraba fuerzas en su próxima muerte. El canal dibujábase con la tristeza de un movimiento convertido en inerme. Dentro de su atmósfera de ensueño, los árboles se reflejaban netos, prolijos, como figuras grabadas sobre acero. El miraje recibía de sus más profundas entrañas la inquietud de un ignorado infinito misterioso. El caño inmóvil de una fábrica se ennoblecía y hermoseábase clavándose en el fondo quimérico sin sentir el vértigo. Sigiloso, un bote avanzó. Al contacto de su linterna roja, el ambiente sereno se estremecía como piel sintiendo un calofrío.

Quilla y remos dejaron dos largas líneas que del centro del canal fueron temblando á aplastarse en las riberas. La potente sensibilidad reflejante del espejo se turbó. Por todas sus fases fosforescieron relumbres metálicas, si rápidas como relámpagos, pequeñas como puñales. Queriendo renacer llena de luz y ahogada por las sombras internas del trastorno, la fábrica apareció revolviéndose sobre sí misma: engendro de una noche febril de pesadillas, trasplantado á la inquietante frialdad acuática.

Cuando el cristal se serenó, los fragmentos del caño compusieron en la transparencia extraña una serpiente oscilante. Pero la temblorosa imagen secretaba á cada movimiento un átomo de su vivir enlutado, semejante á un pan de tinta china que al derretirse y perder sus formas hiciese más tenebrosa el agua. Al fin, fundióse en la agonía de la hondura, y la última vislumbre, recogiendo su último vestigio, escapó de la superficie á morir en el aire ennegrecido. El paisaje, en tanto, despedía tan gran tristeza, que no se le imaginaba renovándose; era la muerte eterna del espacio sobre la muerte eterna del espejo. "He ahí, pensó Monfort, un símbolo de ciertas vidas. El canal sereno retrataba esa construcción entre la silueta de los árboles. Un bote pasó, y el armonioso cuadro estremecióse perdido; así un encuentro fortuito quiebra una existencia. Después la calma vino, y ya no era hora, la luz huía: adiós las netas imágenes y los bellos reflejos. También cuando se aquieta el alma más que el claror de la vida, siéntese la sombra de la muerte. Y es tan melancólico todo eso, que se antoja el mundo resumiéndose en nuestro ser, mientras el sol está próximo, presto á salir y á inundar los cielos y los campos de alegría."

XI

Monfort deseaba irse. El castillo de Abriseaux, libre ya de extranjeros, sonreía á la luz y al aire: acababa de decirselo un billete de su encargado. Con la señorita de Bonnières encaminóse al cementerio para decir adiós al sepulcro del tío. El joven, por cien detalles, había comprendido que la pobre mujer, caída en otros tiempos en una trampa, había acabado por enamorarse de su confidente. La enferma, en el primer instante, debió asirse con alegría al consuelo de su pena, sin saber que iba á encontrar un mayor tormento. Caminaba bajo la sombra de los olmos. “¿Crees tú, como decía el abate Loissy anoche, que el conde de Monfort era algo histérico? Para mí, la perturbación de su carácter provenía de un moral sufrimiento.”

—Creo lo que el abate. Éste quizá ha escuchado al médico de mi tío. Os puedo asegurar, por otra parte, pues más de una vez me hizo sus confidencias, que lamentaba no influir sobre su época. El marqués nos habló de eso una vez, ¿os acordáis? Yo no quise aprobarlo, y me callé; pero tenía razón.

El joven explayó sus argumentos, alejando de la mujer la idea de una rival. La señorita de Bonnières contaba, sin embargo, cuarenta y cinco años, edad en que ciertas revelaciones no deben causar estragos; pero Monfort, tan

violento en apariencia, poseía allá en el fondo de su sér una delicadeza innata, suerte de compasión, que era, por lo natural, casi inconsciente... El sol de la mañana calentaba las cruces del cementerio, mientras algunos gorriones piando arrojaban sobre su granito pequeñas aladas sombras. Puestas últimamente, contrastaban sus claros con las losas oscuras, donde la lluvia en vano quería arrancar el polvo empedernido, encubridor de los nombres. Las viejas cruces de hierro, relegadas á un rincón, parecían mohosos espadines que, al clavarse en la tierra, cobraban amor á la vegetación, enredando sus puños en las matas de zarzamora. La lápida del conde de Monfort, cubierta de flores secas, más ó menos aventadas, era la única con letras dominantes. Tan sólo un epitafio—pensó Juan— indica con su brillo que ese hombre era aun ayer una encina robusta. Junto á su tumba se levantaba, á un metro del suelo, la de Renata de Monfort, muerta á los quince años, hacía catorce. Única hija de los marqueses de Elançay, quebró al irse la ventura de su casa: ahora mismo, la mitad de las reyertas en el matrimonio, provenían de su falta. Pero en aquella mañana, entre los bojés verdes, el amparo maternal de las cruces, la divina calma del aire, el perfume de las emanaciones silvestres, era imposible evocar un gran dolor; tal parecía la muerte, de hospitalaria, de acariciadora, de compasivamente tranquila.

Juan ayudó á la señorita de Bonnières á colocar las flores nuevas sobre la lápida. Después cruzó los brazos, mientras la mujer se arrodillaba. Espesas hileras de hormigas descendían por una arista del pétreo paralelogramo: el joven evocó los enjambres de gusanos con un penoso movimiento del espíritu. Se revolvía contra la idea de que el hogar de tal llama hubiese acabado en tal miseria. De todos modos, añadió, tiene para el simpático viejo este sueño, sin conciencia y sin hastío, la voz arrulladora de la paz absoluta. La señorita de Bonnières levan-

tóse, le dió el brazo, y dijo mirando la tumba de Renata: ¿Te acuerdas de los versos de Ténnyson? :

“¡Vale más haber amado y perdido, que no haber amado nunca!”

Juan sintió la melancolía del acento, y se pusieron en marcha. Él dejaba aquel lugar para no verlo quizá en muchos años, siguiendo el curso de su vida hastiada y aventurera. Por eso, al desandar el camino, su amargura era doble.

Desde la verja del parque vieron aparecer á la marquesa por el principio de la alameda, y Juan rompió el silencio.

—Tengo algo que confiaros. Entre varias órdenes de mi tío, dejadas en pequeños sobres, algunas de las cuales ya he cumplido, había ésta: el medallón con la cabeza de Ceres sea entregado á mi mejor amiga la señorita Enriqueta de Bonnières.

—¿Conserváis el billete?

—Lo eché al fuego con otros muchos papeles. He aquí el camafeo.

—Gracias.

La mujer tomó el relicario, estrechando la mano del joven; después le miró á los ojos para sorprenderle el alma, pero con un movimiento alejó lo que iba á decir, y agregó simplemente: “El conde tendrá siempre flores sobre su tumba y tú mis oraciones por que seas feliz en este amargo mundo”.

Se oyó la voz de la marquesa: “Ea, dejad vuestra calma y venid á socorrerme”. El acento llegaba mitad incomodado, mitad riendo. Ambos acudieron. En la persecución de una liebre extraviada, el vestido de la señora habíase enredado con un jazmín, y á cada movimiento suyo, el césped verde se cubría de pétalos blancos.

XII

Dos horas después, Juan de Monfort, camino de Abri-seaux, iba en un faetón por las clivosas sendas. A poco, subiendo la gran cuesta, penetró en la selva. Los claustros de verdura se abrieron ante sus ojos en largas avenidas. Los copudos remates de los nudosos fresnos formaban curvas romanas, y los álamos, elegantes ojivas. Las raíces de centenarias hayas se oprimían mezclando imágenes de monstruos, cabezas de hidras fabulosas, y enredaban sus tentáculos y colas, saliendo trenzadas desde la tierra, cual si en la honda entraña hubiese comenzado la lucha. De pronto, alfombras tupidas de helechos hundiéronse ondulando entre troncos, con marea ascendente y desbordante; y al otro lado, las sábanas de musguetes daban al ambiente con su perfume la sensibilidad de una atmósfera palpable. Al aspirar el sople aromatizado, sintió Juan iluminada su memoria. Si la selva hablase, lo haría con el mismo acento y los mismos transportes de su infancia, para referir iguales leyendas, pues ella ni se arrugaba, ni tenía cabellos blancos. Imitando á la luz del sol, sin edad y sin transformarse, presentábase con juventud inmortal, cuya expresión era su matiz y cuya palabra era su perfume. La comparación del paisaje con los seres recientemente dejados, y con su misma alma envejecida á los treinta y seis años, le hizo sentir en la frescura de las frondas la impresión de una inmensa tristeza.

Algunas copas permitían el filtrar de claros de luz, que

borrándose desvanecíanse entre las hojas, ó que triunfantes dibujaban parchazos de sol sobre las cortezas. Después los árboles multiplicábanse, entrechocándose, enredados hasta sofocarse, y la bóveda, sin dejar caer una gota iluminante, convertía sus verdes reflejos en sombríos, y sus alegres rumores, en pavorosos.

Más allá, la selva subía ondulando por suave pero gigante loma, y sobre el cielo, semejaba recortados festones de colinas. El sol, filtrándose, volvió á poner círculos rutilantes en los troncos, y áureos luises perdidos en las hojas caídas, cuando no gusanos trepadores en las briznas de hierba. La loma bajaba nuevamente y con ella la selva reproduciendo sus largos claustros. Ahora los flexibles pinos, sudando resinas sangrientas, fundían el perfumar acre de sus alientos con el de la flor sutil de las acacias. Y como sus aromas, mezclábanse los matices de las tiernas esmeraldas de las moreras, al fulgor argentado de los abedules, estallante hasta en la profundidad más fosca. Después, varios cuervos en un gran claro destacaban el ébano de sus alas sobre ramas nervudas de verdosas líneas, cuyas hojas parecían pintados esmaltes. Y Juan olvidó las sensaciones de su infancia. Le llevaron á Bayreuth el pjar de los pájaros, el crascitar de los cuervos y los chasquidos de una banda de alondras. Los cantos de la selva de Siefried se le antojaban cosa natural y espontánea. Un ave de la aurora, con la voz maternal hechizada, iba á enseñarle la senda de la isla llameante donde duerme la Walquiria que brinda al heroísmo inspirado, el amor de su corazón naciente y el ensueño de su hermosura eterna. ¡Cuán enorme el vacío de su existencia, y para llenarlo cuán ridícula su literatura! El hastío de su alma quizá nacía de la esterilidad de sus afectos. Oh! si en la voz de las alondras oyese de verdad la de su madre, enseñándole con ternuras ignoradas, en onda de armonioso encanto, el camino redentor de una isla de pasión y belleza, de heroísmo y poesía!

Los árboles se abrieron á un inmenso círculo de estanques cuajados de nenúfares. Los acentos de Siefried desvaneciéronse en el aire azul, quedando atrás entre los rumores de la selva. Monfort pensó: "Media hora más, y sobre un recodo se destacará el castillo, apareciéndoseme como en la época en que, viniendo del bosque, lo creía el de la Bella Durmiente." Unas flores de algodón, finas y leves, sobre las anchas hojas de las plantas acuáticas, cambiaron su pensamiento y le hicieron evocar una respuesta del amigo muerto. "¿Por qué flores tan blancas sobre tallos tan verdes?"—preguntó él. El conde las miró: "Son las polveras de los cisnes."

— Pero, tío, en este estanque no hay cisnes.

— Es cierto, porque para oírles cantar, las hadas del bosque los mataron. Por eso, en el otro estanque todas las flores son rojas. Por eso, el islote del centro es la cuna de las mariposas negras. Por eso, el que bebe de estas linfas muere de fiebre, pero cantando armoniosamente. Bello es cantar, pero no te acerques al estanque: su agua debe prohibirse cual el fruto del Paraíso. Veo en el asombro de tus ojos que no sabes lo que es el canto de los cisnes; escucha. . .

Y entonces él oyó referir por vez primera la leyenda encantadora.

Otro recuerdo se precisa en su mente. El conde de Monfort, desde la verja, columbra las torres ágiles y caprichosas de su castillo del Renacimiento. "¿Sabes en lo que pienso? — exclama. — En una sensación de niño. Esta casa alegre fué maciza y severa. Tuvo puente levadizo, gruesos barrotes, rastrillos, torres góticas, barbicanas, saeteras, fosos, animado todo por el alma de un Monfort, más dura que el hierro de las jabalinas. Con su señor de horca y cuchillo, rotaba naturalmente de las entrañas de la tierra, como un cedro, y sólo zarzas saxátiles crecían en los escarpes de su cortejo de rocas. Cuando la época pasó, fué transformado. Se creía que innovadores genios del aire lo cons-

truían, hasta el punto de no ostentar el vestigio feudal de las gárgolas, conservado por edificios de igual estilo. Al fin, echando las flechas de sus finas techumbres, apareció concluido, como un regalo gentil de la aurora al paisaje. Sabiendo la transformación, me hice á la idea de que la casa de tu abuelo viviría conmigo. Y que riendo con mi infancia y resplandeciendo con mi juventud, cuando mi cabello encaneciese iba á perder su gracioso aspecto para cobrar sus antiguas sombrías torres, sus ferradas hornacinas, y su puente levadizo. Te aseguro que al darme cuenta de lo contrario, sufrí una verdadera decepción. Si! tú no puedes comprender aún la melancolía de que nuestras casas no envejezcan con nosotros”...

Con qué extraña emoción evocó el viajero esas palabras! Él también, ahora, no deseaba encontrar el teatro de sus primeros años, alegre y brillante: sepulcro del espectro de su infancia, debía de recibirlo con piedras tristes y pensativas. De pronto se detuvo. En el recodo del camino, al aguantar de lleno el sol que iba á trasponer la selva, resplandecía Abriseaux con llamas de hornos en los cristales, viviente como una rosa purpúrea. Después, Juan de Monfort latigó al caballo y partió á escape, buscando las arenosas sendas del parque.

XIII

En la noche anterior, después de recorrer el castillo, se encerró el viajero en su viejo dormitorio. El ayuda de cámara, estupefacto, recibió orden de encender la chimenea. Había refrescado ligeramente, pero la noche era en realidad la de un primer día del mes de Junio. Monfort deseaba ver levantarse el espectro de su infancia entre llamas y resinas exprimidas. Quería sentirlo, viniendo desde abolidas noches de invierno, transformado en carne palpitante. El calor á poco le sofocó, y aquello muy natural se le antojó hostilidad de su antigua casa. Le empezaba, así, una de esas épocas de inquietud febril, en que recibía de las cosas, impresiones, cual sobre piel desollada y nervios vivos, para caer después en abismos de estéril tristeza.

Al vestirse temprano miró las favilas del hogar, residuo miserable, semejante á su existencia quemada, inútil despojo que aventaría la suerte á cualquier horizonte. Hizo llamar al jardinero, único criado restante de la antigua servidumbre. Convirtiéndolo en mayordomo, le dió sus órdenes. Debía ponerse al habla con la marquesa de Elançay, que iba á visitar el castillo. Él no podía ocuparse de nada, partiendo, como pensaba hacerlo, por el tren inmediato. Monfort hablaba breve y secamente, reprochándose no tener un acento afectuoso para aquel viejo servidor de la familia.

Salió á visitar nuevamente las cámaras. Las recorrió sin sentir enternecimientos de imaginación, como en Elan-

çay. Amanecido ya en plena crisis de cansancio y de hastío, desolado, áspero, impaciente, le era imposible encontrar una flor coloreada sobre la tierra, ó una estrella luminosa en el cielo. La noche antes, muebles, cuadros, tapices, le hablaron al principio con cierto afecto entre las penumbras misteriosas de las lámparas: envueltos ahora por la plena luz solar y su palpitación de áureas partículas, le miraban como á un extraño. Los yanquis, gente de otra raza, invirtiendo el orden de los muebles, al alquilar el castillo, le habían quizá cambiado el alma. Todo le decía agresivamente: "Tu infancia, sin risas, transcurrió melancólica. El mariscal á tu lado fué una sombra que se acordaba de la vida para echar juramentos ó contar sus campañas. El buen hombre te besaba, pensando siempre en aquella que le dejara al morir en la desolación; por eso su beso no parecía amante, tal era de triste. Tus profesores, no vigilados por una madre, fueron rudos, faltos de delicadeza: tu verdadero maestro, el que te abrió la mente al amor de la hermosura, de los ritmos y de las alas, yace muerto en la tierra de Elançay. No tienes por qué detenerte aquí: vete".

Juan saludó al pasar, entre las efigies de varios caballeros, la sombra de Conrado de Monfort. Lo cubría un manto blanco, con una cruz roja; de rodillas, desgranaba el rosario con la diestra, apoyando la otra mano en su espada. Era un curioso retrato de primitivo, en que á la ineptia del pincel, se mezclaba la impresión de que la imagen, con tristeza, evocase su verdadero rostro. Pero Juan le miró acordándose de una frase de su padre: "Dicen que es un mal cuadro, no importa; no es menos cierto, que por el férreo penitente, nuestro escudo lleva los bezantes áureos". Había figurado en la primer cruzada al lado de Raimundo IV, conde de Tolosa, y el viajero pensó en las luchas de Raimundo VI, con su terrible antepasado Simón, que solamente en Bezières llegó á diezmar 60.000 heréticos. A un paso del monje gentilhomme, entre corte

femenina, Francisco I recordaba que, por un accidente de viaje, había permanecido dos días en el castillo. Las mismas damas que le recibieron y cercaron entonces, le acompañaban pintadas. Una tristeza vaga se desprendía de aquel rincón, aumentando en Juan sus descontentos sin causa. Pensaba inconscientemente en el cambio de los tiempos y en el fausto desplegado por su casa en semejante ocasión, y substituyéndose á las figuras, sufría por ellas. La efigie del rey era una copia de Clouet, hecha por el mismo artista. Atraía su extraña fealdad, y su nariz recta, perpendicular á los labios, llegando casi á tocar la boca, y sus bigotes delineados al parecer por dos finas cejas, y sus cejas suertes de espesos bigotes. La barba, rebelde, y el gorro de terciopelo con un rubí entre arabescos de perlas, encuadraban una faz sin expresión, en torno de dos ojos grises, pequeños y cansados, faz de laguna inmóvil, en cuyo fondo el alma había caído como una piedra inerte. Y el contraste estaba en las manos. Manos saliendo de las mangas bufantes, con largos dedos ágiles, nerviosos, pálidos, manos cuya vida de nervios ocultos hacíase sentir cual el perfume invisible sobre la flor coloreada, reflejando, más que el rostro, el espíritu del monarca.

Monfort entró en seguida á un gabinete del siglo xviii que se creía obra de Mignard. En otro tiempo lo miraba con curiosidad infantil; ahora, con el interés de un experto. Recordaba en mucho á la cámara de los monos de Chantilly, y las pintorescas actitudes de las falanges simiescas comunicábanle aires de alegría. Las telas claras de los canapés traslucían en sus bordados tenue tinte amarillento, sin perder el primaveral espíritu, así como un retrato antiguo exhala tristeza, aunque la sonrisa del rostro no haya envejecido. En la manta del lecho, flores y pájaros tenían el habla del madrigal, infundiendo en las delicadezas galantes de las labores, una vibración de íntima fiesta.

Sobre ese lecho la imaginación del niño había visto á la Bella del Bosque Durmiente con sueño dulce y profundo. De vez en cuando, recibiendo luz de realidad fantasmagórica, un Oberón benigno le inspiraba escenas alegres, y entonces sonreía. Juan pensó que la princesa invisible, en el cuarto hechizado por su fresca imaginación de entonces, era ahora aún más invisible, en el mundo y en la vida.

Cerró la puerta tras sí, y subió á una torre. El parque, las fuentes, las estatuas, la selva, todo se bañaba en la felicidad inconsciente de la transparencia matinal. La gracia y el amor del nuevo día poblaban el aire de perfumes y rumores. El cementerio blanco resplandecía también más allá de un oquedal de acacias. Veía desde su altura las cruces graníticas de varios abuelos. Su padre no estaba allí; cumpliése la cláusula del testamento por la cual pedía descansar al lado de su esposa, y dormía junto á ella en el Père-Lachaise, cerca de la tumba de Chopin. Este nombre le hizo pensar: he ahí uno que halló la vida en el sufrimiento. Empezaba á creer firmemente que su inteligencia había vivido á expensas de su árido corazón. Recordó una vez más su diálogo con la señorita de Bonnières. La sensibilidad solitaria habíale desarrollado desde su niñez, en forma casi monstruosa, una sed devorante de sensaciones. Los seres, fundiéndose con las cosas, no fueron más que las cosas, en esa su imaginación que sentía con acuidad enfermiza y exaltación febricitante. Á ello había sacrificado todo, sin escuchar la voz de sentimientos naturales. Así una noche asistió en Virginia al incendio de una selva. Oíanse el aullar de las bestias y el gemir de los hombres; después, en un himno salvaje, triunfó omnipotente el fragor del incendio. Y él, ante aquella suerte de puesta de un sol en guerra con el mundo, trató de hacer el paralelo, para describirlo, con una aurora boreal vista en Suecia.

Al siguiente día, supo el número de las familias arrui-

nadas y se avergonzó de no haber oído el lamento humano; pero la enfermedad de las letras dominaba entonces su vida. Ahora su alma sentíase rota de tanto vibrar. Cúpulas, telas, mármoles, pequeños soles agonizantes le volvieron de los mundos de la Belleza, arrojando sombras. Su alma había acabado por odiar las indagaciones científicas, detenida siempre en su curiosidad por la impenetrable línea del misterio. Su alma estaba cansada de recorrer mares y continentes, sabiendo que los países desconocidos no encerraban, para la inquietud, las fuentes de agua aplacante. La muerte de su tío, afectándolo, le había vuelto un instante anhelos de su infancia. Ansiaba respirar las viejas flores, aspirando en su perfume su antiguo espíritu. Miraba melancólico, sobre las cruces del cementerio, el vuelo de los pájaros, que regocijaban con su alegre inocencia el inerte granito, cantando como quien reza. Ciertamente que el pensamiento era secreción del cerebro, pero en aquella mañana preguntábase si ese pensamiento, con fuerza independiente, superior á él mismo, no quería volar más allá de las nubes á fundirse con los astros. Y Monfort sintió entonces, en el fondo del hastío, la sed insaciable, más alta que las dudas de su inteligencia, que era transporte de aspiración á lo infinito. Quedó perplejo ante sus contradicciones. Después oyó en el parque, llamándolo, el ruido del coche; llegaba la hora del tren y, por tanto, la de volver á París, que, resplandeciente de fiestas, le esperaba en realidad con un bostezo. Envolvió en larga mirada el país comprendido entre Abriseaux y Elançay, radioso por su belleza fecunda, ilustre por su gloria guerrera, cautivante por su vida íntima, y como despedida á la tierra de sus abuelos, dijo al fin el verso de Ténnyson que oyera en la paz del cementerio:

“¡Mejor es haber amado y perdido, que no haber amado nunca!”

LIBRO SEGUNDO

LIBRO SEGUNDO

I

El conde Juan de Monfort conversaba con dos amigos íntimos en la biblioteca de su departamento de la calle Barbet-de-Jouy. El vasto salón construido en el fondo del primer piso daba al jardín del último patio. Monfort, propietario del inmueble, se lo había reservado, y se bajaba á él directamente desde la biblioteca, por escalera de hierro, forjada con armas y lises. En su recinto, los rododendrones formaban avalanchas de nieve, entre auroras violáceas y purpúreas, eclipsando á las rosas presentes y á todas las flores evocadas. La primavera, celosa de su gloria, sintiendo pasar á mito su esplendor, ante los crisantemos otoñales, resumía así, para derrotarlos, en estallido destellante, colores, sueños, perfumes y gracias. En la pared del fondo, el sol poniente tejía temblorosa red de oro, fugitivo sobre el estable tapiz de hiedra. Monfort lo miraba, cuando uno de los visitantes le dijo:

— ¿No has dado aún una vuelta por la Exposición?

— He salido de mi barrio para ir al Luxemburgo solamente, y no he visto de la Feria sino la entrada de la Concordia.

—Entonces, has saludado el mamarracho de la Parisiense. ¡Ay, hijo mío, qué ropas color de turquesa!

—La he visto desde muy lejos, sin poder apreciar el valor de la estatua.

— Á mí — exclamó Pablo de Glatigni — la idea me parece excelente. ¿Cuál es la gran creación de Francia? ¿Es un hombre? ¿Es un libro? ¿Es una religión? Nó; es una ciudad, París. París es Atenas en tiempo de Pericles, Roma en tiempo de Augusto, Venecia en tiempo del Aretino, Florencia en tiempo de los Médicis. Y la más amable creación de París ¿no es la parisiense? ¿No es ella fuente de la mitad de su arte, centro de su lujo, inspiradora de lo bueno y de lo malo y, al fin, eje de toda su vida? Recorred los estantes de los librereros. Vedlas hojeando volúmenes. No hay libro que no sea hermoso con la pasajera encuadernación de sus manos. No hay ilustración que no resplandezca con el arrebol de sus sonrisas flotantes entre los ojos y los labios. La mujer puede muy bien no entender lo que se dice en las páginas, no importa: tiene al mirarlas un no sé qué, hecho de gracia, de curiosidad, de elegancia, y hasta el hombre más bruto quiere parecer inteligente delante de esa desconocida. ¿No son ellas el espíritu encarnado, la luz y el ritmo del Bosque, del bulevar, del teatro? Suprimidlas del Salón, de las conferencias, de los conciertos, de las recepciones académicas, de las carreras, de las calles, y veréis lo que pasa: apagaréis la elocuencia, el brillo de los colores, la magia de las notas, y la alegría dulce del vivir, creando el aburrimiento, que no bastan á disipar un pincel y una batuta, un caballo y un jockey, un orador y una cátedra. Parte de nuestra cultura nace hoy de su trato. Hasta Pasteur, sabio benedictino de un convento de microbios, trabajó mejor en su silencio, sabiendo que del otro lado del laboratorio había bocas que dan á un "querido maestro", todas las inflexiones de la gracia y del respeto. Decidles á los extranjeros: no hay más parisienses, y es posible que

hagan comprar por sus comisionistas nuestros libros y estatuas, nuestros dijes y cuadros. El tipo popularizado por Helleu no es fantástico, es verdadero; esa mujer de París, sin la belleza de otras razas, es la copa de champagne de realidad y espuma. Que en todas partes del mundo la mujer, siempre pujante, hace la felicidad ó la tristeza de los hombres, no se discute. Pero la nuestra resulta la más perfeccionada arma del género, por su amable dón de agradar y su arte de seducir. Dije la palabra champagne; eso no impide que en otros países no se fabriquen vinos excelentes, sin ofrecer, al que los bebe, partículas de sol en las áureas burbujas. ¿Por qué protestar entonces? Bien está sobre su pedestal, saludando al visitante extranjero desde la gran puerta. ¿Echáis de menos, por acaso, á una Minerva, señora de casco y buho? Aplaudo su manto de Paquin, más atrayente que una coraza, y su toca de Rebouf, más interesante que un yelmo, y la supresión del buho, que en esta circunstancia sería un lirico ruiseñor de Versailles, ó un alegre gorrión del Luxemburgo...

— Lástima que el final se haya perdido — exclamó Duroy, — pues yo me limo las uñas y Juan mira la pared de hiedra.

— No — dijo Monfort, — atendía, y creo que desde su punto de vista, Pablo tiene razón. Sobre todo, si se le considera en su calidad de constante seducido. Yo, por mi parte, hace tiempo que renuncié á los champagnes secos y dulces de la Ciudad-Luz.

— Y por eso olvidas las vides y prefieres contemplar hiedras — repuso Glatigni.

— ¿Por qué no? Los griegos en los banquetes bebían á veces coronándose con esas hojas, en lugar de ceñirse pámpanos. Probablemente pensaban que sus herederos, los latinos, iban á ser tristes en medio de las fiestas... Observo ese muro, porque recién ayer me he fijado que en mi barrio salen muy á menudo sobre las paredes bajas,

ótras más altas, cubiertas de hiedra. Y no son fachadas que ocultan una cosa; al contrario, se yerguen mostrando algo íntimo de la casa. Así, esa vegetación se hace visible sin que los habitantes piensen en ello, á semejanza del vaho de las chimeneas. El humo brota señalando la vida del fuego; la hiedra sale con las tristezas morales del frío interno.

— Vaya unos pensamientos para un mes de Junio y de Exposición — gritó, más que dijo, Durtoy.

Glatigni intervino. Tenía realmente afección á Monfort, respetaba su vida de trabajo, y más de una vez el alegre vividor había reconfortado con inteligencia al amigo maltrecho por la crítica.

— No has reaccionado todavía? Comprendo que extrañes á tu tío; yo mismo pienso á menudo en él con pena; pero no por eso debes hallar en todas las cosas un reflejo de tu luto.

— Las cosas se enlazan — exclamó Juan, sin responderle directamente. — Los griegos, los pámpanos, las hiedras, me hacen evocar un mosaico del Museo Capitolino. Al pie de dos máscaras, una inscripción enseña que son cómicas. Están apoyadas sobre un zócalo, y una, imagen de la Orgía, bajo las hojas de la vid, no da la sensación del regocijo; de modo tal aparece contrahecha por su gesto. La ótra, blanca, semejante á un pálido rostro de muerto, empieza á ser terrosa, abre inmensos labios, y ante la expresión de la compañera, lanza un grito estupefacto. ¿Quién las ha modificado? ¿Por qué antiguas muecas, despertadoras de risas, hoy nos hacen meditar y parecen trágicas? Así me asedian y me persiguen ciertos rostros. El loto azul cubre el agua emponzoñada; no respiréis la alegría de la flor, imposible es que en el perfume no trascienda algo del estanque... En mí vibra la amargura que Pedro de Monfort supo quizá ocultar al mundo.

Un cuarto de hora después, Dartoy exclamaba en la escalera:

— No tiene nombre esto de envenenarse con la supuesta tristeza de un personaje que fué alegre hasta en sus bromas de mal gusto.

Glatigni le interrumpió bruscamente:

— ¿Has visto ya á Sada Yako?

Mientras su compañero empezaba á vomitar sandeces sobre la curiosa actriz, él se dijo: “Tipo extraño es este Juan. Ha descubierto alguna pena escondida de aquel diablo de hombre encantador, y sufre una especie de remordimiento, pensando: debí adivinar para consolarlo”.

II

Dijo úno: “Cuántas veces estuve entre los hombres volví menos hombre. Lo cual experimentamos cada día, cuando hablamos mucho... La salida alegre causa muchas veces triste vuelta, y la alegre noche una afligida mañana... Si quieres arrepentirte de corazón, entra en tu retraimiento y destierra de ti todo bullicio del mundo según está escrito: *contristaos en vuestros aposentos*. En la celda hallarás lo que pierdes por defuera.”

Juan de Monfort leía estos temas, sacados de la *Imitación*. En tinta negra caían sobre la blancura de ancha hoja, cual piedras sobre sereno lago, removiendo ideas que como giros de agua espiritual, meditativa, iban á estrellarse á los pies de una terracota. El poeta creía ver un reflejo del desierto de los monjes, bañado por un sol capaz de fecundar la estéril arena. La vida surgía allí con un aspecto nuevo, y el jardín, su obra, en vez de brotar sobre la tierra próxima, abría-se junto al horizonte entre quiméricas nubes. Y encantadoras flores, de bellísimas

plantas, perfumaban; y corrían manantiales cristalinos de inmaculadas fuentes. Los labios sedientos anhelaban sus frescuras, con las alucinaciones de la fiebre, y los ojos, acostumbrados á la arena, estremecíanse de gozo ante los matices de la vegetación increíble. Entonces los reflejos rojos y violetas, y los blancos argentinos de los celajes, consolidáronse; después muros de rubies, amatistas y diamantes cerraron el jardín, aislándolo del espacio. Mas no tenía puertas de oro, ni de piedras preciosas; y para poder llegar á flores y manantiales, era necesario trascender las torres y almenas al impulso de alas seráficas. . .

Al frente vió Monfort, casi aérea, volando en el químico ambiente de un espejo, á la estatuita de Clodión. Venía hacia él, cual si no estuviese ya sobre el escritorio, con el sombrero alegrado por el aire matinal: arremangábase el vestido para saltar un arroyuelo y enviaba un beso con los dedos al amante invisible. Leyó los versículos del papel y dijo al són de la mueca gentil: "Las semillas caídas de tus libros envenenan la tierra, haciendo de su entraña una fuente de tristeza, en donde ya no brotan árboles que inspiren con sus frutos dulzuras á los labios; huyo de aquí, porque no puedo vivir sin el amor terrenal y su deleite". Estas palabras se estrellaron contra el algodón puesto en los oídos de Juan por las meditaciones de los versículos. La voz de la imagen de terracota brotaba sin duda de su heladez actual: "Para mí—pensó—no exhalas sino el frío de tu materia, aunque quieras con tu acento recordar el fuego que al cocerte acabó por esculpirte". Él sólo oía los comentarios de Kempis á los gritos de Salomón: Vanidad de vanidades y todo vanidad. . . La escultura se le antojó más vana aún, existiendo sin causa, cual si nada representase. Su frivolidad era una forma de la muerte. La coquetería de la Tanagra afrancesada por Clodión, parecía tonta, y su sombrero, inútil, y su beso un estéril soplo del aire.

De estos pensamientos le sacaron tres voces. Partían de amigos, entre los cuales un flamante diputado se ensayaba, sin quererlo, antes de abordar la tribuna. La discusión duraba hacia rato, y él, ausentándose del todo, habíase perdido relejendo los textos de la *Imitación*. Uno de los contendores creyó, por su atento semblante, que seguía su fatigosa argumentación, y atacóle de frente: "En fin, qué piensa usted: tomar ese empréstito al 1^o %, estancar más el tabaco ó disminuir el presupuesto?" "El tabaco" — respondió él, por serle más conocido, con eco involuntario de bóveda que responde á un acento. El ótro arrancó frenético, lanzándose en nuevo discurso, á pesar de las interrupciones de un tercero. "El 1^o %, el estanco, el presupuesto!" Estas expresiones las oyó ir y venir y resonar, con ignorados tonos. Nada de eso tenía significación. Eran palabras que no pertenecían al lenguaje necesario de las ideas. Repentina luz definía á los tres muñecos que sin cesar las lanzaban. Los rostros, desfigurados, adquirieron un carácter nuevo, convirtiéndose en la viviente máscara de esas cosas. Y un hombre era el 1^o %, y el ótro el Estanco y el de más allá el Presupuesto. ¿Cómo era el alma del Presupuesto, y qué pensaba la del 1^o % y de qué sufría la del Estanco? ¿Qué sienten, qué anhelan, qué dicen? Y Monfort oía siempre las voces desnudas, las hostiles voces torturantes. Y en un momento las fisonomías se le aparecieron como de gente enemiga. Poco á poco las voces hallaron una inflexión familiar; las palabras empezaron á encaminarse en argumentos con sentido; la realidad de un fondo apareció y encontró el ausente las raíces de nociones que daban savia al engranaje de un Estado... Sintió rabia. No tenía derecho de abrir la puerta y echar á aquellos antípodas. Sin ser imbéciles, podían interesarse en cosas que han concluido por tener razón de existir. Y pensó: ¿cuál es la fisonomía verdadera de estos hombres? ¿La que les veo ahora, ya conocida, ó la que me mostraron hace un instante bajo los rayos X de mis nervios?... Vol-

vió después á los versículos del libro, que está más próximo que el Estanco al origen de la Vida. Ya no podía meterse en ellos, las voces lo habían perturbado. Entonces echó una afectuosa mirada á la estatuita que hacía un instante oyera como á una tonta. Ella al menos no podía imprimirse como un decreto administrativo; y era encantadora en su frivolidad, convirtiendo á su beso en cosa inútil pero alegre, con algo del pájaro que, sin pensar, canta.

III

Pablo de Glatigni franqueó la puerta de la Parisiense. Brillaban en la tarde los colores de sus formas monumentales, recordando las azules y verdes murallas del palacio de Sargón, que en las salas del Louvre evocan con sus desfiles hieráticos las glorias de Ninive y Babilonia. Un lampo de sol vestía á la ágil estatua, que al parecer lanzábase á volar, soliviantada por la magia de ese velo de oro. Glatigni rozó las líneas de quioscos hasta llegar al esbelto puente Alejandro. Los grupos de ángeles resplandecían al golpe de la cruda luz, faltándoles aún el barniz suavizante del tiempo, que apaga el mogate chillón, imprimiendo sellos de nobleza. Más allá surgía el dombo de los Inválidos, orgulloso de su elegancia y de su gloria. Pero, para reflejarlo, era menester pasear los ojos sobre los edificios de las Manufacturas, indignos arquitecturales ramilletes, de azúcar y de crema. Al otro lado del puente, tendíase el Pequeño Palacio ante el Grande. El público los había consagrado con esos familiares nombres. La T gigantesca del segundo erguía su

bóveda de cristales, evocando el ajeteo y los silbos de una estación de trenes y no el silencio de las obras artísticas que encerraba. Glatigni y Monfort se habían dado cita en su restaurante. Desde la puerta sentíase el rumor característico de la multitud, marchando sobre los pedregullos del suelo. Fatigada de ver y muda en el gigantesco hall, brujuleaba la turba en torno de las estatuas, sin otra manifestación que la de ese ruido, cual si fuesen los pies los únicos capaces de un comentario. Glatigni pensó: saludemos en ello un símbolo. Y una vez más volvió á cruzar el recinto, en donde cientos de mármoles, separados apenas por trechos que imposibilitaban tomar las distancias, confundían sus contornos. Los ojos del espectador, bajo la blanca lumbre, perdiendo la noción de las diferencias, acababan por flotar indiferentes entre uniformes masas abrumadoras.

— Ah! los goces de la Feria — exclamó Monfort; — no comprendo por qué tanto artista ha traído sus obras á semejante mercado. Todas esas mujeres desnudas me hacen el efecto de venir á una trata de blancas. Quieren taparse los oídos para no escuchar y cubrirse el sexo con las manos por librarse de cien mil ojos obscenos. No te quepa la menor duda; si pudieran, huirían despavoridas, como animales escapados del incendio de una selva.

— Ya veo — repuso Glatigni — que los encontrones y codazos, y el tufo de la multitud fermentante al sol, te han encalabrinado los nervios.

— Nó, no es eso. Pero acabo de recorrer las salas de arriba, donde están expuestos los cuadros de estos últimos años. ¡Imposible imaginar las cosas oídas delante de los Manet, por ejemplo! Ah! es inútil; ciertas gotas de esplendor necesitan más que décadas para horadar piedras, que vale decir, cráneos. Y aun ante las obras malas, se me ha ocurrido pensar en lo respetable de todo esfuerzo. Hace años no hubiese visto sino el dibujo, el color, la originalidad del temperamento, y el resto lo hubiese, cual

siempre, echado al diablo. Hoy he sentido una especie de piedad. Desgraciados los que aman el arte hasta envenenarse con sus aguas. Sufro de un acceso de tristeza de difícil definición, tristeza que se me vuelve soplo de tolerancia.

El criado levantaba las tazas de té, con tintileo de cucharas y traquear de platos; las sillas, removiéndose cerca, engrosaban el tumulto de las charlas en torno de las mesas. Y crecía el zumbido de la colmena, transformado en rumor de mar, pues de aquella especie de gigantesco invernáculo donde las estatuas despleaban sus angustias y alegrías, menos sensibles que plantas y casi siempre desnudas como flores, llegaba incesante el rebullir sonoro de los pies frotando las arenas. Monfort prosiguió diciendo:

— Las peculiaridades de los pintores desaparecen allá arriba, como notas perdidas en conjunto desconcertante. El calidoscopio de esos cuadros acaba mareando y hace imposible el análisis. Repentinamente, el profundo silencio de las telas suelta la lengua de sus matices y evoca la algarabía de una orquesta que se afina. Después, en acorde colosal, fluyen serenas lumbres para bañar la sinfonía de los iris ensalmados. Ambas sensaciones cruzan con la intensa subitaneidad de relámpagos, que confunden colores complementarios para brillar con el esplendor de uno solo triunfante. En el ziszás del primero vese detrás de cada cuadro al hombre que lo ejecuta. Aparece en una tela de belleza realizada, ó simplemente perseguida, el más tranquilo paisaje, cuando el corazón del artífice sentía dolorosa tempestad. Brilla ótra con un drama angustioso, cuando el autor, para vivirlo y pintarlo, tenía que olvidar su propia ventura. Así, un tumulto de contrastes forma la desafinación sentida en el primer instante. Á ella mezcla el ziszás del otro relámpago (dejando al hombre y sólo viendo al artista) la misteriosa felicidad de crear con alegría, pero más á menudo, la es-

téril ansiedad del trabajo penoso. Por último, sobre pasiones y miserias, júbilos y angustias, surgen las obras concluidas, ocultando las luchas, para vivir al fulgor de una única luz serena... Y piensa que la Europa, como el Japón, la Australia como ambas Américas, han mandado el tributo de sus temperamentos; de modo que una humanidad sufriente del amor de la Belleza enlaza aquí las más lejanas existencias con igual vínculo divino. Los árboles son diversos, las savias se transforman en malos ó buenos frutos; pero el sol á que aspiran es uno... Todos tienen su ideal y han tenido sus dolores. Toda obra de arte es respetable, aunque no produzca una emoción superior. Ya ves que tu irreductible esteta se ha vuelto bondadoso. Y ahora, vamos á tomar un poco el aire á las avenidas del Sena.

IV

Juan de Monfort empezaba á añadir á su malestar la irritación nerviosa que le producían las opiniones de las gentes. Cuando estaba en París pasábase, á veces, semanas sin poner los pies en el Círculo Agrícola, al cual pertenecía por seguir la tradición de su familia. En ciertos cenáculos literarios, donde tenía amigos, veíasele poco también; pues si en ellos un hombre de sus ideas se hallaba mejor, en cambio, sufría de las mil pequeñeces que los agitan, movidos por la envidia y el afán del lucro. En aquella tarde, mientras escribía maquinalmente una carta, oía la voz de un oráculo condenando las acciones de

un amigo, unos paisajes de Monet y una pieza de Porto Riche, todo englobado, cual si fuese el dueño de la lógica, en nombre del Buen Sentido. “Este ejemplar perfecto de una raza—pensaba Monfort— se llama lógico, no sintiendo en su mediocridad irredimible lo ilógico de creerse propietario de una lógica absoluta; y habla de un buen sentido, que es bueno, porque condena en arte todo lo que él no entiende por ser hermoso”. Lo que más le exasperaba era la actitud del coro: escuchaba con profundidad y aprobaba con importancia. Cuando puso la dirección, giró sobre el taburete diciendo: “Leverrier acaba de descubrir á Neptuno. Entre una red de números está aprisionado el séptimo planeta. Puede correr ignorado por el cielo, no importa: sobre la hoja de papel, rutila en el gabinete. El sabio alza después los ojos á la infinita sombra, camino real del astro. Del telescopio mal ajustado cae un tornillo sobre su cabeza, que, á su vez, se abate sobre el cálculo, hallando en él, al morir, una aureola...

“Fulton acaba de sentir los estremecimientos de una caldera movida por agua hirviente. Sale á respirar el aire y marcha por el camino, abstraído. No oye los pájaros que cantan ni los chicuelos que juegan. El viento lo sume más en su sueño: ve monstruos devorando campos al robarle violencias, y monstruos trascendiendo mares al ponerle la proa imperiosa. Una pesada carreta adelanta, el paseante se desvía mal, cae y muere bajo una rueda. El viento sigue silbando y arrebatá el mugido de los bueyes, que no es propiamente un himno de gloria....

“Gayarre repite esa noche el *Spirto Gentil*. El público pierde su ininteligencia normal, y se encuentra, al oír esa voz, con un alma. Por entre el silencio religioso, cruza la melodía pasada por lágrimas, á buscar, para desvanecerse, un rayo de luz extática. El artista, conmovido, presiente quizá que el ruiseñor de su garganta canta como un cisne. Nunca aplauso más frenético sucediera á su mú-

sica, y febril, sale del teatro, bebe agua, tiene una indigestión mortal, y muere arrojando inmundicias por la boca... Y ahora yo me voy, supongo que no á visitarlo”.

El oráculo hesitante exclamó: “No comprendo lo que significan estos relatos”. Juan repuso: “Significan que tu lógica de hombre que cree no equivocarse en nada, me exaspera”.

— Comprendo menos ahora. Y, desde luego, Gayarre murió de una pulmonía, después de cantar el *Mefistófeles*, y jamás he oído decir que el astrónomo y el mecánico acabasen de tal suerte.

— Precisamente, si no murieron de ese modo, así debieron morir, pues lo más lógico en el mundo es el absurdo.

Y Monfort salió con el pretexto de mandar su carta.

El oráculo dijo: Éste está más original que nunca.

Y un devoto: Más pretensioso, diréis.

Y ótro: Y tonto rematado.

Y un cuarto: Ó por volverse loco del todo.

V

Á las seis de la tarde, en el pabellón Ceylán, Glatigni y Alfredo Letellier, joven músico de talento, esperaban á Monfort, que recorría el Trocadero. No había una sola mesa libre. Los indígenas, luciendo la immaculada blancura de sus trajes, mostraban en los rostros el color de las hojas del té que servían, y en su trajín iban y venían, con su peinetón de carey erguido sobre el pelo de azabache. Las mundanas elegantes reuníanse allí á las cinco; era el lugar más reputado de la Exposición. El sol doraba aún las copas de los plátanos, pero había retirado de las mesas los luisos de oro que echaba en lluvia quimérica sobre las superficies de paja oscura. Los minutos pasaban y Monfort no aparecía. Con ceremoniosos ó efusivos apretones de mano, saludos exagerados, ó discretos, risas y sonrisas, entre susurros de telas y movimientos de sombrillas, las gentes despedíanse con trivialidades ó buenas frases, mientras un vals arrebataba y fundía el todo en exultante ráfaga armoniosa.

— En fin, nos iremos — exclamó Glatigni; — Monfort no debe de haber venido, y lo hallaremos en Voisin.

— ¿Pero qué le pasa?

— Vaya el diablo á saberlo. Es menester que se distraiga metiéndose en la ola cosmopolita, y que busque la sorpresa de una mujer agradable. Para mí es un hombre que vive en la inquietud de una ansiosa expectativa.

— ¿Expectativa de qué?

— He ahí el problema. De pronto, acaricia una especie de *Tanagra* como lee un capítulo de la *Imitación*. Dime tú, si comprendes.

— Miralo llegar apurado. Vamos á ver si se excusa, como en sus buenos tiempos, contando algo curioso...

El conde de Monfort se acercó sonriente, feliz de encontrar á dos personas que le eran queridas.

— ¿Que de dónde salgo? De aquí abajo. Ustedes han estado conversando sobre mi cabeza. Después de fastidiarme en la Andalucía mora y en el teatro del Cairo, farsas hechas por árabes que hablan el francés montmartrense, venía á buscarlos, cuando leí un letrado: "Mastabás egipcios". Pagué, descendí un oscuro corredor clivoso y me encontré en las entrañas de Menfis. Las tumbas están admirablemente imitadas; sin hacer un esfuerzo de imaginación, parecen verdaderas. Los dioses legítimos bajo la media luz religiosa, se dibujan entre los muros, historiados con los versículos gráficos del Libro de los Muertos. Las bestias simbólicas, presididas por el sagrado gavián, abriendo sus alas de oro, en las bóvedas azules, custodian á una auténtica momia de sacerdotisa, que rodean vasos iridiscentes. Sólo una bandeleta le cubre parte de los brazos, el vientre y los muslos; los pies desgarran la mortaja de muselina sutil, y el cráneo libre muestra un ojo que se cierra y ótro que se abre con asombrosa vida... En torno, varios sepulcros lucen momias en los ataúdes, y ótras, posadas sobre la tierra, entre amuletos, están prontas para resucitar. Realmente se imagina, en lo alto, el arenal y el silencio dominados por las pirámides de Sakara. Después resulta extraña la impresión cuando se piensa que, en vez de tenderse el desierto sobre esa muerte de siglos, y sobre esos sudarios, agítanse enjambres de mujeres llevando en la hermosura de sus trajes, aun más que los árboles, el esplendor del estío. Y no hemos vuelto de la impresión cuando esta-

tallan aquí los vales de los cingaros. Se les siente claros y vibrantes en el subterráneo. Han tocado algunos que oí hace tiempo en Saint-Maló, y se me antojaban, como entonces, imprimiendo á las nocturnas brisas del mar sus cadencias. Escuchábalos sollozantes con las singulares inflexiones de un fantástico viento. Los sentía llegar hasta las olas, envueltos en la sombra, y al tocar la voz de ese infinito, exhalaban un ay! desgarrante. Des-pavoridos, cual corriendo al puerto salvador, volvían á su origen, después de rozar así la Muerte, trayendo una desolada visión, en que los seres pasan como las olas anónimas... Pero aquí arriba el concurso no percibía, como yo, tales reminiscencias. Hombres y mujeres, olvidados de sí mismos, para ser felices, sentíanse contentos, y los acordes con júbilos ó quejas removían voluptuosamente las almas... Las pobres momias, oyendo en tanto, sorprendidas, inmóviles, se estremecen con las visiones de sueños inquietantes. ¿Qué experimentan al evocar las arpas, y sus religiosas melopeas, y sus sencillos acordes entre las ráfagas magnetizantes de esta balumba armoniosa? Los vales se enlazan los unos á los otros en espirales de renacientes giros, cual nuevas olas que producen nuevas espumas. Y hay un instante en que se cree que las parejas se besan arriba, y las momias saltan de sus tumbas abajo, en frenética resurrección, y se saludan con los pañuelos macabros de sus bandeletas perfumadas de mirra. Y en su medio, la sacerdotisa de Amón, fantástica Salomé espectral, deseando volver integralmente al sol de la Vida, cautiva con su danza á la Sombra, para que decapite á la Muerte. ¡Cuán extraña sensación da el espíritu animado de un pueblo que es casi un mito, rompiendo su sueño antiguo al contacto de la música moderna! ¡Imaginad lo que pueden sentir y pensar las momias! En quererlo definir me he pasado una hora, y he huído sin sustituirme á esos alucinantes egipcios, con el sufrimiento de lo inexpresable.

— Te quejabas—exclamó Letellier — de no trabajar por apatía de imaginación; he ahí una idea; eso puede ser un poema.

— Sí, pero cómo encontrar los ritmos y darles forma. He perdido el instrumento. Esta mañana hallé también otra cosa. Sabed que la aldea suiza es encantadora, aunque protesten los estetas en mal de crítica. Se respira allí el aliento de los valles. Se envidia, como Flaubert, á las vacas que se comen la fresca verdura; y entre los chalets, al lado del que sirve de Correo, hay úno que encierra un curioso canto. Imaginaos diez docenas de relojes de innúmeros tamaños y varias formas. Los chirridos débiles y pujantes de los engranajes se mezclan á los de una legión de péndulos. Un invisible viejo, más venerable que el Noel de los cielos, más pensativo que el Fausto de la tierra, con sus dedos maravillosos como el destino que nadie detendrá, anima los resortes, teniendo en su aire augusto algo que dice: "soy dueño de los cuadrantes, porque soy señor de los astros". Y vibran los vaivenes, los ritmos, los murmurios. En un rincón, una clepsidra filtra el agua, moviendo sus flechas. En otro ángulo, un gran globo de cristal deja caer silente su contada arena... Y todo el tumulto de los chirridos forma canturrias para adormecer la Hora, y hacerla que se olvide y que no siga, quitándole la conciencia. Mas ni una rueda se rompe, parándose, ni un grano de arena se petrifica, deteniéndose, ni una gota de agua se vuelve inmóvil estalactita. La Hora avanza, los péndulos, á medida que el instante de despedirla se acerca, acentúan su implacable marcha. Resuenan como latentes corazones, ya precipitados, que se dirían agitándose por violenta emoción, ya serenos, mecidos al compás de meditación profunda. Súbitamente estalla insólita algarabía. Las flechas parecen, al tocar un número, abrir las jaulas á bandadas de pájaros, de picos parlantes y de alas sonoras. Y hay timbres alegres. Y hay encontrados repiques. Y hay quejumbrosos

acentos. Y hay armoniosas notas. ¿Cómo no sentir que son ecos de ilusiones y dolores de almas desconocidas? ¿Cómo no sentir el poema que canta en esa vibrante emoción? Y aun se piensa en la despedida á la Hora, cuando el último són nos habla del saludo á ótra. Afuera, al salir, vese en la pared al único reloj sin cuerda humana, al auténtico del Viejo, al que rige á todos, al cuadrante del Sol, con el reflejo del astro, impasible, desdñoso, mudo. Y su augusto silencio, que sobrecoge, custodia su inscripción: *Todos mis minutos hieren; el último, mata.* ¡Ah! ¡quién pudiera escribir ese poema!

Monfort había hablado precipitadamente, con ojos febriles y manos inquietas.

— A trabajar — dijo el músico; — las chispas no saltan de yunques abandonados.

Glatigni añadió:

— Ahora, en camino. Es tarde.

Echaron á andar. Sólo quedaban los criados y las mesas. En el fondo de los árboles se dibujaba el Quiosco Imperial del Japón y sus iluminados macizos de cinerarias: al aproximarse la noche, se vestía de fiesta. El estanque mostraba sus nenúfares, también brillantes y animados: la electricidad corría invisible entre las hojas y las flores, como savia de color y sangre de luz. El artista creyó que las geishas de Outamaro y las hadas de Édison mezclábanse en un mismo fantástico sueño, para saludar su vuelta al Reino de los Ritmos.

VI

Aquel entusiasmo no duró más que un día. Varias hojas de papel manchadas en todos sentidos, y con pereza escritas, denotaban el estéril batallar. Comparábase Monfort á una arpa cuyas cuerdas se aflojan á los primeros acordes, sin rendir después sus timbrados sonidos. Cayó en un lamentable desfallecimiento, tratando de engolfarse nuevamente en el libro de Kempis, y perfumar su espíritu con algunas frases de ese viejo tronco que da flores de juventud eterna.

El azar de la compra de un grabado lo llevó á Nuestra Señora. La fuente lanzaba las rumorosas efervescencias de sus chorros cristalinos, y el sol, chispeante en las espaldas de sus arcángeles, ceñía á su virgen con nimbo de oro. A la sombra de un plátano, sobre un banco, observaba el poeta el cielo azul recortado por la inmensa mole de la catedral. Resplandecía como sonrisa gloriosa del aire transformándose en esplendor de su contento. Y ese mismo aire, entre los árboles frondosos, adquiría una serenidad apacible aislándose de la ciudad circundante. Gritos de jugadores al arco, se confundían al murmurio de la fuente y al piar de los gorriones en las ramas. Había verdes penachos impregnados de rayos de sol que, inclinándose, acercaban en lluvia de bendición esas luces vivientes al grupo de alegres criaturas. Monfort sentía la sugestión de la calma, deseando inmovilizarse

como las estatuas angélicas, y perder la conciencia y sólo oír el agua preciosa y casta, fresca y dulce. Por un instante creyóse á veinte leguas de París, en lejana abadía, en cualquier abrupto rincón de montaña. Decidióse á abandonar la fuente y penetró en el templo.

Apoyándose sobre el obispo de piedra del fondo del gran ábside, miró la bóveda azul y sus áureas constelaciones. El día, entrando por los cristales, volvíase haz coloreado de religiosos alientos. Las estrellas agonizaban en aquel crepúsculo como las rosas de un jardín que, aun en el júbilo del cielo, extrañasen á la tierra. Cortadas del tallo, no les bastaba para vivir las dulces perlas del rocío celeste. De los arcos pendían lampadarios, en forma de coronas, con cintilantes ojos de luz, en vez de piedras preciosas. Tres vidrieras dobles cerraban el recinto, ostentando mitrales contornos. Y esas mitras, iluminadas por las criaturas seráficas de las transparencias, pertenecían á maravillosos pastores invisibles. Su milagro consistía en hacer comulgar al sol, con el ambiente, creando el sensible flúido, donde el alma de la Edad Media soñaba palpitante.

El obispo esculpido en la tumba, con un león á los pies, esgrimía el báculo: sobre su pétrea vestidura de rígido blancor, aparecían rubíes y zafiros. Y daban extraña sensación esos glóbulos de ardiente púrpura, y esas gotas del contenido azul de un límpido cielo, sobre la muerte aterrida del mármol. También en las seráficas criaturas chispeaban zafiros y rubíes, dominando cornalinas y berilos, calcedonias y amatistas. Pero allí, alejándose de la heladez, se transformaban en rosas, y las rosas en estrellas; y al mezclar sus reflejos coruscantes, tenían las flores algo de la luz de los astros, y los astros mucho del perfume de las flores.

Súbitamente, el alma de la catedral entera onduló al contacto de una ráfaga del órgano, que Monfort sintió descender de invisibles lejanías. Inmaculada nube, en lo

alto, despedía con voz de lo infinito ese armonioso viento que chocaba en el coro de piedra, explotando en notas, como la luz inmaterial del sol se astilla en rayos sobre un bruñido escudo. El canto sumergió las esculturas en su atmósfera de prodigio, y dándoles el espíritu de Dios, se puso á evocar el milagro de los huesos de Ezequiel. Las vidrieras se estremecieron, como árboles de cristal, y no había hoja sin una nota, ni rama sin un arpegio: hasta el tronco era un torbellino de alas vibrantes. De pronto, desvaneci6se el acento y su fragor, y allá en el fastigio de la gran nave se sintió un vagabundeo de arrullo musical. Envuelta en la blanca inmaterialidad de azucenas convertidas en lumbre, subió hacia él desde el coro una oración de niños: se la veía nivea, oíasela sonora, se la aspiraba perfumante. Después esfum6se, mientras el lejano murmurio absorbía, al expirar, el último soplo de su impresión delicada. No qued6 en el ambiente, ni en los arcos, ni en toda la gigantesca caja sensible, el rastro de una nota, ni el eco de un eco. La Hostia de la custodia dorada, resplandecía cual sol de nieve en nube de oro, á través del incienso. En el canto había huido el alma de las cosas, y ese perfume presente, pero invisible, era el alado sudario de las armónicas brisas.

El poeta vió cómo las mitras de las vidrieras ocultaban sus detalles en sombras amenazantes. En el silencio, más profundo tras el silencio del órgano, las criaturas dibujábanse más rígidas. El obispo, en su lecho de piedra, surgía dos veces muerto. Sin epitafio que recordase su nombre, y luciendo sus gotas azules que hablaban de cielo y sus gl6bulos de púrpura que decían la sangre de los martirios, pareciale á Monfort una imagen anónima de la Fe, velando con su báculo la Eternidad y el Misterio.

Al salir al atrio, al pie de la sombra ecuestre de Carlomagno, pensó en el rey y en la fábrica, y evocó las estrellas del ábside. Allá agonizaban como rosas separadas

de sus tallos á quienes no bastan las perlas del celeste rocío: aquí, sobre la estatua y la catedral, iban transfigurándose á encenderse en el cielo. ¡Ah! si él pudiera sentir las, contemplando amorosamente la gótica mole, es decir, la cuna humana de que nacieron! Volvióse entonces á su reino interior: los rubíes y los zafiros no brillaban, pero su espíritu reproducía el manto helado del obispo de piedra!

VII

El vacío de la Concordia, por el efecto de la noche misteriosa, se quedaba atrás como mar en que agonizaban faroles de varios buques. Letellier y Monfort, deteniendo el paso, que habían acelerado, sobre el puente, recomenzaron su charla al flanquear el Palacio Borbón. El músico tenía la palabra: “Me río de este continuo desprecio por el siglo que termina. Sin necesidad de salir de nuestra ciudad, quisiera me dijese qué época fué más grande. ¿El siglo de Pericles? ¿La Florencia de los Médicis? Saludo con respeto, pero con placer me quedo en casa. Piensa en lo que significan los años para aumentar. Con Homero nadie se atreve, porque varios siglos lo defienden; con Hugo todo el mundo es insolente, porque le hemos conocido. Y, sin embargo, á cuántos catadores de verdad les hace más feliz el *Eviradnus*, que cualquier combate de la *Iliada*. Los antiguos! Todo les era más fácil. Homero tomó virgen á la Luna. Hoy la criatura desflorada

ha dormido con todos los poetas del mundo. Ve á decirle una imagen nueva! Y la aurora igual cosa. Y las flores, y las montañas, y el mundo entero. Los antiguos! Nos molestan con la escultura. ¿Acaso Miguel Ángel nació en Grecia? Pero... así es la crítica. Os zampan á la cabeza el nombre de Scopas ó de Praxíteles, cuando se habla del florentino, y á éste se le hace renacer formidable para hundir á los modernos. Yo no reconozco escalas entre Rodin, Fidias y Miguel Ángel: todos son igualmente grandes, llevando en el alma diferencias de épocas y temperamentos que, vibrándoles en los dedos, se estampan en los mármoles. Los modernos no hacen hoy lo que los antiguos, porque existiendo lo que hicieron, no hay lugar á crearlo. Si la cúpula del San Pedro no se levantase desde ha tiempo, no hubiese faltado aquí quien construyera la del Panteón por inspiración propia.... Á veces se condena á los modernos dentro de un mismo arte comparándoles á los griegos y á los romanos; y ¿adónde irían á parar esos amables antepasados si se les condenase en nombre de artes enteras? ¿Qué fué entre ellos la pintura? Al fin y al cabo, no lo sabemos. Hay que atenerse á alguna consideración de Plinio ó de Pausanias. Mucho me temo que los célebres frescos del Fœcilo resultaran sombras menesterosas al lado de la Farnesina de Roma ó de la Librería de Siena; tal como pasa, por ejemplo, con las pinturas de Pompeya ó de la casa de Livia. ¿Y la música no es nuestra? ¿Qué importa que el talento personal de un cantante, como un tenor italiano de nuestros días, obtuviese triunfos? El siglo XIX ha, en realidad, concertado sus acentos más divinos. Imagínate los flautistas de los banquetes y de los funerales helenos al lado de las orquestas de Wágner y de Beethoven.... Hijo de mi época, la adoro.... ¿Por qué es más Rafael que Puvis de Chabannes? Porque Rafael tiene sobre los hombros el manto venerable de trescientos años de tradición. Yo no soy pintor, es cierto; pero he estudiado pintura, y vivido en-

tre cuadros, y siendo Rafael por su nombre más imponente que Puvis, prefiero á Puvis, pues me produce una impresión de infinito, que no encuentro en la perfección del Sancio... ¿Crees que si me dieran á elegir entre la maciza Madona de la Silla y la Santa Genoveva velando el sueño de París, hesitaría un instante? No quiero hablar del paisaje. El paisaje es como la música, gloria del siglo... Nuestra ciudad, más que una Academia, ha sido la flor de civilización más completa de la Tierra. Piensa que Chateaubriand abrió el siglo y Hugo lo ha casi cerrado, y haz, entre Delacroix y Puvis, entre Carpeaux y Rodin, entre Berlioz y Saint-Saëns, entre Cuvier y Pasteur, entre Renán y Taine, entre Leverrier y Bertelot, entre Lacordaire y Didón, entre Lesseps y Eifel moverse cientos de artistas, escritores, sabios, y dime si no es tontera ir á llorar delante de la Magdalena porque evoca un falso templo corintio. A la cultura propia de París, se añade la del mundo, que viene á enriquecer la liga de su medalla, y á lustrarla hasta hacerla resplandecer como un sol. Hay quien se queja del teatro. Mañana empiezan en Bezières y en Orán las representaciones de Sófocles, cual si fuese un contemporáneo. Pregúntale á éste si en una noche pudo oír, además de su *Edipo*, el *Cyrano* y el *Ruy Blas*, las *Walquirias* y el *Rigoletto*, el *Hámlet* y la *Estrella de Sevilla*, el *Constructor Solnes* y la *Geisha*, *Magda* y el *Amigo de las Mujeres*, la *Mano* y *Vencingetorix*, *Amoureuse* y el *Matrimonio de Fígaro*, es decir, obras francesas, españolas, alemanas, inglesas, suecas; tragedias, comedias, pantomimas, óperas y espectáculos jamás sospechados entonces; todas las costumbres, todas las épocas, todos los dioses y todos los hombres bajo el soplo vivificante de la imaginación y de las eternas pasiones... Una ciudad como París fué quizá el sueño de los admirables atenienses. Resumen de las gracias y de las fuerzas del pensamiento, el arte y la ciencia del mundo, buscan dar el grito en sus muros, sabiendo que vuelve á la humanidad multiplicado en

nil ecos, sobre las alas expansivas de nuestra lengua... Hay después gentes que lamentan los nobles peplos, y las vestiduras coloreadas de los egipcios, y los pesados mantos de los asirios. Yo me río de todo eso delante de la encantadora fantasía de nuestros costureros. El corsé! Horror! Pero ¿por qué esa guerra? ¿No completa y corrige á la mujer de peor figura? Aun las que la tienen buena, vestidas, hacen concebir cuerpos más esbeltos que los de las más soberbias estatuas. Estos corsés de ahora tienden á convertir á las ninfas de Rubens, que en realidad abundan tanto, en Dianas cazadoras, elásticas como palmas y duras cual marmóreas. Es decir, que así se acercan á ciertas imágenes de los museos, las no siempre arrogantes que menudean en las calles. Alabemos, pues, el amable aparato mentiroso que nos da la ilusión de que la perfección existe... Y todo es así. Esta mañana, otra disputa á propósito de Murano. El secreto se ha perdido! Imposible resucitarlo! Oh! el Renacimiento. Oh! el siglo xviii. Y ahí están las vitrinas con los Tiffany, por ejemplo, mostrando las fiestas de sus inefables transparencias. Que el que quiera ver me diga si alguna vez los matices de las flores se convirtieron en más vivientes pétalos, y si las piedras preciosas han adquirido en el cristal competidoras más mágicas de sus encantos. Los azafranes, los iris, las anémonas de Gallé, hacen de un vaso, objeto industrial, la más hechiceresca creación de arte. Estudia la transmutación milagrosa de esas flores renaciendo con ideal vida, y dime si es posible quejarse evocando las copas del Correr de Venecia... ¿Te acuerdas del Salón Verde en Dresde y del de las Gemas en Florencia? No es tontera llamar pobre á nuestra época! Yo no comparo á Lalique con Cellini. Creo hacerle un honor á Benvenuto diciendo que en materia de joyas pudo ser el Lalique del Renacimiento. Sé que aún no has visto sus vidrieras. Mañana mismo hazlo; jamás, en ninguna época, se aplicó á esos adornos fantasía más curiosa y pimpante

en su belleza. Primera objeción. Cadenas, peinetas, prendedores, broches, parecen objetos de museo impropios para las cinturas, pechos y cabellos de nuestra mujeres. ¿Y qué? ¿Eso significa un defecto? En realidad superan á objetos de colección: son creaciones de las hadas, para princesas de leyenda, y eclipsan el sueño de los tesoros de las *Mil y una Noches*.... Sus piedras nos evocan el más fastuoso y desconocido cuento oriental, como los frutos que vienen del trópico nos hablan de los árboles ignorados más gigantescos. Pregunta á la Reina de Sabá si pensó nunca en esos pavos reales que sugieren con el azul de su esmalte, sus plumas de luz y sus ojos misteriosos, toda la poesía de una pompa sagrada. Debió de envolverse en pesantes cadenas de oro, como las del Louvre, sin tener idea de tal magnificencia circunscrita en el espacio de dos alas y una cola. Pregúntale á Cleopatra, que se colgaba las láminas con templos, elefantes y gavilanes, del castillo de Giseh, si jamás pensó en la atracción irresistible de esas esfinges y dragones extraños. Ah! el claro de luna de sus ópalos, pasados por un sol poniente, de modo que adquieren con luces de la noche y reflejos de la tarde, fulgores de cielo, cambiantes de mar, y partículas nimbadas, ora violetas, ya purpúreas. Todo lo que la imaginación del hombre, sobre una base histórica, convirtió en leyenda del lujo, Lalique lo ejecuta. No son las joyas de esas reinas, son las forjadas por los gnomos, robando á Ariel la fragua de sus ritmos y el yunque de sus versos... Las peinetas no pueden describirse. Las materias preciosas, engarzandose en fantasmáticos cabellos, espiran elluvios magnéticos, idean formas y plasman coloraciones, al soplo inspirado de la Quimera. . . . Aquí, cedros esculpidos, hacen pensar en cofres de la India exhalando incorruptibles perfumes. Allá, marfiles se vuelven mujeres que forman con sus cuerpos el de las joyas, adquiriendo fulgores infiltrados por un sol de nieve. ¿De cuál fuente una Rut maravillosa sacó agua, para regar la espiga que dió al carey el poder de decir al más

ello topacio: eres un menesteroso? ¿Por qué arte mágica, en otra peineta, un lago de brillos de alabastro refleja nubes esmaltadas, y en qué clase de soñado cielo esos vapores existen para proyectarse así irreales y verdaderos? En otro lago, ¿por qué hechizo rielan en sus ondas, errátiles almas de ópalo, que se transforman en consistentes al tocar la superficie quimérica? En otras lagunas, los cisnes nadan hacia Ofelias del reino de las Pedrerías, que no echan de menos en círculos de ensueño las flores del suicidio. Peines donde mujeres enigmáticas se mezclan á las faunas y floras de monstruosos reinos, con visiones semejantes á las de los japoneses en las borracheras del opio, ¡cómo describiros! Imagínate aún piedras encantadoras de muerta vetustez, realzadas por las lágrimas vivas de los diamantes. ¿Lágrimas de quién? No sé. Pero esas joyas hacen pensar. Imagínate, sobre cinturones, flores transformadas en la cueva de Aladino, en amáristas, y amatistas convertidas en el jardín del Kasuar, en violetas. Estas joyas hacen soñar. Imagínate aún, en firmamentos irisados, vuelos de las golondrinas primaverales y de las alondras del alba. Esas joyas hacen sonreír. Imagínate collares de colas felinas, casi voluptuosas, enredándose y abriéndose con los más caprichosos juegos para dibujar rostros de mujeres, mientras tiemblan en las puntas gotas de rocío en perlas. Imagínate las tres Gracias, microscópicas, de belleza de alabastro, naciendo del cáliz de un lirio, como Venus de la espuma. Imagínate una sirena, cantando entre nenúfares para atraer la luz, y no matarla, sino volverla un ensueño de prismas rémulos. Mirándolas se piensa en las mujeres fantásticas y ciertas de la vida y del arte. Imagínate un frasco de sales, hecho de un maravilloso cristal violeta, con el cierre de una esmeralda, evaporándose al parecer, y empezando así en color y prosiguiendo en luz, para desvanecerse en perfume. Mirándolo se piensa en mil sutiles imágenes inexpresables. É imagínate collares graves, donde astros

reflejados sobre biseles ígneos, enredan sus miniaturas entre los oros y los esmaltes, construyendo, al recordar matices de mayúsculas góticas, nuevas liturgias de berilos y calcedonias, de sardoínas y topacios. Mirándolos se evoca una nube de incienso.... Así, delante de joyas místicas, profanas y de leyenda, se ora, se medita y se sueña; y son arquetipos de la elegancia moderna, poniendo á contribución no solamente el Renacimiento, sino hasta los viejos modelos caldeos y egipcios. Después todo se altera y modifica, hermoseándose al contacto de una fantasía que echa mano de las piedras más vulgares, ennobleciéndolas como con dedos heráldicos. Y dime tú si no es gana de quejarse el llorar á los artífices de otros siglos.

— Alguna razón tienes en medio de tus exageraciones — exclamó Monfort llegando ya á la puerta de la casa del músico;—pero no olvides la fuerza de creación perfecta, y la unidad de cultura que hace á la Grecia única. Naturalmente que, por otra parte, Fidias fué un pobre diablo, condenado á mirar la belleza de su eterno Partenón, sin oír jamás una ópera de Wágner, ni una sinfonía de Beethoven, ni ver las catedrales góticas, y los Rembrandt y los Velázquez. Y nosotros, además de los poetas que él conoció, leemos á los que le han seguido, gustando tanto de un poema de Anacreonte como de una balada de Heine. Somos en realidad cual esas joyas de Lalique; todas las civilizaciones vierten algo en nuestro temperamento; abrevamos la sed en mil fuentes de vida, y la nuestra, al fin, estalla, derramándose, y se agota por un exceso superior á las fuerzas humanas. Algunos resisten; ótros caen en el mortal cansancio de un supremo hastío, y éste es mi caso: forma de neurastenia que también refunde muchas enfermedades antiguas en una sola... Hasta mañana. A las cinco en el té de Ceylán.

— Pero ¿faltarás, como hoy?

— No, esta tarde me sedujeron el malecón y Nuestra Señora.

— ¿Y qué te ha dicho la vieja piedra?

Monfort, estrechando la mano de su amigo, respondió antes de irse:

— Que, cuando por el cansancio del mundo se siente el anhelo de lo infinito, es penoso haber dejado de *creer en lo que no vimos*.

VIII

Monfort pensaba en la charla de su amigo Letellier, dirigiéndose bajo las largas hojas de los bananos, entre los budas de oro, al Phnom, colina sagrada de la India. Si! desde el punto de vista del arte, aquél tenía razón; el hombre de hoy goza de un espectáculo más vario y completo. Él, víctima de perenne inquietud, después de haber recorrido todos esos mundos, había anhelado también vivir antiguas vidas. Y hoy su curiosidad en la Exposición lo retraía de lo moderno, buscando algo que le recordase sus fiebres de querer estar en lugares distintos del presente. Deseaba esos impulsos, para sentir un aguijón que terminase su estado de muerte de todo deseo.

Llegó á la escalera atrayente de la gran pagoda. Leones monumentales se erguían á sus pies como para defender la entrada. Después, sobre la gradería, inmensos dogos de piedra abrían sus fauces guarnecidas de dobles dentaduras. En los ángulos de la terraza levantaban pirámides, sus líneas vacilantes cual llamas, entre budas observando los cuatro horizontes. En los bajos relieves de alrededor, re-

torcíanse serpientes de nueve cabezas y monstruos mitad perros, mitad tiburones, agitaban violentas colas. Más allá, lanzando risas trágicas ó grotescas, mezclábanse á diosas, no perturbadas por ese tumulto, quimeras de augusta solemnidad que ofrecían sus lotos al sol del cielo. El poeta alzó los ojos, atraído por metálicos y melancólicos timbres, recordando peregrinaciones en el Decán hacia el templo de Ellora. La cúpula, de espirales lanzadas con ímpetus de flechas, iba á concluir en áurea aguja, sobre el esferoide prolongado que la formaba, siguiendo la imagen del Huevo Primordial. Y á lo largo de ella, como alas que quieren tender el místico vuelo, y hojas otoñales que desean desprenderse del árbol, cientos de campanillas alzadas al cielo ó vueltas á la tierra, revestían el templo del sensible estremecimiento sonoro. Monfort entró á la pagoda, exornada de bajos y altos relieves con escenas de las transmigraciones de Siva, Brahma y Vischnú. Y á derecha é izquierda, en torno de Kouang-In, que abría sus veinticuatro brazos, como andamios para la construcción del Universo, erguíanse los budas macerados y enjutos, semejantes á sarmientos de vid, platicando con otros ventrudos llenos de bienaventuranza. El poeta aspiró el incienso ardiente de los bronceos vasos, y echó á bajar por la escalera del templo subterráneo.

Á lo largo de ella, entre su doble espiral, salían fabulosas emboscadas de guerreros combatientes, y leones y esfinges, siguiendo á Vischnú montado sobre elefante tricéfalo. Y al llegar al pie, podía contemplarse la amplitud del dombo, bajo el cual un buda vivía dormido. Mujeres en cuclillas, algunas con las cabezas apoyadas sobre las manos, le velaban pensativas, deseando caer en oraciones extáticas. Otros budas, gigantescos, lanzaban miradas indiferentes, sumergidos en el más absoluto y supremo nirvana. Y adelante de ellos, contrastando con la plegaria de las demás mujeres, las bayaderas, de cascos de tres triángulos y senos desnudos, lánguidos ó eréctiles, dan-

aban cubiertas por telas ténues, solamente visibles en el recuse de los pliegues. Y unas simulaban las transparencias del agua, siendo su traje el abraf-wan, y otras envolvíanse en baftowas y subhmans, es decir, en muse-linas que el aire teje con las nieblas de la tarde... Monfort recordaba así sus visiones de la India, y no pudo menos de estremecerse al entrar en la gruta. La impresión era maravillosa: nada faltaba á la ilusión del templo subterráneo.

Entre las masas de peñascos flotaban penumbras azules, fantasmagóricos crepúsculos de un sueño sagrado, encendidos por los celestes lotos, cual por milagrosas lámparas. Los casetones de la bóveda se sostenían en cabezas de elefantes, que entrelazaban sus trompas, irguiéndose sobre las pilastras. Á sus pies, leones imponentes metían sus cuerpos en la sombra, sacando la cabeza á la luz, con las crines ondeantes. Las flores y bordados mezclábanse á bestias gesticuladoras, surgiendo los ornamentos con tumulto tal de detalles, que evocaban las primitivas imaginaciones, semejantes á lujuriosas selvas donde la armonía no pudo meter su hacha. Los inmensos bloques, para completar el cuadro, reproducían las estalactitas que en los templos verdaderos labran las lentas filtraciones. Ejércitos de personajes, en las actitudes más raras, con movimientos de agilidad acrobática, rodeaban á los hieráticos budas. Y en el fondo, dentro de una capilla misteriosa, ajeno á todo, el Dios Creador, sin sentir, ni ver, aparecía entre palmas y tributos, sumergido en la contemplación interior de su propia obra.

Monfort oyó estrépitos de címbalos: una procesión de discípulos de Cakyah Muni pasaba envuelta en blancas ropas talaes. Los budas no salían de su absorción venturosa. Después atronaron parches de darabucas entre chillidos de flautas. Del teatro del Cambodge llegaba en peregrinación la compañía: adelantaban pasos con monstruos de pétreas colas destellantes; los hombres traían cascos que por sus

formas antojábanse escudos, y en los escudos, verdaderas clavadas flechas, como recuerdos de figurados combates. Los auténticos budas no salieron tampoco de su sueño para preguntarse si aquello significaba una procesión ó una farsa. Ni echaron de ver las mil miradas curiosas de la multitud brujuleante, con sus trajes modernos, ni los saludos más ó menos graciosos de las mujeres alegres. Proseguían en París su sueño de la India. Repentinamente, un relámpago estremeció el aire azul y clavó un gran cuadro de luz de nieve sobre el peñón del fondo. Y Monfort sintió impresión extrañísima, viendo animado el templo por un cinematógrafo. Las imágenes paseaban, antes de fijarse en el lienzo, sus pestañeantes claridades por el oro de los dioses. Los ojos, en el éxtasis de su nirvana, fulguraban metálicos; y á Monfort parecíale imposible que no se decidiesen á mirar el espectáculo. Después, él mismo, atraído por la curiosa sensación, observó los cuadros que en vértigos brillaban y se deshacían luminosos. Rama, cabalgando su pájaro, contemplaba el combate de los ángeles aéreos y de los monos montaraces. Era la mitología de los Vishnoa y los Civa, interpretada al través de los siglos por la civilización moderna. Y el cinematógrafo, huyendo de las imágenes de realidad, se enardecía con el alentar de su propio juego, convirtiendo en más fantástico su poder conocido.

El poeta sentía, febril, la inquietud del alucinante espectáculo. Y una escena del Ramayana dibujóse fugaz, seguida por otra del Mahabarata, largamente desenvuelta. ¿Qué pensaban los perturbados auténticos budas de esta ilustración inusitada de sus viejos poemas?

Á orillas del Kausiti vióse al ermitaño Visvamitri renovándose su lecho de palmeras. Enviada por Indra, una ninfa empezó á danzar para seducirlo. El santo, impasible, tejía. La mensajera, fatigada, acabó por exasperarse. Vayu, dios del viento, vino entonces. Una ráfaga sonora transformóse en armónica. La onda envolvió á la danzante, abra-

zándola y besándola, hasta convertir su dócil veste en segunda piel del cuerpo. Y de pronto, codiciando un recuerdo de la palpitante estatua, se la arrebató por la cabeza. La muselina transparente subió volando en nube de nieve, y el pelo descendió ondulante en cascada de oro. El viento arrolló la túnica, tendiéndola de nuevo, y en voluptuosa espiral giró revolviéndose con ella, cual si quisiera perfumarse. Después, Vayu, invisible, desvaneciéndose, la puso sobre un grupo de bambúes. La ninfa, en tanto, insultaba al viento, tapándose pudorosa los senos. Al fin, enloquecida, corrió tras la veste. El santo, en las cuencas hondas y secas, sentía sus ojos húmedos y fosforescentes, ante aquella blancura. Hizo un esfuerzo contra sí mismo, pero no se venció: la ninfa rítmica alejándose imperiosa. Entonces la siguió con la vista y hubiese, aun ciego, sabido la ruta, por la estela perfumada que iba dejando el esplendor de sus cabellos sueltos.

Visvamitri, tronco seco, deshojado por los años y la penitencia, sentía encenderse en su sangre la llama primaveral del espacio que, hablándole de flores y de frutos, lo alejaba del nirvana. La ninfa iba ya á tocar la túnica: nuevos alientos del intangible dios la echaron á los aires. La perseguidora lanzóse tras ella por la zona más resplandeciente del sol, y el ermitaño la siguió con un vértigo en los ojos. Al fin, victoria! El velo se había prendido en un rosal y el viento agitaba la bandera de amor clavada en las espinas. El aroma de la mujer mezclábase al de las flores, y la blancura del cendal, con reflejos de su cuerpo, á la gracia coloreada de esos matices... Esta vez, jadeante, la ninfa se sentó, y arrancando el manto y sacudiendo la planta, cubrióse de rosas. Al llegar el ermitaño, el escenario se esfumó sobre el vacío del lienzo blanco.

En otro cuadro vióse á la ninfa frente á Visvamitri, víctima de crueles remordimientos. Era llegada la hora de los adioses. La madre, con lágrimas en los ojos, besaba á su

hija. Aparecieron los Sakuntas, buitres formidables que protegerían á la niña contra las bestias. La seductora íbase al Swarga á escuchar las melodías de los Gandharvas, directores de las voluptuosidades celestes. ¿Encontrará felicidad recordando á la lejana criatura? Un sentimiento humano ha cambiado su naturaleza de inmortal; pero debe partir: los dioses son despiadados y ella pertenece á las Apsaras, que vuelven á su reino, después de abandonar el fruto del amor de los hombres.

Esta historia hizo que el poeta evocase á la señorita de Bonnières en el cementerio de Elançay. “Aunque la crueldad — se dijo — presida en todas partes el Amor, ¡feliz del que no se va de la tierra sin conocer las angustias de tal júbilo! Pobre ermitaño! La ninfa le perturbó, y á estas horas busca en otra existencia, quién sabe con qué forma, nuevamente su nirvana. Por otra parte, ¡cómo comprendo el ideal de estos hombres y estos dioses! Dejar de sufrir, de pensar, de inquietarse, anonadándose en la sustancia universal, pero no con pérdida del conocimiento, sino con la plena conciencia del acto”... Sobre el lienzo empezaba á animarse un desfile de elefantes en Pnom-Penh. El conde de Monfort oyó detrás: “¡Cuánto daría por llevarme este monigote!” Una mujer hablaba así, retirándose en un grupo. El ídolo deseado era un Buda extático. “Yo quisiera — pensó Juan — llevármelo en el alma.”

Pero, después de un momento, viendo los elefantes en procesión fastuosa, cubiertos por torres y tapices, contradiciéndose, olvidó su anhelo de no sentir, y trató de fundirse con los broncíneos dioses y de meterse en los antiquísimos ídolos, para pensar lo que pensaban al reflejar las imágenes del cinematógrafo. No satisfecho de su inquietud, quería sacar á las estatuas de su quietismo. En esa sensación, vibraba el poema de la gruta, donde los lotos azules, transformados en lámparas, encendían más que al principio el crepúsculo de un maravilloso ensueño!

IX

En su hastío, sentía Monfort una doble corriente: el deseo de anonadamiento que había experimentado en el empleo indio, y el anhelo de escapar de esa decadencia con el ímpetu de una acción á ejercer, ó de una obra á construir. Evocando á los budas, recordaba á Schopenhauer y á Hartman. De toda la filosofía pesimista del siglo, esas voces eran las que le penetraran más hondo. El anhelo de supresión, después de la lucha contra las actividades, le había dominado más de una vez. Por eso ligaba el nombre de tales filósofos al anonadamiento absoluto predicado por Cakyah Muni. Pero entre su sensibilidad y su inteligencia había un desconcierto. Independiente de sus ideas, un vigor se agitaba en él, ó dormía, pronto á despertarse, tan personal que antojábasele la sustancia más íntima de su alma. Esa fuerza en acecho no se le sometía á ley ni á ninguna disciplina. Se la ponía en acción la música, ó un inesperado fenómeno misterioso del espíritu, cual el que dicta los versos en horas de alucinación, ó un espectáculo cualquiera, ciertas tardes, por ejemplo. Jamás satisfecha, con el instinto de un más allá, hacíale volver de sus crisis en estado de inquietud torturante. “Poseo — pensaba, burlándose de sí mismo — una electricidad distinta de mis ideas, residente en mi temperamento, que no se transforma en luz, y que no pudiendo por eso usarse, estremece el foco con ímpetus de

quebrarlo." Esa fuerza, que él definía como un anhelo de lo infinito, lo había abandonado y su cansancio era doble. Trataba de enardecer su amor á la literatura para lanzarse á crear, animando su vida con esa vida. Pero su hastío era un mal casi físico. Después del choque de las sensaciones, el esfuerzo necesario para escribir le causaba horror. De ahí los largos paseos al sol y los vagabundeos por entre los malecones y los espectáculos de la Exposición.

Sentado en un escaño de piedra, Letellier, mirando correr el Sena, acababa de hablar de su sinfonía, que en el teatro de aquel mismo "Viejo-París" iba á dirigir Colonna.

— Y tú — exclamó — ¿has empezado el libro?

— No — replicó Monfort. Razón tenía La Bruyère: "Todo se ha dicho y se llega demasiado tarde..." La blancura del papel me impone. No hay derecho de arrebatarse su pureza, si la mancha no es capaz de hacerla sonreír con una nueva imagen, ó de darle la austeridad de un grave pensamiento. Estoy enfermo. No sé qué hacer. Quisiera sacudir mi apatía, meterme en grandes poemas, y nunca me he encontrado más triste y con un sentimiento más profundo de la inutilidad de todo. Como ves, soy un saco de contradicciones.

Interrumpiendo la conversación, llegaron turbas de saltimbanquis. El payaso acercó un tonel, y el polichinela, trepando, empezó su llamada al público. Los demás acróbatas sentáronse sobre una fuente rojiza, de la cual surgía, como de círculos de borra de vino, una Venus blanca. Véanse por sobre las casas y sus características cúspides triangulares, las torres cónicas luciendo las coronas de Luis XIII. El silbato de los vapores del río confundíase á los golpes furiosos del tambor y á los alaridos del histrión, que realmente vociferaba.

— Vámonos — exclamó el poeta. — Maldita la gracia que me hace esta construcción del Viejo-París. Sé el esfuerzo de los ingenieros para reconstruir la plaza del Pré-aux-Clercs,

la calle de las Viejas-Escuelas, y para juntar casas célebres, y comprendo el interés arqueológico si se estudia a guisa; pero los soldados modernos y sus uniformes antiguos y estas compañías de titiriteros, y esos golpes de bombo, todo me irrita como ante farsa de carnaval hecha. Es menester huir, encerrarse en su escritorio y leer las páginas pintorescas del *Capitán Fracasse*.

En este sitio hay demasiado sol. Para cosas tales se necesita la Ópera, aunque sea con Scribe, de infausta memoria. El escenario de *Los Hugonotes*, visto de lejos, se anima galante y alegre, como en el festín de Nevèrs y en las fiestas de Margarita, ó guerrero y trágico, como en el duelo de Raúl y en la contienda de las calles. La red de la música envuelve, y hace soñar transfigurando las cosas. No pasa así ahora: la realidad de nuestro traje, junto á la evocación, mata los efectos. Compara la compañía ambulante con aquel vitral de la tienda del anticuario. En él se dibuja una tropa de histriones semejante á ésta. En las cercanías de París se detiene frente á la Inmaculada, cuyo retablo gótico surge de un foso. Mira las vegetaciones: tocan los pies santos con sus lirios. Los cómicos se arrodillan: hasta el mono y el perro sabio los acompañan gravemente, como en una plancha de Alberto Durero. Una vez hincados, tocan violines y zampoñas, y la ingenua sonata es oración encantadora pidiendo buena fortuna. Todo lo que resulta poesía ahí, por la verdad que la imaginación añadé, es desagradable aquí por lo que la realidad mal figurada quita. He ahí una buena lección de estética. Vamos.

— Huyamos — gritó, más que dijo, Letellier.

En ese instante el bombo vomitaba verdaderos truenos entre el estallar de las trompetas, y el payaso transformaba en flor de regadera la clásica jeringa de Molière, llena del agua de la fuente.

Sobre el corredor que conducía al teatro, dejando atrás el París de Luis XIV, un viejo compraba en una tienda

un grabado: *la Dama en el Baño*. Al propio tiempo, guiñaba un ojo á la joven vendedora.

— He ahí — dijo sonriendo Monfort — un grabado del Viejo-Paris, y un viejo del Nuevo-Paris, juntos en una escena del Eterno-Paris.

— Lástima — repuso Letellier — que tenga esa levita roñosa y que no se le vean las medias. Con frac de color, pantalón corto y chapines, el cuadro sería completo.

— Los viejos — añadió el poeta — acaban en el amor por espejismo. Vuelven en la ancianidad á ser niños y sueñan con la juventud.

Pasaron el Puente del Cambio, y el músico se sentó en banco rústico, hecho en la copa de un sicomoro, que tocaba la terraza del teatro.

— Esperemos aquí; aún falta un cuarto de hora para el ensayo.

— ¿Qué te ha pasado con Duffau?

— Tú sabes que él y otros cretinos del círculo me tienen enfermo. Ayer, con la insolencia de ignorantes que no dudan de nada, hacía media hora que vertían la grasa pringosa de sus lenguas á propósito de los retratos de La Gándara. Entró Mirbac, y á mí, que había guardado silencio hasta ese instante, me preguntó si había visto el Pabellón Rodin. Después de explicarle un cuarto de hora *La Puerta del Infierno*, agregué, te lo puedes imaginar, que Rodin figurará en los siglos venideros al lado del Dante. Entonces Duffau se rió: “El eco no siempre corresponde al sonido. El aplauso de un artista despierta “á menudo la risa de un imbécil”—respondí. Felizmente, todos intervinieron, echando la cosa á jarana, y nos dimos la mano. Y ahora, oye. Es menester que trabajes. El tiempo pasa y no escribes. Anoche Glatigni te ha defendido en el foyer de la Ópera.

— ¿Y qué dijo mi querido Pablo?

— Es menester felicitarlo. Hizo hasta un apólogo. No sé si sabes que un abogado de Valenciennes, Edmundo Le-

oy, asistió al embalsamamiento de Delille y obtuvo pedregales de su piel, con que encuadernó las *Geórgicas*, traducidas por el poeta. Glatigni lo contó, añadiendo: “Mi amigo ha metido en sus obras de arte carne de su carne, y alma de su alma, para conseguir que lo manosee un público irreverente, como los lectores de la biblioteca de Valenciennes usan el libro de Delille sin pensar en la piel humana que lo cubre. Eso es un símbolo, y Monfort hace bien en no publicar nada”... Si te lo ha oído á ti, te desapruebo. Retirarse delante del público es morir, como transigir es abdicar. No tienes derecho á hacer de tu bandera un sudario.

— Ya vendrá la reacción. No trabajo porque no puedo. ¿Crees tú que el otoño no quiere conservar en sus hombros el manto del estío? En realidad, no puede retener sus hojas, porque las savias se le evaporan, sin saber cómo ni cuándo...

— Pues pinta eso; el matiz amarillento de lo seco engendra á veces, más que el jugoso verdor, intensas armonías...

— Quizá lo haga. Mis instrumentos empiezan á afinarse, como los tuyos...

Sentiase, en efecto, la algarabía de la orquesta, haciendo pensar en la llegada tumultuosa de los pasajeros á un tren, hasta que se sientan, se oye el silbato previsor y la máquina arranca llevándoselos en un solo movimiento.

— Hasta luego — dijo Letellier, entrando al teatro.

Monfort, por la escalera directa, salió á la calle. En torno de los ómnibus librábanse verdaderas batallas. Hombres, mujeres y niños se oprimían, empujándose, y los que lograban trepar, retocábanse los trajes, descompuestos en el asalto.

El poeta, cambiando como siempre de ideas, al recibir las impresiones de las cosas, exclamó para sí ante la escena: “¡Y decir que toda esa gente ha brotado del mismo acto que el modelo de la *Gioconda*, por ejemplo!” Un chi-

cuelo grotesco, con las orejas casi en la nuca, armado de una inmensa boca, elástica como liga roñosa, contaba centavos sobre la acera. Monfort añadió: “Y pensar que ese pequeño monstruo ha nacido quizá de un amor hermoso por lo verdadero.” Ofreciéndole lápices, lo abordó una mujer con un niño en brazos, y mientras le daba limosna se dijo: “¡Y pensar que lo que es sublime, como lo que es infame, las caricias entre amantes como una violación brutal, pueden hacer esta misma cosa augusta que se llama una madre! Y así es toda la lógica del mundo... Gentes que me insultan ó que no me leen preguntan por qué no escribo, como si yo hubiese firmado pagarés de honor á un público que me desconoce.”

Al cruzar el Puente de Alma, una victoria se detuvo, obligada por el tráfico. Los ojos del malhumorado se encontraron con los de una mujer de tipo yanqui. El óvalo de su rostro era perfecto, y sintió un apaciguamiento, atraído por la belleza que se alejaba en el tumulto de la fila. Al fin del puente su sensación se desvanecía: “He ahí una desconocida” — exclamó — una mujer superior á los cuadros y á las estatuas; una de esas extranjeras que hacen hermosos y sagrados los ojos de quien las mira... y después no se las vuelve á encontrar nunca. Mejor. ¡Quiméricas alas, no os pongáis al alcance de nuestra mano! Y unos versos de Baudelaire le cantaron en la memoria:

Fugitive beauté,
Dont le regard m'a fait soudainement renaitre,
Ne te verrai-je plus que dans l'éternité?...

X

•

Dos días después, Monfort vagaba por entre los objetos de la colección del Pequeño Palacio. Los museos del Estado, las iglesias, los conventos y las colecciones particulares, habían contribuido á juntar tapicerías y muebles, porcelanas y terracotas, esmaltes y joyas, trineos y coches. Juan pensaba en el destierro de tanta bella cosa. Felizmente, la turba no era aquí tan nutrida como en otros pabellones. Pedíase silencio, perfume de incienso, umulto de guerra, armonías de antigua fiesta, en los parques de los castillos, bajo las bóvedas de los templos, sobre las llanuras de Francia; todo, menos esa multitud que narchaba afanosa por decir que había visto, entre los guardianes y letreros indicadores, con un vaivén de sobresaltado péndulo.

Pero, poco á poco, el poeta se connaturalizó con el espectáculo, y pasando los ojos aquí y acullá, recorrió á la ligera los diversos salones. No había ni una pulgada libre, al era la profusión de los objetos de arte. Cantaba la férrea voz de la Edad Media. Frailes encapuchados, con la mirada extática ó contemplando con angustia dolorosa la tierra, evocaban las viejas tumbas y el terror del año Mil á la muerte. Sobre los tapices dibújanse los vasallos al punto de ser armados caballeros, mientras adoraban en visiones maravillosas á castellanas que esgrimían li-rrios. Algunas otras damas, avanzando con sus escudos,

les depositaban un beso rompiendo la rigidez hierática. Y la guardia de honor de las armaduras parecía legión espectral que, en vez de evaporarse, se transformara en de acero.... Armarios, consolas, papeleras, sillas, copas, aparadores, credencias, candelabros, tederas, escritorios, alineábanse formando un pueblo mudo. Pueblo en que había de las manos, de los ojos, de las confianzas de sus antiguos poseores; pueblo de mudez eterna, á quien el recuerdo de los hombres muertos prestaba ahora una sutil voz misteriosa.

Monfort pasó entre mamparas de atrayentes pinturas con aplicaciones de seda y oro, y entre chimeneas sin fuego, bustos marmóreos y retratos de caballeros, evocantes de los crímenes de Blois y de las fiestas de Chenonceaux, al són de la guerrera y poética pompa del tiempo de los Enriques. Después, sobre un zócalo reflejado en espejos, aparecía el Rey-Sol, centro de nuevos cuadros y tapices. Continuaba su reino el reloj de Falconet, el de las tres Gracias, erguidas para brillar mejor. Las mujeres apoyaban respectivamente brazos, espaldas y manos, sobre la columna, base de un ánfora: en el plinto un emjambre de Amores les tejía, llena de primaveral regocijo, una guirnalda de rosas. Esas flores ibanlas á tomar las griegas, resucitadas en Francia, con el intento de coronar las Horas, que regía el cuadrante de la urna. Y con la belleza de su mórbido encanto, ante el encanto ágil de los Cupidos, ajenas á la viviente turba humana, absorbíanse en su tarea, cual si no hubiese pasado el mundo exquisito y loco á que pertenecieron.

Monfort saludó amablemente: "Ilustres sombras de mis abuelos, salve! Espiritual, alegre y dulce Francia, alabada seas entre tus tapices y tus muebles, tus palanquines y tus armas!" Los relojes sin cuerda alineábanse entre los retratos mudos. Cada péndola en silencio marcaba la hora en que se detuviera el corazón de cada uno de sus modelos. Y las imágenes surgían alegres, el tirso en la mano,

por entre paisajes coloreados, ó graves y pensativas en sus ropas de corte, de modo que tentaba acercarles un espejo, pues viendo su hermosura; quizá de contento imitasen á las sonrientes. Y los retratos callados, y las péndolas detenidas, y las chimeneas sin fuego, y los muebles vacíos, persiguieron á Monfort, con sus relaciones ocultas, cual siempre que ante las cosas sufría los espejismos de su imaginación alucinada. Aparecieron las tabaqueras en las vitrinas. Cien diminutas figuras resucitaban sobre porcelanas y lacas, entre marcos de argento y de verde antiguo. En metales labrados, los signos heráldicos mezclábanse á las piedras preciosas de las cifras. Había mujeres con ojos azules, teniendo en los labios carmines de frutas húmedas, y en las mejillas reflejos de flores igneas; el cielo con la tierra fundíase así en las gentiles imágenes, y su tenue gracia prestábales un nimbo de ensueño. Eran todos dijes para salir de faltriqueras de seda, entre ilustrados botones de nácar, y sentíanse quizá abortos de que se les mirase con tanta curiosidad como á seres vivientes. Pedazos inanimados de historia, siguiendo á sus dueños por doquiera, podrían decir lo imposible de indagar, pues vieron transparente lo hoy obscurecido.

Monfort, ante una mujer empolvada que tras un velo de translúcida belleza fulgía entre las piedras del marco y de la cifra, pensaba: "Superior á un documento público, quién sabe de cuánta acción fué oculta causa este amable espectro. Ah! cómo sonríe entre lágrimas y gotas de sangre y cómo los diamantes de aquéllas y los rubies de éstas, le cincelan con trémulas lumbres una misteriosa apoteosis... Los abanicos desplegaban en seguida países iridiscentes cual flores, sobre varillas frágiles cual tallos. Psiquis volaba en algunos entre Cupidos, infundiendo más gracia á sus sonrisas y más elasticidad á sus alas, y á sus arcos más brío. En ótros, los Olimpos en miniatura hacían resplandecer, por entre nubes, aéreas desnudeces de diosas, cual si se vistieran con sus gasas. Aquí, un

parque y una castellana que turba con su mano la tersa inmovilidad de una fuente. Allá, un caballero que lanza un halcón, mientras un paje temple su bandolina. Después, damas y señores, dejando literas y trineos, patinan ó danzan: gavotas, minués, pavanas, despliegan sus armoniosas reverencias, y mientras las siluetas se deslizan elegantes, formas, movimientos y matices tienen la ligereza de una nota, de una ala, de una brisa. Los frascos vecinos, compañeros de los abanicos desde sus tiempos de gloria, los impregnaban á su vez de perfumes, más sutiles que las alas de las brisas de las notas evocadas. La hora pasajera deteníase á soñar sobre ellos, y se vestía con sus escenas de colores, á la melancólica luz de un viejo sol amable. Y el momento, en realidad invisible cual el aire, expresaba su existencia, también como él, por la brisa formada, la nota transmitida y el perfume insinuado... El visitante buscó en otra vitrina de relojes el traído por su tío antes de morir. Regalo de Racine á una marquesa de Monfort, tenía la forma de un huevo de oro, y él sintió un placer viendo allí el glorioso dije tantas veces mirado en su casa. Crecía en su pequeñez, y resplandeciente, evocando el nombre del gran trágico, parecía por un instante brillar cual estrella de un reinado.

— Es curioso — pensó: — yo, tan abierto á las ideas nuevas, que llamo á la democracia la verdad desde el punto de vista de la razón, siento al contacto de las cosas viejas un flúido potente de lo interior que se me sale y me pinta y me esculpe como á esos retratos y á esas armaduras. Sobre todo en Versalles, me olvido de mis filosofías, y si el Rey viniera á Francia, á pesar de comprender el derecho republicano y de saber al duque de Orleans mediocre persona, me creería deshonrado si no lo defendiese y me haría quizá matar como un imbécil. La espada á menudo se gobierna, no con una mente, sino con una mano, porque extremen á ésta, por instinto, los nervios y la sangre. Hay algo dormitante que á su hora se despierta. Y entre nos-

otros la tradición es sello indeleble, marcado á fuego lento, por varios siglos acumulados. Así, ciertas vidas son un tejido de contradicciones. En épocas determinadas de carácter singular, los hombres vivieron sobre un lago inmóvil, aunque entre ellos se matasen. Ese lago era el de sus convicciones netas. Hoy, aunque se esté en paz con el prójimo, se vive en mar alterado, donde el alma, en medio de la anarquía de las mentes, no encuentra almohada donde dormir entre las olas que se suceden sin inmovilizarse. Felices los nacidos en tiempos más simples; felices los que no llevan una perpetua lucha de ideas y sentimientos, y no pierden en su inquietud la brújula espiritual. Nuestro siglo es el siglo de la duda en todo. Por eso el heroísmo se refugia en los países bárbaros ó en los misioneros cristianos que aún tienen fe y van al martirio.

Á las ideas de Monfort respondió un vidrio en cuya transparencia Juana de Arco hacía pensar, ardorosa y perfumante, en una épica flor transplantada del más hermoso jardín al más férreo yelmo. Cual cortejo de su leyenda áurea, en legión de honor, dándole sombra y siendo como cuna, prodigándole luz y siendo como sepulcro, el arte gótico expandíase en trípticos y facistolos, en cálices y libros, en ornamentos y vitrales. Imágenes de alabastro, de marfil, de oro, de todas las piedras, de todos los metales, de todas las maderas. Relicarios en forma de cabezas, y de capillas góticas y romanas, en torno de la A inmensa de Carlomagno. Pies de cirios pascuales, con bajos relieves que contaban las alegrías y las esperanzas de los Domingos de Gloria en el siglo XII. Patenas, sagrarios, paces, copones, báculos, esposas, palomas eucarísticas, coronas del Paraclito, cruces procesionales, formaban con sus colores y contornos, confundiendo su encanto, curiosos paisajes místicos. Los objetos habían visto resplandecer la Hostia: Dios en el círculo y en cada molécula. Así eran ellos partículas de un arte glorioso, que compendiaba el brillo del conjunto, pues si

eran de orfebres desconocidos, llevaban la firma de un mismo inmenso fervor del alma... Una Paz del siglo xiv atraía, sobre todo, los ojos, que no querían ser menos que el sol. En esmaltes translúcidos surgía un Descendimiento y por el Cristo muerto y las mujeres y los apóstoles vivos, la luz no pasaba, enredábase en los matices, los acariciaba con amor y se desvanecía orando... En medio de la sala dibujábanse los facistoles. Úno venido de Caudelac erguía formas de macizo bronce. Su águila colosal plantaba la garra sobre racimos de vid que le tejían plinto, apoyado, á su vez, sobre la esfera del Mundo, sostenida por ángeles. En el atril una Biblia del siglo xi mostraba sus hojas historiadas. Y así dábanle sombra las alas potentes del águila, y las graciosas de los ángeles, hablando del idilio del Génesis y de la tragedia del Apocalipsis. Á un paso, la mortaja de Saint-Potentien, fantasma de color desvanecido, lucía sus grifos con picos rojos, en el azul del lienzo, que no se renovaba por ser de un cielo donde el frío de la tumba apagó el sol con la muerte. Después despleaban figuras primitivas, casi bárbaras, entre pelicanos sangrando por el divino amor, casullas antaño revestidas ante sepulcros de mártires que fueron altares y cimientos de fortalezas. Y sobre la inmensa sábana de otras cien casullas y de otras cien dalmáticas, la luz transfigurábase en relámpagos, inmóviles ó inquietos. Los fulgores palpitaban con brillos de meridianos de gloria, ó se desvanecían en amortiguados oros con misterios de crepúsculo. Entre ellos, los mantos de Reims, con casi bajos relieves en sus gruesos tejidos, dominaban, por añadir la pompa de la evocación de las coronaciones reales. Embebidos de añejo incienso, cual todos esos tapices, los libros de coro y los misales combinaban los hechizos de sus labores. Cerrados los volúmenes, imaginábanse pequeños sepulcros, donde la luz se enterraba, con respetuosa curiosidad, y abiertos, convertíanse en fuentes de vida. Los ojos, en la actitud de las toscas ó perfectas

imágenes, percibían la mística virtud del noble pergamino, cuyo latín era sublimado por las mayúsculas y miniaturas. El oro, el azul y el albor perlino, iluminaban especialmente las frases, cual si las oraciones tuviesen colores para vestirse en la tierra, mientras inmateriales subían á la Jerusalén de los astros.

El conjunto de las colecciones vislumbrábase desde el salón del siglo xviii. Los frailes medioevales, los trovadores y los caballeros, proyectaban entre sombras de armaduras la voz de su época. Los espectros de los reyes añadían más majestad á otros rincones revelantes de la Francia en torno de Enrique IV. Las tapicerías de Luis XIV, los muebles de Luis XV, complicaban el paisaje, con un fuerte sabor de amable fiesta. En los breviarios de los abates había pétalos de rosas, como señales del Oficio: el pelo de las damas bajando de las literas tenía las blancuras de su arroz perfumado y la de la nube de incienso que envolvió sus devociones... Así sintió Monfort pasar ese soplo guerrero, religioso, espiritual y galante, de su dulce Isla. "Es imposible—pensaba—no sentir su aliento, y su tradición, madre de tanta belleza, es sello actual y futuro. Á nuestros espectros no los convierte en sombras el sepulcro, porque los vivifica por dentro la Gloria y son obsesores fantasmas de Luz"...

Los guardianes del pabellón lanzaron el clásico grito: "On ferme". Era un coro discordante, á pesar de repetirse la misma palabra. Entre algarabía creciente, la ola de hombres y mujeres echó á andar hacia la puerta. Monfort topóse con un San Pablo de Limosin, visto en otra época en el apacible San Pedro de Chartres. El apóstol, sobre el esmalte, parecía llorar su iglesia y su paz, hecha del silencio santo que dejan las plegarias desvanecidas. Más allá, Larc de Neuilly, en una tela de Rigaud, suspendía el són de su cornamusa, para lanzar sobre el torrente humano una mirada de profundo hastío... El poeta la sintió en su espíritu, como chispa simpática que le encendiese una lámpara.

XI

Al pie de la gradería de la Acera Rodante, Monfort se detuvo un momento. Iba á tomarla camino del Trocadero. Sobre su red de consistencia trenzada entre altos mástiles, tendíase infinita y ondulante. Parecía bajar del espacio, con sus anillos enzarzados de serpiente fabulosa, y perderse en busca de una selva entre las copas de los árboles. Y, en realidad, era un férreo reptil dirigido por la práctica fantasía de sus ingenieros, hacia la Torre de Eifel, cual si solamente la construcción gigante pudiese ser su cueva. Á veces, alguna silueta femenina destacábase sobre sus lomos con elegancia; pero luego la ahogaba la masa del enjambre. Muchos hombres habituados al movimiento, vistos desde abajo, llevaban aire de patinadores é iban, al rellejarse sobre el cielo azul, pues no se veía la plancha de sus pies, cual deslizándose en un congelado río quimérico del aire. Pronto sacaba de la ilusión el chirriante, persistente clamor de los engranajes. Corriendo los ojos por el claro de una ligera curva donde dos grandes árboles separaban sus copas, las figuras delineábanse netas.

Era inagotable el torrente humano. En torno de las cofias de todas las provincias de Francia desfilaban los rostros de todas las razas del mundo. Las más disparatadas aproximaciones de gente, mezclaban los personajes más curiosos y los tocados más extraños. Y todos en la

balumba perdían después su carácter. Iban cual fiacres que ya no ostentan ni números designadores, ó como olas sometidas al vaivén fatal, que jamás tuvieron un nombre. El ríspido tumulto de la ferrinchanería acababa por alucinar: su monótono estridulante s6n simbolizaba algo no revelado, pero afligente.

“Robins6n Crusoe no fu6 el tipo del hombre feliz—pens6 Monfort—y sintió un real gozo cuando vi6 salvajes en su isla. La sociedad es necesaria. Pero á esas gentes, elementos que no pueden unirse, los junta el placer de fastidiarse en compa1a”. La muchedumbre, efectivamente, por llevar quiz6 la sensaci6n absorbidora del movimiento en los pies, concentraba allí su conciencia, contemplando el espectáculo con fatigados ojos. El poeta pens6 a6n: “Suben los hombres á los autom6viles para no ver la hermosura de los paisajes y sentir, entre el viento y el polvo y el ruido, la ebriedad de la rapidez en los nervios. Aquellos parecen, al pasar por los caminos, bestias feroces; éstos de la Acera Rodante, bestias mansas; pero de cualquier modo, no se sale del reino animal. Y toda esa turba, con aspecto de mareo, con aire de turbaci6n idiota, corre sobre una construcci6n fin de siglo como pregunt6ndose: ¿De d6nde venimos? ¿Ad6nde vamos? ¿Quiénes somos?”...

Cuando Monfort subi6, al afirmarse en la plancha movable, lo atrajo el espectáculo de los Pabellones sobre el Sena á trav6s de los 6rboles. Despu6s, rozando la mayor altura de las copas, crey6 que iba en realidad persiguiendo las nubes. Y sintió que se reconciliaba con la serpiente sonora. Ella misma llen6base de animaci6n: las escenas c6micas de las estaciones, al bajar y subir las gentes, provocaban alegres risas. Había dos planchas paralelas y rodantes, pero 6na con el doble de velocidad que la 6tra, diferencia aprovechada por la galantería fortuita en cambios ingeniosos para adelantarse y esperar á las mujeres. Al salir á los grandes claros, sucedía un gran

silencio, puesto en las bocas por el panorama reflejado en los ojos. Monfort, bajando frente al Trocadero, se dijo: "Casi todas las cosas ganan con las distancias y sus perspectivas. En la Acera Rodante hay que mezclarse á su vida. Desde abajo su pintoresco disminuye por la confusión de la masa. Lo pintoresco! He ahí la gran distracción; única manera de no profundizar nada y de no enterarse, por tanto, de la vaciedad de todo!

XII

—Es, pues, un templo de mármol, iluminado por un sol de nieve.

—¿Y lo decís en tono de crítica? Si así fuera, ¿os parecería poco? Echaos sobre los hombros un buen gabán para no sentir el frío, y entrad á gozar del extraño y grandioso espectáculo.

—De manera que llamáis á Leconte de Lisle nuestro primer poeta.

—No he dicho eso. Hugo es el primero del siglo: es nuestro Niágara. He defendido con calor á Leconte, porque lo habéis atacado. Lo mismo hubiese hecho con Gautier, Vigny ó Baudelaire. ¿Quién habla ya de escuelas? Mirad en ese mismo Parnaso de amigos que trabajaban con Leconte si entre Heredia, Mendès, Dierx, Sully y Coppée no existen profundas diferencias. No hay más que poetas de valor, que persisten; los ótros, mueren. Y es ridículo discutirle á un hombre su temperamento; considérese si, dentro de su forma, crea ó no cosas bellas; ésa

s la única ley inteligente. Tomad un lied cualquiera melódico y perfumado de Heine, y comparadlo con una transposición de arte plástico de Gautier, el *Museo Secreto*, verbi gracia; leed después de la *Parisina* de Byron, pasionada y dramática, las sensaciones de *La Cabellera* de Baudelaire, y en seguida de la misteriosa *U'lalume* de Poe, la resplandeciente *Lyde* de Chénier, ó tras la sensual *Inactoria* de Swinburne, la celeste *Doncella Bienaventurada* de Rosetti, ó junto con la piadosa *Resurrección* de Manzoni, la atea *Ginesta* de Leopardi. Todo es bello, y de continuar citando, nos veríamos obligados á hacer un catálogo de contrastes: un árbol de un solo tronco, con flores de mil matices, en la armonía inmortal de sus ramas...

— Pero, sin embargo, habéis negado á Musset.

— Perdonad, os equivocáis. He dicho que toda la obra de Leconte está concluida, lo que desgraciadamente pasa con muy poca de la de Musset. Su teatro es superior á su lírica. Wertheimer ha dicho: Hay talentos porque hay genios, como hay relámpagos porque hay tormentas; agreguemos nosotros que Musset es el más brillante relámpago de la tempestad de Shakespeare. Y aun ciertos trozos de poemas hacen, sin embargo, exclamar: ¡qué poeta! Si hubiera pensado que con sólo el corazón no se hacen durables versos, los hubiese hecho menos malos en *Rolla* ó en *Namouna*. Pero buscad algo en que se concrete poniendo sus cualidades: *Souvenir* es una obra maestra. Tomad, por otra parte, *L'Illusion suprême* de Leconte, y también lo es. En los dos cuadros hay una evocación de mujer, con sentimientos y formas diferentes de arte; pero en ambos poemas el ala llega á la misma cumbre. Y por qué inquirir, por ejemplo, si personas que murieron de igual heroica muerte, lo hicieron en nombre de diversos impulsos?... Imaginaos dos torpederas lanzándose sobre el mismo acorazado. Truenan cañones, han sido sorprendidas, se levantan montes de espuma, silban balas, y el espectáculo salvaje es hermoso. Las na-

vecillas podrían quizá salvarse retrocediendo. Pero un oficial oye el clamor de la costa nativa, lleno del sufrir de sus hermanos, y prosigue. El otro mira la masa colosal de hierro del acorazado transformada en monstruoso volcán; la inmensidad del cielo profundo donde arde entre nubes de pólvora un sol de gloria; piensa, inspirándose en lo que será el cuadro, sumando más fuego, más espuma, más fragor, y avanza. Un minuto después, todo vuela. Supongo que ningún gobierno discutirá, para erigirles un monumento, la diversidad de sensaciones, y que aquí hablará de corazón, y allí de cabeza, pues ambos jefes lo merecen de manos de un artista.

— Lo que significa, señor de Monfort, pero jamás de manos de quien esté contra vuestras ideas.

— De ninguna manera, señor Aymard, si esa persona posee vuestra pluma.

El así llamado se puso de pie para irse. Departían en el té de Ceylán, y Letellier dijo, levantando de la mesa un vaso en que había dos gotas de agua:

— Llévadle al sauce de vuestro poeta, siempre es algo; aunque para reverdecer necesite más de un cántaro.

— Responder sería recomenzar, y es tarde; hasta pronto.

Cuando se fué, Monfort reprenió al músico.

— No he querido — repuso éste — hacer una farsa á Musset. Le tengo el respeto que su talento me inspira. He deseado simplemente ser desagradable á ese odioso profesor. Miren que condenar á Leconte porque no tiene las lágrimas de Musset!... Como piedra de toque, basta: no debe hablar de versos. Y no entenderá nunca, pues es un ciego sincero en sus manotones. Lo curioso es que, al fin y al cabo, alabando su pluma eres tú quien lo ha herido: en el fondo no puede ignorar lo que tú piensas.

— Lo ignora, y por otra parte, no le importa lo que tú ó yo creamos de él. Y hace perfectamente: no preocuparse del juicio ajeno, significa sabiduría. Es un mediocre y, por lo tanto, un satisfecho de sí mismo. Hoy

iene el Cintillo Rojo; mañana quizá sea candidato á la academia, y entonces no se cambiará por nadie, aunque Sainte-Beuve, que fué algo más que él, hubiese dado con entusiasmo su piel por la de Chateaubriand, Hugo ó Balzac... Pero me aparto. He decidido no discutir más, no irritarme por estas cosas, y convertir en mi divisa el dicho de La Bruyère: "La politesse est une certaine attention à faire que par nos paroles et nos manières, les autres soient contents de nous et d'eux-mêmes".

— Yo no puedo contenerme. Estos verdes retoños del río Sarcey, á quien se le perdonaban muchas cosas por ser por otros conceptos un tipo popular y simpático, me hacen el aire irrespirable. Qué irritante raza! Qué manera de mirar el arte como grillos el sol, con la forma que les impone su cueva ininteligente! Pedantes de vastas lecturas, no son sino filisteos de la pluma, negación viva de toda clarovidencia, arquetipos de la pretenciosa mediocridad correcta. Cuando estoy delante de ellos exagero mis opiniones hasta llegar al disparate. El otro día le sostuve á Magnier que Verlaine era superior á Shakespeare. ¿Por qué? Para no coincidir ni en una partícula de juicio; toda aproximación amengua; todo contacto insulta. Y de música, no hablemos. Ah! los Aymart de las notas! Y no te digo nada cuando se dan una fricción científica, y empieza la clínica del desequilibrio, y para saber lo que es el Tristán, se ponen algodón en las orejas, y le toman el pulso á Wágner después de hacerle sacar la lengua... Que se las saca naturalmente de otro modo desde la gloria de su inmortalidad... Ah! el Cintillo Rojo! Hiciste bien en no quererlo; y yo hago mal en tener gusto en llevarlo. Cuando pienso que á Mortier lo han promovido después de su *Diluvio*, en que muere á trompetazos hasta Noé, y no se salva el cuervo... Pero nó! esas gentes son necesarias; se asemejan á los negros: si no existieran, sería una tontería ser blanco.

— Lo extraordinario — exclamó Glatigni, echándose un

sorbo de té—es irritarse con la Escuela Normal, ó apostrofar á la Legión de Honor en medio de semejantes mujeres. Quién fuera el vals que suena, para cantar á la vez en cien orejas distintas. Ah! si pudiese, invisible, transformarme en un fantástico pulpo, y tener alas y esparcirme por el espacio con cien tentáculos de doble ampolla, capaces de besar á un mismo tiempo doscientas bocas! En el grupo de tus espaldas, Juan, acaba de sentarse una de ojos verdes y mirar maravilloso.

—Lo que no impide que te dé la nuca...

Dos señoras que pasaban se detuvieron.

—Monfort, tenía que escribiros; me alegro de veros. Pasado mañana, en la fiesta del Trianón, regenteo la tienda de los abanicos. Si queréis acompañarnos, nuestro placer será doble.

El poeta agradeció, y la condesa de Lugneville siguió con su acompañante á la mesa donde se la esperaba. Glatigni murmuró en voz baja, pues la música callaba en ese momento y podían oírlo: “Lo que es ser un vil rimador. ¿Quién ha notado los ojos verdes? Yo. ¿Quién es el único que ha saludado á la desconocida mientras se regaba con miel y vinagre el sauce de Musset? Yo. Y, sin embargo, en cuanto la condesa ha dicho tu nombre en voz alta, mi ingrata, con un pretexto, ha mirado, torciéndose y convirtiéndose en una deliciosa llave de sol. . . Que la Escuela Normal te condene y el verdugo Aymart no te perdone.

—Brindemos, aunque sea con té, por los celos del pulpo — exclamó Letellier. — Y á propósito, ¿qué es esa fiesta del Trianón?

—Va á hacerse una venta de caridad con trajes de la época de la Reina.

—No lo sabía.

—Yo tampoco, y al pronto me sorprendió la invitación de la condesa.

—¿Pero, entonces, no leéis diarios?...

El vals Azul, que á fuerza de sonar en los restaurantes

esde el Trocadero á la Concordia, habiase convertido en l alma popular y sonora de la Exposición, expandióse or los aires, tejiendo impalpables redes de vida entre os sombreros de las mujeres y las hojas de los plátands. ilatigni dióse con sus vivaces ojos á observar de nuevo l espectáculo. Letellier, á pesar de tener sus mismos ños, sonriendo gentilmente, lo miraba como á un hermano menor que se lleva al circo. El poeta, después de un instante de silencio, dijo:

— En la Galería de los Espejos debía hacerse la fiesta.

— En estos tiempos de estío — repuso el músico — lo natural es darla al aire libre; tanto más cuanto que en esa sala la cargazón de las labores resulta otra causa de rhogo.

— Confieso que, á pesar de su dejo de mal gusto, el lujo exagerado ahí, me seduce. Es el marco eximio para el ambiente de una fiesta del género.

— Lo mejor sería dejar á los muertos en sus tumbas y á los retratos en sus marcos. Bastante tenemos con estos enjambres de mujeres. Atraen con una elegancia nueva. Los sombreros de Reboux ó de Alphonsine les añaden ligeras gracias que no sé hasta dónde podrían dárselas las pelucas empolvadas. Soy un rabioso moderno.

— Yo soy un habitante del país que no existe. Un día, con ebriedad, también me arrebató nuestro movimiento. Eso fué pasajero. En cambio, mi amor á Versailles se mantiene fiel. Me encanta por su aire de realeza la Galería de los Espejos, sepultura de ónix, bronce y cristal de un cuerpo invisible que fué realidad de gloria. Y el Salón de la Guerra, abriéndose sobre ella, es reflejo vivo y corporizado del espíritu de la época. En el plafón, no sé si te acuerdas, el manto azul de la Francia, cubierto por astros de oro, evoca sin querer la hermosura amorosa de las noches discretas. Su diestra levanta la efigie de Luis XIV en un camafeo, y la otra mano un haz de laureles, deshaciéndose en ígneos rayos. Bajo la vi-

sión, la araña viviente, con los relampagueos de la luz solar, pende cual racimo de fuegos artificiales. En torno del voluminoso tallo ábrese la floración de su savia de cristal, transformada en paletas y en estrellas. Sobre su palidez caen reflejos de una luna 'química, vista cual la verdadera en la transparencia de un día azul. Y entre los áureos nervios enzarzantes de sus combinados juegos, éstos lucen sombras diáfanas oscureciéndose en los bordes, mientras tiemblan por las caras fulgores violetas y acentos purpúreos, y en el corazón de los vidrios, fijas claridades de agua, se vuelven arabescos de estalactitas. ¿Quieres que mire la magnificencia con el gesto distraído de los bustos romanos? Varios emperadores de cráneo redondo, ya inclinados, ya altivos, con cierto arrebol de ladrillo recocido, esparcen, en efecto, sus miradas glaciales. Ellos sí que tienen de bárbaros en aquel Salón de la Guerra donde el espíritu dió á la espada otro brillo, y hasta al recuerdo de la pólvora una armonía. . . Déjame, si no, evocar la chimenea ficticia. El hogar se abre cubierto por un bajo relieve de bronce. Un ángel pinta allí mientras un Amor sostiene el lienzo, y otro arregla el modelo, ó sea un casco sobre una coraza. Más alto, en un gran óvalo marmóreo, Luis XIV, con los pies sin estriberas, la cabeza desnuda y el pelo en rizos como para un baile, el cuerpo alorigado y el cetro en la mano, galopa en su corcel sobre los muertos. Los cautivos tienden cadenas que, á su vez, son adornos de la materia coloreada saliendo cual guirnaldas. Una mujer suspende al fin una corona, y los ángeles de la Fama, sonando sus trompas, apoyan sus pies en yelmos guerreros, volantes como nubes. ¿No sientes escaparse del conjunto la expresión de nuestros ejércitos en Fontenoy, donde la galante invitación, en presencia de la muerte, dió al grito épico, acento amable de espiritual ironía: Señores ingleses, tirad vosotros primero. . . ?

En la Galería de los Espejos los ojos encuentran una

maravillosa serre. Las mujeres en los bailes debieron esplendor como sus flores verdaderas y naturales bajo los techos de aliento marcial y también galante. Aquello es un momento del reino ebrio de gloria. Levántanse los pórticos marmóreos de columnas corintias, coronados con la imagen del Sol, aureola del rostro real. Tiéndense los espejos y sus resplandores entre candelabros suspendidos, nichos y estatuas, y los ornamentos suben y bajan saltando como altos relieves. Son trofeos de armas, cabezas de leones, conchas que perdieron el nácar para revestirse de oro al volcar sus perlas, cuernos de la Abundancia y escudos de monarcas sostenidos por águilas, grifos y esfinges. Sobre el conjunto, los plafones de Lebrún cantan el pasaje del Rin y la guerra de Holanda, en torno de la alegoría: *El Rey gobierna él mismo*. Luis XIV, de emperador romano, luce sobre los hombros el real manto de armiño y lleva á las espaldas una ninfa con todas las flores de su selva. Entre las nubes envolventes del trono, una orquesta acompaña el himno de los dioses, erguidos sobre los guerreros resucitados en un heterogéneo Olimpo-Valhala. Al pie del Rey desbórdase una cascada de Amores, y cae y vuela, vistiéndose aquí con yelmos, allá con plumas, jugando á los naipes, riñendo sobre tableros de damas, ó reconciliándose para ejecutar sinfonías entre decoraciones, que dan la sensación de una apoteosis de ópera... En los nichos, abajo, surgen Minerva con su peplo, Apolo con su lira, Mercurio con su montera, Venus completamente desnuda, y aún más abajo de los jarrones marmóreos, casi amarillentos sobre el resplandor de los zócalos de nieve, tiéndense los purpúreos taburetes, orgullosos con la nobleza de un invisible espectro. Dime si no sería admirable convertir á los fantasmas en seres de carne y hueso, y animar esa galería con un minué picante ó una gavota lánguida en torno de un Luis XIV imitado de la tela de Rigaud? Y no de noche, sino en pleno sol, debiera hacerse el festival, para gozar

bien del espectáculo. Las grandes ventanas, sucediéndose, se abren sobre el parque, y el cuadro sube á estamparse en las del muro interior, figuradas por espejos que construyen mosaicos. La perspectiva resurge así en la lejanía impalpable de esas lunas. Y atrae la visión reflejada del cielo con un horizonte de árboles, y de las alamedas con el horizonte del cielo, y las pintorescas graderías, y las fuentes y sus penachos y sus chorros de espumas, y sus estatuas y sus vasos y sus caminos de arena y sus tapices verdes. Imagínate, pues, allí la danza, con los trajes de la época y la belleza de nuestras mujeres. Jamás la gracia obtendría un triunfo más perfecto. Bailarían las parejas ante lo actual y lo evocado, ignorándose dónde empezaba lo fantasmagórico y dónde concluía lo real, en un salón suspendido entre un parque cierto y otro quimérico, siendo actores de una verdad de la vida y de un ensueño de la mente.

— Tú, que tienes influencia, inténtalo.

— Estás loco; las crónicas me convertirían en un *sieur* Pamard á la moda.

— La gente se desbanda — exclamó Glatigni; — nuestra vecina se va. Miren qué cabeza.

Se dieron vuelta. La alta figura de una mujer se alejaba negligentemente, apoyándose en su sombrilla, vestida con un simple traje de sastre, azul, y bajo el sombrero dejaba ver, entre el tul anudado, una mata enorme de cabellos.

— Admirable silueta — dijo Monfort.

— Os aseguro — continuó Glatigni — que los ojos son dos esmeraldas extraordinarias, superiores á ese oro que miráis.

— ¿Por qué no la sigues? No renuncies á la posibilidad. . .

— No has mirado bien; se trata de una mujer del mejor mundo.

— El mejor mundo es aquel en que la suerte es mayor.

Monfort, volviendo á su posición, sin oír el aforismo de Letellier, murmuró:

— He ahí una que oye el consejo de Balzac: para las ruinas el azul.

Después se propuso partir. Subieron la avenida del Trocadero y los amigos se encontraron entre tropes de árabes que salían del teatro del Cairo.

— Estoy harto de lo exótico — dijo Glatigni; — les confieso que no sé ya cómo hacer con la japonesa. Al principio me causaban gracia sus saltos de gorrión, su casi incomprendible charlar, y sus muecas de mono cariñoso. Hoy no descanso ni cuando duermo: sueño con una lengua mezcla de inglés y japonés, engendro de la pesadilla. Después, es sucia. No practiquen jamás. Quédense sin salir del platonismo. Sigán teniendo la ilusión de las acuarelas. ¡Oh, Outamaro! ¡oh, Okusay! ¡qué regalo me habéis hecho!

— ¿Pero por qué no la plantas?

— ¿Por qué? — y tomó un aire de cómica y misteriosa gravedad— porque estoy ligado hasta la Tercera Luna. He querido equivocarme por diferencia de términos en el calendario; mas el padre, que el diablo confunda, sabe ya el nuestro mejor que nosotros. Luego, son director é hija de una virtud implacable. No faltan á nada y no me permiten tampoco la más mínima incorrección.

Letellier y Monfort, que habían conocido el entusiasmo de la primer semana, en el teatro de “La vuelta al mundo”, ignorando lo del contrato con la bailarina, exclamaron á un tiempo, riendo: “Fragua un viaje”. — “Imposible — repuso el Don Juan japonizante, con aire de supremo anodamiento:— vive en casa”. Entre las carcajadas de los amigos, añadió: “El padre en el desván, con Pedro, otro desesperado, y ella en ese frágil gabinete nipón, que tú, Juan, me dibujaste. Acabaré por una indemnización de dos mil francos, cosa que en este momento me tulle”.

Los árabes llegaban también á la puerta. La tarde caía,

comunicando estremecimientos de frescura al ambiente. Aquella tribu, no derrengada ni rendida por sus dislocadores ejercicios, parecía beber en ese aire nuevas fuerzas para expectorar con más furor su silbante jerigonza. Saltando á un fiacre en que ya Monfort y Letellier se habían refugiado, Glatigni exclamaba aún: "Acabe el verdadero Dios con Mahoma y Confucio y con todo el color local del maldito Oriente!"

XII

Monfort, esa misma noche, acudió al teatro de Loie Fuller. En sala especialmente construida, trabajaba la célebre bailarina, flor, estrella y ave, siendo mujer bien real, con sus tules de encantamiento y sus maravillas de fuego. El poeta cruzó la calle de París, cita de los trasnochadores de la Exposición, entre las tiendas, restaurantes y teatros de feria más ó menos disfrazados con el nombre de artísticos. Era aquello una marea de gente, en que predominaban rastacueros y cocotas. Bajo los focos eléctricos y los faroles chinescos sentíase el tumulto de los pregones llamando al público. Monfort saludó de lejos á varios establecimientos á imitación de los de Montmatre ó que eran los auténticos trasplantados del popular barrio. Evitó al paso tres ó cuatro amigos y penetró en el salón. Al pronto le hizo evocar algunos panteones etruscos vistos en Italia. Después, en la penumbra misteriosa, las figuras de los muros empezaron á dibujarse, y se creyó en

cueva de encantamientos, pero en la de un brujo que tuviese la fantasía de Cheret ó Mucha.

El teatro, en vez de iluminarse, se llenó de profundas tinieblas, y levantóse el telón, y apareció la escena semejante al fondo de un acuario. Vislumbrábase en él algo movable que podía ser agua oscura. Entonces el poeta, observando bien, vió brotar de ese caos una temblorosa sombra vacilante. En tanto, el plafón se rasga. Lumbre azul cae sobre la sombra que se estremece, sintiendo la fuerza creadora del divino destello. Un hada de pureza surge en el centro de atorbellinados encajes. Es Loie Fuller. Al oír la vagarosa sordina de los violines el éxtasis la inmoviliza, y translúcidos zafiros llueven, condensándose leves, en su gasa flotante. El sonar se robustece con místico aliento armonioso, toca los tules y el ideal torbellino se cuaja de estrellas. La dulce plegaria se evapora en languidez suspirante. El canto no se extingue, aduérmese, sueña y murmura palabras incomprensibles, hasta que los violines, cual leones que sacuden las melenas, lanzan potentes ondas de vida. El hada vuelve de su éxtasis y escucha absorta. La música la envuelve en vértigo. Los intensos zafiros agonizan en los tules, como claras moribundas turquesas y las estrellas de oro palidecen, como en deslumbrante día. La música canta el Amor. Hay un mundo evocado que ríe. Ayes de ninfas. Gritos de sátiros. Brisas de cálidos soplos. Suspiros de juveniles alegrías. Las rosas se deslien en las fuentes y perfuman las aguas. Las propicias alfombras de los céspedes corren, buscando amables retiros bajo el frescor de las frondas. Se respira la selva pagana con ardor voluptuoso. Por los velos del hada cruzan las esmeraldas vivas de todas las hojas. La envuelve un aire visible, palpable, surtidor de caricias intensas, y se lanza tras una libélula cambiante cual el ópalo. Su deseo es detenerla, pedirle su matiz y el secreto de la vida. El hada resplandece: es un sol de oro. De pronto hiere su grito.

Los violines, suspiran. Un rayo la ha violado y sus pies ya no corren y desfallecen. Toca su luz áurea incandescente relámpago purpúreo, y así surge transfigurada entre tules de jacinto. Y sueña. Y soñando vuelve á danzar. El azur immaculado de su nacimiento pasa á recuerdo ahora inaccesible. Gira en torturante pesadilla. Revibra en los violines el viento zumbador de un macabro delirio. Llena de lívido horror, ve el hada las llamas que se le encienden. Ellas matan los jacintos, y los oros, y la azotan, y la envuelven; son sus alas, son sus tules, son sus mantos; y se agitan y derraman rubies y rosas rojas. El mismo viento que forma, cuando danza enloquecida, la defiende; mas el fuego la penetra, hasta que flota pendón trágico en la cumbre feral su cabello vivo. Y sus pies se paralizan, y terrores la sacuden en el sitio; pero empieza lentamente de esa púrpura la muerte. Se desangra y hay frescura, que le presta de corales, bajo el agua, leve acento misterioso de mil mundos ignorados. Los carmines en violetas dulcemente se transforman; las aristas de los tules los reciben en sus tramas, que han ardido como zarzas milagrosas de los montes de la Biblia, sin quemarse. Y en una penumbra de calma discreta, donde andan los sueños de un tenue crepúsculo, que olvida las horas ardientes del día, los tules exhalan cien alas y flores que al fin amatistas se vuelven preciosas. Y en las notas de las cuerdas, lloran voces de las almas de violines que se mueren de tristeza con el hada, en anhelos infinitos sin palabras. El manto violeta después se convierte en lila triunfal; es flor de jardines que sienten el halo de nueva estación. Y huye rauda del recuerdo que la obsede, con los tules palpitantes rumorosos que le espantan las ideas. Sus ideas son angustias, y dolores, y añoranzas de la aurora en que naciera, sobre sombras engendrada por lo puro del azul. Y en los tules centellean repentinos los matices, con tumultos silenciosos, y entre vuelos, van buscando con sus glorias enzarzarse á los so-

nidos y expirar entre los cantos como notas de fulgor. Y hay chispas y rayos, y franjas y estrellas, y flecos y espumas, y flores y flechas, y gasas y encajes, y cintas y ruedas, que pasan, que giran, que esplenden y vuelan. Y temblando los violetas, los añiles y los rojos, los azules y amarillos, los naranjos, y los verdes, se persiguen, y se tocan, se acarician, y se funden, en las chispas, los encajes, las estrellas, las espumas, y en las franjas, y los flecos, y las flores, y los tules. Y entre gritos de alegría de las notas delirantes, de una noche diamantina surge el hada, con encajes de alabastro, con jirones de albas nubes, con blancuras vaporosas destejidas de la misma lumbré sacra que las crea. Es que el hada ha llorado y sonríe. El cielo la baña con niveo claror, y en la gloria pascual de las gasas se enredan y flotan mil cándidos lirios. Ha expiado su falta y ha vuelto á su cuna; el éter la envuelve feliz mientras cantan los dulces violines cual castos querubes, y el hada es un cáliz de luz, siendo el cuerpo de un alma celeste que vuela hacia Dios...

La ilusión se cortó al sentirse, con la última nota, un aplauso frenético. La sala inundóse de claridad. Cuando se alzó de nuevo el telón, Loie Fuller, ave del paraíso de cola nupcial y alas blancas caídas, casi moribunda de cansancio, trataba de sonreír á sus aclamadores.

Monfort salió del teatro.

La escena reproducíase de nuevo en su mente. Los ritmos le asaltaban como en el espectáculo, iluminando con las notas, sonando con los matices, en una fusión de sensaciones, donde los colores eran de música, y la música de luces. El poema se le encendía con inquietud febril, alucinante, que lo hubiese hecho caminar en caso de estar sentado. Y en las fantasías del fuego eléctrico y de la llama hechizada, cual jamás las hizo encantador alguno de fabulosas salamandras, un canto filosófico, pintoresco, surgía, y él pensaba: "Con alas y chispas, y gasas, y pétalos, y matices y destellos, con mil cosas etéreas, casi impalpa-

bles, á menudo indefinibles, siempre ideales, puedo hablar del contento pagano, y de la idea del pecado entristeciendo el mundo. Y contar después cómo se purifican los colores, por las lágrimas blancas de la expiación que dan al hada su resplandor de luna, para volver entre immaculados lirios á ser azul y digna del espacio." Y al compás de los ritmos y de las notas, entre el brillo cambiante de los matices, veía á la quimérica y real bailarina, danzar en la calle, cual si los paseantes no existiesen, alzándose en la noche con todas las flores de la tierra hasta uncir en sus gasas á los astros, seducidos por sus velos.

Cuando llegó á su escritorio todo había cambiado. La fiebre creadora, soplo nervioso fulgurante, lo abandonaba con la misma rapidez con que lo poseyera. Árbol que el vendaval sacudió, dejándolo despojado, sentía la tristeza del arpa, cuyas cuerdas, rotas por la tensión, inútiles se agitan, evocando un pomo de que se fué el perfume, perdido en el fondo de un armario, cual símbolo de las cosas estériles y olvidadas!

XIII

El poeta, al día siguiente, hojeaba en su casa la magnífica impresión ilustrada de un libro, diciéndose ante la mediocridad del texto: “¿Por qué no extrañar un tiempo en que cada autor pudo ser condenado á escribir sus volúmenes? ¿Por qué no protestar contra la imprenta, accesible al dinero? Las obras viven sometidas á una igualdad perfecta ó á una irritante injusticia. A veces se encuentra un mal libro vestido como un rey, al lado de uno excelente envuelto en las telas de un pordiosero. El progreso tiene, entre sus máscaras, la de esta igualdad torpe, y á veces creo que con placer se la pone...”

Un criado, entrando, depositó sobre la mesa dos cartas. Monfort vió sobre uno de los sobres una letra de mujer harto conocida. La abrió, y pasándole los ojos, pensó: “No hay como no querer de una cosa para que se os brinde. Ah! cuándo podré acabar con esta cadena”. Con lápiz, en una hoja de block, escribió una respuesta. Le parecía que, no dándose la pena de escribir una carta en forma, hacía un acto de valor. Y era que en esto, cual en todo, su voluntad flotaba en un desvencijamiento de ruina; el hastío roíale las potencias del alma. De seguida puso un telegrama á Letellier pidiéndole lo excusara: no podía acompañarle al concierto sueco. La otra carta era de la condesa de Lugneville, recordándole su fiesta. Antes de escribir vaciló un momento. ¿Iría ó no iría? Entre fastidiarse en su casa ó afuera, cuánto mejor salir; al fin y

al cabo, sería un aburrimiento divertido. Pensaba en ello con profunda indiferencia; el caso no tenía, en efecto, más importancia que la compra de un cigarro. Así, acontecimientos graves que deciden de las vidas, poseen el arte irónico de envolverse en futilidades. Monfort estaba á mil leguas de pensar que escribiendo á su amiga una trivial aceptación, acababa de resolver su destino.

Volvió los ojos al papel, donde renglones cortos y largos, entre innumerables borraduras, dejaban leer aquí y allá el nombre de Loie Füller. Hizo una rápida lectura y capoló la hoja: "Todo esto es inútil. He perdido la ilusión del trabajo. No se puede escribir con talento sino cuando se escribe con fe. Con fe en algo. Con algún fin. Yo no tengo nada. Reflejo las cosas sin convicción, incapaz de crear una flor en la vida".

Para distraerse echó mano de uno de los tantos volúmenes de la mesa. Era de un autor nuevo sobre arte escultórico. Después de ver la dedicatoria, cortó al azar algunas páginas leyendo al principio de un capítulo: "Los dioses de bronce que han dormido algún tiempo en tierras saturadas de sal, toman al salir al sol una película, llamada sarna, que se extiende, se hace llaga verdosa, y se propaga devorante. No hay como defenderlos: caen reducidos á polvo."

—Oh! la inmortalidad! — exclamó Monfort. — Sólo la idea queda. Los bronces mueren de esc mal extraño que al roerlos toma una significación curiosa, cual si los músculos de las estatuas lo fuesen de un organismo vivo. También los mármoles mutilados se exfolian semejantes á nuestros tendones. Sin embargo, siempre habrá estatuas, como siempre habrá cuadros: la renovación brotará del espíritu inmaterial. Es él, siendo impalpable, la fuente de todas las formas, que, sin su amor, yacerían en la naturaleza, sin reproducirse en el arte. Así, ayer no sé si los ritmos me animaron juegos de colores, ó si de esos colores me vinieron los ritmos; pero fué mi alma la que vivi-

ficó el poema de la bailarina. Ah! salvar esa alma. Volverle la fe, es decir, volverle la ilusión de crear; he ahí el problema. . .

Sonó una hora. Era la de la cita. El poeta tomó el sombrero y salió á la calle.

XIV

En el escenario de la sala del Trocadero alineábanse, dentro de sus fraques negros, trescientos estudiantes de Upsal, entonando sus coros de voces solas. Estudiantes es un nombre, pues casi todos, médicos, abogados, ingenieros, conservan esa etiqueta para no abandonar su asociación. Letellier pensaba en la diferencias de las razas: en el significado de ver á aquellos hombres, entre los cuales había muchos gigantes de francas, abiertas fisonomías de niño, dando con ingenuo y sano entusiasmo una visión luminosa de su patria. Mundo de imágenes desconocidas se levantaban ante los ojos del que oía el canto. Las acordadas voces se desunían, perseguíanse, para juntar nuevamente sonoridades de cristal, murmurios de frondas, rugidos de truenos, alegrías de aurora, tristezas crepusculares, con mil contrastes, en un conjunto de vocalización tan perfecta, que el coro resultaba un órgano agitando en sus trompetas prismas de imaginación, raíces de sentimientos, ráfagas de ideas. El himno de Escandinavia conmovió con su sabor primitivo y su acento de canto antiguo, que liga muertos y vivos al pronunciar la dulce palabra: Svea. Tras el tono de plegaria y lleno de unción con que

expirara, sintióse la marcha de los Bjvenebargase y sus latigazos de ziszagueantes armonías en clamores de combate: "Hijo de un pueblo que combatió en las llanuras de Polonia y las colinas de Lützen, la fuerza de Finlandia no ha muerto, y podemos apagar la sed de nuestros campos con enemiga sangre." Después sucediéronse las descripciones de Welhaven y la de los bordes rientes del lago Siljo y la serenata de Josepson. Los alegres músicos de Riccius hicieron oír sus voces, celebrando la salida del sol, la voz de la fuente, el nacimiento de la flor, la gota de rocío, todas las bellas sencillas imágenes, antiguas como el mundo, jóvenes como la luz, frescas como el agua. "Nuestros cuernos se mezclan al cantar de los pájaros; el cielo ha sembrado de diamantes nuestra senda; caminamos y la tierra es nuestra." Así decían los cantores con acentos de salud corporal en que un alma ingenua y libre estremeciase de júbilo.

Cuadros aún más sencillos evocaron la Escandinavia íntima, y el "Canto de los votos" fué repetido y aclamado por la multitud cosmopolita. Entre los tiros de fusil que despiertan los ecos del Sveaborg, oyóse la voz de las campanas: "Id en paz — decía á las doncellas; — la próxima vez será para vosotras la marcha nupcial de nuestros bronces." Y tras las canciones populares de Suidbland resonó la hermosa danza del Neck. Letellier vió salir de la música las imágenes cual si, cerrando los ojos, los murmurios del coro, al final de las estrofas, se transformaran en el vaivén de océanos desconocidos.

En el fondo del agua el Neck se reposa sobre el banco de una verde sala. La noche viste majestuosamente sus negros adornos y el soberano abandona su castillo de corales. Entonces, los hijos de Ægir lo mecen sobre la límpida mar. Freya, pálida luna, aparece poniendo en la superficie su cabellera de oro, y el arpa del rey suena, acompañando sus amarguras: "¡Ah! ¿por qué caminas siempre? ¿Dónde te detienes tú, el más brillante de los astros? Tú,

que fuiste una virgen de la tierra y mi novia en la entraña del océano." Y el rey recuerda sollozante los tiempos en que lo besaba de modo tal, que el arpa abandonada enmudecía largo rato. La luna, en tanto, sin oír los lamentos, convertida en divinidad impasible, sigue bogando. La música uníase tan íntimamente á los versos, que Letellier la veía cual si un reflejo de la luna fuese la letra y el rumor de la ola, comentándola, el canto... La inmensa sala mezcló al trueno de sus aplausos la agitación de sus pañuelos y sombreros. Y en el ambiente quedaba vibrando la visión de Suecia y Noruega á través de un diáfano velo rasgado por las flechas de su sol, ya con el hechizo de las verdes praderas de Suoni, ya entre las blancas tristezas tejidas por Holda, la reina de las nieves. Y Letellier pensaba: ¿Por qué este tonto de Monfort me ha faltado? Él hubiese oído esa arpa del Neck y sus lamentos á la luna. Él hubiese visto mejor que yo el poema naciente de ese cuadro. He aquí lo que yo haría. Las manos del rey desfallecen al mirar el astro ocultándose tras las nubes, y su arpa cae sobre las olas. Los hijos de Ægir eran en otros tiempos los encargados de buscarla al amanecer cuando se iba en el movimiento del mar, mientras Neck y su novia se abrazaban. Ahora, ésta, mientras el rey solitario se lamenta, alumbrada desde el cielo, convertida en diosa, y no es menester esperar el día: su claror basta para encontrar el arpa. Pero los mensajeros del rey, evocando las penas de su señor, lloran, y no ven con nublados ojos brillar el instrumento que al fin para siempre se extravía. Neck cae en aterrador desolación: sin el arpa no puede exhalar su duelo. Y su amargura, no acordada al canto, lo mata. Entonces el rey desaparece misteriosamente de los mares. Pronto los hijos de Ægir se estremecen de horror; el palacio de Neck también se ha evaporado. Para vivir no les queda sino las grutas de nácar. Vagan por los mares sin hallar rastros de la antigua vivienda, pero oyen súbitamente el conocido grito de

los renos, saludando algo con extraordinarios clamores. Y suben á la superficie de las ondas. El mar lanza reflejo divino de púrpura viva, y en el firmamento esplende el perdido palacio de corales. No es una simple ilusión ni un puro resplandor; es una apoteosis. El arpa de Neck resurge sobre las olas. Los hijos de Ægir la toman, gozosos, y cantan un himno al rey que, por ardiente amor á la Lùna, se ha transformado en la primera Aurora Boreal de los cielos”...

Letellier sentía mucho la ausencia de Monfort. Le había prometido un trabajo en colaboración y excusábase por no encontrar cosa que al músico conviniera. Ahora no respondería eso, desde que él mismo iba á proponer el tema. Letellier era el polo opuesto de su amigo. Hombre de admirable salud nerviosa, vivía encantado de todo en su época, con una fe ciega en su talento y una ilusión perenne en su arte. Al salir tomó asiento en la galería, y el Neck se le precisó más, surgiendo entre las estatuas de los Continentes, al són de la cascada del Trocadero. El murmullo, adormeciendo su pensamiento para que soñase, contribuía á aislarlo de la multitud en desbande. ¡Bella hora! La tarde se llenaba de frescura con el aliento de las aguas, que entre velos de pulverizaciones, bullentes cristales y espumas saltantes, corrían de plano en plano, mientras en grandes urnas, los giros de los surtidores eran llamaradas de nieve, y los rosales echaban el fuego de las suyas sobre los céspedes húmedos. Mas Letellier, absorbido por su idea, veía eso apenas, vagamente, así como á través de los cortinados acuáticos, el espectáculo pintoresco de los toros de bronce, en que Caín puso talento, y el tiempo verdes herrumbres.

XV

La tienda de la condesa de Lugneville estaba al borde del lago, allí donde el Molino de la Reina busca, reflejándose, las viejas imágenes y sólo consigue ser turbado por el estremecimiento de las carpas. El perfume penetrante de las flores y resinas del parque mezclábase al sutil de las mujeres. Iban y venían sobre los rostros todos los carmines célebres, desde el fulgurante de la Regencia, hasta el suavizado *serkis*, con sus reflejos de rosa palideciente. De los tocadores habían volado enjambres de lunares, posándose ágiles, como en el buen tiempo, para ser *asesinos* en los lagrimales, *galantes* en las mejillas, *coquetos* en los labios, *majestuosos* en las frentes. En esa atmósfera se oían los fru-fru de las sedas, entre la blancura de las gargantas, las cabelleras empolvadas, los penachos de avestruz, y los tontillos exuberantes en almohadones y en góndolas. Las faldas alegraban los ojos con sus peonías, amapolas y racimos, que agitaban en torno de los cuerpos explosiones de la primavera. Las sedas y cintas sonreían así saludando al jardín. El sonar de las músicas enriquecíase con el murmurio de las palabras. En medio de los tirsos y de las batutas, de los corderos enguirnaldados yacentes sobre los céspedes, y de los hombres que se paseaban entre las damas como entre los maniquíes de una casa de modas, habían huído los pájaros. Ellos, los verdaderos moradores de aquellas bellas soledades — que alegran las ruinas en invierno, porque están muy tristes,

diciéndoles: olvidad; y que en medio de las pompas del verano, porque están demasiado jubilosas, tienen acentos de elegía para exclamar: recordemos — acallaban sus voces, espantados por la insólita baraúnda. Monfort se fastidió muy pronto de su propio traje, y del de todos los hombres, y del moderno de muchas señoras que echaban á perder los tocados históricos. Era aquello, á pesar de la belleza de algunas de las disfrazadas y de la distinción de casi todas, algo como las escenas del "Viejo-Paris". Se sufría una decepción; las evocaciones de la época no resultaban. De pronto, se hizo un remolino de gente y oyóse una gavota. "¿Por qué no la bailamos", exclamó la baronesa Clémont-Ferránd. Del fondo de la tienda se levantó la voz del marqués de Brissac: "¡Cómo! ¿Vais á poner los pies en esos céspedes, al són de esa música? ¿No tenéis bastante con la venta de caridad, que sola es ya una profanación?" Nadie se movió y hubo un momento de malestar. Después, delante del quiosco, dominó todo la charla sonora, de un nuevo enjambre de mundanos que llegaba. . .

Los últimos acordes se desvanecían. Monfort comprendió la tristeza del anciano y vió asomarse á las ventanas de la casa del Alcalde, y á las del Presbiterio y Cortijo, los espectros verdaderos de aquellas que han dado á los minués y gavotas cual tonos de melancólicos gobelinos. En vez de tirsos floridos, mostraban en las manos pañuelos ensangrentados, y mientras sus ojos se hundían en lo infinito, agitábanlos silenciosamente al són de la música moribunda. ¿Era una despedida á lo que no oirían más? ¿Era un saludo á lo que volvían á escuchar? El poeta no tuvo tiempo de pensarlo. Con la última nota desapareció la visión de los cristales, y aun durante un segundo percibió el adiós de los pañuelos. Querían así mezclar la sangre de que estaban manchados, á las lágrimas de los ojos que los reflejaran. Vano empeño. De las internas que no salen, eran aquellas lágrimas, más bien, semejantes á son-

risas de alada ternura, hecha de amor á lo hermoso y de piedad humana...

La condesa de Lugneville dejó partir á Monfort: ibá á aprovechar su viaje á Versalles para tomar algunas notas sobre el Boscaje del Rey. Al salir esquivó á Glatigni, cosa no muy difícil, dada la distracción de su entusiasmo en una tienda de muñecas de la época. Pensó que él debía saludar á la generala Bausson de Brienne, su directora; pero se dijo: "Imitemos á los pájaros: son ellos los sabios; no se puede aguantar un vals alegre en esta aldea triste."

En la puerta del Trianón tomó un coche y acertando camino, se hizo conducir por la calle á la entrada del estanque de Neptuno. Cuán hermoso día! Las verdes alamedas atraían los ojos para acariciarlos y lanzarlos al azul, que engendraba el impetu de volar por su inmaculada pureza. Monfort, después de un año, volvía á saludar á sus viejas amigas, las estatuas. Ahí estaban, inmóviles, blancas, como hechas con las espumas de las fuentes petrificadas. Ocultábanse en grutas, disimulábanse entre las frondas, ó libres, recogiendo rayos de sol, construíanse nimbos de oro. Y su gloria consistía en ser pálidas como el dolor, ante las esmeraldas del contento estival.

Al frente tendiase el gran estanque. Neptuno, en su centro, llevaba á Anfítrite en su carro de triunfo. Las manchas palpitantes dadas á los ojos por el resplandor solar, hacían ver al dios sobre el agua en una cueva oscura. La linfa exhalaba allí sensaciones de acero flúido con calofrios de lapislázuli. Mas en la orilla adquiría brillos transparentes, y Monfort, llegando á su vez, la vió al pronto enverdecida por los árboles. Después, ante sus ojos habituados, abrióse el espacio del fondo y dibujóse neta la alameda del castillo. Bajo el agua reinaba un silencio absoluto, cual si la majestad celeste reflejada inspirase á la masa respeto, acallando sus murmurios. El sol, plátineo escudo oscurecido en el retrato, adquiría, al titilar, claras refulgencias, y pestañeante, no se le antojaba

quimérico, sino real, queriendo salir del espejo á clavarse en el espacio. Y por otra parte, la misma tierra de que brotaba el bosque, parecía, para esclarecer sus creaciones, engendrarlo en sus amores con el agua fecunda. En torno de Neptuno, en tanto, retorciáanse dragones, aplastábanse tortugas, aleteaban delfines, dormían focas, y en los bordes del estanque, inmensos vasos ofrecían langostas marinas en sus asas, y rondas de faunos en sus cuerpos. Y de fauces y de hocicos, de bocas y gargantas, de orejas y cabellos, de ornamentos y atributos, de dioses, bestias y hombres, volaron en homenaje al sol, que el poeta saludara en el parque y en el cielo, docenas y millones de chorros transparentes y de juegos espumosos, arrebatando la luz en un vendaval de diamantes.

Monfort siguió su peregrinaje. Á un paso estaba la fuente esférica del Dragón. Se hundían en ella los troncos de los árboles; y las hojas, semejantes á lenguas temblorosas, al estremecerse despedían realmente su color, transformando la linfa en esmeráldica. En el centro, el monstruo, con las patas al aire y las aletas retorcidas, recibía flechazos de los Cupidos, montados, entre delfines, graciosamente en cisnes. De allí partían las alamedas que llevan al palacio, con su aspecto de naturaleza culta, y ese aire de aristocrática distinción que inspiró á Watteau sus boscajes, con ramas tenues que tienen murmurios de espirituales alas. Á ambos lados, subiendo, tendíanse fuentecitas. Eran patenas de mármol rosa, sobre niños de perturbador encanto. Aquí, pensativos; allá, estrujando un pez; acullá, metiendo por curiosidad un dedo en las fauces abiertas de un delfín; á veces, con pezuñas de chivo y las piernas hirsutas; á menudo, con sus vientres unidos por vides y por rosas, mezclaban siempre, en sus finezas, una morbidez femenina, á una virilidad naciente, enalteciendo la infancia de la voluptuosidad entre el rumor de las aguas trastumbantes en las albercas.

Al fin de la avenida, el estanque de Diana incrustábase en el término de la pendiente. Su profundo miraje era infinito, su alto muro arrojaba sobre el cristal una sombra que, al reflejarse, se hacía translúcida. Mas á su través los árboles vibraban en la proyección, cual ennegrecidos por invisibles hiedras. La impresión de frescura atraía como un abismo en que el alma quisiese florecer á semejanza de los helechos. En un alto relieve, bañábase con sus ninfas la diosa, cuyo cuerpo sonreía de puro bello. Monfort sintió el hechizo de la primitiva escena y el contento de sus blancas desnudeces, en el aire caluroso y en el agua fresca.

Después, ascendiendo un poco, pisó la terraza imponente del castillo. La fachada izquierda brillaba con su columnata jónica de modo tal, que en el resplandor devorante desaparecían las estatuas. Dibujábanse, en cambio, á su sombra, tendida sobre un lado del parque, imágenes que le eran muy familiares, en torno del singular Afilador meditabundo. Sobre las aguas, entre vasos, graderías y caminos, Morfort vió destacarse los Ríos y los Océanos, mientras las sirenas humedecían sus cabellos en las linfas. Y los tritones, irguiendo sus colas y sonando sus bocinas, saludaban una felicidad, en que el genio latino se fundía con la juventud griega. Más allá, al pie de la gran fachada, destacábase la estatua de Apolo, bajo la línea uniforme y serena con que el palacio cortaba el cielo azul y donde ardía el astilleo de chispas de los cristales. ¿Qué dice el dios de la juventud, del amor y de los ritmos? ¿Echa de menos sus bosques de laureles y suspira por los templos que simulan labradas flores de piedra entre las hojas? “Ah! nó—exclamó Monfort; ---bien está ahí; en medio de un jardín, donde el arte y la vida se aman y se besan, al sol, cantando.”

El prestigioso espectáculo subyugaba desde la altura. Escalinatas, cenadores, terrazas, vasos, estatuas, descendían hasta la fuente de Latona. El sol declinante, ence-

guededor aquí, languideciendo allá, sembrando claros-oscuros en un lado y vivos toques de luz en ótro, componía y pintaba el cuadro. Las ranas de oro de la fuente aspiraban con delicia, entre las mujeres aún no metamorfoseadas en batracios, la irrupción de espumas que ascendía hacia la diosa. Nuevas terrazas después, guarnecidas de vasos marmóreos y de lienzos de enredaderas verdes, con reflejos amarillentos y rojos, descendían entre bojés de mirtos sombríos. Las cosas exhalaban hálitos de penetrante poesía. Alfombras de césped, esmaltadas con los colores del iris, iban á cercar estanques, donde las bocas de las sirenas cantando con las espumas atraían los ojos para darles, en vez de muerte, vida. Y más allá de los vasos esculpidos y de sus teorías desnudas, en torno de altares y de ofrendas, erguíase, trazando inmenso semicírculo, un pueblo de estatuas. La música de los antiguos días resonaba nuevamente en los oídos del poeta. Sentíala ahora invisible, no con las orquestas, que acababa de mirar en el Trianón. Los chorros pintorescos de las fuentes, de los estanques, de las albercas, los volubles giros de los surtidores, en su lengua de murmurantes querellas y en su tumulto de sonoras caídas, la echaban al cielo, multiplicándola al recibirla en sus cristales. Cada objeto tenía un armonioso genio. Y al són del general estremecimiento, acudían las estatuas, del fondo de los boscajes, del misterio de las alamedas, quizá del recinto del palacio. Mas se las creía hijas de aquella tierra de encanto: espontáneas de su seno, hermosas y naturales, nacidas como flores, cultivadas como frutos. La infinita procesión de blancuras se inmovilizaba. El parque, con la tristeza de sus recuerdos, transformábase en sepulcro del día que iba á morir; y las estatuas, simétricamente alineadas, á la voz del conjuro, eran los guardianes mágicos de la tumba.

Monfort se sentó en un pétreo banco esculpido. Gozaba de íntima voluptuosidad ante el escenario, que él también ilustrara con famosos poemas. En el tibio alien-

to de la tarde, pasaban hálitos sutiles con recuerdos de sus abuelas. Recitó mentalmente versos que creía olvidados, y sintió sobre su frente una mano flúida, visible un instante, haciéndole señas cariñosas, desvaneciéndose después, y dejando la estela de un perfume melancólico. ¿Su vida no había acabado así, en especie de parque de otro tiempo, á pesar de su actual existencia?... El poeta consideró un momento á sus estatuas: eran las de un cementerio, arrulladas por las elegías de sus aguas fontales... Echó á caminar de nuevo. Desplegóse ante sus ojos el inmenso tapiz verde, luciendo aquí y allá los oblicuos rayos de sol que iban á morir al pie de las ánforas. Seguíale el círculo del estanque de Apolo, con su carro encallado, entre el traquear de los tritones, acrecido por sus bocinas. Y por último, la cruz del gran canal se perdía en el horizonte, bordeada de árboles que exornaban su perspectiva, á imagen del recuerdo, más hermoso cuanto más se aleja. Monfort admiró las sombras verdes en aquellas finas transparencias de paleta acuarelada. Realmente, Versalles había querido resplandecer recibéndole. El agua presentaba tranquilidad de diosa augusta: el canal de Francia fulgía como para reflejar á la Venus de Milo. Su tenuidad rósea tomaba después, por los reflejos del sol, hálito de turquesa, y acentuándose con ese brillo, ascendía casi con luz tangible, flotante cual humo de una vaporización de ensueño.

El visitante dobló á la izquierda. Sorprendióle al fin de las avenidas el horizonte esplendoroso del poniente, y entre los troncos el sol, despidiéndose, daba á las cortezas besos inflamados que eran como derretimientos de savias de oro. Allí saludó las columnas y los arcos de Proserpina, cual templo del Amor y de la Belleza, y dijo: "Los rosales en flor son sus altares, y sus fuentes las campanas llamando á que se les incense con blanca nube". Y á poco encontróse en la avenida de los Filósofos, donde los bustos de amables griegos perdían el nirvana de una dul-

ce sofrosina, perturbados por el aliento de las violetas, deliciosa alfombra de la enramada Academia.

Entre un bosque de copas, ascendentes como pirámides, declinantes como caireles, y ligadas por greñosas enredaderas, Monfort pudo divisar un jarrón esculpido. En otro tiempo, él había llamado á aquel sitio la Gruta de los Ruiseñores, y no ignoraba que el ánfora marmórea, impidiéndoles irse á las fuentes vecinas, les ofrecía el agua de que estaba siempre llena. La sombra de las ramas y el abrigo de la frescura, engañándolos, les hacían cantar antes de la noche. Los genios de la glorieta, hijos del ensueño, se despertaban así á oírlos, antes de que la realidad moribunda se durmiera.... Un intenso perfume llenó el aire, anuncio del Boscaje del Rey; y apareció el lago con el límite del templo tallado en los verdores. Las estatuas erguíanse en los nichos de hojas, y las avalanchas de tulipanes, iris y rododendrones, escalonaban sus matices al pie de esas blancuras, en triunfales cortejos.

Monfort entró al inmenso círculo del bosque, y como se levantara sobre la alta columna del centro la estatua de la Paz, se sentó en su base marmórea. En aquel rincón se refundía toda la calma del parque. En el vasto recinto no se paseaba nadie: ni un soñador extraviado, ni un viajero curioso. Los ojos, fatigados de mirar, hallaban reposante la esmeralda del tapiz de musgo. Los castaños que ceñían el círculo esmaltaban el ambiente con los estremecimientos de color de sus penachos blancos y purpúreos. Sobre el suelo, esas mismas flores, al caer, ponían capas de nieve y alfombras de sangre. Y cuando el sol las bañaba de oro, las perlas se unían á los rubies, ofreciendo á su fuego la misma reverberación de gloria. Los tilos proyectaban densa lluvia de perfume que, sin llegar á tierra, se diluía. Las lilas en esos alientos infundían el propio, revolante y sutil. Sentíase en el aire la presencia de un voluptuoso sueño, no del todo recordado, que engendraba brisas de frescura que eran ilu-

siones del pensamiento. Los colores, después, se ensal-
maban semejantes á los perfumes. Las acacias exhalaban
sus brillos de topacio, y los abedules sus fulgencias de
plata; y unos arbustos dibujábanse vestidos con las ro-
jas y grisientas favilas de un incendio, mientras vertían
ótros, cual entre el frescor de grutas acuáticas, resplan-
dores de coral entre mirtos. Las cúspides de los ála-
mos impregnábanse de sol, y todos los árboles atraían
el cielo, y con él, su divina paz, haciendo aun más plena
la calma del bosque. Los pájaros, con sus tonos en
discordancia, imitando los matices y los perfumes de las
diversas hojas, y como ellos, al fin, armoniosamente fun-
didos, acentuaban la serenidad de la hora, engrandecien-
do la sensación del silencio. Algúnos, como dueños de
casa, lanzaban el chisporrotear sonoro de sus picos sobre
el capitel de la columna de mármol róseo, pues entre
las fuertes flores corintias tenían sus débiles nidos. Y la
estatua, tendiendo su corona, daba con pétrea impasibili-
dad á los jilgueros un palio gracioso. Monfort pensó: “Los
pájaros pasan, el amor queda. Pero ellos, así, fugitivos,
cantando y picoteándose, lo simbolizan. Por eso la esta-
tua les dice: yo nací también de una forma del amor, y
placenteramente coronó la idea de que vosotros sois como
la voz con alas”.

La hermosura de la tarde despertaba en el poeta su an-
siedad característica, suerte de anhelo de lo infinito. Ga-
nábalo la melancolía delante de cosas que en otra época
le arrancaran intensas vibraciones. En el siglo XVIII—pen-
saba—debió él existir, si en realidad se exprimió entonces
la vida de cultura refinada, entre el amor y el arte. Tem-
plando las cuerdas de su alma, en un ambiente armo-
nioso, no hubiese zozobrado en el hastio. Y se puso á evo-
car la época á través de viejos versos y de nuevas ideas.
Su capacidad de ensueño, con vigor ya casi inusitado,
dió fiebres á ojos donde los objetos brillaban como en
cámaras oscuras. ¿Eran verdad ó fantasía? ¿Quiméricos,

hechos de reflejos transportados, ó reales, moviéndose con vida superior, que hasta resucitaba á los muertos? Repentinamente se estremeció y se puso de pie. ¡Alucinación maravillosa! En la entrada del círculo aparecía una imagen de Watteau, un retrato de Largillière, una madama Pompadour, una princesa de Lamballe. Sintió el supersticioso impulso de huir; después quiso marchar; por último, dejóse caer sobre el asiento. Todo había pasado en un minuto. La cosa no era un prodigio y muy explicable. Se trataba de una paseante de la fiesta del Trianón... La mujer siguió avanzando. Apoyándose en el tirso, sus adornos fingían, al són de su ágil paso, movimientos de hojas. Sobre sus espaldas el tisú de María Antonieta le dejaba libre la garganta, cubriéndole los hombros con niebla de gasa translúcida. Los tres hilos de su collar de perlas eran semivelados, en los movimientos de la cabeza, por las guedejas del pelo cadente. Su boca sonreía amable, irónica, voluptuosa. Los ojos, verdes, tenían luces cambiantes y extrañas gotas de tinta en su profundidad flúida. Su frente, alta, despejada, coronábase de cabellos montantes en bucles blancos. Y en lo alto un moño de terciopelo, hendido por el alfiler de un inmenso diamante, dejaba escapar una pluma de avestruz como altivo penacho de un yelmo. Las líneas de su busto parecían sonreír como su boca y sus ojos; de todo su cuerpo desprendíase, con el hechizo de las sedas, la gracia de su gran siglo, saliendo de la sombra de los árboles, al claro, creada por la misma luz, y llegando del reino de la muerte como la expresión más hermosa de la vida. No le cabía duda: venía hacia él. Hipnotizado por la mirada, escuchaba el frufu volante en torno del amplio tontillo. Ese rumor hacía inmenso el silencio. El poeta creyó que los pájaros callaban mirándola: sólo su corazón, apresurado, ritmaba con sus golpes el susurrar de las telas.

— Señor de Monfort — exclamó la desconocida — el rey me manda os diga que á estas horas es prohibido quedar-

se en el parque. Su Majestad, aunque muerto, es un celoso soberano, y los poetas pueden conversar con las damas espectrales que acuden á oír los viejos ruiseñores.

— Señora, quienquiera que seais, amiga del Sol, ó de Luis XV, aunque vuestro tisú me dice que seguís la moda de María Antonieta, respetuoso me retiro; pero en cambio de mi acatamiento, princesa ó condesa, Lamballe ó Polignac, es necesario me digáis el verdadero nombre de la enviada por la señora de Lugneville, porque me he escapado de su venta.

— No conozco á vuestra amiga. Jamás he oído su nombre. Digo mal. Hay en la corte un gentilhombre llamado así: tiene una pierna de palo, lo que es una curiosidad; pero no hermana, ni tías, ni primas, cosa bien común, que dejaría de serlo. Yo soy la vizcondesa de Lucinges. No sé de qué venta habláis... Me impresionó vuestro traje y sombrero. Acostumbrada á los tricornos, á las casacas bordadas, á los calzones cortos, y á las medias y chapines, me he sentido atraída; ¿de que época sois?

— Soy de la vuestra, porque he dejado de ser de la mía.

— Perdonadme; no creo en los destierros. ¿No será que la inquietud espiritual vive en vos, como en la materia del azogue? El azogue, por querer fijar las cosas, treme, y cuando se inmoviliza en la luna sensible de un espejo, se calma. Hermosea entonces lo que retrata, alegrándose con la luz que le trae la vida de las imágenes. Pero el hombre no se contenta con llamarse espejo de un cuarto. Anhela serlo en todos los palacios y buhardillas del mundo, y desea convertirse en fuente de los parques, y en río de las selvas, y en lago de las montañas, y en mar reflejante de lo infinito. Y una vez océano, sintiéndose más poderoso, se vuelve, como él, más inquieto... He ahí una definición de vuestra alma.

Monfort, sorprendido, quiso responder. Pero la desconocida, levantando la mano, que apoyaba en el tirso, le impuso silencio.

— Adoráis mi época — continuó — porque no la conocéis. En caso de vivir en Versalles, os sentiríais como entre los hierros de un calabozo. Ah! creéis que la gracia de los Watteau y los Fragonard y los Greuze, y la de todos los que fijaron ó fijan bailes y conciertos campestres, nace de una suprema ventura. Creéis que nuestro espíritu sonríe siempre, y es un minué, encerrado en nuestros trajes, como un mirlo en jaula de oro. No se os ocurre preguntar por nuestras lágrimas, nuestras angustias, nuestros despechos, y todos los roces disgustantes de esta vida en común de Versalles, especie de convento del diablo. Del diablo, sí, por la miseria de cien pasiones, que fermentan y salpican con podredumbre sus dorados. Algunas veces quisiera arrancarme mis rizos, y estas plumas, y estas cintas. Sueño con una vida libre, casi salvaje, de jabalí en un bosque. Ó lamento no ser Semiramis imponiendo, en reino fabuloso, mi más monstruosa voluntad sin temer murmuraciones. Ó echo de menos la misma Francia de otros siglos. Y me veo tocada por el capuz y me parece hermoso con su largo cono, y su chorrera de encajes sueltos, al suprimir el pelo en las sienes y en la nuca; de modo tal me fastidian los postizos. Ó me paseo en imponente salón feudal, frío, nada cariñoso, que tiene su lecho en un ángulo, esperando nostálgica á mi señor de horca y cuchillo. Ó evoco lejos de mis gavotas amables, mis pавanas españolas y mis minués amanerados, las trompetas de los torneos, las voces de los heraldos, la vela de las armas, el choque de los aceros y el beso de los paladines. Me enamoro de todo, huyendo de esta época mía, y de estos boscajes que me oprimen con sus troncos y sus verduras. Ved! como las hiedras de esos olmos somos nosotras: nos levantamos sobre el árbol del Rey, de quien dependen nuestros honores, casi nuestra felicidad, y vivimos en su torno esclavas de la feroz etiqueta. Ah! no he nacido yo para mujer de corte. Necesito el movimiento, el espacio, la luz... Y vos tampoco. Viviendo en mi época,

deseariais ótra. Sois de los inquietos que no pueden tener paz, ni en un lugar determinado ni en su siglo.

La desconocida echó á andar. Monfort la seguía dominado por su gesto, temeroso de desvanecer su ilusión con una palabra. Iba como el niño que contempla el globo de jabón que ha hecho, queriéndolo defender del aire, mientras los iris juegan y se iluminan en sus contornos frágiles. Salieron por la senda interior que da al estanque de Apolo. Había desaparecido de los troncos el áureo oleaje de la savia ardiente. El incendio rojo del horizonte se apagaba. Los céspedes y los mármoles se adormecían en un baño de frescura y de reposo. Un Baco temblaba en el estanque, con vida que le faltaba al copiado, cual si el agua se la infundiera frente al inmóvil modelo; en otro rincón, una Diana disolviase en la linfa, como un pan de yeso, surgiendo envuelta en tenues humos.

— Llegamos al pueblo de las estatuas y son un símbolo — exclamó la dama con tono grave, en que la misma belleza de la tarde parecía imprimir la proyección de una sombra. — El hombre junta á nuestra imaginación un instinto sexual más complicado y fuerte; por eso es más grande su capacidad de amor. La mujer transforma su vida, lo tortura, lo amengua ó lo engrandece, y, no contento con eso, á los fantasmas de otras épocas él los levanta obse-sores de la tumba. Hoy evoca una Cleopatra histórica y legendaria. Mañana una Juana Tuornaboni lo seduce con el pincel de Ghirlandaio. Al siguiente día, la creación intangible de un poeta, la Nydia de Litton, por ejemplo, lo persigue sintiéndose un pompeyano. Y en el mundo, como en este parque, la estatua venusina es la suprema reina. La mente presta á su desnudez diversos atavíos y ella impera, naciendo triunfal, de la onda eternamente renovada. Y así todas esas blancas visiones realizan el símbolo, diciendo á sus árboles custodios: “Vuestras raíces en la naturaleza son menos profundas que las nuestras”.

— Yo creo al Petrarca: se ama á la mujer que no se encuentra; la existente, es nula.

— Escribir eso y adorar, enfermo de platonismo, á Laura, no le impidió tener de su esposa varios hijos: hijos del amor verdadero, sin duda, á no ser que le faltara delicadeza.

— Debía guardarla para sus versos. — Monfort, al decir, sonrió apenas. Después añadió: — ¿Creéis en el amor?

Estaban al borde de la fuente de Flora. La mujer le clavó sus ojos verdes, que hacían pensar en una náyade, nacida entre nenúfares, con toda la frescura y el encanto misterioso de las aguas profundas. Reprimiendo lo que iba á exclamar, dejó caer en tono negligente:

— Responded: ¿mentía quien dijo: la mujer amada empieza en flor, y se convierte en estatua, para acabar en estrella?

Juan sintióse turbado; era la idea de un soneto suyo. Se repuso y replicó:

— Ha mentido. Por mejor decir, en todos esos cantos representó una comedia, que el lector puede juzgar buena ó pésima.

— Si es así, ha hecho mal. Sobre cosas sublimes, la mentira es acción detestable. El amor debe ser el supremo gozo y un gran sufrimiento.

— ¿Por qué decís: debe ser?

La náyade, vuelta figura humana, por la tristeza de su semblante, repuso:

— Sé que existe, sin haberlo experimentado.

Su melancólico acento turbó más al poeta. La voz de la desconocida lo penetraba hondamente. Cuando se callaba le parecía seguir oyéndola. Caminaron varios minutos en profundo silencio. Entre los troncos, veteados por una suerte de glucina blanca y oxidada, apareció la fuente de Encéfalo. En los árboles, que cubiertos por enredaderas le hacían círculo, palpitaban estremecimientos venturosos. Y el titán, rompiendo los guijarros del monte, se

misurgia doliente y terrible, con la mitad de su cuerpo convertido en piedra.

— Ah! — dijo Monfort. — ¿Por qué se queja? Volverse roca, dominar las olas que estrellan á los hombres en sus flancos, y ajeno á los gritos y á la desesperación, ser insensible y fuerte, ¡cuán hermoso sueño!

— El sufrimiento es necesario — respondió la mujer. — La amargura del Océano conserva hasta los cadáveres; y si no fuera por las lágrimas, las almas se corromperían.

Sus palabras, que á ratos subrayaban las ideas con muecas irónicas, eran otras veces tristes mariposas que volaban sobre las festivas peonias de su traje.

Y entraron á varias sendas entreveradas. Las trepadoras, asaltando los árboles, y dirigidas por invisibles rejas, construían muros entre las alamedas. Cubiertas de flores, ya con las en campana de las émulas ramosas, ya con las azules de pintas negras, semejantes á escamas de fantásticos esturiones, mezclábanse á los iris y á los tulipanes. Al llegar á los rosales, el júbilo y las verduras se multiplicaban crecientes, como para que nacieran á imitación de las rosas, la risa, el canto, el beso. Las glorietas se reproducían encerrando Silenos, donde un vaso mármóreo, lleno de amor y de nidos, simulaba el fóculo del ara antigua, hogar de la rituálica llama. Los muros de arrayán salían en varias direcciones, dando á diversos claros y á distintas fuentes. Aparecían los hijos de Flora tejiéndole guirnaldas, y Saturno, con los suyos, que le echaban sin respeto agua al rostro, y Ceres, desgranando sus espigas, y una driada riendo entre un tumulto de minúsculos vendimiadores. Y enjambres de Cupidos, graciosos y robustos, brotaban del helado mármol con el mismo calor fecundo con que da la tierra la mies y su oro, la rosa y su perfume, el racimo y su sangre. Las alamedas inmensas, como rayos de estrellas, partían de esas fuentes hacia los cármenes del Triánón y las terrazas del gran palacio. Y la luz voluptuosa de la tarde muriente, con la

fatiga de haber brillado tanto, y el anhelo de reposar en la noche, embebíase en los árboles, cual si fuese á soñar con las imágenes del día, idealizadas.

—Vuestras palabras — exclamó el poeta — me hacen pensar en el Gladiador herido, que está ahí á un paso, junto al Laocoonte. Ambos viven fuera del ambiente. En este parque no hay dolor, hay melancolía. Las cosas nuevas cantan el Amor, las cosas viejas exhalan sutil tristeza. No lancéis un sollozo: suspirad como las fuentes. Ved esos bancos de piedra á quienes el Estio no les quita el musgo; son escabeles para que un espectro medite entre el brillo de las flores. Mirad el Obelisco. No tiene simplemente la solemnidad de lo hierático sagrado. El sol que lo toca en el día á través de las frondas, le escribe en jeroglíficos de oro dulces cuentos, y la fuente que lo refleja presta á su mole ligeras alas. Todos estos senderos dan vueltas y giran, llevando á nichos discretos entre las verduras, donde una Venus con la alegría del mar, ó una Ceres con el contento de la tierra, dicen: gozad, antes de caer cual nosotras en el inmóvil reposo... Así la tristeza de Versalles, entre el lujo de su magnificencia, es la de una rosa que sueña con la vida y se muere en su sueño, perfumando... Y vos, señora, le añadís en esta tarde más encanto; pues hablando de pesares, le dais esplendor, al revés de su esplendor, que vierte melancolía. Sois el hada del paisaje: viviente mujer que no puede ser espectro; espectro tan poderoso que hace pensar que el sepulcro es cuna lumínea. Habéis venido á mí desde el fondo de otro siglo, y en este instante vuestra voz es lo que faltaba al pájaro, á la fuente, á la flor; anima á Versalles, quimérica y cierta, mezclando la realidad á lo que evoca, y echa en mi alma rayos de sol destinados á errar en el claro de luna de una selva de ensueño... Ya lo veis, por madama de Lucinges, soy una confusión de alegría y de tristeza.

— No os he detenido, porque habláis á una máscara.

— Hablo con una mujer de carne y hueso. Hablo con la estatua de vuestro símbolo. Tengo, por lo tanto, derecho á vestirla, aunque ella reine en el parque imperiosa y desnuda.

— Señor de Monfort, medid vuestras palabras. Confiando en vuestro tacto, me he aproximado sin conoceros... Cambiad de tema, contadme algo de vuestro tiempo.

El poeta no dijo nada. Después de un instante, añadió:

— No he querido ofender.

— Lo comprendo; la prueba es que sigo á vuestro lado. Cuando lleguemos á la estatua del Rey, tomaréis por vuestro camino, y yo desandaré buscando el mío.

Reinó nuevo silencio.

Arribaban al bosque de Apolo. Se habían concentrado allí los árboles más verdes y las flores más perfumantes. A la noche del cielo que avanzaba, juntábase la noche de las frondas tupidas. La luz agonizante buscaba un refugio en la gruta. En su centro se veía una sombra blanquizca, hecha por el dios y sus ninfas. Evaporaban la belleza de sus formas, confundiéndose en la claridad moribunda que tenía la transparencia misteriosa y triste de las hojas secas. Percibíanse las querellas del raudal y el zumbido de los insectos, prestando voces más que sutiles al aliento de las rosas. Esos hálitos revolantes con los de la tierra húmeda dilataban las narices, y parecían iluminar los ojos, para distinguir en la oscuridad el grupo esculpido. Monfort sentía el anhelo de fundirse en la hermosura agonizante: convirtió los ojos á su mismo sér, y encontró en el fondo la imagen que iba á su lado. Él era también una fuente, y la mujer el agua que transfiguraba sus ideas reflejando el parque. Su acuidad le permitía definir, á más de los contornos asibles, las voces y perfumes irretratables. Entre el tumulto de su sensación, percibía el sobresalto de fibras profundas, revelándose por su propio vivir hasta entonces ignorado. Y la quimera, vestida de realidad, ó la realidad quimérica, seguía caminando en silencio, y

bastaba el ritmo de sus andares para engendrar la gracia en risueña cúspide de gloria.

Subieron la pendiente del bosque. La mujer, más que de la marcha, parecía fatigada del esfuerzo de su meditación. En la gran platabanda, la última vislumbre crepuscular la bañó de lleno. El poeta, cual si acabase de soñar en la sombra de abajo, y despertara arriba, ante la realidad del sueño, la vió apoyándose en su tirso. Dibujábase más esbelta que las Venus y Dianas del parque, aderezada por los espectros de los costureros que aun salen de los espejos de Versalles á renovar las cabelleras de los retratos. . . Su pedestal, por invisible, no era menos cierto. Su misma mudez majestuosa la hacía augusta. Monfort creyó que iba á convertirse en la divinidad de los estanques y que si intentaba hablar, su voz pasaría por sus labios rígidos como el agua fecunda por la boca de las sirenas de bronce. Después de abarcar el espectáculo de las terrazas, se inclinó ligeramente y dijo:

— ¿ Por qué tan callado ?

El poeta sintió esa ondulación de la estatua cambiándole las ideas con el soplo de nuevas imágenes.

— El mutismo es armonía — respondió. — En él cantan cosas que no pueden expresarse. Las sonatas de Beethoven fueron la pobre humana voz de divinos silencios de su alma. Mirándoos extática, sentía inefables sensaciones de la ensoñadora imaginación. Después os habéis inclinado hacia mí, con la gracia primaveral de vuestro traje, el estío extraño de vuestros ojos, la gravedad pensativa de vuestra frente, la tristeza de vuestros cabellos, que se antojan canos de verdad, evocando los tiempos en que fueron adornos de alegría y juventud, y pienso en un rosal y en un cerezo. ¡ Oh ! la cimbreante rama curvada por sus guindas y por sus rosas; ya las descargará sobre la ávida tierra, para enderezarse de nuevo al azul, y al sol, y al rocío, y á la gloria. Pero ¡ ay ! bien lo sé: no sois planta fija; sois nube pasajera.

— Todo en el mundo es humo: el ser poeta no impide esa amarga verdad. Yo no soy sino una forma de la vida. Hoy cruzo por Versalles y por vuestra imaginación. De aquí á un instante moriré... Mañana, ni yo misma me acordaré de mi nombre...

Y como él hiciera un vivo movimiento y asomara á sus labios la protesta, ella le cortó la palabra, quién sabe si con ironía, tristeza ó burla; pues su voz era más indefinible que la postrera luz de la tarde: “Señor de Monfort, silencio”.

Echó á andar de nuevo hacia el Palacio, masa informe que había perdido sus estatuas y empezaba á perder sus contornos. En el alma del poeta agitóse una marea de profunda inquietud. “Nó: él no quería abandonarla. Aquella mujer aún no conocida, atraíale, era un abismo, lo seducía, y el pensamiento de la separación lo angustiaba”. Las siluetas cónicas de los tejos perfilábanse semejantes á focos de sombra, emanándola de sus negros verdines. Un pez solitario erguíase violento y, con traqueo al caer, señalaba al estanque los minutos de la hora en reloj impensado. Las ramas, en los senos de las aguas, dibujábanse netas, pero ennegrecidas y taciturnas. Algunas fuentes perdían á la distancia sus formas, afilábanse como hojas de puñal, y la linfa, escurriéndose, simulaba el áspero relumbrón de los aceros. En ótras, las sirenas de bronce proyectadas oscurecían siniestramente las honduras del paisaje, oprimidas por sueños que las ahogaban sin dejarlas gritar, entre imágenes dantescas. La extinción de la luz tenebrosa, más que vista, era oída, y sus acuáticos murmurios amortajábanse en sus propias sombras. Allá abajo, en torno de Latona, las pendientes y el parque expelían la angustia de quien, sabiendo inútil el resistir, abre sus brazos á la muerte. La gran Cruz del horizonte recogía el tapiz sedoso de sus aguas, sobre los álamos, semejantes á temblorosos rodillos, clavados en la inmóvil transparencia. En la terraza

los pétreos vasos, pálidos, y los de bronce, negros, suspendidos en la atmósfera, acentuaban sus figuras de relieve, cual con rigidez cadavérica que cayese sobre la inmovilidad de un síncope. Y las cosas y los árboles, aun por un largo instante, con gesto de suprema concentración pensativa, guardaron sus expresiones tensas; después, desfalleciendo, las fundieron en la sombra igualitaria... Monfort sufría de no poder echar también sus torturas al reposo de la noche y á la quietud de su olvido. Mas de pronto pensó: "Nó. Es menester vivir". El traje de la mujer convertía sus volados en alas. Humana y divinal ilusión fluía de su cuerpo. En aquel instante inclinábase sobre un gusano de luz, y al erguirse, el ruger-ruger de las telas estremeció los aires. En esa actitud natural el poeta sorprendió algo íntimo de ella, y el susurro del movimiento parecióle su primera confidencia. Y entonces, deslumbrado, en su emoción se sintió como un niño nacido hombre, que consciente contemplara por vez primera la aurora.

— Quimera ó realidad—exclamó—fantasma vano ó esperanza cierta, decid: cuándo y en qué país volveré á veros? La mujer, casi distraída, respondió: "Nunca"; y resuelta, siguió marchando al Palacio. Por sobre la crestería de sus estatuas dibujábase en el azul ennegrecido la primer estrella. Juan la vió en el infinito fastigio, y le despertó en el espíritu una onda de angustia, acrecentando con su belleza su anhelo de ilusión. "Ah!—volvió á exclamar—yo quisiera, señora, deciros algo espiritual y digno de vos en esta despedida; pero no se me ocurre sino un grito congojoso: ¿cuándo y dónde volveré á encontraros?"

La vizcondesa, imponiendo silencio, se llevó un dedo á la boca, deteniéndose cerca de la estatua de Luis XIV. Habían llegado. El poeta miróla cambiada; tanto su actitud meditabunda contradecía el contento de su traje de fiesta. Era el Ángel de la Muerte que pliega sus alas en aureola de triunfo sobre la radiante juventud de una virgen. Y al

fin dijo: “Madama de Lucinges vuelve á la sombra: espectro que muere con el día, sin pasar á la noche, sólo adora la tarde. Ha cruzado como evocación tangible de vuestros antiguos versos. Va á legaros lo único que dejan los ensueños brillantes y las realidades hermosas: un poco más de tristeza... El mundo es así. No es la estrella de oro que contemplabais nacer la que alumbrará el esplendor de Versalles, sino el astro de los rui-señores, de las almas y de las aguas, que cantan el misterio de las nostalgias indefinibles... Mirad.” Monfort siguió la dirección: en el horizonte, más allá de la gran Escalera, sobre las líneas del bosque, acentuábase la magia pálida de un disco turgente. Y creció en magnificencia, y al fin destacóse redondo, derramando á manos llenas, sobre la tierra propicia, su carga flúida de lirios impalpables. “Decid — exclamó la mujer — si no es esa hostia irradiante la apoteosis de la Nada, y si no parece que el soberano la eleva desde su corcel de Victoria. Ya lo veis, todo es triste. ¿Para qué encontrarnos? Adiós...”

El poeta comprendió que no quería ser seguida y volvió los ojos á la estatua: la luna estaba, en verdad, á la altura de su diestra, y el Rey-Sol hundía su armipotente cetro en el gran nimbo melancólico!

LIBRO TERCERO

LIBRO TERCERO

I

En el Pabellón Azul del Campo de Marte, Monfort refería á Glatigni su aventura de Versalles. Lo interrumpió el estrépito de una salva de castañuelas.

— ¿Qué es eso?

— Nada, no hagas caso; en el tablado del fondo van á danzar los españoles.

— La ví, pues, alejarse en la dirección de la Fuente de Neptuno. Es posible que viva en los Reservoirs y debía dirigirse á la puerta que da sobre el parque. Salí del palacio y anduve vagando por la Avenida del Senado. La voz de la mujer me perseguía: trataba de recordar dónde la oí otra vez; me era conocida. En fin, comí en el hotel con la esperanza de encontrarla. Inútil. Perdí dos trenes y, sin verla tampoco, me vine en el último.

— Voy á asombrarte. Sé más que tú. La pretendida vizcondesa de Lucinges estaba en la tienda de las muñecas. Me la presentó Miss Hárrison, americana conocida mía de Ostende, y compañera de tu máscara. Se llama baronesa de Catelaine y vive cerca de Marsella. Cuando tú pasaste camino del Trianón exclamó: “¿Por qué no llamáis á vues-

tro amigo?” — ¿Cómo sabéis que conozco á ese poetas-tro?, le pregunté. Y repuso: “Porque el otro día tomabais juntos el té en Ceylán.” — “Pero ¿no me habéis dicho ya que no erais la dama del traje azul? . . .”

Á su vez, Monfort interrumpió:

— ¿Es, pues, la mujer aquella que nos hizo recordar una frase de Balzac?

— La misma; pero déjame continuar. Imaginate mi contento al encontrarla y conocerla, y el agua fría que me echó con el interés repentino por tu persona. Broma aparte, quise salir en tu busca, pero me lo impidió. Después habló de tus libros. Y sin pedantería, con fineza y elegancia, hizo una preciosa definición tuya. Las personas que entraban y salían nos llevaron á otros temas. Para concluir, sabe lo siguiente: su marido se ha quedado en Marsella y vendrá dentro de un mes á buscarla. Vive, en efecto, con miss Hárrison. Ahora comprendo. Cuando á la condesa de Lugneville, que nos visitó, se le preguntó por ti, nos dijo que te habías marchado al Boscaje del Rey. La baronesa, á poco, se fué al hotel y debió entonces decidirse á darte la broma. ¿Se trata de un *flirt*? No lo creo. Es una persona fría y curiosa. Á lo menos, esa es mi impresión. Sus ojos atraen irresistiblemente, pero su boca, más á menudo irónica que tierna, incomoda, pone en guardia, impide el abandono. Conversar con ella, fatiga. Te lo repito: la cuerda que da su mirada, la corta con la imperceptible sonrisa de sus labios. Creo que te ha perseguido como quien escribe un cuento. Fué á conocer al artista, sin importársele del hombre. Te soy franco, porque te siento nervioso: un individuo como tú no debe tomar á lo serio estas cosas. Yo tengo derecho á divertirme, porque me entusiasmo con todo; tú, nó; y estás en un período en que un golpe en falso, si te apasiona, puede llevarte á un abismo.

— Siento en realidad una enfermiza curiosidad y un gozo inquieto. Los jaleos de esa gente, los acordes de sus

guitarras, las llamas hélicas de sus lentejuelas, se me entran en el alma, y me levantan, cual de un áureo tablado, harijas de ilusión rutilante...

— Pero no olvides que estas danzas, con su voluptuosidad ardiente y su gracia ligera, sus languideces moribundas y sus violentos arrebatos, las elegancias de sus giros y las armonías de sus líneas, han engendrado más de una vez la muerte.

Monfort rió de buena gana ante temor tan descabellado; y como Glatigni debiera volverse á París, los dos amigos se separaron.

Atrás quedaban en el estrado, tendido de tapicerías, contra los vidrios de la serre, las españolas con los ojos negros, extáticos, y los labios punzoes, sonrientes, haciendo, entre guitarras y castañuelas, danzar el sol sobre los tules de sus faldellines y el similor de sus herretes.

II

El poeta se encaminó al Palacio del Vestido. En su fondo llevaba la esperanza de encontrar á su máscara. El deseo devorador de oirla se le convertía en cruel. Pasó la puerta del palacio, sintiendo el placer de la sombra, después del sol reverberante en los enarenados caminos. Quería distraerse. Compró un catálogo. Entre una randa de flores, escapadas de las líneas de una glorieta, dibujábase una Preciosa señalando un letrero: “El traje de la mujer á través de las edades”. Monfort cerró el libro tras un ligero hojeo: su desconocida, invitándole á pasar, sonreíale en los rasgos de un grabado. ¡Ah! ¡la persecución alucinante! Entró.

Un Atrio Romano se abrió á sus ojos. Los vestidos lucían sobre maniqués en escenas compuestas. El efecto era encantador. Las matronas brillaban con túnicas níveas y terciados mantos azules. Oían y veían á los actores, cantando al són de una flauta. Varias máscaras gesticulaban en silencio sobre una mesa de mármol. Y las columnas del atrio, blancas, coronadas por flores áureas de acanto, dejaban ver entre ellas frescos rojos, donde volaban ágiles bailarinas. El velario tendido producía grata sombra, y la fuente murmurios de agua, recibíendola de un león bronceo, pedestal de una Venus. ¡Ah! la impresión de frescura, de paz y de armonía, entre el cantar de la flauta, y el zumbar de los versos, y el suspirar de las aguas!... Monfort vió, á la derecha, casillas como tiendas de un desierto, poblado por la fantasía de un mago. Las formaban linos del Egipto, más gráciles que mortajas de muselina, y en ellas aparecían vestiduras, ya bajo vidrieras, ya colgando de los muros. Personajes pintados daban la impresión viviente de esas telas muertas. Y las auténticas, casi siempre en jirones, resultaban fantasmas, desvaneciéndose. El polvo que podían despedir, al agitarse, era menos tenue que el actual de los cuerpos que vistieron en antiguos siglos. Producían también el efecto de viejos que no recuerdan lo que han vivido de hombres y evocan lo que han visto de niños. Y cruzaban en visiones al resplandor de esa infancia, los amores de Nikotris, las pompas guerreras de Sesotris, las maravillas ocultas de File, la fábula amable, la grandiosidad monstruosa, el misterio religioso de un pueblo que acabó por lanzar de su oasis sobre el mundo á Cleopatra, más fuerte que Afrodita.

La escena cambió bruscamente. En una gruta de las Galias, mujeres echadas en el suelo percibían en el temblor de la tierra, con temblor de sus carnes, la llegada de las legiones triunfantes. Y pellejos de bestias, que querían ser telas, ó telas que simulaban cueros hirsutos, ceñían los riñones de aquellos fieles de Vercingetorix. Los

esplendores de Bizancio, como al conjuro de un contraste, surgían después, lejos de los dólmenes y de las encinas, gratas á los druidas. La emperatriz Teodora, en pie, destacábase en trono de verde antiguo, más regio que aquel de la Reina de Sabá, resplandeciente entre los genios del Corán, y las piedras preciosas de sus fraguas. Su corona era un sol; su túnica, una noche estrellada. En el manto fulgía una aurora celeste. Y así resaltaba sobre el fondo de los crepusculares mosaicos, que le ofrecían un nicho, proclamándola un ídolo. Patriarcas de la Iglesia y príncipes de la tierra, inclinaban sus clámides escoltando á un personaje que traía cientos de perlas, enhebradas en hilos temblorosos como de luces de astros. Y en el pavimento refulgían marmóreas vetas coloreadas, y el techo respondíale con su esmalte azul, y los jaspes de las columnas chispeaban al unirlos, reflejando los ojos sangrientos de las lámparas cilíndricas. Más allá, en las Termas de Juliano, cruzaban los servidores con la ropa sobre la cabeza, entre esclavos negros, ungiendo á mujeres blancas. Y en la penumbra subterránea, donde los cuadros surgían, bajo restringidos torrentes de esplendor, ó en rincones de misterio, sucedíanse paisajes de toda la tierra y escenas de todos los tiempos, simulando una plástica Leyenda de los Siglos. En torno de chimeneas feudales y de sus ardientes troncos, las reinas de los torneos visitaban los blasones y armas del combate próximo; María de Borgoña, la heroína del pudor, exponía su célebre manto de terciopelo; deslumbraban los cortejos de Francisco I y del rey de Inglaterra en el campo del Paño de Oro; Enrique IV, empinado sobre su corcel, ante el balcón de Gabriela de Estrées, recibía una rosa; procesiones de la Liga alegraban los sombríos muros de París; Catalina de Médicis consultaba al astrólogo Ruggieri, junto á sus astrolabios y retortas, menos inquietantes que los ojos escrutadores de la reina; de un viviente grabado de Goltz, las patricias venecianas descendían á las góndolas,

cubiertas de brocado y armiños; y otras figuras, con las modas de otros países, adelantábanse combinando encajes, túnicas, joyas, semejantes á partículas de un gigantesco calidoscopio.

Monfort enfrentó al lago del Trianón. Sobre un bote uníanse dos árboles en arco rústico de triunfo, y la princesa de Lamballe, con su tradicional sombrero de paja de Italia, sonreía á María Antonieta, mientras el conde de Provenza tomaba los remos. Luego, escenas del Directorio codeábanse con Josefina ensayando el manto de la Consagración, cubierto de abejas de oro, y cuadros de costumbres de 1830, y bailes imperiales en las Tullerías, acababan en los últimos modelos de Félix, Paquin y Wort. El poeta recordó el símbolo de la estatua desnuda y de la Venus vestida que le dijera su máscara versallense. Los trajes y adornos creados por el hombre, en incesante afán, siempre nuevo, jamás inexhausto, cuya fantasía es forma de amor, forjaban la apoteosis de Eva. Después, esa avalancha reflejante de la Historia, con sus líneas y contornos, colores y telas, tules y alhajas, tejía con canéforas y druidesas, castellanas y preciosas, increíbles y maravillosas, leonas y elegantes, real y fantástica farándula, en torno de María Antonieta.

Y allí vió Monfort erguirse á la falsa vizcondesa de Lucinges, por sobre la Reina, y en ese esquife del siglo XVIII condensábase toda la Vida, y de él nacían y á él volvían, las mujeres y sus ropas, con pintoresco y absorbente mareo, semejantes á los acuáticos juegos de una fuente, que de ella suben y hacia ella bajan. . .

III

Aun en el calor de aquella tarde, los hijos del Celeste Imperio trasladados á París se antojaban tener frío. Menudos, amarillentos, éticos, quizá pegajosos y, sin duda, repelentes, envueltos en túnicas azules sobre bombachas negras, iban y venían los camareros, con sus largas trenzas colgantes. Letellier había pedido un plato de nombre misterioso, y después de un inútil ensayo, calificándolo de perfecta inmundicia, todos se contentaron con el té común. Varios dragones que los miraban, rojos cual de lacre ardiente, querían reír de los gestos europeos ante los manjares sagrados. Y la construcción enorme parecía de frágil laca, por sus barnices; y en los techos, figuras de acuarelas sobre fondos verdes, contribuían á ese aspecto de ligereza. Grandes abanicos, detrás de algunas plantas, se abrían sobre los muros, sirviendo de aureolas á las cabezas de las mujeres. Entre las hojas verdes surgían faroles, y en vez de brillar sus colores con las bujías de la noche, encendíanse con el sol, alegrando el ambiente. Las sombrillas de algunas mesas eran en realidad graciosos palios; y una linterna rota, con un monstruo desgarrado, evocaba á Hokusay, el Loco del Dibujo, en el instante de sorprender en ese detalle una de sus más curiosas fantasías.

El escultor Marois, disolviendo el azúcar y quemándose los dedos con la fina cucharilla, rompió el silencio:

— Esta desagradable sensación me hace pensar que en China los europeos de las legaciones no están para evo-

car, como nosotros, los versos de Li-tai-pé, ni las acuarelas de los japoneses.

Letellier replicó:

— Que Dios los ayude y que se salven. Pero nada de hablar contra los chinos. Esos boxers son patriotas; los europeos han obrado mal. ¿En virtud de qué derecho se meten en países extranjeros? Nuestras naciones azuzan la fiera, y se quejan si da el zarpazo. ¡Ah, los discursos del Emperador de Alemania! Todo el mundo aplaude y todo el mundo olvida que el Sultán de Turquía ha ultimado trescientos mil cristianos, y que el mismo Emperador lo abrazó más tarde llamándolo su amigo. Y lo más curioso es que se dirigía entonces al Santo Sepulcro, en medio de las farsas de un sonoro Lohengrín que va á un Graal de teatro. Cuando tal hace un príncipe cristiano, lo mejor es encerrarse en una sentina, y no leer periódicos, y morir de asco con la esperanza de resucitar en un mundo donde no haya equilibrios europeos. Ese equilibrio es el desequilibrio de toda noción de justicia y el triunfo de la canallería armada... Bajen al simulacro de las minas de Francia y encontrarán un admirable corte de las del Transvaal. Es lo mejor de la Exposición, en su género. Galerías oscuras, interminables, estrechas, retorcidas, que bajan y suben y se intrincan. Los obreros con linternas en sus gorros, los barrenos rechinantes, la subterránea humedad, el trueno de los carros, el chirrido de los guinches, el férreo traquear de los canastos, la luz ausente aquí, las luciérnagas chispeadoras de los ascensores eléctricos allá, las cuchillas fosforescentes con resallar de azules diamantes, los andamios que apuntalan las bóvedas, los hombres trajinando en las grietas asfixiadoras, la impresión del peso de las moles, todo siniestro, acaba obsediendo cual pesadilla de paisajes infernales. En ese fondo de las minas de Francia, un admirable aparato muestra las del oro en Sud África. Presenta un completo corte vertical. La animación del trabajo la fin-

gen cien resortes automáticos. Y sobre él, bajo un foco eléctrico, resplandece un letrero, con una palabra inglesa: "prenez-garde aux pickpockets". Es posible que los boers crean tener á los verdaderos en sus montañas al propio tiempo que se les extermina. Y esto mientras celebramos aquí la Fiesta de la Paz, y sus glorias en los últimos años del siglo. Nadie se mueve por razón del Equilibrio Europeo. Y los hechos justifican la página de Caran d'Ache: "La buena cosecha". Chamberlain, elegante, el monóculo calzado, recorriendo campos cuyas cruces se pierden en el horizonte; y con amables coqueterías de mujer, cortando de cada cruz billetes de banco, que caen como flores de un rosal en su cesto... Hermosa fiesta de la Paz, mientras asesinan á Humberto, perdiendo todo derecho civilizado los que se creen reivindicadores de una justicia! Hermosa Fiesta de la Paz, entre los telegramas emocionantes de Pekín, que contarán mañana el incendio de las Legaciones! Hermosa Fiesta de la Paz, en que hasta los pacíficos productos industriales de todas las partes del mundo, se están tirando al alma, como seres vivos, en desesperada competencia, origen de guerras futuras! Hermosa Fiesta de la Paz, llena de congresos inútiles, casi siempre grotescos, donde los anhelos comunes, y la palabra fraternidad, y la invocación de la ciencia, son los blanqueos de tumbas, que encubren los gusanos virulentos de la envidia y del odio! Hermosa Fiesta de la Paz, en la que me voy al pabellón de España á venerar sus antiguas armas! Armas nobles, las de Don Quijote (con toda su ridiculez sublime, que el contraste moderno eleva al rango de diosa), armas buriladas por arte admirable y con pasión épica. Cañones, fusiles, torpedos, ametralladoras, se antojan á su lado, sin ápice de belleza, monstruos; es que toman la apariencia de los viles sentimientos que los mueven; el arrebato á España de sus colonias, la exterminación del Transvaal, las luchas del Extremo Oriente. Ah! si siquiera esta vieja raza latina pudiese meter en

el mundo, con fuerte brazo, otros ideales de justicia, empezando por destruir la guillotina de los débiles, el Equilibrio Europeo... Mas hay que inclinarse; la hora de nuestra decadencia ha sonado.

— Pero, hombre, ¡yo que te creía tan contento en tu época!

— ¿Y quién ha dicho que no lo esté?

— Y entonces, ¿todas estas proclamas?...

— ¿Has conocido algún francés contemporáneo que no apostrofe á su tiempo, aunque sea perfectamente feliz? Grito para no carecer de esa nota moderna...

Letellier, que había hablado con violencia en su larga tirada, dijo lo último sonriendo á Monfort, su interpe-lante.

El redactor político de una revista intervino:

— ¿Por qué no se meten ustedes, los artistas, á gober-nantes?

— Por no tener súbditos como tú — replicó secamente el músico.

— Tengamos al menos la paz en nuestra mesa — exclamó Marois. — Vd., Dumenil, sabe, mejor que yo, por qué no debemos ir adonde no nos llaman. El mundo camina, pero los hombres lo empujan, y lo que sucede, bueno ó malo, lo merecen; el gobierno es su obra. Nosotros no pertenecemos al número de los pilotos. En una cámara, yo no modificaría ni el reglamento. ¿Para qué? Á mí, qué me importa! La gran sabiduría es olvidarse del paso de la vida empleándola en algo. Cada hombre trae su destino. El arte es el arte, y la política la política. ¡Ah! el su-fragio universal, y la verdad representativa de las asam-bleas, y la miserable farsa, y la repugnante jerga. De todos los cabotinismos en boga, ninguno más grotesco, por su gravedad aparente, que el de los hombres políticos.

El escultor acompañaba su hablar reposado con ento-naciones peculiares, que parecían mofarse de sus mismas ideas.

— Si — continuó — comprendo las indignaciones de nuestro amigo. Pero pienso en las protestas de otros siglos, y no puedo menos de volverme filósofo. Imaginaos á un Letellier de Tebas rabiando contra Hirtor, el gran sacerdote, en nombre de Ramsés XIII, y perderéis las ganas de tales ejercicios. Más fecunda que esa hidrofobia secular y anónima, fué la amabilidad de quien pintó el Arpista del mastabas del Valle. No entiendo en política sino un gusto: ser emperador y déspota. Presidente de Francia, ¿para qué? Viva la tiranía, si el tirano es un hombre de genio. No pudiendo dominar así, no siendo un Napoleón, capaz de ejercer con éxito una voluntad férrea, me quedo en mi casa. En mis muñecos meto parte de mi alma, y eso me basta; ellos recordarán á los hombres más tarde mi amor á la vida, que oculta, por otra parte, mi juicio sobre ellos traducido en esta máxima favorita: Todo sér humano tiene suficientes excrementos para manchar la blancura de su estatua. Y si he de decir la verdad, á mí me interesaría un cambio de política, ó del Equilibrio Europeo, como si me contarán que la Tierra ya no pasa entre Venus y Marte, sino por los reinos de Saturno. ¿No creéis que así debe ser, Monfort?

— Creo y no creo, porque exageráis... en palabras, naturalmente. Sabemos que en el 70, en vez de cincel, empuñasteis espada. La roseta de vuestro ojal la conquistasteis entonces. Al Caballero de la guerra, vuestra escultura lo convirtió en Comendador. Eso es una curiosidad. Mas es posible que si después de la guerra hubieseis seguido al señor Thiers ó á Gambetta, no admiraríamos vuestra obra pujante. Hay una política de la Belleza. Y es ésta la que aún hace de la Francia una potencia de primer orden. Trabajemos por que siga siendo el crisol del genio latino. Pero es indudable la existencia de un nivel de vasos comunicantes entre el gobierno y el arte. Cuando decaen las fuerzas de aquél, la enfermedad debilita, invadiéndolo todo. No tengo que citar los ejemplos

de la Historia; los conocéis mejor que yo. Eso sí, cada hombre en su puesto. He oído contar á Drumont, el miserable efecto que causaba Hugo adulando á la chusma de las elecciones, que iba á su casa. Alguien, una vez, le sostuvo que Nuestra-Señora debía transformarse en taberna. El gran poeta, silencioso, dejó así deshonrar á su catedral. ¡Su catedral! La frase era de la duquesa de Orleans. Saliendo de misa, lo encontró á la vuelta de una calle, y detuvo el coche para decirle: "Señor Hugo, vengo de vuestra iglesia". Pudo éste recordar esa frase, y responder en su reunión con altura, aunque sólo fuese en nombre de la Belleza; pero prefirió callar, oprimido por sus electores. Mediocre orador, sin la réplica pronta, su actuación fué de tercer orden. Sus veleidades políticas le produjeron, sin embargo, un bien: su destierro. Napoleón merece una estatua. Solitario en Guernesey, no fueron los odios los que le desencadenaron una tempestad de poesía, aun hablando del Imperio, sino los vientos de ese mar que, contemplado á todas horas, se reflejó en su genio, hasta darle la grandeza de sus cielos y la inquietud de sus aguas. Lamartine mismo, aunque grande orador, capaz de arrebatarse a multitudes y asambleas, fué un hombre desorbitado, que escribió por afán de popularidad novelas como la *Historia de los Girondinos*, que no debió escribir, y que perdió un tiempo precioso, sin dedicarse á ese poema colosal de que la *Caída de un Ángel* y *Jocelyn*, no son sino cantos. Pero el gran símbolo es el divino Chénier. Cuando se piensa en la mano imbécil y sacrilega del verdugo, levantando aquella testa apolínea, que en veintinueve años de vida se había conquistado la inmortalidad, se maldice de todas las políticas del mundo. Tenéis razón, Marois; sólo en el caso de un Bonaparte, existe el derecho de colgar liras, aventar pentagramas, romper cinceles, porque sólo con un genio de acción semejante vale influir sobre la humanidad. Lo ótro es transformarse en víctima de los acontecimientos, y sin ser decisivo en las

empresas en que pueden primar hábiles mediocres y audaces charlatanes, dejar de servir para la obra alta y pura, reservada por el destino á la frente soñadora de los artistas...

Un mensajero interrumpió á Monfort.

— Pablo está abajo y me llama — dijo el poeta; y antes de irse añadió: — Comprendo también el vender la túnica y comprar la espada, en el caso de uno de nosotros, que se hiciese monje. Eso es ser hombre de Absoluto, y aunque su acción no resulte completa, la une en su fe, para más allá de la vida, á una forma de lo infinito.

Glatigni esperaba, en efecto, en la planta del Pabellón Chino, y antes de que Monfort pudiese darle la mano, le gritó gozoso:

— Albricias! Pasado mañana, con tu máscara y miss Harrison, iremos á ver á Sada Yako. Tú nos encontrarás en el teatro; la presentación será fácil.

Juan, que no había dormido, malhumorado esa noche, después de un baile en casa de la condesa de Lugneville, adonde fué con la esperanza de hallar á su enigmática, sintió un hondo júbilo. Glatigni seguía hablando, y á sus espaldas, entre tapicerías, cacharros de marfil y dioses de bronce, desarrollábase una extraña escena. El poeta la veía de frente. Maniqués céreos, envueltos en gasas tenues, cubiertos de joyas, lloraban y tendían sus manos, concluidas por uñas en tirabuzón, sobre el cadáver de una especie de Pierrot búdico. Un personaje, de ropa azul con siembra de dragones y medias lunas, golpeaba las manos, dando un ritmo de compás á los sollozos de lánguidas bayaderas. Y Monfort se dijo: “¿Por qué cuando me hablan de conocer á mi máscara, las cosas que me rodean, en vez de sonreír, se combinan en estos cuadros de muerte?”

IV

La plaza del Hôtel de Ville, invadida por alegre multitud, dibujábase en la media noche, bajo la explosión lumínea de los castillos artificiales. El conde de Monfort cruzó entre las parejas que danzaban al són de la música de los tablados. En el palacio le dieron para su gabán el número diez mil; detalle que lo hizo estremecer. ¿De dónde se le ocurriría á Glatigni inventar aquello? Por la tarde había recibido un telegrama: "En vez de ver á Sada Yako en la Exposición, la oiremos en el Hôtel de Ville. Marois tiene un sobrino concejal y nos ha conseguido invitaciones. Tú vas á recibir la tuya de un momento á otro." Monfort pensaba: "En cuanto algo interesa, se suceden las incomodidades; ¡número diez mil en un baile de este género!" El aspecto de la escalera lo consoló un poco. Dobles filas de jefes militares esmaltaban pintoresca y brillantemente el camino, en torno de la Guardia Republicana, que reducía en sus cascos los mil destellos del aire, á un solo relámpago de oro. ¿No se estaría en presencia de un festejo imperial?

Ainsi l'Hôtel de Ville illumine son faite.
Le prince et les flambeaux, tout y brille, et la fête
Ce soir va resplendir sur ce comble éclairé,
Comme l'idée au front du poete sacré.

Monfort se repitió los antiguos versos de Hugo, que acababan por buscar con golpes de espada, corazones invisibles entre el centellazo de las rimas. "Tout passe, tout casse,

tout lasse ”, añadió después. Aparecieron túnicas flotantes de soldados árabes, que bajo niveos albornoces, hacían soñar con los esplendores de una Alhambra de Francia. “Viva Rochefort!” Al primer grito respondió el frenético coro de un alarido salvaje. El poeta se hizo á un lado. Apenas pudo ver un instante el popular copete blanco, ampo de espuma, sobre aquella marejada de brazos negros. Y Juan volvió á recitar los versos de Hugo: “Le prince et les flambeaux, tout y brille”... y evocó el mismo Hôtel de Ville del poema, desplomándose entre las llamas. “Viva Rochefort!” Una de las teas incendiarias de ese palacio avanzaba á presenciar un festival en el nuevo, con sus peculiares ojos muertos, bajo su ceño imperioso y sombrío. Al encauzarse por la galería, en uno de los estrujones de la columna, quedó el polemista, dinamitero y aristócrata, frente al poeta, y le dijo poniendo en el tono una mediatinta de curiosidad irónica: “¿Cómo! ¿Vos por aquí? Venid con nosotros”. —“No puedo, maestro; espero y busco á alguien; gracias”.

Nuevos reflujos de la ola hinchada le empujaron, y con el blanco copete, desapareció un frac elegante, desterrado entre los otros que se antojaban de peluqueros cursis. Alguien refería: “El Presidente no viene, porque el Concejo es nacionalista, y van á presidir Rochefort y Drumont.” Ahogó esa voz, el estallido de la charanga Rapp. La turba remolineante fué impelida por viento de curiosidad. La Guardia rectificó su línea. La tropa presentó las armas. “Su Majestad el Rey de los belgas.” Y Monfort, ahogado en un rincón, reducido á ladrillo del muro, no vió nada, no oyó más, agonizante bajo el peso de la gelatinosa mole de una matrona á quien las ansias de ver convertían en fiera. Cuando tras el rey Leopoldo se hizo un vacío y se pudo respirar, apareció en el fondo del espacio, recibiendo los torrentes de lumbre, el Otoño de Puvis de Chavannes. El poeta avanzó hacia sus melancólicas imágenes. Entre el tumulto alegre de la fiesta, liaban la leña del

bosque, indiferentes, convirtiendo el sol de un pintado paisaje, por la virtud pensativa de sus almas, en misterioso claro de luna.

Era menester orientarse por el dédalo de las galerías. Al salón de fumar del gran vestibulo se le dominaba desde lo alto: la muchedumbre se movía abajo, formando, sin carácter, una especie de nebulosa sonante. Subían en el calor soplos frescos de las fuentes, y miriadas de colores, pues al mismo tiempo que espumas, echaban los giros de las aguas sartales de piedras preciosas. Y más arriba formábanse gasas de humo, redes de estremecimientos eléctricos, ráfagas de chispas parpadeantes, mientras los focos, al agujerear la masa, flotaban cual corchos platíneos sobre oleajes de ópalo.

Juan siguió adelante. En el gran salón de fiestas cantaban los actores de la Ópera: penetrar era imposible. En el de Prebostes, los pensionistas de la Comedia decían versos; en el salón del Concejo, Colonna ejecutaba el programa de un concierto; y la multitud en todas partes era la misma. Los *buffets* presentaban aspectos de pacíficas fortalezas asaltadas, con la peculiaridad de ser los sitiadores entre sí ejércitos enemigos. En el resto de los salones las gentes bailaban, hasta dislocarse, al són de varias orquestas. Rozando á Monfort pasaron las bailarinas javanesas de la Exposición, semiveladas por sus trajes vaporosos. Mostraban los increíbles alongados dedos, de manos y pies, que servían para los ritos de su religión, de modo que al danzar, parecían decir una misa. Y detrás de ellas, pasó Sada Yako, con su tropa; y esta visión del Oriente en medio de la fiesta parisiense, daba la sensación de la Venecia del Ticiano, en los tiempos pomposos de su cosmopolitismo fantasmagórico.

Juan pensó: "Lo mejor es dirigirse á la puerta del salón donde Sada ha trabajado". Y media hora de espera allí le encalabrinó los nervios. La vulgaridad de la concurrencia seguía puesta al vivo, entre el esplendor de los

frescos. Trofeo condensante de la chabacanería endomingada, iba un alcalde de limpio cráneo, como un lago, con la isla peluda de un lobanillo, luciendo sobre grotesco vientre una banda tricolor. Por los vidrios empañados, se entreveían en el malecón y en la plaza los bailes populares. Era la misma gente de los salones, antes de leer diarios y haber aprendido á redactar proclamas. ¿Por qué la señorita Mimi es encantadora allá abajo, entre la ruidosa alegría de las simpáticas danzas? ¿Por qué la misma Mimi, convertida acá adentro en la señora Dupont, de traje escotado, á remolque de un marido, que mira con ojos feroces al diputado que pasa, símbolo del pináculo de su ambición, es insoportable? Monfort no tuvo tiempo de buscarse la respuesta. Para que no lo arrastraran, dió paso á una farándula, serpiente de indios desbocados, que, corriendo por los salones, iba á despeñarse por las escaleras, con infernal vocerío.

El poeta decidió irse. Al caminar, dos manos le taparon los ojos: "Cu-cú, cu-cú". "Pablo, no seas tonto". Glatigni aflojó la venda. "Querido, hay que ponerse en el ambiente. Vivan las fiestas de la Tercera República. Y decir que en el Eliseo la cosa empieza á no andar mucho mejor. Voy á presentarte á miss Hárrison".

Lo habían buscado, después de la representación de la *Geisha*, y ellos también se retiraban. La yanqui estaba encantada. Los extranjeros debían verlo todo, y ella lo era; tomaba las cosas filosóficamente, y envuelta por la farándula que casi derribara á Monfort, había reído hasta enfermarse. En cambio, la baronesa Catelain se irritaba. "Ahí viene; dadle una broma."

El poeta vió avanzar, reflejada en un espejo del frente, la elegante figura, vestida de negro, con tres grandes rosas rojas sobre la línea del seno. La blancura del escote recibía las sombras tenues de una opulenta cabellera de oro, y resbalando por el pecho esa magnificente ambárica lumbre, iba á morir en la púrpura de las flores.

Llegaba del fondo de aquel infinito lago de fantasmagóricas aguas, cual si fuera siempre la criatura real y quimérica del parque de Versalles. Monfort se dió vuelta. Por fin, encontraba los ojos verdes, de cambiantes luces, que tenían gotas de extraña tinta en sus profundidades flúidas. La baronesa saludó, tomando ágilmente la conversación tal como se la presentaban:

— No es extraño que estas farándulas me exasperen, cuando no puedo aguantar ni ciertas figuras de cotillón. El cake-walk, no se diga. Es una risa de negros, sonante en pies, manos y notas. Aun el mismo vals no me entusiasma. Prefiero las viejas danzas. El baile debe ser pasatiempo elegante y no ejercicio gimnástico. Adoro la calma. Y creedme que, cuando veo en el Campo de Marte las bayaderas en torno de un buda, lamento no ser el dios de bronce.

— Decid, señora — interrumpió el poeta; — hace algunos días, delante de una de esas estatuas, habéis exclamado: ¿qué no daría por llevarme ese monigote?

— ¡Cómo! ¿Estabais ahí, señor de Monfort?

— Y pensar que me he desesperado buscando dónde os oí por primera vez. Y ahora, repentinamente, cuando hablabais de los ídolos, he percibido la concordancia, sintiendo vuestra frase con su justo acento.

— Apenas me conocéis ¿y ya habéis buscado en otro tiempo los ecos de mi voz?

En los labios de la mujer apareció una expresión irónica, indefinible, y Glatigni intervino: "He ahí la sonrisa pérfida".

— Á mí — dijo miss Hárrison — lo que me gusta es la risa, la risa de todo el mundo. He venido á divertirme; demos una vuelta más, antes de irnos.

Echaron á andar formando dos grupos.

— ¿Creéis justo — exclamó la baronesa — lo que me ha dicho vuestro amigo?

— Si no os enojáis, podré responderos.

— Entre personas inteligentes, se permite todo.

— Creo que tenéis á Don Quijote en los ojos y á Sancho Panza en los labios.

Madama de Catelain se detuvo riéndose. Miss Hárrison se escandalizó: “Cómo! ¿Sancho Panza en tan bella boca?” Pero Glatigni dijo: “Monfort tiene razón. En cuanto comprende que sus ojos inspiran algo que Don Quijote hubiese llamado bueno, Sancho Panza sale por sus labios, y, sin hablar, ridiculiza”.

Un repórter de *El Figaro*, que pasaba, apartó un instante al poeta. Éste volvió diciendo: “Pablo, una triste noticia: Samain se muere”.

Entonces hablaron del noble artista que quizá á esas horas reposaba para siempre: del ruiseñor de tanto noble ensueño, cuyos versos musicales, amortajan con rosas de viejos parques, invisibles lágrimas que tiemblan en alados ritmos.

— Cosa singular — exclamó Monfort, otra vez junto á la baronesa. — Una persona, en circunstancias singulares, se me aparece cual evocación de mi arte, hecha carne palpitante y nervio vivo. Esa mujer me seduce y me abandona, sin revelar su secreto, en nombre de la inútil tristeza de perseguir las quimeras. Hablo de la aventura con un amigo, mientras danzan unas españolas, y el amigo exclama: “La voluptuosidad de esas danzas evoca la muerte”. Me dan la noticia de que hallaré á mi máscara y me veo ante el cadáver de un personaje exótico. Me encuentro con ella, y me toman del brazo para advertirme que un compañero de las letras está moribundo. ¿No encontráis todo esto curioso?

— Lo curioso, y que puede acabar en cómico, señor de Monfort, es empezar á hacerme una corte fúnebre. Y punto y aparte, ¿no es verdad? Hablemos de otra cosa.

Un cuadro de lanceros los detuvo. Madama de Catelain quedaba frente á otro espejo y su silueta, por la inclinación de la luna, ascendía hacia las figuras mitológicas del

techo. Un Apolo, con el sol en su antorcha, cabalgaba un blanco corcel, tan deslumbrante, que parecía también un dios. Al propio tiempo, en otros espejos, la máscara del siglo XVIII, transformada ahora en mujer del XIX, mezclábase á las ninfas desnudas de Roll, y á las diosas de Lefebvre, y á sus sonrisas iluminadoras y á sus gasas volantes. Monfort lo vió todo en un segundo, hallándose ante la mujer real, cuyos tules oscuros iban sobre verdecente red de hojas metálicas, de modo que al moverse bajo los vibrantes focos, envuelta en fosforescencias, fascinaba como surgiendo de una alga eléctrica. El poeta dijo: "Samain debía conoceros ó presentiros cuando compuso su poema *Tsilla*". Después añadió, en tono cómicamente humilde: "¿Permitis que os lo repita?" Como ella sonriese, empezó á murmurar las ideas de los versos:

— Era en los tiempos en que los arcángeles, volando de astro en astro, se detenían en la tierra, uniéndose á sus hijas, en extrañas nupcias. Tsilla, hija de Sem-Nacor, tenía cabellos tenebrosos, semejantes á una noche sin luna. Y una tarde, yendo á la fuente, con el cántaro en los hombros, vió á un extranjero. Su boca se abría como granada en sazón y sus ojos miraban con tanta dulzura, que ella se volvió á pasos lentos, pensativa. Al caer de la tarde del otro día, el extranjero estaba en el mismo sitio con un gran lirio en la mano. La virgen, viéndole sonreír, de rosa que era, se puso granate. Hablaron. Las voces se armonizaban melancólicas. La luna dibujaba con su luz innumerables sombras. Los camellos, arrodillados, les dirigían el límpido mirar de sus grandes ojos oblicuos. Y por fin, una noche, al són del ruido lejano de las cuadrigas, Tsilla hizo caer su túnica, bajo el estremecimiento de una palmera perfumante. Así, una virgen de la tierra, á los quince años, conoció á Phaelim, hijo del cielo, cerca de Hebrón, en medio del país que se extendía de Galaad á Sodoma. Se quisieron. Por las cándidas pupilas pasó el gran éxtasis, y sus besos fueron un canto. Ardientes fiebres quemaban

el corazón de Tsilla; y apretando á Phalim entre sus brazos, bebía inmóvil en sus labios, derramándole la noche de sus cabellos. A veces, el ángel tendía el ala como una vela, y dirigiéndose á un alto punto de oro, subían estremecidos á amarse en una estrella. Y la mujer, una noche, con voz de plegaria, suspiró: “Montemos hasta el sol, no me lo niegues.” El ángel prosiguió su frenético transporte entre torbellinos de lumbre. Vuelo sublime! A sus ojos hervían las olas ebrias del fuego, despeñándose en cataratas de claridades... Y Tsilla miraba, pálida, vivir el sol... Cuando volvió á la tierra, aún oscura, su pasaje á través del sombrío firmamento, encendió tan intensos resplandores, que por el fondo de los bosques corrió el estremecimiento de la aurora. No era una ilusión: el sol, con su beso de llamas, había cambiado sus cabellos en áureos ríos, y Tsilla, hija de Sem-Nacor, fué la primera rubia entre todas las mujeres... Oh! sí; Samain debió de presentiros al concebir su poema. Más inquietante que su heroína, en caso de ser ella, hubierais sido el principio de otra humanidad, arquetipo supremo, Eva de oro.”

La baronesa de Catelain, olvidando su sonrisa irónica, rió francamente. Estaban sobre la baranda de la escalera. Miss Hárrison y Glatigni se aproximaron.

— Me hace reír vuestra exageración. Á mí no se me puede hablar así. Un detalle me impide ser hermosa, y es mi nariz. No conociéndome, es fácil tomarme por judía.

— Eso acentúa vuestro tipo y os da carácter. Poseéis, sobre todo, fisonomía, es decir, la más penetrante belleza. Tenéis algo de Jane Hading, siendo más hermosa.

— Voy á pronunciar la palabra prohibida — exclamó Glatigni — á ver si obtengo, como el Mosquetero, una bofetada de la horrorosa Cyrano.

— La recibiréis, si no buscáis nuestros tapados: aprovechemos, para salir, la falta de gente.

Y bajaron la escalera. La americana, después de algunas frases amables, invitó al conde de Monfort á Versailles. El

poeta sentía que le robaban algo con aquellas trivialidades; su sangre fría, de hombre de mundo experto, faltábale por la primera vez. Glatigni llegó con los abrigos. Á Monfort le tocó en suerte el de miss Hárrison, mientras su amigo desenredaba una onda de encaje prendida en tenue tela. Y más nivea que la plumazón de un cisne, amplia como la caricia del agua que recibe un cuerpo, semejante á transparente nube donde jugasen errátiles rayos de luna, cayó sobre el pedazo escultural de sombra. Revestida la mujer, pareció más alta. Y su cabeza de alta gracia, sobre el ritmo ondulante del marchar, transformada por su oro en estrella, iba cual si no existiese su cuerpo, arrastrando el manto, al modo de una cauda luminosa. Monfort, en un deslumbramiento, tuvo la certeza de su destino: así cruzaría por su existencia mostrándole las rutas de lo Infinito... Ambas mujeres subieron al coche con Glatigni. La baronesa de Catelain sacó un dedo amenazante, y al partir, entre las risas de miss Hárrison, el poeta pudo oír su voz: "Merecéis cinco malos puntos por no haber reconocido á Matzuyama".

V

Matzuyama! Monfort la vió en su sueño de aquella noche varias veces. Por entre los árboles de Abriseaux, el sol no resbalaba: cada hoja era una fuente, donde la savia se transformaba en luz, riendo con alegría. Y bajo la calle de olmos centenarios, cuya espesa sombra exhalaba alientos de frescura, llenos de vida como los mismos torrentes de claridades, la pequeña Andrea, poseída de una de sus peculiares perezas, aparecía tirada sobre el

césped. El poeta sentíala crecer al contacto de la tierra, abriéndose como flor, para convertirse en fruto. Así, inmóvil, perdiendo el vestido, surgía magníficamente desnuda, en la siesta estival, como las ninfas de Roll, que en el Hôtel de Ville viera brillar entre los sonos de la fiesta. Pasifae, Flora, Europa, varios nombres tenía; después disfrzabase de Lamballe en Versalles, y de pronto volvía á ser niña. En los cambios del sueño de Monfort dominaba, sobre todo, un cuadro. Á la derecha del castillo, entre árboles de Judea, un Término barbudo se reflejaba en una fuente. Andrea se divertía en bañar al perro Blair; y con la misma esponja, limpiaba la efigie de piedra. El dios la dejaba hacer, saliendo de la operación con menos polvo, pero siempre cejijunto, cual si el tiempo hubiese heñido su masa con misterio. En la copa de su árbol cobijante, unos jilgueros tenían su habitáculo. La niña, ayudándose con una rama, se puso de pie sobre el Término. El perro, secándose al sol, miraba con grandes ojos atentos, inmóvil, la cabeza erguida y las orejas tensas. Los pichones huyeron y Andrea arrojó el nido á los aires. Después saltó sobre la tierra blanda, y echó á correr con Blair. El Término seguía mudo. Los jilgueros gemían en la rama despojada. La niña y el perro, llenos de igual inconsciencia y de idéntica maldad, brincaban sacudidos por la sangre joven en presencia del sol radiante.

Monfort despertó, y sin apartar á la niña de la imaginación, pensó en la mujer. La veía como seis horas antes, al dormirse, evocando después el retrato de Alicia. Éste se le aparecía en casa de su tío, envuelto en su translúcida sombra, bajo el imperceptible sudario, que decía á la imagen, con voz de olvido: reposa. Entonces, la fotografía, sin virtud de insenescencia, simulaba un pastel evanescente. Ahora, él creía que iba á resucitar: lámpara moribunda que con súbito alumbramiento coloreábase, cual si su crepúsculo, saltando por sobre la noche, se volviese aurora. Y era que al pastel melancólico, en el óleo triunfal,

lo sustituía Andrea con su parecido alarmante. Eso definía su estado. Alicia, vaso de angustia y dolor, para el noble amigo muerto, podía reproducirse en dos generaciones. ¡Ah! los azares misteriosos del destino y la esencia impenetrable de los hechos, obedientes á las manos de un supremo prestidigitador oculto. Llegaba la mujer con la sangre de la ótra, y cual ella, de la tierra de los Grecos y Velázquez, del país de las serenatas y de los palacios árabes, amenazándole, mientras Glatigni decía entre jaleos, fandangos y lamentar de coplas: “La voluptuosidad ardiente, la gracia ligera, los arrebatos violentos, las agónicas languideces de esas danzas, han engendrado más de una vez la muerte...”

— ¿Se puede entrar?

Un criado cortó su monólogo. El poeta, estremecido ante la letra desconocida de una carta, sintió al abrirla una extraña sensación: la alegría de ver el nombre de Andrea, y el desagrado de mirar, también, ótro: Islakieff. El marido era, pues, eslavo. La firma le pareció rayo de sol, que acababa por tocar un sapo. Y riendo de su repentino mal humor, se puso á leer:

“Conque así, señor de Monfort, se llevan impresas en el cerebro mil imágenes de vuestra alma; se ha padecido de dulces angustias por los acentos de vuestras melodías tristes; se tienen llenos los ojos, de los colores de vuestro arte refinado; se os ha seguido en vuestras peregrinaciones buscando vuestro nombre en los periódicos; se ha mostrado orgullo porque el pequeño camarada Juan es un artista célebre, y todo eso para que no os conozcan, ni os presientan, y os crean una vizcondesa de Lucinges, y una baronesa de Catelain... Ni lo úno, ni lo ótro; Andrea María Francia de Nancy, la traviesa Matzuyama en persona, transformada por el destino en señora de Islakieff. No hace mucho tiempo, recibí una carta del marqués de Elançay, con un párrafo vuestro, advirtiéndome que aún viviais. Lo sabía perfectamente: sois vos quien ha dudado de mi exis-

tencia. Perdonad á vuestro amigo, el señor de Glatigni. Entró en la broma después de poner muchas dificultades. Deseo que me contéis los últimos momentos de mi amigo Pedro de Monfort. ¿Queréis almorzar con nosotras? Á mediodía en el restaurante Rumano de la Exposición. Recibid mis más amistosos saludos”.

Monfort saltó de la cama. En su espíritu los años se abolían; sus aprensiones del despertar se evaporaban; y en medio de insólito contento, penetrábale la luz del parque de Abriseaux, con el estallido de sus matices y el perfume de sus flores. Y lavándose le sorprendió su canto, con un sobresalto, cual si despertase en su sér los ecos de una ruinoso casa deshabitada.

VI

Durante el almuerzo, en efecto, hablaron largamente del conde de Monfort. El poeta hubiese querido insistir en ciertos detalles referentes al carácter de Alicia Toledo, á quien Andrea parecía haber amado mucho. No se atrevió, por temor de cometer una indiscreción; se comprendía que la sobrina estaba lejos de conocer el verdadero romance. “Veo — dijo Juan — que mi revelación sobre su tristeza os ha sorprendido. Sabed que no se debe mirar el marco de oro y sí estudiar el azogue de la luna: hay espíritus sonrientes que reflejan entristecidas las más alegres imágenes”.

Resolvieron ir á visitar, en su memoria, el pabellón de España. Miss Hárrison y un su amigo, mister Sánford,

con quienes habían almorzado, aprobaron el proyecto. Andrea, vestida de blanco, llevaba un sombrero de alas rembranescas y parecía un retrato de Gainsborough. Monfort veía bien, en las miradas de los hombres, que era de esas mujeres que hacen volver la cabeza con un oscuro movimiento de melancolía, consubstancial de la idea de un marido ó un amante.

Adelantaban por entre los restauradores y los pabellones. El poeta no la hablaba maliciosamente: era inútil y resultaría tonto. Con la mayor naturalidad del mundo, Andrea lo había recibido, aludiendo á sus encuentros. Refirió su goce en no ser conocida, y en imaginar las sensaciones del viejo amigo ante la máscara y sus diversos disfraces. “Y lo que son los hombres! todos lo mismo: inmediatamente á soñar con la aventura. Al veros orientar la conversación, por lo que creiais el cumplimiento de vuestro deber, ó sea hacerme la corte, deseaba reir á carcajadas, y amenazaros con los dientes de Blair, como cuando me incomodabais en Abrisieux”.

Así había dicho ella, y ahora, dejando á miss Hárrison y á su acompañante unos pasos atrás, iba sola al lado de Monfort. Éste sentía latir su sangre más vigorosamente en aquel aislamiento, y temiendo que se oyeran los golpes de su corazón, encontrábase ridículo. Había en la calle poca concurrencia, pero los negocios empezaban á animarse y de las puertas se escapaban sonantes ráfagas de orquesta.

Andrea dijo: “Soy igual á vos; adoro la música. Es decir, imagino que la adoráis, por algunas de vuestras páginas. ¡Quién sabe si en ellas no habéis fingido! Los poetas se valen de los ritmos, como los enfermeros que dan pildoras, del agua, para hacernos tragar mejor sus mentiras... ¿Que no? ¿Que fuisteis sincero? Pues entonces nos parecemos. Vibro ante toda nota. Puedo ser fanática de Wágner, Bach, Chopín, Beethoven: no importa; Rossini y Verdi me seducen. Encuentro, como vos, un placer cu-

rioso en los órganos de esquina. Me detengo á oír los violines de los ciegos. Imaginaos que en estos días úno que toca en Versalles me está fundiendo. El sol, filtrándose por entre las acacias, le echa sobre el platillo luises radiantes. Yo, que no tengo, como el astro, fraguas de tal riqueza, no quiero, sin embargo, hacer mal papel; guardo los cobres y junto al oro pongo mis francos de plata”.

Monfort sentía la voz de Versalles. Esa voz cálida, ondulante, seductora, que hasta hablando de cosas indiferentes acariciaba; voz que tenía impensados arrullos; voz indefinible; voz que se fundía siempre armoniosa con el júbilo del acento ó con la tristeza del tono, realzando la expresión, hasta concentrar la vida. “Ah! si se pudiera besar á una voz, en la de Andrea — pensaba el poeta — se mordería como fruto, y se aspiraría como flor á su alma transformada en acento.”

— ¿Pero no me escucháis?

— ¿Que no os escucho?—repuso él mirándola asombrado.

¿Fué ilusión? Ante sus ojos, los otros ojos se entornaron estremecidos, en complicidad rápida, casi vertiginosa. La mujer se repuso:

— ¿No lamentáis á veces ser poeta y no preferiríais ser músico?

— Lo que quisiera es ser algo: en realidad, no he vestido lo que hay de más intenso en mí. Mis sensaciones transforman las fuentes de que brotan, y al volverse pensamientos dan en lo estéril. Evocad la luna con sus montañas, mientras fluye de ella misma, al bogar, un lago de claridades. Imaginad que su aro se deshiciera, dejando caer el pesado paisaje. ¿No os parece eso imposible? Sus montes son bloques inmensos, suspendidos sobre nuestras cabezas. Qué importa! Para mí, que no tengo más torre que la de mis pies ni más telescopio que el de mis ojos, no están contruidos de piedra, sino de ligero incienso. Por eso creo que si se derrumbasen, en vez de rodar con estrépito,

flotarían como plumas. Y vapores de plata, tenuidades de alabastro, metamorfosis de nieve, errabundas por el éter, confundidas á las nubes, las seguirían al primer soplo del viento. Y así mi arte quisiera hacer con las cosas. Desgraciadamente, las almas no son astros; aquéllas no pueden crear lo que las apariencias de éstos realizan. Después de espiritualizar la materia, transformando lo abrumador en leve, y el fuego que de ella se extrae en lumbre, y su muerte en resurrección, ¡cómo encontrar la milagrosa palabra que en lejanías de ensueño dé sensaciones de una suprema belleza!... Por eso, en realidad, no escribo lo que siento. Nací para lo que soy. Un gran músico sin notas, un gran poeta sin voz, un gran pintor sin matices. Ya lo veis, grande solamente para mí mismo. Quizá en el caso de amar, encadenándome en otra forma á la realidad de la vida, me hubiesen saltado de las cuerdas íntimas, acentos menos difíciles en formas más accesibles.

— Pero aún es tiempo para lo último, señor de Monfort. Venid conmigo á España. Entre mis relaciones hay quienes sabrán apreciaros: no sé por qué, me parece que tenéis el tipo de un buen marido...

La mujer cambió su acento y su dejo de broma, exclamando vivamente:

— Hemos llegado. He aquí el pabellón. Si supierais la lengua española, empezaríaís por recitar el *Romancero*. Y una vez fatigado de los asonantes, diríaís décimas de Calderón, vertiendo las rimas cual perlas de imperiales mantos.

Entraron. Corazas, tarjas, rodela, celadas, yelmos, morriones, borgoñotas, capacetes de guerras y de torneos, construían, entre los tapices históricos, paisajes de acero. Los bélicos arneses eran del rey Felipe el Hermoso, del emperador Carlos V y de Felipe II, revelados y damasquinados y nielados por Negroli de Milán, y Helmschnied de Augsburgo, y Ghisi el Mantuano; ora con el Triunfo del Amor, del Petrarca; ora con la Fortaleza conduciendo

a Humanidad al amparo de la Gracia; ya con luchas de griegos y troyanos, para añadir á los imperios de Cristo alientos mitológicos, en confusiones evocadoras de los santos de Cáouens. El acero tomaba por todas partes diferentes contornos. Aquí, construyendo yelmos de dos mitades, cerradas con los clásicos muelles de resbalón. Allá, volviéndose cabezas de delfines, labrados de áurea ataujía sobre pavón oscuro. Turbantes de una pieza, imitando pliegues de telas de plata, mezclábanse á águilas de garras aduncas. Y eran celadas y eran borgoñotas. Monstruosas protuberancias lucían los morriones, bajos relieves los escudos, y los yelmos peregrinos rejillas salientes, cubriendo los yugulares férreos, con filigranados barbotes. Las medusas ponían sobre las rodela las sierpes enroscadas de sus testas, manantial de rayos de un sol de espanto. Un casco de Carlos V, con soplo de interna vida, animaba su expresión de ciego fantástico. Acercándose, veíanse, á través de sus ojos huecos, sus resortes y tuercas, cual huesos de ruda articulación, y alejándose, transformábase en expresivo, al influjo de su pelo de motas de oro y de su puntiaguda barba, hecha cual con metálicas uvas de un racimo aplastado por los siglos en el lagar del Tiempo. Otro casco brindaba una láurea ceñida sobre la frente, que siendo defensa, resultaba apoteosis. Muchos guanteletes dardeaban lumbreres de furor. En tal cual brillo apagado quebrábanse zahareños gestos de hazañosa condición. En una celada se leía, sobre las columnas de Hércules, el lema "Plus Ultra"; en una loriga, la inscripción: "Jesús, María, Gratia Plena". El salmo del fraile mezclábase al himno del guerrero, prestos á partir airados por las caliginosas bocas. Mas, al evocar imágenes, en soplo resurrector, para animar arneses y blandir espadas, adelantábanse las figuras de los tapices. Ellos cubrían los muros y custodiaban los aceros, que, agitados por humana tempestad, podían engendrar rayos. Reyes, santos, señores,

junto al trono, al pie de la cruz, en la gloria, ó en la tierra, ofrecían en las tramas coloreadas igual aire de tenue evaporación, respondiendo al clarín del épico silencio. El rojo, el oro, el verde, las tintas más netas, en los ropajes más vivos, no eran notas que al extinguirse vibran: disolvíanse idealizadas como nubes de incienso, que más que blancuras visibles, son perfumes impalpables.

El poeta, percibiendo eso, exclamó: "¿Habéis entrado á una catedral después de una misa mayor? La melancolía natural de toda fiesta concluída se aumenta. Recuerdo, sobre todo, la celebración en Orleáns del centenario de Juana de Arco. Los cirios parecían apagados por tristezas de lo infinito. El recinto daba la sensación de que acababa de cruzarlo un soplo de algo superior al mundo. El perfume del incienso hacía buscar en vano mil alas desvanecidas. Las flores hablaban de su gloria, que alimentó el sol del cielo y que marchitó la llama del cirio. al sustituir con el anhelo humano el calor divino. El silencio del aire tenía el anonadamiento de un cerebro, escenario de grandes ideas, que hubiese caído en una esterilidad estupefacta. Soñé entonces con la nube de incienso, no inmovilizada, como los cirios tristes y las rosas marchitas. Nube blanca, nacida del fuego purificador de los labios proféticos. Nube im-poluta, y, sin embargo, cargada de almas. Nube que elevaba las amarguras de la realidad y las expectativas de la esperanza, al girar con las oraciones dolorosas ó alegres de los hombres. Nube encarnadora de la poesía de Francia, ante la visión de la doncella. Nube coloreada al morir, por los rayos del vitral iridiscente. Nube cuyo perfume, con ser tan intenso, no era sino la sombra de su esplendor desvanecido... Y observad bien estas corazas y estas armas. Son los cirios y las rosas de un templo de la Victoria con la tristeza de una fiesta celebrada en otros siglos. ¡Ah! ¡quién pudiese decir el dolor fantástico de los aceros! Inspiran compasión heroica. Se les siente altivos

en su inmovilidad, fieras encadenadas que desprenden alientos resollantes por las abiertas fauces de los yelmos. Y á su mudo “Santiago y cierra España”, sólo responden los espectros de los tapices, que cuentan los torneos triunfales y adquieren misteriosa relación con la nube del incienso; pues, cual su perfume, evocan las pompas muertas después de celebrado el rito... Abrigo, sin embargo, gran esperanza. España no ha perdido el altivo carácter. Hay en ella dormitantes energías. El trabajo empieza á despertarla. Y ha de ayudar un día, en el necesario renacer de la raza, que deseamos sea el del músculo anglosajón con el ideal latino.”

— Mirad — exclamó Andrea — ese parchazo de color alegre, viviente llama, reflejando el sol, se antoja signo de esperanza.

Monfort volvió los ojos al escaparate. Un abanico de Fortuny mostraba matices convertidos en chispas, chispas transformadas en flores, flores vueltas mujeres, y con su gracia y su contento, era sonrisa de amor, al pie del airado gesto de las armaduras.

— ¿Queréis creer? — añadió el poeta. — Vuestros amigos yanquis me incomodan entre las cosas de España. No puedo olvidar que han tratado de darle muerte, cuando le deben el descubrimiento de su cuna.

— Callad, están muy cerca.

— He ahí más espadines y más dagas. Son un símbolo. El artista debe, para después de su muerte, dejar labrada su obra como estos aceros de combate. Entonces ella batalla, y sobre el silencio de la tumba pone las armonías de la gloria.

— Salve, la dulce, la imperial Granada — exclamó Andrea. — Sin quererlo, he hecho un endecasílabo. Mirad, en el centro del salón están los recuerdos de los moros.

Avanzaron hasta la vidriera. Algunas escarcelas, para el Corán, mezclábanse á yataganes de puño de marfil, que evocaban los romances moriscos, cual si sus hojas de

Fez, afiladas, casi felinas, pudiesen dar notas de guzlas antiguas. Entre los muros de cristal, prisión no supuesta por él, el manto de Boabdil se erguía como un fantasma rojo. El cielo azul, surcado de nubes vaporosas, proyectábase dentro de la vidriera, y el manto, cual sombra palideciente en ese espacio, flotaba entre los inmatrimales reflejos. Era menester acercarse para verlo así. Y al cambiar de posición, dibujábase íntegro, en el sangriento brillo de su melancólico esplendor. El rey lo había vestido al entregar las llaves de Granada.

— Mirad — exclamó el poeta: — usado por el tiempo, es una puesta de sol de la púrpura.

Nuevas armas moriscas lucían sus guarniciones de filigranas de oro y esmaltes alveolados. Olvidaban sus antiguos odios religiosos comulgando junto á las españolas con la misma hostia de estéril tristeza. Y entre ellas había una de ancha hoja, brillante como un espejo.

He aquí un poema — exclamó Monfort. — Imaginaos una infiel odalisca hincada para recibir la muerte. Su señor le ha dicho: “Mandaré tu cabeza al cómplice cristiano”. Después, creyendo que la mujer reza, á su vez, fanático reza, esperando el momento. Descarga el golpe al fin, y no sabe que, ebria de amor, la criminal, al conocer el envío, se ha arreglado el cabello, en vez de orar, mirándose en el yatagán desnudo.

Andrea dijo: “Lo haréis mañana mismo.”

— É inmediatamente os lo dedicaré.

— Y le pondréis por título: “Coquetería Póstuma”.

— Gracias por la colaboración, y viva Granada. Me parece oír las aguas murmurantes en las albercas, que acompañan y mecen la ensoñadora fantasía de quien divaga entre los cipreses del Generalife. Miro de nuevo el bosque tal cual lo ví la última vez. Oíase el rumor de los insectos sin dormir, aprovechando la tristeza de la luna para buscar regocijos en el aliento de los frútices, y cantaban los ruiseñores desvelados en las mohedas, mientras anhe-

los incomprensibles y misterios alados, poblaban la noche, tan clara, que era como una aurora divina de las tinieblas...

Monfort siguió hablando: sentía en su cerebro una onda de cambiantes chispas. Y el recuerdo imponíase presente, cual si al lado de la mujer aquella, Granada sacudiese su sueño secular, despertando á todos los soles de la vida y del arte.

— Á veces — exclamó Andrea — recordáis tanto á Pedro de Monfort, que me parece sentir algo como su juventud resucitada. Y fué en la vega del Genil donde se hizo amigo nuestro; y donde tomó la fiebre que, producida, según él, por el agua de un sebil árabe, tenía más color local que las Orientales de Hugo.

— Ah! cuántas veces debió con vuestra madre y vuestra tía escuchar las músicas que oí en las zambras de aquella tierra. Zortzicos vascos, muñeiras gallegas, peteneras andaluzas, tristes valencianos, decid: ¿por qué dáis á las guitarras, hasta en vuestros júbilos, acentos de indecibles nostalgias?

Los ojos del poeta se encontraron súbitamente con los de Andrea, y un estremecimiento, entrándoles por allí, se difundió por sus venas con la emoción de una misteriosa delicia.

— Ved — exclamó la mujer, apresurada — otra fuente de música.

— Un armonio?

— No; el ingenioso instrumento de Fray Truchado, monje de mi tocaya Toledo.

Era, sí, ingenioso. En su caja había cuatro cilindros que, movidos por un teclado, producían con sus cuerdas las notas del violín, la viola, el violoncelo y el contrabajo. Salido de la celda de un fraile, parecía un clavicordio de corte.

— Es la obra de un ángel, inspirada por el diablo — agregó el poeta; — mirad sus tapas.

Un tríptico profano, en su centro, lucía un recorte de Arangues; y en las alas, árboles azules sobre fondo de oro muerto y tritones que levantaban una sirena ofreciéndola de blanco á las flechas de un Cupido. El poeta evocó la biblioteca de Elançay y el armario de la pistola y de las rosas. Ah! el misterio de todo lo que nos rodea: quién pudiese animar el silencio pensativo de los muebles viejos! Andrea, haciendo una mueca al letrero *no tocar*, pasó sus dedos por el teclado.

— No suena. Hay que saber el secreto.

— El secreto — repuso Monfort — debe darlo una leyenda que oí en Sevilla. Y sería menester, para completarla, saber cómo murió el autor del instrumento. En efecto, la ciudad del Alcázar tiene un órgano maravilloso. Es asmático y viejo. Pero en las misas de Gallo, mientras el organista batalla, con sus derrengados registros, lo diviniza un invisible espectro. Las legiones de ángeles, en vez de custodiar el pesebre del Nacimiento, soplan en sus trompetas. La humilde parroquia se estremece con un canto del cielo. Parece, en verdad, que Cristo fuera expuesto bajo su bóveda como en Belén, hace veinte siglos. Y el espectro es el de un santo maestro de Capilla que murió sobre esas teclas en una lejana Nochebuena.

— Y se llamaba Maese Pérez. Lo resucitó Bécquer.

— ¿Quién es Bécquer?

— Un rruiseñor de Sevilla, nacido en una ojiva gótica, cerca de un ajimez árabe, iluminado por una luna alemana. Su corta y azarosa vida le impidió ser un gran poeta. Huyó como de la peste de los versos de oratoria, caso inaudito en España: por eso solo, merece el respeto de todo artista...

Era menester separarse. Las dos viajeras se volvían á Versalles. Monfort las acompañó hasta el pie de la Acera Rodante. De los restauradores y de los quioscos volaban las músicas: de un teatrejo al aire libre, una canción napolitana.

— Anteanoche — dijo Andrea — oyendo en los Reservoirs unos *pifferai*, me acordé de una impresión de niña. Había llegado á Abrisieux una dama romana, pariente de vuestra madre, cuyo nombre no recuerdo. Yo andaba entonces á caza de mariposas, y logré clavar sobre un tronco una bellísima. Era de nieve y me había dejado la mano lina de oro. Me senté sobre un banco, mirando agonizar a pequeñez alada sobre la robustez maciza. Francamente, tanto vigor no se había hecho para cruz de aquel leve martirio. Pero yo no pensaba en eso. De pronto, oí una mandolina, y la dama extranjera se puso á cantar. Su acento me penetró el alma, sentí una sombra, y sin saber por qué, mis felices ojos se llenaron de lágrimas. El sol seguía alegrando el parque. Puesta en pie, soplé sobre la crucificada el oro de mis dedos que, volviendo á su cuna, se transformó en sudario: el insecto había muerto. ¡Pobre mariposa blanca, víctima de mi crueldad, mis lágrimas inconscientes no las vertía por ella!... Y anteanoche, oyendo repetir esa canción, después de tantos años, he comprendido su grito de alma solitaria y en pena. Y pensé: las mariposas blancas son ilusiones, y á veces se las mata ignorándolo, mientras un par de notas producen las lágrimas, sin causa, de los presentimientos misteriosos...

La voz grave y siempre acariciante estremeció al poeta, haciéndole sentir una como prolongación de su espíritu. Cuando su amiga le saludó sonriente, desde la Acera, parecióle que nunca se separaran. Esos árboles, rozando su sombrero, eran los del parque familiar; á su sombra, sus vidas se habían desenvuelto con las savias de un mismo destino... Sobre todas sus sensaciones quedó flotante la del fondo melancólico de la mujer: quizá su corazón agonizaba. Y dominando sus ideas, le sorprendió con brusca revelación un asalto de luminosa ternura!

VII

Andrea de Nancy llegó á los 22 años soltera. Un buen día su padre, ya minado por enfermedad incurable, le aconsejó el casamiento. Ella, en aquel consejo, vió una grave advertencia. El pintor la adoraba y debía sentirse muy malo para desear compartir su cariño. Habíase complacido en su educación, con el placer de quien, al besar una frente querida, besa también el amor de que naciera. Conocía la naturaleza de la hija y decíase á menudo una observación de Mendès: La belleza de sus ojos hace pensar repentinamente en lágrimas. ¡Ah! ¡sí! Quién sabe lo que la vida le reservaba.

Esos ojos tenían, al mismo tiempo, en sus fulgores verdes las chispas de un mar de pasiones, y en sus luces, á las veces crepusculares y cambiantes, insólitos reflejos de pálida luna misteriosa. Los ojos extraños de la muchacha habían atraído siempre al pintor. Eran el símbolo perpetuo de su alma inquieta y al parecer perezosa, apasionada y ensoñadora, llena de curiosidades, mezcla de contrastes, en que á ratos surgía un rayo de España, y á ratos ótro de Francia. Muchas cosas se fundían en aquella criatura de elección, en aquel tipo de amor y de belleza. Y sólo un espíritu educado y de rico temperamento podría llenarla y hacerla integralmente suya. Del marido iba á depender toda su felicidad; su tela podía dar la más sumisa de las mujeres ó un sér bravío, de rebelión y orgullo. Y aconteció un desastre. Quien, por las relaciones de

su padre, había podido asistir á las mejores reuniones de la sociedad española, sin sentir atracción por nadie, la sintió por el secretario de la Embajada Rusa. Admirable valsador -- garrido mozo, varonil, inmensamente rico -- con el prestigio de su situación, era uno de los leones á la moda. La dote de Andrea apenas contaba. Para ella aquel matrimonio fué un triunfo. Triste triunfo, por cierto. Lo exótico urdido por su imaginación sobre aquel semblante vacío, desapareció al poco tiempo. Se evaporaron, como neblinas, esas reminiscencias de personajes de las novelas esclavas en boga, que, adulteradas por su afán de ensueño, la habían seducido como escapándose de su novio y envolviéndola con su magia. Un sol de horrible verdad entraba á hachazos en su existencia. Estaba ligada á un hombre culto, pero profundamente mediocre. Por otra parte, las exigencias de su puesto diplomático la exasperaban. El instinto libre de su padre artista, explotó en ella, precisamente por la imposición del dorado calabozo. Los uniformes de embajadores, secretarios y adjuntos, acabaron por convertirse en mascarada de un carnaval codificado y lleno de aburrimiento. En toda fiesta la rodeaban nubes de admiradores. Al principio se divirtió como en un discreto sainete; al ver que algunos querían tornar á lo trágico, corrió el telón y cerró el teatro. Ante su inquebrantable desdeñosa frialdad, los termómetros de los cerebros subieron hasta romper los vidrios; pero ella no volvió jamás de su actitud, y ni siquiera fueron posibles los conatos de corte. Un buen día partió para Wáshington. La misión duró poco. Su marido, atacado de una fluxión de pecho y, por fin, de tuberculosis, se volvió á España. Pidió la disponibilidad á su gobierno y se retiró á Málaga. Allí se dedicó á cultivar viñas, compró tierras, y duplicó su fortuna.

Andrea no fué con todo esto sino más desgraciada. Su marido, incapaz de comprender su espíritu, la hostilizaba encarnizadamente, y al propio tiempo apasionado, la per-

seguía. Venciendo sus delicadezas de mujer, contó á su padre, ya casi moribundo, sus desventuras y sus repugnancias. Nancy, amargado, contestó, con el buen sentido de su vieja casta francesa: siendo Islakieff un caballero, todo resultaba mejor que un divorcio. Ella, al fin y al cabo, no tenía familia. Sus primos de Francia, que apenas conociera, y los de España, harto conocidos, no significaban nada. Un hijo hubiese sido quizá una solución, pero no abrigaba ni esa esperanza. El pintor murió al poco tiempo y la desolación de la mujer fué trágica. Razón tenía aquél para decir que desde criatura sus ojos hacían pensar en lágrimas. Al propio tiempo, su marido se agravó. Compasiva y olvidando sus pasadas rebeliones, lo cuidó fraternalmente, con admirable solicitud. Un viaje á Suiza lo repuso. Tornaron á Málaga, y volvió su martirio. Su confesor fué entonces su único refugio; pasaba horas enteras en la catedral, y volvía á su casa más animada.

La nostalgia de Francia la perseguía. Sus viajes á Paris habían sido pocos y rápidos. Nancy la llevaba siempre, pero el artista, fanático de los paisajes andaluces y de sus recuerdos, sólo se quedaba allí uno ó dos meses. Aquello le bastó para enamorarse con su juventud de una vida que el pintor ya no gustaba en la vejez. Al abrirse la Exposición expuso su formal proyecto de visitarla. Miss Hárrison, amiga que desde la estadia en Wáshington intimara con ellos, apoyó, ofreciéndose como compañera. Islakieff, temeroso de su salud, resignóse á verla marchar, acompañada de las obras de su padre, que deseaba exponer. Algunas relaciones la distrajeron á su llegada. Supo en el Té de Ceilán que Juan de Monfort estaba en Paris, al mismo tiempo que lo veía, cosa que nunca aconteciera en sus otros viajes. Pensó inmediatamente averiguar su domicilio y escribirle: desde luego por la curiosidad de hablarle, y también para que la ayudase en la exposición de sus telas. Dos días después se le presentó en Versalles la ocasión, en forma imprevista. Y en la noche de la visita

á la oploteca española, analizando sus sensaciones, con un estremecimiento encontrado de pavor y delicias, de-ciase ante un espejo, cual si hablase á una figura nueva: ¿es posible que estés enamorada?

VIII

La noche trae consejo, dice un viejo proverbio francés.

Al siguiente día, la mujer atribuyó á varias circunstancias lo que creyera el principio de un sentimiento. Ella se interesó siempre, á causa de su espíritu, del recuerdo de Abriseaux, y del afecto de Pedro de Monfort, en la obra del poeta. Ahora, su encuentro había sido novelesco. Trató de divertirse, y engañada por su propio juego, se separó del amigo pensativa y cavilosa. La fiebre de París, metiéndosele en los nervios y en el alma, debía también, sensibilizándola más, disponerla á desconocidas sensaciones. Lo que se reprochaba, sobre todo, era la alusión al canto del castillo, cuando, enervada por las músicas, se dejó ir á la casi confidencia de sus padecimientos morales. Quedábale la esperanza de que Monfort la hubiese oído como quien oye una cosa de literatura. ¿Por qué aquella confianza repentina? Tránquilizándose, pensó: hay cosas que no se dicen á una amiga tratada todos los días; mas delante de una compañera de colegio, no vista en veinte años, se siente la necesidad de contar las tristezas de la juventud á quien nos oyó reir en la infancia. ¿Por qué? Porque la vida es así... Con todo, era menester tomar precauciones. Muy posiblemente Monfort, que no se

interesaba en realidad, iba á creer de su obligación cortejarla. Para él, sería un pasatiempo agradable aquello en que ella podía encontrar la ruina. Y mirándose al espejo como en la noche anterior, dióle á la imagen una orden: Renuncia con naturalidad á todo encuentro. Ya tranquila ante su decisión, se fué á las habitaciones de miss Hárrison. “Me ahorras buscarte, dijo ésta; hay que contestar á ese billete”. Y le alargó el sobre. Era una invitación de Monfort para mostrarles unos croquis y álbumes de que habían hablado. Andrea respondió llena de contento: “Entendido; escribe que estaremos en su casa á las cuatro en punto”.

IX

Fotografías de los fiords escandinavos, de los rápidos del Niágara, de la llanura rusa y de los montes de la India, de los templos de Buda y de las ruinas de Babilonia, reliquias de todas partes del mundo, armas, piedras, ídolos, pieles, cuadros, desfilaron ante los ojos de miss Hárrison y de Andrea. Los países por donde el poeta pasara la sombra incurable de su cansancio moral, animábanse ahora, á la evocación de su voz, rebosante de los movimientos de un despertar juvenil, entre nubes impregnadas de sol y alegría. En un ángulo del gran salón, Andrea batió las manos. . .

— ¿Lo reconocéis ?

— Estaba en el gabinete de los monos.

— Cuando dejé á Abriseaux me lo traje. Os aseguro que,

en caso de poder hacerlo, hubiera transportado la decoración de la cámara. Es lo que más me costaba abandonar á manos extrañas.

— Para mí, era el fruto vedado del Paraíso. Después de la aventura de la imagen de Outamaro no me dejaban entrar. Una sirvienta fué mi cómplice. Ah! el encanto de aquella pintoresca monería.

— Yo me imaginaba que en el lecho del centro, rodeada de la procesión, iba un día á toparme con la Bella del Bosque Durmiente.

— Cuántas horas felices y risueñas pasé delante del reloj que miro absorta. Es una maravilla.

Monfort, abriendo del todo una ventana, hizo aparecer, bañado en lumbre, un órgano de porcelana de Sajonia, con trompetas de matices fríos, unidas por guirnaldas de violetas y de rosas. Sobre la tarima de su pie tocaba una orquesta de monos, y los había sollozantes, rabiosos, tétricos, románticos, cómicos, alegres, como si cada uno interpretase diversas músicas, en vez de confundirse en el único acorde que concertaba el director epiléptico.

Detrás del reloj pendía un gran tapiz. Las visitantes le observaron con la curiosidad de que estaban poseídas, cual si en las bellezas allí acumuladas fuesen á encontrar secretos.

— Tiene una rasgadura enorme que tapa el reloj — exclamó el dueño de casa — y allá arriba, desgastes de poliella: quizá debiera estar en el desván, pero algo lo salva. Conozco el retrato de la hermosa mujer que lo adquirió en Beauvais y lo tuvo en su alcoba. Las flores del tapiz exhalaban entonces color de júbilo y hoy se desvanecen: la luz de sus vidas pide un sudario á la misma trama, viniendo desde su cuna ya casi legendaria. El tiempo resbala sin cesar sobre los tulipanes, los iris y las rosas. Pobres flores! Cada día les cuesta más y más verter su ya casi imperceptible murmurio de matiz. Las que sirvieron de modelo volviéronse polvo hace dos siglos: el color de

las pintadas es tan tenue que se antoja nacido por evocación del lejano perfume de aquéllas. Son espectros y sueñan con el sol de los jardines, las cabelleras de las mujeres, las pompas de las fiestas, las discretas citas y los galantes amores. . . Y un buen día, repentinamente, entre un tallo y otro tallo, bajo el dosel de pétalos dibujado por el sol entrante, vi un furtivo rostro. ¿Era la dama del retrato? El quimérico camafeo nada me dijo, y si con otro reflejo volviera á engendrarse, nada tampoco me diría. Pero sin cesar pongo allí los ojos, con la esperanza de volverlo á ver. He ahí una vaga superstición que no sé si comprenderéis; mas por ella el tapiz permanece en el muro y se salva de la humedad del sótano. . .

— No — replicó miss Hárrison — no entiendo nada de eso. Si es una hermosa pieza, conservadla; sencillamente, porque lo es.

— Y estáis en la razón. Pero los hombre sabemos nuestros defectos y somos incapaces de curarnos. Las cosas ejercen á las veces tal influencia, que se olvida el el propio pensamiento que las anima ó, por mejor decir, fenómeno es tan rápido, que los términos se confunden y la ilusión resulta completa. Me acuerdo perfectamente de esto. En el inmueble vecino, donde vivía con mi padre, había una pieza, en que él se confinaba casi siempre. Murió repentinamente en Abriseaux, y una semana después, penetré en ese rincón de nuestra casa de París. Sentí la inquietud de una profanación. Iba con mi presencia á desalojar una sombra. No me atreví á abrir las ventanas para que el aire no deshiciera los pliegues de las colgaduras, ni moviese los papeles de la mesa, ni cambiase la atmósfera en que se respiraba el recuerdo del hombre muerto. Me senté en un diván. Enfrente veía varios retratos de mi madre: óleos, miniaturas, pasteles, fotografías. Aquello era como un templo del amor, consagrado por la muerte. Lo había animado un pensamiento doloroso y solitario. En vez de incienso, percibiase del

tiempo pasado que no tuvo cuerpo y sólo un alma, el perfume característico, estela de esa alma desvanecida. Las lágrimas, que rara vez asoman á mis ojos, cayeron sobre mis manos. Aún veo patente y distinta toda la cámara. En un jarrón de porcelana agonizaba una cala nivosa, de larga lengua purpúrea, formando con su corola ya casi marchita de claro de luna, un sudario á ese su corazón enrojecido, que tenía el recuerdo de un sol poniente. Las rosas pintadas de un plato azul, brillaban tenues, cual con reflejos de un invisible prisma, y sus aires melancólicos, forjaban en realidad el aroma de sus matices. Un fúlgido áureo rayo, filtrándose por los cristales, dibujábase sobre los gobelinos. Los colores, desteñidos por la tristeza, parecían conservados por esa luz, y el sol tocaba con placer los espectros de los idilios y de las cacerías que iluminara en otros tiempos reales y vivientes...

De pronto, me sacó de mi meditación un chirriar de engranajes, broncos resoplidos de una garganta estertórea, y al fin las vibraciones de un metal sonoro. El reloj de la chimenea, reflejándose en una luna de Venecia, ajeno á la extinción de quien le dió el impulso, seguía contando los minutos. Era un símbolo terrible de lo inconsciente triunfal y sarcástico, animado por la consciente mano del hombre. Las notas evocaban al desaparecido, que no dejó, en tantos años al ambiente, más rastros, que los impresos por el són de esa hora inmaterial hundiéndose en el espejo, lago de lo infinito imperturbable. Yo pensé: "Aun existe un movimiento de mi muerto, y solamente cuando cese, podrá él reposar del todo." Mi sensación alucinada fué de las que al perseguirse con la palabra huyen murmurando: "nuestro reino no es ya de este mundo"... Avancé hacia el reloj, y toqué la péndola; el corazón del recinto cesó de latir; el silencio más intenso precipitóse sobre la pausa, y el salón adquirió realmente la inmovilidad de un cadáver...

Esta vez la americana, por delicadeza quizá, no sonreía.

Reinó un instante de mutismo; después añadió el poeta:

— Yo me dejaría engañar hasta por idolopeyas forjadas por mí mismo. Así, una tarde, en el Museo Cívico de Bologna, me vi delante de un sarcófago etrusco. En su entraña, la mezcla grísea de varios huesos confundíase á la tierra. El cráneo, de frente aplastada y sin nariz, hacía una mueca horrorosa. Pero las mandíbulas mostraban dos hileras de dientes admirables, recordando que el vivero de bordes menos íntegros puede verter el agua más cristalina. Una joven de dentadura desportillada y esmalte ensombrecido, devoraba el puro marfil, con ojos de asombro. Era curioso aquel impensado mudo diálogo entre la vida y la muerte. Yo no podía definir mi sensación, cuando vi que, cerca, un granítico gato egipcio, sin perder su aire hierático, se reía de mí, de la calavera y de la mujer, pasándose la lengua por los hocicos...

— Decididamente no entiendo — dijo miss Hárrison.

Andrea, sin hacerle caso, exclamó:

— No sé dónde he leído: ¿cuál sería la expresión del artista, si de pronto las cosas hablaran? Ellas, que con su aspecto hermético, acusan tanta indiferencia mientras soportan su fatalidad, ¿no se burlarían del hombre que les presta el lloro de los seres, y no le dirían que más que observantes de la vida, son puramente espectadoras del vacío que amueblan y de la eternidad que consagran?

— Eso es de Rollinat—repuso Monfort, — también un perseguido por el alma de lo inanimado, es decir, por el signo de la muerte.

— Quien escribe de esas sensaciones se condena á tener poco eco. Me replicaréis que es mejor, porque leyéndose menos un poema, se profieren sobre él menos sandeces; pero debe ser triste no sentir las palpitaciones provocadas por nuestros propios ensueños. Cierta clase de poetas, reclaman lectores de parecido temperamento.

— Indudablemente, no tratándose de versos como algu-

nos de Coppée, verbigracia, que por decirlo así, tienen en su mérito el gusto del pan, se necesita una luz propia, que el autor no puede infundir al público. La poesía, arte como la pintura ó la escultura, no es para todo el mundo. Á veces, hasta hombres inteligentes desbarran de un modo lastimoso; leed, por ejemplo, las tonterías de Brunetière sobre Baudelaire, uno de los más intensos y profundos poetas del siglo. France hizo mal en defenderlo: hay obras semejantes á las rosas, que tienen ellas mismas espinas para los que no saben apreciar sus perfumes... Después, muchos artistas recuerdan á un mago que arrojara aromas en un desierto. Se las aspira y el vacío se puebla con todo un mundo de imágenes y de colores, encantador y gentil, sensual ó fantasmagórico, pero inconsútil é inefable. En estos casos, si el lector no posee una **experta** sensibilidad, el placer es nulo. Añadid lo que las relaciones ocultas de las cosas tienen de sutiles y de difíciles de expresar, aun analizándolas bien, y lo que el simbolismo resultante encierra de intangible, al tomar formas, por la delicadeza de las medias tintas, y comprenderéis que un anhelo de vulgarización sería vano. Otras veces, y ahí se cae ya en el extravío, las sensaciones rápidas y misteriosas no se reproducen con claridad, y al evocarlas se hacen confusas. Sucede como en los sueños: las más extrañas aproximaciones se combinan, con un fin palpable, y se ven luminosas; mas al siguiente día la reconstrucción es imposible para que el vecino de cuarto entienda, á pesar de dormir bajo el mismo techo.

— Y vos soñáis de esas cosas á veces?— preguntó miss Hárison.

— Y por qué nó? Imaginaos esto, por ejemplo. Os creéis una cuerda de arpa. Un alfanje suspendido avanza á cortaros y solamente el dar una nota os salvará de la muerte. Mano fantástica, de un cuerpo invisible, os comunica estremecimiento poderoso; pero el sonido no sale, y vuestra angustia, sin dejar de escaparse de la cuerda, es semejan-

te á la del alma que no puede gritar en una garganta afónica. Y las vibraciones, cada vez más mudas ante el arma cada vez más amenazante, acaban en un sufrimiento tal, que el terror mismo os despierta. ¿Sabéis cuál es la explicación? Saliendo de ver en la sala Didier la acuarela de una Geisha que blandía un alfanje, encontrasteis en la tarde de esa noche un ciego que rascaba en su arpa una especie de funiculi-funiculá, hiriente, extraño y angustioso.

Miss Hárrison volvió á sonreirse; Andrea intervino:

— Volvamos al escritorio. No me habéis leído aún el poema, y la hora de nuestro tren se aproxima.

Por un sentimiento de delicadeza, el dueño de casa no había dicho nada ambiguo á la que era su huésped. Dominó desde el primer momento su turbación, con formas de hervorosa elocuencia, cuando rozándole los dedos, mostró las fotografías, coloreadas por la verba de sus evocaciones. Pero ahora, viéndola mirar nuevamente los tulipanes y las rosas de la tapicería, exclamó:

— Á menudo, ante esos espectros, he pensado en la felicidad de armonizar dos almas en su juvenil esplendor, la úna como cáliz y la ótra como corola, de una misma flor perfumante. De modo que al fin de los años, en idéntica intimidad gloriosa, tras de haber juntado las energías, mezclen los recuerdos, hasta extinguir lentamente sus colores marchitos y sus aromas muertos.

Andrea no respondió nada. Pero oyó los versos con gran alegría, y al tomar la hoja, los releyó nuevamente, feliz como chicuela á quien regalan un juguete.

Glatigni y Letellier entraron. El músico, terminando una nueva sinfonía, había estado recluído, pero por su acompañante conocía las novedades. Saludó con ese placer que tienen en el rostro vivido, mientras el alma cansada goza de su propia postración, los que acaban de crear y sienten concluída la inquietud de los tanteos.

— Es menester — exclamó turbulentamente — latiguar

á este perezoso. Que deje el ensoñador vagabundaje y que empuñe la pluma. Los Pegasos que no se montan se vuelven Rocinantes: las alas inmóviles se oxidan, como las armas; las cuerdas de las liras se atrofian, como las voces. El poeta es de la milicia de Dios, y como días de jornaleros son sus días...

— Pero, señor, os equivocáis, aquí se trabaja — replicó la joven, tendiendo con un movimiento gracioso el poema.

Los amigos aplaudieron las estrofas de *Coquetería Póstuma*.

El músico agregó en tono cómicamente solemne :

— Pues que sois vos, señora, el hada, volved á las honduras al inspirado trasminante, y que nos traiga cargamentos de sus oros. Y bendita seáis por el milagro de haber muerto la ignavia de una alma pecadora.

Aunque sonreía á la entonación burlesca de Letellier, allá en el fondo de su espíritu sentía Andrea el orgullo de la lisonja. Y al retirarse, fué ella la que creyó esta vez no haberse separado jamás del poeta. Los años se abolían, y desde criaturas eran sus destinos, según su imagen, corola y cáliz, formando una suprema flor perfumante. Pronto la realidad presentóse. Entonces, á través de la melancolía, creyó ver brillar el reloj de Sajonia, y señalaban las horas mil monos tristes y risueños, semejantes á sus ilusiones muertas y á sus esperanzas nacientes.

X

Monfort se paseaba frente al pabellón de España. Habíase cansado ya de estudiar, en la señorial fachada, motivos arquitectónicos de la Universidad de Salamanca, del palacio de los condes de Monterrey y del Alcázar de Toledo. Había mirado cien veces el paisaje circundante. El Sena corría y, correntosa también, la multitud humana invadía la calle de las Naciones. Á la torre de Alemania, cubierta por una enredadera, se la veía partir, interceptada por un arco. Al otro lado, el pabellón de Mónaco, reproducción del palacio principesco, evocaba la ciudad que domina el mar desde su almenado monte. En la ribera del frente, el Viejo-Paris perdía los puntiagudos contornos de sus torres, envuelto en una ola de claridad coruscante. Después dibujábanse las blancuras del palacio de la Economía con reminiscencias de los Trianones. El templo de la Danza, dominando los invernáculos de la Reina, incrustaba en la azul porcelana del espacio su hada de biscuit niveo, mujer por la veste y ángel por las alas. Las bóvedas de cristal lechosas, llenas de humos y brillanteces, recordaban que bajo ese uniforme vaho de luna muerta, abrían las vivas flores tropicales sus partículas, prontas á convertirse en chispazos de sol. Y allá por sus bases, la multitud brujuleaba como aquí, á los pies y á los costados del poeta.

Éste observaba, sobre todo, la de las arcadas inferior-

res. Contenida en una ribera por las mesas de los restaurantes, y en la ótra por la línea de los bronceos vasos, iba en sentido contrario al río y acababa por marear, hipnotizadora. Deseábase, por lo menos, contenerla, lanzándola después en la dirección del agua, ya que era imposible arrojarla á las puertas de la Exposición. El roce de los miles de pies empolvaba el aire y estremecía, cual si los pedregullos rozados estuviesen unidos por otros tantos miles de nervios al cerebro. Monfort hallaba en las fisonomías irritantes hostilidades. No tenía que oír las palabras de la turba para sentir sus opiniones, cual pestilentes tufos que, sin hacerse visibles, volteam. “Es el desfile del público — pensaba — que no desea comprender á Maeterlinck y se precipita en el Francés á aplaudir *Patria*, el dramón de Sardou.” Pero otra causa exasperaba al artista. Sabiendo que Andrea iba á pasar por allí, quería encontrarla casualmente, y la multitud, cada vez más numerosa, imposibilitaba el ojeo. Ya no se hacía ilusiones de independencia: sentíase enamorado. El sentimiento que jamás experimentara, le maravilló al principio, quitándole un velo para dejarle ver en su alma rincones ignorados, llenos de misteriosa vida. Y ahora, sufriente, en expectativa ansiosa, se decía: “Siempre será lo mismo; mi espíritu ha de tener fibras vibrantes que la inquietud convierte en cuerdas de un salterio de angustia.”

Y la tarde seguía avanzando, y con el apaciguamiento de la cruda luz, herloseábase el soberbio espectáculo del Sena. Los palacios, á la distancia, perdían su aspecto nuevo, y su mezcla cosmopolita resultaba curiosa ciudad fantástica. El rojo, el azul y blanco de Servia, la media luna turca, las estrellas norteamericanas, la cruz amarillenta y roja de Suecia, y la azul-blanca de Grecia, los unicornios de Inglaterra, las águilas alemanas, la corona de Italia, los leones hispanos, todas las banderas del continente, flotaban sobre las cumbres en el aire diáfano, al

són de ráfagas juguetonas. Y el poeta las veía, azotando las brisas mismas, que las despleaban palpitantes, cual sus propias sensaciones...

Y además de los invernáculos, y del palacio de Mónaco, y del templo del renacimiento alemán, con sus guerreros y su reloj heráldico, y de los trianones principescos y de la señorial fachada española, y de las torres y fortalezas del Viejo-París sombrío, y del risueño vuelo del hada de la Danza, tendíanse las palmas de oro de la cúpula yanqui bajo la cuadriga de la Libertad; los domos austriacos, evocando los encantadores tintes de las copas de Gallé con gredas ardidadas de iridiscentes llamas; la torre alada de Koermocerbangue, en el pabellón de Hungría; la terraza de Persia, con columnas revestidas de espejos; la Kingston-House de Inglaterra, como trasladada de un fondo de Lawrence; las espirales, arcos y galerías de áureas concreciones y cretáceas masas de palidez azulina, de Servia; las estatuas y bajos relieves de la Grecia, entre dioses y pámpanos, en la restauración bizantina de terracotas esmaltadas; Noruega, luciendo, en campanarios estremecidos por carillones, las maderas que corren como ejércitos en la corriente de sus ríos; Bosnia, simulando un monumental harén, cubierto de mucharabieds misteriosos; Bélgica, no con evocación, sino con la presencia real del castillo gótico de Oudenarde, fantasma pétreo de la vieja Flandes; y el San Marcos de Venecia, modificado al trasplantarse, pero siempre lleno de las pompas y lujos de su cuna; y cien palacios más, hasta el Campo de Marte, y hasta el puente de Alejandro, ya brillantes, ya esfumándose en las lejanas perspectivas. En medio de la frescura que, descendiendo del aire con la caída del sol, parecía, sin embargo, subir de las aguas del río, cien campanas, mil músicas, un millón de rumores, en alientos exultantes de la feria, concertaban un himno alegre. Y allá en el fondo, bajo los puentes, surgió un cisne gigantesco, avanzando con suaves movi-

mientos en que había una mirada para cada edificio y un saludo para cada estilo, cual si trajese en su barca al mago que en una noche, con evocaciones de todo el mundo, había poblado las orillas del Sena.

— ¿No es cierto que á estas horas eso es bello?

Juan de Monfort, sobresaltado, dióse vuelta. Andrea miraba también el espectáculo. La acompañaba una dama extranjera. “No os la presento, porque no habla sino español; además, voy de prisa; debo comer con los condes Katfnich”.

El poeta dejó ver su gesto contrariado. Ella exclamó, con la sonrisa que Glatigni llamaba pérfida:

— Sería mejor que fuerais vos el invitado; así me libraría del fastidio.

— Pues no vayáis de ningún modo y así no comeréis con gente que no conozco.

— ¿Estáis loco, amigo mío?

Y prestamente se dirigió á su compañera, en castellano: “El señor protesta contra el sol; yo lo reconvengo, pues si incomoda en el día, el espectáculo reposante de esta hora resulta por lo mismo más bello.”

Después volvióse al conde de Monfort: “Decía á mi amiga que la caída de la tarde es aquí admirable... Ayer, desde la explanada del Viejo-París, vi el paisaje al lado de una niñita paralítica acostada en su carro. Por sus ojos se sentía pasar el entusiasmo melancólico con que miraba la intensidad de la vida. Á nuestra espalda, los cantores de Saint - Gervais, modulaban trenos de Pales-trina llorando sobre la destrucción de Jerusalén. Ante mí todo había desaparecido. Dominábame solamente la tristeza de aquella pálida criatura, en que el alma agonizante era luz de una bella lámpara de óleos evaporados. Y me pareció que sus párpados caían sobre sus ojos, velándole el Sena. Pero cual un espectáculo continuante, debieron aparecer en su reino interior nubes, aureolas y rostros de ángeles, que al seguir cantando el

cantar de Palestrina lo santificaban entre lluvias de rosas, fulgentes como los astros y melódicas como las notas, sobre una ciudad de murallas de cristal y de torres divinas de Esperanza, pues la niña, más maravillada, exclamó, con ingenuidad encantadora, al morir dulcemente: “Oh! la Exposición del buen Dios!...”

Monfort no pudo responder; saludándole con la última palabra, Andrea había echado á andar entre la multitud, que la tragó como un hirviente vórtice.

XI

Andrea no podía apartar de sus ojos el gesto, ni dejar de oír la voz que había protestado contra aquella invitación de amigos de su marido. En el coche que la llevaba á la casa, la escena se le reproducía, cada vez más precisa. La angustiaba la idea de que el amigo representase una comedia. La torturaba también el pensar que aquello pudiera ser cierto en él, preguntándose adónde irían, y temblaba de placer sintiendo su naturaleza más íntima transformada. Sufría al no tenerlo á su lado. Evocaba sus ojos renegridos sobre la palidez del rostro, convaleciente, al parecer, de una fiebre de más allá de la vida. Evocaba su alta silueta, elegante y nerviosa, no en realidad la de un hombre bello, pero sí con los caracteres más culminantes de la raza y de la inteligencia. Declarábase dominada y quería, humilde, sentir la fascinación de un amo que ordena. Ya formaba la decisión de huirle

y conservar honrado hasta el pensamiento, como súbitamente sentía ansias de prosternarse á sus pies y ser levantada entre sus brazos. “¿Y si me engaña — preguntábase — y ha tomado mis palabras y mis actos como los de una frívola coqueta, sin saber que jamás la culpa me echó una sombra, ni siquiera la translúcida que insinúa un vapor sobre el agua?” La esperanza, respondiale brotando en delicioso tumulto. Entonces su alma ardiente y flúida se le salía por el rostro, y ojos y labios se le espiritualizaban más, al contacto de la invisible caricia. Y mientras sonaba en casa de los Katfnits, murmurábase: “Es imposible que no me noten algo hasta en las líneas de mi cuerpo; ligera, vibrante, misteriosa, poniendo todo mi ser en torno de mi secreto, sé que tengo, al recibir su luz, una hermosura nueva.”

El conde de Monfort, por su lado, sentóse más tarde, con la idea de escribir el poema de Loie Fuller, y tiró la pluma, ásediado por la idea de que su amiga no comía con miss Hárrison. La celebraban, sin duda. La mesa animábase en torno de ella. Departía, iluminando todo con los extraños ojos, de áureas chispas y reflejos lunares, que mostraban así en su transparente verdor algo del mar y mucho del cielo. Y para él no era menester que hablase. Un movimiento de su cabeza, sus pensativos silencios, cualquier detalle le despertaba sensaciones indefinibles, cual relámpago que alumbra sin contornos precisos. Todo él se condensaba en ella. Una desconocida, persistente emoción disipaba su hastio. Los que fueron sus vagos amores espirituales, las mujeres del Renacimiento y del gran siglo de Francia, ya no le ilusionaban por sí mismas. Sobre la mesa tenía, la princesa Adelaida, la célebre de Nattier, encantadora Diana, flor del alba en gruta amorosa, y para revivir buscaba precisamente la voz de Andrea. Y si la Gioconda pudiera hablar, también con la suya daría inflexiones crueles y acarician-tes á sus labios de esfinge. Y Catalina Cornaro se la pe-

diría si quisiese concertar sus ideas con los inquietantes ojos y los espléndidos cabellos que le pintó el Ticiano. Esa voz era ¡sí! el prodigio que faltaba al misterio de los rostros geniales, mudos á través de los siglos. Ah! la voz, que añadía á los sueños alados un alma más inmaterial, despertando inextricables anhelos. Tsilla, aun en ese momento, desde lejos, invisible, se transformaba en hogar de su animación, como el sol que escondido tras de nubes impregna de lumbre las cosas. Su amor reciente, que parecía eterno, engendraba su propia naturaleza, para anonadarla ó infundirle ardores pujantes. Y se agitaba contradictorio, ya poniendo un velo triste sobre lo alegre, ya animando lo melancólico con inefable contento. Y lo sentía brotar en ondas de él mismo, arrastrando lo viviente de sus senos, y al expandirse reflejaba el mundo, en torno de la mujer clavada en el centro de esas aguas de la interna fuente...

Su espíritu, en aquel momento, quería escapárséle y besar en el aire la forma consabida: y él sufría tanto de saberla divirtiéndose en un medio desconocido, que deseaba que el espíritu no volviera, y lo dejara anonadarse en el reposo. Su angustia no era el muérdago uncido por casualidad al tronco, sino íntima savia del árbol, que antes de cuajar en flores ya le clavaba espinas en el corazón. Creyó oír la voz de Andrea: "Os equivocáis, aquí se trabaja." Recordó su rostro jubiloso al releer su poema. Y con rápido cambio, lleno de esperanza, tomó la pluma. Sobre el papel inmaculado aparecieron huertos y cuevas iridiscentes al borde de un camino. Y el poeta se dijo: "A la obra. Recojamos las rosas, arranquemos los diamantes. Á regar, á podar, á pulir; quíebrese la luz en pétalos y en facetas, y que sus horas se perfumen con mis flores, y que su frente se corone con mis piedras!"

XII

Desde la explanada del Trocadero veíase brillar un inmenso globo terráqueo, ilustrado con líneas azules y protuberancias de oro. Y el panorama surgía cual comentario viviente en torno de ese símbolo. Entre los verdores claros y profundos, tiernos y calientes, de la vegetación triunfal del fin del estío, echábase al aire la Giralda, lejos de su Guadalquivir, un tanto chillona con sus colorines nuevos. Sobre el lago y sus piraguas, las chozas del Dahomey se erguían, lindando con la radiante blancura de los dombos argelinos. El templo de Cambodge, custodiado por monstruos, dominaba las construcciones rusas y el palacio del Celeste Imperio. Las plantas enanas, cubiertas de flores exóticas, brillantes entre los iris azules, cercaban los filigranados muros del pabellón japonés, semejante á un inmenso cofre del Oriente. No lejos de las viviendas del Transvaal, donde dormitaban, junto al retrato de Krúger, coronas fúnebres y negras biblias, los teatros árabes dejaban caer por sus ventanas el esplendor de rojas tapicerías. Las cúspides, murallas, espigones acerados y hastiales del Viejo-París, interceptaban en confuso amontonamiento el paisaje, y sin que se viese el Sena, en la otra orilla aparecían los primeros palacios de las Naciones. Al frente, entre los jardines, tendíase el largo camino, dejando, bajo el arco de la torre de Eiffel, dibujarse en recortes el castillo de la Electricidad. Y encauzado por las

verduras, el desborde humano, sobre las sendas y el puente, iba más allá del río, á dispersarse junto á las columnas de agua que, translúcidas al embeberse los brillos de la tarde, esperaban la noche para exhalar lunares apotheosis.

Por sobre todo ese panorama, casi siempre blanco, y al sol, encegueciente, el antiguo París surgía envuelto en neblina lumínea. Y los velos, volatizándose, se fundían, dejando al expirar con la tarde, la sensación de ir serenamente descubriendo los objetos de un mundo augusto. El palacio de San Luis, la Santa Capilla, Nuestra Señora, gravitaban con todo el peso de su majestad gótica. El Panteón, en el fondo, aun envuelto en las evaporaciones, acusábase en una lumbre violácea que, sin llegar á neto color, se volvía humo transparente. Sellaba el nuevo barrio un gris venerable de eternal invierno, desafiando el pasajero fulgor de estío. A su sombra, escuelas, universidades, academias, laboratorios, lejos de la humanidad cancanera de la Exposición, seguían en su silencio de labor, que permite oír el himno glorioso de las piedras. Y más cerca, la cúpula de los Inválidos campeaba con sus destellos, pues el sol, abrazándola al hundirse, le ponía por despedida, como en otro horizonte, una rutilante aurora.

El general Bausson de Brienne exclamó: "Ese resplandor de oro dice á las construcciones blancas del mundo reunido: "los que aplaudís el genio de Francia en el curso de la paz, saludad también sus armas." Mas ¡ah! cuánto me temo ver reducida á la forma de un monumento, esa evocación del país grande y respetado. La anarquía pierde á nuestro ejército: los procesos de Dreyfus, y todos sus consiguientes cortejos de males, han roto su poder al trozar la unidad de sus esfuerzos. En su tiempo, aun admirándolo, yo no hubiese figurado bajo las banderas del usurpador que duerme bajo la cúpula de oro; hoy, el solo pensamiento de la posibilidad de un tal hombre, infunde ardores á mi enve-

jecida sangre. Una guerra, y una guerra triunfal, es la única salvación de nuestro pueblo. Creedme, vamos en la paz á una profunda y odiosa tiranía. Entre la tiranía de un Luis XIV y la tiranía de la chusma, no dudéis de que peor es ésta. Hemos retrocedido en todo, cayendo en agrios abismos. La Francia es un país católico; ésa es su verdadera y más antigua fuerza moral, entre la Inglaterra protestante, su eterna enemiga, y la Alemania, novel y no menos temible. Y esa fuerza que al parecer duerme, se revelaría como una conciencia en el peligro, más poderosa aún por el fuego que engendra la tradición y el recuerdo. En tanto, he aquí la desconsoladora verdad: somos hoy la primera potencia de segundo orden”.

— A nadie culpéis — respondió Letellier: — Vuestra intransigencia ha entregado el poder á vuestros enemigos, de manera ficticia, pero sólida. Soñar con un Orleáns es utopía. Yo soy más popular en las calles de Paris ó en los campos de Francia que vuestro Felipe. Nadie le conoce ahora. Soñar con un Napoleón, utopía también, pero menos ilusoria. La sombra del Emperador significa, cual vos lo decíais hace un instante, algo, en este país donde el penacho es como el muérdago, flor sagrada. Mas de cualquier modo, las ideas democráticas, aunque bastardeándose, han ahondado sus raíces. La verdadera revolución se ha hecho después de 1870. Y bien, ¿por qué no pensáis en una república conservadora? Renunciad á vuestras tradiciones políticas, reuníos todos con imperialistas, nacionalistas y otros partidos, y en un día ganaréis las elecciones. Eso será el único modo de lucha, verdadero y fecundo. Subir al poder sobre una revolución, es armar inmediatamente la contramina, y volver á la anarquía, entre aturbonadas pasiones. León XIII os ha dicho la gran palabra: la democracia es cristiana. Sabéis el camino. Renunciad patrióticamente al trono, y seréis dueños de la Francia, dejando vuestra estéril melancolía. ¿No es así, Marois?

— Yo no sé nada, ni entiendo nada. El país ha decaído

y eso, desgraciadamente, es lo más interesante. Quisiera un déspota personal, de genio, ya que vamos á la tiranía de las asambleas. El hombre es demasiado bestia para ser libre. De Maistre, en su tiempo, dijo, demasiado malo, suavizando el adjetivo. Cien años de lo que se llama libertad lo han probado. La política es como la carpeta verde, hace feroces á los hombres, que, por jugar, son capaces de vender hasta sus mujeres, y he acabado por creer que entre todo lo malo, lo mejor es la monarquía constitucional. Yo, hijo del pueblo, si fuese hombre de Estado, le daría mi voto, por amor á la Francia. ¿Por qué no? El hombre que vale, un Gladstone, un Cánovas, sube; entre una clase refinada, su inteligencia brilla mejor; él pone la vitalidad del talento nuevo, y el rey el gesto de su cultura vieja. Pero, en fin, eso no es posible. Los que gobiernan preparan la demagogia, y una minoría degollará el país; los partidos republicanos conservadores chillarán sin obrar; y vosotros, los nobles, seguiréis corriendo carreras de automóviles y ensayando todos los deportes, menos el del trabajo. Y como en mi aislamiento laborioso, no quiero que me llegue el escial aliento de la aristocrática sociedad, ni el vaho pestilente de las democracias, me repito el epitafio de mi amigo Pasteur, que duerme bajo otra cúpula, allá atrás de esa cúpula de los Inválidos: "Feliz quien lleva en sí un ideal y le obedece; el ideal de la patria, el de la ciencia, el del arte, el de las virtudes cristianas." Yo, señores, tengo el del arte!

— Feliz aquel que no oye nunca hablar de política— exclamó la señora Bausson de Brienne; y después, dirigiéndose á su marido: — ahora, amigo mío, comamos por lo menos en paz; prometed ocuparos de los países exóticos de la Exposición.

— Pues andando, al pabellón del Tonkín; yo no lo he visto.

— Tampoco nada de recuerdos militares. En marcha. Si no nos apuramos, no tendremos mesa.

Y la Generala, tomando del brazo á la condesa de Lu-neville, descendió las graderías, seguida por sus amigos.

Desfilaron entre los macizos de rosas, y los árboles, y las cascadas. Avanzaban en el momento en que parte de las gentes de teatros, templos y quioscos, tenía un instante de descanso, después de sus comidas. Y era aquello una Babel de lenguas, para los oídos, y de trajes para los ojos. Alquiceles árabes, uniformes siberianos, turbantes persas, feces turcos, peinetas de Ceilán, bombachas azules y rojas del Egipto, desnudeces de negros, sedosas ropas japonesas, trenzas chinas, mantos talaes indios, toda la balumba exótica, entremezclábase con la monótona multitud europea. Así vibraba la colosal bullente colmena, con abejas oscuras y colibríes coloreados. Y el aire vibraba también, perdiendo la última luz de la tarde, cual si en el crepúsculo, como astros, se encendiesen más los instrumentos y sus cantares. Modulaciones extrañas, orquestas conocidas, rumores disparatados persiguiéndose, se daban de trompadas, y armonizábanse en un turbión de sonidos, que por lo que balanceaba de irreal, parecía atormentar en un sueño. Á medida que se marchaba, el tumulto agrandeciase, y por las puertas, en ráfagas envolventes, los diversos clamores escapábanse más precisos, para fundirse en la sonora confusión anónima. Flautas y darabucas, llamaban á ver los juegos núbicos, persas y árabes, de la Noche de Bagdad, quejándose con aguda algarabía ante el lánguido mecerse de arpas en danzas de bayaderas. Estrépitos restallantes de gon, en flechas hirientes, saltando del zumbar bronceo, cual si el círculo fuese un arco, cubrían arpegios de cíngaros, que producían la sensación de espíritus arrebatados entre olas de playas desiertas. El ulular frenético de africanos combates, el rispido aullar de cobres y el lamento de los pergaminos, iban entre sonajas y zambombas, rumores de castañuelas, rasgueos de guitarras, mezclando las evocaciones del pelado monte del Dahomey y de la

vega andaluza, rebosante de viñas, ojos negros y flores sangrientas. Y las fuentes agregaban sus vergonzosos apenas oídos murmurios, escapados de la pintoresca gracia de volubles surtidores. Pero la luz del crepúsculo parecía amar sus aguas, que derramaban intensas frescuras, impregnando el aire aún lleno del diurno calor, con alientos que, al adormecerle, querían poner paz en la discordante zalagarda.

El conde de Monfort, ensimismado casi siempre, no tomaba parte en las conversaciones del grupo, y se encontró un instante al lado de Andrea. La turba vocinglera lo echó casi sobre la mujer, y su hálito sutil, entrándosele por las narices, dilatóle el alma y le llenó los ojos de lumbre. Aquel perfume, secreto no revelado, amasándose con su piel, formaba una mezcla, que era más que su nombre, tan propio como su pelo, casi una forma de su alma, sin duda, una luz invisible de su cuerpo.

Juan, cual si volviese de un vértigo, exclamó con acento ardoroso y sombrío:

— ¿Qué poeta ha dicho: os aspiro como una flor?

— Quizás vos mismo.

Y mirándole en los ojos, se fué hacia el grupo.

Llegaban al pie de la Torre de Eiffel. La algarabía exótica quedábase atrás, y otro tumulto corría por la altura. Campanas evocadoras de las melopeas aéreas de Venecia, enzarzábanse con las divinas danzas de alados cristales de los carillones de Flandes. Monfort les confió aquello que dominaba por no dejar ver: su repentino arrebató de contento. Y su alma era de bronce y sus nervios de cristal. Y todo su sér vibró en el cielo, cual si su misma alegría crease el aire ligero en que cantaba la sonora red palpitante.

XIII

Poco le duró aquello. Al entrar al Pabellón Azul, Andrea se le acercó y le dijo en voz baja: "He cometido un acto de tonta coquetería. Válgame de excusa que será el último. Olvidadlo y perdonadme." La sombra volvió al espíritu del poeta. La mujer quedó colocada frente á él en la mesa. Con perfecta, naturalidad, sin dejarse embargar por el menor cuidado, tomaba parte en las conversaciones. Letellier había dicho: "Sois nuestra espiritual chimenea; la gente se sienta en torno, y aun cuando no habléis, siente el calor y charla con brío." Monfort tramaba venganzas innúmeras contra la coqueta, y, al fin, comprendiendo su ridiculez, prestó atención á la crónica de Marois. Se hablaba del Schah de Persia. Vive trastornando al señor Croizier, y á su grave protocolo. Se decide una visita para las diez de la mañana; el hombre se duerme hasta mediodía, y no hay quien se atreva á franquear su puerta. Se decreta recorrer tal pabellón; las autoridades le esperan, pero en el camino se mete en ótro, y no hay quien le saque. Los guardias de honor se alinean á la derecha, presentan armas, y porque un árbol le interesa á la izquierda, se interna por allí y no hay quien le contenga. Sólo le preocupa la fotografía, olvidándose de las prescripciones del Corán sobre la efigie humana. Un ejército de repórters y fotógrafos le acompaña como una nube, y lo cerca de emboscadas: detiene el séquito, y se ríe como

muchacho en vacaciones, burlándose de códigos y etiquetas. Y á veces de otras cosas. Imaginaos que el día del atentado, aún el asesino no estaba del todo detenido, cuando preguntaba: “¿Han tomado fotografía del acto?...” No se puede negar que en el fondo de la niñería, algo de muy curioso levanta el dicho hasta hacerlo elegante.

— ¿Lo habéis visto de cerca? — preguntó la Generala.

— Nó — respondió — Marois.

— Yo sí — dijo Letellier — la otra noche en el Nuevo Circo. Es posible que las pruebas, para nosotros viejas, aunque hay dos ó tres que pueden interesarnos aún por lo arriesgadas, para él fuesen nuevas. Mas en toda la noche no hizo un solo gesto que significase curiosidad ó placer. Es la imagen del hastío. Su fisonomía abotagada, sus ojos fatigados, su piel marchita, el todo, dicho sea de paso, muy desagradable, le muestran como un sátrapa que ha vivido varias vidas, y se cansa hasta de mirar el aire. Me olvidaba de sus bigotes colgantes que, como no se quita nunca el fez de astrakán, parecen las correas del gorro sueltas.

— Visto en esa forma — exclamó Andrea — no evoca los emperadores-ídolos, que en su esplendor de Ispahán, ha descrito nuestro amigo Monfort.

— Sin embargo — repuso el aludido, que más que gana de responder amablemente sentía ímpetus de reñir por su tono irritante de camaradería afectuosa — yo estaba también en el circo, y un detalle, si no me hizo pensar en el lujo de su trono, me recordó el encanto de su palacio.

— ¡Ah! sí — interrumpió Letellier. — Ya sé: aquella rosa que á cada rato llevaba á sus narices, y con que golpeaba suavemente el antepecho del palco.

— En efecto. Es el mejor cetro que puede empuñar, para los que conocemos los jardines de su casa; los jardines de sus ciudades; los jardines de sus cementerios. Su país es el reino de las rosas. Las kasidas de los poetas nacen y cantan en sus brillos. El sol tiene un gozo especial en

alumbrar aquel rincón de la tierra. Chiraz, Ispahán, Teherán, duermen y sueñan en lechos de rosas, se tejen diademas con ellas en el día, muestran su vida, alegrada por sus colores, y su muerte, embalsamada por sus perfumes; y así, esos nombres, de aroma y matiz, quedan en la memoria, balanceándose cual flores en un tallo... ¿Pero esta noche viene en verdad el Schah á la Exposición?

— Á las nueve llegará al Campo de Marte.

— Que apuren los postres— exclamó el General;— ya que estoy aquí, quiero ver. Ea, mozo, las frutas, el café, los licores.

Mas por una pregunta de la condesa de Lugneville sobre el fez negro del soberano, Bausson de Brienne halló medio de enjaretar el turbante blanco de Abd-el-Kader, y se lanzó en plena guerra de África. Como la Generala viese el interés de Marois y de Andrea, que oían por la primera vez los relatos, no se atrevió á interrumpir. Pero Monfort, que los sabia de memoria, se puso á mirar, entre la tiniebla de los árboles, el nacimiento del Palacio Luminoso.

Los reflejos internos hacían profunda una fuliginosa placa de agua, surgente entre los sombríos encajes de los sauces que, temblorosos en la linfa, mostraban sus espectros de filigrana hosca, atravesados por trémulos derretimientos de oro. Y éstos, perdidos en la infinita hondura, querían transformarse en una torre, en un templo, en un palacio. Llovían centellas, y en el azogue movedizo del agua se agitaban en un cielo de muerte, renovando su esplendor agónico. Y al alzar los ojos dibujábase una gruta; y sobre la gruta un castillo. Abajo vivían los gnomos, y arriba, sin duda, el hada. Veíase por la boca abierta, entre el llanto de las estalactitas inmóviles, el júbilo de los habitantes inquietos. Eran obreros en vidrio. Ardían los globos purpúreos, buscando las formas caprichosas del mágico soplo en la inspiración de los tallos. En sus términos se abrían cien flores de fuego. Las sombras palpitantes se estremecían así, y la carquesa transfigurábase

en jardín, y sobre él formaban una corona, en terraza de prodigio, las escaleras de ónix, surgentes de la tierra al ras de su fauce. Allí, el castillo erguiese con sus muros de alabastro lucinocto, y como á princesa enamorada y prisionera, encerraba en su interior, la luna. Esbelto, fino y misterioso, servíanle de puertas cortinajes de terciopelo azul oscuro, semejantes á pedazos del espacio mismo. Súbitamente, en la transparencia ideal, encendiéndose rubies y turquesas: los seres fantásticos de la gruta lo invadían. Y el palacio era fragua, y del yunque, con las piedras preciosas, partían flores y estrellas, llevando por lema: "Á cubrir la tierra, á inundar el cielo". La extraña radiante cúspide tocaba el firmamento con las alas inmóviles de una Quimera. Y no contenta con robar un rincón á la noche, quería matarla, pues disminuyendo su pálido fulgor y aumentando sus iris, transformábase en aurora de divinas ágatas.

— ¿Qué miráis con tanto interés? — exclamó la condesa.

— El Palacio Luminoso. La fiesta debe empezar.

En efecto, sentíase el movimiento de sillas y de mesas, y la Generala se puso en pie, saliendo con sus amigos. Ya los restaurantes de la Exposición vomitaban sus comensales sobre el Campo de Marte. Los palacios, en todos los puntos del horizonte, vestidos de turquesas, de rubies, de amatistas, de esmeraldas, presentaban los homenajes de la tierra á las estrellas del cielo. La Torre de Eiffel, poniendo su linterna eléctrica en las nubes hialinas, absorbía toda esa savia de lumbre floreciente en los encajes de su silueta. La masa del Sena corría palpitante, y en su profundidad los oros proyectados, sin hundirse, la convertían en volcán de mudos resplandores. Cada palacio, con sus mismas chispas y centellas inmóviles, dibujaba sus contornos, de manera que daba á un pedazo de sombra la expresión de su fantasía. En las calles, los arcos formaban avenidas de castillos hadaicos, concluyendo en los muros forraños erizados de ignitas flechas.

Las fuentes de agua, con hervorosas espumas, parecían espectros lunares, danzando como en las leyendas tesalenienses, al són del canto de sus hechiceros. Las alamedas y los frútices de los parques lucían hojas y flores encendidas. Por los aires cruzaban fuegos artificiales de ápteros revoloteos, con estallidos iridiscentes, para concluir en eléctricas lágrimas de plata. Y sobre la ciudad y el río los incendios de matices diversos, cual los carbones rojos de un incensario que dieran uniforme nube blanca, condensaban un aliento visible de claror difuso, tan potente, que invadiendo los espacios envolvía las estrellas.

Sobre el Sena apareció una procesión de góndolas. Asaltaban reminiscencias de las fiestas de los Duxes, en honor de Enrique IV. Como en el poema de Hugo, la estatua del rey parecía dejar su miradero de inmortalidad, pero presidiendo alegrías en vez de rugir ante los tronos debelados. Y avanzaban, con guirnaldas de faroles, sugestivas embarcaciones pobladas de sombras espectrales. Los grupos, al aproximarse, bajo las luces del camino, aparecían en su realidad, vestidos á lo Renacimiento, acompañando sus cantos con románticas bandolinas. Por el otro lado, al encuentro de esa gloria del fuego, salió un fantástico triunfo de la nieve. Halaron los barcos blancos. Y de mica eran sus mástiles, y de nácar sus baupreses, y de alabastro sus cofas, y de plumas de cisne sus tiendas, y de marfil sus remos. Venían del Polo, con todos los misterios del hielo, y su immaculado albor resplandecía más al rozar las góndolas sobre el hervor áureo de las aguas, y bajo los prismas disueltos de los aires. Las procesiones se confundieron entre estallidos de músicas, y los convoyes escalaron el puente. Los huéspedes de los mares, blancos y policromos, se fueron á buscar á los habitantes de la tierra. Y éstos se movieron uniendo los atributos de la fecundidad á la apoteosis del color. Adelantaron así los árboles del

parque. Formaban una selva fantástica como la profética del Macbeth, pero no era de dolor y de exterminio, sino de júbilo y de encanto. Las ramas, hechas de crisoberilos y crisoprasas, lucían desde el verdor tierno de las manzanas al radiante de las esmeraldas. Y las frutas colgantes, y las flores abiertas entre las hojas, eran una explosión de pedrerías; y por sobre su destellar, cual realizando sus sueños, iban y venían enjambres de luciérnagas, añadiendo á sus matices, alas...

La multitud aclamaba con entusiasmo el paso de los cortejos. Cuando, juntándose, construyeron uno solo, un alarido enorme invadió el espacio: ¡viva el Schah de Persia! La Generala y sus amigos dirigieron allí sus ojos. El déspota, complaciente, sonreía á la muchedumbre libre. Estaba ante el gran arco de los pabellones de Argelia. No aparecía trasojado, como en el circo. Brillaba arrebol en sus mejillas, untadas de colorete. Su pecho fulgía con la constelación del León de Oro. Y por un momento, en la hermosura del festival, ilusionó cual fabuloso rey de las *Mil y una Noches*, y su estrado era el trono antiguo de los Mogoles, donde convertido en ídolo para su pueblo, surge cubierto de diamantes, sobre tapiz de perlas, y fumando un kalyan de parada, que en vez de fogotes tiene ardientes rubies. ¡Viva el Schah de Persia! El grito perdiase ahogado ahora, pues las olas humanas movíanse afanosas, cortando por avenidas, para salirle al encuentro.

— Vamos hacia el Castillo del Agua — exclamó el General — ó esta turba va á aplastarnos.

Y el grupo tomó hacia el Campo de Marte. Todo el cielo, en aquel instante, se incendiaba entre estallidos como un solo haz de fuegos. Y envuelta en claridad temblorosa, pues el aire parecía un cristal reverberante, la Torre de Eiffel, dueña de maravillosa crisopeya, trasmutaba en oro su armazón de hierro.

En el fondo, los altos curvos encajes del gran Castillo, proyectándose por entre los titánicos arcos de las patas

del monstruo, construían arabescos para que las nubes enredasen visos.

— Oh! cuánta luz, cuánto matiz, cuánto contento!— exclamó Andrea, junto á Monfort.

Sentía, en su entusiasmo nervioso, una plenitud de sensaciones, mientras el gozo de vivir escapábase de las cosas, de las almas y, al parecer, de las estrellas. La sobrecogían deseos de apoyarse en el hombro de su amigo y de gritarle: “Exprimamos esta hora que nunca más volverá.” Enternecimientos inefables molificaban su corazón, y herían su mente soplos de espiritual belleza, con los prestigios del parque ignivomo, en la atmósfera del sueño de una Noche de Verano, oyendo reir á Puck y cantar á Titania. El poeta repuso: “Merecéis palabras agrias. Amáis hacer sufrir. Pero confieso que en las fiestas del fuego nada hay comparable á vuestros ojos. Todos los tesoros del Schah no tienen esas dos gemas. Veo á cada instante en su verdor de sombra, salir de no sé qué honduras, ó venir de no sé qué cimas, reflejos astrales de oro.”

— Á la derecha, á la derecha! — dijo la de Lugneville, que iba al lado de Letellier.

— Sí, hay varias sillas — gritó el General.

Y la banda se rehizo, con Monfort mal humorado y Andrea pensativa; todos se sentaron ante el Castillo.

Arriba, en el fastigio del arco más alto, donde debía estar su pensamiento, erguida, sobre la combinación de los arcos laterales, reinaba una Estrella. Dibujábase en su centro un nicho gigantesco, cuya bóveda evocaba el ábside coral de las catedrales, y en cuyo misterio aparecían imágenes decúbitas, pero de diosas mitológicas. Por fuera, las randas, alicatados y ajimeces, hacían pensar en las foceifizas de una Alhambra interior. Mas en vez de mosaicos vitreos, irradiaban estalactitas llorosas, y la iluminación convertía el nicho gótico y el alféizar árabe en gruta hontanar. Y eran hontanales las fiestas que el color celebraba entre grutas, arcos, estatuas y graderías.

La Estrella resplandeció roja, y las cresterías, dibujadas en el cielo, fulguraron granates. El lagrimear de las estalactitas se transformó en hacina de dionisias escarlatas. Los trastumbantes torrentes de agua, que por sus impetus formaban bóvedas, salieron encarnados, y, al fin, translúcidos, dejaron ver las graderías vitreas con tapices de reverberaciones purpúreas. Los cientos de surtidores que en el estanque formaban pintorescas colinas, se volvieron de carmín, rebotando sobre un lago de sangre. Era curiosa la atracción del contraste de ese incendio de la frescura. Los celajes ferales del más sombrío poniente desaparecían devorados por las vivaces albas rojas de las volutas; el fuego de los volcanes y los carbones ignitos de las fraguas, en luchas de ciclopes y en trabajos de hombres, corrían aventados en avalanchas de espumas; las magníficas púrpuras de las cortes fundíanse con la carne de las simples rosas y el vino de anacreónticos manantiales; y el esplendor de la sangre hablaba de batallas y de amores, de la vida y de la muerte, en frenético soplo de la tierra y en bocanada del infierno.

Repentinamente, la Estrella volvióse un zafiro. La gruta se estremeció con el culebreo de mil arterias nerviosas de divina azul fosforescencia. Todo el castillo se transformó en cielo. Las bóvedas cristaladas, más que con el color, reverberaron con la luz de un inefable añil, y las espumas trocáronse en celestes remansos, al influjo de una mañana en que las aguas eran rocíos de auroras. Suspirantes, entre torbellinos sonorosos, los murmurios lograron imponer sus serenas voces de paz, en aquel riente júbilo, propicio al acento de sus llamas idílicas. Y la Estrella se hizo una esmeralda. Al azul del cielo sucedieron valles, praderas y bosques. Las aguas parecían hojecer resplandeciendo. Después un metálico albor corrió por sus crestas líquidas. La luz cabrilleaba en piedras preciosas disueltas. Las honduras poblaron sus recónditos misterios de visibles algas. Fantásticos tucos, en miriadas de

ojos verdes, iban alados sobre flores que vertían ponzoñas de voluptuosidad y de muerte. Realmente, toda la vegetación fosforecía bajo los muros de cristal de un mar legendario. Y al fin, las aguas retenidas, estallantes, saltaron en olas, con reflejos de inmensidad, con visiones de infinito, y sus sirenas decían en coro: “¡Feliz quien hace de su ensueño un Leteo y huye de la vida! ¡Feliz quien comprende cómo la dicha de vivir está en no pensar!...” El acento extinguióse al volverse la Estrella una amatista. Las aguas respondieron, al infinito del mar, con un anhelo religioso de la tierra. Y moradas y violetas, con reminiscencias litúrgicas de sagrados mantos, se precipitaron y subieron, evocando los himnos de Marbodio á las piedras simbólicas. Y la Estrella, anaranjándose, se transformó en sol, y la gruta se hizo un hogar de esplendor. Bajo los cortinajes translúcidos aparecieron fabulosas minas; las columnas ascendentes eran cipangos espumosos; y los gnomos que, convertidos en buzos, hundíanse trasteando el oro, salían cubiertos de topacios. Después los colores se sucedieron en tumulto. La Estrella pestañeaba con un vértigo de relámpagos y las aguas le obedecían con reflejos esclavos. Las notas del matiz buscaban el acorde supremo en la lira fontal. Al fin, el sol se transformó en luna.

Majestuosamente, cayó sobre las aguas el manto melancólico de un esplendor de nieve. La gruta se vistió de nácar, y el nácar, vertiendo las lágrimas de su mal fantástico, se cubrió de perlas. Las colinas encontraban su verdadero reino en el fulgor hialino de su riqueza. Las graderías se escultaban en carámbanos de hielo. Los encajes de arabescos encendían diamantes. Pero tras la fiesta iridiscente, aquello, con el frío del recuerdo, significaba el triunfo del color de la tristeza. Se diría que los murmurios de los surtidores, bóvedas y manantiales cantaban el resultado de la vida. Entonces, en la luna, en vez de dibujarse montes vaporosos, apareció una mujer brillantando-

se hasta esculpirse en definitiva estatua. Era Eva, vibrando sobre las primeras aguas, después de la culpa; Eva, concentración de todo, vertiendo el albo fulgor que le servía de nimbo. En ese resumen el sol, recuerdo de llamas, transformábase en frío reflejo. Y en el reflejo palpitaban inquietudes y anhelos humanos, pues decía á las almas, infiltrándoles su claro de luna: "El sol toca la tierra, yo los corazones; él madura las mieses, yo la melancolia." Y las aguas, de palidez misteriosa, con su color de tristeza, con su trémulo cristal de lágrimas, seguían arrullando á la mujer viviente, desnuda sobre el trono del astro muerto.

Los frenéticos aplausos de la multitud pedían la renovación del espectáculo. La condesa de Lugneville propuso subir á la Torre de Eiffel; y con Letellier, Monfort y Andrea, dirigióse al coloso, dejando á los más viejos, que no querían abandonar las sillas.

El poeta pudo decir á su amiga: "Vuestro simbolo de Versallés acaba de reflejarse sobre el cielo. Teniais razón. La mujer impera con la blancura de las estatuas: vistiéndola, nos engañamos, y si volvemos á la realidad, aparece como en la fantasía de la fuente: fundiendo los colores en la palidez del sufrimiento."

— Habéis caído en manos de una Salomé. ¿Teméis perder la cabeza ante sus diabólicas danzas?

— No en el Evangelio, en Paris vivo: aquí donde recordáis la tristeza de los lirios.

— ¿Y por qué los lirios son tristes?

— Porque perdieron su primitivo perfume al perseguir un ensueño intangible. Y el hombre es tonto hasta creer que esa transparencia de lágrimas hechas pétalos, les viene de la nostalgia del perfume evocado. Todo, obra de nuestra imaginación: así la melancolia de ciertas amigas cuando contemplan, por ejemplo, un castillo de agua.

En el rostro de Andrea apareció la sonrisa que traicionaba su dicacidad. Monfort se adelantó: "Por favor, no digáis nada"; pero ella repuso: "Deben ser muy tontas las

mujeres que os inquietan cuando no tienen más que los regalos de vuestro espíritu.”

Llegaban al pie de la torre. Pronto el ascensor los llevó al primer piso, de espectáculo emocionante. Un río de oro culebreaba entre los palacios encendidos de una ciudad de fábula. Era el delirio de la exaltación del fuego. Los castillos se confundían con las vegetaciones, y por el lado del pabellón de Siam brillaban como bosques de araucarias gigantescas. Y de pronto, la tierra ardía con las lavas de un volcán, que adquiría contornos de buques, árboles y edificios, para con frenesí chisporroteante acabar en hervidero de luces de Bengala. Legiones de flechas cruzaban por la plataforma de la torre, cual si quisiesen hacer blanco en las estrellas, y deshacíanse impotentes en flecos, caireles y filigranas, iluminando con sus iris puntos fantásticos del firmamento.

En un rincón, al amparo de la caseta del fotógrafo, Monfort decía con voz ardorosa y grave:

— Mirad otra vez la fuente y su estatua en el nimbo lunar. De allá abajo, parecía inaccesible por alta; de aquí lo parece por baja: da la sensación de que se la persigue en vano.

— Por favor, hablemos de otra cosa.

La soledad de la altura, el aislamiento y la misma belleza del espectáculo, hacían temblar á Andrea. Después cambió de tono, queriendo ser natural.

— Veamos qué habéis hecho en estos días últimos.

— Vagar por las calles entre el maremágnum de inglesas, rusas, españolas, alemanas y entre las mujeres exóticas de todas partes del mundo. Buscar en ellas una sonrisa, el fulgor de la que adoro. Morirme de hastío y de tristeza al no verla, y resucitar por la esperanza de encontrarla. Y sin embargo, cuando la miro, cada hora que pasa, me deja un peso doloroso. Mi espalda se encorva. Nadie oye el grito de mi angustia. ¿Por qué no poder fundir con su vida mi ternura, sin destino, como esos

fuegos en el aire? ¡Ah! qué fiebre metió en mis venas, en mis nervios, en mi alma, y cuál me persiguen sus potentes ojos, que cantan ó lloran, que desgarran ó sonrien!...

Andrea, anhelante, quería irse; pero el acento del amigo la paralizaba. Y envuelta por el festival ardiente y la voz vibrante, en una misma sensación de embriaguez, exclamó:

— Feliz mujer! ¿cómo se llama?

— Tsilla, la huéspedada del Sol, la hija de la Tierra, la ahijada de la Aurora...

— Comprendo vuestro sufrir: es inaccesible en su leyenda.

Con imperioso movimiento oprimió Monfort sus manos. Hasta la sombra de la proyección del taller palpitaba. Y una voz angustiada de hombre murmuró: “Decidme si me amáis un poco”; y una voz desfalleciente de mujer repuso: “Amaros, nó; os adoro”.

Y todas las luces de la noche, los rumores, los estruendos, las alegrías, se convirtieron en sacudimiento armonioso de dos almas. Y como oyeran detrás las voces de sus amigos, aproximándose al ángulo, los evitaron ascendiendo por la torre. Abajo, la fuente y los palacios metamorfoseábanse en vivas constelaciones de un rincón de resplandores, y desde Montmartre hasta Neuilly, el inmenso París era, con inmóviles vías lácteas y pestañeantes planetas, imagen colosal de un cielo volcado y restablecido. El Poeta marchaba hacia los astros con Tsilla, y Monfort y Andrea, entre un firmamento cierto y otro quimérico, ascendían la escala de oro de lo infinito. Y en la noche, como en la leyenda, iban camino del sol; y tomados de la mano, miraban ebrios el universo, sintiendo por vez primera latir sus corazones con la misma sangre.

XIV

— Ah! qué sufrimiento aguantar esta gente amiga que, sin separarnos, nos aleja.

— Por eso mismo, venid á mi casa. ¿Por qué no hacerme una visita? Sobre todo ahora, que debemos ocuparnos de la exposición de vuestros cuadros. El pretexto es tan fácil!

— Miss Hárrison parte en la próxima semana y yo quedaré más libre. Pero ir á vuestra casa, jamás. A no ser que juréis poner entre nosotros un metro infranqueable.

— He aquí lo que juro: Mis ojos, llenos de ternura, buscarán los vuestros; mis manos apasionadas buscarán...

— No prosigáis. Se acabó el proyecto. Tanto peor para vuestros monos de Sajonia, dispuestos, sin duda, á señalar una hora delicada.

La yanqui interrumpió el diálogo. Venía entre cuatro amigos que hablaban francés con el acento de cuatro diversas lenguas nativas.

— Estoy harta de poleas y cilindros. Para ver esto no se sale de Nueva York. ¿De qué lado está la Exposición del Libro?

— Si queréis seguirme, llegaremos en tres minutos.

Cruzaron por entre las máquinas. Palpitaba en el inmenso espacio el hervoroso astilleo de rayos confundidos y escapados de ruedas, volantes y émbolos. En atmósfera de fuego, polvo y sol, estremecida por horrisona tre-

pidación, cruzada por las flechas ensordecientes de los silbatos, herían todos los espasmos, movimientos y fragores del acero, del bronce, del hierro, agudos y roncós, graves y ríspidos, con explosión de relumbres, apagadas ó saltantes. Era inhospitalario y atrayente.

— Vaya una sinfonia — exclamó el señor Olmasof, ru mano de nacimiento, bello de profesión, propietario de una barba de Moisés, cuidada por manos apolíneas.

— Extraordinaria — dijo Monfort. Y viendo los ojos de asombro de los que temían que se burlara, añadió: — Si observáis bien el espectáculo desde una de estas barandillas, comprenderéis que no exagero. Cada máquina, resolución de cien problemas, tiene en el fuego que la mueve un símbolo palpable del numen invisible que la ha construído. Es así la forma de un talento, y tan maravillosa como lo es del instinto una colmena. La cosa, por común, parece hoy sencilla; pero no por eso menos extraordinaria. Y detrás del instinto de la abeja, vibra una inteligencia, de que el insecto es idea: inteligencia que está en las leyes, lo mismo en el agua ola, que en el agua nube. Y como aquí, por la visión de las perspectivas, ruedas, palancas, émbolos, llevan movimientos contrarios, á poco que se les ve volteando en sus órbitas, sin tocarse, el espectáculo se magnifica. Giran como astros, con anillos y satélites; hay estrellas más fijas; hay cometas que avanzan, y al fin rigen á los complicados movimientos las armonías de un orbe nuevo. Una mente soberana gobierna con su aliento; y las trepidaciones, y los silbos de los monstruos son la voz de ese poder, y así el resuello más brutal se transforma en arpegio de la suprema sinfonia... Y venid al caer de la tarde y la sensación es más curiosa. El espacio de sol, los rutilantes visos de polvo, cambian en la palidez eléctrica de mil focos, y los fuegos chispean más vivaces, y fantasmagórica exaltación sacude las poleas, y el movimiento de los volantes parece enloquecerse al sumergirse en misteriosas atmósferas. Estas pa-

sarelas, puentes y galerías se antojan de un buque moderno, convertido en fabuloso por nuestras ansias mentales. Buque colosal, lanzado en contra del tiempo, para llegar con todos sus fragores al silencio de la selva primitiva y despertar al hombre prístino, más cercano de su origen pidiéndole una verdad que mate la obsesión de sus dudas. Si ese hombre responde, la amazón de hierro ya no entiende, y no puede repetir, y sólo nos queda á nosotros el tumulto del ruido, creado por el espíritu, mientras la sensación del viaje se desvanece.

— Mi querido amigo — dijo miss Hárrison — no todos tenemos vuestra imaginación; razón por la cual nos aburrirnos á menudo. Pero espero que, mirando los libros, se nos despertará un poco, sobre todo, lejos de esta... hermosa sinfonía.

Y, siguiendo al poeta, dió la señal de la partida.

Cruzaron por la exposición de sederías. “Después del fulgor hiriente de los aceros — exclamó Andrea — estos colores tenues son como bórax para los ojos”.

El mutismo de los iris moribundos ó fúlgidos, era otro contraste con la infernal algarabía de los volantes lanzados y de los hornos ardientes. Y en el paisaje tranquilo de los escaparates, ese silencio parecía dar á los timpanos, aún sobrecogidos, una calma adormecedora que tenía de la tersa suavidad de las telas.

Al llegar, la muchedumbre separó al grupo, y Monfort pudo aislarse con su amiga. La Exposición del Libro comprendía su historia.

— Supongo — dijo aquél — que esta vez tendrán en qué entretenerse. Cada época resplandece en un volumen. Sin necesidad de leer el texto, la encuadernación, los caracteres, las figuras, dan la sensación de diversos periodos. Mirad ese *Dafnis y Cloe* de Jouvert: parece realmente hijo de Grecia, fresco como un pámpano; una cigarra canta en su verdor la gloria de las próximas uvas. Por ahí andan *Les soirées de Céline*, de un messire Boulanger,

artista de la época. Los encajes de Brujas, engarzados á su tela, entre camafeos, hacen charlar á las pimpantes heroínas de Marivaux. Á la derecha, horas góticas, brevariarios, misales, grabados á punta de hierro, en compartimientos de filetes, tienen algo de la sombra de Luis XI. Las encuadernaciones de Lefebvre evocan los cuadros de David; esos libros se leían bajo las flechas clásicas de las Sabinas. Más allá, úno de Verard recuerda los estrépitos de colores de la Toma de Constantinopla; el genio romántico de Delacroix se ha impuesto. Otro paso, y Camille Martín, con sus carátulas atormentadas, como sueños de Rop, habla del soplo simbolista moderno. Así la historia literaria se junta á la de las costumbres. Observad aquí, bajo nuestros ojos, este curioso libro de Goltzs: ¿no hace pensar en un ataúd y en una góndola? Cubre, en efecto, versos del Aretino y exhuma á Venecia con un antifaz de carnaval, que puede ocultar el amor ó el crimen.

— ¿Por qué no escribis un artículo? La documentación es rica, y la tarea agradable.

— No tengo ánimo. He olvidado que hay en el mundo tinteros y plumas.

Y Monfort, mirando alejados á los acompañantes, agregó:

— Anoche os pensé dormida. Es el mejor modo de evocaros. Así, no decís nada incómodo... El movimiento de vuestra respiración lo era de un poema no escrito: tenía el ritmo de lo que inspiran vuestros ojos. ¿Cómo encontrar la relación sutil de esas cosas? Mostrabais flotante, entre los labios y los ojos, una sonrisa, expresión del sueño, feliz, porque os tocaba. Eclipsabais la placidez luminosa de la Antiope del Corregio; de tal modo ofrecíais fundidos lo humano con lo angélico. En esa inconsciencia del reposo, vuestra alma infantil, el alma de Matzuyama, visitaba vuestro rostro de mujer, y viéndole cambiado y evocando el suyo de niña, se enternecía. De pronto os creí la Bella del Bosque Durmiente. Y como el

huso de la vieja, os hiriera de criatura, habíais crecido en el castillo de Abriseaux durmiendo en la cámara de Mignard. Nadie había tocado vuestro cuerpo, ni siquiera visto vuestra cara. Sólo el aire hechizado, entre la decoración caprichosa, al recoger vuestro aliento rítmico, daba inefables alas á su silencio. Y yo era el príncipe predestinado. Si delante de los servidores y bestias atargadas, sofocóme el asombro; delante de vos, tenía que contener mi entusiasmo. Y vuestra sonrisa me hizo meditar: ¿en qué puede soñar una mujer que hace tantos años duerme? ¿En el último sol que viera? Sin duda. Después me dije: Cuando se durmió, el sol iluminaba un rosal, y su imaginación corre á ver si también ha crecido. Debe de brillar más hermoso, con el mismo amor á la vida, que tiene el pensamiento sobre su rostro. Una vez delante de la planta, creí que le preguntabais: “¿Dónde está la mano que te regó, y dónde el manantial que te brindó sus aguas? Quiero beber en el cauce cristalino. Quiero saber si los labios de tu cultivador tienen esa frescura, y si exhalan tu perfume, y si son del color de tus rosas”... En este punto, imperceptible suspiro salió sin causa de vuestro pecho, buscando lo que en un ensueño se oculta de infinito... El príncipe, entonces, os despertó emocionado: “¿Pediais á la planta el nombre de su jardinero? Sus flores emulan la llama, por nacer de un pensamiento de amor, y yo soy dueño de los rosales del mundo...” Vos respondisteis: “Príncipe mío, cuánto has tardado!” Ah! si eso pudiese acontecer... Decís que nunca amasteis: luego os despertaría dos veces. Sois un violín en el silencio; un cofre que guarda preciosos perfumes; una fuente oculta en senda desconocida. Cuántas armonías, cuántas sensaciones delicadas duermen en vos: pájaros que esperan el aliento vivo del aire para estremecerse y batir el vuelo. Y tengo miedo. Siéntome incapaz de entrar, por ejemplo, en esa senda, y de ser digno de beber en la fuente, con la claridad del cielo, la armonía del murmurio... En tanto, fui yo

quien se durmió de verdad, mirando vuestro sueño simbólico. Quedasteis allí iluminándome dulcemente, como la lámpara de alabastro en vigilia. Y al abrir los ojos esta mañana, os hallé al pie de mi lecho, siempre hermosa y siempre inteligente. Mi corazón, obsedido, es linterna mágica, y os proyecta sobre todo, como que sois su cristal. Horror! Por dónde caigo en una imagen de física. Basta...

Andrea, con el puño de su sombrilla, le tocó la boca, haciendo el gesto gentil de tapársela.

— Oh! mi pobre loco!

— ¡Cuidado!

El Apolo de la barba hebrea se acercaba, y esta vez se les juntó para no abandonarlos en toda la tarde.

XV

Miss Hárrison, fatigada, entre sus baúles llenos, prontos á cerrarse, pues partía en la siguiente mañana, dijo á su sirvienta: “Responda que me es imposible ir, que me esperen en la gruta de Apolo.”

Y Andrea y Monfort, que estaban en el salón, se fueron del hotel al parque, alegres y ligeros. Cruzaron por delante de la fuente de Neptuno, y por una avenida traviesa dieron en el bosque.

El poeta recordaba su anterior paseo solitario y después su encuentro con la vizcondesa de Lucinges. Hablaba, evocando nuevamente la escena, poseído por la dulce fiebre maravillosa, y su alma resplandecía, queriendo dejar á cada flor un beso, y á cada estatua un canto...

Andrea le interrumpió de pronto: "Nuestro amor ha nacido en Versalles. Tendrá siempre su sello. Será como el parque, triste y bello en su esplendor..." Su voz era grave y su frente pensativa. Monfort respondió como con un eco de ese acento: "No veros es un martirio. Ayer quise buscar en el afán del trabajo un poco de olvido; todo inútil. Las horas que me separaban de hoy parecían siglos. Recorrí los bulevares, abstraído en medio de la multitud, cual desterrado del contento y del amor entre las parejas que iban celebrando el amor y el contento. El concripto, del brazo de su griseta, antojábaseme un dios feliz; sus franjas rojas llevaban cien soles... Nuestro amor será siempre amargo; tenéis razón!"

La mujer, apesadumbrada de haberle entristecido, se puso á contar las cosas que pensara al cruzar por aquella senda, cuando volvió al hotel dejándole en el patio del palacio. "Y el espeso bosque — agregó — con sus almendros, plátanos y pinos, vertía en sus perfumes el aliento de la frescura, abrazándome como con una caricia flúida. Y los ramos blancos, y los ramos purpúreos me decían desde las verduras, perdiéndose en la sombra envolvente: "Nosotros hacemos con nuestros matices cantar á los "pájaros; que éstos con sus voces hagan en ti nacer la "primavera"... Y á propósito: ya no hay flores en los árboles."

— El estío empieza á declinar. Esas floraciones tempranas desaparecen por el triunfo del sol; se mueren cuando el árbol en gloria llega á la plenitud de su fuerza; y, sin embargo, anuncian que está más cercano el fin de las hojas. He ahí un símbolo.

— Inútil para nosotros. Nuestro amor es eterno. Mi modo de conoceros no tiene data. Antes de nacer, sabía vuestra existencia, y después de morir no la olvidaré. ¿No creéis el amor semejante á esas estrellas, cuyo primer destellar se ignora y que hoy se han extinguido, pero siguen con el recuerdo de su luz siendo astros en la altura?...

Penetraron en una tupida alameda. Las frondas formaban una bóveda. Sentíase la impresión de un cielo metálico de esmeralda, tembloteante sobre los troncos, con discos áureos de sol, que bañando las copas, no alcanzaban á tocar la tierra. Y Andrea seguía hablando con el pensamiento rebotante de interrogaciones:

— Pero á nada me respondéis; ¿no escucháis?

— Os oigo, eso me basta. Vuestra voz es como el agua de las fuentes; no necesita notas ni palabras; está llena de ideas y de músicas.

La mujer, en la avenida solitaria, pasó su brazo por el del amigo, que le tomó la mano. A poco, ella misma retiróse. En el silencio había oído latir sus arterias. Monfort, turbado, nada dijo. Al fin de la alameda apareció el claro de la gruta de Apolo.

Margaritas de blancor nupcial cubrían el césped aterciopelado. Los geranios formaban un círculo tan fúlgido, que en ciertos parchazos de sol, convertían la sangre evaporada de sus flores en rubíes consistentes. Los rododendrones, en un rincón, con matices áureos, morados y violetas, evocaban ornamentos de pompas episcopales. Pero eran de ritos al aire libre ante un ara rústica. Virgenes invisibles y amantes, de Dios y del hombre, mezclaban su emoción, buscando sensaciones misteriosas en el incienso natural de las flores. Piedras grandes, cubiertas de musgos, formaban, sin quererlo, bancos hospitalarios. Allí tejían viejas apacibles sus humildes bordados, olvidadas del mundo y, al parecer, de sí mismas. La llegada de los jóvenes no interrumpió su tarea doméstica. Andrea, con su traje estival, era el aliento viviente de gracia y de hermosura, que ponía en el frescor del claro, un alma armoniosa.

Se sentaron. Sus labios no se abrían. El pensamiento, como las lanas de las viejas, bordaba figuras silenciosas. En la oquedad de la gruta, Apolo, impasible, recibía de manos de sus ninfas ánforas llenas de perfumes y de

ungüentos. Algunas le arreglaban el cabello, mientras el espíritu, contento de mirar la belleza del dios, les sonreía en los labios. El sol, irradiante en un segmento de la piedra, infiltraba al verdín de tristeza, aspiración primaveral, con su mogate juvenil de áureo lampo. Hasta la hiedra, perdiendo su melancolía, con brillos de ágata tierna, evocaba el júbilo de un nieto pasando por el corazón de una abuela, y en vez de trepar por los cantiles, caía tras los chorros de la cascada. Á través de las acuáticas bóvedas, veíase la herrumbre del musgo secular, y la sonrisa de las flores pasajeras. En un rincón lo hialino del cortinaje, embebido de chispas de sol, metamorfoseaba caracoles nacarados en hidrofanas, de refulgencias opalinas, al contacto del líquido. Más acá, los musgos robustecíanse, y perdiendo su verdor hasta enrojecerse, surgían como oxidadas hematites. El tembloroso tumulto de las espumas, confundiendo sus frescuras y sus murmurios, serenábase en la placidez dormida del estanque. Y allí las almas, semejando abejas, deseaban posarse en los cálices de los nenúfares, y soñar como ellos, tranquilas, lejos del mundo, al compás de las aguas.

Monfort empezó á decir:

— ¡Oh! el hechizo del lugar. Esta paz hipnotiza; se quisiera ser, en el anonadamiento, agua, árbol, gruta. El grupo del dios que tiene vida en su reposo, acompaña con su silencio la calma del bosque. Sobre el frente de la piedra antigua, las lilas echan juveniles flores, en que es alegría el matiz y embriaguez el perfume. Algunas trepadoras, alzándose al cielo, ponen penachos granates en el blancor de las nubes que pasan entre los árboles de la cúspide de la gruta. Las verduras, dorándose al sol, hacen claros por donde parece van á caer cascadas de ángeles, como en telas de primitivos. Las falanges no se dibujan, pero dan la impresión de diluir estelas de gloria, al lanzarse de nuevo desde las copas frondosas, camino de un país en que el amor, sin amargura, es sol de una ideal

Citeres. Sueño vano. En el mundo hay que quedarse con el lema: amar es sufrir.

La voz de Monfort, cada vez más grave, parecía animada por los ojos de Andrea, y prosiguió:

—El agua mece el pensamiento y sus cadencias lo iluminan. El grupo escultórico, inmóvil, evoca las movibles sombras de las parejas de otro tiempo. Estamos en los Campos Eliseos de la reyecía, pero lo cruzan vientos y ardores del infierno dantesco. Las imágenes espectrales de los muertos tienen más vida que las figuras pétreas: y sobre el Apolo, símbolo del júbilo griego que realizaron, dejan melancolía; de modo, que la vieja palidez del mármol se antoja la de su actual sufrimiento. Así, el recuerdo del amor las hace resucitar, impidiendo que pasen, como esas nubes arrebatadas, las flores que se deshojan, y el agua fugitiva... Todo esto se anima intensamente ante mí por las angustias que padezco. Es cierto también que vos no hacéis nada por probarme vuestro cariño. Pero salgamos del bosque; subiendo á la gruta, nos alejaremos de miss Hárrison, que ya debe estar en marcha.

Las alamedas tupidas se entrecruzaban, produciendo sombras más densas. La onda de luz lo era de color, con un vivo reflejo de las verduras, y aquí clara, allá profunda, cambiaba de tonos, dentro de su fulgor esmeráldico, por las variaciones que le imprimía el sol, invisible detrás de las copas. En algunos rincones el césped se transformaba en herbazal, y mejoranas, brezos y mastranzos, hacían pensar en una selva.

— ¡Ah! felices los faunos — exclamó el poeta: — huían con sus ninfas en brazos, con la facilidad de quien arrebatada á oculta cueva un rimero de rosas, ó una rama de guindas.

— Pero olvidáis, mi pobre amigo, que en cierto modo Artemis me protege; y que hay en torno mío arcos, flechas y jaurías.

— No lo veo. El amor es ciego.

— Son cosas, en efecto, invisibles: el honor y el deber.

Habían llegado á la senda de atrás de la gruta. La eligieron. Se ascendía suavemente. Sentíase el hálito del silencio, hecho de frescuras de manantial y de la respiración sutil de las plantas. Las sombras formaban penumbras. La soledad era completa. Monfort tomó una mano de Andrea. Avanzaron como en la Torre de Eiffel. Al fin de la cuesta apareció un recorte de cielo; y por su claridad penetraban murmurios de agua. En la cumbre de la gruta esperábanles, así, el azur y la armonía. Llegaron. Entre los árboles de la plataforma se veía un solitario banco de asperón. La cascada allí naciente, despeñábase y resurgía, entre las piedras, hasta caer en el estanque. Las flores sonreían, como siempre, á través de esos arcos y arriba el firmamento se aborregaba. Los vellones de las nubes, con tenuidades vaporosas, semejaban la incorporeidad de sensaciones de dos almas flúidas, mirándose desde los ojos. Y el aire luminoso era más transparente y ligero que el són de una campana de cristal que agitasen manos invisibles de ángeles.

El silencio los emocionaba; hallábanse en aquella altura apartados del mundo y por primera vez completamente solos. Los clinopodios incensaban esa paz, deshaciendo al parecer sus flores, como granos ardientes en perfumes. Y en la horcadura de un sicomoro piaban unos jilgueros besuqueándose en su nido. Andrea, que se había dejado enlazar, se opuso á que los labios de Monfort se apoyaran en los suyos. Lo miraba con sus grandes ojos abiertos, y en su expresión había como una súplica que rezara. Lánguida al sentir el aliento del amigo, su cabeza doblóse sobre sus hombros, y su boca fué el panal de miel del cántico sagrado.

Onda tumultuosa de tierna vida les estremeció el corazón, y sus cuerpos desfallecientes cayeron sobre un banco.

— ¡Ah, no! — exclamó la mujer: — ¿por qué esta forma material de amor?

— ¿Por qué insultas una cosa inefable?

Ella ya no lo oía. Palpitante, acercó de nuevo su boca trémula.

Después murmuró:

— Un beso, otro beso más. ¡Ah! ¡cómo sabes besarme!

Una verdadera tempestad contradictoria agitaba su cabeza: y Monfort, con lucidez aguda, veía en sus ojos la misma llama de lágrimas que le había sorprendido dos noches antes interpretando á Beethoven; transporte exaltado que volaba más allá del mundo. Y preguntándose, ante la voz quebrada y exultante de la mujer, qué divinidad oculta asilábase entre sus párpados y se manifestaba en sus labios, exclamó como sonámbulo:

— Tú eres la Matzuyama de mi infancia y la Tsilla de mi vida.

El alma de Andrea salíase en su aliento, y él no cerraba bruscamente los labios, supersticioso, cual si pudiera morderla, hacerle mal y espantarla.

Y la savia de los árboles, y sus ardores, arrancados á la tierra por las raíces profundas, y el secreto fecundo del agua, y el impulso interno del canto de los pájaros, y la nube blanca y el cielo azul, y el sol, todo en un solo transporte, cruzándoles el sér, les hizo adorar la vida cual si fuesen su armoniosa condensación soberana.

La voz de miss Hárrison sorprendió á los amantes. Pusiéronse de pie.

— Me dicen que estáis sobre la gruta; bajad, os espero.

Monfort se asomó al parapeto. La americana conversaba con las viejas bordadoras.

— Allá vamos — gritó — si no preferís venir.

XVI

Andrea se había trasladado á París. Miss Hárrison, camino de Nueva York, estaba en El Havre. Monfort pasó á la noche por el Hôtel del Louvre y una escena rápida, difícil de analizar para él, se desarrolló de un modo impensado.

Al entrar al pequeño salón, quiso besar á su amiga. Más que dos manos, un gesto imperioso lo detuvo: “No comprendo”, exclamó. — “Sentaos y comprenderéis”, le respondieron.

— ¿Sois la mujer de anteayer?

— La misma. Creed en mi amor y en mi ternura; pero también, por eso mismo, respetadme.

— ¿Quisiera saber á qué llamáis respeto?

— Á no aprovecharos de mi angustiada situación para precipitarme en vuestros brazos.

— Creo no proceder como criminal; y soy, en realidad, vuestra víctima.

— ¡Y es digno de un hombre que ama el serlo!... Sólo yo sé lo que sufro al rechazaros. Ah! caer en el amor que mancha, nunca! Después, soy incapaz de mentir. Al llegar á Málaga, me delataría el semblante, y á la primera interrogación, diría la verdad.

— Pues confesad y huyamos: á Italia, á Persia, al infierno; todo me es lo mismo.

— No tengo el derecho de asesinar á un hombre enfermo.

Monfort vió el fantasma de aquel desconocido, transformándose por la primera vez en personaje real de carne y hueso, evocado por quien jamás le nombraba. Sintió celos y odio en un minuto. Andrea, observándole palidecer, agregó:

— Os bastarán quince días para olvidarme, como habíais olvidado á la gentil Matzuyama, mi querido Juan, y el trabajo y la gloria harán el resto. Seré una especie de cuento de carnaval en vuestra memoria. En cambio, yo hallaré en vuestro recuerdo vivientes dolores, por los horizontes de dicha que habéis hecho surgir en mi vida, fracasada y melancólica.

— Entonces, ¿por qué esta lucha? — repuso el poeta. Después, incorporándose, avanzó hacia ella, que tendiendo la mano á la campanilla, exclamó alterada:

— ¿Me obligaréis á que llame?

— Perdón — replicó el joven con un poco de violencia; añadiendo mientras se sentaba, sin poder serenarse del todo:

— ¿Vuestra decisión es irrevocable?

— Sí, desgraciadamente. Y no os dejo acercar, porque me tengo miedo, me desdiciaría, y soy incapaz de hacer hoy una concesión y mañana ótra. En realidad, no he sido ni de la única persona á quien pertenezco. Y como me falta el derecho de gritar “tomadme toda”, prefiero negaros un beso.

— Anteanoche no hablabais así. Lo que son las promesas á la luz de la luna y en un bello parque. Al otro día nace el arrepentimiento. La luna es un astro enternecedor. ¿Por qué calificarlo de inicuo romántico? ¿Por qué? Es tan poderoso, que puede lo que no puede el hombre: borrar de las fuertes cabezas los prejuicios que, por otra parte, sólo alimenta la indiferencia.

— Vuestro tono irónico, en esta grave circunstancia, resulta de mal gusto. Es quizá la última vez que nos vemos.

-- ¡Cómo! ¿Os marcháis?

Andrea respondió: sí, con un movimiento de cabeza. El dolor contenido daba á sus ojos una expresión intensa. Monfort no dijo nada. Se hizo un silencio profundo. El hombre, sin pensar en la exclamación de la Silvie de Coppée, oída la noche anterior: “Que l’amour soit béni! Je puis pleurer encor”, sintió una lágrima que no pudo reprimir y se puso de pie: “Perdonadme este final avergonzante; como no volveremos á vernos, no tendréis ocasión de recordarlo”.

— ¿Por qué esa última maldad? Desde luego, no me voy aún. Tengo un mes y medio, todo mío. Ah! comprended mis sentimientos. No puedo disipar mis inquietudes. Para vos, el sentirme en vuestros brazos es una bella aventura. Para mí, es decidir de mi vida, imponiéndome el sello de un nuevo destino. Quisiera, sin embargo, colmar vuestros deseos; imaginaos, entonces, mi lucha. El dolor de despediros se aumenta en mí por la pena de no secar con mis labios las lágrimas de vuestros ojos...

Monfort sentía que la voz acariciante de la mujer, en lugar de calmarle, le irritaba; y tomó el sombrero, decidido á partir.

— Vuestros labios — exclamó — no pueden en este momento sino aumentar mi humillación.

Hizo un profundo saludo y abrió la puerta. Andrea ahogó el grito de una súplica. El poeta echó á caminar por los corredores. Del gran vestibulo venían olas de música con espumas de risas y de charlas. El hotel estaba de concierto. Monfort, al salir, rozó las mesitas que iban hasta la orquesta. Toda aquella algazara se le antojó la de un manicomio, como si el júbilo fuese el mejor síntoma de inconsciencia en esta vida!

XVII

Por la ventana abierta entraba la música de un piano, ligera como el charlar alegre de colegialas en recreo. Las notas hacían pensar en vasos con rosas, cuyos pétalos, llenos de sol, se deshojaran, estremecidos por las teclas. Monfort, al despertarse, saludó la canción de la vecina. “Es la señorita de Grainville”, se dijo. Un rayo de esperanza iba en los sonidos como invisible polen de oro en alas de libélulas. Feliz augurio. Una carta llegaría de un momento á otro. Y evocó á su incomprensible amiga. El recuerdo en la onda del piano tomaba un giro amable. De pronto la música paró y tras los acordes evaporóse la esperanza. La voz de Andrea volvió á obsederle cual armonía viva, tierna y cruel, verdadera fuente de todos sus pensamientos.

Intranquilo, nervioso, se tiró al fin de la cama, y fué él quien escribió cuatro líneas: pedía disculpas por el tono un tanto desapacible de la noche anterior. Agregaba que, dispuesto á partir dentro de dos horas para Abriseaux, no se atrevía á hacerlo, sin despedirse afectuosamente.

Andrea reconcentró sus anteriores reflexiones: “Si esto empieza así, ¡quién sabe cuántos abismos de dolor nos esperan!” Y mandó la respuesta: “Vuestra resolución es inmejorable. Es menester separarse. Mi vida, feliz un instante, vuelve sangrando á lo que era: no importa. Olvidadme, pero trabajad: ya que no puedo vivir en vuestra presencia, quiero vivir de vuestro pensamiento.

”Al deciros partid, agonizo en la amargura: no puedo explicaros mi dolor; en mi extravío, saldría mal ataviado. Adiós. No firmo esta carta, que me devolveréis, temiendo que una lágrima inoportuna borre mi nombre.”

Monfort había esperado un grito de protesta. Ante lo contrario, pensó responder con las recriminaciones, argumentos y súplicas de su espíritu agitado. Después, rápidamente decidióse á tomar el primer tren. Se echaba como un árabe en la fatalidad del destino, y escribió:

”Acato vuestra orden, pero rechazo vuestros consejos. ¿Cómo queréis que trabaje si no habéis querido resplandecer en mí, entregándome toda vuestra alma? Me condenáis á la esterilidad: el río siente ansias de fecundar sus riberas, cuando el azul que adora no huye de su espejo. Y ahora, sin literatura, os digo “gracias”, evocando nuestra última tarde de Versalles. Al menos, eso me pertenece y no me lo podéis quitar... Sin rencor, adiós. Siento la necesidad suprema de que me améis y me atrevo á poner aquí un beso; beso que llora, sintiéndose lejos de vuestros labios. ¿Que os devuelva vuestra carta? Nunca. Es delicada flor, y está sobre mi pecho, en el buen invernáculo de un rincón cariñoso. ¿Por qué exponer á la querida criatura? Temo que se muera en el viaje y me quedo con ella. Otra vez adiós, y esta vez de verdad, y para siempre.”

XVIII

A media noche Monfort se encontró en su castillo. La soledad lo abrumaba, comparando su situación con la de dos meses atrás, al rever los sitios de su infancia. Y nada de lo sucedido le sorprendía. Se le antojaba natural que la misma criatura alegre de otros tiempos, entre aquellas viejas cosas desolara ahora su corazón. No analizaba la manera casi fantástica de la aparición de la mujer en medio de su vida. “Todo llega—repetíase;—suframos el tormento de las nuevas sensaciones.” En la evocación de otras aventuras buscaba un consuelo. Más de una vez tal ó cual persona le había producido penas. Y ahora estaba en lo mismo; al cabo de corto tiempo, Andrea dejaría menos surco en su memoria que una quilla en el agua. De pronto, un su segundo espíritu independiente, inquieto extraño, que en las sobreexcitaciones nerviosas le hablaba con voz penetrante, voz irónica y burlesca, voz enemiga, empezó á reírse. No decía palabra y su muda carcajada era interminable.

Monfort la percibía como en un sueño: estallaba sin poder resonar. Al fin exclamó: “Jamás has sentido lo de hoy. La voluptuosidad que halló tu imaginación en ciertas melancolías no es semejante á este sacudimiento absoluto. No serás nunca nada sin esa mujer; es la tuya. La acabas de ver apenas; pero no importa, flor es de tu costilla. Desde Adán así acontece. A cada macho corresponde una

hembra. El hombre no se perfecciona mientras no encuentra su complemento. ¿Por qué le has permitido escapar? Te ama. ¿Por qué la has abandonado?" Y él, sabiendo por experiencia que á aquella voz no había que hacerle caso, sonreía con sonrisa contrahecha, lamentable.

Después, imperiosamente, las más íntimas fibras de la profundidad misteriosa de su sér se agitaron y subían cual savias, de la sombra, trayendo desde allá gérmenes palpitantes, promesas de luz, realidades de vida. El acento de Andrea obsedíale cual sus ojos, más bellos, más extraños, más llenos de emociones, más terribles y más dulces que nunca. Y al evocar la tarde de Versalles, su alma perdió el conocimiento en un doloroso mundo de delicias. Iba y venía por su dormitorio. Comprendía la inutilidad de querer dormir... Desde el muro le miraba una soberbia bretona, tendida en un grabado sobre una laja del Atlántico. La mujer en reposo era como el mar: tenía la caricia adormeciente, y el gesto fulminador; y fraternizaba con la ola que batía los flancos del cantil, hasta su cumbre, para escurrirse, convirtiendo los rayos del sol en inasibles iris de espumas. Seguirle significaba arrojar-se al abismo. Mas ¿quién piensa en abismos si el amor canta en las aguas?

Monfort decidió correr á Paris al siguiente día. Después la congoja volvió á invadirle. El silencio profundo de la noche aumentaba las desolaciones de su espíritu. Un insecto entró, acompañando aleteante los golpes de su corazón. El lecho bostezaba de fastidio, abierto, con sus sábanas, blancas como sudarios. Las flores de los tapices surgían deplorables, al llorar el jardín nativo sobre la esterilidad de las telas. Un negro, sosteniendo un candelabro, se reflejaba en una luna de Venecia que le ofrecía quimérico sepulcro. Monfort apagó las bujías. En sus sienas palpitaba la sangre alerta del insomnio. Sólo en la madrugada pudo dormirse, viendo en su luz incierta la imagen del espejo, como la de un lago, cuyas aguas tenían

sombras acariciantes para anestesiar el último vestigio de conciencia.

XIX

Andrea había pasado también una noche angustiosa. El heroísmo de su renuncia, la anonadaba. Pero el poeta no lo sabía, y al saltar del lecho la tristeza le cayó sobre los hombros casi como un peso físico. La entrada del sol alegre, diciéndole buenos días, en nombre del viejo parque, le volvió la esperanza. La pompa de las últimas horas del estío se agitaba sobre los árboles con un soplo de enternecimiento. En la luz de la mañana, se percibía el reflejo de una sombra; era aquello una suerte de melancólica transparencia, velo inefable que hablaba del próximo luto. Monfort, á través de los cristales de su cuarto, columbró el Término barbudo y la fuente, y el árbol del nido. Vió la escena de Matzuyama tal como la evocara cuando su amiga se diera á conocer. Y ahora pareciale ante una enorme araucaria, pequeña entonces, que el recuerdo de la niña fué un germen, plantado en su sér por el destino, y que el Amor lo había cultivado, desenvolviéndolo, hasta tocar el cielo.

Vistióse y mandó le llevasen una taza de té al gabinete de Mignard. Con buena luz, pudo observarle largo rato; era realmente encantador. Los dibujos encuadraban espejos, contentos de reflejar en sus fondos próximos y lejanos cosas risueñas. El sol entraba á gozar de la gracia ligera

que ilustraba las pinturas de tapicerías y paneles. En el plafón veíanse árboles. Una brisa podía moverlos desde las quiméricas raíces, estremeciendo las hojas, leves como alas tenues. Enjambres de pájaros escapábanse en soplos de las ramas, y al volver á posarse apenas las rozaban sin inclinarlas, cual si bastase para hacerlos flotar, el aliento de esas verduras. De modo que si los árboles parecían tejidos de áureas plumas, las aves se antojaban encajes de espumosos lampos.

Sobre los muros descolgábanse, de fantásticas nubes, paracaidas, trayendo por barquilla cisnes, sobre los cuales diminutas princesas vertían de sus cuernos de la abundancia, rosas. Pavones desplegaban los abanicos de sus colas, haciendo á una duquesa-pastora palio de tornasoladas plumas, y la duquesa acordaba el canto de su laúd con la alegría de esos colores. Monos pintorescos, cubiertos de birretes verdes y vestidos de casacas rojas, salían á cazar. Un jabalí, entre la ligereza de la vegetación, semejaba una pesada colina. Lebreles elásticos, desde un rincón, acudían al oír las escopetas, con saltos, más ágiles que vuelos. Y después los monos multiplicábanse en torno de mandarines que, hamacándose, sonreían ante el curioso espectáculo: monos alegres, monos filósofos, monos enamorados, monos soñadores, monos polichinelas, monos gentileshombres, monos lacayos, monos con libros, monos con flautas, monos huyentes de los arcos de los Amores, ó que heridos por sus flechas los seguían, llorando por carecer de alas. Árboles con redes llenas de mariposas, y pagodas pobladas de pebeteros, albergaban también á esa humanidad de fábula, rebosante de gracia, en que el pincel con buen humor derramaba su ironía, mezclando al igual los hombres y las bestias.

Y el poeta no disipaba su ilusión de criatura. Aquel lecho, en el centro de la pimpante decoración, hacía, en verdad, buscar una Bella Durmiente. Mas ahora ese recuerdo, por la conversación con Andrea, vertía tristeza, arrojando

do una sombra sobre la frescura del gabinete, y sobre el relato y su hechizo de flor espiritual del jardín de los sueños.

Llamó á su mayordomo. Después de urdir varias cosas, hizo enganchar, pues se iba á Elançay, decidido á coger el tren de París por Niort.

La señorita de Bonnières estaba ausente. Los marqueses le contaron las últimas novedades de la comarca: él no podía referirles las suyas; y á la pregunta trivial, entre otras mil, de si había visto á la señora de Islakieff, respondió que sí, que varias veces, y que era encantadora. Después se habló de la falta de lluvia, cosa tan rara en aquella región, y hubo un pase de armas entre los esposos, á propósito de un nombramiento de alcalde, cosa tan natural en aquella casa. Cuando se acabó el almuerzo se fué, por las alamedas, al cementerio.

Volvió á encontrar las losas alineadas. La de Pedro de Monfort empezaba á ensombrecer, como las ótras. En el rincón izquierdo estaba siempre el rimero de cruces, semejantes á negras espadas, que clavándose en tierra, cobraban amor á la vegetación, enredando sus puños en las matas de zarzamora. El poeta, sobre la lápida del tío, vió los residuos de las últimas flores dejadas, sin duda, por la señorita de Bonnières. Ellas le inspiraron, hacía tres meses, respeto, por la delicadeza que recelaban, y ahora, en su estado de espíritu, le enternecían. Murmurando una palabra afectuosa, se empinó sobre el sepulcro, cual si pudiese penetrar en el fondo. Y sintió la necesidad de hacer al muerto la confidencia de su tortura: lo acosaba su antiguo mal, y el destino, más allá de la muerte, dábale un nuevo lazo, con fuentes casi hermanas de pasión y de angustia. Y pensando en el amigo sufría ante la vehemencia inútil con que deseaba resucitarlo. Entonces se repitió una de las frases que más se lo evocaban: "Oculta, muchacho, tu sensibilidad y cúbrete de espinas para mejor guardar la frescura de tus rosas."

Ahora era tarde para el consejo, y sin embargo, el sitio aquel, después de los tumultos de París, parecía más que de la tierra, rincón de otro mundo. La campana del templo vertía de vez en cuando sus sonos de cristal, como si echase sobre las cruces un rocío milagroso, capaz de poner un poco del cielo azul en sus férreas arideces. Y las cruces murmuraban: "Aquí el hombre se cura en el silencio, y el olvido le convierte en rui señor del sepulcro. Abreva en nosotros la paz, más fresca que el agua de las grutas sombrías, y canta, cual si bebiese un sol de nueva vida."

Monfort no sentía difundirse por sus inquietudes ese bálsamo. Despidiéndose de la tumba, exclamó: "Reposa. Eres feliz; duerme, no te despiertes; ahora es mi turno". Y las agitaciones del amor, que tanto deseó para combatir su hastío, traíanle más fuerte su eternal anhelo de aniquilamiento.

Salió del cementerio. En el castillo le entregaron una carta de letra desconocida. Venía de Abrisieux. Monfort explicó que Glatigni le esperaba y se volvía, renunciando al rápido de París. Dos minutos después azotaba los caballos, exponiéndose, por cuevas y pendientes. En algunas cabañas se agitaban los paisanos, sorprendidos por el volar del faetón, cuyo tronco tenía relámpagos en las herraduras. Aguijoneaba á Juan una mezcla de júbilo y de ansiedad; la inquietud de un chasco, se confundía en él al resplandor de una esperanza. La carta, escrita por mano de hombre, copiaba solamente un trozo de Perrault. "El príncipe, en medio del intrincado bosque amenazante, no sabía qué pensar, cuando un viejo campesino tomó la palabra, exclamando: "Hace más de cincuenta años que oí decir á mi padre que había en ese castillo la más bella princesa que jamás se hubiera visto; que debía estar durmiendo ahí por espacio de cien años, y que sería despertada por el hijo de un rey á quien estaba reservada."

Monfort tenía la seguridad de haber contado á Glatigni su emoción de niño hablándole del gabinete del siglo XVIII, y por eso, sin duda, aquella broma. Mas, por otro lado, no le abandonaba la idea de la amiga, que dibujada á buril en lo más profundo de su sér, resplandecía á cada momento, cual si toda nueva sensación le sirviese de ácido revelante. Y la figura salía á fulgir más allá de las nasales hornallas de la yunta, adelantándose siempre, cual si fuese una imagen del viento que perseguía frenético. El poeta, arrebatado, no escuchaba esta vez á su paso las armonías de Siegfried, al cortar por las mohedas y rozar en vértigo los estanques, y la Walkiria, hija del espacio y de las llanuras, tenía para él un nombre: Tsilla, cuyo fuego era una aurora con espíritu. Abriseaux, de pronto, en el recodo del camino, cual si brillara por encerrar á la mujer, y no como siempre, surgió con sus asoleados vidrios, y su tinte carminoso, semejante á una viviente rosa de púrpura.

Precipitándose sobre la gradería, Juan oyó al criado en el vestíbulo: "La señora que me ha hecho escribir al señor, está arriba."

Y trepó las escaleras, cruzó varios cuartos, y al abrir la puerta del gabinete de Mignard, un grito se escapó de su garganta: "Matzuyama!" Y Andrea, semirrecostada en el lecho, dominando su violenta emoción, pudo sonreír diciendo: "¡Príncipe mío, cuánto te has hecho esperar!"

LIBRO CUARTO

LIBRO CUARTO

I

Solamente dos días permanecieron en el castillo Andrea y Monfort. En Paris, éste cerró su puerta á todo el mundo; su conserje explicó á los amigos que desde Abriseaux había escrito, antes de partir de viaje, sin decir adónde. Así, la mujer pudo casi instalarse en la casa. Sentían con egoísmo absoluto la necesidad del aislamiento. Por ambos pasaba la centella que acerca todo lo armonioso y convierte la vida en canto. Ellos mismos creaban la hermosura del mundo. Andrea, sobresaltada, como volviendo á la realidad desde un país azul de inconsciencia, exclamó una tarde:

— ¿Por qué mentir? Los remordimientos no me angustian cual yo me esperaba. Me siento flúida. Soy ótra. Un torrente de luz se pasea por mi sér, nace de él mismo, lo envuelve y contemplo las cosas con inusitados brillos. Imaginaos que ayer, en los faroles de la esquina de una calle, ví chispas formando solcitos, espectáculo bien viejo, pero con sensación nueva, esos soles de los cristales animaban en los árboles, flores de púrpura. Me detuve. Todo

era ilusión. Un pintor de carteles había dejado caer gotas de carmín sobre las hojas. Mas ¿qué queréis? Un instante más y las manchas, transformadas ya en flores, se hubiesen vuelto frutos, y yo habría deseado comérmelos como guindas. Sí. Mi contento ilumina y fecunda la atmósfera que me rodea.

— Pero, entonces, ¿qué deseabais decir?

— Que no siento mi conciencia rebelada. Solamente el temor religioso me asalta, y aun asimismo me resisto á creer que hago mal porque os adoro. Pero una angustia humana me corroe. ¿No vendrá mañana la saciedad? ¿No morirá entonces la ilusión salvadora de la mancha? ¿No me abandonaréis si vuestro capricho se desvanece?

La voz del poeta resonó vibrante. En la cámara, las rosas deshacíanse en perfumes, y las palabras, cual brisas, las tocaban, y volvían desde su corazón, con alientos de jardines, rebosantes de sol y de rocío, de torrentes de savia y de gritos de vida.

— Mi amor es más eterno que el vuestro, hasta por egoísmo. Sólo después de conoceros recuperaré mi fervor de conquista. El arte vuelve á ser la divina fortaleza. Sueño con sus huertos cerrados, porque vuestra frente espera coronas. . . Y te amo por tu sonrisa, expresión que en los pintores sería el genio, y que en ti nace naturalmente, rayo cambiante, de un sol interior, que se acuesta y se levanta en tu alma. Te amo por tus pestañas, sedosos bosques de tus pupilas, donde mi pensamiento se abisma, y vuelve rico en armonías, que hablan en silencio de un país de misterio. Te amo por tu boca, que tiene el frescor de las fuentes, el perfume de las flores, la madurez de los frutos. Te amo por tu voz, en que el alma es luz y temple del cristal vibrante. Te amo por tus manos, pálidas, finas y nerviosas, nacidas para recoger la guirnalda de Ofelia, tomar el filtro de Julieta, ungir con las ternuras de Miranda. Manos que ofrecerían la fortuna á un Wistler, después de brindar la gloria á un Leonardo. Manos para hendir

el infierno entre el torbellino de Francesca ó para dar en el cielo la comunión á los ángeles. Manos que hacen soñar con la leyenda y la historia, cual si escribiesen la realidad y la fábula, al convertirse en manos de reinas y de hadas. Manos que agitan tus energías y tus compasiones, que tienen las chispas de tu inteligencia, los nervios de tu ser; manos de aurora con rosas frescas, y ardientes con electricidades vivificantes, y enfermizas con palideces moribundas. Oh! manos de mi amada! ¿quién pudiese decir lo que ilumináis, al apartar las sombras del cabello de mi frente?... Y te amo por tu espíritu, mar que conoce las rutas de mis viajes y adonde, por pescar una perla, encuentro más de una vez un astro. Y te amo por tu cuerpo entero, árbol del Paraíso, capaz de producir con sus frutos todos los bienes y todos los males...

Monfort estaba inclinado sobre Andrea, que apoyando la cabeza sobre su pecho, parecía hacerse pequeña y convertirse en criatura, para mejor decir sus temores, y ser más cariñosamente consolada.

— Oh! — replicó enternecida — gracias. ¿Pero qué queréis? Lejos de vos me siento mortalmente triste. Y aquí, cuando os hago ciertas preguntas, me hielo; vuestros juramentos no me tranquilizan. ¿Por qué? Pero ¿por qué? ¿Es que habéis derramado en mí el fondo de vuestra naturaleza atormentada? No lo sé: pero cuán extraña combinación de sentimientos! Recordad siempre lo que os confié anteanoche. Creo que me comprendisteis, y eso me consuela. Habéis despertado en mí á la mujer. Os pertenezco toda: deseo, gozo, ensueño, pena, solamente pueden venirme de ti. Mi alma se abre emocionada y me turbo exquisitamente al comprender cómo te quiero. Pero el júbilo que me da tu amor es más confuso y reina en él una vaga tristeza. Tú eres la causa; yo sé, sin embargo, que eres bueno y lo serás con esta tu pobre cabeza amante. ¿No es cierto que la querrás siempre como se lo has jurado y que el hastío nunca enlodará á Matzuyama?

— Haces bien en invocarla — respondió el joven: — te has convertido en mi razón de vivir, y toda mi pasión servirá para embellecer el nombre de la infancia, añadiendo á nuestra llama una inocente ilusión espiritual. No hables de hastío. En nosotros hay un vínculo eterno. Cuando los años pasen, y naturalmente la pasión se extinga, nuestras manos, siempre unidas, pondrán un cerco á sus huellas y un muro á su sepulcro. La amistad, embalsamada por los recuerdos, hará incorruptibles nuestros corazones, prestando á la vejez un soplo de discreta poesía. Ah! no emplees la palabra saciedad en nuestra unión inefable. Los sentidos son una forma del alma, forma que es una revelación indefinible, con sus raíces en el misterio. Ellos exaltan el espíritu, llenándolo de visiones, de sentimientos, de luces, de armonías. Pero para esos despertares, en que un sueño vuelto realidad canta en silencio, es menester la presencia del amor. Pero para que el amor halle esos transportes, es menester la presencia de los sentidos. Así, en el arpegio perfecto, difícil es saber dónde principian las fibras y dónde el alma. Para llegar al día, el oriente hizo el alba, y es también difícil fijar dónde empieza la luz, dónde termina la tiniebla; y si la discusión se prolonga, el sol triunfal aparece y se ríe de los hombres... Tú eres mi otro cuerpo, que busqué toda mi vida; tú eres mi otra alma, que perseguí sin descanso. Hoy nos anima la vibración que hace de la tierra sombría una fuente de fulgor con el poder de convertir el germen en árbol; y llenos de la fuerza misteriosa, yo imperioso y tú desfalleciente, aunque efimeros, somos la Esfinge eterna, el enigmático granito de cuerpo de león y de cabeza humana...

Y las rosas en los vasos, despetalándose, aprobaban, perfumando aún más las penumbras del cuarto; y los muebles y los broncees parecían oír, mientras con dulzura la tarde entrante soñaba, muriendo amorosamente sobre los tapices!

II

Entre aquellos dos seres se hizo una fusión honda, que, humana cual ninguna, transformóse en amalgama divina. Divina, por ser crisol de fuerzas creadoras. En la casa, Andrea despertaba todos los cantos, encendía todas las luces, se agitaba en todos los pensamientos, era fuente y espíritu de vida. En sus movimientos nacía espontánea la gracia, la gracia indefinible, la inexpresable gracia, más natural en ella que el ritmo en la palabra alada. Monfort la sentía reflejándola espontáneamente. Y esa gracia afinaba su verbo luminoso, rozándole con sus ligeras líneas su aliento sutil, y su espiritual caricia. Y el contento de su amor infundiale intensas fuerzas. Salía de los brazos de la mujer con el cerebro maravillado. Los horizontes, evaporándose, transformaban sus colores en transparente luz, dejando ver mundos de ensueño, de donde volvía con la imaginación cargada de flores, alas y astros.

Y cuando ella se iba, precisaba aquellas visiones en la blancura del papel. Anotábalas con fiebre, sin corregir casi, apuntando las ideas de nuevos cuadros, nuevos poemas, nuevas fantasías. Algunas veces, Andrea misma le obligaba á escribir poniéndose á leer. Reinaba silencio profundo en la biblioteca que, sin embargo, palpitaba con emoción armoniosa. La amada, fina y vibrante, comprendía todo. El poeta releía á menudo en su animado rostro

un libro conocido: y viéndola absorta y pensativa, la saludaba como á la estatua del Amor y la Inteligencia.

Otras veces le contaba sus asuntos. Esforzándose al discutirlos, aclarábanse sus ideas, enriqueciéndose con nuevas facetas, y los ojos de la estatua resplandecían como un comentario. Y ante aquellas infinitas fuentes verdes y cambiantes, llenas de expresiones fugitivas, ante aquel eco maravilloso que le devolvía sus palabras en luz, el poeta concebía una esperanza: hallar en una hora el instante genial que concentra la inmortalidad en un poema. Y ella experimentaba algo de eso, diciéndole:

— Á instantes, pasan por mí sensaciones que quisiera comunicaros volando, pues se evaporan sin dejar rastro. Siento entonces la esencia de vuestro espíritu. Estoy persuadida de que nos completamos. ¡Ah! si nuestras almas pudiesen encadenarse como nuestros cuerpos, ¿no creéis que brotaría un resplandor intenso?...

Y la interrogadora entraba en la vida de Monfort hasta ser lo absoluto de su existencia. Su contorno físico, espiritualizado, era su fuente de idealidad, en su inmensa pasión de arte. Y sobre sus caricias estremecíanse las almas de los poetas muertos, las alas de las mariposas vivas, el verdor de las selvas palpables, la majestad de los astros inaccesibles: todo lo que en el universo vibra con una chispa de hermosura, buscaba así, en sus labios, en sus brazos, en sus ojos, la expresión de una forma condensada.

III

— ¿Sería justo comparar á Tsilla, hija de la tierra y del sol, con una lira?

— Por lo menos, sería posible, con el objeto de ponerme en ridículo.

— Ridículo fuera para la lira. Ella no es más que cuerda. Tú eres, á un tiempo, cuerda, inspiración y canto. Evocas á la flor, que es, á un tiempo, forma, matiz y perfume: una inmensa fragante flor armoniosa... ¿Te ríes? Pues con ello haré un soneto, bien alambicado, por cierto, y te lo dedicaré en nombre del Petrarca.

Andrea, que apoyaba la cabeza sobre las rodillas del poeta, se incorporó, sentándose en el sofá, y acariciándole la frente, le dijo:

— Es menester calmar la fiebre que te consume. Escribe sin cesar y piensas sin descanso.

Él respondió con tono en que parecía burlarse de si mismo:

— Mi cerebro arde sin quemarse, y quema sin consumirse. Déjalo que brille y que recoja las chispas. Es mi renacimiento, y como estaba acostumbrado al estéril hastío, el resplandor me maravilla.

La mujer veía la inquietud febril de sus ojos, que casi nunca le abandonaba, y el tic nervioso de sus manos;

signos exteriores de aquella fragua en ebullición, cuyos silencios se sentían trabajados por intensas ondas de materiales candentes.

— Oye, tú vas á poner nombres á los monos del reloj de Sajonia. Poseen expresiones distintas y tocan instrumentos diversos. En mi poema cada uno señala una hora: las horas deben tener un carácter propio, dado por el són del timbre y por el gesto del músico. Y así, diferentes, señalarán los múltiples caracteres de nuestro amor: es decir, del Amor, porque lo haremos impersonal para que resulte simbólico. De pronto, en las doce, cuando todas las notas se juntan en arpegio supremo, los amantes se aperciben de que la orquesta es de monos, y por la estrofa final cruza un soplo irónico á lo Heine, que hace sonreír meditando.

— No me quejo de la ironía; la imagino un rasgo de literatura; pero vuelvo á reprenderte, descansa.

— Yo no tengo la culpa si mi amiga adora las rosas, los jazmines y los claveles; y si los vasos de esta cámara están por eso siempre llenos. Yo no tengo la culpa si me inspira sensaciones más diversas que los matices murientes ó estallantes de las flores. Si mi Tsilla engendra el sol y es ella misma el jardín fecundo. Los claveles, con rubíes sangrientos, ¿no encierran el fuego de su vida? Los jazmines, de claridades de nieve, ¿no tienen la expresión de su interna melancolía? Las rosas, con tintes de amanecer, ¿no encarnan sus rubores púdicos, antes de echar las lumbres de esplendente voluptuosidad? ¿Y no vierten las flores en concierto sus elluvios, embriagantes como vinos, ó sutiles como suspiros, y hasta llenos de unción, como plegarias? Ved, las arranco, las deshojo y las vuelvo á su fuente de belleza, y todas se estremecen de placer, al morir sobre su cuna...

Andrea reía bajo la lluvia, reclinándose en el sofá, para ser cubierta mejor por los pétalos, y Monfort continuó, apoyando los labios en sus labios:

— Pero te adoro, sobre todo, dulce como anoche. Bella y dulce como un niño que necesita ser acariciado y protegido, y que se duerme y sueña con cosas que tienen el fulgor de una alegre sonrisa alada!

IV

Monfort, una tarde que Andrea no debía verlo, se arriesgó á dejar su retiro y á correr al Hôtel del Louvre. La mujer le mostró varias pruebas de Otto:

— Quiero que elijáis la que os parezca mejor, es decir, menos mal.

Después de un grave examen, se decidieron por úna. Al punto apareció la sirvienta trayendo en los labios el clásico: “¿Qué es lo que la señora va á ponerse?” Ésta dió sus órdenes y, después de un momento de hesitación, añadió:

— Alcauzadme los tres sombreros nuevos.

La criada salió.

— Vais á elegirme el de esta noche, como me habéis elegido el retrato.

Monfort lo hizo sin gran buen humor, y á poco se fué, dejando á su amiga, que debía vestirse, para comer en Armenonville con el embajador de España. Á la mañana siguiente le escribió esta carta:

“He soñado con una colección de sombreros. Gracia, arte, belleza. Gasas aéreas. Aves del Paraíso. Y todo se animaba lleno de vida sobre tu pelo. Cada toca te completaba como las rimas á los versos, como á los tallos, las

rosas. Y sentían un contento que les daba alas. Y alas eran los tules y las gasas y las flores. Y naturalmente, cerniéronse ligeros en los aires. Y se multiplicaron. Parecían enjambres de mariposas metamorfoseándose en pájaros numerosos, cual las estrellas de estas noches de estío. Y en el espacio danzaron fantásticas farándulas. Y comprendí que venían de oír dramas en el Francés, de cenar en Payard, de agitarse en la feria de Neuilly, de recorrer el Bosque. Y me dije: no contentos con vivir en teatros, paseos y reuniones, suben á prodigarse entre las nubes y hacerse admirar por las estrellas, después de coquetear con los querubines. Al fin se abatieron sobre un extraño lugar sombrío, suerte de castillo de Doré, en una ilustración del Perrault. Mas las torres echaron lumbres por sus barbacanas y sus hornacinas, sus almenas y sus fosos. Incendiáronse íntegras. Sonaron músicas, y reconocí al "Viejo-París" de la Exposición. Las gentes arremolinábanse en torno de un charlatán, de pie en un tonel, bajo el heráldico puerco-espín de Luis XII. Me acerqué, y sin asombro, pues en los sueños todo es natural, reconocí á la princesa Matzuyama.

"Y gritaba: "Miradme, cuando medito, triste; vedme " cuando sonrío; heme aquí provocativa; admiradme es- " piritual, caed de rodillas ante mi hermosura". Y diciendo, pasaba retratos diversos á la multitud. Y la multitud los recogía y un estremecimiento cruzaba por cuerpos y almas. Y la voz volvió á oirse: "Heme aquí con un tirso " en la mano, flores en mis sedas claras, rosas en mi som- "brero de Italia, sol en mis ojos, risa en mis labios: soy " la Primavera... Heme aquí toda de blanco, hecha de fres- "cura y resplandor, nenúfares en mi cabeza, sol en mis "ojos, voluptuosidad en mis labios: soy el Estío... Heme " aquí coronada de pámpanos, ofreciendo el vino entre " hojas marchitas, con sol en mis ojos y melancolía en " mis labios: soy el Otoño... Heme aquí envuelta en pieles " cariñosas, oid mis poemas y mis sueños, mientras el sol

“brilla en mis ojos y la tristeza en mis labios: soy el In-
“vierno... Y es que soy, según un tonto poeta que me ama,
“más que las Estaciones y el mismo Sol: soy la Vida...”
Y los retratos cayeron en lluvia sobre la multitud.

“Esta se acrecentaba con idiotas elegantes de los cuatro puntos del horizonte. Y cerrando contra el tumulto, pude recoger varias fotografías. Mas empezaron á multiplicarse como los panes, como los peces, y la voz de la chalana, cada vez más insinuante y ágil y mimosa, era la que operaba el milagro evangélico. Sudoroso, maltrecho, pisoteado, me desperté pensando: no creo en lo que me dice; no se fastidia en comidas y saraos, se divierte como una loca. Y yo sufro hasta la angustia, mientras da partículas de su alma á todo el mundo, cuando mi absoluta pasión quisiera tenerla al lado, siempre oculta y viva, cual la sangre en mis venas. He aquí por qué la noche me obliga á soportar esos sueños y el día á padecer de estas realidades. Apartando ahora toda broma, sabed esto: deseo ignorar hasta el nombre de las personas que frecuentáis. Mi odio se enciende contra quien comete el delito de hablaros. Las horas pasadas en la soledad me dicen cómo os quiero. Todas las fuerzas de mi sér se funden en la ternura que asoma á mis labios para que bebáis en ellos. Pero no he de poneros aquí un beso: ah! nó, mis labios son menos amables que mi pluma, y protestarian cual ella no ha sabido hacerlo. Adiós, gran coqueta.”

V

Andrea, como respuesta á la carta, fraguó un viaje al campo, dejando á su criada las instrucciones necesarias, y pasó una semana en la calle Barbet de Jouy. El piano Érard, acostumbrado á los dedos de Letellier, pronto se hizo familiar á los de la huésped. Era una intérprete desigual. Mas como en realidad tocaba, cuando sentía placer, con el alma en las manos, su música resultaba siempre interesante. Al repetirla parecía crearla. Y así como Monfort salía de sus brazos con el cerebro lleno de ideas, de sutiles relaciones entre las cosas y de imágenes radiantes, ella prolongaba su contento en las teclas, enterreciéndose á menudo, cual si la onda armoniosa brotase de sus nervios lánguidos.

Acababa de tocar un vals de Chopín. El poeta, abandonando su asiento, le besó los ojos.

— Tus lágrimas — exclamó — recuerdan el rocío: se ignora si son del gozo del alba que se levanta, ó de la tristeza de la noche que muere.

— Son las dos cosas — dijo ella; — tienen de mi felicidad y de la amargura de ese sufriente artista.

— Chopín ¿no lo sabes? es nuestro vecino en el Père La Chaise. Cerca de él reposan mis padres. Y el mismo sepulcro, si no dejo los huesos en lejana peregrinación, me encerrará algún día.

— Mírame. ¿No lees reconvenciones en mi rostro? ¿Qué

es eso? Pensar en viajes cuando yo existo! Pero ah! apartemos toda idea melancólica.

— Tienes razón. No hablemos así. La culpa es de Chopin. Ese pobre hombre, en el reino de lo armonioso, tuvo su rayo de sol; pero los iris de tal luz, en vez de concentrar el infinito en una gota de agua, vierten sus reflejos en una lágrima. Y hoy yo he secado la más hermosa que haya producido en su inmortalidad... ¿No es cierto?...

Monfort, que con la diestra hojeaba el cuaderno de música, agregó:

— Toca esta sonata de Beethoven.

— ¿No creéis que Beethoven se parece al mar? — repuso Andrea. — Casi siempre me hace ese efecto. Es la líquida apariencia, que oculta mundos internos de seres misteriosos, mientras en su ondulante superficie va y viene el rumor sonoro de la inquietud humana.

Apoyó en seguida las manos sobre las teclas: ya lánguidas, ya febriles, se estremecían, convirtiéndose en cuerdas espiritualizadas y en nervios del alma misma del músico. Tras de la última nota, dijo Juan:

— Tenéis razón; su grandiosidad encierra arcanos y en este caso parece hecha con nada. La melodía no puede ser más simple y es sublime. Se piensa en un rayo de luna, en un alma y en una ola, rodando, desamparadas y juntas, por el mar solitario... Repetidla, si no os fatiga.

Ella volvió á tocar. Sus manos agostadas se antojaban convalecientes de una agonía; Monfort, al ver sus hoyuelos llenos de gracia, murmurábase: "Es ahí donde deben juntarse las gotas de rocío ó de llanto, para reflejar el firmamento de los músicos en iris jubilosos ó tristes".

Ejecutaba con real inteligencia. En aquel momento era, en verdad, la cuerda, la inspiración y el canto. Y el poeta tomó la punta de sus dedos añadiendo:

— Los nácares enfermos dan perlas, y estas uñas de nácar acaban de recibir las savias de tu alma. Yo las beso y recojo sus invisibles perlas, como hace un instante tomé

de esos ojos las visibles lágrimas. Y he aquí, en nombre de Chopin y de Beethoven, el poema de las notas, las lágrimas y las perlas.

Andrea se levantó del taburete, y su amigo, abrazándola, sintió bajo el muelle peinador la esplendidez del cuerpo. Su armonía ondulante era como una continuación de los acordes. Jamás se había señoreado de sus seres un deseo más profundo de anonadamiento. Besándose, pensaron, sin querer, en la felicidad de extinguirse suavemente. Sentían en el silencio con la misma emoción y con igual dulzura latir sus corazones, y por sobre ellos sus almas fundíanse en un anhelo de infinito. Y así, la música parecía haberles dado la suprema lección del amor, exaltándolos más allá de la vida.

VI

Y creció esa pasión devorante. De exaltación en exaltación, - - tal como sus espíritus y la música perseguían un más allá en sus arrebatos, — sus cuerpos lo buscaron en sus transportes. Y el amor fué vértigo, en que sus almas llegaron á poseerse. Y tras el estupor de haberse tocado relampagueantes, sin conciencia, volvían á la realidad llenas de sentimientos que las proclamaban inmortales: con tan potentes fuerzas no podían morir nunca.

Mas ellos, al sentirse separados, sufrían. Hubieran querido mezclarse como dos líquidos en un solo vaso, semejantes á matices complementarios, que forman un nuevo color. Y de este anhelo, imperioso, invencible, les nació

una angustia lacerante con un vacío inllenable. Otras veces el gran contento les infundía miedo. Parecía imposible que tanta felicidad no ocultase un dolor supremo. Y nada se decían, engañándose mutuamente, como si alejasen el pensamiento al no expresarlo... Juan sentía cada vez más los cambiantes del ensueño en los ojos de la amada. Y los estremecimientos de sus reflejos, con escalofríos iluminantes, difundían por su ser un inconsciente inmenso orgullo. Con aquella mujer podía conquistar el mundo. Y á este arrebató respondíanle sus pupilas, elevándole aún más el alma, con perspectivas de cielos, donde estrellas desconocidas mezclábanse á constelaciones imaginadas. Le resultaba un martirio, entonces, el pensamiento de la muerte: que él pudiera dejarla ó que ella pudiese irse. Y la felicidad de amar le angustiaba otra vez con el pensamiento de una desgracia.

Ella sufría de lo mismo. Así, en las diversas fases contradictorias, de los tumultos de sus sensaciones, la alegría se mezclaba á la tristeza, como la lluvia al sol en una tarde de estío.

Y como Andrea, al fin de aquella semana, mirara con curiosidad una copa de Kallíades donde Eos llevaba el cuerpo de Memnón, y preguntase su procedencia, el poeta respondió:

— Es un regalo de Marois. Me lo mandó después de un artículo mío sobre su obra. ¿Sabéis lo que me hace recordar? Soñé anoche que mi corazón se transformaba en ánfora frágil. Poseía las vibraciones de un fino cristal moderno, pero el fondo negro y las figuras rojas, peculiares de Grecia. Y las imágenes no eran ninfas y faunos en sus bosques antiguos, buscando retiros discretos y frescuras de fuentes, sino las buenas hadas de la infancia de nuestra Galia. Graves en su belleza, porque meditaban, despedían por sus labios un soplo de gracia riente. Y de entre ellas se animó una. Sus cabellos caían juveniles y copiosos, mas su acento modulaba inflexiones de amargura, y

así, si sus bucles irradiaban oros, su voz parecía tener canas. Y éstas fueron sus últimas palabras: "Tu amor, por lo fuerte, se hará imposible." No mintió la joven envejecida. El ánfora, estremeciéndose sola, se aniquiló, reduciendo á polvo sus amables imágenes. Y andan por el mundo mariposas negras con pintas rojas, que tienen de luto y de sangre, y en cuyas alas ensoñadoras el viento de una elegía puso los tenues despojos de mi ánfora.

Andrea acudió á disipar la melancolía de su amante, y en su acento se traicionaba el pelo blanco del hada del sueño. Y no pudo soltar su risa, aquella que se antojaba cascabel de oro, caído cual rocío de quién sabe qué alegre nube en qué divina aurora. Y Monfort la interrumpió:

— ¿Has visto alguna vez medusas?

— Creo haber visto en la rada de Lisboa. Son hermosas y semejantes á telas transparentes de un alabastro flexible; ¿no es así?

— Pues en ellas me hacen pensar nuestras almas. Van bogando con la inquietud del rumbo desconocido, y exhalan, bajo el pleno sol, el brillo melancólico de un interno claro de luna.

VII

— 5 de Noviembre! — exclamó Andrea: — es menester apurarse y que me ayudéis á exponer los cuadros de mi padre. También eso me servirá de pretexto y podré quedarme unos días más.

La partida estaba señalada para el 15. Hasta entonces habían huído de esa idea. La tristeza de la última tarde, sin embargo, era como el reflejo del pensamiento constante y no expresado.

— ¿Cuándo se cierra la Exposición?

— El 12.

— Vamos esta noche. Á pesar del frío, quiero verla por última vez.

Monfort no se lo hizo repetir. También él sentía una suerte de ternura por el recuerdo del gran Bazar, y olvidaba, al saberlo agonizante, las veces que sus espectáculos groseros habían exasperado sus nervios.

Andrea, ágil y risueña, saltó sobre la vereda del Trocadero. Al desembocar en las galerías, el viento le levantó el abrigo, sacudiéndole el rostro, y enredándole los encajes en las manos.

— Noche inhospitalaria — dijo, echando una mirada sobre el Campo de Marte.

Su alegría, más ficticia que real, se volvió real tristeza sin disfraces. Las ráfagas salían de los rincones, cual engendradas por la sombra, con la idea de apagar

todas las luces. Las iluminaciones se balanceaban tiritando. Los amantes se internaron en el barrio de Argelia. También los árabes tiritaban en sus tiendas, en medio de la desolación de no ver clientes. Las tapicerías y las banderas se estremecían con los chiflones, que al emboscarse en las callejas, adquirirían más vigor en las espirales, saliendo silbadores y azotantes. Varios viejos, con aires de jeques respetables, luciendo nivosas barbas de patriarca, enfundaban armas, mesas, almadraques, narguiles, pebetes. Las fundas eran blancas como sudarios. El viento volvía á silbar trayendo más frío. Todos aquellos hombres no tenían aire de lamentar la fiesta concluída, con la melancolía del placer ó de la ilusión evaporadas, sino de querer irse á sus países, extrañando su sol bajo las nubes de París, que hablaban ya de las próximas nieves. Y los amantes, en silencio, salieron á la calle del Cambodge, y pasaron por delante del templo.

-- Ahí oí por la primera vez tu voz — exclamó el poeta.

— Empezamos á hablar en pasado — respondió la mujer.

El fantasma de la separación era para ellos la sombra inseparable de sus cuerpos. Las rachas arrancaban á las campanillas de la torre búdica un himno extraño, en que el rumor melancólico de plegaria exótica sobrecojía repentinamente cual con la voz del misterio de la sombra. Y en los más rudos estremecimientos, el vibrar de las invisibles alas metálicas oprimía el corazón, cual si fuesen hechas en su vuelo con las hojas sonantes de una hoz de la muerte.

Sigamos — exclamó Andrea; — todo parece fúnebre en esta parte, poco iluminada.

Pasaron frente á monstruos, mitad bañados en luz, mitad ocultos en las tinieblas, ó semidibujados en las penumbras, y silenciosos y horribles, como endriagos de pesadillas calenturientas. Vieron las piraguas, sacadas ya del lago, en las chozas del Dahomey, y los ánades, temblando en un rincón, como los árabes, y los indios, las

campanillas y los árboles. El viento arreciaba. Las alamedas parecían no recibirlo, sino temblar ellas mismas, con las últimas fuerzas de sus savias, entre escalofríos agónicos. Y allí las ráfagas polvorientas se levantaban en nubes, añadiendo á su rumor el rumor atorbellinado de las hojas secas. Espectrales plátanos, almendros y sicomoros, lanzaban sus sombras al suelo, con el placer fúnebre de tocar aún, con algo emanado de sus troncos y brazos, esos despojos rodantes de su antigua gloria. En tanto, por entre los quioscos y las ventas, veíase el trajinar de los embaladores. Á veces podía pensarse en una huida ante las amenazas de desolante peste ó de invasor ejército.

— Vamos, vamos — repetía Andrea, oprimiendo el brazo de su amigo.

Habían llegado, sin embargo, al Pabellón Japonés y al Té de Ceilán, y se detuvieron. Allí, donde el viento con su salmodia sibilante resonaba más elegíaco por el contraste del recuerdo de las músicas alegres, sintieron la tristeza del destino, en forma de garra inevitable. Las hojas revoloteadoras caían sobre las sillas, amontonadas en legiones, contra los troncos de los plátanos. Y porque toda una humanidad había dejado algo de su alma gozosa entre aquellas mesas, las penumbras tenían en la noche acechanzas de sepulcros. En otro quiosco, más adelante, remataban objetos japoneses cerca de los mastabas egipcios. Juan recordó el sueño de las momias interrumpido por los cigarras. Los gritos de las ofertas y pujanzas en torno del martillero, eran lanzados sobre la herencia de la que iba á expirar. Y hombres de todas partes del mundo recogían algo de sus despojos, para llevar visibles rastros de sus recuerdos á los más distantes países.

— Salgamos, basta de paseo; adiós nuestra pobre Exposición — exclamó Andrea, cual si se despidiese de una persona.

Y sentíase más allá un repiquetear traqueante sobre ca-

jones monstruosos. Monfort pensó: "Le están clavando el ataúd; es ridículo, pero la saludo piadosamente". En ese momento oyóse una sirena, y otras, ululantes y angustiosas, respondieron en los vapores del río. Sonaron para ellos como un símbolo de las separaciones, y la mujer, torturada, sofocó un sollozo, y al subir al coche dejó correr su llanto. El poeta nada dijo. Atrás se quedaba la Exposición, y mientras las luces de su vivir se apagaban, entre las nubes dispersas se encendían las estrellas, semejando cirios sobre la gran agonizante, tendida ya como un cadáver en el lecho otoñal de sus hojas amarillentas!

VIII

Andrea no pudo postergar su viaje. Partió el 15 de Noviembre. Los cuadros de su padre quedaban depositados; Monfort y Glatigni encargáronse de preparar todo para la primavera.

Cuando se abrazaron, la joven dijo: "Te dejo mi corazón; trátalo bien, hasta por egoísmo: está tan lleno de ti, que si lo torturases podrías hacerte mal." Y su doloroso lazo de fibras y de nervios les dió al desunirse la sensación de que sus vínculos morales se desgarraban como entrañas físicas, sangrando.

Andrea, en Madrid y Málaga, empezó á llevar una vida de angustia. Pensaba que su amante no comprendería lo que era para ella. Le hablaba imaginariamente, enterneciéndose á sí misma con el eco de su voz. Inhábil para es-

eribir su dolor, sufría atrocemente por no poderlo expresar. El fantasma de los celos, cruel y tormentoso, la envolvía en inexorable inquietud. Lloraba al ausente como si lo hubiese perdido. Después se reprochaba la exageración de su mal: Monfort le era fiel y también sufría. Entonces su dolorosa languidez se transformaba en enterrecimiento infinito. La poseía el anhelo íntimo de sacrificarle todo; hubiese querido, de rodillas, repetirle su amor. Lo veía escribiendo: una sombra velaba su frente, para hacer silencio propicio á las armonías de su ensueño. Sus ideas eran sus amigas: las únicas con las cuales compartía su cariño, sin turbación. Y se sentía como flúida, pareciéndole imposible que él, á su vez, no la sintiese en su torno, inspirándole, á través de la distancia, expresiones nuevas, desbordantes de ternura.

La emocionaban mil detalles. ¿Podían los monos del reloj de Sajonia tocar aún sus instrumentos, ó, después de arrojarlos, la lloraban? ¿La dama de la alucinación del poeta, no había aparecido en carne y hueso, sobre la alfombra, dejando de sonreír pintada en el gobelino? Rechazaba la idea de esos vulgares celos para pensar: "Habrá cerrado el piano. Si otra persona tocase, sufriría la parte de mi espíritu, que se quedó llorando y riendo entre las cuerdas. Eso ha debido ocurrirsele á mi delicado amante." ¡Amante! La palabra que hasta ayer le causaba horror, la repetía con placer, como si se vengase de la humillación que la amenguaba ante la dignidad de su sentimiento absoluto. Y evocaba los vasos llenos de rosas. No las había renovado. Marchitábanse allí las que perfumaron el último beso: otra delicadeza. Era mejor que así fuese, pues á los muertos se les renuevan también las flores, y el pensamiento de tal aproximación la estremecía. La esperanza de rever al amigo se transformó en su fuerza. Olvidó la separación para no imaginar sino el encuentro; mientras sus manos soñaban con las del amante, y sus labios se desesperaban evocando sus labios, y su

corazón quería latir en su pecho, y su pensamiento agitarse en su cerebro.

Á Juan, al principio, le fué intolerable vivir en su casa desolada; y una vez afuera, devorado por los recuerdos, corría á buscar á la mujer entre sus cosas. En su cerebro mil pensamientos se entrecrocaban: Andrea era el alma de cada uno, y la dolorosa obsesión desgarrábale hasta las lágrimas. Una tarde, removiendo un paquete de libros, en un ángulo de su vasta mesa, sintió á la amiga erguirse, apoyándose en sus hombros. De las páginas abiertas, con el hábito de toda su persona, se escapaba, evocándola, su perfume. Miró los volúmenes, y por instinto eligió el más impregnado; es decir, el que ella más había leído. La brisa sutil de ámbar y violeta, con el acento inefable del calor de su piel, desvaneciase como un soplo nostálgico de las cosas que inútilmente requerían sus ojos y tristemente imploraban la imposición de sus manos. Poco á poco, los sentidos de Monfort, acostumbrados, sintieron evaporarse el perfume. Lo dejaban de percibir con la agonía de un espíritu en invisibles ideales giros. Y el poeta se sintió dos veces solo, lacerado por la angustia. Quizá la mujer iba á olvidarle, y ya empezaba á unirle á ella algo como esa ráfaga alada de su cuerpo, vaho sutil, esencia intangible, exhalándose de los libros más tenue y silenciosa que el pensamiento de las palabras impresas.

Y rápidamente se lanzó á su dormitorio. Buscó un peine; no se equivocaba; despedía el aroma. Aspirando el penetrante olor, se sintió iluminado. El Carey subió, creció, echó chispas de sol, y una cabellera inmensa brotó de sus resplandores, y la seda ondulante cayó sobre su pecho, desbordándosele de los brazos, y arrastrando el alma entre sus hilos de oro, con la impulsión de un vértigo. Y recurrió á los pañuelos olvidados por la mujer y la respiró íntegra, y los átomos envueltos en los suaves copos de batista tenían, al volar, invisibles manos acariciantes.

Andrea adelantaba, más flúida que consistente, engendrando el deseo imperioso, que empezaba en atmósfera espiritual para concluir en la obsesión de su cuerpo. La alucinación era angustiada. Monfort pudo huirla. Se puso á escribir. Cinco minutos después se paseaba atraído por aquellos objetos, cual si tuviesen éter y morfina, y al fin, juntándolos con los libros, los encerró en un cofre, y la llave fué á parar á la calle. "Me basta con mi imaginación", se dijo. Así quedaron sepultados como clavos inconscientes de la crucifixión inmaterial de un alma.

Y pasó noches, en que hasta en el rumor de los carruajes hallaba los susurros de su vestido, como si fuese á llegar y subir la escalera. Un día pudo escribir y suavizar con el trabajo las llamas devorantes de su pobre espíritu. Pensó en el mes de Abril; su amada iba á ser su redentora golondrina. Se acordó de una de sus frases: "Para mi nido, no me basta un árbol; deseo un huerto". Entonces puso con brío manos á la obra. Era menester ofrecerle el libro completo. Que volviese, sí, con las alegrías del mar, y las blancuras de Málaga, y el azul de sus cielos, y el perfume de sus rosas, y la gracia de sus cantos, trayendo la primavera en las alas, para encontrar en sus versos el homenaje de un ruiseñor deslumbrado!

VIII

Solamente á fines de Abril llegaron los Islakieff. En el último momento, Andrea anunció á su amigo la triste nueva de que iba acompañada. Aquello les fué un desastre. El mismo día de su arribo, la mujer corrió á la calle Barbet de Jouy. En un largo silencio, dulcemente angustioso, se abrazaron, sucumbiendo de emoción. Los corazones martillaban los pechos, queriendo romperlos, y fundirse juntos entre el alegre vibrar del reloj de Sajonia. Dos horas después, ante el mismo són, Andrea, sobresaltada, exclamó:

— Las seis; tengo que irme, me esperan.

El poeta cayó en un mutismo torturante. El instinto femenino leía sus pensamientos. En ella también se revolvía la rebelión. Arreglábase de prisa, con dolorosa violencia. Él, sombrío, exclamó: “¿Vendréis mañana?” — Andrea palideció, y turbada: “¡Quién sabe si puedo! Mi posición ha cambiado” — dijo. Después, acariciándole la frente y el pelo: “Es menester que conozcas á mi marido.” Monfort, deshaciéndose de la caricia, empezó á pasearse agitado. La voz prosiguió con tiernas inflexiones: “Así nos veremos con más frecuencia. Sé razonable; en nombre de nuestro amor te lo pido.”

El hombre sentía en esa dulzura un veneno irritante, y sin analizar su injusticia, se llenaba de sorda hostilidad. Al fin, repuso: “Si tengo la suerte de no conocer ni tan siquiera el retrato de ese hombre, que la ley llama vuestro marido, ¿por qué queréis precipitarme en odiosos ma-

nejos? En realidad, vuestro marido soy yo. No tenéis con ese individuo ni el vínculo respetable de los hijos. Y en fin, he aquí mi última palabra: no quiero conocerlo.”

Su voz, de agria brusquedad inesperada, era una revelación. Y en sus gestos sentíase el hondo sufrir; y en sus tendones crispados repercutía su angustiosa impotencia. Andrea volvió á hablar: “Vais á comprometerme. Yo he contado nuestro encuentro. He dicho mil veces que los cuadros de mi padre están en vuestro poder. Que sois vos quien me ayudará en todo para la exposición. ¿Qué pretexto aducir?”

— Ninguno. Partiré.

La mujer, abriendo los ojos inmensos, se dejó caer en un sofá, sollozando. Él precipitóse á besarla, con el alma ardiente, en los labios conmovidos.

Ella empezó á murmurar humilde, bella y dolorosa: “Comprende que soy toda tuya; tú eres la única forma posible de mi vida. Mi espíritu se mezclará á tu espíritu, aunque se lo prohibas. No podrás olvidarme; de modo tal flotará en tu sér el recuerdo que poseo de ti. Cuando te vayas, te releeré en cualquiera de tus obras al azar de una página, y tus pensamientos se confundirán tan fielmente á los míos, y traicionarán de tal modo nuestras afinidades, que les deberé una exaltación más, con la esperanza de morir bajo tus próximos besos. En la incoherencia de mis sensaciones, hablar no me calma. Mis ideas quisieran abrazarte y se desvanecen en el aire y se mueren temblando, porque sufren al no ser recogidas. Ah! mis palabras de amor! Son pobres, son lamentables criaturas, que tienen alas, como los pájaros, y piden caricias y necesitan nidos. ¿No sientes que te buscan? ¿No sientes cómo cada una vive por sí sola? ¿No sientes que al tocarte se transforman en perlas y se enredan en hilos invisibles de ternura? Si tú lo quisieras, podrían tejerte collar y aureola, siendo tu consuelo en vez de ser tu sufrimiento. Ah! tú te debes á mi. Jura que me has mentado, que jamás

pensaste en irte. Podrías matarme... Júralo... Júralo...

En los acentos se fundían el tono de la súplica y el arrebató de la pasión con los sobresaltos de la inquietud; y la mujer resplandecía más atrayente, cual si en sus ojos varias noches humedecieran con rocío varias auroras. Juan, dándole el corazón en un beso, juróle todo lo que quería, pero sonó otra vez el reloj, y sobresaltada, se puso de pie: "Adiós, adiós, mal amigo." El poeta respondió simplemente: "Es siempre el de Sajonia. Los monos nos llaman al orden en nuestro amor, expresión de lo infinito." Su voz y su sonrisa destilaban un ácido corrosivo: "Ya lo ves, mi poema no era simple literatura. Se relaciona con nosotros. Vete, pues; ellos te dicen que es la hora."

— Basta, por Dios. ¿Por qué el hablar irónico? Te deseo menos cruel. Tú sabías perfectamente mi esclavitud. Hazme partir con palabras acariciantes. Tus acentos tienen inmerecidos reproches. Tus quejas me hacen desfallecer, matan mis ternuras, aniquilan mi confianza.

— Pues perdóname, y parte.

— Pero júrame de nuevo que no te irás de París.

— ¿Por quién me tomas? ¿No lo he jurado ya?

— Otra vez la violencia!...

Andrea dijo esto descorazonada, con los ojos nuevamente arrasados en lágrimas.

— Ah! qué primera entrevista!

— Cierto. Un resplandor de infierno nos alumbra.

— Pero por qué? ¿Por qué todo esto?

— Porque no debimos conocernos nunca.

— No blasfemes. La alegría ha partido también de mi alma. Has vertido en mí tu torturante tristeza. Pero, por esa tristeza, mi amor se transforma en un culto. Tú eres un ingrato; yo nó. Aunque la suerte me depare hondas congojas, te diré siempre: "gracias". Has abierto horizontes á mi alma, me has despertado los sentidos, te debo todas las sensaciones de la existencia. Nada podrá hacerme

olvidar eso. Á veces no te perdono el haberme enseñado la vida; después, te bendigo. Adiós, ingrato. Eres mi sufrimiento, pero eres mi fuerza. Quiero llorar interiormente de emoción feliz: hazme oír la armonía tierna y penetrante de tus palabras, en vez de darme la caricia muda y dolorosa de tus ojos....

No se decidía á partir; hasta que el són de una nueva media hora, sobresaltándola, la empujó hacia la puerta con su implacable timbre.

Monfort, una vez solo, vió alzarse la imagen de aquel sér desconocido, amo que esperaba á Andrea, quizá con impaciencia. El hecho pareciale monstruoso. Ese hombre había sido para él una especie de mito, ilustrado admirablemente por los desdenes de la mujer. Y ahora se decía que en realidad jamás le había manifestado la certidumbre de su desprecio. ¿Sería por delicadeza? Empezó á pasearse, llevándose al rostro las manos, que estaban impregnadas del conocido perfume. Otra vez ese aroma era en su casa sutil hálito, invisible llama de amor y de vida, casi alma de un alma al ser expresión de un cuerpo. Tal turbación de languidez hacía más terrible su lacerante angustia. Las preguntas volvían á asediarse. Y por un resquicio del pensar, penetróle una brisa de sospecha, que se transformó en huracán de muerte. ¿Estarian realmente separados? Y en un vértigo repentino lo asaltó la sobrehumana amargura y el anonadamiento infinito del hecho inevitable. Entonces hubo en su sér como un relámpago que penetrase hasta las entrañas de un abismo, y midió en el surco luminoso la profundidad de su pasión calenturienta: y al sentir un sudor frío, su razón vacilante se preguntó si no era de sangre!

IX

Al siguiente día, Andrea le escribió una carta, de fórmula social, anunciándole su llegada. Él dejó pasar dos sin respuesta, y recibió un nuevo billete.

Monfort, que al no responder había pensado dar después el pretexto de venir del campo, ante la segunda llamada se puso en camino al Hotel del Louvre.

Islakieff le agradeció todas las atenciones de que su señora había sido objeto. Monfort, aunque esas fórmulas de política fuesen en el caso naturales, encontró tan absurda la comedia, que sintió como un bálsamo sobre su llaga, considerando la posición ridícula de aquel hombre. Y él en sí no tenía nada de grotesco. Era un caballero frío y amable, en quien los gestos característicos de la gente de "la carrera", moderados por una languidez que le venía sin duda de la enfermedad, acusaban una distinción innegable. Habló de la reyecía de otro tiempo, del príncipe de Sagan, en cuyas filas elegantes había militado; de la decadencia del Café Inglés y del triunfo un poco rasta de Payard. Hizo un elogio de los vinos de Voisin. Tuvo un recuerdo enternecido para los últimos alegres bailes de Mabile. Después lloró sobre sus dolencias, aunque quizá no era sino un gran aprensivo.

— En efecto — le interrumpió Juan — todo vuestro aspecto es el de un hombre sano. Vuestra enfermedad debe de estar en vuestra imaginación.

Y no mentía; empezaba á encontrar á aquel gigante, que podía tener unos cuarenta y cinco años, sano, y, sobre todo, hermoso. Un acceso de tos vino á interponerse, dando la respuesta á ambos interlocutores.

Nadie pareció oírla, y en quince minutos el poeta habló ágilmente sobre muchas cosas, y poniéndose de pie, ofrecióse de nuevo á la señora, para la exposición de sus cuadros.

— El camarada de vuestra infancia — exclamó Islakieff — me ha dado la sensación de un perfecto *poseur*.

— Vos sabéis, mejor que yo, que todos los hombres de jetras son así. Se le puede perdonar, sin embargo; es un amable amigo.

En realidad, éste no había hecho ni dicho nada para merecer el título; pero había obrado en las dos partes el flúido irresistible de la antipatía, y Monfort, al salir del hotel, pensaba: “Qué suplicio y qué hermosa bestia!”

Decididamente, la belleza, aunque otoñal, del enfermo, le preocupaba. Y sentía casi un amargor en su boca, como si un alma, impregnada de hiel, le humedeciese los labios.

X

— Yo creía que iba á tener que olvidar la expresión de vuestra mirada; la expresión de nuestros primeros encuentros; la expresión que me estremecía toda. Ayer vuestros ojos eran acariciantes. Me volví á sentir feliz. Habíais perdido vuestra cruel ironía. Ah! cuántos besos erraban en mis labios. Cuántas frases enternecidas se atropellaban en ellos. Y los besos decían á las frases: ¿qué hacemos? Pobres frases, pobres besos! no les quedaba sino morir allí mismo. Y me parecía oír vuestro madrigal: “¡Qué mejor tumba!” No, querido mío, flores que nacen en ciertos jardines, quieren morir en ciertos altares... Ya lo veis. Mi ternura se tiñe á veces de misticismo. ¿Pero no me escucháis?

Monfort repuso sombrío:

—¿En qué iglesia de Madrid os casasteis?

Andrea no dijo nada: su palabra, perdiendo las aladas sonrisas, volvió nuevamente á la sombra. Viendo los ojos que la seguían interrogando, exclamó con sorda voz: “En San Jerónimo el Real.”

Se hizo un nuevo silencio. En un rincón de la boca del hombre dibujábase un rictus de amargura, que después de algún tiempo encontraba allí su terreno fecundo.

—Entonces —murmuró— yo andaba haciéndome traducir versos de Li-tai-pé entre muñecas chinas. Hermosa ocupación, ¿no es cierto?... .

Ante el tono del acento: “Perdón, perdón”—decía Andrea, ignorando por qué y sin saber qué contestar. Y él prosiguió: “Ah! ¿por qué me hiciste conocer á ese hombre. Júrame que no volverás á sus brazos.”

— Pero... si tú tienes la certeza.

— ¿Cómo? Repite. Júralo.

— Tú sabes que el médico... Basta. Basta. ¿Por qué me obligas á hablar de cosas indelicadas? ¿No comprendes mi rubor? ¿No observas mi sufrimiento? Además, es un pobre enfermo. El odio que le tenía, aun antes de conocerle, se ha trocado en piedad. Ah! no me tortures. Soy tuya, solamente tuya... Parece que tú amaras el dolor y encontraras voluptuosidad en urgarte las llagas y mirar cómo corre la sangre. Ámame como te amo, y seremos felices. Soy tu amante y tu mujer, tu hermana de elección y tu esclava absoluta.

Al mismo tiempo, puso la cabeza sobre su pecho, y cual si auscultase una interna contracción, añadió después de un emocionado silencio:

— Siento cómo sufres. Pero dame un beso. No tendré necesidad de beber sangre en tus heridas; mis labios van á cicatrizarlas. Pon tu mano en mi mano, el porvenir será nuestro. El hombre y la mujer son incompletos; pero si el amor los junta, hacen la más suprema perfección del mundo. Un beso. Dame un beso semejante al primero que me diste... Cierro los ojos y veo el bosque de Apolo... Los pájaros, los árboles y el cielo de Versalles vuelven á cantar como en aquella tarde; y hasta las estatuas se estremecen: en su blancura hay un arbol de dicha.

Juan, olvidando sus torcedores en la inconsciencia de una ebriedad fluidica, sentíase penetrar por su calor, vencido. Metía las manos en la cabellera de oro, que exhalaba de su aroma sutil, una llama, y dulcemente dijo:

— Tu perfume tuvo siempre para mí emanaciones morales. La noche antes de mi partida al castillo, después de

nuestro enojo, tu mano, que yo había estrechado, dejó ese sello en la mía. Caminaba rencoroso por la calle de Rívoli, y lo sentí repentino. Como humo enredado en el pelo, creía que tu alma flotaba en él, adhiriéndose así de igual modo á mis dedos. Es difícil, sin duda, percibir un alma que no tiene más cuerpo que un perfume; pero su presencia resultaba tan sensible, que al aspirarla, mi duro rencor fundíase. La niebla se diluía en luz. Y cada vez que mi resentimiento se enconaba, él volvía á suavizarme, infundiéndome su ligero frescor: mi mano, exhalando la intangible brisa, era fuente de ternura. Más tarde, después de amarnos, ha sido mi obsesión. En la horrible congoja de la pasión que clama solitaria, exasperada por el deseo, ese perfume, olvidado en tus pañuelos, engendraba como calambres en que agonizaba un alma. Y tú dirás: qué disparates! Pero yo no tengo la culpa si has transformado mi sér hasta dar á mis angustias morales forma de torturas casi físicas. Aproxima tus labios. Tú eres el vértigo. Quiero olvidarme del mundo y del infierno y de mí mismo. Si fuera un antiguo griego, te diría que tejen tus caricias la túnica de Neso, y que en sus llamas corren frescuras del Leteo.

Y se amaron cual nunca, con un amor concentrado, ardiente, en que las rebeliones y tristezas de sus seres añadían á su voluptuosidad más fuerza y mayor misterio!

XI

Una mezcla de Beaudelaire, por lo refinado, y de Musset, por lo vibrante, sin ser lo uno ni lo otro; una fuerte originalidad por el acento profundo, que cuando sincero, aunque se trate de pasiones viejas, parece siempre nuevo. Á veces un soplo de pimpante prestidigitador de rimas á lo Bambille; otras, un estallido volcánico de imágenes á lo Hugo. Músicas internas de Verlaine saliendo candorosamente de los ritmos en versos de negligencias encantadoras. Y siempre una lengua admirable, una lengua á lo Gautier, capaz de dar inmediatamente varias piezas á la antología. Y la sutileza del simbolismo en las correspondencias más recónditas de las sensaciones, animada á ratos por el estremecimiento de un alma desbordante de las palabras, ya que para ir más allá de la vida, no podía volar en ellas como en las notas de un Wágner ó un Beethoven. Emociones agudas de un Swinburne, atemperadas por la ironía de un Heine, abriéndose en el arte de un Shelley. En fin, una especie de haz sonoro de la poesía amorosa del siglo, concentrando todos sus rayos, en torbellino de pasión, cuyos movimientos de tempestad caían á veces en la calma de un laboratorio para dejar sus íntimas partículas analizadas; eso era el libro de Monfort: soplo de fantasía fulgurante, grito de un corazón ardiente, cifra y compendio de un amor absoluto. Y sus matices distintos, innumerables, á través

de dos estados continuos de alma, le prestaban dos caracteres diversos, fundiéndose, al fin, en una sensación única.

Empezaba *La Canción de Eva* con uno de los versos definitivos del gran Vigny: "J'aime la majesté des souffrances humaines". Y concluía con la misma cita intercalada, y saliendo naturalmente del texto. Por modo que el dolor fluía resultante de aquella inmensa ilusión humana. Los dos estados eran dos musas, y más que á un libro de Montesquieu, podía aplicársele la apreciación de Heredia. Una tenía por genio á Ariel; y ótra á Calibán. El hijo de la nube y del aire, y el engendro de la bruja, mezclaban sus alas, sus patas hirsutas, sus cantos divinos, sus abominables risas. Ariel engendraba visiones fantasmagóricas, cual si Próspero estuviese siempre de buen humor, después de leer á los griegos más armoniosos. Calibán salía de las profundidades del bosque, encarnando las imperfecciones de la vida, y todo lo que física y moralmente impide oír, á veces, la canción del genio amable, en las flores, las nubes y los astros. El libro todo estaba impregnado, en sus violencias y en sus delicadezas, de la calenturienta febrilidad que, con la revelación de sus misterios, había dado la pasión á dos almas. Brillaba con los prestigios de un Cantar de los Cantares moderno. Pero la transparencia de las imágenes bíblicas, la voz del pintoresco entusiasmo, la inefable unción del estilo antiguo, aparecían turbadas por la inquietud y la angustia. Era el espíritu, variable como las olas, invariable como el mar, sacudido por el inmortal sentimiento, pero entre la carne y entre los nervios heredados de mil generaciones cultas, transmisión miserable, á fuerza de ser sensible y civilizada; y eso siempre dentro de las formas intransigentes del arte más puro.

Monfort había dicho la noche antes á Andrea: "Mañana aparece mi libro, es decir, el vuestro. No os he mandado hace un instante el primer ejemplar, porque sabía que iba á encontraros aquí".

Se hallaban en el *foyer* del Teatro Francés.

— Mandádmelo temprano, á primera hora. Mi marido almuerza en el Bosque, pero yo no saldré hasta las dos, hora en que iré á casa de Petit. Y á propósito, gracias por todo; la exposición estará pronta el jueves... En cuanto á que el libro me pertenece, enternecida os lo agradezco; pero ¿no creéis que este Voltaire de bincha de piel-roja, se ríe un poco de la frase?...

Y diciendo, señalaba la estatua de Houdón, y su inteligente expresión irónica. El poeta respondió:

— Lluve en el campo seco y se bendice á las nubes; ¿por qué no pensar en el sol, que ha evaporado las aguas de la tierra? La ilusión es siempre hermosa, pero á veces juez injusto: aquí la ilusión sería creer que los versos son míos. Sois el sol, vuestra es la lluvia; olvidemos las nubes...

Alguien se acercaba. Andrea exclamó:

— No hay dos opiniones. Le Bargy, admirable en el Marqués de Presles de ayer, está insoportable en el Carlos V de hoy. Puede cambiar de corbatas con éxito, pero no de papeles.

— Es decir — añadió Monfort — que tiene menos buenos papeles que corbatas.

Después no tuvo ocasión de hablarla en toda la noche.

Y en la mañana, al enviarle el libro, le escribió:

— Imaginaos que el pergamino de la carátula fuese de un viejo palimpsesto. Bajo el título, puestas como sobre la cal de los frailes, aparecen con los reactivos estas imágenes. Un escudo, y á su pie una divisa: “Tsilla, música del pensamiento.” En el óvalo, gran campo con dos cuarteles: uno de rosas y ótro de estrellas, separados por agua, evocadores de las mujeres que, cual vos, recuerdan la fuente que canta, el astro que se refleja, la flor perfumante.

— Clavado en el cuartel de las rosas, se yergue hacia el del cielo un espadín de acero. La hoja metálica es el sen-

timiento hiriente que nace entre flores; y sobre el pomo, que toca una estrella (símbolo del ensueño), hay un rui-señor (imagen de un alma). Leed ahora de corrido: "Tsi-lla, música del pensamiento."

"Pero es posible, mi querida amiga, que, á pesar de vuestros reactivos, no aparezca el escudo. Entonces, contentaos con tocar y mirar el volumen. Sobre todo, sonreíd cual sabéis hacerlo. Y su vitela blanca, perdiendo su aire de sudario triste, adquirirá el de cuna alegre, blasonándose espiritualmente ante vuestra expresión de inefable encanto. Y así, el volumen brillará más sagrado que un Libro de Horas de los Reyes."

XII

Veinte telas con toda la Andalucía. Un derroche de color y de espíritu. El triunfo de un Van Gooch antes de delirar, naciendo de un Millet, después de sonreír. No una Provenza encegueciente, entre olas amarillas, ni cielos en que la obsesión del oro estalla, metamorfoseando las estrellas en soles: Van Gooch. No una Normandía, donde la infinita tristeza levanta su silenciosa oración entre parvas ceñudas y pensativas: Millet. Todo eso junto y atemperado. Un sentimiento profundo de la melancolía de las cosas, con insinuación de una sombra transparente. Un ardor vibrante, pero armonioso, para reflejar el regocijo del matiz en el pleno aire. Colores cual sonos de charlatanas esquilas, que aumentan la alegría del azul,

sin quebrar sus bronce, con golpes de badajos espasmódicos. Por eso resultaba el triunfo de un Van Gooch, antes de delirar, naciendo de un Millet, después de sonreír, aquella exposición de Nancy. Y no fulgía la España de castañuelas, toros y chulas, aunque hubiese un admirable Tendido de Plaza, con la palpitación de sus matices, estremecidos por el horror de la muerte de un banderillero. Quizá en esa sensación alegre y fúnebre de la muerte, en medio de la vida, estaba el verdadero carácter de la obra. Pero la tiniebla trágica se transformaba en velo de melancolía suave...

Y era la impresión, voluptuosamente triste, de los vistosos patios árabes, donde hay fuentes cantando las elegias de Abul-Meka. Era la Sevilla respirada en los azahares de Abril, al pie de la catedral, mirando á la grave Giralda agujerear el éter risueño. La Sevilla de muros de cal con un reflejo azulado del cielo, donde el sol orece las frutas, después de platificar los verdores. La Sevilla misteriosa, á pesar de su blancura neta, en que las guitarras actuales tienen ecos de las guzlas antiguas. Y era la Granada del Generalife, la Granada de las rosas de ese huerto, flores que huyen de las hojas del Bædeker, para abrirse en las almas que celebran las magias del Oriente. Y entre los paisajes había cuatro retratos, muy buenos, aunque sin gran originalidad. Los de las mujeres venían del manantial luminoso de Goya; el del hombre, de un Sergent, pero de un Sergent que, en vez de á Reynolds, tuviese por antepasado á Largilliére. Una partícula de luz francesa cruzaba por la severa elegancia y el noble continente del Conde de Monfort; que no era ótro el retratado. Tenía un látigo en la mano y una frase en la boca: y boca y mano parecían esgrimir el dón de la misma espiritual impertinencia. Las dos mujeres eran las hermanas Toledo, envueltas en las mantillas clásicas, echando luz por los ojos y gracia por los labios. Y además una niña, entre espigas de oro, brillaba como la Rut extra-

viada de un patio andaluz; el mismo artista había escrito con su pincel en un rincón: Matzuyama.

Los grandes comisionistas de cuadros, que llevan la batuta y organizan sabiamente la propaganda, estaban interesados por Marois. Se hizo á Andrea un reportaje. Se supo la vida errante y curiosa del hombre. Muchos pintores se acordaron de haberle tratado y se escribieron artículos y se tributó justicia al artista. El Luxemburgo, consagrándole, compró su *Generalife* y un patio de Sevilla. Los otros cuadros también se vendieron. Andrea se reservó algunos, y decidió regalar al marqués de Elançay el retrato de su hermano. En medio de la satisfacción, las torturas de la mujer se acrecentaban. Por esos mismos acaecimientos, sintiendo tan en la sangre la vida de París, lamentaba más que nunca verse apartada de Monfort. Las creencias religiosas, aunque dominadas por la pasión, existían en su fondo, y el paso de un divorcio la atemorizaba, alejándole la idea de un posible casamiento. Y á sus amarguras se unía también la del éxito del poeta. “En vez de convertir en oro lo que toco — pensaba — hasta el oro se me vuelve barro”. Monfort se hacía popular. Su volumen, por la primera vez, franqueaba el grupo de los verdaderos artistas, penetrando por ciertas piezas en el gremio de los profesores, y por ótras, hasta en los clubs y buduares.

Se había dicho que, con la aparición de *La Canción de Eva*, el *Intermezzo* dejaba de ser el más bello poema de Amor del siglo; eran muchos los que, leyéndole, se sentían interpretados; y Monfort pasaba de autor á quien se admira, á ser también autor á quien se ama.

Y en aquella exposición de las telas de su padre, Andrea sufría, en sus delicadezas de amante y en su orgullo de mujer. Por la sala de Georges Petit desfilaba el Todo-París. La elegante y prestigiosa silueta del amigo, sin cesar cumplimentado, era un centro. No temía que se lo tomaran; tenía la conciencia de su fuerza: pero por eso mismo

irritábale el no poder gritar que era su amante, y que le pertenecía su triunfo. Y cuando entró la condesa de Lugneville al frente de una banda, diciendo: “Sed nuestro cicerone, y sabed que no os soltamos, iremos á tomar el té á Madrid” — entonces no pudo contenerse. Lo llamó aparte con un pretexto: “Si aceptáis esa invitación, todo ha concluído entre nosotros.” Monfort, más que las palabras, oyó el acento. Comprendió todo: “No iré, y gracias por vuestra pena.” Volviéndose al grupo, después de pasar revista al “Egipto” de Claisin, llegó á los cuadros de Nancy.

Y él también sufría. Angustiábale la visión continua de Islakieff, en medio de sus relaciones, presentando á Andreea. Y volvió á verse ante el retrato del Conde de Monfort junto al de las hermanas Toledo. Alicia derramaba color y frescura, y al poeta le parecía triste. Y creyó de pronto que el gentilhombre, olvidando su expresión altiva, murmuraba: “Mi pobre Juan, he aquí el resumen de la existencia: venimos, sufrimos y nos vamos!”

XIII

Un mes más tarde, Andrea partía á San Petersburgo. La vida que habian llevado, sazónada con penosas escenas, hizo que, al despedirse, pensaran con placer en lo concluido. Tenían la esperanza de encontrarse en Octubre. Miss Hárrison estaría de vuelta; Islakieff, que no deseaba pasar el otoño en París, dejaría á su mujer con ella.

Monfort se fué á Abriseaux. Se entretuvo en hacer el poema noruego para Letellier; y el músico y otros amigos pasaron la temporada en el castillo.

Islakieff volvió de su país á fines de Setiembre y una semana después partía para su cuartel de Málaga.

Miss Hárrison seguía con la peculiaridad de no querer habitar en París mismo, y se fué al Pabellón Enrique IV de Saint-Germain, pero Andrea se quedó en la capital; de modo que pudo pasar días enteros en casa de Monfort. María, aya de la infancia, con dejos de vieja dueña española, la ayudaba con arte en todo.

Aquellos dos seres ligáronse en adelante con ternuras más violentas, con violencias más tiernas, amando en su amor las angustias ya sufridas y los dolores vislumbreados. Su fusión íntima fué más profunda, más tempestuosa, más abierta sobre los infinitos del misterio.

El amor, en el hombre, tomaba nuevas medias tintas ó nuevos fulgurantes colores. Le despertaba sentimientos que en innumerables formas parecían amasar, modelar,

esculpir las materias ardientes de su alma. Savias vivificantes entraban en su sangre y estremecían su cerebro. En ese amor absoluto sentía germinar una nueva obra, complementando su existencia. Era un relámpago. No podía precisarla. Pero en su mismo deslumbramiento veía el contorno de la nube, su cuna, cual si fuese ya el atavío de la idea. La mujer se le acercaba y él le decía: "Me basta respirarte para sentir el olvido del pasado, y perder la inquietud del futuro. Nuestras almas, después de mirarse desde los ojos, se dan cita en los labios, para fundirse en un beso. Ese minuto, vértigo que encierra todas las venturas, es una eternidad. Tú eres la fuente de mis sensaciones y el crisol de mis pensamientos; en el menor de mis pasos te agitas invisible."

En otros momentos volvían á torturarle sus celos, y todo se complicaba, martirizándolo. "Al despertarte los sentidos, al enseñarte la vida, me parece que, dándote un dón, te he arrancado la verdadera virginidad y sufre mi sér cuando mi pensamiento se desvanece. Ah! tú no puedes comprender, pues no eres hombre, ese misterioso dolor. Además, tu cuerpo es la belleza misma. Es, con líneas maravillosas, la expresión escultural de tu alma, y lleno de atracción augusta, y dominio soberano, compone otro rostro. En él la Gracia se besa con la Fuerza, y el Amor sonríe. Aunque parezca contradictorio, su esplendor espiritualiza los instintos... La mujer no es sino la más soberbia vestidura de nuestras ilusiones; mis ojos tienen cinceles, y así tu cuerpo resulta creación mía. Lo amo con doble pasión. En su simplicidad, oculta el secreto del arte, y en su gloria brinda el triunfo de la naturaleza. El universo se concentra en él. No tiene las formas de una estrella. No enceguece como un sol. No pierde su contorno humano. Pero erguido, ó cual ahora, acostado sobre esa piel, que transformas en *Vía Láctea*, conciertra los más distantes astros, que al girar en su torno proclaman al Amor, numen excelso de la universal armonía.

Ah! cómo admiro el escrúpulo del Oriente que cubre de velos y sepulta en un harén á la favorita. Nueva Isis intangible del Santuario, ni siquiera la roza la mirada de los hombres, ¿Crees tú posible recordar, sin tristeza, que alguien te ha tocado, y que imagine sin horror que alguien va á profanarte? La mujer amada no puede compartirse; su intimidad sublimiza, porque es un augusto misterio..."

Y como se aproximaba el mes de Noviembre, habian encendido la chimenea. La piel en que estaba tendida la amante era la de un oso, evocador pintoresco del Ata-Troll germano. Las llamas jugaban sobre ella, reverberando, de modo que parecían guardarse su fuego, y sólo mandarle en alientos caricias fugaces. Y los carbones rojos crepitaban, y las leñas exprimían las lágrimas de sus resinas en un martirio, al no poder envolverla sino en reflejos.

Ante esos fulgores, el poeta había dicho á Tsilla, la huésped del Sol, lo que le inspiraba la magnificencia de su cuerpo. Y como la llama, era su amor. Llama con deseos, sentimientos y sensaciones cambiantes. Llama de quien se sabía por qué se encendió, ignorándose su esencia. Llama única y multicolora, material y ligera, sutil y devorante, capaz de quemar con sufrimiento ó de acariciar con halago, de fundir una estatua ó de destruir un palacio, produciendo la vida ó engendrando la muerte. Llama que con voluptuosos giros esculpía, al parecer, la mujer que abrazaba, añadiendo á su esplendor, penumbras temblantes de misterio.

Andrea, afinándose más, y más sensible á todo, subyugada por la pasión, y con el orgullo de su victoria, penetróse de todo aquello, exaltándose también, de modo que llegaron á vivir con un solo cerebro y de una misma sangre. Por eso, la separación les iba á ser de nuevo un real desgarramiento, y ella, temerosa, murmuraba á su amigo: "Acerca tus labios, canta, hazme dormir como á una criatura; quiero soñar con un mundo en que los amantes no lloren y donde la felicidad exista!"

XIV

Se dieron el adiós bruscamente, antes del día fijado. Varios telegramas de Islakieff que, en vez de reponerse, poníase más malo, hicieron partir á Andrea.

Monfort tuvo noticias al poco tiempo. El médico rece-
taba la montaña al enfermo é iban á partir para Tenerife.

La distancia se hacía mayor. La mujer escribía con la nerviosa inquietud de todo viaje, y recordaba el estremecimiento con que oyeron en la última noche de la Exposición las sirenas del río: la voz de las despedidas, la desgarradora de almas, con los puñales invisibles de sus gritos angustiosos.

XV

“En fin, heme aquí, mi querido amigo, en La Laguna. Es una ciudad que podría ser un nido de águilas. Desde mi ventana domino el mar. Veo tres buques surtos en la bahía. Detrás de ellos, velos de nubes simulan cadenas de fantásticas montañas. Y en esos montes quiméricos, se antojan habitar las gaviotas, que agujerean, con sus vuelos pausados, la masa flotante.

“Pero no os he dicho por dónde se sube á esta cumbre. No es una, ni ciento, ni mil; son millones de piedras, de todas formas y todos tamaños, las que en ejércitos amenazantes en las pendientes, y ejércitos derrotados en los recodos, se multiplican como langostas y se inmovilizan como cigüeñas. A los lados de la senda se abren abismos: en el fondo habitan cabras. Imitando á las piedras, surgen en ejércitos cactus, que erizan las laderas y las cúspides, cubiertos de recias carlanças. Y las flores amarillentas y carmesíes se multiplican graciosas, también entre collares punzantes. Así, las espinas de las hojas parecen defender sus colores, y las espinas de la flor sus perfumes. ¿Por qué tal diferencia? No sé. Pero dan esa sensación. Después de dos horas de ascender, se llega á la ciudad. Se llama La Laguna, porque está sobre una laguna desecada, y os puedo asegurar que evoca la serenidad de un agua dormida, que no movió nunca el soplo de la brisa ni el ala de un pájaro. En las largas calles, llenas de pro-

fundo silencio, el mayor movimiento es el de las hierbas del empedrado. Fácil es calcular la alegría. ¡Cuánto hastio, mi Dios, y qué sacrificio el de quedarse aquí quién sabe si hasta el fin del mundo! De pronto, aparece una plaza con una fuente seca, y más allá las barracas de un mercado desierto. Todo lo mismo. Igual silencio. Igual muerte. A la izquierda, como un harén oriental enmascarado con espesos mucharabieds, se yergue un convento: mejor sería quizá decir, se aplasta. Ah! mejor sería aún huir con rápidas alas. En fin, del recinto religioso llega hasta la calle un sople de incienso. Y es lo único que saluda al visitante, ese vestigio de perfume, que el aire arrebatada y su giro disuelve.

- Á un lado está el caserón de la marquesa de las Navas. Vense los escudos de piedra sobre la portada; en el balcón, devorado por la herrumbre mohosa, agoniza una verbena. Pero nada de Sully-Prudhomme ni de su vaso; el hierro y el primitivo tiesto de barro no lo recuerdan. El patio árabe del interior, solitario y apacible, ofrece claveles y rosas, y arcadas cubiertas de palomas, y palomas rebosantes de arrullos... En el fondo hay una escalera señorial y sobre la escalera un farol alumbrando un cuadro de la Virgen. Se sorprende una sombra que sube y se signa. Es un espectro de caballero. Y los guanteletes acerados de sus manos hacen, con la señal de la cruz, un rumor épico y piadoso, que ahuyenta su vida irreal de fantasma... En el artesonado de madera habitan extrañas máscaras. Unas gesticulan, ótras miran cejijuntas, y todas emanan de su inmovilidad coloreada un silencioso hastio. Es curiosa la sensación de esas criaturas de fumador de opio, insólitas imágenes de Poe, perdidas sobre una escalera española, junto al florido patio arábigo de amor y de ensueño, extraviado á su vez en la cumbre de la isla. Una voz me saca del ensimismamiento. Doy vuelta. "Es la marquesa", me dice el guía. Salgo al patio. Sobre los arcos, en una de las ventanas, me sonríe una señora, envuelta

en mantilla oscura. Tiene ochenta años y su piel brilla como la rosa que agita su mano. Es extraordinaria. La saludo con respeto. Ella inclina la cabeza. “La forastera — exclama el guía — piensa que el artesonado es la cosa más rara que ha visto en el mundo.” Yo no he dicho nada, pero no desmiento, y reproduzco en voz alta el juicio de mi intérprete. La marquesa me despide con un amable gesto: “Malco — dice, — ofrece á la señora extranjera una rosa.” — “Perfectamente, señorita.” La anciana se retira, y el llamado Malco, que maneja una piqueta de palo con la misma facilidad que la lengua, coge una flor y me la brinda. “Tómela, mi princesa; no hay nada mejor en los reinos de España...” El simpático dón de aquella anciana, á un paso del sepulcro, en aquel silencio hospitalario, en aquel patio reposante, bajo las herraduras árabes y los escudos de los castellanos, me pareció realmente algo encantador de esos reinos evocados. Y yo, que educada á la francesa por mi padre, protesté tantas veces contra la expansiva familiaridad de mi tierra, tomé la rosa cual si me otorgase derecho de ciudadanía en La Laguna. Vi en ella como la forma corpórea de un cantar popular perfumado, y como el símbolo de fraternal acogida, que enlaza á las gentes que se expresan en la misma lengua. Y bendije las costumbres patriarcales, la amable comunión de los corazones, el trato de toda aquella gente, lamentando por ello, aún más, que España haya perdido esos reinos, cosa que el guía debe ignorar, por su acento de orgullo.

“Pero adiós, mi amigo, basta. Me habéis pedido que os cuente cuanto haga y os relate lo que vea, y siento que me excedo: perdón. Es posible que más os hable de lo que vea, pues en materia de hacer, no hago sino sufrir. Deseo que vos no paséis por tan triste estado de espíritu. Escribidme lo que haya de nuevo en París. Adiós, querido y grande amigo. Recibid mis más afectuosos recuerdos.”

XVI

“Hasta ahora no sé nada de vos, ni de nadie. Solamente he recibido una carta de Glatigni explicándome por qué sus flores llegaron tarde á la estación el día de mi partida. Ha tenido la atención de mandarme, en vez de las flores extraviadas, una caja de Boissier, que aquí á la distancia resulta más exquisita y melancólica. Es el colmo, sin duda, encontrar melancolía en un bombón destinado á derretirse alegre y dulcemente en la lengua. Pero yo soy así. Un perfume que me recuerda un lugar querido, es capaz de enfermarme. Con las cosas del gusto me pasa lo mismo. Tengo en el paladar un teatro de reminiscencias: y os juro que á veces la representación es triste. Podría hacer una sicología de las frutas. La palabra resulta pretensiosa y hay que borrarla: es decir, vos pondréis ótra, porque ya está escrita. Y en ella diría, por ejemplo, las diferencias entre el sabor de una guinda, comida en Sevilla, respirando azahares, y el de la arrancada en Durand de esos arbolitos enanos que en París, cuando se les despoja del fruto, hacen creer que se rompe un sombrero elegante. Cada bombón me ha hecho soñar despierta. El gusto de la castaña azucarada y helada tiene luces del Bulevar. Luces de las cinco de la tarde, en el mes de Noviembre, en el momento en que las vidrieras de Goupil, y las del Carnaval de Venecia, y las del Old England, reverberan con sus grabados, y sus corbatas, y sus bastones, y

sus trajes. Ah! desde lejos todo eso tiene un hechizo singular. Si me preguntan cuáles son las violetas más hermosas, y más frescas, y más perfumantes, y en qué delicioso bosque están, y por la virtud de qué Urganda nacen, respondo que las violetas de verdadero cuento de hadas, las que hacen mejor respirar el bosque, las más bellas, las más frescas, las más perfumantes, son las artificiales de la Rue de la Paix, sobre todo cuando hay un poco de niebla, y las vidrieras parecen perlarse, ó endiamantarse, con leves gotas de rocío. Ah! mi amigo, qué gran farsa, la del sol, y la del cielo azul en invierno. Eso será bueno si se tiene un amor en el alma, y el amor al lado en forma de gentil acompañante. Creedme, no hay sol más espléndido que el de los focos eléctricos. Nos hace pálidos los rostros, pero es el símbolo de la fiebre, de la animación, de la vida.

“ Paladeo un bombón; cierro los ojos; sueño con París á esas horas; lo respiro; y siento ganas de llorar á gritos. No lo hago con ese desborde, pero, no lo dudéis, una lágrima acaba de caer en la hoja. Besadla, es la rúbrica de mi nombre. Adiós, amigo ingrato, que se olvida de escribirme, cuando en realidad más que esa luz eléctrica de que hablaba, él es el alma de las vidrieras atrayentes. Adiós, y antes saludad por mí á todos los cocheros de los fiacres. ¡Horror, ¿no es cierto? Creed, sin embargo, que no me he vuelto loca. Los veo con sus chisteras de hule y sus narices variadas, desde el tomate hasta el pepino; y la gran boa pegada al cuello, mientras sacuden los brazos para no entumecerse; nada bellos, nada amables, nada seductores; pero cómo lamento que no me roben cuando los tomo y no me detengan el automóvil cuando los dejo; os juro que me enternezco y siento ganas de abrazarlos. París es como la salud. Se sabe lo que vale cuando se ha perdido. Y en esta ocasión, mi enfermedad reviste carácter de eterna. Otra vez, adiós.”

XVII

—Es difícil habituar las tristezas del corazón á la calma de esta ciudad de muerte. Ah! quién fuese como los escudos heráldicos de los portalones de sus casas solariegas! Cuán grata felicidad la de convertirse en piedra y dejar de sufrir, tomando la forma de estrella, árbol, halcón ó penacho! Y, por el contrario, á medida que el silencio se hace más profundo, y la calma más hospitalaria, el tumulto interior es más hervoroso. Dejemos eso. ¿Qué pueden importarle á un parisiense que acaba de oír el *Réquiem* de Berlioz, las nostalgias de una Robinsón Crusoe, que no deja de serlo aunque pasee por su isla con un traje de Renfernt? Aquí he acabado sonriendo á todo el mundo. Por las calles encuentro clérigos envueltos en sus manteos, que ceremoniosamente me saludan. Este continuo ir y venir de eclesiásticos da á la ciudad muerta un aspecto mayor de paz. Á veces me creo en una Brujas montañesa. ¡Ah! si siquiera por un día pudierais venir para ser su Rodenbach. Hay un templo, la Concepción, que resulta una agradable sorpresa. Mi opinión no vale, naturalmente; pero el púlpito lo creo una obra maestra. Recuerda los trabajos de Berruguete, que debéis haber visto en la mezquita cordobesa. Reposa sobre un águila colosal, esculpida prolijamente hasta en microscópicos detalles. Y tiene en su porte majestuoso el sople simbólico de Patmos. Sin ceder ha mirado al sol antes de inmovilizarse. Personifica

también á los guerreros castellanos, que fundaron La Laguna, más alta que el vuelo de los alciones. El otro día hubo una tempestad. ¡Qué hermoso espectáculo! Olvidé ante él mi terror á los truenos. La ciudad parecía alejarse del mar y acercarse á las nubes, y no contenta con desafiar las olas, hacerlo con el rayo. En medio del tumulto pensé en el águila. Era realmente épico descubrir estas islas, y poner en estas cumbres esculturas, faros y hogares. Venid, pues, amigo. Algo tendréis que ver y yo me aburriré menos... Sin embargo, el águila está mejor gozando de su calma religiosa, que entre la tormenta. En el templo la acompañan un curioso coro y un altar; obras del mismo autor, inferiores al púlpito, pero muy interesantes. No se conoce el apellido del artifice; su nombre es Joaquín, y lo ha engarzado en las labores al de su esposa, Ana. Se presiente una vida de trabajo feliz y arduo. En ese rincón olvidado del mundo las cifras entrelazadas, con su silencio de sueño de la fe esculpido, cantan versículos del Cantar de los Cantares, mientras la eucarística Real Presencia hace brillar á Dios sobre la obra humana. Ah! no podéis imaginaros los tristes pensamientos que me asaltan ante ella, oyendo en el reposo profundo de la nave los latidos de mi corazón. Ese corazón tiene el ritmo del misterio de las cosas. Es que pienso en los dos seres, que quizá delante de las mismas aras, unieron sus manos. Ungidos por el amor, sin un solo remordimiento ó por lo menos sin una sola inquietud, trabajaron en la obra de arte. Si la mujer no le ayudó, materialmente, no importa; en los dedos del hombre florecía la fiebre de su ilusión. Y haciéndose una corona, se construyeron una tumba. Al pie del coro están los cadáveres siempre juntos. Se han momificado, y semejantes á las maderas talladas, parecen recordar, aun en la muerte, las dulces tareas de su existencia. He oído sonar el viejo órgano. Los cuerpos esculptados pueden revivir un instante entre la vibración armoniosa, las fiebres de las súplicas,

y las ternuras de las plegarias. Después vuelven al reposo; su común sepulcro es sagrado. Como un grano de ardiente incienso se trueca en nube de aroma, su agitación momentánea se convierte en paz perfumada. Y en esta cumbre, donde las luchas se antojan no existir, y donde si existieran, el templo sería su bálsamo; la sensación de tal ventura me ha llenado de un deseo de lágrimas. Nada falta á su envidiable y humilde gloria. No es el aplauso de un artista, sin duda, lo que deseaban, sino la bendición del Dios que los guarda en su hogar, la oración de los que rezan sobre su tumba, y de una forastera que pasa, tres siglos después de su vida, un saludo enternecido y un pensamiento sonriente. Cuán armonioso poema, y, no realizarlo después de entreverlo, cuán grande amargura! Y basta, basta.

“Os escribo para que no me olvidéis, sintiendo no poderos preguntar ciertas cosas. Me parece, cuando tomo la pluma, que vuestro espíritu empieza á obrar en mí, y es muy posible que os recuerde en mis frases. Y ahora nada me detiene, ni aun el temor de que el criado se cuestre ó abra esta carta antes de echarla al correo, y te mando un millón de ardientes, de largos, de tiernos, de enloquecedores besos.”

XVIII

“ No creo por un solo instante lo que me decís. ¿Que en esa venta de caridad no habéis encontrado sino aburrimiento? Sabed que sé por Glatigni todo lo contrario, y que si no lo supiera, lo imaginaria. ¿Cómo fastidiarse en compañía de la condesa de Lugneville? Pero supongamos que sea cierto; no tengo tiempo de discutir. Letellier me ha enviado su leyenda. Voy á escribirle inmediatamente. Vuestros hermosos versos ya los conocía. Él me pide con seriedad que le hable de su música. Veo que habéis formado con vuestros íntimos una sociedad de burla y que soy el terreno explotado. Perdono, por la galantería con que se guardan las formas. Aquí me ha sido imposible hacerme de piano, y el concierto bosteza hastiado sobre un pupitre.

En tanto, Islakieff está más enfermo, lo asisto con paciencia infinita, y hasta poniendo delicadeza; pero su humor es intolerable. Para imaginar mi estado, añadid incertidumbres que me causan sobresaltos. ¿Queréis creer que casi hemos tomado un vapor para Buenos Aires? Sois el único francés conocido mio que sepa un poco de geografía, y no tengo que explicaros que esa ciudad está á 14 días de esta isla. Hizo aquí escala un transatlántico alemán. Unos pasajeros de Madrid, bajaron y nos vieron. Ante las quejas de Islakieff se desataron en alabanzas de Córdoba, lugar de la Argentina, según ellos, maravi-

lloso. Inmediatamente el enfermo creyó percibir la imagen de la salud. Los visitantes, además, hicieron una descripción de Buenos Aires, como si después de París, fuese, en el sentido moderno, la primera ciudad latina. Islakieff dijo que, para que un español formulara ese juicio, debía ser cierto. Y henos aquí á un paso de tomar el vapor al día siguiente. Yo fabriqué mi plan. Escribiros que también partierais para América. Tenéis la manía del Renacimiento Latino; y según decían esos señores, la ciudad de Buenos Aires, con su base española, y la influencia francesa, y la gran cantidad de italianos, es el centro del nuevo botón de la raza, que mañana se abrirá con la fórmula de vuestra ilusión: el ideal latino en el músculo yanqui. Os habéis así encontrado, como yo, á un paso de ir á estudiar el fenómeno en su mejor foco. Pero estaba de Dios que no conocería las riberas del Plata. Una hora más tarde llegó un inglés, Mr. Crawford, conocedor de la Argentina, y que también iba á ella. Éste repitió la apología del país, con mayores elogios aún, pero para el día en que sean allí "gente seria," frase oscura que no me importaba descifrar, y felizmente declaró á Madeira superior á Córdoba. Había tenido en un sanatorio de esa isla á un hermano enfermo, y nos dió muchos datos. Islakieff puso la vela al nuevo viento, cambiando de idea con la misma rapidez con que había aceptado la primitiva. Os aseguro que, alborozada, miré partir el transatlántico. Á pesar de llamarse "Cap Frio", me ha tenido con fiebre. Á cada rato me preguntaba, viéndolo anclado, si no iba á venir un japonés conocido en Nueva York á querer mandarnos á la India.

-Y ahora, breve: dentro de tres días partimos para Madeira. Compadededme, amigo. Cumpló abnegada con mis deberes; me paso más de una noche en claro pensando, llena de angustia, si no se me contagiará el mal, ahora que mi vida, por el amor, tiene un verdadero precio. Escribid á la Poste Restante. Creed en mi firme y eterna amistad."

XIX

“Estamos en Madeira. El viaje ha sido corto y feliz. El enfermo va mejor. La isla ha ejercido benéfica influencia sobre su ánimo. Aquí en la ciudad reina animación perenne. Y el sanatorio se yergue incrustado en la montaña. Qué error fué no venir directamente. No tengo ni encontraré palabras para describiros este verdadero sueño del mar, ofrecido como dón de sirenas, ya que entre las olas no se pueden invocar hadas.

“La ciudad es originalísima. Las calles tortuosas, llenas de edificios verdes, se retuercen, se arremolinan, suben y bajan, abriéndose sobre amenos jardines. Los empedrados se enseban para que resbalen los vehículos, palanquines, que en vez de ruedas llevan quillas de patín. Á los caballos, los sustituyen bueyes y perros. Un funicular sube hasta cierta parte de la montaña. La isla es la Isla del Amor; se sufre horriblemente al no ver en ella la realidad del nuestro. La senda del tren, es esmeráldico vasto túnel de hojas, mientras abajo, cual olas cambiantes, las copas en plafones ocultan grutas. Los pámpanos trenzan por todas partes sus guías, y aparecen frutas enormes mezclándose á verdores que aún ostentan racimos; son mangos y chirimoyas. Las orquideas envuelven los troncos de los árboles, y entre ellos, las enredaderas tejen hamacas y construyen muros. Las floraciones azules, esmaltándolas, se armonizan con inmensas bombas de nieve. De las copas, cuelgan á trechos, como ligeras castañas, monu-

mentales zapallos. Si no es esto la Arcadia griega, es por lo menos la Edad de Oro, alabada por mi compatriota Don Quijote. De pronto las glorietas naturales se abren, y resplandece el cielo. Van y vienen nubes blancas, tocando la esmeralda de la cúspide que, al parecer, no se acerca. Pero como en realidad el tren sube, las oleadas de vegetación abajo se han hecho más numerosas, hasta fingir una selva. Y rebosante de pájaros, frutas y flores, desciende hasta el mar mismo, que, inestable y sonoro con sus espumas blancas y sus ondas azules, es también así, una red de matiz y canto. La montaña, cual si quisiera borrar ese esplendor, multiplica sus orquídeas y sus lianas, enriquece el rumorear de sus frondas y deslumbra con la explosión de sus matices. Se llega entre espirales ascendentes, enjambres de mariposas y soplos que mezclan pétalos en lluvias perfumadas, bajo bóvedas que interceptan el azul, á una cúpula sostenida por columnas. Allí está la Virgen de las Mercedes. En vez de cirios y de lámparas, brillan rosas y orquídeas, iris y geranios, en rimeros y en pirámides. Los monjes las han erigido. Las mujeres pasan, se arrancan flores del cabello y del pecho, y aumentan el tributo. Niños y hombres las imitan. El monte entero hace converger sus tallos fecundos hacia ese núcleo central, y la imagen se vuelve realmente la de Nuestra Señora de las Flores.

-Gozando siempre del lujo tropical de la selva se da en un templo. En él he visto por un tragaluz penetrar una gloria de oro. Era una concentración de lumbre cayendo sobre la púrpura extática de una casulla. Su llamarada roja parecía decir la misa. De pronto, donde el fuego concluía y la evaporación del oro empezaba, aparecieron dos manos de marfil levantando una hostia de nieve. Resplandecía cual suave luna que al tocar los rayos se convirtiera en sol. Me prosterné. Y había apenas cuatro fieles, y entre ellos uno que me atrajo imperiosamente: espectro real, por mejor decir, de realidad fantasmagórica. Los ji-

rones de su camiseta azul cubríanle tan mal el torso, que dejaban ver un rudo cilicio sobre la carne sangrienta. De hinojos en el suelo, tenía los brazos inmóviles y abiertos, tan fijos, que se antojaban clavados en invisible cruz. Lo envolvía colosal rosario, amarrándolo al éxtasis como con una cadena: en sus ojos febriles ardía la transfiguración de su pensamiento, y turbaba la plenitud de su silencio, sólo un temblor de labios, comunicado, al parecer, por la palpitación intangible de aéreas alas.

“Yo me puse á pensar: el poder del alma puede convertir la vibración de esta atmósfera perfumada en el ideal transporte de un movimiento místico. Y su ilusión es una forma de amor, y su amor la suprema felicidad. Y vi á la hostia ofreciendo á la luz blancura que resumía los colores de afuera, y dominando inmaculada la púrpura llameante. Y la vi como el espíritu del penitente, elevándose inspirado por sobre la llama, el templo y el monte. Su amor era superior al sol. Y más allá del astro engendraba los frutos de flores inefables en cúspide divina.

“Al salir de la iglesia el espectáculo es único. Sobre su torre se eleva la parte final del pico, que toca las nubes blancas, siempre verde, tallado como una inmensa esmeralda. Á partir del atrio, atalaya admirable, las laderas se precipitan al mar, viniendo desde el cielo, con deslumbramiento en que el sol resbala sobre torrentes de colores. Se sueña en vano con una media tinta apacible; con un claroscuro acariciante; aquello es explosión de la vida ebria, cantando á gritos. Á cierta altura se ha hecho una pequeña terraza, desde donde baja un camino liso de piedra. Para descenderlo hay trineos. Dós hombres que los atan, los empujan, corren detrás, y no se piensa en el riesgo de que la cuerda se corte, de modo tal la emoción subyuga. En uno de estos carros, lanzados de la suerte, he visto dos amantes, estrechándose las manos, bebiendo el aire matinal, ardientes como las plantas, jó-

venes como las flores, contentos como la luz. Rozándolos en su vértigo iba también el agua de la acequia, transparente, tejiendo collares de diamantes en las piedras del cauce. Al correr alegre, resultaba el reloj de la aurora. Sin duda, momentos felices se reflejaban en su murmurio que seguía al trineo en su arrebató. Y los jóvenes no meditaban que era en realidad la vida, arrastrando en dulces horas, chispeos de sol hacia la muerte. Y si yo me entristecía ante quienes se daban las manos, imaginaos, amigo, lo que me era en aquel momento de emoción y de belleza, pensar en nosotros. En lo alto quedaba el hombre del éxtasis místico. Allí su amor, entre las flores, hendía el cielo immaculado, comulgaba con las hostias blancas, y soñando con las nubes de nieve, resplandecía como un sol de oro. Acá, los amantes descendían á la tierra, alejándose del firmamento. Y al fin de la ruta, el mar adelantaba con su onda azul, y su espuma blanca, ofreciéndoles otra armonía. Y yo sentí los dos amores á un tiempo. Los vi, ligándose por el misterio que se transfigura en sentimiento, y buscando su plenitud con igual anhelo de infinito. Eso provenía de que hay quizá en mi fondo una latente sensibilidad religiosa. Y hoy, al escribiros, sueño aún con la Montaña de Luz; y siento el ímpetu de dar á mi amor un beso, y á Dios una plegaria. No creáis, pues, que exagero llamando á Madeira isla hecha por las hadas y ofrecida por las sirenas á los que saben que el amor empieza en la tierra y aspira á las cumbres.

“La última frase resulta pretenciosa, y para que me la perdonéis os invito á visitarme en este asilo. Sois lo único que falta á su incomparable encanto.”

XX

Cinco días después, Monfort recibía un billete:

“Escribo como puedo. No extrañéis si por mucho tiempo os faltan cartas mías. No os agitéis y compadecedme en mis congojas.”

El billete tenía fecha de 10 de Diciembre, era el 31, y ninguna otra noticia llegaba. Incertidumbres y angustias, se acumulaban en el espíritu del amante, que inútilmente buscaba el apaciguamiento. Por otro lado, reducido á sí mismo, no hallaba distracciones. Había roto con mujeres que en otro tiempo le divertían. No concebía la belleza y la dulzura de las cosas sino reflejándose en los ojos de su amiga ausente. Los museos eran verdaderos cementerios, pues su pensamiento no los animaba; los teatros, tristes; los conciertos, exasperando su sensibilidad, aumentaban su sufrimiento. Estaba hechizado como Tristán: la mujer le había hecho beber un filtro. El no poderla escribir sus sensaciones acrecía sus torturas, que consignaba en un diario. Y en la noche del 31, á una página llena de ese dolor, añadió estas líneas:

“Por la ventana abierta se oyen cantos. Llegan los valses de una fiesta en casa de Grainville. Veo las estrellas, y más allá, semienvuelta en chales de nubes, la luna. El frío de la noche toca mi frente, calma mi fiebre. La campana del templo vecino lanza un són, y con el último de las

doce un ligero repique. Ese repique es salva de oraciones con voces jubilosas de cantos no expresados. La algazara de las gentes crece. Una ráfaga de contento cruza por las almas y vibra en los labios. El Tiempo acaba de apilar un año más sobre los siglos muertos, y la imagen de la pirámide cabe en el frágil hueco de un reloj de arena. Y un nuevo año acaba de nacer. El cambio es tan rápido; que se funden la cuna y el sepulcro como dos notas intangibles en un acorde impalpable. La balumba humana, al són de la orquesta, ¿es una despedida? ¿es un saludo? Inútil querer decirlo. Yo he visto, á veces de cerca, esos saraos y siempre me pregunté: ¿Por qué las felicitaciones? ¿Por qué los abrazos? ¿Por qué los júbilos? Nadie me respondía. Pero en tanto, las flores se abrían más bellas en los vasos, y las estrellas más claras en el cielo. Aunque no tengan voz ni alma, derramaban más luz y más perfume, cual si se besaran sin labios y se alegraran sin cantos. Participaban, como todo, de la ilusión que exhalan las campanas al anunciar el Año Nuevo.

- En esta noche me llega el soplo de ese gozo que no presencio. Acrece mi inquietud, exaspera mi sufrir y cierra la ventana para no oírlo. Los hombres cantan y rien con la inconsciencia de las rosas de este cuarto, que me brindaban ayer sus colores, y hoy me ofrecen sus cenizas. Cerrada la celosía, el silencio de mi biblioteca se antoja el de una tumba. Mi espíritu vela bajo su invisible lápida. Á través de los cristales siguen brillando las estrellas en lo infinito.

- El almanaque me dice con su espíritu: "El destino es inquebrantable"; y con sus números: "Muere el primer año del siglo XX." ¿Semejantes ideas no deberían infundir su poco de tristeza en el júbilo de esos danzadores y en las notas de esa orquesta? Se puede ver un nuevo año; pero nadie verá un nuevo siglo. ¿Por qué, al pensarlo, las campanas no ponen sordinas á sus acentos? Pero no; al contrario: el año pasado, para despedirlo, la alegría fué

más ruidosa. Y ese XIX, sin embargo, al cual habíamos dado tantas emociones, pensamientos, y pedazos de la existencia, al borrarse de nuestras cartas, actos, y palabras, debía inspirarnos hasta ternura. Y con él acababa la que sabíamos, sin poder desentrañar el inquietante futuro. Así es la vida. Á la nueva cifra, con la que nada nos unía, saludábasela con entusiasmo, y siendo de sombra, engendraba, para animar las ilusiones, luz risueña. Hace hoy un año que vive y ya parece vieja: naturalmente, como que trae, cual todas, dolor en los pliegues de su manto, y piedras que echar en los caminos.

“Ahora pienso que en el fondo de la multitud se agitan siempre en tales fechas movimientos inconscientes pres- tos á transformarse en regocijos. ¿No nacen éstos de una de las fuerzas oscuras del ser? ¿No tiene esa fuerza, como tantas ótras, un impulso dominador y un soplo extraño? ¿No es ese soplo la certeza indefinible de que un año de limitación concluye acercándonos más á la vida libre en la plenitud del tiempo? Año nuevo. En él palpita una esperanza. ¿Esperanza de qué? Nadie lo sabe. Partículas impenetrables del alma, con instintos superiores á la razón, limitada por los sentidos, se agitan, y el hombre, sin comprender, engañado, canta, reflejando un contento misterioso que, á su vez, proyecta sobre las cosas familiares. Y si así no fuera, su júbilo sería imbécil. Mientras la fiesta vecina sigue, veo por los cristales los astros: cirios del año muerto. Parecen tener más augusto centellear, ve- lando sobre la eternidad. Silencio. Todo, y el resto, es si- lencio. Lo dijo Hamlet. Y el amable príncipe debía, mi- rando el firmamento, sonreír como yo al mutismo de las estrellas, después de abominar el tumulto de los hom- bres!”

SEGUNDA PARTE

No hay nada sobre la tierra que no muestre, ó la miseria del hombre ó la misericordia de Dios: ó la impotencia del hombre sin Dios, ó el poder del hombre con Dios.

PASCAL.

LIBRO PRIMERO

I

Islakieff había muerto en la primera semana de Diciembre. Su mujer trasladó el cadáver á Málaga; y cumpliendo un testamento que encontrara allí, se puso inmediatamente en marcha para Moscú, sepultándolo en el panteón de su familia. Volvió en seguida á España á arreglar sus asuntos, y en el mes de Enero escribió á Monfort pidiéndole consejo.

El poeta tenía la idea de un viaje á Grecia, con el objeto de reconstruir, en un romance, la ciudad de Atenas, en torno de Fidias. Era mejor irse de París, dada la inconveniencia del casamiento inmediato. Andrea comprendió, en efecto, que la vida en común tendría muchas dificultades y, sobre todo, deseaba huir de los sitios de su pasado. Se dieron cita en Turín para los últimos días de Enero. Allí tomarían el tren de Brindisi.

Y en aquella noche sienten en su cuarto venir del hall del Gran Hotel las voces de tres cantores, acompañadas por guitarras y mandolinas. Aires del *Rigoletto*, canciones de Nápoles y Venecia, fragmentos de *Cavalleria*; música ardiente, voluptuosa, alegre, con toda la savia del país italiano, los envuelve en el saludo de una alada caricia, que

les habla de una nueva vida, del horizonte abierto, del principio de un destino. Pero Andrea evoca sin cesar los días anteriores, obsesionada, como quien cuenta las aventuras de una pesadilla.

— Ah! cuántas noches pasadas en la dulce tortura de tu recuerdo querido! Ah! cuántos insomnios crueles y exquisitos! Por una parte, sentía tus juramentos impregnados de sinceridad, y por otra lloraba de males imaginarios. Ah! el tormento de los celos! Cuántas veces me dije en voz alta mi dolor para ennoblecer mis sollozos; y al verme en el espejo no podía menos de exclamar: ¿es posible que me reduzca á afearme así ese monstruo adorado? Y después, de pronto, tener que dejar de pensar en todo, sobrecogida por aquella enfermedad avanzante. Hacer de hermana de San Vicente con terror al contagio, y con afecto y ternura en las formas, sintiendo la rebelión combatida por la piedad. Sufrir al lado de un lecho física y moralmente, amarrada á las graves ideas de la muerte, que traen en sus sombras relámpagos de remordimiento. Ah! tú no sabrás nunca cuántas sensaciones contrarias, qué tumulto horrible el del alma!... Háblame, hazme pensar en otras cosas.

Monfort no pudo responder. Esa impresión fúnebre, una vez recordada, la dominaba. Habíale dejado un sello de inquietud angustiosa.

— Ah! — continuó — yo he hecho mal en venir. ¿Por qué no esperar el año? Entonces nos hubiésemos casado inmediatamente. Así debí siempre estar unida á ti. Pero, también, ¿cómo dejar de verte, si todas las mañanas mi pasión me arrancaba lágrimas, con ímpetus de gritarte mi amor, humildemente arrodillada? Ah! si tú vieras la nobleza sublime de mi sentimiento! Piensa en lo que eres para mí, en las ilusiones de mi gran ilusión. Por favor, no destruyas mi esperanza. Cree en mí. No abuses de mi debilidad. Mis ojos sólo se abren al resplandor de los tuyos. Mi vida está en tus manos.

Monfort, entre el rumor de las emocionantes canciones italianas, acudió con gritos alegres, brisas de fiesta, palabras de confianza. ¿Cómo podía quejarse de tristeza quien ofrecía vino espiritual con todas las alegrías humanas? ¿Por qué pedir que la consolasen, quien era oasis reparador, lleno de sombra y de frescura?

— Ya nos uniremos como tú lo deseas; y en tanto, eres mi hada, mi bien, mi fuerza. Te siento en el corazón como á mi sangre; en mi alma, con prismas de belleza; en mis sentidos, con raíces de fiebre y de ternura. Tú eres la razón de mi existencia, hoy como ayer y mañana. No he nacido sino para encontrarte. Tú eres el amor y su misterio: instrumento tan maravilloso, que al tocarme, habla, y tiene en el acento la frescura de tus manos. Abrázame; necesito tu calor. Déjame poner la cabeza sobre tu pecho. No hagas un movimiento, no digas una palabra. Tu corazón engendra esa tibieza con sus ritmos. Ah! penétreme otra vez el flúido silencioso, con todas sus armonías, el flúido que es consuelo y vigor, soplo de delicadeza, fuente de ideal, inspirador de fecundo orgullo, y que será testigo íntimo de una vida confiante, noble y victoriosa!

Las canciones italianas se sucedían, estremeciendo el vestibulo y penetrando en la cámara. Y con los mismos transportes, y casi con iguales palabras, los pensamientos de amor yolvían á resonar, como nuevos para aquellos dos seres. ¿No tienen, entre amantes, ciertas expresiones la virtud de las olas, eternamente variables en su monotonía, con un halago de murmurio y una impresión de infinito?...

II

En lo alto de la montaña acaban los amantes de visitar las catacumbas reales. Salen del mediocre monumento, preguntándose si la visión del gran pueblo artístico no es allí una sombra. En tanto, una nube parece tocar la cruz negra del templo y la bóveda azul descender hasta la cúpula. Á sus pies, ven múltiples fajas aterciopeladas, que anudan construcciones de teja roja, cual si fueran los núcleos de una red y los broches de un encaje. La onda esmeráldica se hace sombría en un levantamiento, y los caminos blanquean más; y ese verdor, al rejuvenecer, se antoja triste. Á su extremo se eleva otra montaña. Baña allí el paisaje luminosidad de sol, filtrándose por las diaphanidades y los espesores grises de las nubes. En las laderas evapórase el brillo verde, y sus casas niveas resplandecen, cual cuajarones de espumas marchando hacia una niebla. Ésta, impalpable gasa abajo, se consolida en la cumbre de los Alpes, y exhala un relámpago, que la distancia atenúa, entre el immaculado blancor de lunas invisibles con el poder de un sol reverberante. Y en algunas faldas, cuyas cumbres se velan, los vapores, en vez de rodar como torrentes, se suspenden como lagos.

— Cuán difícil — exclama Monfort — explicar el por qué de esos cambios en las zonas de luz: mejor es admirar en silencio. Pero con las obras de arte no pasa siempre así. El análisis mata al entusiasmo, lo que es malo; pero es pésimo el entusiasmo sin análisis. Los monumentos

que acabamos de ver me hacen pensar en las necrópolis marmóreas de Milán, de Génova, de Bolonia, ferias fúnebres de la Italia contemporánea. Esos teatrales cementerios no sólo lo son de cadáveres; el mal gusto entierra en ellos toda noción de belleza. El gusto! He ahí lo perdido en este pueblo, de tradición tan gloriosa. Hasta sus artistas de condiciones caen en la declamación plástica. En la gran época, hay un hombre, el Bernín, que de pronto crea una Santa Teresa extraordinaria, como pierde su tiempo en los apóstoles negros del San Pedro; y la moderna escultura, con muy raras excepciones, parece sufrir, á través de los siglos, la influencia de lo malo que hizo. Y es realmente penoso que, trabajando tanto, hayan olvidado la flor de la elegancia latina.

En un café vecino al funicular se oye el toque de una sonata. Un grupo de turistas se aproxima, armado de anteojos, bajo la dirección de su guía, esgrimiendo bastón á guisa de batuta.

— Huyamos — exclama Andrea; y ambos dejan su asiento para sentarse sobre el otro barandaje.

De allí se ve correr el río, entre los verdores de la llanura, como por sobre una bordada tapicería. En el aire, la niebla, con hilos de plata, volatilizándose, se ofrece á la corriente que entra como en un mar de ensueño. El resplandor se comunica, á trechos, á sus aguas, dándoles la vida de una luz sobre un semblante dormido. Después, los vapores se transforman en densas nubes y semiocultan las montañas. Hay espaldas de gigantes inmóviles, y curvas que se desperezan, cual de felinos, y ótras pesadas de un elefante echado, y muchas ligeras de reptiles huyentes. Y estas formas, netas ó confusas, en el perenne movimiento de velos, que se tocan, se disuelven y se engendran, como en un escenario fantasmagórico, se clarifican y se acentúan, hasta dejar ver los bosques, que embeben en sus masas cascadas de oro y fulgores niveos.

— Hermoso espectáculo — exclama el poeta. — Mirad el río, al otro lado de nuestros pies: parece una Y griega colosal de plata, incrustada en una gigantesca placa de esmeralda.

Á la mujer la absorbe otra idea. De una casucha de la pendiente mira salir una madre con un niño en brazos. El niño tira un beso á alguien de adentro, que debe ser el padre. Andrea piensa: “Allí existe una verdadera felicidad”. Y sin responder á la exclamación de su amante, pregunta de pronto:

— ¿Cómo creéis que sería un hijo nuestro?

Monfort, al principio hesita, sonríe, y al fin dice:

— Si ese niño recibiera los gérmenes de nuestros temperamentos, aún más afinados al desarrollarse en un sér nacido del amor, resultaría un desgraciado. Las inquietudes humanas, las delicadezas nerviosas, el anhelo de lo infinito, todo lo haría presa del sufrimiento. Sería el caso de recordar quizá la reflexión de Montesquieu: “Débese llorar, no cuando los hombres mueren, sino cuando nacen”. Pero no se llegará felizmente á eso. No os creo de la estofa de las madres. Y loado sea Dios! ¡Crear un poema no es nada! Hacer el enigma atroz que se llama un hombre, es una responsabilidad amedrentadora!

Se ponen en pie y marchan. Turin aparece trazado con lápices purpúreos y de argento. Y entre los reflejos de los canales de riego y las graduaciones cambiantes del matiz, ya sombrío con tierra de Siena, ya vivaz con resplandor de nieve, evoca á Venecia vista desde el Campanilo. Por sobre la ciudad una bandada de aves que entra y sale de las nubes, semeja entre sus sombras enjambre de bolas oscuras, y en alumbramiento repentino, al cruzar los áureos celajes, dibuja netamente cabezas y alas.

El poeta las mira: “Vedlas, van inconscientes como nuestras ideas. Resaltan sin quererlo, porque indefinible luz las anima. Si observáis la naturaleza y las cosas, todo

encierra una forma del misterio. Felices los hombres de este país, que con fiebre en los ojos y en el alma, en el corazón y en las manos, crearon un arte jubiloso después de la tristeza de la Edad Media, como el mármol blanco surge de la tierra oscura.”

Andrea no oye. Otro cuidado la embarga. Sufre también de la exaltación del amigo, que sin duda no siente ya su presencia.

Monfort lo adivina, y aproximándose murmura:

— Piensas en lo mismo, ¿no es verdad? He ahí un sentimiento incomprendible. Nunca me ha pasado por la imaginación sino para inquietarme. Y de ti, ese hijo me incomodaría mucho más: tu cuerpo perdería su hermosura. Ah! nó; no hables de eso. La naturaleza cometería un crimen...

Apartando la idea, con el gesto de quien mira un espectáculo profanante, vuelve á su evocación del Renacimiento. Su palabra se colorea; el júbilo de aquella época se escapa así desde la cumbre á desbordarse sobre Italia. Pinturas, estatuas de museos, palacios, templos, jardines, hablan de la cuna griega que van á visitar, mezclando la realidad al ensueño; y el viejo suelo se estremece, mientras el firmamento tiende su palio como una sola inmensa azul sonrisa. Entonces Monfort, cambiando de voz, con el mismo entusiasmo, prosigue cual si la Italia y la mujer se confundiesen en sus ojos:

— Tu cuerpo, trasunto de la Venus florentina del Ticiano, maduró en Versalles, y la gracia de tu espíritu, luz de Francia, mézclase en atracción exótica á una española de jubón y mantilla. Por eso, latino hasta la médula, al amar-te, encuentro un compendio humano que me canta: después de mí, lo absoluto.

III

El tren de Brindisi se detuvo dos horas en Milán. Monfort y Andrea corrieron á Santa María delle Grazie. La mujer no quería pasar por la ciudad sin ver la "Cena" de Leonardo. Sufrieron la impresión penosa de siempre, ante el fantasma de la obra maestra. Más que nunca, la humedad chorreaba como transpiración de los colores de las figuras. Y Monfort, saliendo, exclamaba: "La imagen de Cristo no ha podido perder su incomparable belleza espiritual. Es curioso cómo Taine ha falseado el carácter de este fresco para convertirlo en documento de su sistema. Lo mismo ha hecho con el célebre Cristo del Sodomma en Siena: es la expresión de un dolor abrumante y lo pinta como á un gladiador potente... Pero hablemos de Leonardo. Fué un hombre superior á su época. Y en medio del violento gozo de vivir, que estalla en el arte de entonces, surge en todo con la inquietud de la onda, con el anhelo de lo infinito, y es el santo Patrón de la Melancolia."

Los amantes se hicieron transportar á la Ambrosiana. El poeta sintió un profundo placer entre aquellas cosas de la biblioteca, tan estudiadas en otro tiempo. Mas las reveía en un estado diferente: el hastio había huido de su alma. No les pedía consuelos, porque llevaba á su lado su fuente de ilusión. Y saludaron á Ludovico Sforza y á

Beatrice de Este. Tuvieron una mirada para el *Codex Atlanticus*. Hojearon las colecciones de dibujos. Apareció una Gioconda. Juan murmuró: "Me dice que le soy infiel porque busco en su sonrisa otra sonrisa." Andrea, viendo que el guardián estaba de espaldas, lo besó exclamando: "¿Qué pensará ahora?"... Y la enigmática desapareció, dando paso á estudios de la Cena.

— ¿Has leído en Vasari la discusión con el Prior?

— Qué locura! ¿Crear que semejantes dificultades podían vencerse en una semana?

Y los mil detalles de la rebusca casi dolorosa, á fuer de honda y paciente, pasaban entre sus dedos. Llegaron á unos croquis de madonas y niños. Monfort descubrió una Virgen de las Rocas, coloreada, que acababa de comprar, y dijo mirando su pintura y los dibujos:

— Leonardo, al volver del convento, después de responder á su contradictor: "la reflexión es lo más, el trabajo manual lo menos; y si no encuentro en el barrio judío al Judas que busco, acabaré por ponerlos á vos"—debió, en su taller, de exclamar entre sus discípulos: "Mirad bien ese cuadro. ¿Qué hay al pie de la gruta en la boca abierta como una fauce llena de sombra? ¿Solamente el abismo que atrae ó un río que murmura y canta? Es la entraña de la tierra, con su enigma de fecundidad, absorto y callado, invisible pero presente. Y al borde de ese abismo, cuyo silencio da pavor, se yerguen plantas de colores cejijuntos, pero con detalles delicados, tocando los miembros de las dos criaturas. Sí! sobre esa fauce llena de sombra, yo he puesto el prodigio de la vida, insensible en la vegetación aunque hermoso, y divino en la carne, al vibrar con un espíritu. Y en ese vivir de las criaturas, bajo el gesto de la Madona, está el misterio de la Encarnación, que une los cielos y la tierra.

- San Juan, con adorable confianza, se hinca y ora ante el otro niño, que levanta la mano, y cediendo á su germen superior, bendice. La Virgen ve este movimiento natural

del sér humano hacia el sér divino, y llena de gracia, toca el hombro del úno y la cabeza del ótro, uniendo á la Humanidad y al Cristo, ante su sonrisa tierna y bajo su manto de misericordia. La cuarta figura, un ángel, mira la escena señalándola con un dedo, y exterioriza grave gozo en su aspecto de calma meditabunda.

“La gruta es sombría. Sólo allá en el fondo de la perspectiva coloqué dos peñas, con reflejos de nieves añiladas. Parecen construídas por nubes, no blancas, sino hechas con trozos vaporizados del azur de la bóveda. Pero ellas viven lejos, fantásticas, preludiando el país, que después de la muerte, se iluminará más con la resurrección de su vida. En tanto, en la sombra de la gruta, la Virgen resalta dibujándose mejor. Luce un manto azul de tonos verdes con reflejos amarillentos de topacio encendido; la piedad, que es su virtud luminosa, se transforma sobre su rostro en sonrisa, pero no alcanza á fijarse y tiene por eso más luz que color, saliendo de su alma hasta en la imposición de sus manos. Toca, pues, á ambas criaturas. Por ellas cunde su savia comunicativa, y siendo frágiles vasos de cristal, muestran ya en su expresión reconcentrada el germen de los pensamientos, inquietudes y dolores del hombre... Así concibo el arte, como he concebido este cuadro. ¿Creéis posible, con tal ideal y sistema semejante, pintar un fresco diario, como hacen los de Venecia? El arte es cosa larga y la vida jornada corta. He ahí, mis queridos discípulos, por qué, entre otras razones que callo, mi obra, que es flor, fecunda casi siempre las raíces de su lozanía en una fuente de pena...”

—Y ahora yo digo — continuó Monfort — que todo el incienso quemado á ese gran solitario es poco. Copérnico debió poner á alguna nueva estrella su nombre. Hubiese sido un silente, luminoso homenaje digno de su obra. Ven, si quieres; vamos al museo Brera, á ver su cabeza rojiza de Cristo: te parecerá que, hace tres siglos, adivinó á nuestros impresionistas”.

Andrea miró el reloj: “Apenas tenemos media hora; aprovechémosla para pasar por el Duomo”.

Al salir no pudieron menos de sonreír ante el gesto teatral que ya habían observado en el cochero, cuando saludaba y pedía órdenes.

— ¿Ante quién os sacáis así el sombrero — preguntó Monfort — ante el buen cliente ó ante la belleza de la señora?

Y Paolo, que así se llamaba, se inclinó, poniendo en el tono toda la amable malicia del dulce país italiano:

— *Saluto la vostra felicità.*

IV

En Ancona los amantes se levantaron. Habían tenido la noche antes una grave conversación. Andrea, vehementemente, había pedido la abolición del pasado. No comprendía á su amigo, obstinándose en torturarse el alma y los nervios. Nada en torno de ellos, ni una amistad, ni un sitio, ni una cosa, podían alimentar los celos retrospectivos. En cuanto á ella, bien sabía que nunca había amado. Y en realidad no había pertenecido sino á Monfort, después de entregarle con su cuerpo toda su alma.

Y el poeta juró no volver jamás á pronunciar una de esas palabras, que separan, bajo el aliento de un enemigo inaccesible. La mañana era hermosa. Se sentían ligeros. El transparente espacio les comunicaba su contento sutil. La mujer empezaba á reponerse de sus pasadas congojas.

Y por entre los cristales saludábales el paisaje, mientras el tren, no muy rápido, despedía su humo blanco, á fundirse con el aire, en jirones, en volutas, que semejaban los pensamientos alegres de los amantes.

Al aproximarse á Brindisi, aparecieron simientes griseas en la extensión. El agua tendía caudales mediocres. Los cultivos esmaltábanse con guijarros. Los olivares se dibujaban hasta el fondo del llano, limitado por el mar. Varias casas blancas surgían, naciendo siempre como en tierra de maldición sobre el terreno saxátil. No se vislumbraba ni la gracia de una flor: el paisaje no parecía italiano. Algunos árboles al principio, después muchos en legiones, queriéndose clavar en la rocalla, eran despedidos en su esfuerzo de cada segundo. Las raíces crispadas, encorvándose, creciendo, inclinaban el tronco, y las copas iban á besar la tierra inhospitalaria, ante la azul sonrisa del Adriático.

Y llegaron á Brindisi. En el *Scylla* arreglaron sus pasajes; partirían á la tarde. Se fueron á almorzar al Hotel de Inglaterra. La excitación natural con que en los viajes se llega á toda ciudad desconocida, se doblaba en ellos, por el júbilo de sentirse juntos y de cambiar impresiones.

Entre nubes de mendigos y turbas de muchachos, recorrieron escarpadas calles. Subían y bajaban por doquiera graderías comunicantes. Construcciones chatas, de petrificada mugre, erguíanse apenas, y de sus portales llenos de basuras, escapábanse pestilentes vahos de cocina. Y los mendigos, y los chicuelos zarrapastrosos, multiplicábanse como las moscas, berreando ante el tardo andar de las vacas, aporreadas al són de asmáticos cerros. Andrea y Monfort acabaron por huir hacia el puerto: allí el aspecto de la ciudad cambiaba.

Hombres de varias nacionalidades, bajados de los buques surtos á poca distancia, iban y venían, ausentes entre ellos mismos, con esa incierta mirada, indefinible, que de pronto se fija, cual sobre un punto de lejano ho-

rizonte. Miradas de la gente de equipaje, vueltas hacia dentro cuando no tienen latitudes que abarcar, en las limitaciones opresoras de las ciudades: alciones entorpecidos al plegar sus alas, en las jaulas. Y entre esos ojos, había algunos que en vez del cielo y del mar libre, parecían sólo guardar recuerdos de las penumbras de las tabernas. Ojos que se antojaban incubar el crimen, interesando á la luz del día, por lo que tramaban en la noche con el atractivo de lo que puede encerrar un interés dramático, aun en la trivialidad callejera.

Rozaba á esos paseantes silenciosos una rumorosa turba. En trenza y en cabello, vistiendo galas de fiesta en que habían llovido muchos domingos, risueñas y con el ánfora de barro sobre el hombro, venían aquellas mujeres á buscar el agua de la fuente. Cuatro delphin vertían ocho hilos que llenaban los cacharros, produciendo al rebalsar en los finos cuellos, una carrera de ruidos y un hervor de espumas. “Es un mensaje del Oriente”—exclamó Andrea; y Monfort, señalando más allá del *Scylla* la otra ribera, dijo: “Me evoca á Argel”. Allí resplandecían construcciones y destacábase por sobre el albor de los murós un oquedal de palmeras, balanceando al soplo de la brisa, con los reflejos del poniente sol, penachos de oro.

V

La noche tiene en su silencio la mudez de una esfinge, y el mar, para acariciarla, la voz de un misterio. La elegía de las olas gime dulcemente y el alma, extática, no busca para su oración tiernas palabras, porque la siente brotar con áureas alas. El *Scylla* hincha las aguas que rompe. Y el tumulto espumante, en monstruoso abanico, vibra y se alza, deshaciéndose y formándose al correr y batir los costados. El cielo es un cofre de pensativos diamantes, y cual si fuesen arañas de luz, el mástil que despliega una red, quiere envolverlas en sus robustos hilos. Los ojos las ven temblar y zafarse quiméricas del juego de las gavias en la caza fantástica. Y las constelaciones se alumbran, simulando joyas combinadas entre las pedrerías dispersas. La Vía Láctea tiende su camino de ópalo hacia extraordinaria gruta, como invitación á la curiosidad de los sabios y á los sueños de los poetas. Y de pronto, sobre la onda se dibuja una larga estela con el aspecto de un cometa que surgiese del fondo del mar. Es que, libre de una nube, Venus enorme brilla en el horizonte. Tiene así, como la luna, el poder de estampar sobre la palpitation visible su huella impalpable. Y allá en el cielo, entre este camino del mar, que parece surgir del abismo, y la Vía Láctea que se hunde en el espacio, el astro de los amantes es la verdadera gruta, que esconde el secreto de la vida en su misterio luminoso.

Monfort se inclina sobre Andrea, reclinada en un sillón de viaje. "Tú eres más hermosa y más viviente en pre-

sencia de la noche. Mira á Venus, inmenso como Astarté. Sus alas se agitan con el transporte de un pájaro que va á emprender el vuelo. Y qué vuelo! Ese lucero es la divina imagen de nuestra vida real y ensoñadora. Nuestra unión sobre la tierra es un homenaje á su símbolo del firmamento. Pues el amor con su armonía, semejante al astro con su luz, derrama en nuestros seres una ternura que ofrece, como la estela, reflejos de eternidad.”

Andrea nada dice. En el silencio se oyen gemir las olas con dulce lamento de emoción inefable. Monfort siente en sus labios los labios de su amada.

— Tu beso tiene de tu alma — murmura — como el fruto tiene del perfume de su flor originaria...

En el horizonte surge otro resplandor confuso. El cielo se reviste por un instante de luz siniestra. La luna aparece al fin, disipando esa impresión con su imperial melancolía. Las aguas, trémulas, al contacto de su brillo se llenan de una aspiración que brota de sus estremecimientos. Por opuesto lado, en las crestas de las olas, estallan chispas de puñales ocultos, y fosforescencias como estrellas eléctricas. Y el alma se pasea, separada del mundo, entre las dos inmensidades, rebosantes de esas flores luminosas, que en el cielo se abren y fulguran serenas, y en el mar nacen y se extinguen intranquilas.

— Yo no quiero mirar — exclama Monfort — ese espectáculo; nuestros anhelos están personificados en la altura, por la armoniosa felicidad de los astros; y las lumbres cambiantes de las olas son las verdades de nuestra vida. Y ese paso de lo real á la ilusión, es inmensidad que la luna inunda de tristeza.

— La verdadera paz — responde Andrea — está en hacer con dos almas una fuerza. Nosotros la hemos forjado: pensemos en lo que la vida tiene de bueno, bajo el imperio del amor compartido; ya habrá tiempo de reflexionar en lo inaccesible. Por qué no creer que esas estrellas marchan llevando la nave al encuentro de la aurora?...

Delante de ellos, imponiéndoles silencio, apareció un pasajero que ya llamara la atención en el muelle de Brindisi. Entre el ir y venir de las gentes de equipaje lo habían observado; más que los otros, daba con la mirada la impresión de los vastos cielos y de las ignotas extensiones. Su cabello era blanco; su cuerpo, atlético, y su faz, rugosa. Andrea, al avistarlo la primera vez, exclamó: "He ahí uno que no quisiera encontrar sola en un bosque." Pero después vieron en su rostro algo más que la expresión dura; y en su cabeza, pelo suave y no hirsuto; verdadera leve nieve caída sobre el tronco de una encina.

Al pasearse, evitaba la silla de Andrea, que hacía perder al puente su amplitud. Una vez se detuvo:

— Señor, me permito una observación. La señora debe cambiar de sitio: la luna va subiendo, y es malo recibir su luz. Es malo físicamente; y además, estando de viaje, no es bueno dejarse tocar por ese melancólico reloj de las despedidas.

La profunda voz del coloso era amable. Al mismo tiempo, parecía expresar: yo os digo lo que sé, porque lo sé, pero vosotros debéis hacer lo que os parezca.

— Señor — repuso Andrea — mil gracias por vuestra original atención. Si no me equivoco, estamos en presencia de un viejo lobo de mar.

— Así es — dijo el personaje — pero yo me llamaría más bien un pobre ciervo de la tierra. En realidad, he huído del mundo. A los treinta años perdí á mi mujer y á mis dos hijos. Huérfano de padre y madre, sin otra familia que la creada por el Amor, y deshecha por la Muerte, renuncié á la Vida. Cobré horror al pensamiento de tener nuevos afectos destinados á destruirse. Me hice marino, mas no viajé nunca en estos vapores. Voy ahora á Corfú á encontrar mi bergantín. Luchando con el viento y encadenándole como al genio de la nave, y sintiendo la combinación de su impulso con el de la ola, se adora al mar,

que si á menudo se enfurece como un tigre, brinda también á la quilla la ondulación apacible de un gato doméstico. Solamente entre el estremecimiento de amuras y raseles, la caricia de las espumas ó la violencia de los maretazos, y el filar de los cables, y el henchirse de los focos, nuestro valor adquiere la plenitud voluptuosa de su orgullo. Yo no puedo viajar sino entre las sombras movibles de mis gavias, sintiendo, al dormir, las armonías del viento, en las olas que son de Dios, y en las velas que son mías... Pero me aparto. Quise huir de la tierra y distraer mi amargura por la curiosidad, visitando todos los puertos del mundo. Llevo una existencia especial y si el dolor no se ha renovado en mí, porque no he vuelto á amar, en cambio una gran tristeza ha caído sobre tal ruina. Ah! el espectáculo de los viajes, lleno de relaciones sutiles, con el viaje del alma por el planeta... Yo podría decir lo que significan los pianos de á bordo. Suenan en cada travesía bajo dedos distintos, que no los volverán á tocar. Sus notas dan las confidencias de los espíritus que sueñan ó de los hastiados que se aburren. No importa. Cualquiera música se ennoblece en esas cuerdas, y es el mejor símbolo de lo fugitivo. Un vals alegre adquiere la melancolía de un sol que baña un árbol, y proyecta una sombra. Sufrientes ó contentas, las armonías salen de las manos como bandadas de pájaros que llevan la muerte en la fragilidad de sus alas. Su sepulcro ante el infinito del cielo flota sobre el inmenso mar. Ah! el rumor de las ondas, recibiendo, envolviendo, disolviendo las notas de amor ó de alegría, más leves que sus espumas, más furtivas que sus matices; he ahí algo de lo inexpresable que deja perplejo. En uno de esos pianos he oído una sonata de Schumann. Un enlutado con quien no podía comunicarme, pues no hablaba sino en alemán, lengua que no poseo, la arrancó de las teclas. Viéndolo reflejado en el ébano negro, parecía un espectro, y él, el hombre, era en realidad su personificación.

Aún me pregunto si el mismo Schumann no recorre á veces los mares, y no se detiene á decir la hermosura de un sufrimiento en las melancolías de los pianos vagabundos. El alma del maestro, sin duda, vibraba en los dedos del ejecutante desconocido. Nunca oi tocar así; el barco me asilaba por sólo una noche y hoy no quiero oír más de esa música: conozco su última palabra. Aquella melodía era un rayo de luna cantando sobre una flor de la tierra, y muriendo entre el perfume de su aliento, con el dolor de no poder tornar á su fuente luminosa. . . Ah! yo podría escribir también algo muy curioso sobre los conocimientos de á bordo, cuando los hombres, acercados nerviosamente por el placer ó por el peligro, se juran amistades eternas. Y lo creen de buena fe, sin darse cuenta que el sonido de la palabra "adiós" es menos efímero que esa unión que les entenece al separarlos. Yo podría contar el efecto del silbar de las máquinas en los puertos sobre los seres humanos, desgarrados por las despedidas. Podría hacer mil cuadros, en que lo grotesco se mezcla á lo doloroso, pues el espíritu excitándose pierde el análisis, y al mostrarse todo, con ingenuidad, se convierte en un pobre diablo. Podría decir lo que en el aire significa el pañuelo, cual mano de moribundo que se agita con un último estertor de vida. Ah! los saludos, donde sólo las almas se tocan con los ojos que aun ven, lejos ya de los brazos que enlazan y de los labios que besan. Podría repetir los gritos, en alta mar, de gentes desconocidas que se aclaman con igual entusiasmo, yendo en distinto rumbo. Podría, en una hora dada, mostrar mil escenas, donde vibra la ansiedad de lo ignorado bajo el cielo indiferente y mudo... Reíos del gozo de vivir. Separarse de cualquier cosa es morir un poco. La vida resulta grave. El mar lo enseña. Nada reviste su gallardía y su pujanza, y el cielo, mirado en sus aguas, se tiende más dominador. Encierra el misterio de las grutas de coral, del canto de las ondinas, de monstruos fabulo-

sos, y la realidad no menos fantástica de millares de seres, y es la más atrayente expresión de lo infinito, siendo la más espléndida imagen de la inquietud y de la muerte. Amándolo con éxtasis de idolatría, lo he recorrido con ansiedades de maniático. Lo único que me falta ver es el polo. Acompañé á Nansen en su expedición inconclusa. Me apresto pronto á intentarlo yo mismo; y sobre ese límite de la tierra, donde inscriba mi nombre, pereceré voluntariamente para seguir viajando y saber, por fin, si en los astros se ríe con júbilo verdadero y se piensa con dulzura, ó si se entierran cadáveres, se oyen silbos desgarrantes de adiós, y se agitan entre sus lumbres lejanas desolados pañuelos.

El hombre se llevó la mano á su toca de astrakán y siguió su ejercicio. Al volver, exclamó señalando la luna:

— Me voy á dormir. Evítadla, señora. Me parece que vivis en la luna de miel y no es extraño que olvidéis á la del cielo, pálida. Ved, ha absorbido la estela de Venus que ya no se dibuja. Todas las estrellas fulguran menos. Pero las olas palpitantes brillan más, murmurando siempre bajo el misterioso esplendor de los cielos...

Y cuando el viajero sempiterno desapareció por la cubierta, Andrea retiró la silla; la línea de luz avanzaba. Y viendo que era difícil huirla, por el vaivén del buque, se levantó con movimiento supersticioso. El poeta quiso hacer broma, pero visiblemente estaba bajo la influencia de aquella voz que infundía en el alma un malestar agudo. Ellos también habían sentido una vez el estremecimiento de las máquinas que anuncian las despedidas. Y les pareció que las estrellas ya no llevaban la nave con rumbo á la aurora. La luna formaba desde su cenit un lago oscilante. Rielaba en las aguas, teniendo, en murmullos, la voz atrayente de las antiguas sirenas, y ante el fantasma de una separación, sintieron los amantes, sin confesárselo, el anhelo de ahogarse abrazados en la divinidad fascinadora de su tristeza!

VI

Al amanecer, la angustiosa impresión se había disipado. Monfort subió al puente. Sobre el mar Jónico, entre la antigua Corcyra y el Epiro, en cada ola cantaba una leyenda. Saludó á aquella tierra del roble de Dodona, que, convertido en mástil de la nave de los Argonautas, pronunciaba oráculos. En la costa de Corfú dibujábanse prominencias grises, en que se veían líneas calcáreas en vetas serpeantes. Alguna forma de cráneo monstruoso mostraba vegetaciones enanas, cual restos de cabelleras. El agua, encerrándose entre la isla y el Epiro, daba al canal inmenso las formas de un lago. Y las montañas de Grecia, brillantes bajo los cambios del alegre sol, presentaban un aspecto familiar y risueño. Sonreíase á la idea de un banquete ofrecido por Júpiter á los dioses, y Ganimedes fantástico, en vez de escanciar los vinos, cortaba de aquellas pirámides trozos de helados, novedad de la fiesta. Porque realmente daban la impresión de gigantes-cos ponches, no sólo de inmaculada blancura, y cual con el leve espíritu del alcohol, sino también teñidos por cerezas y por rosas. El agua poseía un verde profundo, y al hendirla el *Scylla* la clarificaba despertándole reflejos zafíreos, cual si un mar azul de acuarela vibrase ligero sobre úno pesado de óleo glauco. La rizada sábana de espumas, cubierta de nácares, centelleando con diamantes, disolviéndose en perlas, reflejaba la cubierta de

a nave. Juan observaba su propia imagen entre la de bandales y cadenas, en sombras levisimas, transparentes, ágiles, cual si el sol les engendrara alas en las ondas. En torno de la figura humana, de poeta que se unía á las cosas, y soñaba en el interior de su misterio alegre ó triste, surgieron nereidas y tritones, alzando los desnudos torsos, y zambullendo las vibrátiles colas. Esa visión, con la elasticidad de las fábulas, esparcía en las almas regueros de luz, fugitivos como las rayas que, volando sobre la esbela, trazaban las gaviotas en el azur. Y Monfort alzó los ojos á los montes del Epiro y á sus tonos helados de rutas hechizadas. Y marchando hacia ellos, vió, en la blancura de las aves, el albor del cortejo de las palomas venusinas.

Después apareció la Afrodita, posando sus pies en la concha surcadora de las aguas. Entre el canto de los caracoles, sonados por las hijas del mar, el joven Palemón, desde su delfín, le presentaba un espejo. Así pasó la juventud del mundo, con todo el encanto de la vieja Grecia, reflejándose en la diosa que acudía al banquete de Júpiter. Un beso de Andrea sacó de su alucinación á quien no la había sentido acercarse, y que volviéndose le dijo: "He ahí Corcyra y el Epiro; he aquí el mar Jónico."

La mujer, sonriendo graciosamente, hermosa hasta ser una realidad del cortejo desvanecido, saludó con la mano. aves, aguas, islas y nombres armoniosos.

VII

Buscaron al capitán del velero, pero ya había desaparecido. Un oficial describió á los amantes la isla de Corfú. Podían descender por dos horas, pero Andrea prefirió quedarse á bordo. Monfort no quiso insistir. Comprendió que la mujer temía hallar en la similitud de esos lugares algo que evocase sus pasadas congojas.

Solo, baja y toma un coche para recorrer á la ligera la antigua Corcyra. La ciudad es un amontonamiento de techos rojos y fachadas róseas, con ventanas verdes—al pie de un peñón que se convierte en fortaleza; de modo que almenas y cañones brotan, al parecer, de la roca viva. En las calles, cubiertas de recovas, la animación bullente recuerda el movimiento de Nápoles, y la ciudad tiene tanto de griega como de italiana.

Monfort trepa á la Casa de Campo, palacio real de verano. En realidad parece estar en su estación, pues lós que vienen de Francia, hallan en Febrero una especie de estío. Las frondas no dejan pasar el sol, y la verdura resplandece contenta. El aire tibio se mete en los pulmones con las suaves alas de la primavera. Se ven fuentes donde el agua no se entorpece, ni menos se hiela, teniendo frescas tonalidades y transparencias profundas. Desde allí se divisan las columnatas jónicas del mediocre palacio, que en cambio de su pobreza, brinda desde su terraza un espectáculo magnífico. Monfort observa el mar cercado por

el Epiro y sus montes pintorescos. Pero la luz del mediodía, implacable, cae sobre todo, y enceguece con resplandor que ahuyenta el pensamiento y produce hastío. Se cree imposible que, al astillarse violenta en las cosas próximas, no derrita la nieve de las cumbres lejanas.

El poeta asciende aún más por la cuesta que, á su vez ondulante, sube. Se detiene ante el cementerio con el interés melancólico de siempre. El silencio de todo ciprés tombal es para él la voz atrayente de un invisible ruiseñor. Y muchos se yerguen entre las lápidas. Y muchas lápidas, cubiertas de musgos, incrústanse en una pendiente. Hay muros que la limitan, y sobre sus piedras y garfios, trepadoras, semejantes á tapicerías olvidadas por el estío. Los sepulcros anhelan un piadoso crepúsculo que sea el aliento del olvido. Por eso buscan un refugio en la hospitalaria sombra que trazan los cipreses. Las losas que están al sol no dejan leer sus inscripciones: ¡la vida centelleante devora hasta el nombre de los muertos! Más arriba, el astro, quizá para responder afectuosamente á la aspereza del pensamiento, hace estallar flores purpúreas y amarillas, espontáneas y ligeras, que acarician tumbas, poniendo una puntuación coloreada á los blancos epitafios. Y Monfort pasa saludando, al sentir en el silencio, como siempre, la divina voz del ruiseñor invisible.

Trepa aún por la cuesta, y aparece un bosque de olivos. Árboles centenarios, de fronda venerable, dan la sensación de brindar aceite de los tiempos en que Psiquis quemó con su lámpara el hombro de Cupido. La savia, penetrando por las cortezas, quiebra con estallidos los troncos, y trenza los segmentos como cabelleras de monstruos, convirtiendo hinchazones y oquedades en fantásticas serpientes. Y los nombres de Psiquis y Cupido, lanzados como libélulas sobre acebolladuras ásperas, llevan los ojos á rincones amenos, donde crecen helechos en penumbras deliciosas, mientras las alfombras despiden acariciantes

alientos. Después, rosales silvestres se producen entre los troncos, se multiplican innumerables, y se enlazan para salir en farándulas á buscar el sol. Así estalla una magnificencia que embalsama el invierno. Monfort ve, descansando sobre raíces prominentes, un viejo enorme, con el cayado caído á los pies, cubierto con una zamarra hirsuta. Parece con su barba de Río, el Noel de la isla. No tiene en las manos juguetes para los niños, pero tiene en los ojos dulzuras para los hombres. No lo saludan tampoco repiques tiritantes de campanas que huyendo de la nieve caen por los caños de las chimeneas á calentarse en los tizones. Lo anuncian las aguas de una acequia que traen las sonrisas de una fuente. Y el poeta piensa en lo que pensaría el Noel de su tierra, allí, donde el muérdago de sus encinas, sembrado en otros árboles por los pájaros, no dejaría ver sus florecillas friolentas, sofocadas por el incendio de los rosales.

Después, entre cuadros de piedra, ya en pendiente, ya en una cima, ó abajo cual construyendo grutas verdes, surgen legiones de naranjos, vestidos de áureos frutos. Y sus tenues perfumes se mezclan al penetrante de las flores, y por aquel camino se llega á la explanada de una cumbre.

El mar aparece á los pies, formando al penetrar en la tierra un golfo dormido. En su centro, rodeado de cipreses, hay un islote con un convento. La campana sueña, espantando á los pájaros de los árboles. Las siluetas cupresinas custodian á la cruz, como en el cementerio de algo aún no enterrado, y cuya vida es una dulce serenidad que sueña con la muerte. Rompiendo el silencio, el cochero grita á Monfort, desde el pescante: "El señor mira, sin duda, el islote; es la nave que condujo á Ulises desde Ítaca, convertida en piedra. Se lo digo yo, un verdadero griego."

El poeta agradece la explicación, pero desea que no hagan ruido. Inútil empeño. De la barraca de un expendedor

de aguardiente sale un pordiosero, rascando su violín, hasta situársele cerca, decidido á no abandonar el sitio. En aquella decoración exuberante, su imagen de harapos, es casi siniestra. Las desoladas ásperas notas, agrias en su melodía, hacen imaginar un dulce hervido, con moho. Y el sombrero de mugre se alarga, al fin, pidiendo un céntimo de cobre, mientras detrás del muro, desprende un árbol una naranja de oro. Al propio tiempo, cargada de rosas, irrumpe una turba de astrosos chicuelos. También espectros de la miseria, en medio del esplendor, ofrecen flores, como el mendigo notas. El poeta les da á todos monedas de plata; los muchachos se entremezclan en vertiginosas medias lunas en su honor, y el violinista ataca un vals vibrante. Ya en el coche, les arroja otro puñado de francos. Allá los deja precipitándose; pero grande es su sorpresa, cuando por sobre el muro de un desfiladero los ve izándose y ayudando á trepar al mendigo. Lo vitorean en italiano al acercarse, mientras el violín resuena con una marcha, y lluvias de rosas aletean en los aires y le cubren.

Monfort, después de saludarlos, convierte los ojos al paisaje. Las nieves brillan siempre en las cumbres del Epiro, y el mar, abajo, se tiende luminoso. Á ambos lados de su camino surgen jardines, y en algunos invernáculos de cristales. El poeta evoca las flores, que buscan un asilo, á pesar de la suave atmósfera de Corfú, necesitando del calor artificial de otra vida. Es un símbolo de almas de esencia tan delicada, que huyen del invierno en medio de la primavera, buscando el ideal estío de un país de sueño. En el mar á que se aproxima empiezan á dibujarse claros los buques. Distingue, al fin, la construcción blanca del *Scylla*. Piensa en su invernáculo de gracia, de inteligencia y de hermosura: la mujer que le espera encarna ese estío, convirtiendo en flores reales las ideas de su alma. Y para llevarle un recuerdo, cual homenaje de la isla encantada, recoge de los asientos del coche todas las rosas.

VIII

Andrea recibió las flores. Monfort le dijo: "He aquí las rosas de los jardines de Corcyra; dime qué te han dicho los genios de sus aguas".

— ¿Los genios de sus aguas?

— Naturalmente, ¿no has recibido su visita? No me mires así, no estoy loco. Se habrán extraviado en el camino. Imagínate que me detuve á beber en el borde de una fuente, y se me aparecieron los genios de su manantial. "Buen extranjero — exclamaron — vamos á mostrarte la maravilla de nuestra linfa."

Entonces, sobre el espejo que reflejaba un olmo, apareció una hermosa imagen.

— La observas — prosiguieron — creyéndola una divinidad, y te equivocas. Así es el mundo. Adoramos á vuestras mujeres, y una mujer, prisionera de nuestro ensueño, se transforma para vuestros ojos en ninfa. Cuestión de espejismo, como nos enseñaba un árabe, que conoce los desiertos. Pero, en fin, dinos si ya te parece más cautivante nuestra isla.

— En mi nave he dejado — repuse — algo que me impide admirar vuestra reina.

— Pues hablemos de ella, comprendemos que amas.

Los genios corcyreos zumbaron un instante con ligeras alas de elfos germanos, y después atentamente me oyeron:

— ¿Su cuerpo?... Se acuesta al anochecer, ya sabéis, la hora en que se duermen las estatuas en los parques. ¿Su

rostro?... Es mi lámpara. En vez de mecha, un rayo de sol; en lugar de pantalla, un inmenso pétalo de rosa. ¿Su espíritu?... Tiene otra lámpara, la de vuestro hermano oriental, Aladino, luminosa y armoniosa: cuando habla se ven riquezas reales que parecen de ensueño; cuando calla, no se ve, se sigue oyendo la melodía acariciante. ¿Toda ella?... Ayer, coquetamente, me dijo: "Me siento vieja". Yo le respondí: "La vejez de la aurora es el mediodía"... Entonces los genios revolotearon en torno de mi frente, cantando: "Adiós, nos vamos al navío á conocerla..." Pero ya lo ves, se han extraviado.

Andrea exclamó: "Déjame besar los labios que les enseñaron mal el camino."

IX

Sentados en la cubierta del buque, Monfort y Andrea evocan la poesía de las islas sembradas en los mares. Encierran los más fabulosos jardines, saliendo de las olas al encuentro de las naves. Cuando es imposible bajar y se las roza en las largas navegaciones, quedan en el recuerdo como lugares misteriosos. Las hay escuetas, simples peñones, habitadas por albatros palpables y por genios invisibles. Es raro que un navegante no se diga, mirando á alguna: quizás allí existe la felicidad, y la vislumbro y paso, y no la toco. Y queda así en la memoria, como un inaccesible lugar en medio del océano, semejante á una estrella inescalable del cielo. En las mañanas radiantes, se antojan, con su frescura, la cuna de la

aurora y en las tardes pensativas, con su misterio, el sepulcro del día. Y las que surgirán en las sombras de esa noche, Léucade, Ítaca, ilustres fantasmas del pasado, hablan á los amantes de ilusiones presentes. Aquellos prestigiosos nombres con rumores de versos, son cual el ritmo de la esperanza. Y la esperanza es la promesa de la ventura, envuelta en una claridad alada. Ellas aparecerán como heraldos de la Grecia. No tienen orfebres protervos de cajas de Pandora, sino amables jardineros, que ofrecen manzanas del huerto de las Hespérides. "Daremos á la poesía griega — dice Monfort — con nuestros besos, lo único que no tuvo, rimas".

El *Scylla* empieza á navegar á la caída de la tarde. El mar se reviste de incomparable belleza. En el horizonte dibújase la luna, translúcida, como bomba de cristal, llena de sombras chinescas. Del latido del agua sube aliento avasallante, que engendra sutil atmósfera, donde se respira un suave gozo.

— ¡Qué hermosa es la ilusión! — exclama Andrea.

— Bella y bienhechora — responde el poeta. — Yo nunca quise con mi ironía romperla en otras almas. Es un crimen atacarla, porque se la ha perdido: cristal que debe respetarse, basta que un poco de azul aparezca en cualquier cosa, para que él lo refleje y lo transforme en firmamento.

Y el firmamento verdadero empieza á colorearse con nubes. La puesta del sol, en aquel día, es uno de esos espectáculos que los ojos devoran con todo el espíritu. En la vasta extensión del agua, por el reino de su calma, tiéndese un tapiz de azules sedas. Y éstas, al influjo de suavísima ondulación, convierten sus turquesas en zafiros, y su verde Nilo en ágata glauca. Y así cambiantes tal un ágil pensamiento, tienen en la voluptuosidad de su cadencia algo del capricho de una mujer que sueña, y en cuyos dulces sueños las ideas se acarician, transformándose en colores. En algunas lejanías caen desde las nubes deste-

llos de arcos-iris sobre la natural palpitación de un seno que respira.

Hacia el lado del sol tiemblan parchazos de animación extraordinaria. El agua no refleja, vierte luz propia. El movimiento atrae con placas de oro. Y el astro se cierne sobre una cortina que, con aspecto de cumbre, lo espera como un abismo. Después se hunde en la flotante masa. Por el horizonte se diseña una artificial costa de chispas y vapores, cuyas hadas pueden beber el resplandor de lirios evangélicos de nieve, y vestirse con inconsútiles teristros de alburas inefables. El sol aparece en la base de la nube y toca la superficie líquida, y así abraza la realidad y la quimera, agrandándose en una exaltación de su propio contento. Pero la nube baja y lo quiere amortajar antes que el abismo lo trague, y él entonces resbala como una lágrima de fuego sobre una sábana de sombra. Las aguas se ensangrientan, y el hervor maravilloso da metálica púrpura; y en las fraguas de las nubes más altas, se agitan genios deseando abandonar sus martillos igneos sobre los yunques del espacio, y recoger, entre los rubies de la red del mar, corales fantásticos metamorfoseados en sirenas.

Las nubes se desplazan y el movimiento multiplica un intercambio de luces. Poco á poco, desangrándose, dejan reinar tonos de hojas amarillentas en un otoño de resplandores. Los translúcidos reflejos son velos de ángeles columbrados en éxtasis. Después, las tenuidades se combinan en diversas medias-tintas. Hay verdes intraducibles, en nubes semejantes á pedazos de cielo por lo inmóviles; rojos cobrizos deteniéndose sobre el sol, cual si no pudiesen penetrar con el dios en el templo del abismo; lampos de tan absoluta serenidad, que el fulgor violeta de sus visos parece turbar, con el matiz, sus propios silencios. Y el mar majestuoso, sin detenerse bajo el ilusorio miraje de los triunfales arcos, va camino de un país de hechizamiento. Aquella hermosura no es el cortejo fúne-

bre de un astro: los celajes adquieren en el abismo los colores de la aurora. Murió el sol al dejar el mundo; pero allá abajo encuentra un nuevo espíritu de gloria. Por eso, las nubes, idealizándose con belleza extrahumana, ebrias de ventura se arrebolan con armoniosas tintas, y al recoger ese júbilo de la inmortalidad, se convierten en lumbré. Marchan los dos viajeros hacia el horizonte fantástico donde la realidad, á fuer de hermosa, parece quimérica. Los mares de Homero no han cambiado de nombre. El navío es un trirreme de leyenda, y ambos héroes sienten que Neptuno hincha los velámenes de púrpura. El misterio, oculto tras el abismo, enciende con las alas del amor una apoteosis de la ilusión humana. Y van los amantes á buscar el sol en su sepulcro, para que, transfigurado, se les refleje, cual si fueran también sus almas ondas del mar y nubes del cielo.

X

— Puerto que das la sensación de entrarse á Grecia por una puerta sucia de la Italia; Patrás, con tu harapiento hormigueo humano, presidido por tus gendarmes, que vuelven de batallas con el tiempo, cubiertos de manchas; Patrás, con tus recovas y tus mercados que infectan los aires; Patrás, con tus legiones de limpiabotas, de cajas doradas, que hacen se busque con interés los botines increíbles que las han de usar; Patrás, ciudad de bombachas azules, y túnicas rojas, y mantos negros; Patrás, pringosa hasta hacer de la roña una originalidad, con tu horripilante aliento de peces secándose al sol entre reminiscencias de catinga africana; Patrás, ciudad de paso en que estaré media hora,—ah! que no te vuelva á ver para salvar mi ilusión de Grecia.

Así exclamaba Monfort, camino del hotel. En un almacén leyeron un letrero: "Miel del Himeto." Entraron por amor al color local y se la hicieron servir con queso de cabras. ¡Salve, Teócrito! Andrea hizo una mueca: "Tiene gusto á droga."

— Á droga fabricada en confitería.

— Es la misma observación de Chateaubriand.

— Sí, en 1806.

— Lo mejor es mirar con respeto su aspecto de ámbar luminoso, y no tocarla.

— Y así, creerla exquisita. Quizá pase con ella como con

ciertos versos griegos ilegibles. Son hermosos, pero se ha perdido el secreto de su ritmo. Puede que nuestro paladar haya también cambiado.

Después rieron de buena gana, dejándola en el negocio, y declarándola sencillamente detestable.

Monfort recordó las comidas exóticas de la Exposición y las sorpresas terribles del restaurante chino. Y evocando aquel tiempo, llegaron al hotel. Andrea vió sobre las mesas, cubiertas de flores, en un salón lleno de estatuas, que contrastaba con la suciedad de afuera, una serie de tacitas de porcelana. "Son para el café oriental — le dijo Juan; — las conozco de Egipto. Cuando se llega á una casa, es lo primero que ofrecen, como emblema de hospitalidad, y hay que tomarle á cualquier hora. El café se reduce á polvo finísimo, con azúcar, y se echa en el agua de una marmita. La mezcla se hierve tres veces y se sacude suavemente; el polvo cae al fondo, y en la superficie aparece una leve espuma perfumada".

É inmediatamente pidieron, sacándose con la infusión moderna, el gusto desagradable de la miel clásica. "He aquí un símbolo — exclamó Andrea — que hubiese llenado de placer á nuestro amigo Letellier, que brama contra la tiranía antigua".

XI

“Déjame que te bese, déjame que te abrace.” Monfort no acaba de oír, cuando Andrea, metiendo dentro del coche cabeza y busto, lo besa y lo abraza estrepitosamente. Un pasajero aparece en la ventanilla, jipando, con un inmenso paraguas bajo el brazo, y después de lanzar ante lo que ve una exclamación incomprensible, pero fácil de definir, sigue al otro compartimiento. Al propio tiempo silba el tren: “Estamos salvados”, exclaman; y riéndose de todo corazón, déjanse caer en el asiento, mientras la máquina arranca.

El tren rueda entre Psathopyros y Kamarces por contrafuertes de montes, hasta dar en la llanura fértil de Egion. Allí, el hasta entonces golfo de Patrás, se vuelve golfo de Corinto. Los lugares recuerdan á los viajeros rincones de Sicilia. Poco á poco se singularizan, y suavemente penetra su influencia. La originalidad del paisaje reside en la armonía de las líneas. Siendo natural, muestra algo de artificioso, como si un genio oculto lo sometiese á las combinaciones de su pensamiento: y ese lumíneo pensar, en vez de palabras, tiene por expresión, sonrisas. Las grandes oblongas placas de reflejos sobre el golfo semejan de lejos nenúfares que se vistieran de violetas, y las lagunas próximas lucen fascinadores tonos de esmeraldas. Apenas se mueven y el ondular es una caricia en que se adivina el murmurio. Después se estancan

entre bosques de olivos y de cipreses, van de un monte florecido á tocar otro más bello, y el agua, al fin, se convierte en copa á que baja, mirándose, el firmamento. El azur no se cubre de vapores, sino los exhala: las diáfanas blancuras son respiraciones del cielo empañando un cristal de transparentes zafiros. Así, las nubes brillan tan ligeras que se antojan también de éter, al embozar las prominencias, dando á las líneas duras un velo de gracia movable. Y nada es allí violento, y todo es encantador, y la llanura, el monte, el agua, el cielo, conciertan sus alabanzas á la venturosa tranquilidad de los campos.

La garganta de Diakophto se extiende hasta Kalavrytu, y desde ella se domina la isla de Akrata, por sobre los blancos cantiles del golfo. Monfort, mirándola, evoca la isla de Delos, que, según el himno homérico, flotante sobre las aguas, no pertenecía á la Tierra. Allí Latona, lejos de la persecución de Juno, dió nacimiento al dios hijo de Júpiter. Y Apolo, profeta cual su sol, pues con su voz alumbraba las tinieblas; médico, pues, como él, con su calor robustece á los enfermos; guía de las musas, porque, cual él, con su hermosura preside la naturaleza; y arquero de flechas de oro, que lanza sus dardos á las cimas y á los abismos, Apolo, el dios Febeo, se vuelve genio del paisaje.

Andrea descubre jacintos entre las oquedades de las laderas que van rozando. "Son también recuerdos de Apolo — le dice el poeta. — El mancebo de ese nombre los hizo nacer del suelo al morir, mientras jugaba con el dios al disco. Ovidio, cantando su metamorfosis, saludó á "la flor nueva más viva que la púrpura y semejante por su forma al lirio". Y ella fué el emblema de la muerte en las regiones del Peloponeso: perfumada muerte gentil vestida de colores. En Occidente, eso es fábula; aquí, respirando esta atmósfera, todo resulta natural; y no me extrañaría ver á Sisifo, escapado del reino de Plutón, coronándose con ramas de pino, al beber la luz y buscar de nuevo las colmenas."

En tanto, la alta garganta prolonga su vegetación inmensa y no monstruosa. Las cabras pacen y los crios juegan. Los zagales, vestidos con pieles de carnero, reposan apoyándose en su cayado. Y no se siente como una reminiscencia siciliana, al evocar cantos que, entre las brisas, dan á las amapolas mensajes de los sueños; pues el Oaristys, el Epitalamio de Helena, las Fiestas de Adonis, revelan naturalmente toda su vida, cual exteriorizando por primera vez su alma. Y Monfort siente que la suya olvida á Teócrito, á Bion, á Mosco, y, con espontáneo movimiento, adquiere la pureza reflejante de los arroyos que retratan un olivo y son artistas, ó producen un murmurio y son poetas.

Andrea, por otro lado, olvida más que nunca sus últimas agitaciones. Hasta hace poco, sin decirselo á su amante, ha sufrido la visión obsesora de aquella brusca muerte que, dejándola libre, le produjo estupefacción angustiosa. La calma vuelve á su espíritu; y siente renacer en sus sentidos su antigua fiebre, con un transporte de amor por la vida. Y el simple árbol reflejado y el murmurio que llega cuando el tren se detiene le dicen: "Tu pesadilla va á disiparse, y con la paz que empieza en tu corazón, la sangre de tus venas correrá feliz y enamorada, como nuestras aguas por la fértil tierra venturosa. Repentinamente, pasando al entusiasmo, abraza á Monfort, que le pregunta: "¿Qué tienes?" — Ella responde: "La Grecia es magnífica."

El tren parte de nuevo y tornan á observar, para no perder lo saliente del camino. La marcha se aminora lentísima. Modo empleado por aquel reptil de hierro, para que le perdonen la profanación que perpetra, con su fealdad, en la comarca, ilustre por su hermosura. Al frente, tamizadas sus dos cumbres por el ligero vapor que ha mucho tiempo se veía, aparece el Parnaso. La huella de hordas godas, de bandidos turcos, de conquistadores venecianos, no le han arrancado su prestigio. La

nube que lo toca se hace sagrada. Hacia él vuela un pájaro, y es el primero visto allí por los amantes; nadie le quita á Monfort que lleva al monte un ramo de mirto de la tierra. Es natural que el símbolo de tanto cantor heleno se humedezca en la lluvia de su nube, de modo que reluzcan, cual lágrimas de la Belleza, las gotas frescas en verdores que adquieren, por el mensajero, encantadoras alas.

El poeta imagina á los peregrinos de todas partes del mundo, envolviendo sus liras en las gasas de aquella cumbre, y ve al ave reflejada en su espíritu, volar siempre como en las transparencias de un lago. Andrea dice: "Es la golondrina que persiguió la cigarra de Cloe. Recuerdas? La prófuga se libertó del pico al asilarse en su pecho: para dar las gracias, se puso á cantar, y la zagala, temerosa, llamó á Dafnis. Éste, metiendo la mano, la retiró, llena de dulce tibieza, con la gentil cigarra que no callaba. Entonces Cloe, sonriendo á su vista, la besó, y siempre cantando, la volvió á su seno."

El Helicón surge detrás del Parnaso. La translúcida nube que también lo vela le da un alegre misterio. El misterio es casi siempre triste, porque sentirse ante él, impotente, significa un dolor; pero aquí no se desea penetrarle con ansiedad, y es como el secreto del ritmo de una idea de júbilo, conservándose misterioso sólo por su gestación indescifrable.

Después, los vapores empiezan á perder su incorporeidad sutil, y sobre los montes Geranienses cobran matices de pizarra. Se vislumbran las ruinas de Sicyone y la cima del Cyllene con su aspecto de truncada pirámide. El golfo se tiende verde sombrío y acaba, bajo las nubes espesas, en caliginoso azul de Prusia. Y la montaña y el agua se embozan en neblina de tormenta que esconde la evocación de las riberas del Aqueronte. Reina allí el Genio de la Muerte, pero ante el paisaje hosco y triste, repentinamente, la planicie de Vocho despliega, en atmósfera bri-

llante, la gracia sinuosa de su verdor, y en el contraste resulta más extraña, al hacerse más intensa, la región donde cae la lluvia.

Sobre la llanura, á lo lejos, se ven resplandecer piedras. Seducen, sin herir, con los colores del iris, y sus matices se antojan savias naturales, naciendo, arrebolándose y regalando su tesoro á la armonía de las líneas. Monfort piensa en los templos policromos del arte heleno. ¡Quién sabe si la naturaleza, en esa forma, no fué la inspiradora del orden dórico! Y aquí la escena resurge, presidida por Apolo, mientras allá lejos, lo es por Tanatos: y como en el Alceste, disputanse la tierra la Muerte y la Vida, aunque no hablen, por las divinas bocas de los dioses.

En un recodo del camino dibújase Corinto, rica en fábulas y en viñas, célebre por sus tradiciones y sus cortesanías. Vese entre árboles una ciudad blanca, y cerca un amontonamiento de chozas de piedra, donde debe pronunciarse el antiguo saludo de hospitalidad, mientras entre los chisporroteos del fuego y el cabritillo que se asa, canta el rapsoda.

Monfort piensa en la predicación de San Pablo. El acento del apóstol se borra ante las escenas cruentas del sitio de los turcos. La imagen de Minotti le evoca el célebre romántico poema, pero la onda clásica le envuelve nuevamente, y recita á Chénier hablando por Homero:

Aux danses des guerriers.

Á la course, aux combats, j'ai paru des premiers.

J'ai vu Corinthe, Argos et Crete et les cent villes

Et du fleuve Égyptus les rivages fertiles.

Después se llega al istmo. El canal que lo hiende, visto desde el tren, á cincuenta metros de altura, entre las dos gargantas rectas, allá abajo, causa vértigo. Del otro lado dilátase el golfo de Sarónica, y ante una costa se pronuncia el bello nombre de Argólida, y frente á una isla el glorioso de Salamina.

La tarde empieza á caer. Las violencias de las cosas no se perfilan con la expresión de un agonizante, que concentra sus recuerdos para entregarlos. La melancolía es suave, y el conjunto entra en la noche, sabiéndola nube pasajera, que engendrará un alba riente. Las montañas se alejan, y dibújase el camino de Megara. Aislados sobre rocas y en oquedales rígidos, se yerguen por todas partes cupresinas siluetas: son los árboles familiares del paisaje.

Andrea exclama: "El ciprés, desterrado entre nosotros, evoca recuerdos de otra vida, y en nuestros cementerios, piensa en la tierra feliz donde el Tártaro era menos angustioso, por ser sus sombras más transparentes. Allá, al verlos, se les busca el complemento de una tumba; aquí, se cree que sombrean un templo."

Monfort responde: "Estamos siempre en el reino de Apolo. Cipariso, el más bello joven de Cos, era como Jacinto, amigo del divino porta-lira. Apareció, por entonces, un ciervo maravilloso en Grecia. Consagrado á las ninfas, éstas le ungian sus áureos cuernos, y lo adornaban con collares de perlas. Cipariso lo acariciaba á menudo, le hacía beber las aguas de las fuentes más puras, conducíale á los más sabrosos pastos, y añadía á sus adornos guirnaldas de flores. Pero una vez, desconociéndolo en el bosque, lo mató su flecha. En su aflicción, él mismo volvió un arma contra sí, y Apolo, compasivo, lo trocó en ciprés antes de que el alma se le escapase por la herida. Y desde entonces, el árbol es sagrado, y en estos paisajes dejó de ser fúnebre, y el recuerdo que hay en él del efebo, quiere sonreír como las estatuas al azul del cielo."

Las siluetas siguen perfilándose severas y gentiles, en la negra solemnidad de la próxima noche, mientras los amantes desentrañan la sensación de su poesía y de su fábula. Suena después la voz del conductor: "Megara"; pero la población no se distingue. La sombra envuelve todo. Y aun más todavía cobija á Atenas que se acerca,

quizá para metamorfosear mejor su recuerdo histórico y artístico, en la nueva aurora, ante el sol de la realidad vibrante.

El tren se detiene, los guardianes abren las portezuelas, y Monfort olvida que está en una estación moderna, exclamando:

—Ciudad fabulosa de Teseo, ciudad inteligente de Pericles, cómo no saludarte con el saludo de Byron á la Grecia entera: Patria de la gloria!

XII

Andrea, á la siguiente mañana, quedóse en el Hotel de Inglaterra, arreglando roperos y abriendo baúles. El poeta, febril, impaciente, cruzó las calles de la nueva Atenas, camino de la colina. En su espíritu, al són de música, despertada misteriosamente por un curioso fenómeno, sonaba el himno de los Pisistratidas: “Queridísimo Harmodio: no has muerto, sino que vives en las islas donde se encuentran Aquiles, el de los pies ágiles, y Diomedes, hijo de Tideo”. Y volvía la glosa: “Entre mirtos ocultaré la espada, como Harmodio y Aristogiton, cuando dieron muerte al tirano Hiparco en las fiestas de Minerva”. Monfort, obsesionado por esas palabras, que se concertaban en canto, evocaba el salón de Abriseaux, que le sirviera de cuarto de trabajo. Y sentía melancólicas reminiscencias de aquella época en que los héroes eran amigos mezclados á su vida. Veíase frente al señor Bonpland, su profesor de lengua é historia griegas, recitando la disputa de

Áyax y Ulises, la estrangulación de Lacoonte, la caída de Troya, el cautiverio de Hécuba, el holocausto de Polixéna. El viejo Bonpland, que hubiera, como Alcibiades, maltratado al educador que encontrase sin la *Iliada*, parecía, por otra parte, un secuaz de Licurgo. De modo tal, que ante la rebelión del discípulo, el mariscal Monfort, de vuelta de un viaje, lo puso en la calle. Ésa fué la causa (pues si encontró un maestro más suave no lo halló más hábil) de que, haciendo progresos en latín hasta dominar la lengua, no pudiese ser un helenista. Después de hombre, su imaginación vagabunda le había apartado de tan serio esfuerzo, y ahora se preguntaba si no iba á deplorarlo. Volvía á recordar el carácter fabuloso de los héroes que siempre amara por su lumbre poética. Pensaba en lo que para él había sido el paso de la lectura de la Capucita de Perrault, y de la Bella y el Monstruo de Mme. de Beaumont, al rapto de Helena: en esa primera turbación en que los cabellos de una mujer se le aparecieron libres, sueltos, poderosos, sin la inocente cofia de las nodrizas, ni el perfume ingenuo de las hadas.

Y evocaba toda la historia de la Grecia, ó por mejor decir, la historia de aquella ciudad, maestra ilustre de su raza. Repentinamente, con rojizo brillar, dibujóse sobre el cielo el Acrópolis. Fué un momento emocionante. Ideas y sentimientos sin aleación impura palpitaron en su alma, que, al contacto de una absoluta belleza, parecía haberse utilizado librándose del cuerpo. Y aquel movimiento de un espíritu ávido de sentir y lleno de amor, tornóse en inefable. La colina erguíase como un sepulcro de mármol destruído, y á él se le antojaba cuna de auroras. La gradería apareció escalando la pendiente, flanqueada por el templo de la Victoria Áptera, con la visión final de los Propileos. Monfort contempló el paisaje y el Parnaso, el Himeto y el Citerón, el Pireo y la bahía de Eleusis, las llanuras mezcladas á los montes y á los mares, el azul y las espumas; y todo respondía á nombres sensibiliza-

dos como sus nervios y sus ideas. La estatua de Fidias no se levantaba. Eran un recuerdo su escudo, su lanza, su buho, sus corceles alados, su serpiente, y sus ojos inquietantes de piedras preciosas. La Minerva de marfil y oro, había desaparecido más frágil que su olivo del Asclepión. Ella, que enseñó el camino de la noble fecundidad, vió morir en la pendiente la gruta de Pan, como fruto marchito de sus flancos. Ella, que creó la flauta de Marsias, rival de la lira de Apolo, oyó también morir los ritmos en la gruta del dios armonioso. Los manantiales de la fuente Clépsidra ya no acompañan los divinos misterios de las concavidades del monte, estériles cual las de un peñasco. Mas no os equivoquéis: Atenea, si no palpable, está presente. Alienta, con el pudor de saber que su poderío ha muerto: es antorcha al sol, que fulgura palideciendo hasta tornarse en invisible. Evocadla sobre la cumbre. Anquises atrajo la mirada de Venus sobre el Ida con el resplandor de su juventud. Para Minerva, aunque no se tenga la belleza plástica del héroe, basta hollar con entendimiento de hermosura la colina: acude al llamamiento, acariciada por sus mismas inmortales alas... Y Monfort lamentaba no calzar, en vez de sus zapatos pesados, las sandalias ligeras; y sobre el chitón, el peplo flotante llamando con sus pliegues, á semejanza de su alma, la brisa llena de rumores de los bosques áticos.

Los Propileos relucían en tanto, sobre el cielo azul, albos y rosados, cual hechos con nieves de las montañas y flores de la llanura. Después dibujábase el templo, dando la sensación de que entraba por los ojos en el espíritu un pétreo silencio lleno de armonía. La Belleza, que hace el signo misterioso desde la plenitud de la ilusión humana, clava ante la ruina los pies del peregrino. Véscela allí en formas reflejadas y esculpidas. Y el alma de Minerva no ha abandonado la envoltura corruptente. La pólvora turca, el cañón veneciano, la rapacidad inglesa,

la incuria del país, los ultrajes del tiempo, trucidaron la X masa descantillando los despojos. El frontón sin estatuas, los trigifos hendidos, las metopas arrasadas, todo hace del templo un espectro. Los frisos, cubiertos de caballeros evocando las luchas con Neptuno y la procesión de las canéforas, viven nostálgicos bajo el cielo del Támesis. Pero, palpitante, Minerva brota de los miembros dispersos. Antigua adoración exalta la mente, se ofrece en Panatenea espiritual el odre de aceite perfumado, y la diosa nace, brilla, reina. Sus ojos de pedrerías cabrillean extraños en la serenidad de su rostro, erguido sobre el marfil de sus hombros. Y siempre se la siente, aunque no se la vea fijarse como una estrella, pues pasa como un relámpago. La admiración se tiñe con medias tintas de afecto. ¿No es la emoción intelectual una forma delicada de sentimiento alto y puro? Las líneas de la ruina se conciertan, y en vez de construir el templo de un culto, hacen un símbolo de belleza. Y en cierto momento de alucinación, se erige, tan claro en su idea, tan elegante en su forma, tan absoluto en su objeto, que confirma la divinidad de Palas. Entonces se evoca aquella pieza de la Antología, que comparó la Venus de Praxiteles y la Minerva de Fidias: "Viendo la imagen de Afrodita, dirás: apruebo el juicio del frigio Paris. Si miras de seguida la Atenea, exclamarás: "Quien no le adjudicó el premio era un carretero."

Monfort percibió todo eso, y después de repetir los versos, agregó:

— Oh! diosa nacida para comprender. Tu Partenón es hoy cual la frente de Zeus de que saliste fulgurante y armada. Á semejanza de Vulcano, al verte, queremos amarte, aunque sepamos que, como á él, el desdén nos espera. Divinidad, que exterminaste á Tiresias porque te miró desnuda; oh! casta vencedora de Neptuno, égida de Atenas, reina de un mundo, siendo la inteligencia engendrada por el espíritu de tu padre, eres fuera de su existir, inde-

finible. Mi alma te saluda desde los ojos, dispuesta á quemarse cual mirra de tu templo. Pero he de agregar que no renuncia á lo que ya amaba. Aceite de aquel olivo que llevó la paloma del Arca en su vuelo de paz, la hizo arder como lámpara en otros altares. Mis ojos no se consideran indignos por llevar el recuerdo de las luces y colores de las catedrales góticas. Mis pies no se consideran miserables por traer el polvo de otras rutas donde se alzan templos y palacios. Eres una forma de la Belleza, pero no la Belleza, de quien conocemos los ríos, sin determinar el océano. No lloro ante ti mis pecados, como el gran escritor de Francia, que te dejó en una de sus páginas la más armoniosa de tus hiedras. Su confesión se ha convertido en moda. Admirándote y amándote, yo no la sigo. Diosa nacida para comprender todo, tú no pudiste creer estéril la palabra del judío que conmovió allá abajo la multitud del Ágora. Debiste adivinar que matándote, á ti, que tornabas la vida en cosa tan riente, iba á contribuir al estallido de la humana inquietud. Debiste percibir que su voz dolorosa se movía en el raudal de una fuente de esperanza. Debiste no ignorar que sus acentos creaban también el reino de Artemis, venciendo á Apolo, y que al lado de su sol, la Melancolía, vistiéndose con la luna, derramariase por la tierra. Debiste saber que aquella emoción no tocaba sólo á las almas; pues en el Pentélico cercano se estremecían las vetas marmóreas como nervios, y sus entrañas se agitaban ante el clamor de la nueva hermosura que iba á arrojar á los hombres. Y de ese mundo vengo, ¡oh diosa de belleza perfecta! ¡triángulo de la razón ataviado por las Gracias! Tu templo es tan armonioso que debe brillar en todos los cielos cual brilla en todos los olimpos, y enseñar el equilibrio sereno á todas las razas y á todas las edades. Pero condenado á vivir en él únicamente, de rodillas ante tu noble majestad, mi alma se sentiría como tu rival, la Venus del Sena. Aunque divinamente humana, y augusta en

su silencio, y gloriosa en su mutilación, clamaria por sus brazos, para estrechar mil diversas formas con la sed devorante de lo infinito. Y ahora, hija de Júpiter, inmaculada Palas Atenea, inspiradora del trirreme sagrado, sé hospitalaria á quien, dejando su nave, se acoge á la sombra de tu olivo, y posa la frente febril sobre el frio de tus mármoles, y busca calmar sus ardorosos labios en los ocultos manantiales de tu colina!

XIII

Por un barrio externo de Atenas iban sufriendo Monfort y Andrea los saltos de un mal coche sobre los baches del camino de la Academia. Y el poeta recordaba los versos de Aristófanes que dice el Justo, en su discusión con el Injusto, en la escena célebre de las Nubes: "Te pasearás en ella con un sabio de tu edad, bajo los olivos sagrados, ceñidas las sienes con una corona de caña blanca, y respirando en la más deliciosa ociosidad el perfume de los tejos, gozarás de los hermosos días de primavera, en los que el plátano y el olmo confunden sus murmullos." Los movimientos bruscos de la victoria sobre el riel de un tranvía, ahogaron la voz de Monfort. Luego llegó un vehículo eléctrico, y el coche se vió obligado á dejar la vía. Chispas azules, estallantes en la atmósfera clara, saltaron de los alambres conmovidos. Monfort pensó en los tontos indecentes chistes que el satirico griego pone en

boca de Sócrates y de Estrepsiades á propósito de las nubes y de sus rayos. Después, cambiando de pensamiento, exclamó:

— Platón no sospechaba á Édison. No imaginó que esa máquina pudiese espantar los pájaros en los árboles de Academus, que él iba á inmortalizar con su palabra. Debió mirar en calma las nubes plácidas, cual si fuesen de pentélico mármol, transformadas por un espíritu superior, en volutas de incienso, para perfumar la gloria del Dios único de Eleusis en la pureza del aire. Debió mirar las tormentas y el vendaval y sus rayos, como una armonía salvaje de las fuerzas excitadas en el aparente desequilibrio; pero no debió creer que ese mismo fulgor se transformase en lámpara apacible, como la nube que ríe en el azul, iluminando el libro, en noches de meditación, con luz blanca y muerta, tan propicia al pensamiento como el verdor de sus follajes.

El coche se detuvo.

— Qué pasa? ¿por qué no seguís?

— Señores, hemos llegado.

— Cómo? Dónde?

— Esa es la Academia.

— ¡La Academia!

Patronio, que así se llamaba el cochero, tenía razón, aunque el sitio era deplorable y casi irónico. En efecto: el olivo sagrado de Minerva allí nació, y el último bosqueje de este árbol, quedaba á larga distancia y no se le veía. La tierra era estéril, cual si le hubiesen arrancado, con profanación, las imágenes de los antiguos dioses, que al ser arrebatadas de un sitio mandaban la muerte á sus entrañas. Ni tejos, ni álamos, ni plátanos, ni olmos; los versos de Aristófanés no encontraban ecos en la mustia soledad. Junto á una derruida pileta, sin gota de agua, para dar mejor la idea del olvido, fragmentos de bajos relieves, cuyas figuras no podían reconstruir escenas inteligibles, señalaban los lugares preferidos de Platón, donde, al en-

señar, engendró la leyenda de las abejas del Himeto, zumbando sobre su cuna y untando de miel sus labios.

Monfort y Andrea caminaron largo rato en silencio. Un murmullo les llegó á los oídos; primero, humilde y vergonzante; después, claro y armonioso. Y ambos, felices, exclamaron á un tiempo: "El Cefiso", cual si un poema, con aquellos ritmos palpitantes, saliéndoles al encuentro, los envolviese en ráfaga de hermosura. Monfort dijo: "Este caudal, que al parecer cabe en la mano, ha resonado en el mundo más que el Rin y el Danubio." Andrea respondió: "Adoro esa corriente ilustre, porque es cristalina. Mirad al cielo en su cauce: es el mismo de vuestro Platón, aunque el agua sea distinta. Por eso, quizá, es una forma de tristeza. Además, como hay sombras transparentes, hay tristezas translúcidas. Nos hablan al oído, y cuando acudimos se evaporan. ¿Á dónde van esas sombras? Saberlo es tan difícil como explicar de dónde vienen. Á semejanza de la del cuerpo, nos siguen cuando nos vamos y huyen si las perseguimos. Son, quizá, en un pensamiento alegre, la proyección de la inquietud del alma. Estoy hablando como vos; perdonadme. Quiero reír, quiero cantar y verme libre de la asechanza de males desconocidos. Pero decidme otra cosa de ese manantial. Yo veo que nos refleja y huye fugitivo. Ya no me importa nada de Platón. . ."

— Ni á mi tampoco. Tu voz tiene una armonía superior á las palabras, que me distrae. No la puedo describir; tal como ha salido en mis poemas, resulta apenas un reflejo; pienso en ella sin cesar. Es realmente instrumento de risa, de música, de pensares, hecho de una sola cuerda, que es toda tu alma... Algo como sería el ojo, si fuese luz que tomase una forma al transformarse en color... Ah! nó, no es eso, me pierdo. Tu voz es indefinible; es la realidad de un misterio.

El río, más pequeño que un arroyo, seguía murmurante, reflejando y huyendo. Y ellos, persiguiéndolo, le vieron desaparecer bajo espesos bardales.

— Es necesario un talismán para salvar el obstáculo.

— ¿No será el bosque de las Euménides? Desde aquí se ven las estelas del montículo de Colona. El ciego fatídico, en la obra de Sófocles, llegó hasta él con los ojos de Antígona. Oh! vosotras, diosas terribles, que Edipo evocó llamándoos *dulces hijas del antiguo Erebo*, abridnos esas breñas, pues no nos creemos fantasmas sin cuerpo, como el rey vagabundo.

Andrea adelantóse, costeando el cerco montaraz. De pronto desapareció, y Monfort oyó su voz tras de la tapia: "No es el bosque de las hijas del Erebo; es un jardín de rosas."

Al dar con el portillo, creyó el poeta encontrarse en una de las espesas cercas de ganado de que habla Homero. Y sobre el lado del río vió un muro de rosales, y en el fondo del ótro una tienda de pieles. Estaba construída á la sombra de un olivo, y á su puerta descansaba un hombre, cubierto por *pataluca* de lana, que podía muy bien ser de los antiguos rebaños de Frigia. Monfort comprendió que Andrea, precipitándose hacia el Cefiso, no lo había visto. Se dirigió á él, pidiéndole disculpa por la intromisión en su propiedad. Creía que por señas tendría que hacerse comprender, y asombrado sintió que le contestaban en correcto francés con acento italiano.

— No tenéis por qué disculparos. Id, visitad el jardín y el río: sois mi huésped. Y si más tarde queréis honrarme, gustaréis mi vino, y su aroma de resinas de abeto.

Monfort admiró lo arcaico del personaje, prometiéndose volver. Andrea había desaparecido entre los frútices, enmarañados hasta formar un bosque. Rosales salvajes y rosales cultivados, mezclaban sus colores, como redes invisibles de cuerpos de gracia, y sus perfumes como redes invisibles de almas, aprisionando en sus telas los rayos de la aurora. Y eran las flores, sobre sus tallos, delicadas como las palomas de Venus. Andrea, entre aquellas emanaciones que vertían algo de primitivo y de ingenua-

mente ardoroso, inspirando ideas que buscaban ritmos en una atmósfera de amor y de ensueño, se puso á cortar rosas. Á diez pasos se erguía una gardenia, cubriendo la esmeralda de sus verdores con un verdadero blanco manto del antiguo Palene.

Y el poeta exclamó: “Mientras con tus manos pálidas cortas las rosas de fuego, miro los jazmines, y pienso en los cabellos niveos de Anacreonte. Á tu lado, y por tu amor, empiezo á sentir como real el fantasma de la Grecia. En mi alma se abre una fuente, y canta. La sangre de mis venas tiene un nuevo ritmo; mis ojos una virtud también para transfigurar las cosas.”

Andrea, con la sobresa cubierta de flores, sentóse en el suelo, y antes de ponerse á tejer una guirnalda, estiró con una mueca deliciosa el rostro. El poeta murmuró las palabras de Longo: “Tus labios son más dulces que un rayo de miel, tu boca es más tierna que las rosas, y sin embargo, tu beso es más penetrante que el aguijón de las abejas.”

Las flores empezaron á enredarse, obedientes á la mano hábil, que aprovechaba algunas de sus espinas para enhebrarlas mejor en un hilo. Monfort, mirándola trabajar, como si de su tarea brotasen las imágenes de su charla, recordó fragmentos griegos en que la rosa aparecía. “Te acuerdas del consejo de Safo á la bella Mnais? *Las victimas cubiertas de flores son más agradables á los dioses; del mismo modo, si tú traes en la cabeza guirnaldas de rosas, parecerás más dulce al beso.* El viejo Anacreonte, de quien evocaba los cabellos ante las blancuras del jazmín, ha cantado igualmente á la reina de los festines. Y las veo entre tus manos brillar como los versos antiguos, conservando en su aliento la infancia de aquel mundo divino. La rosa, dice el cantor de Teos: *Florece con las fábulas, encanta á los mortales, es la joya de las Gracias, y el adorno de Venus.* El alegre hombre tenía razón, y los dioses han pasado, pero ella no: la belleza de su llama espira

una inmortal frescura... Él también ha dicho: *triunfa del tiempo, y su vejez hechizada conserva el aroma de la juventud*. Sea nuestro amor como el símbolo de ese canto. No envejecerá, porque la ilusión de lo amable, de lo bueno, y de lo bello, dará á su sentimiento el perenne soplo de una vida riente... El griego cuenta aún que la tierra abrió á la rosa cuando Zeus engendró á Minerva, y Cítarea, húmeda de rocío, salió del mar. Así, en la pequeñez de su hermosura, equivalía á un dios. Mas nó! no es eso, nació de otro modo. La verdadera historia me la refiere tu guirnalda, poniendo sus colores en tus manos, y perfumando el fulgor de la hora que pasa. Escucha "...

Andrea seguía los movimientos de sus propios dedos con los ojos, y las ideas del amante, con el alma, y su sonrisa era, sin quererlo, el lazo de luz entre las palabras y las flores.

— Aparecen purpúreas, rosadas y blancas — progiguió Monfort — y con esa primavera de nieve, sangre y aurora, nacieron de un modo singular. Una canéfora de Minerva, doncella de Lacedemonia, admitida en la procesión del velo, dormía después de las Panateneas á la sombra de un varal de espinillos. Eros se acercó á cantar en su oído, pero la tenía sorda la pureza de su alma. Entonces el alado niño ensayó voluptuosas danzas de Jonia. Después pensó: como el hijo de Tisandro, que perdió á la hija de Clístenes, erraré mi intento: á las espartanas débeseles bailar la danza pírrica de Aquiles. La doncella continuaba durmiendo, aunque las Gracias, vigilantes, reproducían en su alma los juegos de Cupido, más seductivos entre las alucinaciones del sueño. Entonces, él decidióse á hierirla bruscamente. La virgen abrió los labios: “¿Quién eres tú que crees poder alejarme del templo de mi diosa? Mi corazón arde á su nombre y mis ojos *glaucofis* brillan como los suyos, alabados por el viejo Homero. ¿Olvidas que un invisible chitón de diamantes me cubre cual ar-
madura cuando adoro á Palas?” — “Lo que yo no ig-

“noro ahora -- respondióle Eros -- es que es tu voz más bella que tu mirada, siendo más tierno tu mirar que el acento de mi madre Venus. Ésta me manda, y no escaparás á mi dardo.”

El mensajero, para bailar mejor, había dejado cerca el carcaj, y buscó en vano sus flechas. Se oyó de nuevo á la doncella: “Mi diosa, que con la medusa de su escudo paralizó siempre tus vuelos, ha hecho invisibles tus armas.” Entonces, volando de un próximo tejo, vió Eros posarse sobre los espinillos el maternal envío de una paloma. Y acercóse al punto en que el rosado pico hacía brotar una flor nueva en las durezas del varal estéril. La cortó y besó repetidas veces, y dijo á la espartana, acariciando el ave: “Me declaro vencido. Te recordaré siempre, y en prenda te dejo este amable dón de mi melancolía. Sacrificalo, que á Minerva le ha de agradar ver morir á sus pies una paloma de Venus”. La doncella la aceptó confiada, y él, cerniéndose ágil sobre su cabeza, la hirió dos veces con la rosa; los besos que le diera habían transformado sus espinas en flechas de amor. La sangre corrió mezclada con lágrimas, y entre sus lágrimas y su sangre, quiso la canéfora, á su vez, abrazar al pérfido huyente. En su memoria dibujábase en tanto la silueta de un joven filósofo que á menudo la miraba. La hija de Lacedemonia deseó más que nunca serlo de Atenas. Lloró aún pensando con pavor y con delicia en los adversos rayos de Minerva y en las lumbres atrayentes de otra visión. Y al ver de cerca la desconocida flor llameante, sacrificó la paloma á Venus. Y prometió un viaje á Chipre, pues los dioses alababan su himeneo, multiplicando en las durezas agresivas, con rosas blancas, róseas y purpúreas, una primavera de nieve, sangre y aurora.”

La mujer mostraba en el semblante su expresión feliz de siempre, cuando el amigo le ofrecía con el tono sus ideas. Había concluido la guirnalda. Se la ajustó al pecho, y aún se quedó con la mano llena de rosas. El Ce-

fiso los volvía á llamar entre los árboles, y ella deshojó las últimas sobre la exigua corriente. Deshaciéndose cayeron sin perturbarla. Una mariposa, que no podía beber, volando sobre la linfa, se posó sobre uno de esos leves esquifes. Andrea gritó: "¡La Venus de los coleópteros! Divinas abejas del Himeto, cigarras líricas del Helicón, golondrinas de las metamorfosis sagradas, custodiad á la nueva Afrodita". La mariposa siguió sobre el pétalo, abrevándose en la serenidad del agua, que no rompía tan sutilísima concha. Otros pétalos le formaban cortejo y otras mariposas acudían como sirenas. Y todas navegaron juntando sus alas, cual si fuesen espirituales manos, en una plegaria de color y de alegría. Los amantes, tomándose de la cintura, siguieron tras del gentil espectáculo. Un sauce inclinábase, y el sol, entre sus hojas, formaba una caída verdeante de risueña luz. El cortejo reflejó allí, cruces de rayos, redecillas de fulgores, explosiones de chispas. Pétalos y alas se confundieron, amándose en la gloria de los matices, para seguir ágiles hacia otros árboles tupidos que derramaban el fresco aliento de sus siluetas.

La mujer había arrojado, con las flores, también sus años á la corriente. Alegre y aniñada pisaba la ribera, resplandeciendo al través de un tul quimérico. Monfort sentía aquel momento feliz, con los colores de las rosas y las alas de los insectos, bogando en su alma cual por otro manantial de agua cristalina.

La linfa oscilaba en la espiral de un remanso. Aunque suavísimo, bastó para que los pétalos se hundiesen. Las mariposas ascendieron y, tendiendo las alas como paracaídas, flotaron un instante sobre la tenue espuma. Después, mezclándose volubles, se perdieron entre los árboles, contándose en sus pintorescos giros las peripecias de la aventura.

-Ofelia se hubiese ahogado — exclamó Andrea; — no tenía alas, y sus flores pesaban como piedras." Monfort

repuso: “Nada de ideas tristes. ¡Viva la minúscula Venus! como se decía en Eleusis; ¡viva la gran Ceres!” — Ella exultó de nuevo, y se despidieron del sauce asoleado y llegaron al jardín de las rosas. El arcaico pastor no estaba. Y los amantes besáronse entre las plantas de Eros, y el alma alegre se les asomó á los labios, para perseguir aún en sus ojos las imágenes graciosas que habían reflejado.

XIV

Los amantes escalan la colina del Areópago. El peñón, defendiéndose, parece hostil á los extranjeros. En algunos resquicios se ven gotas de agua. Agua estéril que se evapora al sol, sin penetrar en la roca. La contextura calcárea, rojiza, sin brizna de hierba, sin rastros de flores, abrupta y hosca, muestra sus facetas talladas por gigantes desconocidos. “Son — exclama Monfort — los obreros de las Euménides. Esquilo las ha hecho rugir contra Orestes. El grito de uno de sus coros, *la sangre humana nos sonríe*, es, con su ímpetu trágico, clamor de la eternidad del pasado, repercutiendo en los siglos venideros, como en muros de bronce”. . . Andrea pide le detallen la historia de las custodiantes de la peña. El poeta vuelve á encontrar en los ojos de la mujer sus palabras, reflejadas con intensidad, que añade á su voz calores elocuentes. Después le dice: “No es extraño que Nerón, supersticioso, no quisiese visitar este sitio. Él, sin ser mandado por Apolo, cual Orestes, había matado á su madre.”

En las talladuras del viejo tribunal pueden sentarse. Los asientos tienen algo de la rigidez de los jueces que condenaron á Demóstenes, sin doblarse ante su elocuencia. La roca brilla como símbolo de lo insensible. Y ostenta ruda forma con el gris sangriento de sus protuberancias, mientras desde ella se domina el encanto de la pétreo sensibilidad. Monfort hace notar á su amiga la relación surgiente del peñón ante el Acrópolis, y consuela, del recuerdo de la dura Justicia, contemplar las armonías de la dulce Belleza.

El Partenón se adivina, detrás del Propileo, de blancura sonrosada. El ambiente hace allí voluptuosa su ligera azul caricia. El templo de la Victoria sin alas reluce en un ángulo; y se esculpe, aéreo como leve nube, fijo como cumbre de montaña. No vuela, porque para él el vuelo sería menos elegante que el impulso de sus columnas. Hay un punto invisible en el espacio, adonde se eleva el espíritu de su marmórea armonía. Las alas que faltan á su nombre las tiene en su hermosura; no se ven, porque se las ha plegado un soplo de gracia jónica.

—San Pablo— exclama Monfort— no sintió el encanto de esos templos al hablar á los jueces y á los atenienses congregados en esta roca. Renán ha descrito la escena. Ha dicho la impresión singular que debió de producir en la asamblea cultivada que lo oía: “Con su filosofía profunda, acabando en las creencias más extrañas, y su elocuencia desigual, sembrada de rasgos felices y de caídas desagradables.” Yo admiro ese discurso del Dios Desconocido; y no lamento con el historiador de “Los Orígenes”, la muerte de los ídolos. Al fin, hubiera sido fatigante vivir eternamente condenados al arte perfecto de los griegos. De la oración cristiana ha nacido la cúpula. Bendita sea, porque es hermosa. Con Júpiter, Leonardo hubiera hecho la Leda solamente; con Jesús, ha pintado también la Cena. La variedad es la vida de los espíritus inquietos. Mas ah! lamento la tristeza con que la voz de ese apóstol vino á

cubrir la sonrisa de los mármoles helenos. Jesús dejó una estela de melancolía. San Pablo nos tornó más tristes. La angustia de la Edad Media es nuestra madre; no podemos libertarnos de su aliento. Á los creyentes de mi raza el pecado original los marca con ese sello; y los incrédulos sufren sin saberlo, porque se les fué la nodriza, que en vez de contar un cuento de hadas, canta la canción de lo infinito. Mas dejemos todo eso. ¿Á qué pensar en San Pablo? Si es cierto que en el Ágora palpita su sombra, en cambio, en el Acrópolis planta Minerva su olivo. Neptuno quiso bautizar á la ciudad, y del golpe de su tridente brotó el caballo como un tributo. La diosa, domándolo, hizo nacer de un lanzaso el árbol, y la ciudad lo adoptó, tomando el nombre de Atenas. Y desde aquí se ven en la pendiente de la colina las grutas maravillosas. Úna es la de Pan, con la fuente clepsidra; en ótra Apolo tuvo amores con Creusa, que dió el ser al padre de los jónicos; la de más allá encierra el dón divino. Sobre ellas se eleva el Pandroseion, donde el olivo originario buscaba el aire y la luz, ofreciendo su fruto á los labios y á las lámparas. . . Dejemos á San Pablo y á su discurso sobre el Dios Desconocido. Él lo define diciendo: "Ha puesto en las naciones el instinto de buscar á Dios, para ver si saben encontrarlo." Creamos, sí, que después de acabar el cielo y la tierra, dió efectivamente ese instinto á los griegos, como á nosotros. Creamos que él acepta las religiones, si son bellas; y que se divierte ante las luchas y los esfuerzos de los hombres para combinarlas. Creámonos hoy helenos, á la sombra del olivo de Palas. Un árbol ¿no es la más hermosa imagen de la vida? Produce la flor, esperanza, y el fruto, certeza. Inspira al alma nobles y serenos pensamientos, y al aire suaves y armoniosos murmurios. Siendo columna que atrae el azul con el corte de su silueta, tiene raíces y se hunde en el suelo: lo que para los hombres es sepulcro, para él es cuna. El olivo de la diosa es, en el Acrópolis de dura piedra, la voz de

la naturaleza blanda, y en su inmovilidad, el símbolo de la renovación; tiene en el tronco la experiencia de la vejez, y en las hojas el brillo de la juventud; y representa un arco de verdor que, creciendo, quiere juntar las fecundidades de la nube y las de la tierra, es decir, las de dos sombras, abajo, con misterios, y arriba, con alas. Cerca de la gruta de Pan nutre, para que los ojos contemplen sin desfallecer las hermosuras de los templos, y para que el alma se ennoblezca con sus imágenes: el coro de Sófocles cantando á Edipo las excelencias del Ática, ensalzó, pues, justicieramente al olivo que no brota “ni en la grande isla dórica de Pelops ni en las regiones del Asia.”

Andrea exclama: “Yo he nacido en tierra española. Mi fe es la de San Pablo. Te oigo hablar con temor: me parece que tu escepticismo puede traernos desgracias.” “Perdón, si te he incomodado — responde Monfort — pero la visión del Acrópolis me llena de ventura. Olvido los graves hechos consumados en esta roca y la voz del Apóstol, para mirar como un antiguo griego las grutas y fuentes de la colina. No contemplo tampoco los muros pelásgicos de la fortaleza; ni los ilustres de Temístocles, y recuerdo que siempre encontré tanto misterio en lo visible como en lo invisible. Por eso renazco al contacto de Grecia, y hoy olvido su historia posterior, engolfándome en su alma primitiva. Aquellos hombres encontraban palpables, como en signos externos, las divinidades interiores de las cosas; y así veo yo el mundo, como un niño maravillado. Adoro á las ninfas, personificación de las fuentes; y á las driadas, que son la humedad y las savias de los árboles; y á las náyades, murmurios vivientes de las aguas. Las adoro porque creo en ellas. Porque á la imaginación de la raza helena debe saludársela con las palabras del chantre de *Endimión*, del admirable Keats: *una bella cosa es un gran goce para siempre*. Aun á través de Teócrito y de Ovidio, la múltiple leyenda pierde mucho de su encanto. Mejor es pensar en ella, sin escri-

birla, y evocarla como la luz del sol, que brilla sin voz y canta en silencio. El disparate del río Alfeo, persiguiendo á través del mar á la fuente Aretusa, palpita, refulge y resulta con alas. El hijo de Hermes y de Venus, fundiéndose con Salmacis para formar el Hermafrodita, inmortal en los mármoles de Nápoles, Berlín y el Louvre: Hílas arrebatado al fondo de las aguas por las ninfas, y llamando en vano á su padre Hércules: Biblis llorando á Cono y buscándolo, inconsolable, en las riberas del Janto, hasta que las náyades la truecan en fuente, de donde corren lágrimas inexhaustas, no por insensibles menos hermosas... Todas esas historias tienen realmente la juventud de un mundo, ebrio de luz y de alegría; pues sus tristezas parecen consolarse bajo un cielo transformado en sonrisa. ¿Te acuerdas de la metamorfosis del Eco? Juno condena á la ninfa, irritante, por su sempiterna charlataneria, á repetir solamente el final de lo que oye. Y ésta se enamora de un efebo, hijo del Cefiso, que en otro tiempo desbordándose fecundó á la ninfa Liriopa ó sea una fuente vecina. Eco, pues, se encuentra ante Narciso extraviado en el bosque. Mas ¿cómo decirle su amor si ella por sí sola no puede hablar!... Él, temeroso por la desaparición de sus compañeros, grita: “¿Nadie viene adonde estoy yo?” La ninfa, oculta entre una mata de asfodelos, responde: “Yo”. El joven busca en vano; después exclama: “Ven, juntémonos.”—“Juntémonos”, replica ella, y corre desnuda á sus brazos. Narciso la considera importuna, pues no es de su séquito, se aleja y clama: “Ah! no creas que te amo.” La pobre, avergonzada, huye reproduciendo: “te amo”, casualmente la palabra de su corazón, y más tarde llora en el fondo del bosque. Allí se deja morir de hambre. Los huesos, dibujándosele, rompen al fin su piel, con agudeces de roca. Su voz, que se apresta á resonar con los gritos del valle, hablará por la primera vez, matando al ingrato. Un hechicero había dicho á Cefiso: tu hijo desaparecerá cuando se mire en una

fuelle. Junto á la roca de la Ninfa, un manantial estancado luce purezas que dan á los murmurios diafanidades de cristal. Narciso llega y, al beber con febriles labios, mira en el fondo una cautivadora imagen. Llamándola, se hunde en las transparencias, la persigue, y la ve huir de sus ojos y de sus manos, de su beso y de su espíritu. Entonces exclama desesperado: "Adiós".— "Adiós", responde el eco. Narciso reconoce la voz de la ninfa. Vive, pues, en el fondo del agua, y le hace pagar sus desdenes. Aunque su naturaleza siga siendo humana, ¿no será ahora con proyección divina dón de los dioses, huyente en los reflejos? Piensa y se precipita en la hondura. No halló en la onda su quimera ni salió jamás de sus círculos, pero su último pensamiento dió á su sér nuevo color y tersura, gracia y perfume. Por eso hoy, al borde de las fuentes, se asoma Narciso transformado en flor, inclinándose para mirarse en el espejo... ¿No encuentras encantadoras esas leyendas? Que los griegos me perdonen las variantes mías; no por eso dejo de respetarlos mientras resuenan en mis oídos, cual en maravillosos caracoles, todos los murmurios de sus aguas con historia..."

Andrea dice: "Vibran más en tus labios, porque el prestigio del amor los ilumina..."

— Tú eres — replica Monfort — de otro modo, para mí la roca del Eco. Acabo de ver animadas las grutas hontanales del Acrópolis, porque también sobre tus ojos se inclinó Narciso, buscando en ese reflejo de su belleza, para su alma inmortal, un alma de infinito, no revelada por su armónica tumba."

Después, el poeta se inclina sobre la amada y murmura el saludo de Próspero á su hija, en *La Tempestad* de Shakespeare: "Reposa sobre mi manto; tú eres mi arte!"

XV

Monfort no olvidaba deber una visita al dueño del jardín de las rosas. Fué á verlo, pues, y lo encontró en su tienda de pieles, á la sombra del olivo. Tiresias lo saludó con discreta alegría.

Entablada la conversación, le dijo: “Esta tienda es mi biblioteca. Vivo detrás, en el fondo del jardín, en una gruta. Mi propiedad está limitada al otro lado por el Cefiso. Comprendo vuestros ojos extrañados. ¿Qué queréis? Cuando un hombre llega á viejo, y no tiene ilusiones fuera de su casa, es menester que en ésta haga su gusto. Yo he acabado por no conocer á nadie en la ciudad. No me interesa de mi país sino su gran historia. Me es fácil en la tribuna del Pnik evocar la sombra de Pericles. ¿Para qué meterse, entonces, en los chismes de una capital chica, ó en la caída del ministerio de un dinamarqués, que habla la lengua de los bárbaros, á pesar de ser Rey de Grecia?”

— Cómo! El ministerio ha caído?

— Así me lo ha dicho esta mañana mi carnicero: vuelve al poder Delyannis.

Monfort no pudo menos de sonreirse: metido de lleno en la vida antigua, no sabía nada del acontecimiento en la ciudad que lo hospedaba. Á él, también, Pericles se le antojaba contemporáneo, y el rey Jorge no existir, cual si la Grecia viviente fuera la de los mármoles tronchados.

Pero el mismo sentimiento de parte de un hijo del país era raro: estaba, sin duda, en presencia de un original de espíritu, como lo era sobre su cuerpo moderno aquella zamarra de pastor arcaico.

— ¿Lo que os sirve de mesa es una estela?

— Efectivamente; y sobre ella leo.

— Su genio de la muerte parece un Cupido.

— Lo que no significa que lo sea. Los Cupidos tienen ojos alegres, pensando en lo que van á hacer. Después de lanzar una flecha, se bañan en el Leteo: carecen de memoria; el pasado no les interesa; á la mujer ó al hombre herido lo abandonan á su suerte: herir á otro sér más, les causa fruición intensa. Mi genio, por el contrario, coronado por los asfodelos de las praderas en que vagan las sombras, recuerda con tristeza; y la serenidad de sus ojos sigue el rastro de un alma por la senda etérea de sus lágrimas evaporadas... Se apoya en un pino, porque de este árbol se sacaban las antorchas fúnebres.

Monfort respondió: “Después de mirar ayer el templo de Teseo, que no es un fantasma dórico, sino una realidad presente, y sentir la belleza de sus columnatas y frontones intactos, tan elegante que la recta rígida parece soñar con la flexible curva, visité el cementerio del Cerámico. Creía ir al encuentro de una calle de sarcófagos semejante á la de la Vía Appia de Roma. El único monumento en realidad es el toro que conocéis, no pacífico y dorado, cual para un sacrificio, sino lanzando una cornada inútil al aire ligero. Si al pronto los rimeros de estelas decepcionan, después penetran con singular deleite. Hay un rincón encantador. Se acumulan cortejos de leones sobre fragmentos tumulares y surgen ánforas votivas, que evocan las que canta Eurípides, para la purificación de las manos. Desde allí se ve surgir el Acrópolis. Los muertos que reposan en el recinto vivieron y oraron entre sonos de flautas, ante la nube de incienso que envolvía á la diosa de Fidias: las figuras de las estelas fúnebres parecen bus-

carla aún en el espacio. Yo miraba flotar, envolviendo los templos de arriba y las tumbas de abajo, una finísima lluvia. Era el velo de Palas, trocado en cendal de melancolía, labor de invisibles erreforas, que no pudiéndolo tejer, acababan ellas mismas por deshacerse en visibles lágrimas. ¡Pero cuán dulce ese impotente llanto de la vida ante la disolución de la muerte! Los restos del Partenón no mostraban el abrumante dolor que se viste de hiedra, en una ruina gótica, bajo otros cielos. Reflejaban la sonrisa del mármol sonrosado de los Propileos, donde la llovizna, en vez de apagar, acariciaba con sus murmurios los rayos de sol dormidos en las vetas. Y en las piedras del cementerio, el aire de tristeza comunicábase por el ambiente: no nacía, como una flor fatídica, de sus entrañas. Era un soplo pasajero: no era un estado eterno. Nada de aflictivo florecía, por otra parte, en el reino de la Muerte amable; esta hija de la Noche mitológica era realmente hermana gemela del Sueño. Los bajos relieves, las estelas y los fragmentos de sepulcros, dormían esperando la voz de un Orfeo, para despertarse al són del canto, y realizar lo soñado en esas horas, combinándose en un templo de mármol riente, á la gloria de Psiquis inmortal, que significa alma y mariposa... Veía esposos, en las lápidas, despedirse apacibles, recitando ya un futuro trozo de Cicerón: *la muerte ha sido acordada por los dioses, como una recompensa, á los que aman*. Veía á los criados alcanzando un cofre, con sus utensilios de tocador, á una doncella; y á ésta recibiéndolo tranquila, dispuesta á entrar hermosa en la región de las sombras. ¿No podía, en la aquerónica barca, ser vecina de un mancebo, capaz de unir al rumor de la onda de la Estigia los suaves ritmos de un poema? En otras estelas, damas y caballeros retirábanse del que partía al incierto Ades, levantando noblemente el peplo hasta los rostros. Los genios inclinaban sus antorchas encendidas: algunos acompañantes ponían al muerto el óbolo del

barquero, evocándome las burlas de Luciano: *¿cómo saber qué clase de moneda corre en aquellas regiones?*.. Y no veía en ninguna parte las tinieblas del dolor, ni las violencias fúnebres de la pasión, ni los gestos del espanto. Las figuras murmuraban: la muerte es triste, porque nos separa del placer, pero hemos gozado tanto de la vida, que reposar no es malo. Los espíritus exclamaban: lamentamos, amigos cuerpos, vuestras mansiones; era tan agradable recibir el sol en vuestra compañía! Algunas hermosas imágenes decíanme: brillamos en mármol con un rostro divino, para que no pienses ¡oh pasante! en nuestra carne corruptente. Y todo el cementerio, con su gracia pensativa y su severidad armoniosa, expresaba que vuestros antepasados no han tenido aquel lugar por sitio de lágrimas y angustias. Personificando mi sensación del Cerámico, os diré: es semejante á la de un hombre que medita sobre la muerte lejana de una persona amada: su dolor se ha trocado en melancolía; y viendo dos pájaros picoteándose cerca, en vez de llorar, sonríe, sin que sea enojosa su sonrisa para el que duerme en el sepulcro.”

Tiresias ofreció su vino con resina de abeto, y bebieron. La tarde de aquel día de Febrero se aproximaba: nadie hubiese dicho que la primavera no vertía ya en los aires sus flúidos resurretores. Monfort encendió un cigarrillo *jedivial*; y el griego, imitándole, después de exclamar: “he aquí algo que extrañaría hasta en la Arcadia de Oro”, replicó: — “Tenéis razón en cuanto al cementerio. Comprendo esa sensación. Es menester, sin embargo, no exagerar. En esto, como en tantas cosas, se ha contrahecho la verdad, construyéndose una Grecia falsa. Desde el punto de vista de la literatura, es mejor que sea así, pues así se ha obtenido un resplandor más original y más bello. Pero mirando las cosas desde adentro, la luz del cuadro resulta adulterada. Lo que ha cambiado poco es la naturaleza humana, en sus relaciones con el sufrimiento y el amor, aunque el cristianismo haya modificado las formas, como

no pueden hacerlo los paisajes. Digo esto último recordando á Taine, cuyo libro sobre el arte griego sin duda conocéis. Bastaba, me parece, con el párrafo en que Chateaubriand, ya en sus días, hacia la observación de la influencia de la Grecia física sobre la construcción del Acrópolis. Pero lo otro es una exageración deseada, para probar un sistema, de filosofía del arte, tomado á Michiels, y que Taine hizo suyo con su talento más fuerte. Tanto clima, tanta situación geográfica, tanta deducción matemática, mezcla verdades y sofismas: felizmente, sobre el caparazón del método, está el estilo, es decir, lo que vale y vive... Á mí se me ocurre que el espíritu infiltra todo, y que los hombres, interpretando la naturaleza en sus obras, acaban por corregir á la misma naturaleza. Alguna vez, en Londres, oí decir á Oscar Wilde, que viviendo entre paisajistas, los ojos empiezan á encontrar en los ponientes, en las brumas, en las rocas, en los árboles, efectos antes desconocidos. Aquel maestro de estética tenía razón. Los artistas revelan un mundo. Vuestra Francia luce algo de aristocrático y de más delicado y sensible que los otras países. ¿Por qué? Porque padecemos una alucinación, y desde Watteau á Corot, y desde Corot á Monet, el paisaje ha florecido extraordinariamente y acabamos por ver las cosas con ojos educados. Mas temo apartarme. Quería decir que poetas y escultores, en vez de hacerse siguiendo la topografía y otras peculiaridades del país, dieron á la Grecia un carácter. El aire tiene más ligereza, porque palpita en él el ala de sus ritmos, y los montes son sagrados como sus islas, y nos sonríen, porque cien fábulas nos salen al paso sólo al oír sus nombres, y sabemos que cada una fué fuente de poemas y de estatuas. ¿Acaso el cielo de Nápoles y de otras regiones no es tan bello como el de Grecia? El Atlántico tocando á las Canarias, ¿no es tan riente y azul como el Egeo envolviendo las Cícladas? Pero en el Atlántico no vemos una sirena en cada ola, y la espuma por eso es menos blanca,

y el murmurio menos armonioso. La raza helena poseyó un germen que por el efecto de una aristocracia intelectual, nos hizo tierra de artistas. En la raza sajona hubo un germen de comerciantes. Los griegos también lo fueron, pero eran ante todo amantes de la Belleza, como, á pesar de Byron ó de Rossetti, la Inglaterra es, ante todo, colonizadora. ¿Por qué? Porque en la naturaleza de las razas, como en el origen aislado del hombre, hay un misterio indefinible; el germen, al llegar á cierta época, se transforma en característica triunfal y dominante. ¿Que algunos accidentes exteriores pueden obrar? Desde luego; pero el hombre es más fuerte que ellos, les pasa su alma, y los transforma para la imaginación del futuro. Los griegos nacieron hombres de arte porque sí. Todos sus tiempos mitológicos y heroicos, son un vasto poema maravilloso y épico. Pero no se queda ahí ese estallido de la imaginación, como en otros pueblos, sino que su vida real va á componerse cual una pieza de teatro, modelada casi siempre sobre lo humano que había en las viejas fábulas. Al vivir en la calle parece que lo hicieran pensando en el mundo entero. Todo movimiento se antoja dirigido al público y á la posteridad: la obra tiene casi siempre más de tragedia que de comedia. El Coro es realmente el pueblo, ante el cual los grandes actores trabajan. Pero como la Acción no se manda como el Ensueño, á veces los desenlaces atacan la Virtud y dejan por la fatalidad triunfante el Crimen. El Coro, además, no comenta, actúa. De su intromisión resultan las más grandes sorpresas, y los más imprevistos episodios. Y esos hombres, en la vida real, en la plaza pública, en el campo de batalla, en el lecho familiar, representando un papel de héroe, de varón justo, ó de filósofo, miran la casa, el campo, la plaza, como una decoración de teatro... Me he alejado del punto de partida y os pido perdón: hablábamos del Cerámico y de vuestras impresiones, que yo quisiera no ver generalizadas. Taine ha querido probar, con Grecia, más que nunca su teoría. No

le basta la materialidad de las cosas, y un verso que cita, un hecho que recuerda, son pruebas de tal ó cual aseveración. El talento del escritor envuelve, ciega y, á las veces, arrastra. Hagamos pie. Para él la Grecia es “hermosa región que mueve el alma hacia la alegría é impulsa al hombre á considerar la vida como una fiesta”. La muerte, así, no es más que la melancolía de perder esa luz, y vagar entre pálidas sombras. Yo os invito á leer una inscripción funeraria que dice: “Me llamo Dionisio de Tarso y reposo en estos lugares después de haber cumplido 60 años. Jamás me casé: ah! por qué no plugo á los dioses que mis padres hubiesen hecho lo mismo!” He ahí uno que no debió considerar la vida como una fiesta y á quien hubiese sorprendido la noticia de que en su tiempo todo era júbilo. Abrid el *Alcestes* de Eurípides; el coro exclama ante el palacio de Admeto: “¿Oye alguien los gemidos y los sollozos y el estrépito de las manos anunciando la terminación suprema?” ¿No es eso terminante, y no os parece que la sonrisa en tales casos es una leyenda de la literatura moderna? El mismo Eurípides, queriendo expresar el horror de la Muerte, cuenta que “hasta bebe la sangre de las víctimas inmoladas á la memoria de los difuntos.” Las urnas fúnebres están llenas de parientes lanzando lamentos en torno de los cadáveres; y si las flautas los acompañan, es en realidad, aunque la forma parezca distinta, á semejanza de la música que suena en nuestros funerales. En algunas inscripciones las madres lloran á sus hijos, como aquella de Calleschus: “Parca cruel, ¿por qué llevaste á mi niño? En casa de Proserpina no será sino un chicuelo bullicioso, mientras deja en el hogar dolores inconsolables.” Otras veces, no sólo los deudos, también los amigos se unen al llanto. Así, por una inscripción sobre la encantadora Timas, para quien Himeneo no encendió su antorcha, sabemos que las jóvenes que la amaban sacrificaron las cabelleras en su tumba. Y Hesíodo ¿no dice hablando de la Muerte que aun los

mismos dioses tienen horror á esa hija de la Noche? ¿Podría Taine, con todo su talento, convencer á esos señores, á través del tiempo, de lo contrario? ¿Podría enseñarles que su sol borra la vieja sentencia griega que cita Plinio: “Lo mejor es no nacer, ó morir lo más pronto posible”? ¿Podría hacer que Polignoto pintara su Infierno casi amable, en vez de darle los pavorosos tintes que le dió, al mostrar á Eurynone comiendo cadáveres entre los seres castigados por sus vicios? Y el mismo Virgilio, antes de mostrar á los bienaventurados en los Campos Eliseos, con su bincha de lino niveo, ¿no describió las mansiones tétricas de los tormentos, inspirándose en las antiguas tradiciones?... Pero Renán extrema aún más la nota. El capítulo del *San Pablo*, dedicado á Atenas, es bello como un río transparente que, reflejando las cosas, fecundase él mismo las riberas para tejer á sus aguas un verde límite, donde brille su frescor y cante su armonía. Mas tiene el defecto de querer probar, hasta el exceso, cómo nuestra ciudad era pésima tierra para la semilla del Apóstol. Entonces, llegando á la inexactitud, hace sonreír á los griegos que han sufrido. Enojarse, ¿para qué? Un viajero se cree siempre con derecho á escribir de un país por donde pasa, lo que quiera. ¡Cuántas cosas achacamos á vuestra Francia, que á vosotros os sorprenderán como desconocidas! Renán no sólo se refiere al tiempo antiguo, como Taine, sino á la Atenas de nuestros días. “En este cristianismo oriental, nada de lágrimas, ni plegarias, ni compunción interna. Los entierros son casi alegres...” Ésas son sus palabras. Yo he asistido, sin duda, á más entierros en Grecia que él y sé personalmente lo que se sufre, y se reza, y se llora. Después añade: “El inválido no se abate, ve tranquilamente venir la muerte”... Aquí no más, á un paso, cerca de la estela funeraria de Müller, tenéis el cojo de la angarilla rodante que vive desesperado. Ah! ya en tiempos de Plutarco nuestra raza, calificada hoy de serena por un lado y de ligera por otro en tales cosas, inspiraba al autor de

los paralelos estas líneas: "El alma, en el momento de la muerte, empieza por carreras al azar, como los iniciados en los grandes misterios, y después prosigue con marchas inquietantes á través de las tinieblas; al fin, el temor llega al colmo, y sufre y se estremece, cubierta de sudor frío con espanto." ¿No os parece, señor, que estamos un poco lejos del lenguaje de vuestros escritores?

— Sin duda — respondió Monfort; — pero me imagino no negaréis que el paganismo tenía savias más en contacto con la naturaleza, más alegres, empleemos la palabra, que las nuestras, es decir, las cristianas.

— Naturalmente que no lo niego. El cristianismo nos dió una conciencia más perfecta y, por tanto, más delicada: hay sombras que pueden entenebrecer su cristal, y que entre los griegos hubiesen sido alientos imperceptibles. El gozo hondo y espiritual de los santos y anacoretas no puede ser popular: corresponde á las almas elegidas. En cambio, el gozo del paganismo circulaba por los hombres, como el aire luminoso entre los árboles. "La castidad no está en la naturaleza", lo ha escrito el mismo Renán; y el pecado entristeció al sér con alma, mientras las flores y las aves se amaban libremente bajo la sonrisa del cielo. He querido haceros ver la exageración de cuadros que resultan falsos, por la inmutabilidad del dolor y de la inquietud, en la naturaleza humana. La sensación que relatabais del Cerámico es cierta: el arte griego, de alta serenidad, cubrió la podredumbre de la carne con los mármoles, que dicen á la tierra: sé maternal y piadosa con aquellos que ya no miran el sol reflejado en nuestra blancura. Pero de ahí, á meter el contento en todo, y la gravedad y el dolor en nada, hay abismos. El carácter antiguo de nuestro pueblo residía también en su condición. Puede creerse, evocando las dos grandes ciudades, Esparta y Atenas, que el ilota lacedemonio renace de manera feroz en el obrero del mundo moderno; pero, en cambio, los ciudadanos libres, que formaban el pueblo, no

dan su parecido. Pensad que en Atenas, para citar un solo detalle, toda la población tenía su asiento en el teatro, y no solamente los concurrentes no pagaban, sino que se les distribuía el dinero sobrante de los aliados. Ese pueblo era feliz, algo más que por el júbilo pagano, por su forma de actuar. Conocéis la historia, y no quiero fatigaros. Naturalmente, un pueblo que se divierte, piensa menos en Dios que el que, sufriendo, medita; como ahora en Atenas se piensa más en Él durante la Semana Santa que en Carnestolendas. Pero no por ello puede asegurarse que no se preocuparan del origen y fin de la vida y no les inquietase la muerte, y careciesen en absoluto del sentimiento de lo infinito. Goethe, que conoció á fondo la antigüedad, ha puesto con razón en boca de Helena estas admirables palabras á Pantalís: “El ruin temor no conviene á la hija de Júpiter, y la mano ligera y fugitiva del espanto no la toca; pero el terror que, elevándose del origen de las cosas, se levanta en mil formas, como nubes ardientes del hogar central de la montaña, conmueve hasta el pecho de los héroes”.

“Renán niega todo eso sucintamente en su retrato de Atenas, y Taine con desenvolvimientos; y ninguno de los dos cita los misterios de Eleusis. En lo que omiten está precisamente el mejor argumento en contra del aserto. Allí, ese sueño y esas indagaciones se condensan en la representación de un drama. El pueblo no era admitido, los iniciados perdían la vida si levantaban el velo; esa doctrina, pues, flor de la religión, no pudo cundir. Tan severa fué la consigna, que el mismo Apuleyo, aun en tiempos en que ya Deméter se confundía claramente con la Isis egipcia, no se atrevió á colmar nuestra curiosidad, y si pone un poco en solfa á los sacerdotes, no revela nada. ¿Os acordáis que Lucio, en el *Asno de Oro*, deja de serlo al comer las rosas de la procesión de los Misterios, y hace el voto de ingresar, y efectivamente ingresa, en el culto? Pues bien; lo que él no nos

dice después y aquello por que quisieron condenar á Esquilo, cual si fuese un traidor, hoy se sabe, si no con certeza plena, con aproximaciones evidentes. Es posible pensar que si tal doctrina se hubiera hecho carne en las masas, éstas habrían acentuado su sentimiento de lo infinito, como pasó más tarde. El cristianismo, en efecto, fué el sol, vertió la luz de sus ideas para todos: el rey, el filósofo, el plebeyo, el ignorante, pudieron, con fe, transformarse igualmente en místicos.

“Creuzer, estudiando documentos, ha demostrado que en la concepción nacida de los cantos de Orfeo, padre de esas enseñanzas, modificadas hasta convertirse en culto, las almas existían antes de la vida terrestre. Con sed de existencia individual, cediendo á las tentaciones de abandonar el gran Todo, y, por tanto, á Dionisos, se encarnaban en los hombres para existir por sí mismas. Después de experimentar los dolores y voluptuosidades de la vida, tornaban á ese gran Todo primordial de la luz; pero para ello era menester que, tras de la muerte, sufriesen varias pruebas. Como veis, el círculo se establecía. El mito de Ceres fué el supremo y perfecto símbolo. Hay en la historia de la diosa, Plutón, Proserpina, el mortal Triptolemo y el prometido Iacchus, una doble figuración espiritual y física. Proserpina, robada á Ceres y á su novio por Plutón, va á parar al infierno. La madre recorre el mundo buscándola y llorando. Reina entonces la estación invernal. La diosa enseña á Triptolemo, que buscará á su hija, el secreto de sembrar el grano, y con Proserpina volverá la primavera. El grano de Triptolemo no se pudrirá en la tierra, y transformado en espiga y pan, semejará á las almas que renacen por la muerte. Así, las diversas ideas se sobreponen y se enlazan y Iacchus, hermano y novio ideal de Proserpina, es el símbolo del vino.

Durante los Misterios, el mismo Dionisos se encarnará dos veces, para poder celebrar eternas bodas con la Pri-

mavera de la tierra y de las almas, en el Universo. Los espectadores pasaban en el templo varios días, asistiendo á los diversos actos del gran drama. La sala de los misterios de Eleusis componía un verdadero teatro, y su forma y preparación, llena de recursos, permitía desplegar escenas de magia. Bajaban, en realidad, los iniciados al infierno y vivían entre sus terrores; como realmente asistían al triunfo del alma vuelta al seno de Dionisos, entre figuras radiosas. Platón, Esquilo, Sófocles, Estrabón, Aristóteles, Plutarco, testimonian el más grande respeto por la doctrina que explicaba los orígenes de la vida, la construcción del Universo, y el misterio de la muerte, de acuerdo con un Dios único. Schuré ha hecho una tentativa interesante y hermosa de reconstitución total del drama; si queréis, puedo facilitárosla. ¿Mas cómo reproducir el entusiasmo sagrado de aquellos hombres y la belleza de las canéforas, ejecutando las danzas tras la imagen de Iacchus? Pues aunque el pueblo no penetraba en el templo, la festividad era extraordinaria y la emoción, por lo desconocido, respetuosa y profunda. Imaginaos que hasta treinta mil personas custodiaban al dios llevado de Atenas á Eleusis. Evocad á los iniciados, envueltos en túnicas de albo lino, llevando el tirso de flores y hiedras, y los cabellos perfumantes prendidos con cigarras de oro. Si todo aquello ha pasado, si los dioses han muerto, y con su aliento expiró la gran vida de Grecia, réstanos el consuelo de evocar su realidad como el más bello sueño de nuestra mente de artistas."

— ¿Sois, señor, acaso poeta?

— Lo soy, pero mi voz no se oirá mientras viva. Si visto esta zamarra, cual un pastor de Frigia, es porque me aísla del mundo nuevo, y hasta mis miembros tienen que ser los de un refugiado en los tiempos desvanecidos. Os hablo así, porque sois un pasante, y os puedo dar á leer mi corazón, como los muertos antiguos contaban al viajero de la ruta, su vida, en sus epitafios.

La tarde caía, y en la última luz, las rosas vecinas se acentuaban más, despertando sus perfumes al extinguir su color, para hechizar las sombras. Reinó un silencio tan profundo, que pudo oírse la voz del Cefiso; y su murmurio siguió repitiendo las palabras del anciano. Después, éste volvió á hablar y el río á enmudecer, y el alma de Monfort á estremecerse, como los rosales de la cerca y las hojas del olivo.

— ¿Os acordáis de la fábula de Faetonte? El hijo de Clime ne va ya á conquistar el sol, cuando Apolo lo derriba con su rayo. Cruza por el cielo cual estrella errante, según la imagen de Ovidio, y en la tierra, las ninfas se cortan sobre su tumba las verdes cabelleras. Faetusa, Helíada, Lamprecia, sus hermanas, mueren de dolor y se transforman en árboles: la madre oye los lamentos, quiere separar el cuerpo de los troncos, y las doncellas vierten sangre. Entonces las abandona y la sangre cesa, pero las lágrimas brotan y se vuelven de ámbar. Cicno, rey de Liguria, al saber la suerte de su familia, siendo un gran cantor, no canta en los funerales, y prefiere ahogar la voz en su duelo. Después la cabeza se le hiela, se cubre de canas más blancas que la nieve, la nieve se convierte en pluma, y nace el ave de ensueño. Entonces, con el horror del recuerdo de las llamas, que consumieron á Faetonte, busca la quietud de los estanques, ó el ímpetu de los ríos, pero siempre el frescor de las aguas. La belleza de su antigua voz se envuelve en el sudario hermoso de su blancura. Sobre el infinito de los reflejos, es cofre flotante, con un tesoro preso, y dormido; pero el alma lírica, perdurando, recobrará su antiguo acento, para despedirse del mundo.

He ahí, señor, la historia de Faetonte, sus hermanas, y Cicno. Ya lo veis, de una tentativa de viaje al sol, nació en la tierra un ave de melancolía. A esa historia se parece la de Tiresias, y soy el cisne que acumula cantos en pen-

sativo silencio, para hacerlos resonar en el instante de la muerte.

El poema será el de mis dolores y esperanzas. Tuve una mujer virtuosa y bella y dos hijos, nacidos de ese amor, con gracias que encantaron mi existencia. Vino la guerra turca; los dioses habían decretado nuestro anonadamiento. Enfermo y débil, mis manos no podían manejar el fusil que, para vergüenza nuestra, ha sustituido á la lanza de Aquiles. Llamé á mi hijo, y recitéle aquel canto de Tirteo, cuando Atenas lo mandara á Esparta: "Combatid animosos por vuestra tierra, jóvenes guerreros, y no abandonéis á los viejos soldados, de piernas ya entumecidas." Nuestro adiós fué el último. No pudo, á semejanza de Aristómenes, perseguir al turco, "por los campos de Esteniclaros y hasta por la cumbre del monte". Ah! qué tiempos. Un emperador cristiano que se llama artista, había auxiliado á los fieles de Mahoma, incapaces de esculpir ó pintar. Sabéis el resto. Pero dejemos la política: ya no pertenezco al mundo. El prometido de mi hija Cadmea cayó con mi guerrero, en las primeras filas, tal como se decía en el buen tiempo de Temístocles. Mi mujer murió en la pesadumbre, y la niña se fué tras ella, después de haberse cortado el cabello, cuando empezaba la primavera de los huertos en su corazón. Y bien, señor, soy cristiano. En la sonrisa de mi fe profunda, la Hélade de Orfeo pone su arbol perfumante. Hace un rato evocabais á Cicerón: él lo ha dicho: "la muerte es la vida, porque por ella volvemos á la sociedad de los seres queridos"; el gran hombre pensaba con su corazón de padre. Vos también habéis recordado que Psiquis era entonces alma y mariposa. Y creedme, hoy lo sigue siendo para mí, y de mariposas están llenos mis jardines. Venid.

Monfort, que sentía la emoción de la voz del anciano fundirse en la belleza del crepúsculo, lo siguió por detrás de la tienda: allí se dibujaban un laurel, un rosal y un sicomoro.

— Mirad, señor, ésas son mis tumbas.

Cada árbol tenía en la raíz una fuente de riego: el recinto, sin otra cosa, parecía comprender su soledad, y la tarde, ya casi moribunda, adquirió la expresión de un misterio animado.

El acento de Tiresias volvió á resonar; estaba en la oscuridad, reclinado en la tienda, y de sus labios salía como el canto de la naciente noche.

— He ahí el cementerio de un griego cristiano; confío en la resurrección de la carne. El sicomoro sombrea el sepulcro de mi esposa; el rosal ilumina con su gracia el de mi hija; el laurel glorifica el del guerrero. Nada de lápidas: ellos bastan. Los cultivo en persona; cuido de sus hojas, riego tallo y troncos. Los creo mis muertos mismos, que no pueden hablar, pero que sonríen á la luz y la perfuman. Y entre ellos he compuesto mis cantos; y si buscáis la cristiana cruz, la hallaréis en mi corazón; mientras las mariposas griegas, que son almas, juegan en enjambres sobre las flores y los cuerpos. Y un día Cristo me pondrá junto al espíritu de los míos, repitiendo, en nombre del Amor, el saludo de Dionisos de Eleusis á los portadores del tirso: “Soy la Vida, la Muerte y el Renacimiento: soy quien tiene la Corona de las Alas”

— Y yo — exclamó Monfort—despidiéndome digo: Filopémenes, aquel cuyos funerales narra Plutarco, fué llamado postrer hijo de la Acción en Grecia: vos sois, señor, el último del Ensueño.

XVI

Cuando ya la sombra reinaba, Monfort tornó á Atenas. El recuerdo del cisne evocado por Tiresias volvió á su imaginación. Júpiter enamoró con su forma á Leda; y sus hijos Cástor y Pólux fueron el símbolo de los crepúsculos. Del ave triste del ensueño, cuyo blancor podría ser el júbilo de la belleza, nacieron las misteriosas penumbras que amortajan el día y se multiplican en la noche. Después, estremecido involuntariamente, pensó en la otra visita al Cefiso y al jardín con su amada. Las mariposas que les sonrieron vagando en el río sobre los pétalos, como cortejo de una Afrodita dos veces ideal, eran para el Genio del paraje las de la muerte. Lo llamaba genio, porque el personaje impresionaba con algo de irrealidad, como si fuera, sin ser de carne y hueso, la encarnación de sus mismas ideas. Evocó de seguida al viajero triste y misterioso que, sobre la cubierta del *Scylla*, les hablara como un habitante perpetuo de los mares, engendrado por el claro de luna. Lo vió de nuevo ante las olas fosforescentes de melancolía radiosa, teniendo en la palabra esos rumores desolantes teñidos por la luz pálida. ¿Por qué tales encuentros en medio de la ventura? El frescor nocturno y la tiniebla aumentaban su escalofrío y con placer saludó á la ciudad: allí le esperaba Andrea; algunos faroles prendiéronse, cual flores de luz, y Monfort creyó que despejando inquietudes, se le encendían en el alma.

XVII

Andrea, á la misma hora, apartando la *Odisea* que la aburría, se puso á leer unas notas dejadas por el amante sobre la mesa. Entre ellas había algunas sobre arte. “Plutarco nos habla de la música griega en los templos y en los teatros. Para despertar diferentes emociones se poseían diversos *modos*. Se ha estudiado inútilmente si eran nuestros tonos. En realidad debían de ser otra cosa: la música estaba en su infancia. Esos modos, compuestos casi sin variaciones, quizá un tanto como las imágenes rituales de la pintura de los egipcios, respondían á recetas para despertar ciertos sentimientos. Pero, á pesar de tener el temperamento como limitado por el amor de las formas de la escultura, debían de ser aquellos hombres muy sensibles á los sonidos. Cicerón nos cuenta que en Lacedemonia prohibióse á la juventud oír el género cromático, porque enmuellecía los ánimos. En el templo usábase el modo dorio, lleno de suave majestad, y en el teatro cambiaba según las escenas: el frigio era para los combates, el lidio para los diálogos de amor, el eolio para los festines, y el ortiense, tan vivo y melodioso, que á Arión, según Heródoto, por cantarlo al arrojarse al mar, le salvó un delfín arrobado. Pero cuán lejos estamos aún de nuestro arte! Tuvieron á Fidias y á Apeles, como quien dice á Miguel Ángel ó Rafael, pero Berlioz ó Beethoven hubieran sido, para sus mentes, tan difíciles de imaginar como

Édison. ¿No consideraba Platón el arte de los instrumentos, si no se acompañaba con la palabra, digno de los bárbaros? En el Renacimiento, hijo de Grecia, Leonardo pinta la Gioconda, esculpe á Sforza, delinea la cúpula de Santa María, escribe poemas y representa dramas; pero si canta, no va más allá de inventarse una flauta en la cabeza de un caballo de argento, sin poder concebir las orquestas de Wágner. Á pesar del pujante soplo armonioso del cristianismo en otras épocas, aprovechando de las melopeas antiguas, y de algunas manifestaciones aisladas, la música es, relativamente, moderna. Y cuando á nuestro siglo se le combate por su prosaísmo, si no tuviera la gloria de cien líricos poetas, le bastaría despeñar su sonora avalancha.

“El desenvolvimiento de la Física se ha puesto, en nombre del arte, á favor del alma humana. Y la imaginación, ayudada por los instrumentos, halla en el éter divino una suprema melodía que llena el cielo y envuelve los astros. Nuestros espíritus resumen las ideas y pasiones, dudas y anhelos, dolores y esperanzas de la humanidad pasada; el rumor del tiempo muerto se mezcla al viviente, y todo se agita, evocando los seres, como espumas de olas en mares serenos ó tempestuosos.

“De esa amalgama, en que cientos de existencias estallan en una sola angustiada y anhelante, levántase un perpetuo clamor, que huye de la tierra, y busca la explicación del hombre. Ni filosofías, ni religiones, ni la ciencia, ni las otras artes, satisfacen ese ardor. Escapa del mundo, y la música, si no lo calma eternamente, nos lo hace olvidar por un instante, prestándonos sus alas misteriosas, por misteriosas más próximas al principio de la vida, que parece dilatarse inmortal en sus transportes. Con sus crepúsculos y auroras, melancólicos hasta el llanto, ó gloriosos hasta el júbilo, con sus vaguedades magnificentes, con sus horizontes ilimitados que alumbran astros errantes, convierte el espíritu moderno en cosa

inenarrable, porque expresa la divina aspiración del ensueño. Por ella, Dios flota en nuestras sensaciones, como en las aguas primordiales del caos, que no reconocían principio ni fin, siendo infinitas.”

Dando respuesta á la lectura, en una vecina cámara salía de un violín una gavota de Grieg. Andrea cerró los ojos, viajó en las notas, por un espacio luminoso, y se encontró en Versalles. Evocaba la tarde en que la orquesta de la venta de caridad estremeciera los boscajes de la Reina. Veíase abandonando el Trianón, en busca de Monfort, sin darse cuenta de que el Destino sonaba para ella una hora grave. Todos los acontecimientos posteriores, las amarguras y las luchas, pasaban formando una procesión, en que la pesadilla desagradable se confundía á felices esperanzas y á realidades luminosas. Y su ventura actual la sobrecogía. Monfort, entrando en un período de calma, cual si los malos recuerdos lo abandonasen, la idolatraba sin torturarla. Con un estremecimiento de placer, pensaba en la vuelta á París, y en la inauguración de una nueva vida.

La gavota se había transformado en un andante de Brams. En él vibraba, lamentándose, un dolor desconocido. Del movimiento penetrante levantábase, silenciosa, una mujer de luto: Andrea la vió cruzar engendrada y desvanecida por los acordes, cual en el cortinado la corriente de aire hacía y deshacía un pliegue. Cerró la puerta; las dos ondas se cortaron; en el silencio sintió otra angustia: Monfort tardaba mucho. La tarde moría, y á través de los vidrios parpadeaban estrellas: no se dijo: “brillan sobre la cumbre del Pentélico”; no tenía pensamientos sino para su congoja. El violín no se oía. La imagen de la visión enlutada en las notas había sido tan neta como fugitiva. Quiso reirse, y rió de sí misma, sin convicción; y cuando oyó la voz consabida que hablaba en los corredores, admiró de pronto el cielo de Grecia. Las estrellas caían de un fantástico Cuerno de la Abundancia, que Ve-

nus arrebatada á Urania, para volcárselo en el corazón... Ni el amante, ni la amada, se confiaron su mutua inquietud; pero en silencio se juraron formar, sin separarse nunca, un acorde de sensaciones, y exprimir juntos en todo instante la felicidad, cual si fuese un racimo que los alegres pámpanos solamente se dignaran ofrecer á manos unidas.

XVIII

Llovía sobre la ruta que va de Atenas á Eleusis. Monfort y Andrea se guarecieron en el convento de Dapni, edificado allí desde los primeros siglos de la Iglesia. De una encina colgaba una campana. Al mirarla, pensábase en los primeros cristianos del Ática, de la Laconia, de la Arcadia. Entonces, entre los viejos murmurios de las hojas, los bronces ponían el rumor de sus plegarias nuevas. Y los árboles, llenos aún de prodigios, vibraban, sensibles, como hombres, y bellos, como mujeres. Dreopa, para salvarse de Priapo, se transformó en encina. La vieja Alcmena, sin saberlo, cortándole un gajo, le hizo correr sangre. Los fieles de Cristo, sin creer ya en la fábula, no podían dejar de ser griegos hasta el punto de no sentir en la nobleza del tronco y la hermosura del follaje, el prestigioso encanto de sus poetas. Y el árbol se enriquecía con un sonoro fruto de esperanza y de fe, que llamaba á la oración, no cual puesto por los hombres, sino espontáneo de sus ramas; y las hojas, estremecidas, armonizándose á

los sones en transporte espiritual, lo eran de una torre con alas.

Los amantes penetraron en el templo.

Bizantino, revestido de mosaicos, semejantes á los de Siena, Venecia y Roma, mostraba en la cumbre de la cúpula al Cristo Pantókratos, gigantesco, cubriendo la nave con su sombra. Profetas y mártires custodiaban los muros. El de la izquierda, en la altura, abríase sobre un horizonte desvahado, que resplandeciente, continuaba los mosaicos con su azul porcelana. Veíase también un pedazo de montaña, verde y risueño, por uno de los pétalos huecos del trébol de la bahía. Y hacia esa visión de cielo y monte, sobre el oro interior, dirigíase una virgen. Era de nieve y llevaba en la mano un quinqué de turquesas, y como cayese de nube, que la cúpula interceptaba, tenue lluvia en gasa de luz, parecía subir queriendo encender su lámpara en el mismo sol del espacio.

En un patio interno, Monfort saludó la tumba de un gentilhombre de Francia, duque de Atenas, y cruzado de Cristo. Los lises de aquel de Roche antojábanse desterrados en la tierra de la flor del acanto. Todo el edificio cristiano se erguía como un anacronismo en la ruta de Eleusis. En su torno, vibraban epitalamios de Anacreonte sobre las higueras de Ceres, los laureles de Apolo, los olivos de Minerva, las viñas de Baco. Lo custodiaban bosques de cipreses, alfombras de madroños, matas de jacintos, y la campana de su encina no podía acallar el ditirámico resonante ardor de las cigarras. El templo era, en realidad, vecino de Afrodita, sobre esa Grecia muerta y viviente, embalsamada, después de Adriano, como reina de las tumbas de los Atridas, con todos sus vasos y ánforas, peplos y joyas... En un álamo, al salir del templo, húmedo por la reciente llovizna, los amantes vieron la inútil lucha de una mosca contra una araña.

— He ahí un verdugo — exclamó Monfort — que no observa el respeto de Luciano por el animal *que da al sol re-*

flejos azulados en las alas. Y hace bien. Luciano, que trazó un cuadro afectuoso de la mosca, fué á las riberas del Eridadno á mirar sobre los álamos el llanto de las hermanas de Faetonte. Los bateleros del sitio le respondieron: *Si ese ámbar existiera, ¿crees que por dos óbolos andaríamos llevando barcas contra la corriente, cuando podríamos hacernos ricos recogíendolo?* Los herederos de su ironía, en forma que no tiene, por cierto, su agilidad, son los filólogos revestidos del grave manto científico. En las religiones, dicen, se encuentran las mismas semejanzas que en las lenguas, y por las etimologías deducen que, casi todos los mitos griegos vienen de las religiones arias. Además, tanto aquí como allá, la mitología no es más que un juego de palabras, una especie de gramática con ilustraciones. Y se toma á éstas, y analizándolas, se les quita gracia y belleza al demostrar, siguiendo á Kunhn y á Müller, que tal ó cual fábula nació de que el sustantivo tenía necesidad de calificativos. Después interviene naturalmente un verbo, y la idea del sustantivo adjetivado se llena de movimiento. Así, el rocío, verbigracia, por su nombre y por su aspecto de lágrima, por su belleza transparente y su graciosa frescura, y por los verbos empleados al poner en acción sus atributos, tenía naturalmente que convertirse en protagonista de un mito. Para mí, que no soy filólogo, los dioses, los héroes y sus actos, me resultan al mirar esta Grecia archigriegos, como lo son los frisos de Fidias, aunque antes de él en otros países se esculpiese. Las fábulas, brotando como oraciones gramaticales, me producen placer, sólo si se considera que tenían, por estar más cerca del origen del lenguaje, el resplandor de un nacimiento divino. Pues esas ficciones, por más que á ratos ofrezcan puerilidades, brindan á veces tal encanto imaginativo, tal sonrisa de infancia venturosa, que me dan ideas profundamente espiritualistas, como ser la revelación del lenguaje, por quien, creando todo, es el poeta infinito y absoluto.

— En tanto — exclamó Andrea — la pobre mosca ha sido devorada.

— Como el hombre que discutiendo é investigando estas cosas muere de muerte miserable. . .

— ¿Por qué miserable? Muere precisamente con el objeto de saberlas, aunque ya no pueda volver para revelarlas.

— Yo nací quizá para creer. ¡Qué gran fuerza es la fe! Se va del alma diciéndole: por mí fuiste nido de un águila. El escepticismo no es, al fin, sino pobre insecto que vive del recuerdo de las grandes alas que niega. . . Ah! qué importan las ironías de Luciano y las ótras, si el espíritu, iluminándose, cree que esa araña es la rival de Minerva?

La amada pidió que le contasen la fábula.

“Las telas que Aracnea tejía eran tan célebres, que hasta las ninfas dejaban sus fuentes para verlas. Daba á la púrpura los tintes del arco iris, y las imágenes entre los hilos lucían como reflejos de sol en vapores. Minerva, apareciéndosele transformada en vieja: “Teme á la diosa de los atenienses — le dijo;— su arte es tan perfecto, que sus invisibles dedos guían los cinceles de metopas y frisos en los templos.” La hija de la tierra replicó: “Es más fácil producir el olivo con un golpe de lanza, que imitar mis obras.” Minerva, colérica, adquirió su verdadero aspecto. Aracnea no retiró las palabras imprudentes. La diosa se puso á tejer, y ella tomó también su lanzadera. Recuerdos gloriosos de la disputa con Neptuno, cuando Atenas adoptó su nombre y puso en su rodela una lámpara, nacieron de las divinas manos. Los de la mujer recordaron los amores de los dioses, que aminorándolos con flaquezas, los enaltecían en el dolor ó el gozo humanos. Las ideas chocaban, disputándose, como las lanas y los matices. Minerva, de pronto, miró las imágenes de la red, pescadas en un maravilloso lago de finezas: comprendió la imposibilidad de vencer, y de un golpe desgarró

el encaje. Desesperada, la hilandera colgóse de un olivo, y Palas, piadosa, la sostuvo y gritó: "Vive, lo mereces; pero queda suspendida." Ráfaga prodigiosa conmovió el árbol, y en lugar de la mujer, que muriera bordando, surgió una araña tejiendo. He ahí el encanto de la Grecia: ese insecto repugnante, en la oquedad del álamo, tiene su hermosura; y la imaginación busca en su telar delicado, en vez de una mosca muerta, la fábula viva!"

En la ruta que llevaban veíase un zanjón de tierra amarillenta, semejante al lecho desecado de un torrente cubierto de guijarros oscuros y de fragmentos marmóreos. Era la Vía Sacra, sin resucitar integralmente: los antiguos sepulcros aparecían más pulverizados que los huesos dispersos. El templo de Afrodita, en hacinamiento informe, surgía sobre una roca con los huecos propicios para exponer los exvotos.

Monfort y Andrea descendieron del coche. "No resta nada", dijo ella. Por la expresión de su rostro decepcionado pasó el ala invisible que tantas veces la tocaba, como trayéndole del pensamiento hermosura flúida llena de misterio. El poeta le respondió: "No hay nada, pero que la presencia de nuestro amor sensibilice la ruina muerta. La isla misma de Chipre, con su bosque sagrado intacto y su templo rebotante de incienso, hubiera podido hospedarnos con pompa y alegría. Oh diosa! cantada en los himnos homéricos, Cipris, que *engendraste el dulce fruto de amor en el corazón de los dioses, que sometiste á tu ley la raza de los hombres, y los pájaros que vuelan en los aires, y las fieras que nutre la tierra y los monstruos que oculta el océano*: no me seas hoy adversa. Escalé, es cierto, el Acrópolis prosternándome ante la invisible Palas, cuyos ojos veía sobre el Partenón, y saludando su serenidad inteligente, olvidé otros ojos que reflejan la verde inquietud del mar en que naciste. Perdón, divina Cipris. Ahora te saludo. Has muerto en estas piedras, pero vives en el verdor de los álamos y en la transparencia de los

manantiales. Como el frigio Paris, no quiero los dones épicos de Juno ni la sabiduría de Minerva, y te aclamo potente en tu desnudez soberana. Al mármol que te evoca lo esculpe con gozo mi alma. Tú no me ofreces á Helena tal cual lo hiciste en el célebre juicio: me la has dado antes en Francia, y te entrego la manzana de oro, porque cuando te reflejas en ríos y fuentes, parecen cantar en las aguas los ruiseñores del Ática. Enciendo las lámparas de tu altar con el fuego vivo de mi ardiente corazón, y en cambio, concédeme ¡oh diosa! una feliz existencia con quien puso en mis pensares la alegría de tu espuma, el aroma de tu incienso y el esplendor de tu cabellera." Así diría — continuó Monfort — de vivir cuando sus amores con Anquises, al enriquecer con mi ofrenda el tesoro de su templo. Pero nada queda de todo aquello, y sólo tú, mi divina, alientas en el paisaje, y pones en mi alma, más que Venus en el rumor de las fuentes, el gorgear de los ruiseñores del Ática.

Y los amantes, riendo venturosos, al fundir sus vidas y al mezclar sus pensamientos, se emboscaron entre enormes peñas. La vasta roca tenía aspecto purpúreo y el fulgor de un sol poniente; después, placas bituminosas se confundían á rastros de azufre, mientras ruda vegetación enmarañábase, y más que brotar, parecía hundirse, desgarrando los bloques. La serie de monstruos calcáreos concluía en un monte semejante á un topacio sin luz, y al frente elevábase ótro, cual de piedra pómez. Allí la tradición coloca sobre un sotabanco natural el trono de Jerjes. Engañado por un aviso de Temístocles, creyó sorprender á la escuadra ateniense. Y desde el trono contempló en realidad su ruina. Sus barcos, más que por las galeas rápidas de los helenos, se antojaban destrozados por las fantásticas islas rocallosas del Ponto Euxino. Atenas salió del combate con los brazos necesarios para poner ante su genio un escudo de fuerza y de gloria.

Monfort tendió aún los ojos: las dos montañas abriense,

respectivamente, sobre el estrecho de Salamina y el golfo de Eleusis. Suavizábase el agrio desorden peñascal, sucesor de los amenos oquedales de olivos, laureles y cipreses. El mar resplandecía, con lapislázuli profundo en la isla, y con riente esmeralda en la península, y los agresivos bermellones de los montes, las amarillentas vetas, y las protuberancias, perdían sus formas abruptas y dulcificaban sus tintas, rematando en verdes bosques, que iban á bañarse en las olas.

Al volver á la ruta, aparecieron los lagos sagrados de Rhiti. El canal Eubeo los surtía. Sus aguas purificaban á los iniciados aspirantes, y ya en ellos, nacían espirituales flores, hermanas de las que ornaban las hiedras de los tirsos. Los sacerdotes de Eleusis poseían también el derecho de pescar allí; y Proserpina y Ceres velaban sobre las redes, cual si fueran los peces, primaverales frutos.

El cielo volvía á ponerse opaco. Las lagunas, entre las armonías coloreadas de los montes, lucían sobre placas esmeráldicas, irisaciones violetas, flotantes cual nenúfares. Andrea exclamó melancólicamente: “Admirables paisajes, que os grabáis en los ojos, mañana seréis vagos cuadros en la memoria.” Nuevos olivos construían los escaques de un tablero y las vides, renovándose, anunciaban el templo de quien enseñó á cultivar la madre nutritiva. De los Propileos sólo resta el pavimento y un medallón de Adriano, que veneró los Misterios é hizo agrandar el santuario. Los primitivos muros pelásgicos y los del tiempo de Pericles cercan aún la inmensa ruina. En la sala de las Iniciaciones, regueros de capiteles señalan las bases de las columnas, y frisos rotos, y metopas deshechas, con aspecto de no haber caído lentamente al golpe del tiempo, sino de haberse derrumbado en un cataclismo. Monfort apenas pudo darse cuenta del salón de las operaciones mágicas. Allí se conocían las escenas del infierno, y se cruzaba por venturosos campos, cuyos aires

y nubes transparentes, eran fértiles en figuras radiosas. El poeta recordó la frase de Platón: "el espectáculo es sólo comparable al que deben gozar los bienaventurados después de la muerte". El sol, metiéndose hasta en los más recónditos intersticios de la piedra, ha arrebatado con el viento del mar todo recuerdo de aparición, penumbra y poesía. Pero en la tarde, de cariz lluvioso, las moles, al reflejar la tristeza del aire, tenían en esa sombra el noble sello del esplendor desvanecido. Una cariátide sobreviviente entre los escombros, olreciendo á la lluvia el canastillo de flores de su cabeza, decía que, por su hermosura, el espíritu del templo no había muerto.

Los amantes entraron al museo de la roca del Acrópolis. Bajos relieves con la historia de Ceres, Plutón y Proserpina, se mezclaban á vasos reconstituídos, en cuyo color verdoso era imposible hallar el rastro de los sagrados perfumes, pero en cuyas luces flotaba la sonrisa de las antiguas leyendas. Monfort pudo ver también un mármol de Adriano, enfrente de ótro del tiempo de Fidias; el de Roma, con la túnica terciada sobre el pecho; el de Grecia, con ella cadente en recta cascada de armonía. La imagen romana apareciósele á Monfort como el *embonpoint* de la gracia griega. Sí! la cariátide de la ruina hablaba bien: su arte, el mismo de los bajos relieves de Ceres y Plutón, era una forma inmortal de los Misterios, pues hacía posible con su belleza hasta la creencia en los absurdos.

Al salir á la eminencia del Acrópolis, los amantes se detuvieron. Querían abarcar una vez más el paisaje, antes de darle su adiós. Dominaban la bahía, y la isla ilustre, y el Citerón y el Parnaso, que, con un vivo reflejo de luz, cantaba los versos de la *Antígona* de Sófocles: "Eres tú, Baco, rey de los valles de Eleusis, quien enciendes sobre la roca de doble cima la llama brillante, que ven las ninfas de Corico y la fuente Castalia." Sobre montes, vegetaciones y aguas, moría la tarde. En el aire, tenue gasa, hecha del dejo de las lloviznas, bajo las nubes aún hú-

nedas, flotaba adormeciéndose, y en vez de gotas, dejaba caer la serenidad de su silencio. Las ruinas amontonábanse dos veces misteriosas, por la impresión pensativa del ambiente, y por el recuerdo de sus hombres que investigaron el enigma eterno. Todo el paisaje sentía ya el aliento de la noche cercana, y los matices de sus contornos se pagaban sutilmente visibles, como perfumes que al exhalar brillasen.

Andrea dijo: “Mira, en algunas cimas un humo blanco; ni baja, ni sube, flota; quizá en él se refugian los espíritus escapados de los mármoles, y es ése el incienso de sus ceremonias”.

Los vapores aumentaban siempre, ligando las nubes á las cimas, y entre ellas emergía una cumbre, con forma de sarcófago salvaje.

— Pienso — respondió Monfort señalándola — en la hija de Tántalo, que sobre los montes de Lidia sintió en el orno de su cuerpo, piedra, que creciendo la ceñía como la vid al olmo. Después, cubierta de nieve, mezcló con ese llanto frío y goteante, sus lágrimas de dolor sin esperanza. Y esa virgen se me antoja la imagen de la gloria de este pueblo, convertida para siempre en mármol, bajo sus nubes inquietas, su azul lleno de sonrisas y sus estrellas de oro... Pienso también en una nave acercándose á la isla, con la sombra de Ulises errante, renacido en el animador crepúsculo de esas costas y estas montañas. Reconoce contornos, pero no oye los viejos nombres; quizá los habitantes los ignoran; Salamina se llama Kuluri, y los vientos no se quejan de los caprichos de Neptuno, que ya no puede con su tridente abrir abismos en los peñascos. Y sin encontrar las tumbas de huesos preciosos á su amor, vuelve á los mares, deseando morir en playa que le sea más indiferente y menos dolorosa. He ahí lo que sueño en la tristeza de esta tarde sin sol, á través de nieblas que resucitan á su modo los misterios de Eleusis.

— Pero piensa que mañana — repuso la mujer — no quedará ni el rastro de las lluvias; y la aurora nacerá en el mar, joven siempre, como si de esa cuna saliese á reinar en el mundo.

— Es cierto. Todo se renueva. Hay quien desprecia los mitos griegos, porque no forman una religión ordenada. Por eso los profesores, Mahaffy, por ejemplo, ó los helenos, como Tiresias, se refugian en Eleusis, alabando una metafísica verdadera. Yo exalto los Misterios, no por su gravedad teogónica, sino por su belleza, y adoro las fábulas por su disparatada alegría. Tienes razón; el mar obscurecido brillará mañana. ¿Por qué no creer en la resurrección del toro Zeus? ¿Y por qué no verle nadando hacia Creta, con Europa, que recoge los pliegues de su vestido para no mojarse, sentada en la grupa de niveo resplandor? Oye las conchas resonantes de los tritones; el tumulto estremece los abismos, y las nereidas responden con flautas de cristal en sus grutas de corales. Mira cómo el manto de Europa acoge el viento suave que Neptuno manda, y se convierte en vela, y suspende á la doncella, y ayuda el arribo del animal sagrado á la isla donde las Horas aderezan el lecho nupcial, con flores entre mirtos. Sí! todo se renueva, mientras el hombre efímero pasa; mas la imaginación se reencarna, y el principio de luz perdura. Amémonos en su nombre, por el miraje de su absoluta ilusión: si los cuerpos caen destruidos, como los templos de Eleusis, las almas libres saludan á Proserpina en sus bodas inefables con la inmortal Primavera!

XIX

Sobre el Pnyx, Monfort y Andrea, que se habían dado cita con Tiresias, inspeccionaban las depresiones y cortaduras correspondientes á los antiguos asientos de las asambleas públicas. Y en torno, ni un hombre, ni un animal; y en la pequeña colina, ni vegetaciones espontáneas entre las piedras. Á la voz de los visitantes, respondía el silencio del campo y de las ruinas próximas. Cerca se erguía la peña de las Ninfas, donde las mujeres estériles se deslizaban por la pendiente, con la ilusión de volverse fecundas. Más allá, la boca de una tumba, llamada la de Cimón; y cerca, un calabozo, creído sin razones el de Sócrates; y como monumento auténtico, el sepulcro de Filopapos, que no era griego, sino asirio. Mudos los amantes, en medio de aquel silencio, solemnizado al parecer por el de las muertas multitudes, vieron llegar á Tiresias con su gran bastón y su eterna zamarra de carnero. Monfort, acordándose de los *Acarnienses* de Aristófanes, creyó que, cual Diceópolis, iba á exclamar: “Soy el primero en acudir á la asamblea y tomo en ella asiento, y al verme solo, bostezo, escribo con el bastón en la arena, y mirando el campo, echo de menos mi aldea.” El griego llegó, y el poeta le dijo su reciente sensación. “Sí — respondió él, — pero el Heraldo no nos gritará: *adelante, entrad al recinto purificado*; hace tiempo, en efecto, que las lluvias

borraron las gotas de sangre de cerdo que, en honor de Ceres, consagraban los bancos de los Pritaneos.”

— Y tampoco — continuó Monfort — podría el aburrido mirar desde acá á los ciudadanos charlando en el Ágora hasta el momento de huir de la cuerda roja.

— ¿Qué era la cuerda roja? — preguntó Andrea.

— Una cuerda mojada en carmín, que los arqueros tendían y adelantaban á lo largo del mercado, después de cerrar las calles y dejar abierta solamente la que conducía al Pnyx. El ciudadano tocado, cosa fácil de ver en la ropa, pagaba un trióbolo de multa. Así, se atacaba por el bolsillo á aquellos impenitentes charlatanes. Los griegos amaban de modo tal la palabra, que parece cuento de almanaque, esto, que es verdad: los médicos llevaban á veces un orador encargado de inducir al paciente á tomar las drogas... Por algo Sófocles puso en boca de Edipo: *Eres habilísimo hablador, pero es difícil que sea justo, hombre que saca de toda materia un bello discurso.* La frase, dirigida á Creón, podría referirse á todo el pueblo de Atenas.

— No sois amable con vuestros antepasados.

— Os equivocáis, los admiro. Dentro de nuestra impura arcilla realizaron un buen tipo. Es fácil olvidar los errores del pueblo griego cuando se piensa en algunos de sus hombres, tan grandes, que los grandes de hoy parecen pequeños. En cuanto á los turistas y naturales del país, me producen no pocas veces, entre los mármoles antiguos, el efecto de gusanos de la descomposición de las ruinas. Después del helénico, hubo otro gran período: el de los místicos, santos, y mártires. Más tarde el mundo decae; y el mejor traje, en medio de las elegancias modernas, es una piel de carnero, que nos pone más en contacto con la primitiva naturaleza.

El discurso era dirigido á Andrea, que había hecho la observación; pero Monfort intervino, diciendo:

— Entre esas ruinas, algunas, como las del templo de Teseo, tienen una dignidad incomparable, y murmuran:

“ Hemos muerto, el alma de nuestros dioses se ha ido al cielo azul, mas aún estamos de pie para enseñar en qué cuerpos de gloria vivieron.” En cambio, las que se refieren exclusivamente á los hombres, producen una impresión penosa. Si Diceópolis resucitara en verdad, cansaría de esperar á los Pritaneos y á los ciudadanos, y extrañado de no ver el Ágora, se iría á buscarlo. ¡Triste espectáculo! Ni rastro del templo de Apolo, ni del Pecile, ni de los amables frescos de Polignoto, ni de los cuadros heroicos de Panemo. De las estatuas de Aristogitón y Harmodio, y de las de los Epónimos, le costaría encontrar hasta el emplazamiento. Él nos explicaría que las figuras mutiladas de los Gigantes nada tienen de común con ellos, y que, por lo tanto, Ross se equivoca. Viendo después, tras del pórtico de Atala, en gruta cubierta por mastranzos y mejoranas, rimeros de flores corintias, restos de columnas jónicas, amontonados como cráneos y huesos de destruidos cuerpos, quizá sintiera en el corazón un enternecimiento, y en los ojos dos largas lágrimas. ¿Por qué no? La visión de esos restos de hermosura soberana, le hablaría hasta del miserable tiempo que él alcanzó, descrito por Tucídides, como si no hubiese sido tan malo. El recuerdo, á través de una vida de hombre, se hermosea: imaginaos lo que sería á través de varios siglos... En seguida; la desolación de las calles, con sus casuchones rojizos que cubren los despojos del Ágora, con sus cuatro columnas derribadas sobre charcos que reemplazan el pavimento del Himeto, mientras la ropa sucia cuelga de los árboles secos; todo le haría no querer ya la paz de su aldea, sino el sueño absoluto del sepulcro. Sí! No podría ni tan siquiera complacerse curiosamente en los bulevares de la nueva Atenas. ¡Y qué mucho! si nosotros mismos buscamos, sin desear otra cosa, hasta la más mínima sombra de aquel pueblo que Cicerón cantó á su manera, diciendo: “Recordad, Quinto, que mandáis á griegos que han civilizado á los pueblos, enseñándoles la humanidad y la dulzura.”

Tiresias hizo con su bastón un movimiento que le era familiar y que evocaba, al responder, la mano de los filósofos levantándose en las escenas del Liceo ó entre los olmos del jardín de Academo.

— Dos ciudades fueron, sobre todo, ilustres: Atenas y Esparta; la una jónica, la ótra doria; la primera más grande por su civilización que la segunda, pero ambas enseñaron lo contrario de la dulzura y la humanidad. Los atenienses amaban los discursos, eran charlatanes, y siguiendo la sentencia que os recordé de Sófoeles, resultaban injustos: los espartanos, silenciosos, lacónicos (usemos la expresión que su característica ha hecho universal), no eran por emplear pocas palabras menos injustos y menos violentos. Así, presentando diferencias, se acercan en los defectos. Los atenienses veneraban las bellas artes; los espartanos nó, siguiendo sus leyes; sin embargo, ambos poseían el mismo sentimiento de la teatralidad. Es decir, teatralidad en fôrma de publicidad, por la que tenían frenesí, apartándose de la modestia; la virtud no fué para ellos flor que debe cultivarse en silencio. Leed el Paso de las Termópilas. Las frases, gestos y hechos de los espartanos completan el argumento de la tragedia que el Destino fragua entre la decoración de los peñascos. Y sin embargo, ellos no son los padres de Esquilo ó Sófoeles. Imaginaos los ótros. Todos los griegos son mentirosos, dispuestos á llorar como á reír, amigos de mofarse de lo cómico de la vida, como fáciles de emocionarse por lo grave: presentan continuamente vivas contradicciones que derrotan al que desea definir sus caracteres. Los jonios gozan fama de cobardes, y no hay, á sus horas, ciudades más valientes que Mileto y Atenas. Comprenden en qué consiste el drama del valor, y sintiendo los ojos del público, lo representan con brío, buscando el aplauso. El afán de la publicidad, pues, y ese amor á la escena compuesta, lo tienen todas las tribus. Pero, en fin, me aparto: hablábamos de dulzura.

“ El pueblo es feroz bajo las dos clases de gobierno. En Esparta domina la aristocracia; en Atenas, la democracia; y ambas son igualmente detestables. Tan sólo los grandes hombres salvan el honor; y como en Atenas, por un fenómeno extraordinario, estos hombres se multiplican, la ciudad llega á dominar el mundo con su espíritu. La legislación de Esparta no puede ser más inhumana. El gobierno, con cláusulas de hierro, regula todo, igualándolo, por ejemplo, hasta los caracteres, á semejanza de las comidas. La crueldad en la educación de los niños raya en lo increíble: el robo era una virtud, que se les enseñaba con ahinco, y al que se dejaba sorprender lo molían á palos frente al altar de Artemis. Conocéis la organización de los soldados. No ignoráis la conducta de ese pueblo fuera de sus límites. Traicionaron á sus aliados; y se vendieron á los persas. La gratitud fué entre ellos un ridículo nombre de espuma, y parecían ignorar los deberes del honor. Saquearon sin remordimiento, y crueles y pérfidos, quisieron esclavizar á quienes les defendieran con su sangre. ¿No creéis que este pueblo, regido por una aristocracia, no estuvo en condición de enseñar la dulzura á nadie? Tomad al ótro, al demócrata. Ejerció su crueldad contra sus mismos grandes hombres, porque tenía un poder de que Esparta careciera. Deportaron á Aristides, que llamaban el Justo, por consejo de Temístocles; y con el pretexto de las rapiñas de éste, lo expatriaron á su vez, aclamando á Aristides. Si Temístocles no muere á tiempo, hubiesen, probablemente, repetido el acto. Atenas era una Manón Lescaut de crueles nervios y caprichos funestos, que cambiaba todos los días de amante. Al héroe de Maratón, después de la derrota de Paros, lo acusaron como traidor, y la leyenda cuenta su muerte desesperada. Naturalmente que al cadáver se le hicieron grandes honores. El niño pérfido sentía una singular voluptuosidad en llorar sobre los juguetes rotos. La injusticia con Milciades se reprodujo en su hijo. Cimón había fortificado á Atenas y

constituido la confederación griega sobre nuevas bases de gran político; sus triunfos en Eión de Tracia y en Sciros, lo hicieron digno de reimpatriar los restos de Teseo, y todo lo olvidaron. Bastó que en Esparta se recibiera mal á diputados enviados por su consejo, para que, sin consideraciones, le desterrasen. A Pericles lo combatieron, porque hermo­seaba la ciudad á costa del erario público. “Lo haré con mi dinero — exclamó el tribuno; pero será justo que los monumentos ostenten mi nombre.” “Seguid, gastando, que hacéis bien” — le respondieron. No era, pues, lo sentido el amor puro del arte (amor que no cupo nunca ni en democracias ni en aristocracias, y si solamente en la aristocracia que forman los artistas), sino vanidad semejante á la de las modernas burguesías. ¿Quién, teniendo dinero, no compra un cuadro para hacer admirar su salón, aunque no lo comprenda, y el gasto le duela en el alma?... Así, volviendo al tema, no sabemos aún bien si Esquilo, por libertarse de las injusticias de sus compatriotas, se refugió en Sicilia, y si Fidias murió en la tortura en Elis, después de ser desterrado. Pero sabemos perfectamente, que al escultor lo acusaron por robo en la erección de la Minerva, y que tuvo que justificarse, malgastando su tiempo en vencer la calumnia. Y no ignoramos que Eurípides, huyendo de los viles tratos de un público, al cual en sus piezas infundiera, sobre todo, el sentimiento de la piedad, se refugió en la corte de Arquelao. Antes de ser allí devorado por los perros, lo había sido moralmente por su pueblo.

Sócrates feneció miserablemente. ¿Á qué recordar los últimos momentos del ciudadano que salvara á Jenofonte y á Alcibiades, del luchador de Anfípolis, Delión y Potidea, del hombre que sacrificó su existencia al amor de la sabiduría? Y entregaron á Demóstenes en cuanto lo reclamó Antipáter, pero en cuanto murió, también escribieron en su estatua: “Si tu poder hubiese igualado á tu genio, “jamás los griegos hubieran obedecido á la espada de Ma-

“cedonia”. Arrepentimiento tan curioso no les dura: la escena se renovará con un nuevo protagonista, y aquí la ingratitud se convierte en apoteosis de la canallería. Foción, azote de Macedonia en Tracia y en Eubea, cuya vida ofrecía la unidad de una estatua, teniendo en su carácter las virtudes de una espada y las bellezas de un himno, fué condenado á muerte á los 80 años, porque así lo pidió Polispercón, regente del reino. Y se celebraban, entonces, las fiestas de Júpiter. Las procesiones pasaban por la cárcel y los caballeros se quitaban las flores de sus coronas, sin que ninguno derribase las puertas con ánimo de salvar al anciano. Dióse la orden de sacar su cuerpo del Ática. Los elementos de drama y poema se mezclan en todo: Conopión lo quemó más allá de Eleusis, con fuego de Megara, puesto que los atenienses habían prohibido las exequias. Una mujer recoge piadosamente las cenizas. “Hogar mío — exclama — guarda los restos de un hombre “ virtuoso, hasta que Atenas recobre la razón.” Y un día la recobra, en efecto, puede ser que para darse el gusto de una nueva crueldad, matando al acusador de Foción, sin pensar que ella fué el verdadero verdugo, y también por distraerse con la pompa de magníficos funerales. En fin, ¿á qué seguir? Atenas condenó á poblaciones en masa; Mitelene fué pasada á degüello. El demagogo Cleón, que la mandaba entonces, era más digno de la ciudad que Pericles. Y este mismo pueblo, que se antoja educado, por Sófocles y todos sus poetas, ¿no acude en el ilustre teatro de Baco á los juegos feroces del circo, traídos desde Roma, con más placer que á las tragedias y poemas olvidados en un día? Ah! creedme: ni Esparta, ni Atenas enseñaron la dulzura. Las pasiones fueron, igualmente, violentas y salvajes; y si Atenas perdura sobre su rival, es por el recuerdo de sus grandes hombres. En Esparta, dejad á un lado á Brasidas, Gilipo, Lisandro, Agesilao, y no hallaréis qué oponer á una verdadera procesión, más inmortal que la marmórea de Fidias, donde los seres vivos son maes-

tros del mundo, con relieves de divina elegancia. ¿Á qué se debe el fenómeno de esa explosión de estrellas en menos de doscientos años, en pueblo que resulta como todos los pueblos, y en épocas en que no había una educación tan colectiva y universal como la nuestra? Vos me podéis decir: pueblo que produjo esos hombres, fué un gran pueblo. Yo puedo responderos: ese pueblo parece producirlos contra su voluntad.

“ Y ved que no me hago ilusiones. Aun hoy, á pesar de nuestra civilización, si se rasca al populacho surge la fiera. Nosotros mismos, hombres cultivados, bajo la acción de ciertos instintos, ¿no sentimos rugir en nuestro fondo al hombre primitivo? Pero, olvidando ciertas turbulencias colectivas, no se puede negar que varios siglos de cristianismo y de inculcación de ideas morales, han levantado el espíritu sobre muchas fuerzas salvajes. Si no temiese que mi simple lenguaje os haga reír, diría: en la mente de la Providencia que gobierna al mundo, los hombres del paganismo heleno son inconscientemente el principio de los cristianos. Ellos glorifican la belleza de un precepto que después, enaltecido, va á gobernar: la lucha del espíritu contra la materia. La alegoría que ofrece Platón en el *Fedro*, del alma como un carro tirado en sentido inverso por dos caballos: úno hirsuto y malévolo, enemigo de la serenidad; ótro amante de la sofrosina; y el auriga tratando de vencer á aquél para encaminar el alma al cielo, — se puede aplicar á los grandes hombres. Quisieron redimir la bestia humana y purificar las pasiones. Ya os dije que su teatralidad, á veces, me irrita; pero no se puede negar que para permitirse ciertos gestos es menester albergar ciertas virtudes. Ved lo que los políticos nombrados hacen delante del pueblo que injustamente los rechaza. Aristides olvida su resentimiento, y vuela á combatir la asamblea, al lado de Temistocles, cuando Salamina; Milcíades perdona noblemente; Cimón corre á luchar contra los beocios por el pueblo que lo

maltrató, y si éste, con incomprensible rigor, lo rechaza, él deja su armadura á los amigos, grande cual un héroe de Homero; Temístocles se suicida antes que ayudar á los persas, entre los cuales se refugiara desterrado. Para abreviar y en otro orden: Sócrates no acepta la huída que le ofrece Critón, y porque su condena es legal, obedece á la ley de su patria; Foción hace pagar al verdugo los doce dracmas de la cicuta, y dice irónicamente: *Dadle el dinero que pide, ya que no es posible morir gratis en Atenas.* ¿No sentís á todos estos hombres, dominando la cólera, los resentimientos, el instinto de conservación, levantarse hacia un alto punto de perfeccionamiento? ¿No son por ahí cristianos? Se mira á menudo el paganismo griego como un desborde de fuerzas físicas, armonizadas en honor de la hermosura. Ver sólo eso es un error. Lo que hicieron fué unir la bondad á la idea de belleza. Para que un caballero fuera completo, no le bastaba ser honrado; tenía que ser bien hecho. Le llamaban entonces, “*Καλνα γαθος*”, vale decir, hermoso y bueno, ó sea la perfección. Saludemos ese detalle como nota reveladora de una casta. Por otra parte, muestra al principio intelectual vivificando el contorno físico. Y la definición de esos hombres está en la persecución de un tipo ideal, aun á costa de la vida, sin tener en cuenta las sensualidades que caracterizan al paganismo greco-romano. No hablo sino de Atenas. Y en Atenas, no del pueblo griego, sino de una especie de hombres, conductores y artistas, que casi siempre lucharon con ese pueblo, tan antiestético como cualquier ótro, y tan perverso como lo acabáis de oír; hablo de hombres que son las aves del paraíso de la India, lo que no significa la supresión de los buhos y cuervos del mismo clima. Hablo así de mi patria. Su reino, á pesar de la opinión de muchos, fué el del alma. Su religión no es una antítesis brutal del cristianismo; al contrario, la concepción de Atenea tiene como un rayo de la Revelación. Si ésta no es plena, si es quizá un vestigio del Oriente, y si

no estalla en lumbre radiosa anunciando al Cristo, no es menos cierto que los hijos de Palas fueron dignos de Dios, por el amor de la virtud y de la belleza. Yo los admiro y los venero. Mi lámpara la hallé entre los vasos y joyas de sus sepulcros, y en su llama de aceite de Getsemaní, brilla el rastro de los olivos de Minerva. Los paganos no pueden entrar al cielo. Virgilio se despidió de Dante á la vista de Beatriz, pero á propósito de los míos de Atenas, San Pedro recordará á los poetas de Platón, poniéndoles en el dintel del reino, después de coronarlos...

Y así diciendo, Tiresias señaló la colina del Acrópolis; y el entusiasmo de los viejos griegos, aquel que significaba la presencia del Dios en el sér, resplandecía en sus ojos con un dejo de ternura!

XX

Tiresias y Monfort subieron al museo del Acrópolis; Andrea, cansada, prefirió volverse al hotel en el coche.

—En esos bajos relieves podéis estudiar dos cosas: las danzas pírricas, y la colocación de los remeros en un trirreme. Además, el mármol mismo es tan bello que resplandece casi transparente. ¿No es verdad que á las canteras del Pentélico debió construirlas el mismo Apolo? ¿No es cierto que se antojan transformadas en figuras por el arpa de Anfión, tal como se levantaron los muros de Tebas? Sin duda. Reemplazando las músicas del semi-dios, los escultores nos dejaron incomparables armonías de actitudes en el silencio de los mármoles. No ignoro que me entendéis, pues sois de los que saben oír con los ojos.

Monfort, después de agradecer la atención, añadió: “El otro día, más allá de esa Torre de los Vientos, cuadrante solar de Atenas en sus tiempos de gloria, buscando las ruinas del Gimnasio de Diógenes, dí con un patio que es taller de escultura al aire libre. Hay allí cuatro paredes ruinosas, que parecen oír los cantos consolantes de algunos pájaros, y soñar y cubrirse de enredaderas, expresiones vivas de su meditación de ensueño. Encontrar tales rincones, como cuando hallé vuestro jardín, es uno de mis placeres en Atenas... En el centro había una figura informe de yeso y un trozo del Pentélico. Mármol de nieve alabastrina, con pudores de luz rósea que no

siendo aún nada, se circundaba de atmósfera en que se sentía el milagro de la gestación palpitante. Y resplandecía tan blanco al sol, que simulaba una nube impoluta hecha bloque. De él, pensé: puede salir una Venus; y vi emerger la imagen. El trozo, siendo la ola de la leyenda, no había perdido el recuerdo de su origen: la materia hacía con la reminiscencia de la nube el alma de la diosa. Por eso, cuando el viento le dijo: mi acento te canta y mi soplo te besa, guardó silencio; y cuando la ola murmuró: arrójate en mi seno y pondrán mis espumas en tus cabellos perlas de gloria y lágrimas de gozo, pareció no oír nada. Soñando siempre con su cuna, la evocaba, y la aurora se infiltró en su carne que se volvió de luz, haciéndose aérea y más fina que el vapor prístino... Mi visión pasó: tal estatua es imposible, pero la hermosura translúcida del mármol, era fuente que la inspiraba. Si los bloques blancos del Pentélico, en concierto con las montañas de Grecia, originan estos sueños, ¿cuáles serán los de los negros de Eleusis al contacto de la noche?"

— Mis abuelos responderían: preguntadlo á los filósofos y poetas. Ellos se han combinado para cubrir la realidad con velo ideal, ó desentrañarle la ilusión convertida en belleza. Y han influido sobre la escultura, de modo que, cual vos lo notabais en el Cerámico, las muecas del dolor y las podredumbres de la carne, es decir, tristeza y fealdad, no aparecen, disimuladas por resignación melancólica. Mirad á vuestras espaldas la Atena inclinada sobre una estela; la expresión de su amargura tiene grave recogimiento, y si alzase los ojos, quizá sonriese á la flor de acanto que, caída de su capitel, habla de un templo destruído, en vez de evocar un jardín asoleado.

Monfort miró efectivamente la flor glacial: la escoltaban estatuas arcaicas del primitivo santuario; y otras más modernas, uniéndose en niveo resplandor de vida. Y empezó á sentir la fiebre angustiosa del vaivén de las sen-

saciones: su vieja conocida de los museos. En esos cementerios del arte, ráfagas silenciosas esperaban, siempre, cual hojas secas, su voz para girar vibrantes en el viento. El tiempo añadía á las imágenes algo de venerable y mucho de sagrado. Su belleza no perturbaba; por el contrario, la calma descendía desde su reposo al espíritu. Las serenas emociones, las armoniosas ideas, los amables sentimientos engendrados, concertábanse diciendo: corazón que nos comprende halla el secreto de la más dulce sofrosina. Pero Monfort miraba de una canéfora (cuyos rasgos de inefable pureza parecían dar un perfume de inocencia á sus flores marmóreas) la sonrisa de mil años. Los ojos de la doncella buscaban en el cielo la certidumbre de su destino y todo su rostro era un espíritu corpóreo. Y la sonrisa, sin abrirse dominante, crepúsculo de una expresión, se helaba en el mármol, viviendo, sin embargo, por la belleza de los labios.

— Así era nuestro arte — exclamó Tiresias. — He ahí el grupo llamado de Sócrates. Se sabe que en su juventud esculpió como su padre Sofronisco. Pausanias cuenta que uno de sus grupos, las *Gracias*, estaba colocado en el Acrópolis junto á la Atena Hyghieia, y como á éste se le encontró en los Propileos, se le cree el del filósofo. Imaginaos una equivocación: no es menos exacto que el severo pensador que, sin escribir, pagó su enseñanza con la vida, había dejado la huella de su pensamiento plástico. Y ofreció á la diosa sabia y fuerte, el regalo de las Gracias. Eso es simbólico. No sólo son las Gracias hijas de Júpiter que adornan á Venus; sintetizan el amor de la belleza y encarnan la gracia misma, que según Píndaro, extrae de todas las cosas una miel para los labios del hombre. El mismo poeta advierte que asistían á los festines de los inmortales, haciendo olvidar angustias. Además de la elegancia, representaban los beneficios acordados. Si Platón aconsejó á Jenócrates que sacrificase en sus altares, fué sin duda para que el dón de la agilidad y el so-

plo de la frescura diesen á sus argumentos, alas y ritmos. Y así Sócrates, en su juventud, les pidió su asistencia, plasmando sus cualidades. Ellas inspiran, en espíritu y forma, á los maestros de este museo, y con tanta gloria, que en sus estatuas, el blancor infunde á los ojos la aspiración del cielo azul, y el silencio la armonía de un invisible río donde bañan sus primores.

“ Venid, mirad la Niké del fondo. Inclinada, sus manos buscan el nudo de la sandalia, que se desliga, y sus alas, cerrándose, ponen sobre su cuerpo la proyección de un manto divino. Volando serena, debe de parecer que camina por los aires, y al caminar se antojará que vuela. Y como ni camina ni vuela, da la sensación de haberse detenido deslizándose, y lo etéreo que sueña es un murmurio que estampa su eco plástico en los pliegues de su túnica y en la gracia de sus alas.

“ Observad el gigante de la derecha. Su musculatura revela líneas tan admirables, que se piensa en un Hermes convertido en Hércules, al influjo de aquel poder de los dioses del mar, que transformaban los hombres en peñascos. Ved esas cariátides, y reconoceréis un tipo perfecto. No son la copia hábil y fiel de los modelos de palestras y gimnasios; significan una sublimación. Tienen el reflejo intelectual de los filósofos, y la ley de que os hablaba y que privó en los hombres públicos, al perseguir en las borrascas, verdaderas cimas morales. Los modelos de esas cariátides los dió Atenas. Jenofonte debió, sin embargo, asegurar con razón, como el viejo Homero, que las espartanas eran las reinas de Grecia. Aquí, con todo, ante tal documento, no cabrían discusiones: más bellas que mis atenienses, solamente las diosas. Es que los artistas modificaron los modelos con su ideal, y resultan, entonces, algo más que simples amadores del contorno. El cuerpo fué templo que encerraba una lámpara, y esta lámpara de gracia, de inteligencia y de hermosura, acabó por convertirse en astro. ¿No creéis que podemos lla-

mar á las Gracias de Sócrates una forma del alma del filósofo, que en ellas era mármol, como en los diálogos de Platón, lumbre? El mismo Sócrates incitaba á Parrasio y á Critón á pintar y esculpir con reflejos espirituales, plasmando sus afectos. Y ellos, sin proponerse quizá eso, habían puesto ya mucho de sí mismos, como que sus obras daban su visión emocionada de la Belleza.

—Observemos los fragmentos auténticos del Partenón, ó los en yeso sacados de los que se llevó lord Elgin. Ahí, la figura se multiplica en grupos, bajo el impulso de Fideas. Los mármoles del monumento pueden estar dispersos: la admiración de los hombres es soplo de Ezequiel, que anima los miembros y los combina y levanta. Los arquitectos Iktinos, Kallikrates, Mnesikles; los escultores Kresilas, Kolotes, Agorakritos, Alkamenes, y el pintor Panainos, fueron los soldados de aquel mariscal del arte. Modelos de estatuas, dibujos de frisos, esbozos de metopas, salieron de sus manos, y el templo bruñido, pintado, resplandeciente, en torno de la colosal Palas, fué el arquetipo del buen gusto, de la sobria elegancia, de la impecable gracia, de la agilidad pintoresca, del tono preciso, del equilibrio armónico, suprema flor artística de una raza que, más que el Zeus de Olimpia, pudo hacer decir á Quintiliano: *Tal maravilla añade algo nuevo á la religión*. Mirad el grupo de las *Tres Parcas* y decidme, si mientras ellas se sientan no dan ganas de arrodillarse. Como ante la imagen de las *Charites* y del *Cefiso* y de *Hércules*, el esteta debe detener aquí su paso, comprendiendo que de esas fuentes de mármol surge el raudal más cristalino de hermosura que haya ido á fecundar los más estériles yermos del planeta...”

—Admiro— exclamó Monfort— y me detengo un instante, pero paso. Yo he saludado con igual emoción el San Pedro de Roma, el Acrópolis de Atenas y la catedral de Chartres. Diferentes sensaciones, por lo diverso de sus medias tintas, sacudieron en el fondo idéntica sensibilidad. Mi espíritu es la ola que refleja, la tarde y el alba,

y lo mismo la gaviota que la vela, ó la nube que la estrella. Cargado de historia, de fábula, de poesía, eco vibrante del sonido, del color y de la forma; insomne viajador á través de los siglos, es arpa colgada en el olivo griego, ó en el laurel del Lacio, y en el sauce hebreo, como en la encina gala. Todos los vientos lo estremecen, y habiendo bebido sin calmar su sed en los ríos que esos árboles sombrean, debe de soñar con los troncos de una región de infinito, cuyas hojas de azul de cielo tengan al sol en sus savias.

— Cada uno habla con su temperamento — repuso Tiresias. — Nacido en esta comarca, y en ella educado, por el amor de mi tierra hasta soy un iluso. Para mí, las nieblas cimerianas cubren los países de los bárbaros, y entre éstos, la Inglaterra, único donde viví algún tiempo por acercarme á los fragmentos del Partenón, es el primero. Ah! la voz de los sepulcros de Fóscolo: *Á egregios hechos excitan las urnas de los fuertes*; con cuánta pena la evoqué. Quién pudiera convertir á las ilustres cenizas de mi tierra en enérgicos cuerpos! Si genios cual los Iblis del Corán, capaces de realizar los fantásticos caprichos de los hombres, me preguntasen: ¿qué quieres? — “resucitar los héroes”, respondería. Brille la Grecia como una sola armadura centellante! Desborden las naves del Pireo. Nazcan máquinas infernales. Vuele en el viento el clangor de las trompetas, y arranquemos á los hunos del Támesis los mármoles de Atenas. Así, por que dejen solamente de hastiarse en el frío de aquellos calabozos, bajo la irritante luz eléctrica, pelearíamos, mientras otros pueblos batallan por tarifas de comercio... El botín de frisos y metopas, me estremecía de rabia en mi impotencia. Recité la Maldición de Minerva del gran Byron: *Que los mismos honores sean discernidos al monarca de los Godos y al par de Escocia. El primero adquirió su derecho en la victoria; el segundo no tuvo ninguno, robó cobardemente lo que ótros, menos bárbaros, habían conquistado.* Sufri allí

cual si viera el cadáver de Grecia aumentando con su inmortalidad su miseria. Creedme, esos mármoles suspiraban por el sol que anima más á sus caballeros, en esta nuestra atmósfera en que hasta las ánforas, como los hombres y los dioses, tienen al marchar en la procesión, un ritmo.

El acento de Tiresias repercutía tonante en las pequeñas salas, y su mano, ya se apoyaba, ó ya batía una hidra de Lerna en lucha con Hércules.

— Sé muy bien que lo dicho — prosiguió — es locura, como sería creer en los combates de este héroe: pero el frío de los mármoles desterrados me heló allá el corazón, y mis ojos, coléricos, acabaron por teñirse de tristeza. ¡Hoy, á menudo los recuerdo como á criaturas vivientes!

Cambiando de tono, y serenándose, preguntó:

— ¿Iréis á Constantinopla?

— Posiblemente. Hace años, ya en camino de Grecia, tuve que volverme enfermo á París. Entonces pensaba realizar ese viaje.

— Pues si vais, no dejéis de ver en el museo de Stambul los sarcófagos de Sidón. Completan la idea del Acrópolis, evocando las coloraciones de los templos.

“Tiene el de las plañideras, escenas de cacerías, y coronándolas, ligeras columnas jónicas, y sobre las columnas, en el friso, una procesión de guerreros en sus carros. Contrastando con el movimiento de las escenas de abajo, y la gravedad de la procesión de arriba, entre cada dos fustes aparece una llorona. Á semejanza de los bajos relieves del Partenón, emergen esculturas del gran cuerpo arquitectónico. El llanto de las mujeres no les afea el rostro: su expresión varía según sus actitudes, y evocan siempre nubes blancas deshaciéndose serenamente en lluvia. Se piensa en la frase de Winckelmann: *entre los antiguos, la belleza era la justa medida de la expresión*. Mostrando las manos juntas, ó poniendo una en los ojos y otra en el pecho, envolviéndose la cabeza en el man-

to ó dejándolo en pliegues, y siempre con la misma noble actitud compuesta, y sin embargo natural, sin contraer sus rostros, parecen mirar y recibir la misteriosa tristeza de un claro de luna. Winckelmann tiene razón: las gesticulaciones del dolor pueden transformarse en ridículas, y la belleza debe atemperarlas dándoles la justa medida subyugante. Medida digo yo, pero en realidad, la palabra alemana es balanza. Así, la expresión de esas vírgenes inmortales, como la de las estelas fúnebres, no pasa de ser una suerte de encanto voluptuoso de la melancolía. Además, en torno del sepulcro vacío, algunas dan la sensación de llorar sobre la inutilidad de sus antiguas lágrimas, consoladas en los siglos por el olvido. Sobre todo, os interesará en el sarcófago la impresión de lo que debió ser un templo, al someter relieves, imágenes y labores á una idea central, dentro del pintoresco conjunto, pues el sepulcro lo es en miniatura.

“El de Licia luce, bajo semicircunferente cubierta, amazonas, leones y jabalíes, entre combates de centauros, salidos de las metopas de Fidias. Lo realzan dos esfinges con rostros de mujer, pezuñas de bestia y alas de ángel. Su tristeza no proviene de velar el túmulo sin cenizas aventadas, sino de lo inútil de sus alas ante sus garfios, que se clavan en tierra. Adquieren así el sello de un anhelo que las hace generales y simbólicas, y las nutre el afán de idealidad de mis griegos paganos.

“El sarcófago llamado de Alejandro, y salido del taller de Lisipo, era en realidad del príncipe Abdolonyne. Lisipo fué el único artista que, por cargo oficial, podía esculpir al rey, como Apeles el único que podía pintarle: en los bajos relieves aparece el conquistador, y de ahí la errada conjetura. Además, tal sepulcro merecía encerrar tal hombre. El héroe de Macedonia fué más que nadie amado de los dioses, según el orbe, porque en menos de diez años lo hizo esclavo de su genio, y según el verso de Menandro, porque murió joven. Así dejó intacto un resplandor de

hermosura y de fuerza. Y la tumba es otro templo diminuto en que respira la Grecia. La batalla de Ipsos, por el movimiento de la carga en el ángulo en que está Alejandro, resulta extraordinaria. Hay una cacería del ejército, en Asia, donde los hombres y sobre todo los ciervos, evocan, por su elasticidad, divinos cinceles. En los adornos correspondientes al friso, las medusas se mezclan á pámpanos, que parecen haber ellas mismas sustraído á Dionisos para petrificarlos con la virtud de sus ojos. Después, las águilas imperiales tienden sus augustas alas. Y los colores, apenas adivinados en algunos monumentos del Ática, brillan tan admirables sobre el rosa níveo de aquel Pentélico, que acentuaciones rosas, esfumaciones azules y transparentes tonos de amatista, dan esplendor maravilloso á los relieves. En su perfecta hermosura, en que el gris de los siglos y la barbarie humana no han impreso su huella, admiraréis una vez más el principio intelectual elevado á la categoría de culto. Veréis cuán errado el prurito de presentar á nuestro arte saliendo simplemente de un sensualismo vibrante y espontáneo, como la resina de los troncos. Se ha hecho así una falsa Grecia de sátiros en celo y de ninfas complacientes. Vuestra moderna poesía francesa está llena de eso. Ciudades como Alejandría llegarán más tarde, á pesar de su elaboración de ideas, á vivir en torno de un templo de Afrodita, como una inmensa casa de prostitución al aire libre. Pero el arte griego nació en Atenas, que ni siquiera poseyó cortesanas de la popularidad de las de su vecina Corinto. Las hijas de nuestra ciudad carecieron de dominación. Hicieron siempre una vida alejada, debido á las costumbres establecidas y aprobadas por las leyes. No aparecían en las procesiones; no figuraban en los juegos; no se mezclaron á la sociedad, y Chateaubriand observa bien cuando dice: "la prueba de que su imperio no tenía mucho poder, es que casi todos los hombres célebres de Atenas se ligaron á extranjeras: Pericles, Sófocles, Sócrates, Aris-

tóteles y hasta el divino Platón." Naturalmente que hablaban del amor sin tener en cuenta el pecado. Para ellos las sensaciones eran manantial de alegrías: no las turbaban pensamientos de inquietud. El amor los acercaba á los dioses, en vez de alejarlos. Las divinidades que se habían mezclado á hijos de la tierra, fastidiadas con lo invulnerable de Venus, la enviaron al Ida, para que se enamorase de Anquises. Así daban el ejemplo los personajes olímpicos. Y el amor fué tan natural, como tener ojos que sirven para ver, y que en ver una bella cosa realizan un acto de hermosura. Porque hablan en otra forma del tema, parece que se ocuparan sin cesar en él, cuando en realidad fueron menos sensuales que cualquier país moderno. Una ciudad de atletas, donde se adoraba y se ejercía el gimnasio y la palestra, y donde por consiguiente se economizaban fuerzas para emplearlas en sus obras, no podía ser de vida disoluta. Hasta poetas como Eurípides, matemáticos como Pitágoras, filósofos como Platón, lucharon en los juegos y adquirieron premios. No se alienta tampoco, entre ráfagas de lascivia, cuando la alta especulación intelectual llena existencias enteras, y hasta la casta desnudez de las estatuas parece reflejarla excluyendo toda morbosidad de sus líneas. La vida ateniense no fué perenne danza voluptuosa, al són de flautas, cantando los modos cromáticos. Aclamemos en el triunfo escultural de la materia la parte potente y sutil que hay de espíritu. Mis abuelos paganos, por el estudio de los modelos que daban los gimnasios, y la elección de lo más perfecto entre varios, llegaron á crear un arte típico, y con su amor á la forma, transformaron los cuerpos en habitáculos realzantes del alma. Y no son nuestros antípodas. Si pontífices como Adriano protestaron contra las estatuas, ótros como el gran León actual saben admirarlas. El hombre ha sido hecho á idea y semejanza de Dios, y es natural que su espíritu florezca en planta admirable, digna de su color y perfume. Por eso es obra

de religión perfeccionar el cuerpo, y la Grecia en ello se llenó de gloria. Sobre los horizontes de mares rientes que, al parecer, engendran las auroras, su cielo se dilata cual infinita tienda azul para que se esculpan mejor los mármoles blancos!”

XXI

Departiendo amablemente, bajaron los amigos hasta el teatro de Dionisos. “El recinto —decía el griego— no es, sin duda, el famoso de Esquilo y Sófocles. Parte de la construcción se vino abajo mientras se representaba una tragedia del primero. El gran poeta no tenía culpa ninguna, y sin embargo se le instruyó un proceso, y aun se ha creído que por ello se refugió en Siracusa. Si no es verdad eso, es cierto lo del juicio, y por tanto, lo del derrumbe. Después se levantó uno nuevo, tomando en el mismo lugar el flanco del Acrópolis. Sila lo destruyó á su vez, y Adriano lo elevó nuevamente; en realidad, veremos las ruinas de éste.”

Monfort se detuvo ante el Odeón de Herodes Ático. Enormes piedras, á semejanza de muros cicópleos, evocando los de Tirinto, cercaban los escalones de mármol. Las masas con arcos diminutos, de brillo mate amarillento, se recortaban sobre el gris de la colina. Más alto, sobre el muro pelásgico, sobreponíase el de Temístocles. “Miráis — exclamó Tiresias — una muralla simbólica. Por el apuro de defender á Atenas, después de la de-

rrota de los persas, contra la opinión de los espartanos, se metieron en ella mármoles esculpidos y pedazos de columnas. Tucídides lo narra, y no es fantasía de historiador más ó menos poeta. Con buena vista podéis columbrar desde aquí tambores y fustes, provenientes de un templo incendiado por Jerjes. Los siglos se suceden y sobre la ruina de la raza, los mármoles siguen defendiendo nuestro nombre y conquistando el mundo.

—Es cierto —repuso Monfort;— esa muralla tuvo un misterioso significado: Temístocles creyó elevarla contra sus vecinos, sin pensar que era baluarte para vencer el Tiempo... Pero yo miraba los Propileos. El mármol pentélico, con los reflejos del sol, se colora, se impregna de luz, y la luz lo transparenta, mientras el templo de la Victoria se perfila en lo más alto con evocación de flores rosadas. Y tales flores, bañándose en la pureza del aire, se antojan nacidas sobre árboles de la tierra para dar sus frutos en el cielo. La Grecia se anima en ese resplandor. El firmamento, sirviéndole de fondo y palio, llénase de nubes, y entre sus vapores vuelan vagabundas sombras de los antiguos prados de asfodelos. Y con cuánta pena se mira el Partenón destruido! Pensar que así, desde el Odeón, se dominaba el grupo de Atena sobre el triángulo glorioso, y que los poetas y los músicos, al cantar sus poemas, veían los frisos, cual si los corceles, con sus caballeros, galopasen en pleno azur, dando á sus inspiraciones el rumbo del espacio y el sol...

Los amigos, dirigiéndose al teatro, saludaron lo que resta del templo de Asclepio, que encerró la fuente de la salud, recordando las agudezas cómicas de Aristófanes en el *Pluto*. Una vez en el recinto de Dionisos, Monfort se puso á observar con interés la *Cávea*. Las gradas se tendían sobre el Acrópolis, y después de sus asientos grises, la colina, verdeciente un corto trecho, daba nacimiento á la peña rojiza con nichos de grutas montaraces. Abajo, al pie de la gradería, en sillones de mármol pentélico, Tire-

sias le hizo leer varios nombres de Roma en griego. Allí, desde los tiempos de Esquilo, se sentaban los sacerdotes de Dionisos y los ciudadanos ilustres. El recinto todo, que tuvo capacidad para treinta mil personas, estaba dividido en trece compartimientos, correspondientes á las tribus de Atenas.

Después de la *Cávea* venia la *Orquesta*, en el centro del teatro. El coro de la tragedia evolucionaba en su hemisiciclo, y descendía desde la *Escena* por dos escaleras, agrupándose casi siempre en torno del *Timelo*. Éste era, en realidad, el altar de Dionisos. En su lugar, Monfort vió un mosaico, cuyos colores azules, rojos y violetas se percibían, sin que se pudiesen descifrar sus figuras. Á la *Orquesta* la cerraba una balaustrada marmórea. Conservábase uno solo de los silenos que sostenían la *Escena* en la actitud de Atlas sustentando el Mundo. Del *Proskenion*, lugar un poco más alto, donde hablaban los actores; del *Paraskenia*, donde giraban las armaduras prismáticas que cambiaban las decoraciones; del *Hyposkenion*, fondo interior donde maniobraban las máquinas de lo maravilloso, no se veía nada. Las tres partes de la *Escena* reducíanse á un común amasijo de fragmentos de estatuas, fustes rotos, capiteles tronchados y restos de los bajos relieves, que narraron con su lengua plástica el nacimiento y las aventuras de Dionisos. En aquel cementerio sin cadáveres, lo más completo, aumentando la desolación, era un sátiro colosal, sin cabeza, que oponía al muro de piedra gris su deslumbrante pecho blanco.

— Hay un detalle curioso — exclamó Tiresias — entre las vegetaciones espontáneas que cubren la puerta acafelada del templo del escenario.

Monfort convirtió los ojos, respondiendo:

— Ya lo sé: el manto de esa hiedra. Atrayente en su rareza, porque es morado, es además compasivo. Las grandes almas, que embellecen la ruina invocando á Orfeo, deben de estremecer sus hojas; y su verdor oscuro se

matiza, cual si fuesen sus guías cuerdas de un arpa de duelo.

— Oh! sí; augustas sombras obseden el recinto solitario. Aquí, más que en ninguna parte, vibró el genio de nuestra raza. Y aquí, más que en ninguna ótra, los trágicos pusieron en el paganismo griego y en el culto de la naturaleza, hasta con rastros de la revelación primitiva, anhelos de elevación moral. Esquilo, entre resplandores espirituales, tomó la burda criatura de Tespis, y la transformó en tragedia hermosa. Sófocles, su rival futuro, lo definió admirablemente: *Hace lo que es bueno, pero sin saberlo*. Aparece así la monstruosa savia de ese hombre de genio, estallando en flores y frutos de grandeza sobrehumana, sin que el hacha y el riego de un arte supremo creen la perfección al ordenar fecundando. Al hijo de Colona, precisamente, le tocó esa labor: construyó sus obras según la arquitectura de los templos y la unidad de las estatuas. Moderó en ellas los ardores del ditirambo *esquiliano*, — especie de regueros de lava en los flancos de un volcán incandescente, — y al propio tiempo, dióles la pompa de las epopeyas, sin dejarles perder su carácter religioso. Y tras de eso, el propio Sófocles critica á Eurípides, que llega á la palestra: *He pintado los hombres como debían ser; él los pinta como son*. Esa frase, puede decirse, produjo el vendaval contra el último gran trágico. Desde luego cometió dos faltas. No solamente modificó las exposiciones por las exigencias á que lo llevaba la alteración de las fábulas más conocidas, sino que desarticuló el coro del conjunto y de la acción, lo cual significaba un retroceso de factura. Pero yo no grito con la crítica, porque hizo de los dioses hombres y de los hombres seres, á menudo, inferiores. Su tragedia cambió el teatro, siendo como un principio de drama moderno, y he ahí todo. Sus errores, por otra parte, los redimió al vibrar como un inmenso poeta. Se le acumulan cargos á veces peregrinos. ¿No escribe Schlégel una pá-

gina airada porque vilipendió á las mujeres? ¿Pero cómo las había de tratar, si su primera esposa, Choerilla, y la segunda, Melitto, le fueron igualmente infieles? He aquí, en tanto, una verdad: nadie le superó en la pintura de las angustias de la pasión. Longino lo admiraba al verle presentar la aterradora imagen de la inteligencia abatida por la desventura. Y la posteridad debe confirmar su juicio. No creó obra perfecta, pero obtuvo el más sublime laurel que haya ceñido una frente lírica. Plutarco narra la condenación de Atenas por Lisandro á no dejar ni un mármol en su sitio. En el festín del Consejo un músico focense canta de pronto un coro de *la Electra*:
¡Oh hija de Agamenón! he venido á encontrarte en tu morada campestre. Los generales se enternecen ante la suerte de la hija del atrida, que no formará más coros con las doncellas de Argos, golpeando la tierra en rítmica cadencia, y piensan en la ciudad, que es, más que hija de rey, hija de dios, y le perdonan la vida. No fueron vanas palabras: en efecto, sólo arrasaron sus muros...

Decidme si las pérfidas declamaciones no están de más, y si no es irritante que críticos doctos citen sin repugnancia, al hablar de tal poeta, las sátiras de Aristófanes! He ahí uno de mi vieja Grecia que no lamento. No haría representar sus comedias, aunque este teatro, reconstruyéndose por arte de magia, resucitase á músicos y actores. Me desagrada, precisamente, sobre todo, su persecución á Eurípides. En los *Acarnienses* no le basta recordarle el oficio humilde de su madre y se burla despiadadamente de la pobre mujer. Su teatro, amasijo de bufonías grotescas y de chistes escatológicos, fué algo semejante á la prensa contemporánea de baja estofa. Recordad, si no, su conducta con Sócrates. Todos los cargos contra el gran filósofo se encuentran en *Las Nubes*. Para defenderlo, se ha dicho que el proceso tuvo lugar años después, olvidando que en la apología de su maestro, Platón recuerda el mal que le hicieron los poetas cómicos. Á mí

las comedias de Aristófanes me interesan por los detalles íntimos de la vida de Atenas en el aciago período de la guerra del Peloponeso. Por lo demás, hasta sus más hermosos arrebatos líricos me suenan á gorjeos de ruiseñor perdidos en una cloaca. Alguna vez se ha sostenido, hablando de los miembros del cuerpo, que la idea es alegre en Aristófanes, sin ser obscena, como en Rabelais. No es cierto. Se puede asegurar que, á menudo, esos nombres son naturalmente proferidos, sin buscar la risotada, como lo hizo Homero, cosa fácil de probar con citas trucas; pero si leéis la página entera, más arriba ó más abajo hallaréis obscenidades que Rabelais mismo hubiese depurado. La embriaguez cómica que imagina Müller debía producir esa *vis* en el pueblo de Atenas, y de que yo no dudo, no me interesa, y por el contrario, me repugna. Evoquemos nuestra gran tragedia. Ella es la más brillante prueba de lo conversado hoy sobre los hombres públicos y las estatuas. Aristóteles admitió en su definición, que el terror y la piedad le servían para purificar pasiones. El ateniense se levantó sobre la arcilla incompleta, presentando al hombre envuelto en ideal hermosura. El Destino era superior á los mismos dioses, y al combatirlo con la libertad moral, vuelta ariete de batalla, la efigie humana, vencida ó triunfante, transformábase en crisol de dignidad y de grandeza. Añadid el sublime carácter religioso, en que á las veces vagan relámpagos de lo porvenir, que me hacen recordar pensamientos de Schelley: *los poetas, espejos de las gigantescas sombras que el futuro arroja sobre el presente, son los legisladores desconocidos del mundo.* Poned, por último, el aliento de un genio incomparable, y este lugar donde vagan las almas antiguas, puede con todas sus piedras carcomidas decir cual Esquilo: *Consagramos nuestras obras al Tiempo.*

— Feliz de vos —repuso Monfort — que leéis ese teatro. En realidad, yo no puedo apreciarlo. Tengo entendido que vosotros mismos no encontráis la música de ciertos

versos. Si recitáis fácilmente los exámetros, los sáficos-adónicos y los pentámetros, la cantidad os falla en otros metros.

— Es decir, hay dificultades en la percepción del ritmo, aunque eruditamente se explique todo. El oído ateniense era tan educado, que hasta en los discursos de los oradores cazaba al vuelo una sílaba de más ó de menos. Esa lengua poética, nacida al contacto de la lira, no hablando metafóricamente, sino de verdad, debió de identificarse con la música; después, en nuestros largos silencios, algunos de sus secretos se han perdido. He ahí para mí la explicación.

— Pues si, por esas dificultades, no penetráis en todas las bellezas, imaginaos lo que perderán en nuestros idiomas. Taine ha dicho con conocimiento de causa: “Tratad de traducir en buen griego un discurso de Pitt ó de Mirabeau, un trozo de Ádison ó de Nicole, y os veréis obligado á volverlos á pensar y á trasladarlos, buscando para iguales casos, expresiones más vecinas de los hechos y de la experiencia.” En otro lugar exclama: “Nuestras lenguas modernas, italiano, español, francés, inglés, son *patois*, restos de un bello idioma, que una lengua decayda echó á perder, y que importaciones y nuevas lenguas han venido á alterar y confundir cada vez más.” Unid las dos ideas: ¿cómo hacer para lo ótro, ó sea para poner á esos griegos literalmente en uno de nuestros idiomas, dado el alejamiento y la disparidad de sensaciones y vocablos? Por otra parte, si en el texto original de Sófocles, por ejemplo, se han hecho más modificaciones que las que causó la humedad subterránea á las *Elegias* de Propercio, imaginaos lo que en una traducción quedará del poeta primitivo. Toda tentativa resulta mediocre. Leconte de Lisle no fué un profesor de aquellos de que Gautier se reía: *han inventado la antigüedad para comer*; y bien, tomad su Esquilo. La posteridad ha juzgado ya; lo mejor del trágico griego es la trilogía: *Agamenón*, las *Coé-*

foras, las *Euménides*. Ayer releí la última tragedia. ¿Sabéis lo que se me antoja? Un pleito, á ratos fastidioso, entre Orestes, las Furias y el fiscal Apolo, ante el tribunal de Minerva. Cuánto mejor es imitar, buscando reproducir lo antiguo con su propio talento! El mismo de Lisle ha hecho eso en *Les Erinnyes*. Allí se funden el *Agamenón* y las *Coéforas*. Ideas del original, salen á veces al paso en la imitación en verso, y es curioso compararlas con las de la traducción en prosa. En ésta el exacto pensamiento de Esquilo no subyuga, mientras en aquélla, á pesar de las adulteraciones, triunfa. Y más que la trilogía completa, las cuatro últimas escenas de la primera parte dan la sensación del teatro griego. ¿Por qué? Porque, sobre todo, á partir de los apóstrofes de Casandra, están escritas por admirable estilo y con potente aliento, en lengua flexible y sólida, sonora y perfecta, de luz y oro. Y de igual suerte, á pesar del paralelo de Schlégel entre la *Fedra* de Eurípides y la imitación de Racine, donde mi compatriota sale tan maltrecho, se oye á ésta con un placer que no da el original traducido. Acabo de leer la versión de Pessonneaux, en medio de Atenas, y yo pensaba en el segundo acto de Racine declamado por Sarah Bernard. Aquella mujer se me mostró alguna vez como con una sibila inspirada en el cuerpo. Estaba en Londres, y al salir del teatro, costeando en el cab el Támesis, sentía aún el estremecimiento de la belleza, con la fiebre de los ritmos, y ví repentinamente á Westminster transformando su gótica armazón en la de un templo griego, á la lumbre de la luna... Eso es comprensible por la compenetración entre la obra y nuestro espíritu. Pero ¿queréis algo más ridículo que las gentes que hablan, con los ojos extáticos, de Horacio ó de Píndaro, sin dominar el latín y el griego? ¿Recordáis las frases de Hugo?: *Lo bello es la forma... Confundir forma con superficie es absurdo. La forma es esencial y absoluta, como que viene de las entrañas mismas de la idea*. Tomemos á Horacio vertido. Pier-

de su forma; y toda su claridad, toda su elegancia y toda su lengua, en que cada detalle tiene un sabor singular, desaparece. Si esas traducciones fuesen buenas, Horacio sería el vacío perfecto en torno de la mediocridad retórica. Y supongo que con Píndaro pasa lo mismo. En el texto, que yo no puedo leer como el de Horacio, será el poeta de la ebriedad lírica por excelencia, lleno de rumores épicos, según la fórmula consagrada; pero en prosa ó verso nuestro, por sus odas olímpicas ó píticas, con cien alusiones incomprensibles y su volar perenne de carros y caballos, se comprende, no que en Delfos le ofreciesen primicias de la divinidad, sino que Corina lo derrotase siempre en los concursos. En cuanto á Homero, traducido, puede citarse sin miedo lo que pone Voltaire en boca de un personaje mal humorado de su *Cándido*: "Pregunté á los sabios, si se disgustaban tanto como yo con esta lectura: todas las personas sinceras me confesaron que el libro se les caía de las manos". Me consuela de no penetrar en la hermosura de la poesía auténtica el saber que, aun en prosa y conociendo el griego, se hallan tropezos. Así, Macaulay habla de sus dificultades para entender los discursos de Tucídides, y recuerda que á Cicerón, con ser un perfecto helenista, ya en su tiempo le pasaba lo mismo. En materia de versos, aconsejaría á los que deseen comprender el arte latino, no leer á Horacio ó Virgilio traicionados, sin estudiar antes, por ejemplo, las notables aproximaciones métricas de Carducci. Yo siento más placer leyendo *La Dryade* de Vigny, que el *Oaristys* de Teócrito, ó la *Symetha* del mismo, que el *Adonis* de Bión. Y no olvidéis, sin embargo, que en los bucólicos se adivinan versos que tienen la fulgencia y la frescura de rayos de sol mojados en rocío; y como sus cuadros más simples, son al propio tiempo más hechos, la comprensión es menos difícil; de manera que Anacreonte, traducido, resulta superior á Píndaro. De Chénier no hablemos. Será su Grecia un poco siglo XVIII; no im-

porta: sus *Idilios* y *Elegías*, tienen divinos ecos de este pueblo, y el perfume de sus flores vivientes es más intenso que el de las marchitas en el telar de las traducciones. En otras partes los hilos de luna, envueltos en paja, que decía Heine de los versos ofrecidos en prosa, dan peores resultados. Mi mujer me ha hablado de versiones al español, criminales, no sólo de clásicos antiguos, sino de modernos. Pero confesemos que, aun leyendo tan defectuosamente vuestro teatro, se obtiene del conjunto una real impresión de grandeza. ¿En cuál forma? Imaginaos un ciego: cruza una selva y llega al océano; no distingue los matices de las ramas y de las olas; le son vedados el tejer de las espumas y el sonreír de las flores: pero siente ráfagas y perfumes, y ante los movimientos de las aguas y de las hojas, comprende por lo infinito de los murmurios, que está en presencia de la inmensidad...

— Y agradecedlo, amigo mío — exclamó el ateniense. — No entrar en las cosas del todo, creyéndolas más altas, es la mejor forma de la ilusión bienhechora. No aprendáis griego nunca. Partid de esos libros en alas de una vaga música, que sabe de dónde salió, ignorando hasta qué punto llegará del espacio. Dejad formarse en vuestra mente una Grecia de ensueño: siempre será más hermosa y, por lo tanto, más real que la que ha existido... Vamos, ya los rayos del sol descienden tras del Pentélico, y las primeras sombras tocan el Citerón silencioso. Mirad; sobre la Cávea y sobre la gruta de Trasilo, en el muro de Cimón, hay un cuadrante. Está allí desde remotos tiempos; mas le falta la flecha, y la luz no puede dibujar la alerta sombra. El Tiempo pasa inmaterial y eterno, pero Dionisos no quiere que el coro de las Horas marque su curso á escombros que ya no oyen la lengua del padre Esquilo...

Tiresias hizo el ademán familiar de su báculo, y marchó por entre grandes mármoles. Eran pedestales de dioses y poetas, que vivieron confundidos en un mismo

sueño de gloriosa blancura. Leve ráfaga estremeció el manto de la hiedra, donde, buscando un color, se amortajaba el alma de la ruina. Las estatuas ausentes daban la impresión de acabarse de ir, y la tarde la de poner sobre los plintos, compasivas sombras. Después un pájaro descolgóse sobre el que tenía esculpido el nombre de Ceres, y se posó en el hueco de dos plantas llenas de agua. Y al calmar su sed en el recuerdo de los pies de la diosa, batió sus alas y se puso á cantar feliz, ignorando que su voz era la de una elegía.

XXII

Monfort sentía bullir la antigua Grecia en su alma. El romance de reconstitución con que soñaba, erigía sus ideas centrales en torno de la figura de Fidias. Pero no era ya una Atenas sensual y puramente pagana en el sentido estrecho de la palabra. Tiresias obraba sobre su imaginación, y del contacto de las cosas empezaba á sacar otras sensaciones. Á tal influencia, poniendo en vibración varias fuerzas armoniosas, uníase la febril y alucinante de Andrea. Parte de su pensamiento residía en sus ojos, esos ojos que hacían pensar repentinamente en lágrimas. Ojos donde se cruzaban al mismo tiempo tras las pestañas eléctricas, en el fulgor verde de las pupilas, la grandeza de un mar de pasiones, con luces crepusculares de pálida luna misteriosa. Su voz no era ya solamente seductora con impensados arrullos; expresión de un al-

ma, dando la idea de que se la podía aspirar como flor, y morder como fruto, si se pudiese besar á un acento. Á fuerza de oirla, y de vivir en su compañía, y de encontrarse reflejado y comprendido, sus ideas en aquella voz, se le aparecían más hermosas, de modo que al volver á su pluma, traían un nuevo calor de vida ó un aroma de ensueño. Sus manos, capaces de hacer la fortuna de un Witsler, y que hubiesen hecho la gloria de un Leonardo, manos para volar en los infiernos entre el torbellino de Francesca ó para dar en el cielo la comunión á los ángeles, le envolvían en atmósfera flúida, lumínea, inspiradora, al estremecer el piano con garfios vibrantes ó con alas ligeras. Su cuerpo, que su amor traspuesto creía creación de los cinceles de sus ojos, brillaba más que nunca semejante al arquetipo saliendo de los encajes, como de la espuma. En aquel país, era realmente condensado resplandor, hija del Mar, del Cielo y de la Aurora, para ofrecer por un instante la ilusión de tocar el Infinito. Por eso la forma humana del alma divina resumía, más que en Francia, las íntimas concordancias de la naturaleza, y, más que nunca, en momentos de exaltación veíalo sin cegar, ni lucir las formas de sol, ni perder el contorno de su belleza, cual centro de los astros, que giraban proclamando al amor ley primera del Universo.

Ahora, sobre todo, con su armonía, era el secreto del arte, y á su contacto vibraba la ciudad de Atenas. Levantábase como un espectro de princesa, vistiéndose de carnes y de fulgor. Después, imitando á las Gracias, cual si la evocación fuese de Venus, Andrea la cubría de adornos y de joyas. Imitando aún á las hijas de Zeus, se llamó cual ellas en un antiguo vaso de festín: "Dulce sonrisa", "Belleza brillante", "Amable convidado". Y Atenas resucitada, adquirió la alegría y hermosura necesarias para encantar, al volver al banquete de la vida. Entonces intervino Tiresias, y oyéndolo Monfort, sintió al espectro pensar, hablar y moverse. Lo vió espléndido

y pensó en el epigrama de una cortesana de Corinto: "Yo, la orgullosa Lais, de quien la Grecia fué un juguete, y que tenía á mi puerta enjambres de jóvenes amantes, consagro á Venus este espejo, porque no quiero verme como soy, y no puedo mirarme como era". Su Atenas no debía exhalar ese lamento: al renacer viviente, al influjo de la mujer querida, podía mirarse en el espejo, y en vez de consagrárselo á Venus, marchar con él, segura de hacer cubrirse de flores la tierra tocada por su planta.

Y en aquel amanecer Monfort dijo á su Tsilla: "Tú has conmovido mi existencia, y mi conmoción es hecha de amor humano y de amor á mi arte. Y en ella hay ensueño, y belleza, y ternura y cien facetas inexpresables, y mil misteriosos anhelos, y deseos indefinibles, más poderosos que la razón, aunque nazcan del instinto. Tú transformas tus caricias en ideas; eres el esplendor de la naturaleza y el triunfo de la vida".

Pero, en tanto, esa exaltación sacaba, sin que él se diese cuenta, el pensamiento de su ruta. Y la serenidad helénica íbase á turbar en su alma, después de la evocación, huyendo del contorno de las antiguas estatuas y buscando un más allá misterioso en el ala de las notas modernas.

XXIII

Los amantes se pasean entre las colosales columnas del templo de Zeus. Los fustes amarillentos y blancos, en la mañana, proyectan sobre el cielo las flores corintias de sus capiteles. Los cipreses surgen enanos, en igual impulso hacia el firmamento. Algunas columnas caídas han hundido el suelo. Parecen piedras de titanes para derrumbar el Olimpo, siendo, sin embargo, para glorificar á Júpiter. Á un paso el arco de Adriano dice que sólo de la inscripción de la ciudad pudo el conquistador borrar el nombre de Tesco: Atenas siguió siendo ciudad griega. Aquel arte monumental, ganando en solidez, perdió la ágil elegancia. Desde allí se ve el Acrópolis. La ruina del Partenón, sin relieves, sin color, sin bronce, da la idea de ser el espíritu perseguido en vano por los invasores de Roma. Allí arriba habían habitado dioses, y aquí abajo solamente hombres.

Monfort y Andrea observan el movimiento de las cabras sobre el silencio de las grandes piedras, mientras resaltan, inmóviles á la distancia, los cipreses sombríos contra los mármoles blancos. Algunas graderías húndense entre bloques amarillentos. Después el verdoso césped, cubierto por tambores y capiteles, antójase tapiz asegurado para que el viento no lo remueva. En su término, las cupresinas siluetas, reapareciendo en el aire transparente de cristal, forman una procesión llena de severa

gracia hasta el pie del Acrópolis. Los templos se recorran en lo alto de la colina, en cuyos flancos el sol devora la visión de los teatros y de las grutas. Toda la alegría del aire, comunicándose á las cosas, en vez de resbalar sobre piedras melancólicas, parece reflejada en aguas espejeantes.

Andrea, con el espíritu excitado por la hora matutina, que siente circular en sus venas, como mezclando fulgores á su sangre, sigue el vuelo de una bandada de palomas. Se posa en las columnas. Baten con juveniles alas los viejos mármoles. Las sombras de sus cuerpos tiñen el sonrosado albor, cual con las proyecciones inmateriales de un sueño. Equivocan la ruina, que no es de Afrodita, trayendo en sus nieves reflejos de las espumas sagradas. Y Monfort recuerda el santuario de la ruta de Eleusis y á la invisible Venus dice el himno de entonces: “Tú no me brindas á Helena como al frigio Paris; me la ofreciste ya y más hermosa. He aquí, pues, la manzana de oro, reina del Olimpo y de la tierra, que cuando te reflejas en nuestras fuentes infundes á sus aguas el gorjear de los ruisseños.”

Andrea, sentándose en un trozo de Pentélico, al parecer caído del altar de la diosa, y consagrado por el sol, responde: “Esquilo me sorprendió hablando de esos pájaros. Al oírtelos nombrar por la primera vez, los creí en tu imaginación: desde luego, para ofrecérmelos; después, porque su trino es único. Todo proviene de que fuera de Francia no se piensa sino en los ruisseños de Alemania; Goethe, Schiller, Heine, se los han apropiado. No es extraño que me asombrase la exclamación de Casandra: *Ah! el destino del sonoro ruisseño! Los dioses les dieron un cuerpo alado y una dulce vida sin sufrimiento.*

—¿No habías leído, pues, la fábula de Filomela? El rey de Tracia, tras de violarla, le cortó la lengua para que no lo delatase. Ella se vengó sirviéndole en una comida los restos de su hijo; y cuando él quiso matarla, Júpiter, convirtiéndola en ruisseño, le volvió la lengua y la voz,

pero no la palabra... Hoy recuerda su antigua vida, modula sus congojas, vierte sus nostalgias, y así el eco del alma de una mujer hace de su canto un divino misterio. Pero no es ese acento amado de la luna y preferido de la noche el que quisiera oírse, en este templo; sino ótro de su garganta, estremecida por el sol, ascendiendo con la inspiración de las alondras, hasta ceñir las palomas de Venus con melodioso collar, invisible á fuer de transparente. Porque los cipreses, dulce bien mio, dirigen al azul, los epitalamios que las brisas enredan entre sus hojas y recogen de nuestros labios. Porque los racimos de los silenos de esos bajos relieves se transforman en uvas entre las notas de sus siringas, que suenan porque tú pasas. Y porque siento á los hipocampos, con sus colas retorcidas cual timones, volar por los aires de luz, camino de los mares, con las ninfas en las grupas; y mientras yo beso tus labios llevado por el amor ardiente, ondean sus mantos henchidos por la brisa alegre!

XXIV

— Ah! sí, más que en esos viejos misterios religiosos, los griegos persiguieron en la filosofía la unidad de Dios, después de estudiar el origen de las cosas y abismarse en la contemplación del hombre. Ellos no tuvieron al Señor; no les llegó repentinamente la Verdad en un relámpago divino. Su alta filosofía está, sin embargo, casi siempre en oposición con sus dioses; los aman porque son bellos, y Homero los cantó, y á veces, como en Platón, hasta el mismo ciego adorable cae en anatema. No gozando, pues, de la Revelación, son tan espiritualistas como los cristianos, al perseguir, sin ayuda del cielo, por sendas de luz, el árbol que da la sombra de la paz, la flor de la fe y el fruto de la ciencia. Sobre lo heredado de las doctrinas arias, agitáronse sus espíritus sutiles y curiosos. Sintieron, sin darse cuenta, sus propias alas como una interior armonía, hasta que Platón, entre los follajes de la Academia, las desplegó al sol con todo el encanto de su pujanza. El primitivo filosofar de mis abuelos es hijo de sus sensaciones. Tales encontró el principio del origen del mundo, en el agua que lo atraía seductora. Y Anaxímenes en el aire, por donde el sol y la luna pasan su contento y su tristeza hermo­seando sus fulgores. Á Heráclito no le fué suficiente eso. Con sombría desesperación huyó del trato de los hombres y se retiró á los montes. Parecía haber sabido en otra existencia el secreto, sin poder ahora

recordarlo. Figuraos á un poeta ciego, que siente el perfume de las flores, y que por ese perfume quiere en vano imaginar sus tintas. De tal tristeza al arrebatado ardor, hay una sola línea. Heráclito la salta, y encuentra la llama. Adiós melancolía. El principio y la fuerza de Dios es el fuego, si no como elemento creador, como motor de vida. Y siguiendo por ahí, pues el fuego puede también ser el espíritu, más tarde en abierta pugna con la creencia popular politeísta, Anaxágoras reconocerá una inteligencia gobernante del mundo. En tanto, en contra del panteísmo materialista de Anaximandro, se alza Pitágoras, que encuentra el número, emanación de Dios mismo.

“Olvidemos las burlas que han saludado más de una vez las coincidencias entre los siete tonos de la octava y los siete planetas del cielo. Pudo exagerar, pero no es menos cierto que el grande hombre fué el precursor de Copérnico. Con él, además, la idea triunfa de la materia, partiendo de Dios, y se constituye en principio de toda ciencia. Y no sólo quiso refugiarse en el campo de la dialéctica; dió á su acción un carácter social. Acostumbró á sus discípulos á la meditación moral, al desprecio de las riquezas, y á la comunidad de los bienes. Era un apóstol, de quien algunas cosas renacerán más adelante en la Persona divina. Jenófanes, aunque sin seguirlo por ahí, abrió su escuela eleática á las influencias de su mente y fundó el panteísmo idealista. Parménides y Zenón hicieron aún más ideales sus doctrinas, pero los sofistas llegaron. Dejémosles pasar en silencio y sin anatema, puesto que Sócrates ya alumbró. Sobre su tienda canta el ave inspirada de su demonio familiar, con fuegos que lo envuelven en hermosuras y lo llevan al martirio. Su muerte es la más digna y elevada lección de su vida. En la ciencia, en la política, en la filosofía, es el triunfo del espíritu, buscando la verdad y el bien, el apostolado de la virtud y la revelación de la conciencia humana.

“Platón, semilla que cae de sus hojas, va á ser el árbol por antonomasia; resumen de las mil savias, explotando en un todo armónico, pues Émerson tiene razón al decir: *Él es la filosofía, y la filosofía es él*. Introdujo las ideas tipos, y entre los raudales de su elocuencia analizó, con maestría no superada, las acciones de la Voluntad soberana, la Inteligencia ordenadora, y el Espíritu del mundo. Y á esta forma de la divinidad, no se opuso tanto como se cree Aristóteles, al estudiar la naturaleza. Ya Eudemo, en su tiempo, trató de armonizar sus doctrinas. En realidad, el método más científico del segundo, y la adaptación de las ideas al orden real, era lo que los separaba; y ambos, persiguiendo un mismo fin, son un canto espiritual de Grecia al Dios que arde en las almas, con las llamas de Heráclito, dándonos á respirar los aires de Anaxímenes y creando las aguas de Tales.

“Y no olvidéis que los epicúreos nacerán de la descomposición y abatimiento de mi tierra, y que á su frente se levantan los estoicos. No olvidéis que Platón dominó siempre, á pesar del escepticismo de Arcesilao y de las alteraciones de Carneades. Y, en fin, que todo esto va, en Alejandría, á fructificar en la unidad de Dios. Es cierto que la colonia cosmopolita tuvo sectas opuestas á la voz de Cristo; pero preparó su triunfo en el terreno de las ideas, á fuerza de discutir las. ¿No llegaron allí los discípulos de Platón á considerar la Inteligencia hija de la Voluntad y padre del Espíritu? ¿No insinuaban de tal modo una casi adivinación del verdadero dogma? ¿No predominaron, en realidad, sobre lo que se llamó el *eclecticismo cristiano*, ó sea sobre el resultado de la célebre frase de Clemente de Alejandría, que mandaba tomar de todas partes lo verdadero, favorable á las buenas costumbres, y conforme con la religión, hasta que Descartes se liberta de Aristóteles, é influyen Malebranche, Leibnitz y Bonald?... Y así fué Atenas al resplandor de su alma. ¿Qué mucho, pues, que me irrite el verla surgir á menudo de las pinturas

de vuestros poetas, como una bacante en celo, con los labios manchados por el vino, sonando sus crótalos, entre el vaho ardiente de las fornicaciones?..."

Este discurso fué dicho por Tiresias al conde de Monfort, saliendo del templo de Neptuno, hacia el Acrópolis. El Partenón los atraía, destacando su mutilada esbeltez. Los Propileos tocaban su base, y cual si no recibiesen luz, resplandecían por sí mismos. Y, atalaya de elegancia y de gracia, en el ángulo saliente erguíase el templo de la Victoria. Pensábase en una legendaria y triste virgen, desolada sobre el desamparo de la cumbre.

El pastor se detuvo. "Á veces — exclamó — me pregunto si no refulgirá en la noche, sobre esa ruina, un nuevo astro. Una estrella orientó á los Magos para adorar al Dios vivo en su cuna. ¿Por qué el Creador, ante quienes hicieron tanto por encontrarle en su filosofía, no ha de mandar ótra, señalando al peregrino el más hermoso sepulcro de sus dioses?"

Monfort dijo: "Cuando los años pasen, y os evoque con la honda melancolía que dejan los viajes en el fondo del alma, me preguntaré si no fuisteis una sombra antigua, siguiendo ficticiamente mis pasos por la Grecia. Cuando habláis, las palabras os visten de un fugitivo resplandor, y cuando calláis, hay en vuestro silencio como la muerte de una armonía. Pienso en el soto del Iliso, preferido de Platón, donde jugaban las doncellas entre el canto de las cigarras, y oía Sócrates en boca de Fedro el discurso de Lisias, mientras los pies atestiguaban la frescura de la corriente."

— Gracias por vuestra amabilidad — repuso Tiresias, — y adiós, hasta mañana. Subid al Acrópolis; allí os espera la que me dicen los ojos que amáis con el corazón. Os dejo á la vida; yo vuelvo á mi cementerio. También amé, y en el dolor concebí la esperanza. Y con certeza cristiana, me repito palabras del *Fedro* que evocasteis: "Los que empezaron su viaje juntos, no son precipitados en

las tinieblas; reciben simultáneamente las alas, porque el amor los unió en la tierra.”

El ateniense hizo el movimiento de su saludo familiar, y apoyándose en el báculo, se fué por entre los cipreses camino de su tienda, donde la esposa, el guerrero y la doncella, dormían entre los rosales, á la sombra del laurel y el sicomoro.

XXV

Sí! la serenidad helénica se turbaba en el alma de Monfort. La imagen evocada por Tiresias, de aquella Atenas especie de templo del pensamiento puro, donde hasta el amor era un acicate sin angustia, iluminador de la feliz sofrosina, aspirando á un ideal, no podía grabarse plenamente en su ánimo inquieto. Quería, entre el encanto de las viejas fábulas y el aliento de la religión y la filosofía, reconstituir todo, y amasar las pasiones y sus instintos, depurándolas, hasta dar la flor de Fidias, resumen y símbolo de la ciudad resucitada. Mas apartábalo de tan alto fin, la vibración de sus nervios y los transportes de su alma de absoluto! “Leer á los quince años — se decía — un poeta bucólico, es echar á la aurora de la vida un rocío que le falta. Luego, de hombre, mirar las estatuas helenas, significa saborear una lección de paz, que nos habla del equilibrio armonioso entre un pensamiento puro y un mármol blanco. Después, llega un instante, en que nuestro espíritu se enardece, y le nacen oscuros sufrimientos que piden otra luz y otra atmósfera.” Y así, al ir á tejer

la trama de su romance, la acuidad de tantas sensaciones y el mismo transporte de la pasión de Andrea, le hacían encontrar sus líneas rígidas y estrechas.

Sentía la necesidad de un poema más bello que de Sófocles, con música más intensa que de Beethoven. Su pensamiento desbordábase de las riberas, y era mar de murmurios grandiosos, sin palabras expresivas, entreteniéndose en reflejar los astros, y de pronto, exacerbado y potente, quería subir al firmamento hasta salpicar las cunas igneas de esas imágenes de sus ondas. Después, con las alas rotas, bajo la acción del vértigo, caía en postraciones profundas. Andrea le removía, volviéndole el entusiasmo: la mujer era pujanza y resplandor. Una cosa lo consolaba en aquellas exaltaciones sin fruto: los trozos más acabados, y las obras más soberanas, le parecían pálidas. Y un poeta cantando el mar y el cielo, le resultaba un pobre hombre; como que su alma, en tales instantes, era el firmamento y el océano.

XXVI

Monfort, al ascender la colina, devolvió atentamente el saludo de dos frailes franciscanos que bajaban. Flanqueó el templo de la Victoria y los Propileos, y se detuvo sobre la ruina del de Artemis, junto al sitio del caballo de Troya. De pie sobre una gran piedra, miró hasta el fondo; Andrea no había llegado. Un grupo turista era lo único viviente en la cúspide: el poeta vió con placer que se retiraba.

Aparecían á su frente las dos grandes construcciones: el Partenón y el templo de Palas y Neptuno, que encerrara el tridente del dios y el olivo de la diosa. Divisó una vez más en las metopas de Fidias el anca de un caballo, y el torso de un caballero, y las piernas de una figura sentada. El frontón rasgado dejaba ver, cual por la boca enorme de un monstruo sin dientes, el cielo más azul dentro de la fauce oscura. Las grandes líneas del paralelogramo se interrumpían en el centro; lo elevado por el genio antiguo fué destruído por la pólvora moderna. Varios barriles estallaron en la guerra de 1823, y desaparecieron columnas completas, ó capiteles parciales. Monfort recordó las palabras de Tiresias sobre los frisos de Londres. Y era imposible imaginar íntegro al monumento sobre los templos y los sepulcros de la pendiente, rey de mármol, oro y bronce, con la majestad de sus estatuas, la gloria de sus bajos relieves, los trofeos de Maratón, los exvotos de los fieles y las liras de los poetas.

Monfort se dirigió hacia la otra ruina. La procesión de espectros pétreos obstruía la senda. Bloques informes, trozos de fustes, fragmentos de arquitrabes, residuos de estilobatos, mezclaban su desorden en el olvido. Pero no estaban, en general, volcados. Erguíanse como en acecho, á la espera del conjuro de un milagro para unirse y resplandecer. El pavimento tendía un solo vasto tapiz roqueño. Se antojaba la cáscara de un peñasco agresivo, cubierto á trechos por manchas violáceas y sangrientas. Más allá, vistiendo grietas, surgía un tímido herbazal. La agradable brisa de los montes lejanos era, decepcionando, la única voz del esperado milagro, al mover melancólicamente los musgos.

Monfort saltó sobre montones de mármol. Se tocaban, sin unirse, la sonrisa rósea de los del Pentélico con el blanco deslumbrante de los de Paros, y el azul esfuminado de los del Himeto con la negrura misteriosa de los de Eleusis. Recordaban allí el abandono de sus cumbres nativas que el hombre no ha hecho, y que no puede destruir el tiempo. Y la albura del de Paros parecía quitar ó los otros toda tristeza, diciéndoles: "Vivamos felices siendo informes. En el sol de Grecia que me baña veo siempre el de mi isla, y mientras me da el calor, sueño con las frescuras del mar. Y ah! que el cincel del hombre no me preste las divinas formas de la nereida que me canta desde esas aguas. Porque una vez que somos belleza, nos transformamos en botín de guerra, y no quiero, en lejanos países, juntar mis lágrimas á las de las nieblas frías."

El poeta llegó, en fin, al doble templo, el primero que tuvo cariátides. En la ciudad de Caries, los escultores se inspiraron en las danzas graves de sus canéforas. Y á su semejanza, las seis doncellas del Erechtheion aparecían de pie sobre el alto estilobato. Eran, en realidad, las columnas del pórtico. Los capiteles, fundiéndose con sus peinados, sostenían una línea de hojas ovoides y de moharras.

Los peplos, sobre el chitón, caían desde los hombros y se anudaban en la cintura, descendiendo en pliegues hasta las sandalias. Adelantaban todas un pie, con un mismo lento ritmo. Á pesar de su inmovilidad, rompían la marcha, y se creía en la conducción del templo cual un palio, pues los capiteles iban en las cabezas como ligeros canastos de flores. Monfort lameptó, como siempre, algunos peinados destruidos y algunas narices aplastadas, y buscó la perspectiva de una de las del fondo. Completa, alucinaba de tal modo, que al rejuvenecer á las ótras en un relámpago, reconstituía con su aliento el templo. El Partenón, en línea recta, parecía abrir su centro sin columnas, para que la procesión pasase á las montañas sagradas del horizonte.

En ese templo, triunfo espléndido de la gracia, representan las doncellas el esplendor griego; envejecieron, á causa de su marchitamiento, y cada peplo es el sudario de una belleza. Algo quieren decir; observan el espacio con vago mirar extático, cual si allí se refugiasen los siglos abolidos, y de allí esperaran la revelación del verbo; y no se imagina en sus labios la palabra, sino el canto. Brillan como las únicas figuras dignas de habitar el Acrópolis. En la impresionante desolación, reciben á las sombras que llegan de los Campos Eliseos. Á los mármoles usados comunican un soplo de vida; todos quieren estremercse para adquirir sus clásicos perfiles. Y siendo formas del anhelo espiritual de la Belleza, convierten aquel osario melancólico en cuna sonriente.

Monfort marchó hasta el fondo de la terraza. La leyenda contada por Pausanias vino á su memoria. Egeo esperó en aquel sitio la vuelta de su hijo, y al columbrar en el golfo Sarónico una vela negra, en vez de la blanca que debía anunciarle la derrota del Minotauro, se precipitó al abismo. El poeta miró hacia abajo; después, vió sobre la calle el coche de Andrea. Y no pensó más en las aventuras de Teseo. Su pensamiento se puso á recordar otros lugares. Una

noche de baile precisóse, al fin, en su mente. Dibujáronse en amplios frescos ninfas de Roll, desnudas, sobre verdes praderas. Desde los plafones, diosas de Lefebvre se antojaban descender al són de la orquesta. Aumentando el prestigio de sus sonrisas iluminadoras y de sus gasas volantes, apareció la máscara de Versalles. Venía envuelta en un tocado negro, con tres rosas purpúreas sobre el pecho. Bajo el tul oscuro, un coselete despedía metálicas fosforescencias, y la mujer fascinaba, cual si saliese de una nube eléctrica. Allí mismo le relató la leyenda de Tsilla, hija de Sen Nacor, la de cabellos tenebrosos; y la bautizó con ese nombre, pues su cabellera rubia manaba realmente rayos de sol, teñida en el astro al trascenderlo con su alado amante.

Y ahora, la que fué desde ese momento la forma de su destino, avanzaba vestida de blanco. Una primavera, insólita, le permitía así hacer resaltar en el Acrópolis la frescura de su esplendor, y nueva juventud arrebolaba con matices de flores el fruto sazonado de sus treinta años. Tenía en el misterio de su belleza como horas de fiesta; el poeta se repitió una frase: “la vejez de su alba es el mediodía”. ¿Y se debía al lugar, á la tarde de la anticipada estación, á la novedad de su traje renovado? Lo ignoraba; pero, más atrayente que nunca, marchando con gracia sobre los escombros tristes, era entre los mármoles ilustres, una armonía del silencio.

Se había retardado al buscar un traje que no pensó ponerse nunca al fin de Febrero; se disculpaba y traía los ojos llenos de luces, y los labios con besos, y en la mano el *Segundo Fausto*.

— Si has leído el poema — exclamó Monfort — ¿no pensaste que pudo pasarme lo que al vigía de la torre?

— No he llegado aún á esa parte. Sólo he leído la introducción, cuya atmósfera recuerda al *Sueño de una noche de verano*. Vine con el poema creyendo que tomabas notas.

— La primavera distrae. Nada de trabajo. Miremos juntos, ó más bien, oye lo del vigía. Cuando Helena y su séquito saben por Forquias que Agamenón va á sacrificarlos, conocen también que se salvarán refugiándose en un castillo. Á éste lo ha erigido, no muy lejos, una raza conquistadora. De pronto, un milagro se opera. Las nubes se convierten en murallas, forman un patio, aparecen cortejos de niños, procesiones de escuderos, y Fausto desciende con un hombre maniatado. Es Linceo, el vigía de la torre. Por su falta de anuncio, no se ha salido al paso de la reina; y el hombre morirá pagando la descortesía que hiciera cometer. Helena desea oír al preso y le quitan los grillos. ¿Que por qué se olvidó de la bocina ante la noble huéspedada del reino de las sombras? Pobre Linceo! Al resplandecer como un sol, apagó en sus ojos los contornos de las montañas y hasta el matiz del espacio. ¿Cómo acordarse de los toques?

— Y tú también, mirándome, te olvidaste de saludarme, ¿no es cierto?

Se abrazaron. La brisa ligera de los montes, que tocaba los inertes rizos de las cariátides, enardecíase con los vívidos de la mujer, en que encontraba tenues perfumes de flores.

— Quiere impedir que te bese — dijo el poeta. Y mientras ella se arreglaba la frente, donde el pelo le ponía un humo de oro, continuó:

— Al vigía, sobre su atalaya de la Edad Media, Helena le deja en los ojos palpitación de círculos oscuros. Es decir, así me lo imagino. Y esos círculos del deslumbramiento en su reino interior, son fuentes de formas seductoras, capaces de incendiar con su propio brillo. Los bosques se animan. Las ondinas salen de las grutas y reciben á las sirenas que traen los raudales. Las dafnes griegas mezclan sus epitalamios á los de las grenchens teutonas. Las encinas, flexibles como laureles, se convierten en arpas. El viento pierde su misterio nebuloso, y adquiere alas de

armoniosa claridad. Linceo, enloquecido y perdonado, se va y vuelve con el botín de cien batallas sangrientas. Esmeraldas, zafiros, rubíes, sacos de oro y de perlas, riquezas de las entrañas de la tierra y del fondo de los mares, ven la luz del aire, aumentada por los ojos de la hija del Cisne.

El conductor exclama: "Creí que estas joyas fuesen preciosas, raras y verdaderas; pero comprendo ahora su insignificancia. Todo su brillo es hierba segada y mustia. Ah! devolvedles, con vuestro mirar, el oriente que han perdido."

Fausto interviene. Que el vigía se sienta devorado por la llama de la mujer fatal, qué le importa? Él, sólo él, es espíritu verdadero del mundo medioeval, y, por tanto, la diosa le pertenece. Y dice al vigía el galán, que bello como Paris, posee la voz de los minnesinger y empuña la espada de los caballeros: "Todo cuanto este castillo encierra es suyo; superfluo es darle especiales tesoros. Que nuestras bóvedas brillen como un cielo immaculado. Que se vean imágenes de inaudito esplendor. Ve y prepara paraíso sobrenatural y despliega alfombras que pisen sus pies como flores aterciopeladas". Linceo, retirándose, cree fácil lo mandado por el señor, pues Helena dispone de los bienes y de la vida. "Ya todo el ejército está vencido, y los aceros paralizados ante la forma sublime." Á la mujer, en tanto, la arroban los acentos desconocidos. Oye una música nueva y la voz de esta otra edad la seduce, así como la belleza de Fausto la atrae. Pero Forquias llega y anuncia á Menelao, con el acento del antiguo fatidico destino. Felizmente, los tiempos han cambiado. El peligro es ridícula amenaza, y tras de la contienda se harán las nupcias. Los coros, entusiasmados, impiden la huida de Helena: los guerreros, después del triunfo, servirán la gloria de la soberana. Y Fausto, poseído por el antiguo estro, entre los fulgores de la llama exaltada en el Yon, más que decir, canta: "Italia, próxima á Esparta, conserva para

nosotros su eternal lozania. Reservada á sublimes felicidades, estás tocando el punto supremo de tu suerte: los ronos se convierten en tapices de césped; libre es nuestro destino en el seno de la naturaleza". Y así el Renacimiento se anuncia en las palabras con el gozo con que ulgura en la historia.

El poeta miró en la dirección del mar. Gasas de vapores translúcidos dejaban caer sobre las olas, en cabrilleos de argento, espíritus que perseguían cuerpos de nereidas rientes. Componían el mágico cortejo de un trirreme que acababa de partir, en la imaginación de los amantes, hacia esa divina Italia.

— ¿Y después? — exclamó Andrea, con los grandes ojos abiertos al pensamiento y al espacio, como ventanas que esperaban la luz de lo maravilloso.

— Goethe — continuó Monfort — lleva mucho más allá su ficción. En la gruta descrita por Forquias, los héroes se aman, y nace de ese amor la imagen de lord Byron, que tuvo, según el Coro, "ojo de águila para contemplar el mundo". Hijo de Grecia y de la Edad Media es el poeta romántico, cuyo propio vigor, con ser inmenso, no calma su sed de ideal, y atraído por la belleza de las mujeres como por el esplendor de los árboles, acaba víctima de sus deseos. Pero el simbólico Euforión, que baja á las cavernas y trepa á las montañas, no morirá cual muere en el episodio. En Italia, no hace mucho tiempo, evocábamos el júbilo del Renacimiento, ¿te acuerdas? Y, sin embargo, al mismo tiempo en iglesias y museos vimos un rincón formado por el huerto de un hombre: el mismo sol de su genio engendraba la luna que lo esclarecía. Y era el imperio de las imágenes de Leonardo, misterioso Patrón de la Melancolía. Así, en pleno gozo, vivía el niño alado, á quien no le basta el Mundo. Y hoy, después del Romanticismo, renace en los espíritus. Por el amor y la belleza quisiérase volar más allá de las nubes, y subir á los astros y arrancarles fuego, para en-

cender con sus chispas las humanas hogueras. Ah! cómo apaciguar el sagrado transporte que tiene en sus angustias la inquietud de lo infinito!

Al leer el episodio de Helena, si se piensa lo que el poeta debió soñar, todo resulta pálido. Sus imágenes asedian y nada puede reproducir el interior tumulto. Es que nos figuramos á Goethe libre de sus fibras terrestres, encontrando el imposible de imaginar absoluto lenguaje del espíritu. Las concepciones se quiebran en la palabra, y hasta las alas de los versos tienen, en ciertas horas de clarovidencia, plomo. Sólo la orquesta pura, en algún instante, puede hacer tocar la cumbre en que el hombre se siente divino. Y eso porque es montaña de luz, donde el alma, cual llama trémula, penetra en la claridad inconsciente de un más allá de la vida. Después, tristeza, tristeza, tristeza!

Andrea tomó las manos de su amante, cuyos ojos febriles la atraían. La tarde, en el silencio, emanaba serenidad radiosa. Sentíase de un lado el balar de los hatos, que bajaban por los montículos de la prisión de Sócrates, y del ótro, por sobre los acueductos, un platineo fulgor estremecía las tintas del mar, robadas al parecer al mármol azul del Himeto. Al mirarle, Monfort prosiguió engarzando lo ya dicho á una evocación de olas y de sueños:

— Una vez, en Viena, oía el coro de las hijas del Rin. No sé de qué manera sonaron en mí las frescuras de las aguas con maravillosas armonías, continuación de las de Wágner. Cerré los ojos, y la escena de la ópera desapareció ante otra más fúlgida. Estaba sobre una roca; mi corazón latía cantando; cantando corría la sangre por mis venas; y cantaba el mar y cantaban las nubes. De pie en el peñasco, tomé un arco que me ofrecían las sirenas desde la onda. Cómo expresar mi contento al sentirme flúido, capaz de fundir mi espíritu en el aire que llenaba la tierra y el espacio, y que al hacerse de luz, se convertía en canto del universo! Ante el mar brillante

como de nieve fundida, empuñé el arco de oro sobre el peñón de plata. Y de pronto, las inefables transparencias de un cielo de alabastro despidieron cascadas de cisnes. El prodigioso ópalo, revelaba la divinidad del éter... Dominé el vértigo encegueciente, y resaltantes entre las alburas, cual centellas de sol, silbaron mis áureas flechas. Muchos cisnes heridos adquirieron voz: sus plumajes eran mortajas, que emblanquecían aún más al oír las notas. Éstas vibraron en los que aún volaban, como en arpas de ángeles, y en los ya flotantes sobre el mar, como en liras de Orfeo. Y moribundos, estremecieron la luz, las aguas y las sirenas, y el arco cayó de mis manos y lloré como las sirenas, la luz y las ondas. La orquesta agonizaba. Al cruzar de un relámpago, el paisaje se transformó en cueva de estalactitas con argentados resplandores. Y las lágrimas de las cosas, oyendo el canto de los cisnes, se escurrían petrificándose. Y me sentí rígido, con mi carcaj y mi arco, en un silencio de eternidad que redoblaba el misterio de aquel llanto armonioso... El telón bajaba; el público aplaudía una ópera cuyo final yo no había visto. Ah! si hubiese podido expresar la escena alucinante tal como la viví un momento... Pero ni siquiera me es posible darte una idea de sensaciones, que media hora después renunciaba hasta á evocar. Si! la palabra es miserable, y la vida del artista es de tristeza.

Andrea tomó entre sus manos la ardorosa frente del amigo. “Por qué la palabra tristeza?—exclamó.—¿Por qué tanta fiebre perdida? Yo he de volverte la serenidad fecunda. Con ella se trabaja. Con ella se asciende. Observa esos montes lejanos que ponen sus nieves en el seno de las nubes blancas. Mira los ótros más próximos, de ondulante línea, con tonos de lapislázulis. Ve cómo el sol, al irse, distribuye la luz en sus matices. Percibe la pensativa calma, que sube de los bosques de cipreses, de las columnas de Júpiter, del cementerio del Cerámico. De

este otro lado, la ciudad no perturba tampoco el silencio de nuestra cúpula. Parece penetrarse, por el contrario, de la paz que, más allá de sus últimas casas, vierte el verdor de los prados cubiertos de caseríos. Dime, ¿no observas que el semicírculo construido por esas cosas custodia serenamente esta ruina? ¿No comprendes que por su influjo la meditación se desarrolla aún más, y que al contacto de los templos y de las cariátides, persigue en las formas el dón del armonioso equilibrio?"

Monfort convirtió los ojos á la nueva Atenas. La ciudad se apiñaba en torno de la cúpula blanca de Santa Irene. Las diversas torres y los techos, casi siempre rojizos, se mezclaban, y en los patios interiores, de las casas más próximas, se veían palmeras y magnolias, rodeadas de arbustos, vestidos de flores.

— Mira si por ese lado — prosiguió la mujer — el aliento primaveral no se infunde sólo en los jazmines. No son sólo esos naranjos y guindos los que cantan sus nupcias con el sol, mezclando la púrpura y el arminio, en mantos imperiales y en velos de novia. Pues hasta los viejos muros y los guijarros de esta cumbre sienten un enternecimiento y lucen las sonrisas humildes de sus jaramagos. La esperanza y la ilusión del hombre, parecen animar los árboles, y cada brote produce una flor, y cada flor sueña con un fruto. ¿Por qué no imitar lección tan amable? ¿No me has dicho mil veces que nuestro amor es fecundo? Hazlo, entonces, penetrar suavemente en el espíritu, como penetra en las cosas la primavera que tiene alas en sus aires. Nada de sobresaltos, nada de angustias. Escribe poemas que, sin ambición, brinden la gracia pintoresca de las flores que vemos, y lo demás, hasta su inmortal frescor, vendrá por añadidura, como dice el Evangelio.

El poeta no parecía oír la suave voz animadora, pues se puso á hablar con acentos de fiebre devorante.

— Cómo no llamarte mi Helena; mi alma encontró por

ti la revelación de sus más ocultas fibras. Cómo explicar lo que fuiste para mi corazón, cuando su vida inusitada pudo calmar las ansias de mi espíritu... Todo anhelo me viene de ti, y por ti se engrandece, y se purifica con nimbo de hermosura. Te hallé en el parque de mis reyes, espectro animado, vestido de nervios, creándote con tus movimientos la atmósfera en que respiraba tu enigma. Te confesé mi amor en una torre, ascendiendo hacia las estrellas, que murmuraban: nuestras luces le tejen su corona. Y en tanto, tú cantabas sin cantar, al subir palpitante, y decía tu silencio: sígueme, si pretendes lo irrealizable. T'silla gloriosa, criatura de ensueño, suprema forma de amor, ah! por qué, como Fausto, he de buscar fantasmas antiguos, si en ti se funden todos, flor de mi carne, Eva absoluta.

La voz de Monfort repercutía. Andrea reclinó la frente sobre uno de sus hombros. Dos golondrinas, pasando, dejaban caer chispas sonoras de su charla gorjeante.

Las palabras del poeta se encendieron nuevamente, siguiendo en el azur el surco de esas alas.

— Sí! besándote, soy más que Anquises, que poseyó á la misma Venus. Lo que hay en mí de inefable y misterioso y pujante, halla en ti su exacerbación más luminosa. Tú infundes poder sobrenatural. Tú tienes de los mares desconocidos el misterio, y de los cielos visibles el esplendor, y en tu alma se agita el alma del universo. Mirándote, el mundo de la fantasía real me sonríe, y el mundo real, embelesado sueña. Y al sentirte, los montes sagrados se me iluminan más bellos que en los paisajes del Fausto. Mi pensamiento huye de la ciudad, y el lejano bosque me llama. Los manantiales culebrean y vienen, argentados, á tocar tus pies con sus frescuras. Traen el ímpetu de los torrentes y se hacen ante ti dóciles arroyos. Las dríadas se despiertan en las savias, y las perfuman; las náyades se despiertan en las fuentes y las fecundan. Me abrazo á ti como la hiedra de los laureles, y las cabelleras de las ninfas se agitan melodiosas, en-

redándose al soplo de apolíneos vientos. Grabo tus iniciales en los troncos y brota miel, reclamando labios para que, al besar tu nombre, beban la dulzura. El aire, que es la salud misma, inmortaliza á los amantes bajo las frondas; y los genios de las fábulas cantan la felicidad sin inquietudes... Vamos al bosque, su voz atrae. Mas si ayer calmaste las ansias de mi espíritu, hoy tu misma pasión desborda más allá de la existencia. Ah! si pudiese olvidar lo que de ti me trastorna con misterio impenetrable! Ah! si huésped de esa selva, pudiese realizar en un solo beso, sin sufrir, el ansia de infinito que despiertas en mí sér! Y, ah! si la realidad no me angustiase con su fantasía sitibunda, entonces, saludaría alegre á la estatua humana, que por el amor empieza en flor y acaba en estrella.

— Salúdala sin miedo — dijo Andrea. Y acariciando su frente, radiante por el soplo de adoración que acababa de recibir con todos los murmurios del hechizado bosque, agregó: — Lo que tienes ahora es la inquietud de lo aún no escrito. Estas ruinas moribundas y esas cariátides vivientes; los templos de abajo; la inspiración de los montes; la luz y el aire; las tumbas, los cipreses y los olivos; los conceptos de Tiresias, y tus mismas evocaciones; todo eso, informe, te arde en el cerebro. Ya no te basta con un romance, y no precisándose, tu visión te desespera. No importa. Cálmate. En el instante menos pensado, la llama se hará armonía, y buscará palabras, y atenuará tu angustia con un poema.

Las manos de la amante dejaban sobre el pelo del poeta su ternura inteligente, con dedos que tenían ligerezas de brisas y apasionamientos de labios. Del acento de su voz caía sobre la fiebre rocío, pero en vez del júbilo tumultuoso de una aurora, reflejaba la pensativa serenidad de la tarde. Las golondrinas volvían á revolotear: sus notas estallaban como un canto del silencio. Hallaban en el Acrópolis nidos casi naturales: y el frío del peinado de las cariátides ofrecía cunas á los heraldos del calor en

Grecia. Monfort reclinóse á su vez sobre el hombro de la amada; y en un momento de abandono infinito, su agitación se fundió en suprema dulzura. Más allá de las gondrinas, crotoraban cigüeñas.

Los amantes alzaron los ojos y la dirección de sus alas los condujo á la muerte del sol en el mar lejano.

Inmaterial matiz sonrosado, más hecho de luz que de color, cubría el poniente. Algunas nubes pizarrosas estampanábanse en lo bajo del horizonte, arrebolando sus crestas con rojizos fuegos de Bengala, y el interior gris cuajábase de vetas de fuego, al parecer, culebreantes, por algodones propicios. Después, convirtiéronse en arterias de sangre, que al romper los vasos volaban en resplandor de púrpura: y el sol, deslizándose por entre el espeso corinaje, apareció inmenso en sus últimos bordes, con las apariencias de una masa de oro.

— Felices—exclamó Andrea—los que, como el astro, tras de vivificar las cosas pueden alumbrar la misma inmensidad en que se hunden.

— Sí! felices — repuso el poeta; y añadió las palabras de Tiresias: — sobre todo, si reciben simultáneamente las alas.

El sol, saludado desde el Acrópolis, desapareció en paisaje real, de hermosura quimérica. Varias nubes lucían, en sus contornos incandescentes, encajes clavados, con formas de relámpagos inmóviles. Otras, tenues, ligeras, eran semejantes al humo de un incendio; y alguna, más piadosa, se llegó hasta el mar, cual siguiendo en los abismos la frente ígnea del cadáver.

XXVII

— He ahí la calle célebre. En otro tiempo, los monumentos se elevaban á ambos lados, con bases para exponer los trípodés de bronce obtenidos por los vencedores en los concursos dionisiacos. Entre ellos había algunos de extraordinaria belleza. Según cuenta Pausanias, el Sátiro de Praxíteles, la obra más perfecta del escultor, era el simple complemento de una decoración. Hoy, en realidad, lo único que nos queda es este edificio de Lisícrates.

— ¿Es cierto que fué cuarto de estudio de Demóstenes? — preguntó Monfort.

— Ah! ya conocéis la ridícula leyenda — repuso Tiresias; — ridícula, sí, y la prueba es fácil. En tiempos del orador, la construcción hermética, de dos metros, no tenía ni puerta ni ventana. Los padres del convento próximo la compraron y convirtieron en capilla en 1669. Como veis, fué curiosa la metempsicosis de un monumento levantado por un contratista teatral á la gloria del canto. Jamás pudo imaginarse Lisícrates del domo de Kikyna, que iba á haber en el mundo una religión de Cristo, y que donde se ensalzó á Baco se oficiaría misa. ¿Sabéis quién compuso versos ahí, albergado por los capuchinos?... Lord Byron. Entre otros poemas, el de la *Maldición de Minerva*, que recordábamos ante los mármoles del Acrópolis.

Monfort se dió á observar el edificio, y Tiresias decía mientras se fijaba en uno ú otro detalle:

— Es de los primeros monumentos en que el orden corintio se ha aplicado con regularidad al exterior... Las columnas constituyen un perfecto círculo. Sobre ellas, en el fastigio, hay una gran flor de acanto... La inscripción del arquitrabe narra los triunfos de Lisícrates... En el friso, los bajos relieves recuerdan el castigo de los piratas, que Dionisio transformó en delfines, y que cantó Homero. Ved cuán delicada la imagen del dios, rodeado de sátiros... La piedra de la base donde se levantan los muros, es del Pireo, y el resto, de mármol pentélico.

— Y todo el monumento, un modelo de armonía y gracia. Su conservación asombra.

— En una época, llegó á ser cual moneda gastada, en un bolsillo sucio; pero felizmente vuestro gobierno, cuidándolo y restaurándolo, lo ha salvado. Estáis en territorio de Francia.

— Lo que no ha cambiado, entonces, es el bolsillo.

Y la mano de Monfort señaló la plazoleta y las casuchas leprosas. En el centro aparecían toneles derrengados, bajo cuerdas de que colgaban camisas y medias, respirando aún la mugre, á pesar de la lejía.

— Sí — agregó el cicerone. — Y no son propiamente esos pingajos los estandartes de los premios que alegraron estos sitios; pero hay algo más en el cuadro: el padre Felipe.

No había acabado de hablar, cuando un fraile alzaba los brazos, saludándolo. Venía con otro monje: ambos se acercaron. Tiresias presentó á Monfort:

— Fray Felipe, dad la mano á un compatriota vuestro, el señor Pedro Le Roy.

Á su vez, el franciscano dijo el nombre de su compañero: “Anselmo Beltrafio”. Éste miró al poeta:

— Me parece, señor, que ayer os saludé bajando del Acrópolis.

— Es cierto, y me llamó la atención vuestra figura. Perdonadme una manera de hablar que quizá ofenda la modestia de vuestra Orden. Parecéis un monje arrancado á las telas del Españoléto. Y por otra parte, vuestro nombre evoca á los Hermanos del Poverello, á los hijos de aquel dulce Asís, donde la sombra de un sayal es hoy fuente de lumbre.

El italiano, que lo escuchaba, dijo: “Los franceses son siempre galantes.” Después agregó, con fino acento de malicia: “Un sayal de monje tiene algo de la forma del traje de una mujer, ¿no es verdad?” Todos sonrieron, y fray Felipe preguntó: ¿Conocéis nuestra casa de Asís, señor?

— He pasado cerca de ella algunos días.

— Sois más feliz que yo; nunca he podido ir.

— Ah! y con cuánto gusto volvería; adoro los paisajes de la Umbria y sus pintores.

— Siquiera — exclamó fray Anselmo -- esos maestros trocaran la admiración de los hombres, no en artículos de crítica, sino en humildes y fervientes rezos...

— Si os respondiera “así sucedió”, mentiría, padre. No elevé oraciones, compuse versos. Pero el amor con que los escribí me habrá hecho quizá perdonar mi falta de fe. ¿Os parezco contradictorio? Sin embargo, lo dicho no es menos cierto. La figura de San Francisco, entre los hijos del Evangelio, es de las más seductoras para todo poeta. Y sucedió que en el convento había un fray Jerónimo, suerte de estampa física del gran santo. Era también puro y piadoso. Cuando yo lo conocí, el destino lo probaba con crueldad. Un ataque hemipléjico lo había dejado mudo. No acertaba tampoco á escribir, pero comprendía. Como le era imposible confesarse, no quería decir misa, aunque en recompensa de su santidad gozaba de autorización. Debía de creerse castigado por una falta desconocida. El padre guardián, con fineza y elocuencia, me habló de tan curioso caso. Por sobre todas sus devociones estaba la de

la Virgen. En su celda tenía un retablo con la escena de la Anunciación. En sus excursiones al mercado de Perugia compraba siempre la paloma más bella, y embalsamándola con arte, la ponía sobre el nimbo de la celestial imagen. Ninguna le parecía suficientemente blanca. Una semana después de partir de Asís, supe en Orvieto que había muerto. No oyéndole tocar á maitines, cosa que hacía desde tiempo inmemorial, un lego penetró en su celda y lo encontró inerte. Sin saber cómo ni por qué, la paloma del retablo yacía por tierra. Entonces terminé un poema ya empezado. Pinté la agonía espantosa del santo hombre, sin levantarse de su cama, sin poder llamar, sin recibir sacramentos. Su ferviente rezo conmovió á la Inmaculada; la paloma se llenó de sangre y vida; batió las alas, y silenciosamente besó, sobre lívidos labios, el alma de fray Jerónimo, que, al verla, bendijo el sudor de su muerte.

Fray Anselmo exclamó:

— Lamento, señor Le Roy, ya que no puedo teneros por penitente, no teneros al menos por poeta.

— Lo sería, padre, con mucho placer; pero no os deseo tales inquietudes.

— Ésas son las buenas — contestó con acento de sinceridad el fraile.

Era menester separarse. El griego se fué con los monjes, que llevaban su camino. Monfort ofreció visita solamente á fray Felipe, pues el padre Anselmo partía esa noche para Constantinopla. Tiresias, mientras bajaban la calle de los Tripodes, oyó á su amigo, que le preguntaba chancando:

— ¿Cuándo podré encontraros sin este bastón?

— Nunca. Soy un ateniense de la vieja república, y mi báculo lo mandan las leyes.

— Pero sois contemporáneo, por amar la compañía de los franceses — exclamó fray Anselmo; — acabáis de dejar úno, y veo que sois camarada de su reverencia. Á pro-

pósito, ¿cómo se llama en realidad ese señor forastero?

— Pedro Le Roy.

— ¿Y si os equivocáis?

— Repito lo que él me ha dicho. Y no comprendo por qué un caballero distinguido ha de viajar con un nombre falso.

— Voy á responderos á las dos cosas. La primera, la sé por casualidad: la segunda, por perspicacia, que en este caso no tiene que ser muy grande. Ese señor visitó á Asís estando yo de misión en los Abruzos. Es hijo de una marquesa italiana y fué recomendado al convento por una parienta. Iba á estudiar la pintura del país. Yo regresé al poco tiempo de su partida. El guardián conservaba un retrato firmado que le dejó con su limosna. Inmediatamente lo he reconocido. Se llama conde Juan de Monfort.

— El poeta de *La Canción de Eva*?

— No conozco ese libro; sé que ha publicado algo sobre el Japón y algunas novelas.

— Pero si es un escritor conocidísimo...

— Ahí tenéis la razón de por qué se ha transformado en Le Roy. Querrá verse libre de periodistas y visitas. Por lo tanto, silencio, y olvidad mi indiscreción. Hemos llegado.

Fray Felipe invitó á su amigo: deseaba leerle su primera conferencia de cuaresma; Tiresias entró con los monjes al convento.

XXVIII

Andrea observa los ojos de su amigo. No es la primera vez que le mira ese fulgor escapado de la llamada interna. No es la primera vez, tampoco, que le siente partir de un punto, y enlazando imágenes, nacidas como olas de otras olas, tejer ondulantes mallas, donde el pensamiento vibra con sobresaltos febriles. Eran especies de pescas milagrosas y cazas fantásticas. Creía oirlo bajo el imperio de una alucinación. Su voz, más sonante, más envolvente, resultaba más ágil y más profunda. Revolvíanse sus ideas en las crestas de espumas alegres en el roce del aire azul, ó se hundían en sombras de regiones tristes, para traer algas de honduras misteriosas. Su espíritu penetraba en desconocidas selvas, animándolas como con ebriedades de hachich. Su pensamiento, vestido de sutiles llamas devorantes, vagaba por un piélago de luces que querían convertirse en notas. Las imágenes, por último, intangibles en la región de lo infranqueable, desaparecían en un vértigo de bruma. Entonces se detenía, fatigado, sér caído de una cumbre y al parecer ausente. Todo eso conocía Andrea, y en esa noche, Monfort se enardece, y ella, con pensamientos delicados, trata de atraerle á penumbras de calma, y poner en el ardor febril frescura pacificante. Se hace un silencio; el poeta dice:

— ¿Sabes lo que fui? Un hastío sin límites. ¿Sabes lo que soy? Una embriaguez sin formas. Nadie como yo ama

la Belleza, y he concluido por ignorar en qué consiste. Nunca podré escribir obra digna de lo divino que hay en el alma del hombre.

— No eres tú quien habla — responde la amante. — Te han exaltado perniciosamente los anhelos de la noche, que van y vienen en los rayos de la luna.

— Los astros son bellos, y lo son los montes, el mar y el cielo. Las bestias no comprenden, ni cuando mueren, la ironía de su esplendor. Sólo el hombre es capaz del dolor físico, y del sufrir de la hermosura; la gota de agua que refleja el firmamento, tiene para él la apariencia de una lágrima.

— Vámonos de aquí. Dejemos el Acrópolis. La luna es mala inspiradora...

— Ah! nó, salúdala en su cielo y vivamos en su reino. Mira la gradería luciente del monte, cual bañada por un mar; tal brilla el astro de fluido sobre los mármoles. Las cadenas lejanas no se ven: las encaperuza el airón argentado del manantial esparciéndose en perlina niebla. Á nuestras plantas, los trozos azules y róseos, del Himeto y del Pentélico, aparecen niveos cual los de Paros, en torno de las sombras de los Eleusinos. El Partenón sobrecoge, envuelto en la aérea destellante fimbria, y en silencio que solemniza su belleza, transforma esa luz en aureola sutil de incienso. El mismo incienso espira azulados reflejos en las moharras salientes del Doble Templo. Dentro del pórtico, sobre el muro, hay un tapiz de claror y ótro de tiniebla, y las cariátides alzan los ojos hacia la luna, hallando un espejo en armonía con su tristeza. ¡La frialdad de los mármoles! ¡La frialdad de la luz! ¡La nieve de la luz! ¡La nieve de los mármoles! ¿No percibes cómo engendran un calor extraño? ¿No sientes cómo el alma se dilata, mientras los sudarios de las doncellas le ofrecen resurrección de encantamiento? Toda esa heladez exhala divina fiebre. Estamos en un cementerio de piedra que pide flores á los jardines del alma. Sobre esta cumbre, cien

ensueños se han batido con un millón de realidades, cual los bravos griegos de antaño con los persas invasores. Todos murieron; la sombra de Pericles puede clamar que la colina perdió su primavera; y los mármoles dispersos, son sus lápidas. ¿No es verdad que resplandecen con tal impresión? ¿No es cierto que los epitafios sin palabras, y con pensamientos de un agua fecunda que muere estéril, los escribe el gorgoritear de esa acequia no escuchada en el día?...

Andrea oye, en efecto, el rumor, quizá despertado por los genios que tejen y destejen la respiración de la Noche. Apoyándose en el muro pelásgico, los amantes sienten también el canto de varios grillos. Monfort los cree pedales del silencio, pues lo hacen más vibrante ó le ponen sordina; y lo va á decir, cuando oye un grito: "Mira". Sigue la dirección que le indican y no ve nada.

— Más allá, en la columna que se quiebra, en el muro derruido, sobre las piedras de micas, hay un Pierrot silencioso.

Juan avanza: "¿Dónde, dónde?" Andrea llega y exclama: "Era un efecto de luz; fué ilusión de un instante".

— No importa; fulgura en todas partes. Gracias, amada mía. He ahí el poema que me faltaba. ¿Conoces á Pierrot? ¿Sabes cómo vive en esta ilustre cumbre?

— Pierrot es el amante de Colombina, y el zumo de la vid no le disgusta.

— Calla, te equivocas. Sér de verdad, de dolor, de blancura y de sueño, habitó los montes muertos de la luna, y ante la vida de la tierra, no puede expresar su asombro, mudo y enigmático. Será inmortal mientras sufran las almas y brille ese astro. Es un engendro de la nada que, lleno de humanidad, conserva su primitivo sello. Bañado por el sol, se transparenta hasta desaparecer, cual la llama de una antorcha. Llega la noche y vuelve á brillar: la sombra lo convierte en lumbré. Sobre todo si la luna se esconde, resplandece, y las flores se elevan hacia él cre-

yéndolo la claridad astral. La tristeza que siente al no expresar su amor á la hermosura, lo hace sagrado. No se le concibe con un clavel de fuego, cual cetro de su imperio de quimeras: hasta sus labios tienen la sangre de una rosa nivea. No se le puede imaginar con clámi-de de púrpura: hasta el armiño de su traje es el lino de un sudario. No puede hablar, pero piensa: es una esfinge macabra que gesticula y la más atrayente imagen del sueño, que es, á su turno, una muerte viva. ¿Comprendes? Oye... La angustia serena de la luna resume la nuestra divina. El personaje flota como hijo de su emanación y de la fantasía, en atmósfera llena de misterio: y es la belleza del astro encarnándose, para sufrir, en mutismos que tienen el silencio de sus montes sin aire, de sus cráteres sin fuego, de sus lagos sin agua. Ah! sí, sus pensamientos y sentimientos son luces asfixiadas en cárcel de nieve... La última vez que le vi fué junto á una joven muerta. Le arrebató una flor virginal que tenía entre las manos; sus mangas le sirvieron de alas, y parecía ascender con una plegaria blanca. Al llegar á la luna, todo el astro fué su nimbo. Sepultó su tesoro en la más alta cumbre, y para que brotase, no se contentó con gesticular, y lo bañó de lágrimas. Ah! quién pudiera recoger un lirio de aquella planta, maravilla triste, resplandor humano, única gracia sensible de los montes de la luna... Hoy le veo descender á Grecia. Mirale en el mar; sentado sobre un delfin, enseña á la última sirena la canción con que ha de atraer á los vagabundos soñadores. No es el antiguo acento con un imaginar de pámpanos y de vinos en grutas de corales ígneos. Los cabellos de la hija de las olas son rayos de sol metamorfoseados al tocar su propia fantasía; pero Pierrot le dice: no cantes con esas ideas. Y le da el nuevo tono de la inquietud, en vez de infundirle el de los alegres amores. Y ella presiente la voluptuosidad de mirar reflejada su hermosura en el llanto que inspiraran sus notas. Y canta su voz de oro con el alma del genio blanco,

y los soñadores caen á las ondas de mar y luna, atraídos por el vértigo de la melancolía... El Pierrot después salta á tierra. Trasciende rocas y campos y llega al Acrópolis. Las blancas cariátides le atraen. Delante de ellas gesticula, y las estatuas pierden su serenidad contemplativa. Pero nó, me adelanto; ¿tienes frío?

— El abrigo se me ha desarreglado — responde Andrea, ajustándose sobre el chal la mantilla española con que se cubre la cabeza.

Una sombra sutil le baña la frente, resaltando más la blancura de su rostro entre los encajes, donde la luz astral se enreda. Monfort prosigue:

— Dos amantes llegan á la cumbre. Se sientan aquí, cual nosotros. Sus labios se juntan, como los nuestros. El hombre aspira perfumada tibieza. Ese hálito, más que la palabra y la nota, el color ó la línea, es la emanación de un alma fundida en todo un cuerpo. Por ambos pasa el amor con algo de dulce agonía, que no canta para morir soñando. Quisieran resucitar en un mundo de eterna juventud. El anonadamiento es la suprema vida. No desunen sus labios, temerosos de que las almas que se dan cita en ellos se queden desamparadas en el aire. Después ella aparta el pelo del amante, cual si despejase una sombra de su frente, y lo baña con un rayo divino de sus ojos. Parece que te imitara. Y como me pasa á mí, de su amor le nace á él la luminosa fuerza: y la siente tan en su sér, que la considera flor de su inteligencia. Luego, infundiendo la fiebre de su sangre en la suya, habla como al ritmo de un solo corazón, con arrebatante ardor que acaba en himno de belleza.

Las cariátides se estremecen. Las dos voces, en un desborde de pasión, dan calores á su frialdad; y adquieren memoria, y con la memoria, vida. En ellas resucitan diosas y mujeres.

Los amantes, absortos á su vez, escuchan. Venus es úna, y narra sus amores con Anquises. El pastor fué el más

feliz de los hombres, haciéndola la más feliz de las diosas: él pensaba en la mujer sublimizada, y ella en el dios humanizado. La inquietud de un más allá no perturbó sus tiernas y violentas caricias.

Cassandra resucita en ótra, y recuerda al héroe que la hizo su esclava, al atrida de apasionado corazón y de músculos de toro. Si no hubiese sido por Clitemnestra y su hacha, la ventura le hubiese hecho olvidar los espantos de Troya.

Ifigenia, á su lado, lamenta salvar del holocausto para morir de tedio en los altares de Artemis, y suspira por los jóvenes combatientes de dulce mirar y de brazos de hierro.

Polixena, muerta sobre el sepulcro de Aquiles, llora el sol abridor de aquellas rosas que, entrelazadas por los amores, jamás ciñeron su cintura de virgen.

Helena, olvida los males cruentos que sembró á su paso. “¿Por qué los hombres fueron tan salvajes? Debieron amarme como se aman las flores y los frutos, y como flores y frutos, vestir los pensamientos, al contacto del placer, la hiedra de los festivos tirsos. Mas no les pude pertenecer en secreto, y riñeron cubiertos de sangre, lo mismo en mi vida legendaria de Egipto, que en la cierta de Grecia. ¿Por qué? El amor era un huerto, y yo la jardinera; culpa mía no fué si me raptaron en vez de recibir discretamente mis dones.”

Medea también resucita. Evoca la expedición de los Argonautas. Va en ella porque ama, y traiciona sin remordimiento á padres y hermanos. Cuenta las aventuras de Caribdis, cuando Orfeo rompió el hechizo del cantar de las sirenas. Cuenta la visita al jardín de las Hespérides. Hércules había ya robado las manzanas de oro, pero ella, al mirar los ojos de Jasón, creía que los astros entre las frondas eran los frutos. Cuenta sus crímenes y sus milagros. El abandono de su amante y el degollamiento de sus hijos, el martirio de su rival por el

lón de la túnica envenenada, y su vuelo por los aires en el carro alado, y su nuevo casamiento con Eneas, en el *Ítaca*.

Así, en diosas y mujeres, vírgenes ó desenfrenadas amorosas, vibra la misma esencia, con diversas palabras, aunque con igual acento. Sus dolores y crímenes y añoranzas nacen del amor no compartido. Pero si el acorde existe, todo es alegría: el gozo, perfecto; y las angustias de lo infinito no turban jamás sus sensaciones.

En tanto, los viajeros del Acrópolis, amantes de nervio y hueso, con el afán de un más allá, en la exaltación de sus almas, padecen extrañas fiebres de ensueño. Su himno ardoroso y lánguido, por no realizarse plenamente, dió á las estatuas el verbo. Y las mujeres de mármol, al convertirse en carne, sin comprender la tristeza de aquella clase de amor, felices con los recuerdos del suyo, trágico ó idílico, parecen querer equipar el venusino eskuife. Ah! sí, que se acerque pronto para Chipre con sus remos de marfil y rosas, dando á los sentidos y al aire, la armonía de sus velas y las nubes de su incienso.

Mas he aquí que un nuevo personaje surge. Los amantes le ven brillar fantástico sobre las columnas y muros del Partenón, y desprenderse ágil de un juego de luces y de sombras. Es Pierrot. La inmovilidad de las cariátides seduce su inquietud. Quiere atraerlas, y gesticula. Es como un genio entre estatuas de sepulcros. Ha visto desde lejos remover sus labios: ¿por qué callan ahora, extáticas? No puede hablar y por su pensamiento cruzan ráfagas estremecidas: "Represento más que vosotras. Desprecio vuestras formas. Soy la idea. Cuando caigáis pulverizadas, aún existiré. A los viejos poetas les entierro con flores, y á los nuevos les mezo la cuna. Mi nieve destellante es la mortaja viva de un sol muerto. Tenéis mi albor, pero el polvo os mancha; yo no envejezco, me río del tiempo; soy hijo de la primavera de la luna, que es el astro del ensueño"... Los amantes viajeros, que

no oyen ni le ven, vuelven á hablar; y suenan las ideas de las íntimas sustancias, en arrebató de misterio, de instinto y de hermosura; y las cariátides, animadas, vuelven á existir, y el Pierrot aprovecha para atraerlas con sus gestos. Él también parece, por su blancor, estatua, y por su vestido flotante, un griego. Cuando lo rodean piensa: "No, galantes damas de mármol y alma, no soy ateniense, soy un muerto; y todos los muertos, pareciéndose, resultan compatriotas, y yo soy tan asirio como germano. Danzad al rededor de mí. Vuestra belleza me subyuga; ah! si pudiese hablar!" Las estatuas creen al personaje capaz de volverlas al mundo del canto que han oído brotar de la sombra con notas desconocidas. Las bodas, sin embargo, serán imposibles. Á la luz de la luna, juegan ellas como las antiguas ninfas, pero con un sátiro, que es un espectro. Lo llaman, y como él no puede responder, rien con la risa colérica de los dioses de Homero.

Los amantes dejan su rincón discreto y caminan sorprendidos hacia aquella danza, que tiene sol en la carne y luna en el espíritu. Estatuas y genio blanco ignoran que sus nupcias irrealizables, de melancolía y regocijo, de realidad y quimera, de vida y de muerte, se han hecho ya en las dos almas que les dieran resurrección. El Pierrot se evapora, dejando á las estatuas su manto; y Helena, Venus y Medea lo toman, y se les deshace en haz de rayos que se vuelve á la luna. Después se inmovilizan bajo el pórtico. Pero un destello de aquél ha caído en los viajeros como en tierra fecunda, y les forma un nimbo de apoteosis, mientras se oyen en el silencio las gotas de la acequia marcando la eternidad, en clepsidra olvidada por los viejos dioses, y reconstruida por los nuevos... Así será mi poema: ¿no es así nuestra existencia? Dar al amor humano un anhelo divino: he ahí nuestra grandeza y nuestro castigo."

El poeta ha hablado sin detenerse. El ritmo de la sangre le late en las sienas, y éstas se esfuerzan en encarce-

larle el pensamiento, que nubes de luz, seducen y llaman, como sirenas de plata, desde el mar opalino del espacio. Mas no ha notado la palidez intensa de Andrea.

— ¿Qué tienes?

— El aire.

— Nó. Eres tú la que tiembles.

— Es cierto. El relente me ha hecho mal. Bajemos.

Monfort, al tomarle las manos, se las sintió más frías que los mármoles del asiento.

XXIX

La noche del Partenón se le declaró á Andrea, después del enfriamiento, una fiebre devorante. Un médico, llamado á la carrera, les había dicho: “Famosa imprudencia; pero, en fin, supongo que esto acabará pronto”. Y efectivamente, así fué con tres días de reclusión y de quinina. Monfort, sin apartarse de la enferma, volcó sobre el papel notas, apuntes de ritmos, versos ya hechos y el plan del poema concluido. Sufrió una de esas ráfagas que le pasaban por la mente, como con regueros de chispas. No había sido infecunda, pues el poema estaba ahí, casi edificado; pero nada era comparable á su ebriedad interior. Un libro como *La Canción de Eva*, ya no le satisfacía. Sin embargo, por él era célebre y glorioso en el mundo. Andrea hasta sentía despecho de que no le parecieran inmejorables sus versos. Uno á uno, nacieron entre sus caricias; y fué su amor la lírica fragua. Clavó en el tronco el hacha, buscando un hilo de miel, y saltó iridis-

cente una llama armoniosa y sutil. Después, acontecimientos favorables unieron á los amantes con guirnaldas de flores y cadenas de hierro. La mujer, en la continua vida íntima, observaba más al amigo. El brillar de su espíritu en ciertos ratos, concluyó por inquietarla. Su perspicacia inteligente sintió en ello la tristeza de lo irremediable. Lo que él llamaba anhelos de infinito, eran los inefables transportes de sus más íntimas sustancias, abiertas al sol del amor y de la belleza. Albergábanse, además, en su sér varias almas, y entre ellas muchas de sus antepasados, cual si le atormentaran interiormente sin salir á la luz; los cuerpos antiguos estaban bajo tierra, pero sus pensares en atavismos estremecían ese corazón y ese cerebro. Percibía también en él la nostalgia de la región que no existe, ánima desterrada de otros astros en pena por el mundo. Y no se le ocultaba que la pasión enardecía todas sus fuerzas. Ella, en otro tiempo, le había sacado del marasmo, de la muerte de sus ilusiones y de la atonía de sus facultades. Al matar su estéril hastío, le sacudió con diversos sentimientos, con distintas angustias, desde el torcedor de los celos hasta la ebriedad triunfante; y en campo fértil, le inspiró gritos apasionados, raptos de imaginación, fantasías de arte, obras maestras en su género. Ahora, ese mismo amor, sin los pesares que vienen de los acontecimientos, mas con el sufrir de la exaltación de su esencia, en el cuadro de la Grecia, le levantaba por sobre todo lo humano, perturbándole la visión de su romance, sugiriéndole poemas y haciéndole desdeñar su anterior literatura. Andrea miraba aquel hijo de tres sangres, que resumía tres patrias, flor completa de su raza, maravilloso instrumento de sensibilidad latina, como un cofre de reliquias antiguas, como una fuente de sensaciones modernas, como un valle que ofrecía un eco á todos los dolores, gozos y hermosuras del universo. Llevaba adentro algo más que *La Canción de Eva*; otra música alta y profunda que quiza jamás expresaría por misteriosa. Por eso sus mejores bellezas se

le antojaban pálidas, y la desproporción de lo imaginado con lo escrito, se le convertía en ácido corrosivo. Andrea le sentía á menudo, después de esas exaltaciones, escapado de algo semejante á una tormenta, humilde, sin decir nada, refugiándose en sus brazos, como un niño. Y así, en la tarde en que acabó el plan de su poema, ella le acariciaba con dulzura, casi adormeciéndole, sin decir tampoco nada, y pensando enternecida: “Que lo que él no puede crear en el libro, lo hese yo al menos sobre su frente.”

XXX

— Hay paisajes que, como ciertos hechos, quedan grabados en la memoria. Repentinamente, la célula marcada vibra porque sí, y nuestros ojos se llenan de la causa impresionante. Nada más curioso que tal fonógrafo: da voces, con luces, dibujos y colores. Estamos en este huerto contiguo al jardín de Tiresias, y no sé cómo, acabo de pasar entre Montecarlo y Génova. ¿Lo que he visto? Un cuadro en el cual no había repensado nunca, pero que contemplé una tarde. Sobre la cima de un monte, una enorme cruz arrojaba su sombra, como hecha por dos alas rígidas del sueño de un penitente. El tren penetró en la noche del túnel, y salió vertiginoso al día deslumbrante. El monte se dibujó de nuevo, y esta vez con el Mediterráneo á sus plantas. Sobre los cantiles blanqueaban tumbas, la cruz erguía en la altura, astro del rincón de olvido, y el mar, vibrante como un salterio, lo ceñía retratando en su ple-

garia al firmamento. La noche de otro túnel me sorprendió: la visión había durado un minuto.

— He ahí la vida, amigo mío. Entramos y salimos de las sombras para ver cosas nuevas, casi siempre tristes, aunque sean bellas, hasta que se llega al túnel infinito.

— Supongo que mi mal no va á contagiarte ahora.

— Ah! nó, perdón. La fiebre me ha debilitado. Decididamente, no he nacido con resignación de enferma. Después, me contraría irme de aquí. ¡Estábamos tan bien! En fin, espero que á Tiresias le habrán dado un falso dato.

— Ya lo sabremos. Á mí no me disgusta lo imprevisto, y los baúles hechos á escape me seducen.

— Constantinopla, con toda su poesía romántica, no me dice nada. Tengo á Grecia cariño, porque me ha curado de muchas penas con la dulzura de su vida. He sido tan feliz, que me atemoriza dejarla! Cómo han pasado los días sin sentirse!

— El tiempo es siempre así. Si queremos oírle en su inmaterialidad, produce al marchar una sensación inquietante. La he percibido sobre todo en un rincón de museo que casi nadie visita. ¿Conoces á Arles?

— Nunca fui, á pesar de que mi padre soñaba á menudo con las tardes del cementerio de Alicamps. ¿No es éste el que cantó el Dante en la *Divina Comedia*?...

— El mismo. Y en la nave de un templo abandonado se encuentran muchos de sus sarcófagos romanos y, además, lápidas cristianas y fragmentos de varias suertes. Los pasos aguzan el secular silencio del recinto. Los epitafios de los mármoles ateridos pueblan la paz de pensamientos augustos. Los recuerdos de la mente encuentran en la imaginación una forma evocada, que si no es cierta, fué real: los de las cosas puramente espirituales no hallan, para encarnarse, cuerpo quimérico ni verdadero. Por ello, esas losas sepulcrales tienen sutiles hálitos, emanados como de una memoria, que lucha, por formar con las letras, claves de vida, sobre inscripciones de muerte. Al-

gunas estatuas levantan el busto, atentas al Silencio, para penetrar en lo que encierra. Descabezado, se yergue un Mitra. El dios solar de los persas, que agasajó Roma, fué esculpido en la colonia marsellesa. El reptil, que muere de su vientre, se estira entre los signos zodiacales. La Osa tiende en vano una balanza para recibir la sangre, que no corre, de la marmórea herida. El dios rige el curso de las horas. Cuando yo lo visité, un rayo de sol lo ceñía, y hallaba en su blancura el sudario de su oro. Mas antes de morir brillaba irónico. El oído de Mitra había volado con la cabeza ausente, y así el ídolo era la imagen de que yo no podía ver á ese Tiempo impalpable, á pesar de sus pies ciertos. Y de repente, recibiendo el fugaz poder iluminante de las sensaciones abstractas que se corporizan, cruzó y desvaneciése con el paso sigiloso de un malvado.

— Metámonos más adentro, la llovizna vuelve.

Monfort y Andrea, que esperan á Tiresias, acaban por correr los cristales de su pabellón de horticultura.

— Oh! cuán serena tarde!

— Oh! que se está bien aquí!

La melancolía de los amantes empieza á disiparse. El aspecto de la hora les inspira dulce calma, al penetrar en la atmósfera íntima del recinto. Y hablan de su futura vida en París. Se casarán en las afueras de la capital, en cualquier pequeña parroquia, para evitar, con discreción, la gran ceremonia. Ella no quiere que se piense en abandonar el departamento de *Barbet de Jouy*. Ah! nó; desea instalarse, en plena luz, en la casa donde ha entrado tantas veces furtivamente. Sueña con la biblioteca en los días de invierno. Será menos turbulenta que antes. En el romance de Fideas, es menester que domine más que la pasión, el pensamiento y la armonía. Vivirá entre los libros en las horas de trabajo, como el felino silencioso y familiar de Gautier, que adivina y estira negligente la pata, para atrapar al vuelo la idea que desciende del cerebro

á la punta de la pluma. Monfort se acuerda entonces del soneto de Baudelaire, y tomándola de las manos, le recita con ternura: *Viens, mon beau chat, sur mon cœur amoureux...*

En tanto, afuera sigue la llovizna, gratisima, transparente, murmurante. Es más bien un velo que se teje á sí mismo flotando en los aires. Pero el encaje no se condensa, y antes de existir se deshila. Contra un invernadero, un cántaro feliz reposa de sus trabajos; puesto que llueve, no hay por qué ir á la fuente. La calma llena el firmamento, se concentra en el huerto, ennoblece los objetos triviales y les da una suerte de hermosura. En un rincón, se apoya sobre el muro una escalera. Soñando con la mano que allí la dejó, se ha dormido en el sereno ambiente. Si la tocan, sufrirá un sobresalto. Sobre las cercas crecen rosales, y sus verdores respiran con fruición las frescuras del cielo. Las rosas se abren humedecidas, cubiertas de lágrimas de gozo; y envueltas en su propio perfume, no se estremecen para no difundirlo y sentir mejor su encanto. Más allá, los plátanos, sin perder las labores de sus dibujos, convierten sus hojas en niebla sutil; y los cipreses, sin un rumor, exhalan su vagarosa humedad, como en oraciones de recogimiento. La escalera no parece trasponer el muro con el objeto de subir á un árbol, sino para facilitar el camino del espacio. Allí, en atmósfera de ensueño, reina el olvido de toda pena, las inquietudes se aduermen, y la paz de los espíritus es armonía fecundizante, cual la llovizna acariciadora de cipreses, almas y rosales...

XXXI

El día antes, Tiresias había llegado ya entrada la tarde á su casa. Á los amigos que lo esperaban les dijo: “Todo es cierto. Al principio muchos tomaban á la señora por Jane Hading, de la cual, sin duda, algo tiene. Hoy se sabe perfectamente, señor de Monfort, vuestro nombre. Un diario de la tarde acaba de dar la noticia: y algunos estudiantes y escritores piensan saludaros mañana á la noche.”

El poeta pensó inmediatamente en Andrea, y en todas las subsiguientes incomodidades; por eso ahora están á bordo del *Semiramis*.

El cochero Patronio acaba de despedirse con sencillez y emoción, agradeciendo los regalos enviados á sus hijos. Tiresias besa la mano de la mujer: “Sea la felicidad la sombra de vuestros pasos.”

— Señor, vine á Grecia á visitar estatuas y dejo un amigo.

— Bueno, adiós.

— Decid, hasta la vista.

— Si el destino lo quiere, hasta la vista.

Los dos hombres se abrazan.

— Os deseo, como en los cuentos egipcios: ¡Salud, gloria, fuerza!

Monfort responde: “Yo os saludo como el pastor árabe, tocándome la frente y el pecho, es decir, con la cabeza y el corazón, agradecidos.”

Y en estos amables juegos de palabras, las sonrisas se inmutan: todos se separan apenados.

Una vez en el camarote, entre los baúles y los enseres ya revueltos, Andrea habla: "Pienso en nuestro cuarto del Hotel de Inglaterra. Quizá ya está ocupado. Es imposible que nuestra felicidad no haya tomado allí alguna forma. Imposible que ese nuevo pasante no encuentre algo hostil en las cosas llenas de nuestros recuerdos, empeñadas en defenderlos. El pliegue de una cortina ¿no tiene á veces la expresión de un semblante? Ah! nó. Todo es quimera: lo único cierto es que estos viajes son la imagen del eterno, y que dejar un sitio es, realmente, morirse un poco..."

— Basta de divagaciones, señorita Matzuyama, y vamos arriba; el vapor ya marcha; luego tendremos tiempo de arreglarnos.

El *Semíramis*, en efecto, sale lentamente del Pireo. Monfort ve dibujarse el Faro y después lo que se imagina tumba de Temistocles. Recuerda la primera estrofa del *Giaour*: "Ningún soplo rompe la onda rodante bajo el sepulcro que en la cima de la roca hiere el primero las miradas del nauta vuelto á su patria". ¡Pobre Byron! Él no tuvo esa calma contemplada, ola que hinchó su destino, dejándonos las espumas brillantes de su tempestad... Navios de guerra ingleses y franceses confunden quillas y pabellones. Una división rusa muestra el perfil de los acorazados, vestidos, al parecer, de mica's relumbrantes. Los colores griegos no abundan: los trirremes de Temistocles son fantasmas más pulverizados que los despojos del orador en su peña. En otros tiempos, en esa costa, por la afluencia de extranjeros que producía la gloriosa región, se levantaban templos á dioses extraños. Hoy aquellas máquinas, insolentes, dominadoras y brutales, congregadas por los asuntos chinos, hacen, con desprecio del país, flamear sus banderas al viento, que trae el rumor de los olivos del Ática.

La costa se distancia. La bruma ligera toca las montañas, lejos, y los buques, cerca. Monfort ve en un recodo desaparecer las escuadras. El Licabeto perfora la gasa transparente, dominando la nieve de los montes más bajos. El Acrópolis surge y el Partenón se destaca. La estela del navío se dibuja, se alarga, y no se borra, sobre aguas tranquilas, y el templo parece seguir sus movimientos. Se le observa como á menudo la luna entre nubes, avanzando, hasta que de golpe se detiene, porque el *Semiramis* cambia de rumbo. Andrea agita el pañuelo silenciosamente.

— ¿Qué haces?

— Saludo al Partenón.

En el fondo de su alma, la inquietud y la tristeza la oprimen. ¡Quién sabe si no acaba de abandonar á su ventura entre las columnas ilustres y las metopas destruidas! Monfort evoca montañas, ríos, ruinas, ciudades, y dice también su adiós á la Grecia. Allá se pierden las cumbres legendarias, de donde se fueron los dioses, para dejar sus nombres á nuestros astros. Y el país queda semejante á un santuario que cubre el palio triunfal del cielo, mientras el mar lo envuelve como aro juvenil de una joya vetusta.

LIBRO SEGUNDO

LIBRO SEGUNDO

I

El *Semiramis* se detuvo un instante en Tchanak-Kalessi para mostrar su patente á las autoridades turcas. Habían llegado á los Dardanelos. Sobre el Quersoneso se levantaba la ruina del Acrópolis de la antigua Madytos. Del otro lado, en Asia, no podían distinguirse los restos de Abidos. El poeta recordó la tradición de los amores de Hero y de Leandro. Después refirió á Andrea las aventuras de Byron, renovando en las aguas la proeza natatoria del amante. De seguida se despidió de la Grecia, con una última evocación. Allí fué donde Jerjes echó el célebre puente para invadir la Hélade. Era menester también saludar al Imperio Otomano, pues en el apenas visible castillo de Tenenick, construído sobre Sestos, los turcos plantaron su primer estandarte en Europa.

La Grecia se había quedado atrás con sus últimos imponderables días, en que la primavera, anticipándose, puso una sonrisa más viva en el azul de cielo y en las cosas de la tierra.

Andrea estaba envuelta en martas cebellinas, y Monfort

en un capote de viaje. El *Semiramis* echó á navegar de nuevo. Entonces, acercándose, se dibujó en la curva la ciudad. Fachadas amarillentas, con ventanas verdes, surgieron bajo nubes que, en la perspectiva, las tocaban. En el centro emergía la torre puntiaguda de un reloj, y alminares vecinos se embozaban en neblinas. Atrás, un monte coronado de robles negros, despedía refulgencias de nieve; y algunos lomos violentos rasgaban su evaporación de leves gasas. El buque halaba por entre placas tranquilas, en que el áspero azul de Prusia se deshacía en verdes de hojas tiernas. Un peñón, gigante fabuloso, salió al paso, desapareciendo luego en la solemnidad de su propio silencio. Nubes preñadas de tormenta construían en los horizontes montes fijos, y ótras, de diáfano destellar, se corrían como telones, ó giraban como risueñas hadas. Por fin, sobre una región hosca cual de hechiceras trágicas, se abrió un agujero azul, dando la sensación de conducir á un infinito de escarcha. Después desapareció, y las alfombras de nieve de las playas reflejaron una bóveda de hielo.

En la costa de Asia, las pendientes de las montañas llegaban hasta los fuertes, erizados de cañones, que parecían guardar sepulcros, velando con respeto legendarios huesos. Los paisajes perdían sus caracteres humanos ante la imaginación alerta, y era curiosa la fiebre alucinante producida por la frialdad desolada.

Nuevos montes se dibujaban extraños. Algunos vertían de su interno resplandor reflejos de invisibles amatis-tas. Á ótros, monstruosos, en aglomeración de salvajes piedras, se les creía peñascos, convertidos en fortalezas etruscas, por endriagos de brazos de plata. Se vivía en el reino de un paisaje polar. El blanco y el negro, negación de los colores, desenvolvíanse en el cielo y en la tierra. No había más verdor que el del agua, y eso con fluideces oscuras, y espumas albas en el tajo de la quilla. Los árboles combinaban diversas manchas: en las cúspides, sobre

las vaporosidades, y en las pendientes, sobre las sábanas de nieve. El silbato del *Semiramis* hendía los aires, y repelido por las nubes, y sofocado por los colchones de copos, se moría en la frialdad yerma. Después, el silencio se posesionaba de las cosas, y el paisaje transformábase en sepulcro de toda vida. El cielo empezaba á resplandecer. Los sombríos vapores deshacíanse en fúlgida plata. Sobre algunas laderas la nieve rodaba á torrentes. Los árboles, dentro de la misma impresión de conjunto, cambiaban las figuras de sus macizos. Con abanicos de encajes fingían plantíos de cristal. En una cumbre, los mismos abanicos, fantasmagorías petrificadas de espumas caprichosas, surgían cual islotes de mares de alabastro. Los verdes negros, en guerra con las alburas, triunfaban fugitivamente. Los batallones se agredían en profundo recogimiento. Era un combate de silenciosas intensidades.

Á ratos, las sombras de ceño adusto imperaban, pero el nivor avasallante, incontenible, tapizaba valles y esculpía montañas, vistiendo vegetaciones. Caminos ideales de immaculados brillos subían serpeantes hasta cumbres, donde aguas estancadas aumentaban el albor con el reflejo de un cielo blanco. En la mayor altura, las nieves endurecidas formaban mármoles; en los suelos, alfombras sin desgastes; en los árboles, compactos sudarios glaciales. Allí la tormenta había sido más tumultuosa. Y abajo era más atrayente la geografía fantástica de cabos, penínsulas y abras, avanzando al estrecho lleno de espumas. Monfort pensaba en la Grecia. Aún la sentía palpitante en sus ojos. Estatuas, columnas, capiteles, frontones, templos, ciudades, todo podía esculpirse en aquella impoluta materia. Pero el cielo no era azul. La sonrisa del firmamento, cuando á ratos se esclarecía, irradiaba platíneo relámpago inmóvil. En tanto, las misteriosas blancuras tenían gradaciones de fulgor, de modo que se antojaban retazos de nieve viva y de nieve muerta. Y en lugar de una ciudad esculpida, con su Acrópolis, y sus

viviendas, surgían cipos funerarios, estelas historiadas, bajos relieves sepulcrales, ánforas lagrimatorias. Y así evocabáse por contraste el hechizo singular del alma antigua, eternamente joven, como el agua de sus ríos, retratando entre legendarias orillas, imágenes que añadían gracia á su frescura.

Para amortajar esos recuerdos de Grecia y dar tumba á sus colores, se necesitaba el infinito albor de aquella necrópolis fantástica. Más arriba se la creía cantera de un país de fábula. La isla de Vulcano, próxima, hacía el contraste más intenso. No se cruzaba por región llamante de fragua y yunque; el poder del dios del fuego moría también en la nieve. Y menos buscaban gnomos ocultas riquezas de pedrerías con recuerdos de un divino sol. Las vetas de las minas eran de lirios y de jazmines, de sudarios y de lápidas, de cirios y de hostias; parques, cementerios, templos, podían pedirles flores, monumentos, gloria. Cantiles de carámbanos se internaban en las aguas, vertiendo clarores sobre sus ondas; y esperábase ver salir de las quiméricas abras algún buque fantasma. No flotaban témpanos de brillos opacos y transparencias lunares; pero los peñones parecían cavernas de osos blancos, sometidos á un hechizo. Pensábase en auroras boreales, incendiando la palidez extraterrestre con sus chispas rojas, cual si el cielo herido por la lanza de Wotan, derramase sangre transfigurada en luz de apoteosis. La expectativa desvanecía-se como simple sueño y los peñones, cubiertos por sus vestiduras de armiño, goteaban como grutas estalactíticas. En el espacio, sobre las aguas del estrecho, renovábanse las contiendas entre la claridad de las nieves y el negror de los árboles; pues tajantes en sus zambulladuras, ó flotando serenas, las gaviotas blancas volaban entre cuervos oscuros. Más allá, ambas costas se aplanaban de repente en vastísimos llanos. El verde-azul del mar adquiría reflejos vivos, cual si saliesen de sus profundidades mismas y buscasen por instinto

el sol ausente. Esas transparencias luminosas eran un recuerdo. Las nieves vecinas y lejanas que en horizontes infinitos unían el desamparo de la tierra y la desolación del cielo, lloraban el astro muerto sobre el brillo del agua; mientras el espíritu sufría la fascinación del paisaje, difícil de imaginar sobre el mapa, por la irrealidad de su misterio.

Al llegar á Galípolis, flotante red de gasas cubría un resplandor, llama, á su vez, de una suerte de gigantesca lámpara de alabastro. Las costas despedían luz enceguedora, que dulcificaba la opalina niebla del mar. Y de pronto, desplegarónse los pintorescos juegos del granizo, cual de fuentes de escarcha, invisibles en los espacios. Y la Ciudadela indicó sus alminares, esbozada bajo el manto de hielo, amortajándose en blancura y deshaciéndose en lágrimas.

Andrea se había retirado del vidrio. Mirando la ciudad acurrucada, pues los edificios tenían aire de abrigarse los unos contra los otros, creyó que su alma desnuda iba á salirse á temblar entre las ráfagas. No se sentía bien. Para distraerse, casi involuntariamente, puso los dedos sobre el piano del salón. El poeta evocó el extraño pasajero del *Scylla*. ¡Ah! las músicas de á bordo y la sensación melancólica, aun de las piezas alegres, ejecutadas por manos que no encontraremos nunca jamás, y que vimos un instante, aproximados por la casualidad, y separados por la vida!

Monfort empezaba á sentir también el malestar del glacial paisaje. El resplandor del espacio extinguíase. Las nubes, más bajas, concentraban ceños adustos, produciendo una difusa lumbre cenicienta. El granizo, repiqueteando en los cristales, perseguía á las notas. Plumazones de cisnes y de palomas deshechas, volaban ideales. Era otra vez la nieve. El poeta pensó en la fábula de Cigno, en el cortejo de Venus, en los amores de Leda. Todas esas leyendas del sol, que viera ayer vestidas

de rosas, se le aparecían hoy enterradas en siglos irrevocables. En realidad, el venturoso sueño pagano, tal como lo deseó vivir, resultó una doble quimera. La angustia, la terrible angustia humana, aguzada en el fondo de su sér, por su pasión, le turbó todo sereno pensamiento. Sus transportes vibraban con algo de misticismo. Lo que se da á la religión, él se lo había dado á una mujer. Ella le exaltaba las ansias de lo infinito, y sus más recónditas sensaciones, transformándose en ideas, encontraban alas de fuerza, pero morían sin rumbo, exacerbando sus anhelos. Y frente á los fantasmas de nieve pensaba en las estatuas de Grecia. La nitidez de los mármoreos contornos se armonizaba menos con su alma, á despecho de su neta hermosura, que aquellas formas, cambiantes de vaguedad indefinida. Y la música, al fin, era su propio lenguaje al desplegar su inconsciente sublimidad ensoñadora. ¿Sabía Andrea lo que estremecía su agitado sér?...

Las notas, como en una improvisación del momento, enlazaban varios nocturnos de Chopin. Cada motivo ponía en tortura la voz de la ilusión, sofocada por los desgarramientos del artista enfermo. La ejecutante tenía en una mano el dolor, y en la ótra el misterio, y entre ambas agonizaba un espíritu envuelto en sus propios murmurios intangibles. Á los nocturnos se mezclaron preludios, es decir, concentrados sonetos sin palabras, en que una idea se escapa por las sendas de cinco ó seis acordes á iluminar un infinito de ensueño. Algún brusco contento traía rumores de jardines, donde gotas de rocío se evaporaban cantando, heridas por los rayos de un sol armonioso. Alguna aparición insólita, fúlgida y vaga, fantástica y real, corporizando los acordes, iba á contar un secreto, cuando, arrebatada por otro movimiento, se volvía sollozo y se desvanecía en plegaria, flor de dos pétalos, con un matiz humano y un perfume divino. Sobresaltos de terror, gritos de remordimiento, espasmos de pasión, ex-

trañas angustias, unciones casi místicas, sonantes en la voz de un ruiseñor, con el alma de un cisne y el corazón de un hombre, tenían los ojos de un ángel, que pierde sus alas convertidas en luz, y llora sobre sus pies llagados. Y todo eso se agitaba en las frases y les respondían, cual ecos, las cuerdas de mil dolores. Entonces las aguas del mar, y las espumas que saltaban para recibir mejor los copos, y el páramo de las playas, y los horizontes, y las nubes, hallaron en el tumulto armónico la inspiración de las tumbas. Y las cadencias se encauzaron en la *Marcha Fúnebre*. Y así, al ritmo augusto que condensa la gravedad del cadáver, sucedía el más ligero, rebotante de recuerdos de la vida, con brisas que estremecen cirios y antorchas, hasta ser tragadas por la trágica expresión de las finales notas...

Juan tembló. La música sobrehumana, con sus raíces en la tierra, le producía el macabro escalofrío de un perro espectral que, melodioso, aullara. La *Marcha Fúnebre* lo era del tropel de sensaciones engendrado por los *Preludios* y los *Nocturnos*. En la combinación de la música y de las nieves repercutía la conciencia de un pensamiento que ama el sol, y las flores y las mujeres, sin poder quebrar el ataúd que lo encierra. Después creyó Monfort á los copos cuna de los extraños sonos, antes de caer inertes sobre la frialdad del mundo. Y vió, por fin, sobre las escarchas un fantástico cortejo, y asistió al entierro del genio mismo de Chopin, eternamente sediento, y eternamente inaplacable, dando al fundirse con la naturaleza, un postrer canto, que encontraba en la blancura universal el sudario de su armonía. Todos los oscuros sufridos de sus antepasados conmovieron la vibrante nerviosidad del poeta: traían los puñales agudos de la nieve, los murmurios desoladores de las olas, el lamento desgarrador de los acordes y exhalaban, al resucitar en su alma, ayes que pedían paz y muerte...

Andrea sintió, sorprendida, al amante, gritándole violentamente:

— Basta! Basta!

II

El *Semiramis* se ha detenido en la rada de Constantinopla. Se sienten los vaporcitos, esperando la visita de la Capitanía. Un velo glacial envuelve á Pera, Stambul y Scútari, barrios actuales de la vieja Bizancio: y no se ven tampoco el Bósforo ni el Cuerno de Oro.

— Mal nos recibe — dice Monfort — la ciudad amada por los coloristas, amor sobreviviente á la decadencia de su historia. El paisaje frígido de ayer parece traernos á mirar las chozas de los lapones.

— Nos recibe mal — responde Andrea — porque yo me siento débil y el frío me intimida; pero el sol saldrá y tendrás tu Oriente, y no hay por qué lamentarse. Al contrario, es original verlo bañarse en nieve, como á la espera de una aurora boreal, que la mente de sus poetas hubiese soñado entre sus tesoros... En cuanto á ti, ya te lo dije ayer: véncete y reacciona. No se puede pedir á la naturaleza humana que salve sus límites. Al misterio déjalo en su inviolable refugio. Es locura, por otra parte, encarnar en una mujer una quimera imposible. Si la pides á mi amor, te atormentarás en vano. Se diría que el sufrimiento te atrae como una voluptuosidad. Toma la vida tal cual es. Seré siempre tu más vibrante colaboradora, pero tu ideal ponlo en tu arte.

Las gasas de los aires empiezan á disiparse. Se entrevé la ciudad: un amontonamiento de edificios bajo agujas de alminares. Parece irreal. Es un panorama sometido á un pensamiento, y no una metrópoli construida al acaso. El telón de la niebla se disuelve y contribuye á la idea de asistir á un espectáculo: imponente por las moles, pintoresco por los contornos, subyugante por los matices.

Los vapores se reducen á red de polvos de plata que el sol, anunciándose, quiere convertir en átomos de oro. Ligera y sutil, afina á las torres y da á las moles vaguedades de ensueño, como si una concepción fabulosa saliera de sus entrañas á plasmarse en el espacio. Y se mezclan macizos de árboles al esplendor marmóreo de mezquitas y monumentos, y al compacto ascender de los edificios que arriba se apoyan en el cielo y abajo se miran en las aguas. Constantinopla, dividida por los canales frente al Mármara, surge así, monumental y coqueta, con un escabel de olas y una diadema de nubes.

Andrea y Monfort pueden, al fin, saltar á un barquichuelo. Ótros, rebosantes de mercaderías, de turcos y de griegos, los cercan y halan. Vibra infatigable la característica jerigonza gutural de las escalas del Levante. La gente riñe hasta para darse los buenos días. En vez de los pomposos príncipes de las *Mil y una Noches* soñados en la rada, para recibir á un Harún-al-Raschid, asaltan enjambres de stambulinas que disputan á los turbantes el premio de la mugre. Monfort y Andrea pisan un pontón carbonero como puente. La visión de la ciudad magnífica acaba de naufragar. No se perciben las alas de los genios del Corán, que después de concebir las obras de Salomón, destinaban á los perezosos en crear hermosuras, al suplicio del fuego. El populacho es lo que brota de todas partes, encauzándose en un túnel que concluye en antro: después, húmeda y sofocante, la atmósfera apesta hasta dar náuseas. Se ha llegado á la aduana.

III

El antiguo Hipódromo, la más vieja institución de Bizancio, decepcionó á los viajeros. Desde la altura del museo de los Genizaros dominaron las ruinas. El viento de Mahoma, y el tiempo, habían paseado su soplo de exterminio como por sobre tierra de maldición. Del espectro de Teodora no queda nada; los mármoles que tocó su manto de púrpura son cenagosas charcas. En lugar de su palco, el de la célebre cuadriga de Lisipo (conducida por la tercera cruzada al San Marcos de Venecia), se eleva una húmeda casucha.

A las antiguas disputas acerca de la naturaleza del Hijo, y la procedencia del Espíritu Santo, responde la voz del muezín, diciendo al Poniente y al Levante, que sólo Dios es Dios, y Mahoma su profeta. Un obelisco egipcio, aislado y triste, aumenta la desolación de la plaza. No es más alegre la columna que ostentara el tripode de Delfos. Delante del templo apolíneo se erigió para celebrar las glorias de Platea. Hoy se la ve, lejos de su sol, á medio cubrir, queriendo desaparecer; y sus serpientes, sin cabeza, sombrías y verdosas, surgen entre verjas devoradas por la herrumbre. Y el monolito de Constantino, sobre su base de mármol, con su aspecto de lodo, da la idea del sueño de Nabucodonosor, alterado. Del palacio Imperial sólo restan los invisibles cimientos: Bizancio ha sido literalmente abolida por Constantinopla.

Monfort y Andrea volvieron los ojos al Museo. Los maniquies componían cuadros, y almirantes, visires, sultanes, generales, evocaban las fiestas del Veronese, los cortejos del Ticiano, el esplendor artificial de la paleta veneciana. La plaza, después de esa visión, surgía más miserable. Ráfagas silbantes sacudían los vidrios, y en los charcos, afuera, estremeciase la pesadez cenagosa. El inmenso paralelogramo, desnudo, impresionaba cual desolada ruina. Por el agujero de un túnel salía un rebaño, confundiendo las lanas de sus lomos ondulantes á las tocas hirsutas de una banda de chicuelos. Los turcos caminaban con el fez inclinado, proa al viento, y las mujeres oprimían sus iackmak, precaviéndose contra la indiscreción del asalto. Los sebleks rojos, violetas, azules, negros, les daban el aspecto de máscaras de un baile de barrera, napolitano, extraviadas en una ciudad de Oriente. Monfort no pudo menos de sonreír. Con curiosidad, había seguido la aproximación de una de aquellas misteriosas, que con indolente garbo traía las gracias de una princesa exótica, y una racha violenta acababa de descubrir una negra repugnante.

Pero el paisaje se ennoblecía con la visión de las mezquitas. La de Ahmed, en la perspectiva del espacio, acercábase á Santa Sofía, suprimiendo las distancias de un barrio. Aquélla hacía irrupción con seis alminares y ésta con cuatro. Los primeros, más elegantes y más finos, eran flechas lanzadas desde abajo, por arcos invisibles. Los segundos partían de un grueso pedestal prolongado, hasta dar en un movimiento el estirón impulsivo de las cúspides. Y todos producían la sensación de gigantes cosos cirios petrificados, en los cuales se enroscaban los balcones, de donde los muezines llaman á la plegaria. Las cúpulas dibujábanse entre ellos. La de Justiniano, de sonrosado evanescente, sobre los pendentivos blancos; la de Ahmed, especie de burbuja de jabón, que crecía sobre ótras más pequeñas, con batido fantástico,

en que un destello interno del líquido proyectaba verde fulgor, y un rayo solar chispas de oro.

Monfort decía á Andrea: "He ahí á los muezines en las altas plataformas. Las chillonas voces llaman al templo, y suplen la voz de nuestras campanas. Quizá en esa diferencia hay un símbolo de lo mucho que separa á ambas religiones. Aquí, todo es más carnal, más reducido al hombre. Los musulmanes no tienen el sentimiento de lo infinito condensado en la vaguedad inspirada de las cosas. Estos templos nos parecen fríos, aun con los acentos fervientes de sus sacerdotes. Pienso en las sonoras, indefinidas ideas de nuestros bronce cristianos. Las almas de los fieles cruzan por el cielo sobre ala palpitante de las torres, que el estremecimiento convierte en montes sagrados de armonía. No mueren sus sonos en el espacio; renacen con los ecos del corazón alegre ó doliente. Cuando yo dejé de creer, me conmovian, evocándome una figura de primer comulgante. Lazos blancos amortajaban mi fe, y sentía ganas de llorar en ese entierro. Sobre el borde de toda campana debería grabarse, como nombre de escultor, la palabra: *Spes*; sus notas la condensan, la desgranán, y le prestan voces. Hasta si sus graves inflexiones hablan del cadáver rígido, otras ligeras suben más alto, con el vuelo del espíritu. La vida humana nace, como la divina, de las entrañas de esa metálica fuente. Sus juegos invisibles tornan visible lo invisible que el azur cubre con glorioso manto. Ah! cómo suenan en la Pascua. Más de una vez me indigné, cuando algún torpe quería quitar á un niño la idea de que vuelven entonces de un peregrinaje. Si! el Jueves Santo se van á Roma, callan, recordando el luto de Jerusalén, ante el sucesor de Pedro, y el sábado repiquetean de nuevo en las catedrales de mi Francia. Comprendo las ceremonias de la Edad Media en torno de su simbolismo. Comprendo el fervor de poblaciones enteras arrojando á los moldes hirvientes, joyas y vajillas, mientras formulaban

votos con piedad enternecida. Y después, siento en la torre á la flamante campana que aumenta, con sus timbres, el resplandor de la luz; y á los fieles, oyéndola de rodillas, cual si esas notas, con el voto arrancado á su tributo, diesen alas divinas al deseo. Oh! cuán seductor todo lo que anima nuestra leyenda dorada. ¿Qué quieres? Miro los alminares y los encuentro curiosos, y no me atraen, y se me antojan largos lápices que escriben en las nubes un incomprensible idioma”.

Cuando se pusieron á recorrer los diversos grupos de maniquies y trajes del museo, Andrea, distraída, pensaba en las palabras de su amigo, y sobre todo, en su acento. Deseaba penetrar en la red de contradicciones de su espíritu. Sentía en él, á pesar de su temperamento pagano y de la libertad de sus pensamientos, la huella perenne de un carácter religioso. Decíase una vez más, que su inquietud espiritual lo invalidaba para vivir en una época anárquica, en que la única ruta no perdida por el mundo es la de su gravitación en el vacío. Ah! quizás le hubiese encantado la plena Edad Media, cuando sus abuelos iban á la conquista del Santo Sepulcro! ¿No notaba, en efecto, desde que estaban en Constantinopla, nacer en Monfort una como hostilidad inconsciente, de obscura aversión atávica, contra los musulmanes?

IV

Una hora después los viajeros se hallaban ante la fuente de Guillermo II. El Emperador de Alemania, en época en que parecía querer declararse de origen divino, como un Carlo Magno, hizo un viaje á Jerusalén. Al volver del Sepulcro de Cristo con la mente llena de parábolas evangélicas, y los labios rebosantes de sonoros discursos, abrazó al Sultán que, por caprichosa casualidad, tenía sobre la conciencia la muerte de varios miles de cristianos. La fuente, construida con mármoles de Berlín, recuerda ese acto. Brilla, pero es horrorosa. Las piedras, al menos, con épico pudor, se han resistido á formar un monumento hermoso.

El poeta recordó las charlas con sus camaradas sobre la política internacional, y los apóstrofes de Letellier.

“Y en realidad — dijo — faltan grandes hombres. Se comprende el amor de la paz, siempre que no se le lleve hasta la bajeza. Si la guerra debe extirparse en nombre de la compasión y porque los hombres son hermanos, que se empiece por poner fuera de la humanidad al Sultán de Turquía. Los acontecimientos dominan á los gobernantes nulos, si los han de dirigir con un pensamiento anterior. No es necesario ser un Napoleón; basta llamarse Bismarck, para preparar guerras de antemano, buscar el pretexto y hacer la unidad de su imperio. ¿Quién sería capaz hoy de concluir con la ignominia de este gobierno

echando civilizadamente al diablo el equilibrio europeo? Nadie. Antes, por el contrario, se disputan sus amores, y el emperador más arrogante levanta este meida de abluciones..." "Cuyas aguas — prosiguió alguien como con eco repentino — producen náuseas". Monfort se dió vuelta y se encontró con el franciscano Beltrafio.

— Oh! padre Anselmo — exclamó, cual si se tratara de un viejo amigo.

— Salud y alegría — repuso el monje.

Fué entonces á presentarle á su compañero fray Alejo Marenes: pero, perdón, no se acordaba de su nombre. "Le Roy", apuntó sonriendo el poeta, é hizo adelantar á Andrea.

— Incómodo país para una señora — dijo el padre Beltrafio. Y se puso á contar las investigaciones de la policía, deteniendo á cada instante. Todos poseían una anécdota personal sobre esos pacíficos asaltos. Monfort refirió que sus libros secuestrados en la aduana aún estaban en la censura. Y pasaron al Sultán. Marenes conocía sus terrores y sus crímenes. Vivía encerrado en su fortaleza hasta el punto de no cumplir con los preceptos y no pasar á Stambul, cuando la festividad del profeta. Susurrábase que, la semana antes, sorprendido por el movimiento brusco que hiciera una odalisca en su lecho, la había muerto en el sitio. Sus alimentos, traídos en vajillas selladas, los gustaba primeramente el cocinero. No era un sér normal. Por su perversidad y pavores filtraba un hisiterismo rayano en locura. Hablaron de la sensación de la ciudad. Se respiraba la atmósfera de la tiranía. Constantinopla parecía hallarse bajo la amenaza perenne de algo imprevisto. Un poder oculto, alerta en el día, insomne en la noche, cerníase sobre los hombres y las cosas, y el misterio de su aliento engendraba la presencia de la muerte.

Los frailes, al partir, enseñaron á Monfort su dirección en Gálata: Convento de San Benito. Los amantes no pudieron, como querían, recorrer algunas calles; el viento

había cesado: empezaba á nevar. Los alminares, picoteados por enjambres de fantásticos insectos blancos, surgían rígidos, mientras otros copos voltigeaban en el espacio. Una alfombra immaculada y piadosa caía sobre los charcos, ennobleciendo el lodo. Y la tarde, expirante, cual con un destello de la impresión de muerte que los viajeros evocaran, puso en el albor de cúpulas y techos, un reflejo ceñudo de azul acerado.

V

Andrea, como mujer, no puede entrar en las mezquitas. Monfort se decide á visitar solo la Suleimanié y Santa Sofía.

En el pórtico de la primera, entre las columnas de pórvido, sobre el admirable granito rosa del pavimento, lo asalta una turba de astrosos chicuelos. Piden limosna á gritos. El poeta reparte varios francos. El pertiguero se precipita, y á pescozón limpio, arroja varias cabezas contra el suelo. Una criatura llora y sangra. Un sayón de policía contempla en silencio, no se ocupa del brutal agresor, y sólo pide al extranjero su nombre, su profesión y nacionalidad, cosas á que ha respondido ya una veintena de veces.

La mezquita es de las más atrayentes de Constantinopla. Los poetas turcos la llamaron en su tiempo el esplendor y el gozo. Las columnas del templo de Diana de Éfeso añaden más interés á su belleza. Le dan carácter su tri-

buna circular y sus vidrieras de arte pérsico. Cadenas de rosas entrelazan versículos del Corán, escritos con pedrerías. Porcelanas blancas, de delicados barnices, alternan y se enlazan con armoniosos colores. Y entre ellas los vidrios fulgulan con círculos de calidoscopio. Los corpúsculos, los prismas, los romboides, los cubos, mezclándose, parecen engendrar el sol, que los cruza, y derramarlo triunfal, por sus fuegos iridiscentes. Pero no tienen las medias tintas del misterio, ni el aliento de los vidrios góticos, ni sus ansias místicas; son cristales de un palacio.

Al salir del recinto, bajo la puerta, ante el harén rectangular, se tiende un gran disco de púrpura violeta. Monfort lo pisa, y el guía exclama: “Señor, estáis hollando vuestra cruz.” Á su interrogación, añade: “Suleiman había hecho colocar esa piedra al pie del mirab. El obrero, cristiano, le grabó en su interior el divino símbolo, imaginando: muchos infieles han de convertirse por su misteriosa influencia. Un buen día se supo el artificio. El sultán, furioso de pensar que sus súbditos se hubiesen arrodillado ante la cruz, hizo erigir allí mismo un trono. Y juzgó al obrero, que decapitaron á sus pies, y la losa fué incrustada en el portal, de modo que todo el que entra la profana.” Monfort se dice que lo más simpático de la mezquita es la hermosura de aquel martirio. El kaim debe de adivinarlo, pues sacude los pantuflos que acaba de usar, para que pierdan la última partícula de su polvo de *giour*.

Sentado sobre las piedras del harén está un viejo calentándose las manos en un brasero. Lo acompañan su manta y su almohada; duerme, á la noche, en el templo. Musita algo incongruente, que no llega á traducirse en palabras. Varios musulmanes le miran con respeto, tratando de comprender su rezongo interminable. Él, despreciativo, apenas levanta los ojos sobre el extranjero; de pronto parece que fuera á erguirse y lanzar un anatema, después recae en su jerigonza. “He ahí el santón

del barrio — murmura el guía — el más popular de Stambul; cura á los enfermos, y acaba de volver de la Meca, adonde ha ido á pie varias veces.”

Para llegar al sepulcro de Suleiman, Monfort cruza por un cementerio. Es uno de los tantos de Constantinopla: por todas partes surgen, aun en medio de los barrios más bullentes de vida. Muchas veces los forman apenas doce tumbas. Sobre el polvo humano se colocan simples estrellas de caracteres áureos ó azules, concluidas por un turbante, y en aquél, además, se ven cipreses y sicomoros. Los cubren trozos de escarcha y espumas de nieve. Las ráfagas glaciales aumentan su inclemencia entre los mármoles yertos, pero el poeta encuentra hospitalario el rincón; sus habitantes, en la paz de la piadosa tierra, ya no pueden mirar hostilmente al extranjero que pasa.

La turbé del sultán es digna de su mezquita. Al pronto simula un salón de muebles enfundados. Dando una propina los descubren. El tapiz de los sepulcros es verde, y toma sus formas sin dejar libres sus maderas. Las alfombras del suelo, como los paños de los túmulos, lucen flores entre arabescos purpúreos. Inmensos reclinatorios y profundos divanes se ofrecen al reposo de la meditación. Los cadáveres que rodean el monumento del sultán son los de sus esposas é hijos. Aquel que su época llamó El Magnífico, yace bajo un palio de cedro, tejido de filigranas, con relieves de oro, y encajes nubados de marfil y nácar. Los candelabros de cristales policromos penden ante rosarios de ámbar, que sirven de cadenas á huevos de avestruz. Cirios más gigantescos que los pascales de la Pasión cristiana, alternan con los sarcófagos, y ostentan en su centro la imagen del sol. Y los muros cierran el ambiente con el lujo multicolor de sus mayólicas, sirviendo de base á una cúpula, cueva de estalactitas, erizada por cabujones de diamantes, rubíes y turquesas.

Monfort se hace conducir á Santa Sofía. Vendedores de

dátiles y mendigos le rodean. El mercado y sus carneros colgantes, que avanzan casi hasta los pórticos, le evocan los templos hebreos, y los latigazos de Cristo á los chalanes. Cruzan mujeres veladas: blancas, azules, negras, violetas. Una riña descubre el rostro de dos viejas jibosas, vivientes parcas de Goya. Ruedan, y el visitante salta por sobre ellas al inmenso vestíbulo. El hierro de las puertas tiene rastros de la época bizantina. Las cruces se han conyertido en adornos por la supresión de un brazo, y surgen en la altura medallones de santos con las efigies borradas. El Kaim alcanza al poeta los pantuflos que le evitarán descalzarse. Al empujar la cortina, embarga al espíritu el mudo estupor de los espectáculos subyugantes: en él puede sentirse, el desbando de las alas sutiles de las ideas anteriores dejando una tabla rasa, abierta á la visión real de una cosa de ensueño. Después, ese silencio de la emoción del conjunto, empieza á poblarse, con las voces, de los detalles bellos ó curiosos. Monfort piensa que, en las catedrales góticas, el colosal vacío es asaltado así por el turbión del órgano, que luego se despliega en las brisas de los cambiantes registros.

En aquel prodigioso estuche del cuento más mágico del Oriente, vagan espectros de la fantasía del mundo, que no se deciden á brumosa existencia, concebidos en los telares de las Belkis legendarias. El prestigio de Justiniano vence esta vez al recuerdo de Salomón. Y todo el séquito de la Reina se viste, realmente, por el influjo del esplendor circundante, de nervios y carnes, de pederías y púrpuras. En tanto, el estuche, que siendo Alhambra de Alá, es mezquita de sultanes, no ostenta una imágen santa, ni un pie de altar, ni el rubí de una lámpara, ni la llama de un cirio. Las columnas de pórfido violeta, alternan con las de verde antiguo, que ha desaparecido de las entrañas de la tierra, agotado por la fantasía del hombre. Racimos diminutos en inverosímiles trenzas exornan los bizantinos arcos, que yerguen sobre sus ca-

prichos el encanto de las bóvedas de ágata y el irradiar de las cúpulas de oro. Escudos inmensos de brillo verdegueante, penden, y cada uno es astro que, en vez de rayos, vierte sobre los fieles las palabras más sabias de los suras. Entre ellos se disimulan enrejados balcones para ocultar mujeres, visires y sultanes. Abajo, emergen las cátedras, donde, entre celosías, se comenta el Corán. Templetos de meditación, salen vestidos de las angulares sombras hacia la luz del centro. El mihrab es un simple hueco marmóreo en el muro del fondo, que señala la dirección de la Meca, con los trazos de la tierra santa, traída desde el sepulcro de Mahoma.

Al volver desde allí los ojos, por un efecto de la luz, vense resplandecer más vivas, estrellas de cristales y diamantes que, bajo los esmaltes del cielo, construyen lampadarios. Se destacan, cual sostenidos por la propia virtud de sus fulgores espiritualizados, ante la magnificencia de los pórfidos y la agonía de las ágatas. En más bajos rincones, reflejan la claridad crepuscular del día en glaciales gotas de estalactitas. Y si se adelanta, cobra el espectáculo con las inflexiones de la luz, fantástico movimiento. En los centros hay lluvias de flores de cristal de kasuares aéreos; en los rincones, diamantes encendidos en canteras de granito; y por todas partes, de invisibles volubles surtidores, rocío que cae en perlas y que asciende en lágrimas. Así, gracia, fecundidad, dolor, se combinan en poema forjado por el mago del recinto, realizando el sueño de una nube, que se deshiciera en lluvia para formar las fuentes que en el Corán retratan el esplendor del Paraiso.

Monfort vuelve los ojos al espectáculo humano. Junto a las grandes puertas, al pie de los meidas, se siente el chapoteo de las abluciones. En recintos especiales, personajes de importancia yacen con el rostro en tierra sobre el turbante. Sentados contra las columnas, los jeques explican el Corán, abierto sobre los atriles. Es imposible

darse cuenta de cómo los diversos grupos no se confunden, pues se oye á un tiempo á todos los doctores. Hay en los aires una suerte de duelo á quién tiene el acento más gutural, y el bullicio se acrece con el de las criaturas, que juegan como en una plaza. Sobre las altas cátedras, los ulemas cantan y los estudiantes responden. Las naves retiemblan. Una legión de viejos, especie de graves budas bronceíneos, mueven, sin pestañear, los labios, ante un hombre de ojos febriles y disecado perfil. Entre el clamor de la mezquita entera, cruzan las flechas hirientes de sus gritos; es un poseído con las apariencias de un perro aüllante. Sus fieles acentúan el temblor de sus labios, y sus ojos fosforecen cuando el erizamiento de la voz se vuelve más siniestro, inmóviles como cirios, devorados por su propia llama.

Cerca del mihrab, sobre las alfombras del rumbo de la Meca, aumentan los hombres postrados, y confunden los feces rojos con los turbantes de varias vueltas. Un santón modula letanía monótona, que arranca vendaval de clamores, acabando en queja intraducible. Frente á la tierra santa, talismán de la salud para los cuerpos ulcerados, algarabía más poderosa despierta ecos más agudos. Los cantos son allí imprecaciones, los brazos se tienden, las manos se crispan, los ayes se transforman en plegarias, las plegarias se disuelven en ayes. Cuando los ojos se acostumbran á la luz dibújense las vestes paupérrimas. Parece el montón traído, por una ola, que en vez de espumas vomitase pavesas de otros siglos, y los mantos entre muertas edades, hacen marchar al revés para buscar su fuente. En medio de las turbas clamorantes y entre los grupos pintorescos, cruzan los peregrinos á la Meca. Impresionan ancianos, al parecer varias veces centenarios, encinas que han vertido sombra sobre innumerables generaciones. Petrificáronse sus cuerpos mirando hacia la Caba, y sus rostros se animan como la ventana de transparente mármol del templo, cuando la fe, en lugar del sol, los transfigura

con sus rayos. Las frentes meditabundas semejan frontones de templos en ruinas. Evocan patriarcas soñados. Se cree posible encontrar en sus ojos siluetas de palmeras y brillos de cisternas al són del balar de los rebaños. Hacen zalemas profundas al mihrab, parten arrastrando á los peregrinos más jóvenes, reciben los saludos de los fieles, y se pierden por la puerta con sus takies blancos y sus nobles caftanes, forrados en pieles de camello.

La noche cae sobre las extrañas escenas. Monfort sale afuera, y al caminar roza torrentes de hombres que llegan á la última ceremonia. Vuelve al vestibulo y penetra en un subterráneo. Un farol tambaleante, moribundo, arroja su sombra, que camina, escapándose funambulesca para descender á un antro. Allá en el fondo parpadea otra luz, luchando contra la masa de tiniebla desprendida por la bóveda invisible; saltan las chispas rojas de un brasero, y adelantan hacia su silueta otras sombras, cuyos turbantes desmesurados se agrandan, mézclanse y cuchichean, sin voz, sobre los muros. Le ponen nuevos pantufllos, y una escalera, alumbrada á trechos por pabilos, le conduce á la tribuna.

El cielo de Oriente, cubierto de estrellas hasta en la raíz de los horizontes, resurge volcado en las transfiguradas naves. Miles de luceros forman constelaciones y flotan entre los muros, cantando al Genio de la sombra. Ésta, que amortajó á los menbers, cubrió el mihrab, llenó los huecos misteriosos, se infiltró en los arcos, suavizó los oros, ocultó las ágatas, y se durmió sobre todas las cosas, sueña. Su sueño resulta visión corporizada de esplendor y misterio. El crepúsculo del templo tiene el recuerdo del sol de la tarde, y el anhelo del sol de la aurora. Sueña, sí! la sombra de Santa Sofía, y el mihrab se marfiliza entre los colosales cirios; los menbers de filigranas inverosímiles se vuelven cunas de hurries; el espacio es un centellar de aureolas, discos y estrellas; en las columnas, la savia lumínea y ascendente

cuaja en flores; los capiteles palpitan ígneos, los arcos adquieren el vuelo de su propio brillo, y los áureos mosaicos de la cúpula reciben la adoración de la lumbre creadora.

Así el espectador predice un culto de amables fantasías; el viejo templo cristiano es palacio que encierra el cielo. Miles de luciérnagas, evocadoras de los paradisíacos jardines, aletean sobre enjambres de takies blancos. El suelo está cubierto de hombres tendidos. La albura de los turbantes y el rojo sombrío de los feces, inclinándose, desaparecen entre las manos, y solamente se ve una confusa ondulación de espaldas.

La multitud escucha al Kiatib; formula plegaria mental, y presenta el aspecto de un campamento en reposo. Repentina, se incorpora y simula la hinchazón de un mar callado que su silencio magnifica. Después, dobla sus rodillas, abre los brazos, vuelve á erguirse; un tonante acento suena, cruza en ráfaga segadora, todos se postran, y los tallos se tronchan, y las corolas de los albornoces se abaten. Durante media hora, parece aquello el ejercicio guerrero de un cuerpo disciplinado, hasta que á la voz responde el concurso; y el clamor y el movimiento inspiran disparatado sueño, imposible de relatar á la claridad diurna.

Monfort se queda pensativo. Por la serena singular impresión de los cementerios de Constantinopla, imaginó á los musulmanes familiarizados con la muerte. Ahora cree á la muchedumbre temiéndola é invocando á su Dios entre las garras de una pesadilla. Las voces llegan estranguladas por la angustia. ¿Será, pues, la inquietud en todo rincón del mundo sello indeleble del alma? Así siente el poeta huir las amables fantasías con que soñó, cual si danzas de huríes y de genios fuesen á acompañar los ritos en el templo transformado en Alhambra... El guía le toca el hombro; es hora de retirarse.

VI

El barrio central de Pera, el de las legaciones y embajadas, está semicerrado: es viernes, domingo de los musulmanes. Cruzándolo van Andrea y Monfort, en medio de un día espléndido. Sobre las fachadas marmóreas de los palacios, sicomoros sin hojas dibujan sus leves sombras. Al salir del centro, los cementerios resplandecen bajo cipreses. Entre jardines, se llega á Jeldis, la fortaleza del Sultán. Cuadrillas de barrenderos limpian cuidadosamente el piso y lo cubren después de arena. La puerta del castillo da á una suerte de patio, apenas de cien metros, concluído por la tribuna diplomática, frente á una mezquita. Ésta ha sido construída para que el tirano cumpla con el Selanlik, ó sea con la plegaria pública, sin penetrar en Constantinopla. Los atentados en aquel rincón son casi imposibles. No bien se detiene el coche de Monfort y se sitúa en un claro, cuando la policía se presenta. Registra caja, capota, pescante, almohadones, y Andrea tiene que entregar sus gemelos. La medida es un tanto ridícula, pero los agentes ven en todo objeto una forma de explosivo.

Las tropas llegan. Por arriba del uniforme azul sombrío, y de las tocas de astrakán de la caballería, flamean los gallardetes de las lanzas. Del lado del Bósforo suben los batallones de Siria, y entre los rayos platíneos de las bayonetas oscilan albornoces verdes, de paños sin fulgencia.

En la dirección de Pera, avanzan los regimientos mogoles. Sakies y uniformes siembran purpúreos regueros palpitantes, que ondulan, bajan, ascienden y acaban en vértigo de sangre encendida. Las tropas convergen hacia el gran Visir, resplandeciente en caballo oscuro, que, bajo el turbanté rojo, hace más saltante su barba patriarcal de plata. Su voz de mando detiene, lanza, distribuye, y la fiesta del matiz militar se inmoviliza, en torno del templo marfileño y de su cúpula de oro y de los irídicos estremecimientos de sus ágatas sobre la construcción de espumas.

En el paralelogramo de la tribuna diplomática y la mezquita, unidas por muros á la fortaleza, se alinean batallones de zuavos, cuyos uniformes carmesíes destacan sus nervios y arabescos sobre el verdor sombrío de un paredón de hiedra. Sobre el umbral del pórtico, una legión de tártaros, peregrinos de la Meca, luce ropas tales y barbas de antiguos reyes asirios. Repentino redoblar de tambores estremera las filas. En la entrada de la fortaleza piafan yuntas de caballos blancos. En las carrozas aparecen las odaliscas. Pasan las pobres cautivas, miserables y misteriosas en su esplendor, sombras de nieve, con el iamack sobre el rostro, envueltas en una más amplia mortaja de tenues tules. Eunucos negros, de colosal estatura, armados de picas, las custodian. En otros coches, rodeados de edecanes, saludan los príncipes, algunos muy niños, con dignatarios de su misma edad. El Ministerio en masa desfila á pie, con la corte, el Estado Mayor y la Guardia Imperial, apoteosis de ópera en pleno día... El clangor de los clarines despierta ecos restallantes. La tropa presenta las armas. Apunta el coche del Sultán. Soldados, pueblo, dignatarios, peregrinos, responden con frenesí humano á los flechazos del bronce. En todos los pechos ruge un trueno. El grito no tiene variante en el lema; se desea al ominoso Padichá larga vida. Y él avanza, inclinándose levemente ante los em-

bajadores. Lo acompañan el Ministro de la Guerra y el Gran Eunuco. La barba negra, teñida, empalidece más su rostro cadavérico, donde sus ojos de pescado sin expresión, van inmóviles, bajo el rojo fez que le pinta un nimbo llameante al sol. Las bandas militares ritman la marcha. El muezín, en el alminar, vocifera á los cuatro vientos: *La Ylah il Allah vé Mohamet resoul Allah*. Los gritos se aplacan; el cortejo ha entrado en la mezquita; la plegaria empieza. Dura media hora. Los peregrinos tártaros, en el pórtico, la siguen con sus cantos y genuflexiones; el pueblo y la tropa, con el corazón y sus labios. Otro toque de clarín. La algarabía nuevamente estalla. El Sultán, esta vez, sube á un faetón, vuelve al trote largo, y sorprende el espectáculo de abyección de toda la corte, sofocada y sin resuello, tras el coche convertido en trono.

El tumulto popular se aleja, formando viento sonoro, entre los esqueletos de los árboles. Monfort y Andrea se retiran; las bandas tocan: el desfile empieza. Á lo lejos, sobre el mar, surgen las islas envueltas en rientes gasas azules. La torre de Hero y Leandro brilla como faro de buques y vapores. Se ven humos y velas, y se antoja que las embarcaciones oyen las músicas, no para correr miserables tras el tirano, sino para entrar más elegantemente en el hermoso puerto.

VII

Á la entrada del Bósforo la torre de Leandro se incrusta en el agua. Los bateleros creen que, en la noche, la luna forja con las plateadas ondas una sirena; sirena que contando una historia, canta como un ruiseñor. Á Mehar Chejid, hija del sultán Mohamet, una bohemia le advirtió: morirás de picadura de víbora. Para alejarla del peligro, y aislarla de la tierra, su padre edificó la torre. Y he ahí que su fama de hermosa había cundido por el mundo. Un príncipe persa se puso en viaje, y divisándola entre los barrotes de las ventanas, le envió un ramo de flores. La princesa se lo llevó á los labios, y un áspid, saltando de las rosas, la mordió en el cuello. Desolado el galán, penetró en la torre, chupó la herida y, exponiéndose, salvó á la princesa. Así se rompió el maleficio; y el sultán, uniéndolos, hizo acabar la aventura en las bodas de los amables cuentos árabes... Un vaporcito flanquea la torre. Aislados en la garita de cristal del puente, Monfort y Andrea van camino de Terapia. Tienen el proyecto de alquilar una villa para la primavera y el verano. Stambul se queda escalonando sus jardines en torno de la Punta, que cual promontorio avanza hacia el mar, coronada por el Serrallo Viejo. Pera desaparece también, sobre el centro de la torre de Gálata.

En tanto, templos y palacios se suceden en la margen izquierda del Bósforo. Atraen y seducen las arquitecturas del mármol, ornado de urnas y flores esculpidas, entre

jardines rebosantes de flores perfumadas. La cúpula del sepulcro del pirata Barbarroja, y el Tchegaran-Serai, prisión monumental del sultán desposeído, se yerguen al pie de la colina, donde la fortaleza Jeldis amenaza, y la mezquita Validé refulge con sus verjas de oro, cual reina de piedra encarcelada entre guirnaldas de rosas. Sigue en la orilla la franja de palacios de los dignatarios de la corte, á las veces chinescos, y siempre presentando el contraste de sus fachadas rientes y de sus ceñudas celosías. Las aldeas empiezan alternantes, sobre montes sinuosos que desbordan su vegetación en las abras. Y en el sitio á donde arribaron Jasón y Medea, volviendo de la Cólquida, se tiende Koru-Tchene. Simula una aldea suiza, hecha de gigantescos relojes, y en cada hastial créese que un pájaro va á aparecer cantando la hora.

Sobre el otro lado, al pie de la colina, especie de tallada esmeralda, se dibuja el paseo estival de las damas turcas: las Aguas Dulces del Asia. Después, la famosa fuente de Murad y el palacio de Admet-Peti congregan un caserío que da esplendor á cien jardines. La punta de Akinti avanza y corta la corriente. El agua se encrespa, y al entrar en la pequeña bahía, los contornos pintorescos no pueden reflejarse en las aguas bullidoras. Los aires también palpitan. Millares de gaviotas, que sobre el verdor de las colinas hacen más tenues, ó intensos, sus plumajes, cruzan como flechas, ó flotan como nieves, ó se estremecen en torbellinos blancos. El espacio es fuente de vida alada. Las aves conducen á mirar más lejos. La ciudad surge idealizándose, entre gasas ligeras de vapores translúcidos. Sus tres partès se animan como las tres hojas de un trébol de maravilla. Repentinamente, cae de las nubes torrencial esplendor. Rayos de oro unen las cúspides de Stribul con el cielo, y después se reducen, formando entre una evaporación de apoteosis, con los hachazos que se cortan, la cruz centellante de una falaz crucifixión divina.

Monfort no piensa, mirándola así, en la poesía romántica. Reminiscencias de tragedias formidables, de cuentos frescos y rientes; misteriosas odaliscas; luchas de genizaros y de eunucos; visiones de cortes magníficas y de tumultuosos amores; nada de eso en aquel momento le toca y agita con sus alas de historia ó de leyenda. Siente en los oídos la voz de Andrea. Ella va silenciosa, pero la oye hablar como en la noche anterior: “¿Sigues escribiendo sobre las estatuas? Son hermosas, sin duda. La Grecia es única. ¿Te acuerdas, sin embargo, de nuestro diálogo, en Turín, sobre la Superga?... Tú me hacías una farsa comparándome á la Venus de Milo, y con terror imaginabas que pudiese deformarme. Hoy pienso en eso y me irrito. ¿Sabes lo que les faltó á esas estatuas para llegar á divinas?... Ser madres.”

Monfort había alzado los ojos. Los de Andrea, húmedos, mostraban una expresión implorante, humilde, que podía transformarse en venturosa. Él comprendió que una palabra dura la heriría, y dijo simplemente: “Cómo! ¿será posible?...” Ella le contó su grande esperanza!

Ante la expresión alentadora, su contento desbordaba. Había temido que la recibiesen mal. La inteligencia de Monfort antojábasele de mármol, defendiendo la entrada del corazón, como se cubre una fea reliquia con monumento que no la deja ver y es obra de hermosura. El amante rió de la ocurrencia. Andrea siguió hablando largo rato. Las inflexiones de su voz tenían gravedades ardientes, y gracias nobles con un orgullo subyugante. En la estatua que la maternidad deformaría, encendíase una nueva luz, haciéndola sagrada. La mujer proseguía: “Es obra de los dos, pero en ésta habrá más mío. Mientras tú escribas tu libro, yo lo completaré con carne de mi carne y alma de mi alma, y palpitará con toda tu inteligencia y toda mi ternura. Cuando nazca, veremos si no es bello como tus poemas. Ah! no te hubiera perdonado que hablastes contra quien no tiene la culpa de nacer...”

El poeta sentía ya por la criatura, no existente quizá sino en esperanza, el misterioso sentimiento de la madre. Él no había conocido á la suya. Esa idea hizo brotar de su corazón, seco para tantas cosas, un hondo deseo de lágrimas. Y empezó á comprender el desprecio antiguo por la mujer estéril. El anuncio de una vida, que sería muy posible de dolor, le produjo, al fin, gozo; y muchos de sus prejuicios se desvanecieron ante sus emociones insólitas.

Juan evoca todo esto á bordo, y Andrea va también pensando en la anterior escena. El vaporcito cruza por Belek. Los edificios se adivinan bajo trepadoras y enredaderas, y las calles, inundadas, donde los bateleros cantan en sus caiques, recuerdan á Venecia. “¿Cómo será de bello el cuadro — dice Monfort — cuando la primavera estalle, y reine el estío”. “Se porta muy bien — responde la amante; — la dejamos en Grecia, adelantándose á nuestro paso, y aquí nos ha esperado. Ya lo ves, la felicidad, en todas formas, llega.”

La reminiscencia de Venecia se desvanece ante una medioeval de Alemania; pues un castillo, cual de los bordes del Rin, surge cubierto de salvajes verduras, deshilachadas en recias crines flotantes. Lo edificó Mahomet. Entre torres redondas, sus almenas, con arabescos, escriben el nombre del sultán. Y el sol, tras de las nubes, le comunica resplandores ígneos, mientras el humo del buque se enreda á sus vegetaciones, y atrae con visión de incendio y de batalla.

— ¿Evocas las viejas luchas? — exclama Andrea.

— Nada de eso. Sin saber por qué, me he acordado de un místico, Rusbrock el Admirable, el monje del Valle-Verde, que debió orar á menudo al pie de un castillo semejante. Y pensando en lo que él llama su amor, en *El Combate*, amor del espíritu que penetra en el abismo de Dios, yo consideraba el nuestro, complicado por un estrebecimiento más.

— ¿Y qué escribe el monje?

— *Cuando el amor se posee à sí mismo, su altura se hace raíz y fundamento de nuevas fuerzas y virtudes.*

— Es ahí donde éstas van à florecer...

La mano de la amante, al propio tiempo que dice, señala las villas y quioscos de Terapia. El vaporcito empieza à disminuir su marcha. Siguen apareciendo peñascos, vestidos de jardines. Más allá, sobre la tierra, lleno de fecundidad rústica, empieza el paisaje de los Balkanes: y del lado de las aguas aplaca el tumulto de las cambiantes riberas, uniforme y nebuloso, el mar Negro.

VIII

Sobre la costa del Asia se tiende Scútari: allí está la cuna del islamismo; allí, la tierra santa; allí, el cementerio más sagrado. Los personajes de Pera y Stambul, y los mahometanos de vieja cepa, piden hospitalidad à su seno. Es una ciudad de silencio, meditación y plegaria. Seduce su aspecto de cosa vieja y muerta. Atrae con el misterio de sus casas enrejilladas, que ocultan historias de amor, felices ó sangrientas. Todo en ella aparece discreto. Sólo en torno del bazar bulle la gente mercando en las tiendas. Las mujeres respiran el aire por los tupidos macharabiyehs, y no salen. Por todas partes se ven hierbas crecidas y muros leprosos. Las puertas se abren y se cierran con sigilo. Cada mahometano debe tener el secreto de Ali-Babá, para que las hojas se muevan al conjuro de una palabra. El silencio es tan grande, que

lo turba la brisa pasajera. Sin embargo, las viviendas están habitadas. Se siente que detrás de las celosías de los harenes miran cien ojos. De algunos quioscos, serrallos pintorescos de negociantes ricos, se escapan perfumes de pastillas quemadas. En otros se oyen el tamboril y la guzla. La ciudad del silencio lo es del goce al amparo de los muros inaccesibles. Pequeños cementerios se multiplican, y erizan las calles con sus lápidas. Así, al misterioso ambiente de las prisiones de amor, se mezcla el espíritu de la paz de las moradas fúnebres. La calma venturosa de los muertos parece reinar para que nada incomode la alegría del íntimo vivir, y Monfort y Andrea, respirando la voluptuosidad sutil del extraño barrio, llegan al gran cementerio.

Impresión única, de un bosque de lápidas en una selva de cipreses. Cementerio que no recuerda á otros del mundo, aunque todos, como fin de la vida, tan varia, ostenten siempre el carácter uniforme de la muerte. Cipreses viejos y jóvenes, igualmente hermosos, se yerguen alimentados por los cadáveres de varios siglos. No se alinean en avenidas; las forman por casualidad, mezclándose en círculos, nacidos al azar. Sus escuadrones compactos hacen, á las veces, penumbras espesas con rígidas sombras. Se presentan cual columnas de un palacio natural de la Parca que sale de la ciudad y se inclina hacia el mar infinito. La necrópolis no tiene puertas, ni muros, ni verjas. Su extensión imponente se transforma en pintoresca sobre las quebraduras del llano. El viento se enreda en su vegetación, y pone sobre los chaides de piedra, inmóviles y silentes, la vasta alegría de un estremecimiento armónico. Es, por otra parte, un lugar de recreo más poblado que la ciudad callada. Las gentes conversan entre las tumbas; las mujeres tejen sus labores; los muchachos juegan; las familias vienen á reposarse y á saborear sus meriendas. Todo esto, con el mayor respeto, en una intimidad con los cadáveres que deja pensativo. Muchos es-

tudiantes se pasean con sus libros abiertos; meditan una sura del profeta, ó leen ardientes, voluptuosos versos de Hassán Husny. Los sepulcros les sirven á menudo de tripodes, y otras veces platican como á la sombra de los plátanos clásicos de la Academia. Entre cuatro columnas, y bajo una cúpula, está el célebre corcel de Madmud. Es el único monumento del cementerio. Juan, ante la protesta de su amiga, evoca los versículos del varón de Idumea: *Escarba la tierra, difunde el terror, y enardecido de orgullo corre en busca del peligro...* “Se me ocurre — concluye — que el caballo de ese himno de Job, arquetipo simbólico, es el cubierto por los mármoles.”

Á partir de allí, las estelas multiplicanse á millares. Suben, bajan, ondulan, en las depresiones y montículos, forman grupos caprichosos ó se desvanecen en líneas, que á su vez engendran nuevos círculos. Las cubren turbantes de granito gris, sobre el reposo de los hombres, y ramos de flores esculpidas, sobre el de las mujeres. Aquéllos, á menudo rojos, rompen la monotonía con una llama. Numerosas lápidas construyen rincones de suaves matices, al lucir los arcos iris de sus letras. Ótras tienen versículos del Corán, en caracteres áureos y azules, de manera que simulan páginas historiadas de los volúmenes de las mezquitas. Y ni una corona, ni una flor, ni un frútice, ni una enredadera, crece, se enculebra y adorna el mundo marmóreo. Muchas piedras asaltan en escuadrones las copas de los cipreses, pero se quedan á la altura de los troncos. No hay tampoco efigies. Algún mendigo reposando, un hijo de la ciudad que inmóvil sueña, cierto deudo que vela sobre un sepulcro, son las únicas apariencias de estatuas.

Monfort y Andrea se detienen ante un cortejo, detenido á su vez ante una tumba. Observan á la distancia. Al ataúd lo ocultan tapicerías. Un ismán ora en voz alta; las plañideras, con el cabello suelto, cenizoso, aturden, lamentándose. Al cuerpo lo extraen de la caja y lo ponen de pie

sobre el hondo sepulcro, mirando á la Meca. En esa posición le será más fácil confesarse en la noche con el ángel Nekir, encargado de dar alas á su alma. Los amantes se alejan; temen ser sorprendidos en su curiosidad, y un repentino soplo de vida les inmuta.

Repiquetean cinceles en una oquedad del dédalo fúnebre. Los troncos de los cipreses sirven de patas á tendidas mesas. Se esculpen estelas, y los martillazos prestan á la paz del aire la fiebre de un taller en ebullición, y á su conjuro responden acentos de acordeones. Cuando la cinguizarra de los mármoles se aplaca, la música renace clamorosa. Extraños acordes de agudas notas perturban, y el silencio se llena de bizarras armonías. Las mujeres que vuelven del entierro parecen máscaras, extraviadas entre los sepulcros, y las lloronas, cubiertas de ceniza, hacen pensar en un carnaval macabro. Es aquello una pesadilla nocturna que el sol realza con hiriente contraste. Los cinceles picotean de nuevo, y entre el rispido saltar de las vibrantes chispas, los acordeones resuenan más angustiosos. Se pierde la noción de la hora, se cree en una profanación fantástica, y que las mujeres violetas, rojas, azules, van á danzar con los espectros evocados de sus antiguos amores...

Monfort y Andrea se alejan, entre otros tantos centenares de tumbas, bajo otros tantos centenares de cipreses, hasta oír las consonancias del mar de Mármara. Caminan siempre, y contra las últimas lápidas que tocan las arenas, inclinándose en un descenso, aparecen ondulantes las aguas. Á la infinita melancolía del sitio, dan un marco de infinito color, y al apacible reino de una muerte que se antoja sin terrores, el límite de una sonrisa glauca que es canto. Los cipreses, en su verdura intensa, recogen esos murmurios de la esmeralda riente, para infundir al silencio de los sepulcros armoniosa majestad. Los amantes se inmovilizan y la mujer dice:

— Se anhela rezar por los muertos desconocidos de otra

religión: parece que así lo aconsejara Jesús, avanzando hacia el cementerio de pie sobre las olas.

Monfort, que subyugado por el espectáculo, siente misteriosa emoción, se vuelve á la vida, y la muerte, arrullada por el mar, le hace responder con voluptuosidad casi mística: "Tú eres mi plegaria". Andrea sonríe, pero no disimula un movimiento retráctil. "Quieres, entonces,—exclama él — oír versos de los poetas de Mahoma? ¿Deseas que murmure, como Abu Hiahia, por ejemplo: *si no fuera por mis lágrimas, los ardientes suspiros de mi corazón me hubiesen devorado; si no fuera por mis suspiros, las lágrimas de mis ojos me ahogarían?... Dejemos en sus serrallos y en sus tiendas á esas lirás de amor... Porque, para mí, tú eres un templo, y tu alma su lámpara. Porque tus caricias se convierten en transportes de ternura ideal. Porque por ésta, descubro desde la penumbra de su misterio, nuevos astros. Porque debes envolverte, no en la llama purpúrea de la Beatriz del Dante, sino en el blancor de los azahares, que es el de las nubes, tan verdadero como inaccesible. Porque de ti, frescor palpitante y forma de mi pensamiento, parten los manantiales reflejadores del mundo, sagrada fuente. Porque la luz sonríe enredándose en tu pelo de oro, y tu espíritu, asomándose á los ojos por imitarla, también sonríe. Porque cuando sufro viendo allí á tu alma, donde no la puedo tocar, la sorprendo en tus labios perfumando tu aliento. Porque tu beso es lánguido como un crepúsculo, triunfal como un mediodía, grave como la noche, alegre como el alba. Porque despides el flúido que transforma los seres en alados salterios. Porque en ti adoro la quimera con ansias de más allá de la vida, y deseo morirme entre tus brazos. Porque te amo así, por sobre todas las cosas, y tu sentimiento me causa la angustia de lo infinito, llamándome desde el fondo de lo absoluto. Porque me aproximas á Dios, purificándome con anhelos de inmortalidad. Porque ilusionas mi existir y eres mi musa, mi esposa*

ardiente y mi hermana casta. Porque por ti la compasión es culto, y lo noble ley, y la hermosura éxtasis, y vibras como inspiración divina y humana fuerza; por eso, en fin, te dije: tú eres mi plegaria”.

Y levantando los ojos, ven los amantes en los cipreses palomas, que acompañan con su rumor los pensamientos, como las verduras y las aguas. Se agitan en bandadas innumerables, y prestan al triste paisaje la alegría de las fábulas, y gozando del mar, desde las copas fúnebres, recuerdan cómo fueron en Grecia cálidos nimbos de amor y de ensueño. Y los musulmanes, que creen en el Djnnet, rico en corrientes limpidas, y en huries virginales, ofrecidas bajo palios de frondas, sobre lechos de flores, pueden también creer que Nekir da á los espíritus ya libres, esas níveas alas que custodiaron la belleza de Venus.

IX

Pavimentos con reminiscencias de lava volcánica en un laberinto de callejuelas; fuentes cegadas con inmundicias y legumbres podridas; surtidores cuya agua resbala en vano sobre la suciedad invencible; vidrieras de restaurantes, dejando ver, entre las brumas de los narguiles, albornoces inmóviles; tabernas llenas de ociosos que beben discutiendo ó riéndose; en algunos muros, espesas rejillas de serrallo; sobre las aceras, bandadas de amarillentos perros; y en todas partes aire envenenado, agresivo, exasperante. Se está en el barrio de Gálata. Monfort se apresura, camino de la Torre, porque es peligroso circular con una europea por entre aquella gente. Y dice á su amiga que no ha ido al célebre Bazar de Stambul, donde la policía, por temor á los disturbios, vigila en patrullas armadas: "El continuo clamoreo humano marea. Añade el gruñir y ladrar de los infaltables perros. Añade las colecciones pestíferas de aves sagradas, pues estos hombres santifican todo lo que contribuye á infectar un sitio: la roña es institución nacional y casi virtud patriótica. Sin embargo, el mercado resulta curioso y atrayente en torno de su mezquita, hecha con pabellones de tela, donde oran los buenos mercaderes antes de ahorcar á los extranjeros. Nada pude adquirir. Los precios que te dan son triples, dichos con sonrisas misteriosas, entre graves genuflexiones. En tanto, las mas-

caradas femeninas van y vienen, mercan, discuten, pagan, entre eunucos negros, de turbantes vistosos y ojos tristes. Y se entrecruzan y se complican los claustros, cubiertos de tapicerías, armas, abalorios, lozas, zapatos, en que trabajan los sastres y afeitan los barberos, mientras todo lo que es comerciable, desde un diamante á un alfiler, pasa de mano en mano y cae bajo los ojos de una multitud tumultuosa. El Bit-Bazar interesa mucho. Parece el cementerio del mercado, donde se entierran los objetos muertos entre el fulgurar de los objetos vivos. Lo que no puede circular, por inútil, está en aquel osario: son espectros de tapicerías, esqueletos de cosas, residuos de armas, hablando de mezquitas, palacios, harenes, navíos, fábricas, campañas y ciudades. Pero, por otra parte, como cierta clase de la multitud acude allí de preferencia, el tufo acre se vuelve repulsivo, y se piensa que si una peste entrara como un incendio, hallaría para explotar verdadera pólvora de mugre... Á la histórica legendaria Sultana del Oriente, la componen la realidad más lamentable y el ensueño más seductor; basta huir de las calles y de sus habitantes, y de los burros y de los perros, y mirarla de cualquier altura, para que, transformándose, deslumbrase con su belleza."

Monfort y Andrea van á cerciorarse una vez más de ello en la torre de Gálata. Han llegado y suben por la escalera ruinosa de un espeso muro, reptil creciente al enroscarse en su propia cueva. Los escalones se abultan; los hay de una vara; y las piernas se quebrantan, y las respiraciones, triturando los resuellos, acaban por querer reventar los pechos. Salen á un descanso, especie de granero, con vidrieras sobre la ciudad. El barrio recientemente visto aparece abajo, hecho á grandes brochazos con pelotones de pintura, que adquieren un valor pintoresco. Después, Pera inicia en el Bósforo la sucesión de palacios, boscajes, caseríos, hasta los pomposos montes. Por el otro lado, el barrio israelita bordea el Cuerno de

Oro y toca las Aguas Dulces de Europa. Al frente, en Asia, una llanura risueña liga á Scútari con Calcedonia, y surge envuelta en argentados reflejos. Á la entrada del Mármara, sobre la costa europea, Stambul ofrece una compacta petrificación de ensoñadores caprichos. Cúpulas y alminares, monumentos y cipreses, corren al mar, ó trepan al cielo, y sonrien bajo un alegre rayo de sol, caído por entre las nubes. El Cuerno de Oro, transformándose en Bósforo, une y divide los miembros de la Sultana, y es verdadero Cuerno de la Abundancia, que fantástico vierte de sus aguas sobre las orillas, la gracia verde de los árboles y el esplendor blanco de los mármoles.

Los amantes quedaron largo tiempo suspensos. En el desván había un sillar de piedra cavado en el muro. Sentáronse. Después de un rato, Monfort dijo: "Pienso en otra ascensión, la primera que juntos hicimos. Me refiero á la Superga, que tú anteayer recordaste. Cómo he cambiado desde entonces! La esperanza de tu hijo, hoy desvanecida, me ha dejado una emoción llena de ternura. Y si eso acontece alguna vez, me pregunto en qué forma lo voy á querer y de qué manera removerá mi espíritu. En tanto, no habiendo estado sino en tu imaginación, sin alentar como carne de mi carne, ha sido luz de mi cerebro. Si! cuando acabe la novela de Fideas, escribiré un libro sugerido por tus ilusiones, que por asociación de ideas, me han llevado á pensar en mí mismo. Soy francés, con abuelos italianos y españoles, bastante próximos de las tres sangres, es decir, una expresión de nuestra raza. El renacimiento latino me preocupa, y mi romance será sobre eso. Imagina á dos amantes, en las condiciones de mis padres, paseándose, como nosotros, en Grecia. Él viaja con el objeto de resucitar el paganismo, y de que vibren los mármoles entre la evocación de las antiguas sombras. La amada misma es una soberbia estatua. Pero su imaginación va á perturbar sus sensaciones. Una escena puede servirle de presentimiento. Ve una tarde á la

mujer desnuda, cual una rosa sobre su tallo. La nube de batista se ha abatido en onda riente, y hollando los encajes, es Venus que anima la cámara como mar de fábula. Al mismo tiempo, se dibuja en un espejo. El amante mira allí la imagen griega, adulterada por las luces de las lámparas. Y se dice: "Es la misma, sin el júbilo espontáneo de la naturaleza. Venus fué diosa, por conservarse mujer que no había perdido el contento. La del espejo, ya no lo tiene; guarda la frescura de su primitiva belleza, pero el fondo quimérico le añade transparencias crepusculares. Yo, admirando á la primera, adoro á la segunda. Ésta, en su contorno de mármol falaz, me ofrece un abismo de misterio"... Y en tal sensación hallará la fuente de un sufrimiento. Su amor será insaciable por buscar en él lo infinito. Y el instante llega: las rosas de Anacreonte se marchitan entre los versos bucólicos; en cambio, nuevas estrellas nacen entre las notas de Beethoven. El mismo amor frenético quiebra la serenidad de las almas. Las estatuas, si hablasen, dirían un canto, pálido como su blancura, sin encender llamaradas en sus acordes. Por eso la música vaga, más que el contorno restringido, conviene á sus transportes: en fin, les acontece lo que nos ha pasado: su alegre concepción pagana se perturba con las angustias de lo intangible. Así, esos seres no encuentran un concierto entre su vida y la antigua cuna de su raza. Además, aparece un personaje, semejante á Tiresias, demostrando cómo los griegos fueron cultivadores de su alma, cómo esta alma padecía de los problemas del más allá, y cómo todo lo que sale de ella no pierde la noción y el sello del ideal, de la inquietud filosófica y del instinto religioso. Y de esos amores nace un hijo. Un verdadero latino, bajo el cielo de Grecia, que tendrá de pagano y de cristiano, fundiendo todas las herencias en red acaparadora de las sensibilidades que exaltan y matan á fuego lento... La raza nuestra empieza á agonizar. Lo murmuran las palabras, y no lo

niegan los hechos. El genio que aún nos salva, ¿nos abandonará, al fin, como los músculos? Después de prolongada agonía, ¿vendrá la definitiva muerte, ó la crisis momentánea oculta un manantial de renaciente salud? Del relato de la vida del niño fluirá todo eso. ¿Cómo se desarrollará? ¿Cuál es su porvenir? ¿Cuál su senda? ¿Cómo debe actuar para ser en el mundo lo que fueron sus abuelos? He ahí la materia á esclarecer, pues la idea simbólica irá fundida al romance verdadero.

— Ya lo ves — responde Andrea; — nuevos sentimientos te traen inspiraciones. Un hijo te encendería una nueva lámpara: no me atrevo á decir una estrella. ¿Y no es, en verdad, toda criatura imagen del Niño Jesús? ¿No son las alegrías, las esperanzas y ternezas que rodean su cuna, oros, inciensos y mirras de reyes magos invisibles?... En tanto, tu libro saldrá intenso y hermoso. Mas es muy difícil, y el final, sobre todo, casi irrealizable.

— Por ahora, si ya has descansado, podemos subir á la linterna.

Angosta escalera, mas accesible, regular, aparecía en un ángulo del granero. Los amantes treparon; Monfort iba detrás de Andrea. Una cuerda los rozó vertical, estirándose en lento esfuerzo. Rechinaron engranajes y sonó una hora. El estampido del bronce, estremeciéndolos, los detuvo: después rieron de la sorpresa. Sus carcajadas despertaron en ágil tropel alegres ecos de los ángulos de la torre. Así saludaban el vibrante clamor, con la misma inconsciencia del reloj que lo producía, ignorando, como él, que en ese transparente minuto, el destino se les vestía de sombra.

La escalera no terminaba; sus frentes cubríanse de sudor; detuviéronse una vez: “Ea, señor Virgilio, ¿no salimos aún de este infierno?” — gritó el poeta. “Aguardad, mi querido Dante; una paloma de Venus me dice que el azul ya llega”. Más tarde iban á recordar la broma con amarga tristeza; y alegres, confiados, venturosos, llegaron

á la cima, donde les esperaba la solución del libro difícil. La paloma, sorprendida al verlos, voló asustada; y al salir á la plataforma, el aire envolvió sus cuerpos transpirados, con estremeciente ráfaga.

La visión del abismo atraía. “Cuando se contempla á Constantinopla desde la rada — dijo Monfort — los contornos salientes, las honduras entrantes, reciben las caricias de las ondas graciosas ó solemnes, y el cielo parece inspirarse en el mar, dando á sus nubes los mismos toques, ligeros ó graves, y lo que úno hace con las plantas, lo hace el ótro con las cúspides... Si ahora perdemos el espectáculo del cielo, dominamos mejor el del agua”.

Andrea calló ante el panorama. El Cuerno de Oro brillaba cual lago de seda, inmóvil; el Bósforo bullía, mas con todo, los palacios de sus riberas hallaban en su cristal, espejo; y ligándose con la plenitud del Mármara, una gran lengua azul lamía la punta del Serrallo. Así, el agua, vida de la hermosura y canto de la gloria de la Sultana de Piedra, era en el Bósforo cinturón, y en el Cuerno de Oro brazaletes, y en el mar, diadema.

— Los que han muerto mirando á Nápoles — exclamó el poeta — pueden resucitar viendo desde aquí á Constantinopla.

Esperaba una burla sobre su alusión al manoseado adagio, cuando sintió la voz de Andrea, pero diciendo:

— Tiemblo de frío. Apresúrate; entremos.

X

Andrea estuvo entre la vida y la muerte una semana. El doctor Musurus, viejo que miraba con simpatía á las gentes de París, donde pasara, estudiando, su juventud, no se fatigaba de repetir: "es la vuelta del ataque de Atenas". Pero resultó mucho más grave, trayendo una violenta neumonia. La crisis había sido vencida, los pulmones mejoraban: en cambio, el anquilamiento de la enferma persistía, sin que la fiebre la abandonase.

La dirección del hotel los hizo trasladar á un departamento del cuarto piso; estaban aislados, era menester que los demás viajeros no se diesen cuenta del caso. Cien detalles penosos aumentaban así el tropel de tantas angustias... Andrea duerme. María, la antigua sirvienta, la acompaña. Monfort, desde el cuarto vecino, á través de las ventanas, mira la caída de la tarde. El horizonte, abajo, es masa plomiza y sobre ésta, rojo resplandor espurria fuego. Al ascender cambia el matiz del cielo, dilatándose en las transparencias, y carminoso, devorado por su llama interna, es cual grano de perfume que se evaporara. Sobre la nube cenicienta, Stambul estampa la sinuosidad de sus techos, y Santa Sofía resulta violento espectro. La mezquita Admed se recorta también, y sus alminares, al llegar á la zona purpúrea, se esculpen envolviéndose en fulgor que tiene cinceles y alas. El barrio de Bizan-

cio empieza á ser una vasta sombra, y nube deshilada en redecillas violetas cubre con extraña mortaja la ruina de los muros.

Las lejanas Aguas Dulces de Europa se funden al azul prúsico, y sus puntas se espiritualizan antes de apagarse para los ojos. Los cipreses avanzan de todas partes en legiones pensativas, que van á cita sigilosa en un punto invisible marcado por la noche. Las lápidas de los innumerables cementerios, se encogen hasta blanquear diminutas, como si fueran huesos. Las aves cruzan próximas, aun las que lejos flotan, por efecto del crepuscular claror; y cuando se detienen en los cipreses, se las cree inmobilizadas con la voz y las alas entumecidas, sobre la misteriosa solemnidad, que la muerte engendra.

Monfort recibe un soplo de desamparo. Todo en Constantinopla es hostil, con el frío del ambiente y el aspecto de sus cosas. Piensa que, á estar en Paris, bajo el cielo de Francia, en medio de sus amigos, la desgracia se desvanecería. Quisiera arrebatarse á la mujer cuya respiración oye inquieto, y huir en el primer tren á donde brille su sol y se hable su lengua. La sensación del abandono le llega como sudario glacial arrojado por la tarde. Sobre la nube plomiza del horizonte, los humos de las chimeneas suben lentos; después, internándose en el chispear purpúreo, dan vida á sus moléculas, forman arabescos de oro, sartales de granates; y antes de perderse, enredan á las torres, volutas que las ornan con versículos del Corán, entre gasas de huries. Un abejoneo de ojos parpadeantes recorre el cuartel judío; sus destellos hacen medir la intensidad de la sombra. Las mezquitas de Sambul desaparecen, y sólo un alminar de la Suleimanié, rey de la más alta colina, se clava en el huyente fulgor, por donde se desangra etéreo el horizonte. Al pie del escalonamiento de los barrios, el Bósforo y el Cuerno de Oro, mueven sobre penumbras flúidas, el livor de una luz. Luz flotante, independiente del día ex-

tinguido, luz que es alma de la luz; hálito visible, transformado en trágico, al tocar el agua. Y con apariencias de espectros, los cipreses se miran en la placa luctuosa, cual si fuese un lago fúnebre. Allí, las barcas acentúan el perfil de sus flancos; y sobre su inmovilidad, parecen caer en un minuto varios siglos de crepúsculo. Se antojan peñas fantasmagóricas, rígidas islas, diseminadas por mano oculta en las riberas. En el ambiente que las envuelve, la meditación fluye cual aliento de un sueño cataléptico. El brillar del espejo mengua, ofrece la exasperación de una turquesa que su matiz excita á luchar con la sombra, y la última luz consciente, con el terror de no poder huir, se entierra viva bajo el agua.

Monfort siente pasar esa agonía á las angustias de su sér. Su alma, estremeciéndose, encuentra consonancias en las cosas. Del paisaje siniestro ve salir, vestido con el crepúsculo, al inolvidable pasajero del *Scylla*. Evoca sus palabras y sus gestos; recordado, pierde su certeza; fué una advertencia incomprendida, un símbolo de los desgarramientos en medio de los regocijos; dejóles la sensación de que volvería; los ha rondado, invisible, varias veces; y ahora, real, como en la cubierta del buque, está llamando á sus cristales; y sin embargo, puede entrar, misterioso, sin abrir la puerta.

XI

Andrea agradecía al doctor Musurus sus delicadas atenciones. Éste respondió: “Felizmente, pasó el peligro. Yo fui más desgraciado en una época lejana, hace treinta y cinco años. Vuestra aflicción me ha hecho revivir recuerdos que creía perdidos. Por eso, mi simpatía es doble.”

Como Musurus quisiera, en el primer momento, avisar á la Embajada de Francia la situación de su cliente, Monfort, después de oponerle débiles razones, acabó por decirle su verdadero nombre. El doctor saludó al poeta como á un viejo conocido, y vivió casi al lado de la enferma. Ahora, hablando con ella, continuaba: “Os contaré esa historia un día que estéis menos débil.”

Andrea no le dejó partir, quería saber. El médico empezó:

— Al poco tiempo de llegar de Francia, llamado á la carrera, asistí á un efendi. La apoplejía acababa de fulminarlo. Entré al selanlik de la casa; las cuatro mujeres del harén asistían al moribundo; y una visitante, al verme, se corrió el ialack sobre el rostro. Así es la vida. La coincidencia de un ataque repentino, la casualidad de hallarme en ese cuartel, y el azar de una visita, me echaban en brazos de una seria aventura... Á la mañana siguiente recibí un enigmático billete. Se me citaba en las Aguas Dulces del Asia; no fui, temiendo una burla, ó una celada de mal género. No creáis nunca en las aventuras de los

extranjeros en la misteriosa Stambul, como ellos dicen. Las mujeres temen por sus vidas, y son cautas; además, les repugnan los infieles, los *giaurs*, como aún se les llama. Entre nosotros, esto último no existe, pero sí el peligro. Ante un nuevo billete, me dirigí á la tienda que me indicaban, en el Bazar: una joven, eligiendo tapices, levantó el ialack sobre un hermoso rostro. Dos días después, en ausencia de su marido, fui á verla como médico. Nosotros, en nuestra profesión, tenemos la vara mágica, quizá la única existente en Constantinopla, para abrir las puertas de los serrallos. Aquella desconocida me enloqueció. Era la visitante del efendi á quien yo sangrara la anterior semana. Volvió el marido y empezaron sus terrores, así como los del negro cómplice. Al fin, la mujer huyó, refugiándose en mi casa. El eunuco, que no sabía en realidad dónde estaba y que ignoraba mi nombre, desapareció misteriosamente. La vida nos era imposible; mi amistad con un secretario de la Embajada Austriaca nos salvó. Vestida á la europea, como persona de su familia, Leila partió con el diplomático á Viena. Allí la busqué y vivimos dos años en París. Ha sido mi único amor. Yo no entiendo nuestra poligamia. En eso, como en muchas otras cosas, no parezco turco.

— ¿Pero al fin, libres, vinisteis á Constantinopla?

El médico respondió negativamente con la cabeza. Andree comprendió su anterior alusión á los dolores en una ciudad extranjera.

— ¿Murió en Francia, entonces?

— Duerme en el Père La Chaise. Y no he podido nunca traer á tierra mahometana los huesos de la réproba huída. Imaginad mi pena. En tanta tortura, habéis tenido suerte. Vuestra curación durará muy pocos días: pronto respiraréis el sol de Francia, con mayor contento. Las convalecencias hacen adorar la vida, después de una pausa de ansiedad angustiosa.”

Ya en la antesala, Monfort preguntó:

— ¿La encontráis mucho mejor?

—Sin duda, amigo mío; pero es menester, para partir, que la temperatura se normalice; y aún hay su poco de fiebre.

XII

La luz de la lámpara fué disminuída bajo una pantalla japonesa, de cigüeñas negras, con que Andrea la había cubierto. Algunos reposteros españoles pendían, colocados también, para quitar al cuarto del hotel su aspecto trivial, y se extendió por el todo una penumbra de perezosa tristeza. En el techo proyectábase un círculo de viva lumbre. La cofia de María y la cabeza de Monfort, inmóviles sobre los tapices, formaban extrañas sombras, más ligeras al tocar las partes libres del muro. Después, agrandándose, salían de su misma entraña para inclinarse sobre la enferma. En un extremo erguiase un reloj. Su péndulo fastidiaba, oscilando entre los arabescos de la caja esculpida. Exhalaba el mortecino fulgor de una vieja moneda en la zona de la lámpara, y al hundirse en la zona negra del estuche, ritmaba el latir de los corazones con tic tac que parecía un crujido estridente del silencio. Monfort mandó á dormir á la sirvienta y detuvo el péndulo. Percibióse más fuerte la respiración de Andrea; sobresaltado, sonó un mueble, y el silbo de una sirena vibrando en el puerto, perdióse como un grito de angustia.

Los nervios del poeta, estremecidos, aguzaron sus inter-

nas congojas. Aquel ulular de la máquina, le recordaba la noche en que su amiga rompió en llanto, oyéndolo en los malecones del Sena. Con el acento que tienen en el aire libre de la noche, que nadie les disputa, diverso al del día, una campana dió las cinco: acento más grave, más singular, casi consciente, de un momento intangible, que sin cuerpo y con alma, es sepulcro y cuna del tiempo.

Monfort sentía las ansiedades de la hora nueva; ocultaba quizá lo más terrible; creyó que iba á sentir en sus pliegues un ay! desgarrador nacido de realidades movidas por la sangre de un corazón de misterio. Para quietarse, empujó sobre la mujer, avivando un poco más la lámpara. Quería darse cuenta de que estaba ahí, real. Un sudor frío perló su frente. El pelo de oro, anudado por cintas rosas, cercaba una cabeza, echada hacia atrás, con la boca abierta, el rostro céreo, los excaves lívidos, la expresión cadavérica. El sueño, que aleja el espíritu, tenía sobre el abandono de la magra hermosura, más de la muerte, que de la vida. Andrea abrió los ojos, y Monfort sintió una onda de alivio. Era menester darla un remedio, y en aquel nimio detalle, sacudiendo el frasco, llenando la cuchara, ponía el pobre hombre una inmensidad de ternura.

— ¿El reloj se ha parado?

Al preguntarlo, la enferma se estremeció. Quería saber cuándo. El le explicó la verdad; lo había detenido porque iba á importunar su sueño; y como ella dijera con los ojos no comprender, el péndulo fué lanzado, y el tic tac volvió á señalar los segundos. Después, tranquilizándose, se dejó caer en el silencio, como en las entrañas de un pozo. El vuelo de las horas, así sonantes, pareciale la presencia de la vida, en el tiempo y en la noche.

Monfort, anhelando el alba, percibía en su zozobra los minutos y los latidos de su corazón galopar, mezclados al són del ritmo, por llanuras tétricas, hacia el abismo de un país de sombra.

XIII

En esa mañana, Andrea sintió ánimos para levantarse. Un sol primaveral que le sonreía en los cristales entró con irrupción de coloreadas chispas. La sirvienta sacó varios peinadores. La enferma deseaba elegir. La idea de la coqueta operación le hacía creer en sus fuerzas. Y desgajóse ante ella una ola de muselina, oro pálido, saliendo de una túnica de encajes, y sobre el cruce, un crisantemo brilló en las cintas.

— Ése, nó. Me recuerda á Sada Yako. ¡Ah! la noche del Hotel de Ville ya pertenece á otra existencia.

— Si empezamos á desesperarnos, llamo al señor y no la dejo levantar — respondió María, mezclando á su familiaridad el aire severo de una dueña española.

Andrea hizo un gesto. Otro peinador dejó caer nueva oleada de sedosa muselina, y era de nieve, con humos de oro, y en el ruedo se dibujaron, abatiendo las alas, varias águilas negras, coronadas de laureles.

— Tampoco ése. Monfort me decía que cuando lo vestía estaba más dispuesta á representarle escenas de quinto acto. Pertenece á un Imperio abolido.

La criada cogió al vuelo la alusión.

— Su estilo puede haber pasado, pero mi ama, con él, va á mejorarse del todo.

Y adelantóse para ponérselo. Andrea se negó obstinada. Entonces hizo salir del ropero, aérea y volante, con dos inmensas mangas sonrosadas, una nube de espumilla, en

que rombos de Alençon se incrustaban sobre esfumados corales.

— ¿Sabéis en lo que pienso? Una botaratada. Ese peinador tiene algo de un poniente, y no quiero aparecer entre sus pliegues como un sol muerto.

Y se sonrió. En su fisonomía afinada, sus ojos, enfoscados bajo las pestañas enormes, exhalaban su verde brillar con fiebre que ellos mismos convertían en resplandor atrayente. Y después, con una sombra de tristeza pensó: acabo de recordar la voz de mi amigo. María había sacado un peinador de batista con encajes de Irlanda. Andrea añadió tristemente:

— Ése es el que necesito. Todo blanco, se asemeja á un sudario.

La criada, protestando, se lo echó sobre los hombros. Emboscó manos y brazos en las mangas, y ágilmente, ató las cintas de los broches. Los otros peinadores esparcidos vertían algo de cariñoso calor y la sutil caricia de un perfume. Ante quien hablaba en pasado, ofrecían el encanto de la imperecedera juventud pronta á renacer en otras almas y en otros cuerpos. Conservaban el recuerdo de la mujer sana, tenían el abandono de su gracia, eran su atmósfera íntima, transformada en tela, y en flor, y en encaje. Cupidos invisibles en los rayos del sol, cual si los áureos corpúsculos fuesen los dedos de un Watteau espiritual, querían dibujarse, y las alas no alcanzaban á batir, pues cayendo sobre esas elegancias, se amortajaban antes de nacer en las espumas coquetas. Á los aromas de sus hálitos mezclábase el olor de los ungüentos, y así, sobre su explosión, la enfermedad respiraba como un huésped alerta. Andrea, con la palidez de un busto de Sèvres en el rostro, y el brillo de una espiga madura en el pelo, envuelta en nube blanca, avanzó hacia los cristales, atraída por el sol de oro. Parecía que, tambaleante y débil, se apoyaba en la muerte para acercarse á la existencia.

Se destacaron á su frente los barrios ligados con las Aguas Dulces de Europa. Los cementerios, á trechos, surgían en amables huecos de sombra, ó con blancura irradiante, bajo los cupresinos verdoros. Mezclábanse así á los serrallos, á las plazas, á los bazares, cual si los dormidos para siempre, fuesen capaces de volver al movimiento, despertando hoy ó mañana. La mujer exclamó con voz de tristeza y sobresalto:

— Ah! esa pobre Leila del doctor, muerta allá en París, lejos de su Constantinopla!... Yo, á mi vez, pienso con terror en las tumbas mahometanas. Lo que será caer bajo sus pétreas estelas, sin sentir los brazos de la cruz abiertos!...

— Para decir tales cosas, mejor hubiera sido no levantarse. Aun en el peor de los casos, no olvide la señora que hay un cementerio católico... Busquemos el sitio de la estación del ferrocarril; eso es lo importante, pues que vamos á empezar á hacer los baúles...

Andrea, como si no la oyese y se hablase á sí misma, prosiguió: “Los brillos del sol sobre las inscripciones áureas de los cementerios, me evocan las riquezas de los Atridas. ¡El tesoro de Atenas! ¡Los despojos de las tumbas reales! Me imagino sana y feliz cual hace pocos días en el museo. Ah! las espirales que anudaron las cabelleras de las princesas! Y las diademas, las flores, los insectos, las conchas, los vasos translúcidos que acompañaron á los cadáveres! Aquí transformaban á las entrañas de la tierra en minas misteriosas con su oro; más allá con el vidrio de sus cacharros azules ponían entre las momias una evocación de cielo. Cómo comprendo ese placer, pueril y supersticioso, de que objetos de la existencia acompañen á los muertos! Deben dar calor á su frío, y atenuar incorruptibles el horror de la podredumbre. Si una mujer joven muere, que la entierren con sus sombrillas, con sus peinadores, con sus libros preferidos, con sus pomos de perfumes, con sus cosas más íntimas... Estoy hablando como una pagana. Perdóname, Señor. Oye...”

La vieja gobernante se estremeció inquieta, pues su ama no la tuteaba sino por la efusión de un pensamiento grave.

— Júrame que si muero, estarás siempre á mi lado. Todo tu celo se dedicará á encerrarme á tiempo. Que no me sientan descompuesta. No te puedes imaginar lo que semejante idea tiene de horrible...

— ¡Pero, señora! — exclamó la criada, con la voz llena de lágrimas.

— No te aflijas, querida. Ya pasó. Los cementerios hablan de muerte, pero el sol habla de vivir... Vivir, vivir, quiero vivir...

— ¿Y quién lo pone en duda?

Monfort, apareciendo en la puerta lateral, lanzó esas palabras con alegre acento. Ella dióse vuelta sonriéndole. De pronto, se detuvo con los ojos abiertos, inmensos y desvariados. Se levantó el pelo afanosa; quedaba frente á un espejo. La imagen había repetido el movimiento, y ante aquel espectro lunar, sobre un lago asoleado, proferió la mujer un grito, desvaneciéndose en brazos de su amante.

XIV

En la tarde, Monfort se dirige al extremo de Gálata. Como una triste, serena armonía, le resuenan palabras de Andrea. Su angustia se dosifica con la dulzura penetrante de su acento. La oye; su voz es una obsesión: “Te lo aseguro, me impregno de ti más que nunca. Arrojo el recuerdo de tus caricias, para no guardar más que el de tu alma: inquieta alma querida, envuelve mi pasión en llama pura y eterna... Un cambio se opera en mí. Sueño con melancolía, sin ninguna esperanza de felicidad, como si amara sin ser amada... El ardor que me anima me hizo mujer, y te amé como tal, y fuiste mi amante. Pero tú eres mi razón de ser, y hace tiempo debiste unirme á mí de otro modo. Invisible y augusta, me lo dice una sombra con acento siniestro. La muerte está ahí, quizá muy cerca. ¡Cuán triste madrina!”

Monfort deseaba complacerla, pero quitándole la idea de su gravedad. Musurus que ayudó fuertemente á fortificar la esperanza en la enferma, le dijo después aparte: “Creo necesario punzar. La fiebre proviene de la formación de algo en los pulmones. Traeré á uno de mis colegas más reputados. En cuanto á lo ótro, ya os he dicho: no soy hombre de mi país, y todas las religiones me parecen buenas.”

Así, delicadamente, le advertían un gran peligro. Y el médico se calló, sin añadir que los hombres que han su-

frido de dolores idénticos, aunque sean antípodas, pertenecen á la misma patria.

El coche de Juan va saltando sobre empedrados de oscuras callejuelas. Es la hora en que el tufo de las fritangas infecta el aire de Constantinopla. El poeta, entre cosas hostiles no familiares á sus ojos, cruza el barrio, con sus inquietudes, preguntándose á cada instante, si no lo atormenta una pesadilla. Y las palabras de Andrea vuelven, armoniosas y dolientes, á decirle que todo es cierto. Una procesión inmóvil para, á menudo, el coche; los chalanes de dátiles, alineados, encendiendo sus farolillos, tienden aquel mosconeo de pequeñas luces. El puerto aparece. El cielo, nebuloso, muestra un rasgón, donde el azul sombrío es ácido corrosivo de un agua fuerte, en que se graba amarillento un siniestro cuerno de luna. Las gavias y los mástiles, que forman extraño bosque bajo el atormentado resplandor, se esfuman bruscamente: el coche ha torcido, deteniéndose ante un convento.

La campana resuena en el alma tensa de Monfort, y él, aturcido, enmudece ante una cabeza de fraile, que asoma por el postigón herrado. Después, una voz italiana lo saca de su perplejidad. Le preguntan, de mal modo, lo que busca. Con todo aquello, cree volver á soñar y calla. Á la segunda interrogación, responde: "Necesito hablar al padre Beltrafio".

Lo introducen en una pieza enjalbegada, y medita. Un velón, en el centro, lagrimea, y su tambaleante brumosa llama toca los pies de un crucifijo enorme. El rostro de la imagen queda en la penumbra: Juan busca, sin encontrarlos, sus ojos invisibles; se cree mirado, y la gravedad de su situación aumenta su dolor. De los muros, de las sillas talladas, de una pila de agua bendita, que corona un ramo de olivo, despréndese la paz, y envuelve en nube de silencio los rumores de afuera, cual si les quitase la voz, para hacerlos sagrados en un

sueño. Ese contraste amarga más su espíritu, que quiere huir del mundo, pidiendo á gritos que sea engaño la realidad, y que lo penetre la calma de aquel salón de convento. Una puerta se abre. Tiene delante la atezada estampa del franciscano. Éste pronuncia con alegre sorpresa: "Laudate sea il mio Signore, por el placer de veros". El poeta no responde nada, estrechando aquella diestra, que le da un poco de calor. El monje mira su rostro, cambia de tono, y pregunta con interés: "¿Qué ocurre?"

— Padre, debo presentaros mis excusas. Mentir es bochornoso. Quien está delante de vos se llama el conde Juan de Monfort.

— Hablad, hijo mío.

El tono de la respuesta, sin ninguna etiqueta ni resabio mundano, le libra de un gran peso. En cuatro palabras refiere su situación, añadiendo: "Su reverencia sabe mejor que yo lo necesario".

— Dios es el que sabe lo que hace — exclama el fraile. — Señor de Monfort, obedezcámosle; vamos.

XV

En tanto, Andrea aprovechaba el tiempo en escribir varias cartas. Después llamó á Maria: "He querido evitar al conde cosas muy incómodas con mis parientes. Óyeme bien. Aquí tengo un testamento, en el cual dispongo de lo poco que me dejó mi padre. Tú podrás vivir tranquila el resto de tus años: eres mi heredera. Dejo también algo á mi primo Pedro. Á mi prima Enriqueta, todos mis trajes y mis joyas. El testamento lo abrirás en España, donde está el dinero á renta en una casa importante. Monfort es rico y no necesita nada de eso. Digo al fin, que deseo descansar en Constantinopla. Como ves, de este modo el conde tendrá absoluta libertad para hacer lo que quiera. Además, restituyo á la familia de Islakieff los bienes de mi casamiento. Tú dirás á mis primos que escriban á Moscú. Sé discreta y así no importunarán á Monfort, á quien no debo por ahora afligir con tales detalles. Solamente, si muero, le harás saber lo del testamento, y me agradecerá la idea. Pero estoy esperanzada: creo que Dios va á salvarme... Á otra cosa, y basta de lágrimas. Me siento bien; voy á levantarme nuevamente. Alcánzame lo necesario."

XVI

La primavera había hecho decididamente su explosión en Constantinopla. Entre ramos de lilas blancas, ardían en el aposento dos cirios. Por la mañana temprano, el padre Beltrafio dió la comunión á Andrea, pronunciando después las fórmulas sagradas del matrimonio. El franciscano dijo, al retirarse, un versículo de Tobías, cual si fuese plegaria, voto y saludo: “ Júnteos el Dios de Israel, y sea con vosotros el Señor, que ha tenido compasión de dos hijos; y ahora, Señor, haced que os bendigan cada día más.”

Las ventanas se abrieron, y el sol penetró á raudales. La tenue sombra que lamía el marfil de un Cristo desapareció; las lilas dijeron á los cirios: “estáis en nuestro reino”; y las transparentes llamas palpitaron como almas de la luz, perfumándose en el blancor de las flores... Contento hondo y puro, dando al corazón de la enferma inefable ritmo, se le salía al rostro, con expresión sobrenatural. Oprimía una mano de Monfort, inclinóse su cabeza fatigada, y exclamó: “Mi buen amigo.”

— No es esa la palabra — le replicaron. Entonces añadió: “esposo mío”, con unción, cual estremecida aún por el misterio que hacía un rato la conmoviera. Era menester callar. La disnea de los movimientos borraba la serenidad de su rostro, pero le sonreía una inmensa esperanza. Su marido iba á volverle el vigor. Dios acababa de descender

entre ellos. Y el sueño acariciante cerróle al fin los párpados, y á ese sueño entregó su felicidad, como si la salud viniese en su aliento.

Monfort pensó: "aun en otras circunstancias, como Iskierka era católico, y se les impuso el yugo, no se hubiese podido, en mi matrimonio, cumplir con todo el ritual". Y repitióse con amargura una frase que leyera en el libro del monje: *El hombre dejará á su padre y á su madre, y unirse ha con su mujer, y serán dos en una sola carne.* Las emociones del amanecer, unidas á su angustia, le habían quebrantado. La melancolía inmensa de toda su vida juntábasele en el minuto aquel en que lo querían separar del óleo vivificante de su lámpara. ¿Iba la mujer á desvanecerse como el hada de un cuento concluído? La solemnidad de la hora imprimíale un severo sello. Sus entrañas se habían estremecido oyendo la plegaria del sacerdote ante la Esposa, en presencia del Amor y de la Muerte. Mirábala dormir con ternura y sobresalto. Un sentimiento íntimo de su vieja sustancia, mezclaba á su adoración por Andrea indefinible misterio. Dios no había venido en el pan eucarístico, invención de la Iglesia, sobre un piadoso recuerdo del Maestro; pero aquella blancura, entre los labios de su amada, derramó por su rostro alegría emocionante. Así, fundida en su lengua, había resucitado en sus ojos con resplandor ultraterrestre, trayendo el místico soplo de una serenidad armoniosa. Ella debió de ver sobre su cabeza un querube engendrado por el sol, esfumándose en onda de incienso. Su palidez inefable había sido el reflejo de esas alas al ascender, ó quizá un eco de luz de la voz angélica... Las palabras del Evangelio asaltaban á Monfort nuevamente. No podía ser, no era para ellos lo de dos en una sola carne... En tanto, ritmado por el sueño de la enferma, el silencio hospedaba una presencia divina é invisible. El espíritu del hombre se agitaba, sin querer, en atmósfera de respetuoso temor. La muerte le rozaba con alas

que escribían el nombre del Dios negado; y Andrea seguía ennobleciéndose, al dormir velada por ideas augustas, gracias graves y sonrisas celestes.

La frase obsesionante volvía á sonar y el poeta meditaba con emoción. Hallar en el sentimiento más profundo y natural la fuente de símbolos eternos; ser tres los misterios que se identifican en dos seres: la unión espiritual del alma con Dios, la unión de Dios con la naturaleza humana, y la unión de Cristo con la Iglesia; asociar esa profundidad de grandeza á nuestras ilusiones, y dignificarlas, de modo que las almas, uniéndose á Dios, á través del Amor, son un espíritu con su divina Majestad, según San Pablo,—he ahí la sabiduría de la cristiana concepción. Todo en ella era fuerza y hermosura. Monfort tuvo un deslumbramiento. Veía fluir de esa cadena de hierro y de rosas, el hogar fuerte, piedra angular, organizando pueblos admirables, bajo la mirada del Dios absoluto. Pero la sociedad había intervenido con su notario. El matrimonio resultaba contrato de intereses puramente materiales. El vínculo del amor, santificado por la presencia de Dios, no existía. Delante estaba el caso: Andrea se había penetrado de esos misterios al borde de la Eternidad, y su verdadero casamiento tenía la amargura de la muerte.

Compañera os doy y no sierva; amadla como Cristo amó á su Iglesia. ¿Quiénes oyen esas palabras del ritual y de ellas se penetran? “No sierva,—continuaba pensando Monfort,— cien cosas más habría que decir, si se tuviese en cuenta lo que el hombre cree tomar en aquélla que recibe sus arras. De idéntico modo, la mujer.” Y volvía á su torcedor. “Andrea había empezado por ceñir el Anillo circular del Amor Recíproco en el dedo anular, el de la vena del corazón, según los antiguos físicos. Más tarde se la imaginaba en el templo. Lucía la Corona de Azahares, símbolo de la Claridad de las Contemplaciones, para vivir unida á su esposo. Sobre sus hombros caía el Velo immacu-

lado de Rebeca. Entre los cantos, y la emoción profunda del pintor Nancy, una voz deseaba que viera hasta sus descendientes de la cuarta generación, sentados á su mesa, cual los renuevos en torno del olivo. Después, recordándole la marital sujeción, se proferían votos porque fuese amable como Raquel, prudente como la nuera de Abrahán, fiel y anciana, como otra Sara. Y la honda belleza y los prestigios de la ceremonia, resultaban absurdos y casi sacrilegos, por faltar del corazón la vid de ternura." Monfort sintió un malestar agudo. "Ah! nó — se dijo en seguida: — ésta es otra mujer." Volvió á evocar la luz que le viera en el rostro después de la comunión. La que habia recibido á Dios delante de él era Matzuyama. Así, la mujer se transformaba en criatura. La expresión de su rostro que tuvo la serenidad luminosa de la inocencia, iba á envolverle el alma con su velo blanco. La miró en el lecho, cérea, respirando tenuemente: la palidez de su dolor, era su traje de novia. Sí! Iba á levantarse llena de regocijo, amable como Raquel, prudente como Rebeca, para ser anciana y fiel como otra Sara. Y el poeta pensó aún en la inmensidad de su amor, y en la atracción de los simbolos, y en lo infinito de su juramento. Aquella ceremonia suya, en presencia de la Muerte, con su hálito de majestad, ¿no era también un centro de inmortales y misteriosas armonías?

Andrea dijo, abriendo los párpados: "Tengo sed." Monfort se estremeció alucinado: la voz de Cristo acababa de hablarle, en la de ella, con un acento del Gólgota.

Y alcanzándole la copa, notó al acariciarla que ardía en fiebre. Desesperado, en un nuevo sacudimiento de su inquietud, quiso decir al Dios invisible y presente: "No te vayas, por favor, queda, aún puedo creer en ti como mi padre y mis abuelos." Intentó orar, y no se acordaba de sus oraciones. Elevó entonces los ojos á una Virgen griega, coronada de golondrinas, y pensó espontáneamente en la primavera que por aquella época vestía de

flores la gruta de Lourdes y el monte de la Saleta. Y le pareció que bastaba dirigirle una palabra de socorro, en esa lengua de Francia que eligiera dos veces en el siglo para manifestar su gloria.

XVII

El espíritu de Andrea parecía adormecerse, debilitarse, para sufrir menos. En tanto, agonía suprema, que no le mataba, apoderábase de Monfort, pujante y viva. Á su tortura mezclábase el ansia de querer salvarla... La fiebre del día anterior había crecido: Musurus, á la tarde, con el otro médico, hizo la punción. El agua desapareció y con ella, tras el sueño de la noche, la fiebre. Entonces, á la ventura moral que la mujer reflejaba sobre el amante, se añadió la física, por decirlo así, de la salvación próxima. Mas al caer de la tarde, sobre su palidez, que hacía pensar en venas que palpitasen con sangre nivea, los ojos volvieron á exhalar un brillo sospechoso. Su palabra desfalleciente hallaba un vigor artificial en su excitación misteriosa. Narraba á Monfort incidentes de su infancia y de su primera juventud; quería tararear un canto de su nodriza gallega. “ De sus palabras en dialecto, no me acuerdo, pero sí de la tonada; oye ”. Era inútil imponerle silencio. Ah! si ella se encontrase con aquella mujer en su huerta de Santiago, entre las vides y los manzanos, se sanaría en una hora. Y la esperanza le murmuraba ardiente el himno de la vida. El sol, desbordábase por todas partes, le ilu-

minaba la cabeza, podía ponerle anillos refulgentes en los dedos. “Oye. Dime si conoces esto. En una avenida le moreras y de plátanos el sol toca algunos troncos, y sobre ellos hay parchazos de sombras blancas, con discos de luz, más leves que telas de araña sueltas. También sobre el camino gris, de los caracoles triturados, caen vivos reflejos, y al tocar las hojas, desprendidas, se orecen, tomando la tristeza de los despojos. Ya lo sabes, despojos que al fin, impelidos, se irán por siempre lejos de su cuna...”

La melancolía veló la voz de la enferma, cual con la sombra de su propio luminoso pensamiento. — “Es tarde; debes dormir, no te agites”.

Ella ya no escuchaba.

—Quiero ver — prosiguió — si adivinas... La alameda se alarga, y al alejarse, centellean en su verdor gotas azules, que la brisa mueve. Cuando una nube esconde el sol, los discos áureos desaparecen. Una mano invisible los borra, cual colores de una paleta. La repentina sombra exhala frescuras. El sol vuelve á pestañear con baño de alegría, y un pájaro cantante es el alma del estío. En el fondo, el pie de un Término hunde su frente en hervidero de chispas esmeráldicas. No te enojés; voy á callarme. Sobre el Término, una niña trepa y de un árbol coge un nido. Un perro la observa, y cuando gimen los polluelos despojados, ella salta, y lo llama, ebria de vida, sin acordarse de su crueldad. Tú me has dicho que así me evocabas siempre en Abriseaux, y hoy miro la escena, desdoblándome, siendo á un tiempo la mujer que habla y la niña que juega. Veo los olmos y sicomoros, uno por uno, cual personas diversas, tan claros que podría ponerles nombres.”

Monfort la hizo callar. Después, por distraerse, metió en agua las flores de un cacharro. La voz de Andrea salió nuevamente de entre los almohadones:

— Ayer el brillo y el perfume de los ramos me parecían

tontos, inútiles y sin sentido; hoy los vuelvo á adorar.

— Y te dicen: “acércate y tócanos con tus cabellos, para creer en el sol á media noche”; pero es necesario que no lo crean, y que tú guardes silencio. Por de pronto, me los llevo. Hasta mañana.

Monfort salió, en efecto, y colocó las flores sobre una mesa del cuarto contiguo... La fiebre había vuelto. El peligro, también. Con profunda inquietud, caído desde una esperanza tan alta, miraba como hipnotizado, á través de un cáliz, de sangre ardiente, el corazón negro de las anémonas; y las lilas níveas y las rosas ígneas, mezclando inciensos sutiles y graciosos colores. Al poeta antojábasele extraordinario que no comprendieran su dolor, y no se animaran con él sensibles, y no se marchitaran por él, sufrientes. Dos ó tres sirenas del puerto conspiraban á su nerviosidad: la niebla debía de ser profunda; jamás habían resonado tan violentas. Después de media hora, cuando la creía ya durmiendo, oyó á la enferma:

— Juan!

Estaba incorporada. Él le arregló los almohadones. “No puedo descansar. He visto al pasajero del *Scylla*, cosa que nunca me había ocurrido. ¿Has pensado algunas veces en él?” Monfort hizo un gesto expresivo: eso no le interesaba. Andrea prosiguió: “Estaba vestido de negro y conmigo sola en la cubierta. Le pregunté: ¿Por quién lleváis luto? Y repuso con horrible mueca: Cómo! ¿Vos lo ignoráis? Por el conde de Monfort.”

El poeta se echó á reir, calmando con alegres palabras aquella inquietud.

— Bueno, pero no te vayas, dame la mano, duerme en esa silla: ah! las sirenas me desvelarán.

En efecto, volvían á su angustia resonante. Algunas lanzaban gritos desde el fondo de los horizontes en hirientes flechazos á las sombras, ótras despedían voces, saliendo de las entrañas del mar con estupor, y una, estertorosa, gemía en desolación interminable. Bajo las estrellas im-

asibles, entre la niebla atormentada, parecían agonizar en la noche para no ver más el sol, la hermosura y el júbilo del mundo.

XVIII

El doctor Musurus, retirándose, decía: “No comprendo. He ahí la fiebre. ¿No se habrá formado un tumor en la pleura? Esta noche volveremos con Hafiz y con un colega francés. Quizá, como compatriota, os traiga buena suerte”.

La mujer exclamaba, en tanto, tomando de manos de su criada una dosis de quinina: “¡Cuánta cosa inútil!”

Monfort vió alejarse al médico con el gesto amargo de la impotencia, que no puede reanimar lo que á la vida pertenece: á su vez, tornó, sonriendo, al lado de Andrea; era necesario hablarle de su mejoría. Pálida, febril, evocaba una hostia transparente; el áureo nimbo de sus cabellos cubría los ojos verdes, que hacían pensar en esmeraldas de una custodia, que tuvieran reflejos de un mar misterioso. Á los mismos médicos fascinaba aquel extraordinario semblante de moribunda. Al poeta, sus impresiones anteriores le habían construído una atmósfera singular, y las respiraba como sentía el perfume de los ramos, aunque ya no los hubiese en la cámara. La onda que conmoviera sus íntimas sustancias y sacara á la superficie sus creencias de niño, se agitaba siempre en sus

labios con ímpetus de esperanza, buscando en ellos alas de oraciones.

Nuevas gracias lucía la enferma; vestíase con la hermosura del dolor, y envuelta en su tocado blanco, era una inmensa azucena. Alguna vez que una lágrima apareció en sus ojos, fué realmente rocío, cayendo de la noche del pensar, sobre la flor purificada. Y deseábase que no adquiriera perfume; pues por seguir en el aire ese hálito, el alma podía escapársele... Monfort la contemplaba como á cosa augusta, superior á él, á ella misma, y á sus pasiones. Con un pie en la eternidad, envolvíale en un destello de más allá de la vida: ajena al mundo, reflejaba en su palidez la luna del sol de un universo desconocido.

En aquel momento estaba amodorrada, mas de pronto dijo: "Cuando el día se acaba ¿agoniza en la sombra naciente ó se va con la luz expirante? No sé. Pero sobre el triunfo de la noche ó sobre la tarde extinguida, las estrellas surgen. Así, el día se hace hermoso en su sepulcro... Yo he visto también la imagen de una bella mujer, mi tía Alicia, transfigurada por la muerte. Oh! el silencio infinito de su inmovilidad! La vida de sus mejillas y de sus manos se había vuelto de nieve ideal; la rosa de la tierra se había convertido en lirio del cielo. Pero sobre tal momentánea hermosura, correspondiente á la noche, no renació el día con la aurora... Ah! la recuerdo, entre el alegre gorjeo de los pájaros de nuestra villa, con un tinte terroso, y los labios morados... Adiós la luminosa transparencia. Era muy niña, y grité con horror: que la tapen, que la encierren, que la cubran. Cortad las rosas del jardín, todas las rosas, y los jazmines, todos los jazmines... Y así, en mi pensamiento, volví á encontrar su expresión dormida bajo el esplendor de las flores. Juan, júrame que harás lo mismo; ya se lo he pedido á María".

Monfort quiso enojarse, bromear; pero la convulsión de su rostro era tan grande, que la enferma exclamó: "Perdóname, soy atroz; ¿por qué desesperarse? Ven, te hablaré

de Alicia, y de mi padre y de otros tiempos. Ya sonrió. Y viéndome sonreír, la ves á mi tía. Pedro de Monfort exclamaba á menudo: "Sonríe; recuerdas á mi enfermera." Así la llamaba, ya lo sabes, desde cuando lo asistió en Granada. Y la generala de Álvarez, una de sus amigas, me decía: "Cuando tú me sonríes, creo que Alicia me besa."

El poeta percibió en la evocación de su tío, cuyo secreto nunca había revelado á Andrea, y en las misteriosas concordancias de la hora, un terrible presagio. Lacerado por la inquietud, llamó á María, y salió con el pretexto de activar una receta. La efigie del querido hombre, pintada por Nancy, lo perseguía con los ojos. Y como en la lejana tarde de su exposición, olvidaba el altivo gesto, y le decía: "Mi pobre Juan, he aquí el resumen de la existencia: venimos, sufrimos y nos vamos."

XIX

Los médicos acabaron por creer en un tumor, sin atreverse á operar aún. Estaba la enferma muy débil, y una nueva punzadura no había resultado: no querían intervenir sino con plena seguridad. Andrea pasaba, de ráfagas momentáneas de esperanza, á profundos decaimientos. Fluctuaba entre recuerdos nimios de otros tiempos y la visión estremecedora de sentirse muerta. De sus amores rara vez hablaba: las lágrimas aparecían. Cuando Monfort se lanzaba en algún proyecto encantador para después de la convalecencia, permanecía muda. Mas no tardaba, con palabra ágil y los ojos brillantes, en volver á sus ideas: "Una vez, en Madrid, mi padre me llevó á la capilla fúnebre de un amigo, y me puse á filosofar: ese cadáver, solamente por haber poseído la maravilla del lenguaje, es un sol muerto. Cuando el sol muere, el cielo se constela: de ahí debió, nacer la costumbre de los cirios en torno de los ataúdes: sus llamas son la imagen de las estrellas. Entonces una voz murmuró: Tienes razón, astros de cera ó de estearina merece el hombre. La ironía estaba de más, pues la muerte hace de un imbécil, algo más sabio que un genio vivo."

— No hables así — respondió Monfort; — la tristeza es una forma de voluptuosidad malsana. ¿Por qué no pensar en las ciudades de regocijo? En Sevilla, por ejemplo, que hemos de ver juntos, para decir su encanto ardiente...

El padre Beltrafio, presentándose, trajo ese cambio de paisaje. Dueño del secreto de la ilusión, derramaba la buena gracia de su espíritu. Los textos de la Escritura, en sus labios, significaban salmos de alegría. Era un fraile de los Fioreti, perdido en el mundo moderno, cobijando en su sayal alondras abrevadas en la fuente evangélica. *In foco l'amor mi mise*, podía cantar, cual su Padre Seráfico, y sus aves engendraban al volar la aurora, mientras su corazón infundía á su mente el espíritu de Galilea con el acento de Asís, bajo el mismo cielo de esperanza. La moribunda parecía una princesa de ensueño que se hubiese hecho santa de la Leyenda Dorada, y al departir con Beltrafio, evocaba la vidriera gótica que podrían componer ante los penitentes y poetas de otras edades. Y á menudo, después de comulgar, sus acentos hacían creer que, para amortajar sus ideas, uno de los ángeles que cruzaban por su espíritu habíale dejado la armonía de sus alas.

Cuando el monje se fué, Andrea dijo á Monfort: "Este fraile es el San Francisco, del Dante; el de tu Dante unido á la Pobreza en el Paraíso:

La lor concordia e' lor lieti sembianti.
Amor e meraviglia e dolce sguardo
Facean esser cagion de' pensier santi.

Alcánzame el ejemplar de la *Vita Nuova*. Busca la visión que manda al poeta no hablar de Beatriz hasta que la encuentre sublime entre lluvia de rosas vestida de color de llama. Júrame que esperarás volverme á ver. Júrame que hablarás de mí y pensarás sin cesar en mí; y no habrá visión que te lo prohíba. Cree, por Dios: no quiero morirme sabiendo que has perdido la esperanza. Ah! no olvides el grito del salmista recordado por fray Anselmo: "He aquí que es dulce y agradable ser hermanos y morar juntos"...

Y la princesa de ensueño, con su aire de santa de la

Leyenda, daba á su agónica voz algo de la luz de la tarde, que, muriendo en Constantinopla, tenía la certeza de renacer en el firmamento!

XX

Una hermosa tarde primaveral fulguraba en el aposento de la enferma. Varias golondrinas gorjeantes, al cruzar por la ventana, como lanzadas por invisibles ondas, más que pájaros parecían gritos con alas. Los ojos de Andrea las esperaban, ávidos; después las veían desaparecer, tristes.

— ¿Quieres que cierre la celosía? ¿Sientes frío?

— No, lo que se me hiela es el alma. Piensa que, á estas horas, la luz agoniza sobre el Partenón como hace dos semanas... Ah! el epigrama de Lais que recitabas entonces, hoy lo dice mi espíritu llorando sobre mi cuerpo: “Consagro á la muerte este espejo, porque no quiero verme como soy y no puedo mirarme como era”.

Monfort quiso distraerla. Imposible; ella prosiguió: “Hasta la dicha larga debe ser fugaz; mi padre repetía á menudo un dicho de San Agustín: *Todo lo que acaba es corto...* Piensa que las golondrinas cantan en las verduras de Brindisi, en los plátanos del Luxemburgo, sobre las estatuas de Versalles... Creo verlas reflejándose en las aguas, y mezclando sus fugaces sombras á los murmurios, que quieren, por seguir las, escaparse de las fuentes... Ahora traen, como siempre, la primavera, y con la primavera el estío: para mí, el eterno silencio... Ah! el dolor de sentir cómo se extinguen las simientes de entu-

siasmo que hiciste estallar en mi vida! Ayúdame á soportar mis angustias. Á ellas se mezclan celos insensatos. Un cadáver no podrá encadenar tu espíritu. La enfermedad me aleja el sueño para que tenga más tiempo de pensar en ese abandono... Oye. En el templo de Neptuno corté esta rama de hiedra. Si muero, la pondrás en mi ataúd; pero con el molde de sus hojas hice cincelar una de oro, que llevarás sobre tu corazón. Las joyas de las tumbas de los Atridas me dieron esa idea, que hoy tiene una realización triste. ¿Será la pobre rama vuelta polvo, pero renaciente en el oro, más feliz que yo, incapaz de rejuvenecer, fijándome en tus sueños?... Recuerda en el inevitable dolor que sufrirás al principio, el último soneto de la *Vita Nuova*... Mas allá de la esfera, fin del Universo, el suspiro de Alighieri sube. Una nueva inteligencia que el Amor, llorando, pone en él, lo impele. Una mujer fúlgida hasta fascinar atrae el soplo errante. Él la ve tan sutil y tan gloriosa, que cuando vuelve y lo cuenta al corazón sufriente, el corazón no comprende; pero sabe de quién habla, porque oye varias veces el nombre de Beatriz... Ah! si con la fe vibrante de tu raza, fueras, amado mío, hasta Jerusalén! Tus abuelos, al combatir por Cristo, invocaban también una dama. Tú llevarías mi nombre para esperar. Virgen ó mujer, Beatriz no fué sino la sublimación de una idea: el amor armando el brazo, purificando el alma, esclareciendo la inteligencia: el amor, que transforma su íntimo misterio y la verdad de su existencia en nimbo. El amor en busca de lo absoluto, con pies humanos y ojos divinos... Yo, que fuí la mujer real que seduce, y maté en ti las nostalgias del amor imposible de los viejos retratos; yo, que fuí en Grecia soberana estatua, y que si no reiné feliz, fué por tu inquietud enfermiza; yo, que soy ahora, según me lo has dicho, con la presencia del Dios Verdadero, una novia ideal, novia que la muerte vestirá de otra blancura purificante... ¿por qué no sería, levantándome, sobre todo,

más allá de la Helena griega, la Beatriz cristiana?... Ah! si pudiese presidir tus últimos destinos, transfigurada en tu mente, desde el Empíreo, *oltre la spera che più larga gira...* Llega al Sepulcro y relata mi historia á los peregrinos que van pensando en los que yacen lejos de sus corazones... Santifica sobre el mármol de Cristo mi dije, recuerda que si no envuelvo tu vida como la hiedra, fué por mandato de Dios; pero que dejé al oro mi sello, cual si el amor de mi alma le hubiera grabado antes de irse la simbólica forma de su esencia..."

La enferma calló fatigada, y en sus labios las últimas palabras dejaron el estremecimiento de invisibles alas. Monfort tomó la rama de hiedra y la hoja de oro. Las golondrinas habían desaparecido, llevándose la primavera, sin que los amantes se apercibiesen; por la gran abertura, entraba con alientos de hielo la agonía de la tarde, como si encarnase la del mundo.

Nó; él, Monfort, no quería que ella pensara en semejantes cosas. Un esfuerzo sobrehumano dió á su acento calores persuasivos. No se oponía á la invocación de Dios y de su Sepulcro, pero para hacer una promesa, que se cumpliría cuando sanase. Él conocía, sí, á los peregrinos que marchan y llevan el alma en jirones sobre el rostro, advirtiéndolo, sin decirlo, cómo vienen desde donde el corazón suda sangre, porque las sombras del misterio impiden ver á los ausentes adorados... Pero no tendría que contarles su muerte, sino su advenimiento á la luz y al vivir gozoso. Recibía su hiedra por ser un símbolo de su amor, aceptándolo en otra forma. ¿No era su espíritu, en efecto, cuando la encontró, una ruina? ¿No había ella extirpado su silencio estéril, brotando entre las grietas, cubriéndolo de hojas y llenándolo de murmurios? ¿No le había infundido así, más que una apariencia, una realidad de vida, abierta á un sol fecundo?...

Sus últimas palabras juntáronse con las notas de un órgano, que se dilataban como los clamores de la postrer

lumbre del crepúsculo. El engranaje hacía un esfuerzo, obligando su memoria á fijarse en un aire, desgarrado por chirridos metálicos. Y al fin, éste se precisó con las ideas alegres de un vals, que la voz doliente del extraño mecanismo convertía en armoniosa angustia.

— Un poema más para tu libro de los *Órganos* — exclamó la mujer. Y su sonrisa, arrebatada por el ánimo del músico en pena, vibró sobre uno de los alegres lamentos, como rocío del alba, que, al tocar una flor ponzoñosa de muerte, se volviese llanto de la noche.

El poeta no dijo nada. Y entre el vendaval de los motivos donde se agitaba febril lo que el misterioso constructor del instrumento puso inconscientemente de inquietud humana, se acentuó el *Vals Azul* de la Exposición, melancólico y amable. ¡Horas distantes de felicidad, alegrías del amor, granizadas de paradojas, rumores de versos, toda una juventud vestía los giros, quitándoles la sensación de ser formas impalpables de un melodioso espectro! Como el sol, antes de extinguirse, albergándose en una nube, se transfigura con extraordinarios matices, el recuerdo, antes de morir, encontraba en los acordes sonantes esa vida de refulgencias evocadoras.

Andrea murmuró “Ceylán”, cual si oyese el vals del quiosco de té, en una isla maravillosa de ensueño; tal sus ojos, dilatados, despedían húmedas y febriles lumbres. Monfort arrojó una moneda al ciego, cerrando la ventana. Sobre el silencio del órgano vibró un sollozo. Y las manos emocionadas del hombre, acariciaron aquel agostado cuerpo, en que se revelaba un alma, por ser aún capaz de sufrimiento.

XXI

Dos horas después, los médicos decretaron la operación para la mañana. Los rayos Röntgen habían fijado el sitio del tumor. La debilidad de la enferma hacía muy difícil aquello, y quiso recibir la Extremaunción en la noche. Volvió Monfort á sentirse en presencia de la Eternidad abierta para su amada; y entre las oraciones purificantes, el aliento de Dios pasó removiendo un sentimiento que, como adormecido por el lejano cantar de su nodriza, se despertaba ante la voz augusta de la muerte.

-- No podéis seguir velando solo con esa pobre mujer, que no hace sino llorar en los rincones.

Así dijo el padre Beltrafio. Después añadió:

-- Aceptad dos hermanas que voy á mandaros: valor, amigo mío.

Las hijas de San Vicente entraron á media noche, respetando las precauciones tomadas en el hotel, con objeto de evitar que los pasajeros se diesen cuenta de la proximidad de una enferma. Pero llegaron, no para sustituir á Monfort en la asistencia, sino para amortajar un cuerpo, y encomendar un alma.

Aunque á Andrea incomodaba el no sentir el péndulo, supersticioso acompañamiento de los ritmos de su corazón, Monfort lo detuvo viéndola á punto de dormirse. Y se durmió, en efecto, despertándose á la media hora, con los labios ardientes, los ojos febriles y la lengua tra-

bada. Repentinamente, tuvo una convulsión, y cayó su cabeza sobre el pelo esparcido. De seguida, su garganta palpitó estertorosa. Poco á poco su fisonomía desapareció de su rostro: era otra mujer la que luchaba entre la sombra y el frío, la luz y la fiebre. Así permaneció dos horas. El guarda del hotel se presentó con Musurus y bajo la acción de la cafeína abrió los ojos. Monfort, inclinándose sobre las almohadas, pronunció uno de sus nombres: Matzuyama. Ella, con un gran esfuerzo, oprimió su mano; lo había reconocido. Varias sirenas proferían, á lo lejos, sus clamores angustiosos: muy cerca respondió una grave y estremeciente, despertando ecos en la inmensa casa silenciosa. ¿Fué una ilusión? Los labios reseca, en que María acababa de poner una punta de hielo, murmuraron: "Ya voy." Después volvieron los estertores, y las pupilas, dilatadas por extraña llama, se ocultaron bajo los párpados.

Una especie de queja persistente, queja de paloma moribunda, un lamento casi armonioso salía de aquel cuerpo en que agonizaban tantas bellas cosas. El poeta tuvo la alucinación de que ese arrullo era para llevarse, como cantando, el amor ahogado en su derrumbe. Á la madrugada, la respiración se tornó convulsiva. Los labios, ansiosos, movibles, buscaron desesperadamente el aire. Con los ojos abiertos por la tortura infinita y cruzado de brazos, sabiendo la imposibilidad de detenerla, Monfort exclamó de pronto: "¡Cómo le cuesta dejarme!" La entonación fué tan desgarradora, que el viejo médico, familiarizado con el drama humano, inclinó la frente. Las religiosas rezaban las letanias. La fiel criada veía con horror un rostro donde habia vuelto á desaparecer el semblante conocido y amado de su criatura. Juan, oprimiendo sus manos, sólo miraba sus labios, que hicieron tres rudos movimientos, y después dejaron escapar el alma en un tenue soplo... Y las claridades del alba entraban perezosas y tambaleantes, cual si les doliese volver á fulgurar sobre

las angustias de la tierra. ¡Ilusión del espíritu, sublevado ante la realidad de su miseria! Los destellos, rumores y gorjeos que estallaban en Constantinopla, eran los mismos que en aquellas horas conmovían el cielo y el mar, y alegraban á París y al Partenón y á Versalles. La cuna de unos amores y el teatro de sus triunfales contentos, debían conservar muy efímeros vestigios del paso de dos almas cuando, como siempre, con sus verdores, sus estatuas, sus multitudes y sus olas, cantaban á la vida, indiferentes al dolor y á la muerte!

XXII

El padre Beltrafio, al oír la campana de maitines, tuvo un presentimiento: “Los que despertáis felices — exclamó — rogad á Dios por los que no amanecen”. Inmediatamente se dirigió á casa de sus amigos. En la escalera encontró á Musurus.

— Llegáis á tiempo para acompañar á ese pobre hombre.
— Pero... qué ha pasado?

— La rotura del tumor. Es necesario que yo me ocupe de todo con el cónsul y la autoridad turca.

— Podemos guardar el cadáver en la cripta de nuestro templo, hasta que el conde tome una decisión.

— Excelente idea. Yo no tengo más trabajo que una consulta, y podré arreglar esto. Va á ser necesario sacar el cuerpo á la noche, después de las doce. Hay que respetar el reglamento de estos infernales hoteles. Quién sabe si

no será bueno dar al señor de Monfort, que no se puede tener en pie, un poco de cloral á tiempo y así la trasladaremos sin él. Después, podrá visitar el cuerpo en la cripta. Id ahora á vuestro puesto. Yo voy á cumplir con mi deber.

Y el médico bajó la escalera pesadamente; toda una vida de tristezas revivía en su alma: sí! los hombres que han sufrido de idénticas amarguras pertenecen, aunque sean antípodas, á la misma patria.

Andrea había recobrado su tranquila palidez. Como saludo al cielo y despedida del mundo, se esparcía por su rostro y aguzaba su perfil, algo que era como el inefable pensamiento de una sonrisa. María velaba á su lado, devorándose su dolor, atenta á que no surgiese la más mínima mancha de sangre en sus labios. El pelo de oro, conservando toda su aurora, contrastaba con su magro semblante, descarnado por la enfermedad, espiritualizado hasta parecer hecho con lirios donde invisibles lágrimas se evaporaban en luz. El alma debía haber vuelto, y miraba por última vez el rostro en que tanto se estremeciera proyectándole un fulgor de la eternidad. Monfort se retiró, creyendo dejar allí el vitral del San Vicente de Rouen, en que una Magdalena, con sus cabellos, pone un manto de sol á los pies de Cristo.

Las hermanas la amortajaron. La sábana hebrea la envolvió hasta encuadrarle el rostro. Perdiendo su oro, la cabeza, cuna de tantas nobles gracias, surgía como un sepulcro de nieve. El poeta volvió á ver la imagen. Su penitente de Magdala había desaparecido en el total albor. Toda blanca, en sus nupcias con el misterio, resultaba bienaventurada de las Catacumbas, con frescores de azucena florecida en esa mística sombra. El semblante esculpido, hacía pensar que era incorruptible y seráfico. Monfort se quedó solo con ella. Las lágrimas de sus ojos cayeron sobre la frente yerta, acumulándose en los párpados cerrados: Andrea parecía dormir y soñar, llorando en su sueño al que abandonaba.

De seguida, la tapizó de jazmines. El ataúd fué inundado. El perfil lumineo emergió de una onda, que arrastraba, sobre río de fabulosa primavera, á la que hospedó teorías de Ofelias cantantes en el alma. Junto á su corazón puso la ramita de hiedra. Y armándose de valor, le echó violentamente la tapa. No quería que los empleados de turbante rojo y lengua extranjera la apartasen del mundo. Tomó el martillo y empezó la tarea. Los clavos, al entrar en el roble, se le incrustaban en el corazón: un entorpecimiento repentino, especie de ausencia de su sér, lo insensibilizaba como al cadáver. El cadáver! La palabra antojábasele extraña y sin sentido. Qué tenía que ver con él! De pronto, sobre la cubierta vió un letrero dorado: *Condesa Juan de Monfort*. Y ese nombre, puesto allí por la primera vez, al cual Matzuyama hubiese sonreído gozosamente, nombre que jamás tornaría á figurar en la tierra, le volvió la conciencia con el dolor, haciéndose releer entre lágrimas. Después, vistió el ataúd entero de lilas, rosas y jacintos, como ella había hecho con Alicia para cubrir la yerta sonrisa. Las hermanas entraron: la íntima ceremonia había concluido. Á las doce de la noche, aprovechando del sueño narcotizado de Monfort, y dejándole con Musurus, fray Anselmo presidió con María y las religiosas, el transporte del cadáver. Y en la cripta de Saint-Benoit fué colocada aquella criatura de verdad y de ensueño, en cuyo amor la vida se había complacido, y en que la muerte, al tocarla, acababa de ser, á más de augusta por un instante, hermosa!

LIBRO TERCERO

LIBRO TERCERO

I

Cuando Monfort abrazó en la estación al testigo de sus días más llenos y felices, á María, que se llevaba las cosas de Andrea, le pareció que el tren le arrancaba su último resto de vida. El padre Beltrafio, en realidad, le había salvado. En un momento su único impulso fué dejar de sufrir. La idea de Dios, nacida en atmósfera de emociones, y la recomendación de la muerte, le volvieron una suerte de ardor hecho de esperanza.

El monje le explicó cómo era necesario “no suicidar el alma con el desconsuelo” y cómo “las lágrimas quitan á la pena su mayor agudeza”. En su voz vibraba así, la de los Santos Padres, persuasiva por la intensidad de su fe. Y envolvióle en red de recitados en que el dolor casi sonreía, diciéndose la palabra del Apóstol: *Mi vida es Cristo y voy ganando si muero*. Le evocó las plegarias de San Bernardo y los consejos de San Jerónimo, el poema de Paulino sobre Celso y las cartas de San Teodoro, y siempre, en sus palabras, el corazón que se ha quedado reflejaba la gloria del espíritu que se ha ido, hasta vislumbrar “el jardín, donde no punza la rosa, ni empalidece el tuli-

pán, ni se agosta la azucena". Le recordó los lamentos de San Agustín en la tumba de su madre, y la certeza de su esperanza, que ilumina con un relámpago la sentencia del Evangelio: *Los que lloran recibirán el consuelo*. Juan, en el abandono de su desesperación, sentía sofocados y medidos aquellos torrentes de dolor, en regiones serenas. Á veces le penetrarían esos acentos y llegó á adquirir una especie de amor por la oración fúnebre de San Ambrosio sobre su hermano. En ella — decía á Beltrafio — el espíritu de Dios, á través de la tersa lengua, es corriente circuladora, que pule las frases como guijas, hasta hacerlas resplandecer como diamantes. Y él, indolente, siempre que no se dejase dominar por una idea, sentíase arrebatado por la única que le ofrecía un refugio. Su amor se dignificaba aún más. Su pensamiento volvía á otros tiempos y hallaba una misteriosa significación en aquel soneto de su primera juventud, que Andrea sabía de memoria: la mujer que se ama empieza en flor, se convierte en estatua y acaba en estrella.

El mismo Beltrafio lo había invitado á dejar el hotel. Y en el día de la partida de la criada, se decidió á seguir el consejo. Le causaba horror el departamento deshecho. Sin la amarga voluptuosidad de sufrir entre las cosas de su amiga, experimentaba una soledad más abrumadora.

En aquel vacío le parecía que acababa de morir de nuevo. Se acercó al espejo donde la mujer se mirara tantas veces. Su aliento lo empañó; su tristeza se hizo casi física; vióse en el quimérico fondo, cual si su rostro, á través de un velo de sombra, pensáse en ella. Después se desvaneció rápida, para ser esa figura, en medio de su dolor, la imagen de la felicidad, el contento y la belleza.

Había conocido allí las horas en que maquinalmente se come, se habla, se mueve, se vive; en que, al despertar, nos resistimos á la luz y quisiéramos crear la sombra, buscando la inconsciencia y huyendo de nuestra propia

memoria. La persuasión y la amistad del monje serenaban su dolor, sin calmarle. El eco de su pensamiento era la voz de Andrea. La alegría del mundo resultábale cosa insensata. Un canto cualquiera le estremecía, cual si fuese a producir un cataclismo. Si antes la había sentido dominatriz, muerta, reinaba aun más, con el poder del recuerdo, única fuente de su vida. Acabó por aborrecer los retratos, que por sobre todas las cosas alejábanle de las ideas elevadas del monje. Ah! el vértigo de atracción de las fotografías y el martirio de ese vértigo!... Ah! el deseo de oír sus palabras y sentir palpar sus sonrisas, y volverles los familiares movimientos!... “Su visión — decíase Monfort — es más torturante que la de los cadáveres. Sobre los días que pasan, son la ilusión y la realidad juntas, la amargura y el regocijo, la vida por la apariencia y la muerte por la vida; y para el que existe, la locura en forma de tristeza. Invención horrorosa de la inconformidad humana, excitan al destino para que nos lacere más cruel con sus hechos irremediables”. Y los que tenía, de su último viaje, en los cuadros de los sitios animados por sus amores, los unió á rimeros de papeles. Allí estaban también las notas sobre su libro de Fidias. Su verba imaginativa, sus proyectos literarios, su amor por las cosas bellas, eran un recuerdo sin sentido de una existencia lejana. Y además pensó: “Lo que había en mí de escritor, lo vertí en *La Canción de Eva*; no la superaré; sea, pues, mi última palabra”. Otras muchas cosas añadió á la pirámide, en la chimenea, y le puso fuego. La lumbrarada llenó el aposento. Creía que su cuerpo se quemaba con el de Andrea en una pira de antiguo holocausto. Su vida de otro tiempo se consumía entre las espirales ígneas, dando cenizas para cubrir frentes dolorosas. Y en un crepitante soplo, se levantó una sola llama, símbolo de su espíritu, de su verdadero espíritu, que al marchar hacia lo Absoluto, vislumbraba en el fondo de sí mismo con la fisonomía que debió tener siempre. Se asomó al balcón: el coche estaba

ya esperándole para conducirlo al convento. En el puerto se encendían los faros, y en el cielo los astros; y vió las luces del hogar, como las de una corona de su infinito sufrir, más altas que las mismas estrellas.

II

Ajenas completamente á su estado, Monfort recibió, entre varias cartas, úna de la Srta. de Bonnières, y ótras de Glatigni y de Letellier. Su gran dolor le había dado una gravedad inusitada. Se sentía superior á sí mismo. La ironía del músico, esa arma y ese lujo, de que él se sirviera tanto en su vida de hombre culto, se le antojaba tonta. Al fin, hablándole del mal éxito de su última obra, le decía: cómo recuerdo tu frase de hace años al oír las piezas de Becque: “Todo público, ante una obra novedosa, dirigido por la pedagogía crítica, es un condensador de cretinismo, una botella de Leyden agresiva.” Á Monfort no le importaba que le evocasen de ese modo, y sentía la pequeñez de esas discusiones. Glatigni se quejaba de la invasión yanqui en París; temía que el afán de los deportes concluyese por borrarle su fisonomía, y que el espíritu de la ciudad se transformase en ecuación algebraica, perdiendo su gracia, para acabar en máquina. Que la pierda, murmuraba el poeta, como si le hablasen de Australia. Al mismo tiempo se levantaban de las letras los afares sociales, el movimiento de las carreras, el tumulto de los espectáculos, y él veía á las personas, como los títeres de una pantomima, en medio de las ele-

gancias, sin saber lo que llevan adentro, engañándose con sus gestos, incapaces de preguntarse al borde de una tumba, si de la podredumbre ha brotado una alma inmortal. No tuvo un recuerdo enternecido sino para la Srta. de Bonnières, que le predijera una tarde su vuelta á la Fe, como si fuese su alma un templo abandonado, pero que aún poseía ocultos granos de incienso, capaces de resucitar el rito, si un pasante echaba una chispa. Y evocó con interés á esa delicada cuidadora del huerto de su propio corazón, allá donde conoció á Matzuyama, entre los árboles centenarios del parque de sus abuelos. *¿Quién sabe de dolor, todo lo sabe!* La sentencia del Alighieri resonaba bajo sus cabellos, encanecidos en pocos días. Beltraffio, mirándoselos, le había dicho: “Que esa blancura triste os traiga la infantil pureza.” Ah! nó, la niñez no retorna. Pero con afán de perfectibilidad, nacido de la substancia que le daba el sufrimiento, recitóse las estancias de Byron sobre la tumba del Petrarca: “¿Qué haces tú, qué piensas? ¿Por qué mirar atrás, en un tiempo que no puede volver, alma inconsolable?...”

Por respuesta leyó el libro de *Las Rimas*, y como si las crease, surgían canciones y sonetos, de su mundo interior con ritmos y alas. Y es que era de la raza del poeta. Sentíase su contemporáneo. En su corazón cantaban sus ascendientes maternos á la gloria de Beatriz y de Laura. ¿No renacerían, al fin, también los otros, sus abuelos franceses, que llevaron al Santo Sepulcro la cruz sobre el pecho, la espada de San Luis en la mano, y el grito *Dios lo quiere*, en los labios?... Algunas estrofas del cisne de Vaucluse le envolvían sin cesar en su armoniosa onda: “Á tu partida, el Amor y la Cortesía se fueron de la tierra, y el sol cayó del cielo, y la Muerte comenzó á convertirse en dulce.” Petrarca tenía razón al meditar, por la muerte de Laura, en la vida futura. “Tú ves bien, de hoy en adelante, que toda cosa creada corre á su fin, y cuánta necesidad tiene el alma de ir ligera al

peligroso pasaje.” Leyó y relejó el libro de la desesperación, y el de las visiones consoladoras, y el grito final de la plegaria á la Virgen: “Colma de santas y piadosas lágrimas mi corazón fatigado; que al menos las últimas sean de devoción y libres de terrestre limo, ya que las primeras no fueron exentas de locura.”

Mientras Monfort releía, junto al ataúd de Andrea, los versos dirigidos á la que duerme inmortalmente bajo el mármol del *Triunfo de la Divinidad*, entraban á la cripta las plegarias del órgano y las nubes del incienso á vestir y embellecer su espíritu.

Á la tarde siguiente dijo al padre Beltrafio: “He comenzado el Kempis, siguiendo vuestro consejo. Antes me producía el placer literario de percibir su perfume, y hoy el perfume es como si se me volviese en el corazón una verdadera rosa... Y anoche, durmiendo, soñé con una extraña selva. Al principio me creí en un paisaje del Dante. Después me sentí lejos de su libro. Los murmurios de los árboles se transformaban en palabras, y las palabras no tenían sentido. Al menos yo no comprendía su idioma. Las sombras de las copas entrelazadas añadían á su verdor un reflejo de paño de luto. No se sentía ningún pájaro. Al fin, ví un ruiseñor y varios zorzales sobre un tilo. “¿Por qué no cantan? — pensé. — ¿Será porque es el mediodía? Que al menos vuelen...” Y les lancé un guijarro. Ni volaron, ni cantaron. Tenían alas inermes, como sus acentos. Seguí adelante y me di vuelta para mirar las aves. Estaban en su puesto... La selva se extendía más obscura, á pesar de su brillo. El sol debía ser un diamante negro en el azur acongojado. La copa de una encina abriase para que un rayo descendiese á mi corazón sobrecogido: el destello se perdió en mi memoria como recuerdo inconsciente de otra vida. Y avancé entre las mohedas, y pude llegar á un estanque. Los nenúfares fosforecían sobre una lámina quieta hasta parecer de hielo. Tiré un guijarro, y en la linfa se formó un círculo, que se desvaneció como

la voz dibujada del silencio. ¿Por qué al caer no había hecho ruido? ¿Por qué aquel mutismo de las cosas, cual si faltase aire para propagar sus estremecimientos? Sentí frío y marché vivazmente. Pero algo más poderoso que el miedo, cual si mi alma se llenase de curiosidad ineludible, me detuvo. Varios hombres pescaban: unos sentados, otros de pie. En la atención con que aguardaban la presa, parecían ir á recoger la paz de la eternidad, esperando convertirse en venturosos seres de piedra. Y el ficticio cielo del agua era menos turbado por los peces, en apariencia, que lo que lo es el verdadero por los astros. Me acerqué. Los pescadores no se movieron. “Quizá el ponzoñoso beleño que se escapa de esas flores fosfóricas — me dije — los ha adormecido antes de matarlos.” Y vi en el primer anzuelo un pez de plata, y en el segundo uno de oro, y en el tercero otro de púrpura. Parecían de rubíes, topacios y micas, y palpitaban sin romper la grave solemnidad: el estanque era mansión de los genios del Silencio. Y los dejé, viendo que los peces no podían agitar los hilos, cual si la inmovilidad de los pescadores hubiera pasado á los anzuelos la rigidez de las cañas. Me precipité otra vez entre breñas, troncos y ramajes. La luz tornaba á entristecerse, extraña. El sol se hundía en un sepulcro, dando á las ramas claror, nada más que para dibujar sus sombras. Mi sorpresa llegó al pasmo. Hombres silenciosos hachaban troncos vetustos y erigían una pirámide. No respondieron á mis gritos. Parecían mudos y, sin duda, sordos. Eran también ciegos. Al menos la atención puesta en su tarea no les dejaba verme. Con piedras produjeron chispas. La hoguera á poco engendró una imagen viva del sol que había muerto en la selva. Los leñadores querían calentarse. Cuando se les pase el frío, pensaba yo, recuperarán la voz. Ni el calor cundió por sus miembros, ni la palabra volvió á sus lenguas. Antes, por el contrario, la llama debía paralizarlos. Veíanse sus impasibles reflejos en sus miradas absortas; era más fácil

quemar las aguas que incendiar sus ojos. Y se extendió el fuego. El bosque se crispó. Huí. Ni un pájaro, ni un hombre, ni un reptil acompañaron mi carrera. Y de lejos miré desplomarse la techumbre verde sobre los troncos igneos. Y no brotaba de la pira gigantesca un solo clamor: á los habitantes dormidos ó yertos, el calor no les tornaba la conciencia y la vida. Murieron todos, devorados...”

Beltrafio respondió: “Estaban ya muertos. ¿De qué vale el fuego de la naturaleza con todos los análisis de la razón, si cometéis la sinrazón de cerrar los ojos al misterio?... El calor, en vez de reanimar, devora. Con sus pájaros callados, sus pescadores inermes, sus leñadores dormidos, aunque despiertos é insensibles en su acción, alma que ha perdido á Dios era esa selva del frío, del silencio y de la muerte. Y el error mismo os condena á no vislumbrar en el agua, en el pez, en el árbol, la verdadera vida que lo llama, ocultándole hoy su enigma, para hacer más tarde en lo infinito su revelación esplendorosa.

“Enseña el dogma que el hombre no nació señalado por la muerte. Su fin era contemplar á su Dios, comprender sus obras, y complacerse en su hermosura. La rebelión le hizo mortal. Si cambió de condición, no cambió de esencia. Ésta, en ciertos seres, es más poderosa que en otros, hasta desear fundirse en lo Absoluto, buscando la plenitud de su primera vida. Á veces se yerran los caminos. Vos quizá acabáis de encontrar el vuestro. Siento en tales visiones renacer al hombre de la Edad Media. Al contacto de Dios hallaréis el equilibrio. ¿Por qué no me acompañáis á Jerusalén?”

Monfort se acordó de la súplica de Andrea. Las palabras sobre la hiedra de oro, estremecieron su espíritu; y se sintió cual la rama simbólica, queriendo adherirse á una memoria tierna, avasallante y luminosa.

— Contad conmigo — repuso después de un instante.

El padre Beltrafio rezó mentalmente una plegaria; y en el reino interior del nuevo peregrino, cantó otra vez el

verso del Petrarca: *Á tu partida, la Muerte comenzó á convertirse en dulce.*

III

— He soñado que cuando la hija de Jairo resucitó, su madre se desplomó muerta. En medio de la estupefacción alzóse un coro de exclamaciones: “Maestro, resucitadla”. “Señor, obrad un nuevo milagro”. Jesús dijo melancólicamente: “Ya lo veis, la que renace vuelve al sol, llorando”. Después de una pausa, añadió: “Mayor milagro que la resurrección de la niña es la muerte de la madre. Hay un poder superior al mío, que está en los cielos, y creó el amor, por el cual vine al mundo. ¿No pensáis que ese amor, capaz de resistir la amargura de la muerte de una hija, y que no ha podido soportar el contrario gozo, es forma humana de una fuerza divina? ¿Por qué deseáis que vuelva esta mujer á la existencia? Creyó en Mí, transportada de fe y de dolor, y ha muerto en Mí, llena de fe y de alegría. Morir así, en nombre del amor, ¡cuán dulce muerte! En verdad os digo, que no la tendrá el Hijo del hombre.”

El padre Beltrafio era el que hablaba en la cubierta del *Niffkiacof*. Adulteraba á menudo parábolas y hechos del Evangelio, y añadía más detalles, cual si dijese nuevos relatos. Enaltecía sin cesar el amor y sus obras: los peces podían asomarse sobre las aguas, y las aves detener su vuelo, para acudir á la voz del hijo de San Francisco: vibraba su alma como ebria de la belleza del mar y del sol, proclamando tiernamente la confraternidad de las cosas y de las criaturas.

Á su lado, como contraste, iba el padre Brienne. Venía de Francia, donde, con las formas de una ley, había empezado en realidad la persecución religiosa. Alto, enjuto, como consumido por su propio fuego, su carne parecía forjada por su espíritu en el yunque de sus creencias; y tenía ese espíritu el temple de una espada de acero, y el aroma de una nube de incienso. Había recordado á Monfort varias veces la historia de sus abuelos: Amaury, condestable de San Luis, que murió en Otranto, de vuelta de Jerusalén; Simón, que en la quinta cruzada dejó el grueso del ejército en Zara, para guerrear en Palestina, y merecer el nombre de Macabeo. Cuando Beltrafio hablaba, no lo oía; bebía su inspiración en el Antiguo Testamento; y las palabras brotaban de sus labios con un estallido armonante: "Que los que nos atacan y nos expolian y nos expulsan, mueran como aquel rey Antioco, que despojó á Jerusalén y á su templo. Que el sueño huya de sus ojos, y el corazón se les abata, y les oprima la pena. Ah! quién podrá ser el Nicías, y quién el Judas de las nuevas batallas! Yo los saludo ya, enormes como los cedros de Ezequiel, alimentándose con los ríos que tocan sus raíces, no igualados por los abetos en sus copas, ni los plátanos en sus ramas, acogiendo á su sombra los numerosos gentios, mientras los regocija la vieja alondra de los galos, que más que lirica es épica y sagrada!"

El espíritu de Monfort retemplábase en los antiguos bríos de su raza, mientras su corazón meciase, al són de los pensares de Beltrafio, que tenían nardos de Betania y rumores de los lagos galileos. Pero, sin saber cómo, cuando la obsesión del recuerdo de Andrea le abandonaba un instante, y se interesaba en los amigos, sentía con placer el clangor guerrero. Su oído se inclinaba á la voz de Brienne, especie de imán de ultratumba. En el hombre de ensueño que fuera, despertábase un hombre de acción, al hallar un fin de absoluto. El clarín del fraile empezaba á encontrar ecos en las torres almenadas de su al-

ma. Evocaba un hecho nimio que adquiriría relieve. Una vez, á su padre, después de una procesión, un sectario le promovió un incidente. “Hasta con las varas de los palios— gritó el mariscal — forjaremos espadas, si nos provocan.” ¿No tenía, pues, muy cerca aquella vieja sangre de estirpe batalladora?

Entre las voces de los dos monjes elevábase á menudo la de un tercero: fray Pedro de Álcazar. Era el antiguo teólogo español convertido en sabio moderno. Habíase adelantado á la luz de las encíclicas *Æterni Patris* y *Providentissimus Deus*. El consejo de León XIII, mandando estudiar y esclarecer más que nunca, con los descubrimientos de la ciencia, las enseñanzas de los libros sagrados, fué para él una aprobación de su vida. Monfort le buscaba siempre en su retiro á popa, donde sin cesar leía. Allí le demostró más de una vez cómo los filósofos que tanto influyeran sobre su espíritu no podían contra los fundamentos del alma, si se tomaba á ésta en su verdadero sentido. Y el imperio de los filósofos iba á desaparecer de la guerra de las ideas por algún tiempo. El último á la moda había sido Nietzsche. En realidad, su helenismo y su superhombre no eran sino herencias de los poetas alemanes, y este último no podía asentarse en Darwin. Debía mucho á Schopenhauer y á otros filósofos; pero su estilo lo había hecho rey por un momento. Y no pasaba su acción de un triunfo literario entre cierta clase refinada, pues no se mata desde un manicomio á quien no murió en la cumbre del Calvario. Si! el imperio de los filósofos iba á debilitarse, y la lucha se haría en adelante en el campo de los hechos, y sobre todo, en torno de la Biología. Sólo los cegados por el orgullo, siendo grandes, y los que estudiando á medias, adquieren una petulancia, que es una especie de cretinismo científico, pueden creer que con la ciencia se destruye el alma y á Dios. “Á medida que se investigue, — precisaba el fraile — se llegará, por el contrario, más que nunca, á

elevarse de esa alma al Sér creador y absoluto. La Biología, á fuerza de adelantar, tocará al fin su necesario límite. Y así sucederá con todo. Se herirán muchos rosales, y sin decir el secreto de su savia, morirán marchitos; á los astros no se les podrá matar sino con el pensamiento. Y las plantas, reproduciéndose, y las estrellas, inmutables, seguirán dando sonrisas perfumadas y brillos multicolores, siendo, para los que quieran estrujarlas, esfinges pavorosas, en vez de luces rientes y altares florecidos. Dios guardará, cual siempre, el enigma de su misterio. Se volverá á las apreciaciones espiritualistas que pudo hacer Adán en el Paraiso; y en lo que se refiere al alma, después de manejar fuerzas vitales con médiums extraordinarios, quizá se llegue un día á no discutirla y á probarla. Pasará con ese principio desconocido lo que con el calor ó la electricidad: se sentirán sus efectos sin conocerse su esencia, en este caso más misteriosa por su supremo espiritualismo. El misterio está en todo. Lo mismo en dos versos que, con rimas de palabras antitéticas, completan un pensamiento anterior, dándole ritmo y forma absoluta, que en los sueños del sueño ó en las relaciones del pensamiento y el lenguaje. Hasta los hombres más fuertes en la negación, encuentran enigmas inexplicables, que presentando al propio tiempo hechos maravillosos se acercan para mí á los del alma. Ved cómo Spencer, levantándose de la Geometría de Posición, á ideas generales sobre las extrañas relaciones del vacío desprovisto de estructura, declara que la noción del Espacio, en estos últimos años, “le produce un sentimiento que lo hace temblar”. Y todo es símbolo. Si os pregunto en qué se parecen las raíces á las bocas, tenéis que responderme que ambas beben. Así, la sed común hace iguales á plantas y animales. Pero el labio del hombre habla y canta; el del pájaro sólo canta; el del árbol, que no hace lo úno ni lo ótro, se hunde en la tierra. Y si sois hombre de imaginación, eso, que al parecer es una tontera, apenas enun-

ciado, os echa en un abismo de reflexiones, buscando curiosas leyes de armonía. Os hablo en realidad, sin querer haceros un discurso, como las olas que se van tocando, porque el viento las mueve. Sí! todo en el mundo es simbólico, como en las Escrituras. Sabéis que la serpiente tentó á la mujer. Se le dió la voz, pensaba San Cirilo ó Teodoro, porque era el animal más astuto del Paraíso. Ahora que el microscopio demuestra que el germen humano tiene la forma de ese reptil, ¿no veis apuntar un simbolo antes de que nuestros más lejanos antepasados pudiesen entenderlo? Dios está en el centro de un orden maravilloso en que las partículas más distantes palpitan unidas á sus nervios. Hasta el transformismo, que se convierte en arma contra el dogma, es en sus verdades una doctrina cristiana. Darwin no fué un contradictor del *Génesis*, y allí están los gérmenes de su teoría. San Agustín y Santo Tomás de Aquino reconocieron ya en su tiempo sus principales fundamentos. Mejor que os lo pueda decir, lo encontraréis en esta obra de Zahm que voy á pasaros. El escritor, dejando para los cándidos, los tontos y los petulantes, la idea de que la ciencia pone en peligro la fe, estudia la cuestión á fondo, y siguiendo las aguas señaladas por nuestro gran León XIII, llega al triunfo del aforismo de Aristóteles que le sirve de principio: "Por la verdad, todas las cosas que existen están en armonía; pero con lo falso, la verdad está siempre en desacuerdo." Y con el soplo de esa inspiración, Pasteur, uno de los hombres que más hayan profundizado últimamente el estudio de la naturaleza, hizo de su ciencia fuente de meditación religiosa. Repasad su discurso sobre Littré y Comte: veréis cómo salen tratados ambos positivistas. Hay allí uno de los más bellos cantos que puedan leerse á lo Infinito, "noción de doble carácter, porque se impone implacable y es incomprensible." Domina con la proclamación de un espíritu cristiano que habla al siglo, y desprende una lección de humildad para los pe-

queños sabios, que son, en la ciencia, como prestidigitadores de feria. Renán, al contestarle, un poco perplejo, ante la fe del grande hombre que se presenta armado con una ciencia tan invocada por él, toma precauciones oratorias para su ironía, pues comprende, con su tacto acostumbrado, que lo contrario sería falta de elegancia y de espíritu. Y es menester trabajar en todo y no temer á la exégesis. La verdad triunfa mejor si se la discute. No se la puede considerar astro intangible, sino disecársela como á un insecto, para que brille como una estrella.

“No nos debe bastar con las concordancias de Pascal sobre los Testamentos, ni sonreir ante las artimañas con que Renán quiere explicar lo inexplicable, como al describir, por ejemplo, en *Los Apóstoles*, la Ascensión ó la bajada del Espíritu Santo. Sabéis las discusiones apasionadas en torno del *Pentateuco*, y cómo, á fuerza de estudiar, ha vuelto á Moisés la paternidad indiscutible. Todos los días se adelanta algo. He aquí lo último venido á mis manos. Es una *Historia de Jesús*. Tomad los tres primeros tomos, que ya conozco; me quedo con el último. En ella no se grita, como vuestro gran Lacordaire, contra la escuela impía de Strauss. Se discute, se analizan y compulsan documentos, se saben lenguas orientales, se exprimen los textos y se llega al sol plenario. Quitad la belleza insuperable del estilo de Renán, y su *Vida de Jesús* os parecerá pobre, al lado de este libro. Su autor es el abate Le Camús. Así es necesario trabajar. Solamente con la ciencia y la fe, aliadas, el hombre, como rey, cumplirá la palabra del *Génesis*: *Henchid la tierra y tened señorío sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra*. Es decir, señor de Monfort, sobre la vida.”

Y el poeta veía en la fusión del espíritu de aquellos frailes: el sabio, el puramente evangélico, el batallador, el símbolo de los hombres necesarios en la cruzada del siglo xx. Leyó los libros que le prestaban. Se dió cuenta

e una animadversión insólita, en él, contra una propianda capaz de destruir las pirámides de Egipto con un rase, incapaz de construir una ala de mariposa con un echo. Al fin y al cabo, su fe valía más que cualquier istema, siendo el lazo maravilloso entre la realidad que e toca y lo ideal que se anhela. Y prefirió, ante todo, edicarse á la lectura de los simples Evangelios. En su ran pena le envolvían sus enseñanzas y relatos en ráagas acariciadoras. Pudo vislumbrar en los paisajes imaginados la silueta de Jesús, y oír su acento. Las moduciones penetrantes de unción y de misericordia, adquirieron un tono físico, que se le convirtió en familiar. Se hizo huésped de su espíritu esa voz desnuda. Percibíala, un sin expresar ideas, cual algo que, sin palabras, pudo ser el canto inefable de una moral armonía. Así, hasta lestadacada de las frases, llegó á sonar en las alas del viento, y en el rumor de la ola, y en su corazón y en su alma. Y era la voz de la verdad, porque era la del sufrimiento, que baja al fondo de la vida, y la de su bálsamo, que dignifica al hombre, haciéndole sentir que merece ser consolado. El misterio del amor y del dolor ¿no encuentran su apoteosis en Cristo?

En tanto, ante los ojos de Monfort bullía, abajo del puente, el enjambre de pasajeros de segunda. Se sentaban sobre alfombras, con las piernas cruzadas á la oriental, siguiendo ligeramente con el cuerpo el balanceo del buque. Los judíos lucían mantos talaes blancos y tocas amarillentas; los rusos se distinguían por sus negros bonetes de astrakán, y los turcos por sus rojizos tarbuches. Al poeta le parecía que la nave, con hombres de diversas razas, iba camino del Santo Sepulcro, á la redención de todas las almas, bajo los tres espíritus religiosos, de amor, de controversia y de batalla. Y á su paso, salían del fondo de los mares islas que esquiaban reminiscencias de un vivir lejano. El dolor le habia envejecido. La visión de Grecia parecía un sueño de su juventud muerta. Acababa

de divisar las ruinas de Troya, la tumba de Aquiles, el monumento de Priamo. Le salieron al paso la ciudad de Mitelene, en la Lesbos de Dafnis y de Cloe, donde murmuraban los versos de Safo, olas, que mecen el arpa de Orfeo; y nada diseñó en sus labios la espiritual sonrisa de un saludo. Solamente ante Chío, al ver más allá de los alminares un agrio monte ceniciento, sin brizna de vegetación, pronunció el nombre de Homero, como para dar con su armonía una flor á la cuna escarpada. Y pensó en Tiresias. ¿Era el viejo griego un personaje real, ó incierto, como se creía del cantor de Troya? Qué importaba! Aparecíasele con el reflejo sonrosado del Pentélico, irisándose con ese suave matiz de alegría, pero no deseaba evocarle para no acrecentar su tristeza. Huía de sus recuerdos, figurándose lo porvenir: sólo el pensamiento cristiano podía ser su ayuda.

Y cruzó, al caer de la tarde, por Samos, la patria de Pitágoras, disolviéndose como un blanco pan de azúcar en un mar de esmeralda. En el archipiélago de las Espórades le sorprendió la lluvia. Las costas de Asia le mostraron, al través de la niebla, montes pelados, curiosamente esculpidos, honduras de cavernas, cuajarones de espumas en los flancos, y nieves argentadas en las cimas. Chipre, la isla de Venus, tan alabada en Grecia, no se le iluminó: un sombrío telón de teatro la había envuelto. Pero Rodas, entonces olvidada, le evocó la gloria de los Hospitalarios: con el oro de sus aguas melodiosas, los caballeros franceses se habían fabricado espuelas! Un día, en la rada de Beyruth, donde al fin se detuvo unas horas el buque, delante del anfiteatro de las casas y las mezquitas, dibujado sobre el puerto, pensando en una de sus últimas conversaciones con Andrea, preguntó al fraile español: "Si un hombre naciese, nieto de franceses, españoles é italianos, como cifra y compendio de nuestra raza, ¿cual sería, según vos, su acción en el terreno social y religioso, es decir, en la vida del nuevo siglo?"

— Esperar — respondió el monje. — De nuestra raza saldrá la revolución por excelencia, la terrible, y de ella misma la reacción necesaria. Recordad la frase de Burke, obre la de 1789: “En todas sus cosas, se extravió del camino real de la naturaleza.” Cuando se lee *El Antiguo Régimen* de Taine, se justifica el sacudimiento y se desea; cuando se lee *La Revolución*, se pierde el entusiasmo, la indignación nos gana, y acabamos por simpatizar con los nobles. Tened en cuenta que hablo con vos considerándoos nada más que cristiano. Y lo mismo va á pasar con la revolución social. Encubre, bajo perspectivas y buenos uhelos en lo que se refiere á mejorar al proletario, abisnos de errores y de sofismas, que preparan el reino de la injusticia. Esos agitadores que, en ciertas cosas, podrían estar en la verdad, arruinarán sin edificar, y en vez de clarificar la sangre del corazón humano, aumentarán sus neces en el crimen. Aun los bien intencionados, se encontrarán un día, con que pueden tener por divisa el texto de San Pablo: “No hice el bien que amo tanto, sino el mal que tanto odio”. Esto me hace pensar en Nicolás y en su *Estado sin Dios*. El libro trae una introducción que hoy resulta muy curiosa. En 1851 habia gritado contra el espíritu de 1789, que se convirtiera en tirano sangriento, manchando su causa al ultrajar mil cosas bellas, buenas y santas. La prensa entonces le llamaba exagerado, y atizaba al propio tiempo con su tibieza, en inconsciente ó pérfida complicidad, el desorden y la fermentación ponzoñosa. Llegan los desastres del 70, y tras ellos la Comuna, la tea incendiaria, el turbión de las iras populares, y los mismos diarios entonan un acto de contrición tardío. Es idéntico el caso de ahora. Sea por la apariencia humanitaria de alguna parte del programa, sea por falta de visión ó sobra de ingenuidad, muchas gentes se alinean, sin saber á dónde van. Se es revolucionario hasta por moda; se predicán doctrinas contrarias á Dios y á la naturaleza humana, como quien se pone, para distinguirse, una corbata

llamativa. No ven que cuando quieran volver atrás, los farsantes, como los que conozco sinceros, serán las primeras víctimas de la bestia enfurecida y desencadenada. Tratar ahora de contener la revolución es imposible. La única fórmula fué dada por León XIII en su notable encíclica *Rerum Novarum*. Allí se estudia con justo espíritu el estado de la clase obrera. Se esclarecen las relaciones entre ricos y proletarios. Se demuestra el derecho natural, inalienable, de la propiedad; las virtudes y provechos del ahorro; el espíritu que debe regir los contratos; los deberes de los patrones; lo que es la virtud del trabajo en la dignificación del alma; la ruina económica, que sería el triunfo de la revolución tal cual se la plantea; las bases de asociaciones de obreros y de patronatos de infancia, teniendo en cuenta la verdadera felicidad de las familias; en fin, la solución, que sólo puede venir, si las raíces del árbol del estado se hunden en tierra cristiana, para echar una copa que arroje sombra reposante sobre el social equilibrio. Y á través de esa palabra augusta, siéntese el anhelo de una gran efusión de caridad, cuyos oficios y caracteres describió el apóstol Pablo: "La caridad es paciente, es benigna, no busca sus provechos; todo lo sobrelleva; todo lo soporta". Mas ese llamamiento no detendrá á nadie; precisamente lo que no quiere oírse es la voz de Jesús. Á los de arriba los hace sordos la codicia; y á los de abajo, los apetitos. Y si se le combate más que nunca, es para suprimir un Juez ineludible y un Juez implacable, porque Cristo es la conciencia de la humanidad. Con una venda en los ojos marchan los pueblos al abismo; pronto los ejércitos confraternizarán con los obreros y sonará la última hora de la sociedad moderna. Todos tendrán la culpa, porque todos han puesto una espina en la corona del que resucita sin cesar, para ser eternamente crucificado.

"Es posible que la revolución se haga en nuestros países. Constituyamos ó nó una verdadera raza, no se puede negar que formamos una confederación greco-latina. Y nos

distingue la sangre caliente, la exageración, el entusiasmo, el arrebato. Inglaterra y Alemania aprenderán mucho, y aprovecharán quizá de la ruina de esos países. De la Revolución Francesa nacieron cosas buenas para las otras naciones, en el sentido de la libertad, mientras Francia vivió, y hoy mismo se debate, en la licencia. La nueva sacudida será mil veces peor que la del 89. Pero en su proclamación se ha contado con todo, menos con Dios y la naturaleza humana. Ni á Dios se le mata, ni al hombre se le transforma. ¿Imagináis á un Estado decretando la supresión del calor ó el frío? No se hace lo que se desea, sino lo que se puede. Discutir doctrinas y diversas maneras de socialismo, es hoy ridículo; la revolución está en pie, y estallará, sin saber bien lo que quiere, llevada por el instinto de la destrucción. Y tal revolución no creará almas nuevas. Mientras no se destruya el misterio, se temerá á Dios. Mientras haya belleza, se le amará. Mientras haya dolores, no se dejará de adorarle. Eso, en nuestra raza, más que en ninguna otra; y además, la sed de lo infinito y de lo ideal, no hallarán aguas más puras y exaltadoras que las de los ríos, que manan de sus flancos ó vuelan en las alas de sus nubes. Decid esto á un doctrinante, y se reirá, porque juzga al mundo desde el punto de vista de su inteligencia, sin considerar la multitud, y me refiero lo mismo á la de arriba que á la de abajo. Se busca acabar con Dios en nombre de la vida, que sin embargo preside, sin ver que Él reina también por la muerte. Cuando no existan canteras para construir altares, se edificarán con las piedras de las tumbas. El nieto de un incendiario de hoy se sentirá mañana, sin saber por qué, un ardiente místico. Sobre la sociedad llamada ideal, y que será lo contrario de la palabra, puesto que al igualar á los hombres se querrá suprimir su noción, que torna á unos seres más grandes que á ótros, se levantarán, al fin, nuevos caudillos. El pueblo, vuelto á sus cauces primitivos, necesita un Moisés, ó resulta tribu de

fieras. Y entre las fieras, la sociedad ideal es dudosa. Y emergerán sobre las ruinas las primacías del talento, y hasta las del trabajo manual, y todas las cualidades, que hacen más bella el ave de más bello plumaje, y más inteligente el ave de mejor voz, reinando así entre los animales como entre las plantas y los hombres. En la gran maestra de nuestra raza que acabáis de recorrer, habréis evocado, más que en otra parte, cómo en la aristocracia de Esparta, cómo en la democracia de Atenas, dominó la superioridad de la inteligencia y de la virtud, que enaltecieron á esos pueblos aun contra la voluntad de sus multitudes. No se llegará tampoco á prescindir de las fronteras, porque no se pueden unificar las razas. Un francés será siempre un francés, y un alemán, alemán. Aun los mismos que precorizan las huelgas de los ejércitos, en caso de lucha, quién sabe qué harían ante una invasión, si dejaran la palabra á su sangre. El sueño de todos los pueblos hermanos, ¿quién puede rechazarlo? Pero es un sueño. Sólo la religión, que desea suprimirse, puede dar un soplo de fraternidad á las naciones. Demostrad que por Dios no debe haber guerra, y en Dios coincidirán los impulsos del espíritu, aunque separen los instintos de la sangre. Y cuando la revolución estalle, y si es universal mejor, después de la orgía trágica, en medio de las ideas anárquicas y de las pasiones feroces, se volverán los ojos al Evangelio. Quizá todo esto no es sino la preparación de su nueva cosecha. Los bárbaros cayeron sobre el Imperio Romano, y afianzaron el cristianismo; las turbas modernas, movidas por letrados, serán como aquéllos, y secundarán su reino. Acordaos de la frase de Pascal: "Hay placer en encontrarse á bordo de un barco batido por las tormentas. Las persecuciones que trabajan á la Iglesia son de esta suerte." Esa reflexión es el grito que, con las lenguas de la Verdad, sale de las entrañas del Dogma de diamante.

Las profecías del santo irlandés no son aceptadas por Roma, pero no es menos cierto que algunas de sus pre-

licciones han tocado lo maravilloso. ¿No señaló hasta la rapaz águila napoleónica con claridad evidente? En ellas también parece aludir Malaquías á la revolución social; y el nuevo Papa debe ser evangélico, y no político, hasta que llegue lo que él denomina la fe despoblada. Después de la catástrofe, vendrá el renacimiento católico, y un emperador se impondrá al mundo. Lo que enseñe tan ruda, cruenta y amarga experiencia, obrará en el sentido del bien general, en las nuevas constituciones. É imaginemos que el emperador predicho sea el de Alemania, protestante y no comprometida. Ó él se hará católico, aunándose al Austria, y siguiendo la impulsión del sur de su imperio, ó sobre la base del Evangelio vuelto á los hombres, nuestra Iglesia triunfará con la predicación y el trabajo. Despojada de todo poder, y encendiendo en las catacumbas la antorcha del único sol moral verdadero, tornará á la superficie, puramente evangélica, para ofrecer en la fe, la esperanza y la caridad, su trío eterno y augusto, base de la reconciliación futura. En medio del horror de las ruinas, le responderá una voz universal, clamando por la piedad del Cristo; y si así no fuere, estallarán nuevas guerras y llegará el fin, entre los relámpagos aterradorantes del Apocalipsis. Nosotros esperemos, orando, hasta el momento de hablar á nuestros hermanos airados, cual si fuéramos á evangelizar entre las tribus salvajes de África. Predicar hoy, lo considero inútil. Serían voces perdidas en un desierto de fuego y fango. La Providencia quiere esa revolución: he ahí mi íntimo pensamiento. Será una lección horrible. Por eso, cual en la Pascua del Tránsito, debemos, á semejanza de los israelitas del *Éxodo*, hasta dormir con el ceñidor puesto, el calzado en los pies, y el báculo en la mano."

Á las últimas palabras las envolvió briosa y asaltante algarabía. Los remeros de dos chalupas cantaban, y en llegando, treparon á las bordas, con exasperante griterío en que frases francesas é italianas se mezclaban al árabe y

al turco. Al fin, los frailes, que eran así traídos, pudieron pagar, desenredarse y volver al puente.

El padre Beltrafio dijo: “No hemos conocido la ciudad á causa de la peste bubónica; que han importado de Esmirna. He aquí vuestro café, señor de Monfort. Lo compramos en un hotel. En la sala del despacho un viejo turco, vestido como el chalán de Aladino, recorría una serie de lámparas. Estaban engarzadas en una especie de araña triangular, que parecía un tenebrario, por la forma, y un trípode de cueva maravillosa, por sus arabescos y alicatados de azul y oro. Es lo único que recordaré de Beyruth: creo que vine desde Italia nada más que para ver á ese viejo cuidar sus lámparas. Curiosa sensación. ¡Quién sabe si, al no comprarle alguna, acabo de perder algo extraordinario para cosas de mi destino!” El padre Alcázar y Monfort sonrieron; no se les ocurría que el monje, hijo no falsificado de Asís, se echase en aquellas divagaciones al visitar una ciudad de Oriente.

Al propio tiempo se alejaban las chalupas de árabes y turcos. La tarde despedía extraña brillazón: se avizoraba para morir en el misterio. En el fondo de brusca claridad, una nube tormentosa tocaba una cumbre rojiza, sin poderla apagar, y otro monte coronado de nieve iluminaba su propia sombra, con resplandor de argento. Entre ambos, una caravana delineaba las siluetas de sus camellos, que se hacían espectrales y bíblicos, llevando los cedros de Sidón al templo del Rey Sabio. Monfort sintió la impresión, magnificándole el espíritu, cual si participase del esplendor de esas épocas. Después miró el mar y el cielo: el infinito, que gemía con su inquietud ondulante, y el que oraba, con su inmovilidad serena. Otro nuevo sentimiento de grandeza le envolvía con la hermosura de la hora. Se estremeció oyendo una campana. Era la de un crucero acorazado de Francia. Como siguiendo á su pabellón que descendía, los monjes se hincaron sobre el puente. El *Ángelus* sonaba en la torre de sus corazones.

Un faro se encendió para los navegantes, un astro para los espíritus; y el poeta contempló esta luz, que después de penetrarle dulcemente, trocósele en los labios en la primera oración de su fe reconquistada: *Ave, Maris stella.*

IV

Monfort sale de la hostería de los franciscanos camino del Santo Sepulcro. Ha llegado la noche antes, y fray Anselmo lo conduce por la mañana á los oficios. Recorre las calles de la ciudad, sagrada para cristianos, musulmanes y judíos. Marcha bajo aquellas bóvedas interminables, que dan á Jerusalén el aspecto de un colosal convento de todas las religiones, abierto, aquí y acullá, al sol de la última semana de Abril, que sin brillar plenamente se asocia á las tristezas del Viernes Santo. Sobre los pavimentos roñosos de las callejas sin acera, rozan al poeta ropas talaras, túnicas, sebleks, estambulinas, turbantes albos de ismanes, rostros cobrizos de árabes, renegridas espaldas de negros con reflejos casi azulados, verdes tarbuches de peregrinos de la Meca, rojizos feces del populacho turco, gorros esféricos de coptos, puntiagudos de abisinios, mascaradas policromas de mujeres, sayales grises de franciscanos, niveos de Padres-Blancos, bonetes budinescos de monjes griegos, aladas tocas de religiosas de Francia, capuchas bicornes de beduinos, y chalanes y burros y camellos, que en mareante promiscuidad de roces, de gri-

tos y de olores, transforman los largos claustros en torres de Babel tendidas.

Y lo asaltan ciegos y ciegas, implorantes, con incomprendibles discursos, criaturas pidiendo piastras á gritos, mientras un tumultuoso, macabro coro de mendigos, le tira de las ropas. Y son brazos sin manos, piernas sin pies, bocas roídas, muletas agitadas, cuerpos inmóviles, desnudeces leprosas, deformaciones del vicio, consunción de la miseria, espectros y trasgos de enfermedades; un espectáculo horroroso, que provoca piedad con los lamentos, y náuseas con las llagas, condensando la degradación de las razas que más han vivido.

Por otro lado, legiones de judíos, con sus guedejas en tirabuzón, venidos de los cuatro puntos cardinales, guiados por los de la ciudad, van desgarrándose las ropas y mesándose los cabellos, á orar entre las últimas piedras de su templo. Y sus gorras de piel de cabrío, y sus grasientas tocas de tieso hule, y sus ricas monteras de zorro, y sus chambergos de anchos bordes, mézclanse estremecidos por el mismo lamento humano, al coro del dolor y la miseria, que parece brotar hasta de los muros.

Monfort siente la estéril grandeza de las imprecaciones de aquel pueblo en el día de la definitiva ruptura del Pacto, más dolorosas, por su inteligencia, que la sangre de los corderos inmolados. Y la ciudad, envuelta en dos contrarias amarguras, se le aparece, como la antigua viuda de las naciones, clamando en su desolación, lejos del espanto de los caldeos, que son ya cenizas aventadas por los siglos: "Mira ¡oh Señor! cómo estoy atribulada; conmovidas están mis entrañas, se ha trastornado todo mi corazón. La espada da la muerte por afuera, y dentro de casa está el hambre, que es otro género de muerte." Y con el acento mental de los trenos recordados, se confunden las voces verdaderas y desconcertantes, de las turbas judaicas que marchan hacia las ruinas: "Á causa del templo destruído, solitarios nos sentamos y lloramos." Y desaparecen, lle-

vando, sobre el perfil inmutable de la raza, el toque de un cincel misterioso, en que el tiempo antiguo renace, eternizándose.

El poeta pasa por el Muristán, morada de Hospitalarios y Templarios, de los caballeros de Rodas y de los maestros de Malta. Piensa en el Tasso. Evoca el poema de los hijos de Francia, armisonantes, entre los versos de Italia. Se siente feliz de llevar en las venas, fundidas, ambas sangres. Pero es imposible recitar esas estrofas al lado de muros, que no quieren dar más ecos que los que responden al lamento de los profetas. Imposible pensar en Ubaldo y Carlos, mientras luchan con la tentación de la belleza de las sirenas y de sus voces, más frescas y armoniosas que las aguas. Imposible ver el palacio de Armida, y á Reinaldo á los pies de la hechicera, y á las aves invitando á oler la rosa de la mañana, sin aguardar la tarde que la marchita. Sólo pueden relatarse las escenas de muerte, y el arrebatado de la fe, y el cansancio de las batallas. Y en las callejas, tan distantes de recordar el Eufrates y los melancólicos sauces, oye el poeta el rumor de sus ondas al són de las bíblicas arpas. Sí! Jerusalén, la señora de las naciones, ha quedado como viuda desamparada y oprimida, entre sus fundamentos insensibles, sus almas sollozantes, y sus solitarios caminos.

Monfort llega, al fin, al vestibulo de la Basilica. Soldados turcos custodian la puerta y no dejan entrar sino á los católicos, pues la Semana Santa no coincide con la de los cismáticos, y se temen profanaciones y pependencias. La guardia evoca la de la casa de Caifás, calentándose, mientras Pedro niega á Jesús: en un gran brasero, impropio de la estación, se preparan los fogotes de los narguiles que fuma. Al penetrar en el templo, se ve aislada una piedra, que refleja, entre cirios, lámparas de alabastro: es la de la Unción, donde José de Arimatea amortajó al Maestro.

Beltrafio dice á su amigo: " Mirad á la derecha. La escalera lleva á la cima del Gólgota, cubierta por una capilla.

Todo el templo es así. En el centro, la construcción de mármol, bajo la cúpula, esconde el Santo Sepulcro. Al frente, tenéis la entrada del templete franciscano: aquí á la izquierda, la gran reja da acceso al de los ortodoxos. Detrás de la capilla del Santo Sepulcro está el altar de los maronitas. Esa otra puerta cierra la gradería, que baja al templo de Santa Elena. Todas las celdas del ábside, arriba y abajo, pertenecen á las diversas sectas. Como veis, es una curiosa basílica, de varios cultos, bajo la administración mahometana, que señala á cada uno las horas en que la tumba les pertenece. Hoy, felizmente, estamos solos: todo el concurso que rodea á los celebrantes es católico. Voy á ocupar mi puesto, os dejo. Dios os acompañe en tan fúnebre y santo día."

El monje se va, en efecto, hacia el coro que los frailes forman en un ángulo. Tres sacerdotes, representando al Evangelista, á la Sinagoga y pueblo, y á Jesús mismo, cantan la pasión de San Juan. Monfort la oye emocionado: las voces humanas, en la melopea del canto llano, son dignas de referir el drama. Después, en tono de Evangelio, la voz del diácono, sin emplear los ciriales y el incienso de las fiestas, pronuncia: "En el lugar en que había sido crucificado había un huerto, y en éste un sepulcro nuevo, en el cual no se había enterrado á nadie. Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos y porque estaba cerca el sepulcro, pusieron á Jesús." Monfort, ávido, percibe las palabras, con el corazón abierto al sol de su infancia. Evoca sus imaginaciones de entonces: el Sepulcro, el Calvario, el Pretorio, se le presentan con la fisonomía de las viñetas de los misales. En el zizás de un repentino fulgor, mira también los cuadros que le entusiasmaran del genio español, italiano y flamenco, vencidos por colores de verdad divina, pero empañados por un deseo de lágrimas.

Allí está frente á la capilla que cubre el sepulcro. Piensa en el grito de amor de la humanidad. Piensa en los milla-

res de ojos que á aquellas horas, sobre la haz de la tierra, tratan de imaginar los lugares donde él respira. Siente un estremecimiento, cual si la sombra dibujada por la proyección de un candelabro, fuese la de Jesús, inerte, conducido al sepulcro, envuelto en lienzos y en aromas. Y le ve con la evidencia de una alucinación, en un pestañear del sol, que, libre de una nube en el cielo, se enciende en la nave, animándose con relámpago, que es luz y movimiento, para transformarse en astro. Su cabeza se inclina. Languidece, con sentimiento de profunda humildad, ante el prodigio. Su corazón profiere el grito de San Pablo, levantándose del polvo en la senda de Damasco: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Una voz tonante repercute por las naves: *Oremos...* Y despierta cien ecos, ecos del Calvario, de la piedra de la Unción, del templo de Godofredo, del subterráneo de Santa Elena, y del mismo Santo Sepulcro. Monfort, conmovido, es frágil caña sacudida por el viento, con un corazón de cristal. Voces del drama de la Redención, voces del principio de los tiempos y del seno de la Eternidad, voces de la Historia, voces de la Tierra, voces del Cielo, sensaciones grandiosas, clamor humano, resonancia celeste, se confunden en el tumulto, y á su pregunta, *¿qué quieres que haga, Señor?* responden también: *Oremos. ¡Sí!* "Oremos, carísimos hermanos, por la Santa Iglesia, para que nuestro Dios y Señor se digne conservarla en paz y unión, y defenderla"... La voz del diácono responde: *Arrodillémonos*; y sobre el pueblo, prosternado, la del subdiácono dice: *Levantaos*. Levantaos, sí, para pedir á Dios, revelador en este día de su propia gloria á todas las gentes, que tienda sobre el mundo el manto de su misericordia. Y el pueblo vuelve á prosternarse, y á seguir la voz de los celebrantes, fundiendo su alma en la oración universal que se eleva sobre el cadáver de Cristo. Su espíritu luminoso, que meditó en el desierto, y sonrió á los lagos de Galilea, y predicó en campos y ciudades, y se alegró en los hogares de Betania, y padeció en el huerto de Getsemaní, y

se martirizó en el Calvario, ¿no va á dejar ese cuerpo inerte para subir al Padre, complacido de sus obras? Pues que eleve entonces más allá de las lágrimas de su Iglesia, las voces que oran por el Sumo Pontífice, y por los obispos, y los presbíteros, y los lectores, y los ostiarios, y los gobernantes católicos, y las vírgenes y las viudas. Que lleve el voto de los míseros penitentes, porque el mundo se purifique de sus errores, las enfermedades se curen, el hambre se destierre, y se abran las cárceles, rompan los cautivos las cadenas, y á los navegantes se les conceda el regreso, y á los náufragos puerto seguro. Que implore, pues nadie lo hará como Él, con su voz, que al irse, nos enluta; por herejes, cismáticos, judíos y paganos, para que abandonen sus ídolos, y salgan de sus tinieblas, y dejen de ser seducidos por la diabólica astucia... Y las voces, crecientes, como engrosándose al reflejar el clamor de las mareas más lejanas, formulan una postrer súplica, por que se calmen las tribulaciones, y se consuelen los afligidos, y vuelva la fortaleza á los ánimos conturbados. Es el ay! del mundo entero, retumbante y afligente, suplicando experimentar los efectos de la celestial misericordia; y casi vibra en el coro un grito egoísta: ¡Porque has sabido, Señor, vencer á la muerte, permítenos olvidar cómo te crucificamos, y Tú, que lo puedes, enciende el faro sobre los cauces de la amargura, por donde corren, altivas ó humildes, las corrientes inagotables de los llantos humanos!

Con la subitaneidad de un corazón que responde envuelto en las plegarias: “Señor — exclama el peregrino — Señor Dios omnipotente, perdón si mis carnes no vienen sangrando entre los garfios de los cilicios; perdón si mi frente no trae las cenizas de tus conversos de Nínive. En cambio, mi alma, que clama solitaria en el silencio de las noches y de los días, llega á Ti sufriente y crucificada. El silencio le dió, agosto, las formas de una dolorosa estatua. Marcada por el cincel de fuego, sus ojos extraviados

miran el infinito á que aspiró con su amor. En su mutismo oye, á veces, la palabra de su bien perdido. Entonces, vuelve á la vida con angustiosa ternura, y sale de su anonadamiento para sufrir más. Esas palabras me estremecen: después, silencio. El silencio es sagrado. En él torné á Ti los ojos, Señor de todas las misericordias. En él renacen mis amores, en ambiente en que las notas del órgano arrebatan mis penas, con armonías que se desvanecen en el perfume del incienso. Perdón si no puedo desterrar enteramente la imagen humana de mi sentimiento. Si con todos los nombres de ella conocidos, quiero hacer flores, y de las flores, cadenas para enlazar mi alma á otra alma inconsútil. Ella, me tejió al irse el sudario de todas mis alegrías; vuélveme Tú, divino Redentor, el contento con las alas de una suprema esperanza. Mis versos han dejado caer sus rimas, como enflaquecidos dedos de agonizante, de que se desprenden los inútiles anillos. Mi pluma se escapa de la mano como el fruto seco del árbol, y sólo quedan las hojas recogiendo las sibilantes elegías del viento. Nada de lo que pudo interesarme me retiene en el mundo; Tú eres, Señor, mi único refugio. Tu Santo Sepulcro es la cuna de mi existencia. Los camellos de este mi humano peregrinaje, se mueren de sed, como su dueño, de tristeza; hazlos llegar, Señor, con él á las fuentes redentoras y cristalinas...”

En tanto, los acólitos extienden al pie del altar una almohada y la alfombra violeta, y sobre ellas un velo blanco. Un turiferario abre el misal y, apoyándose en la cabeza, lo ofrece al celebrante, que descubriendo los brazos de un Crucifijo envuelto en morado paño, canta solemnemente: *Ecce lignum crucis...* Los ministros comentan: “Madero del que estuvo pendiente la salud del mundo”; el coro entero exclama: *Venid, adorémosle*. Y los ecos, despertados como en el fondo de las edades muertas, llegan con un cortejo de sombras y gritan al poeta: “Adórale como aquel Monfort monje que lloraba de piedad

sobre las llagas de sus pies; adórale como aquel Monfort combatiente, que con el chispear de su espada en los torreones enemigos, encendía los incruentos incensarios.”

Pueblo y ministros, descalzándose, penetran en la capilla de dos en dos, á besar el crucifijo sobre la almohada. Y los *Improperios* vierten su soberana belleza, por donde cruza el estremecimiento del Pasado y del Futuro, acumulando en un minuto la eternidad de los tiempos al resplandor de la Biblia.

“Pueblo mío, ¿qué te hice? ¿En qué te he contristado? Respóndeme. Porque te saqué de la tierra de Egipto; porque te conduje cuarenta años por el desierto, te alimenté con el maná, y te llevé á una tierra deliciosa, ¿preparaste una cruz á tu Salvador?” El peregrino siente penetrar los cantos en las profundidades sagradas de su espíritu, y en la conmoción de sus ardientes substancias germina el misterio del amor místico. Á él se dirigen aquellos reproches: en su conciencia se hunden, resuenan y rebotan, hasta ir más allá de las estrellas á encenderse en la luz del triángulo. Él fué plantado como la viña hermosa y echó vinagre en los labios sangrientos de la víctima martirizada. Él es todo Israel, que, guiado por la nube en el desierto, ha llevado á Cristo al pretorio de Pilatos. Y su corazón, solitario y único para resistir la desesperación de un pueblo deicida, estalla como un vaso roto por el desborde. El coro prosigue: “Yo por ti herí á los reyes de los cananeos, y tú con una caña heriste mi cabeza.”

— Basta, ya lo sé — responde el caballero.

La verdad entra relampagueante en los abismos de su sér. Las ceremonias adquieren tonos de certitud profunda, con simbólicos aires de grandeza, sobre un interno soplo de ternura, y su espiritual viña aspira ya á dar la flor que perfuma la armónica brisa, antes de ofrecer el fruto al labio sediento. Los *Improperios* se han transformado en el himno de San Teodosio, y se saluda al árbol ennoble-

ido por la púrpura real, feliz, aun siendo cruz al contacto de los miembros santos: *O crux, ave, spes única.*

Del templo franciscano, donde se ve el escalonamiento de los cirios, en torno del sagrario, sale la procesión, llevando bajo palio la Forma que se expondrá en el Monumento. El sacerdote penetra en la capilla del Santo Sepulcro y dice la rápida misa, alzando con una sola mano. Monfort oye las matracas. Mira la pálida fisonomía del viejo y achacoso celebrante, iluminada á través de una nube de incienso, como si se transfigurase en el sepulcro glorioso de que va á volar su alma. Le ve contemplar el resplandor del Dios transubstanciado que concentra un destello de lo infinito, y saluda al sér pequeño, agigantándose, al dilatarse inefablemente sobre la vulgaridad del mundo. Comprende que un religioso se ofrezca disciplinas y privaciones por el júbilo de consagrar en el sitio en que el Ángel anunció la resurrección á María Magdalena. Cree que en la Hostia brilla el niveo relámpago de la blancura del mensajero, y en el oro del rayo de sol que la baña, la emoción del monje que sube á lo Absoluto. Y la belleza de la misa, con el ofrecimiento de la víctima espiritual, que toma el signo sensible de la Hostia, á causa de nuestros sentidos, resumen del instinto universal del sacrificio en los seres por el dolor de la pérdida de la vida primitiva, le penetra con todo su misterio.

El padre Beltrafio lo conduce á la capilla del Ángel. No observa el altar cubierto de humildes objetos de piedad sin arte; ni la cruz de mármol del muro, dibujada entre flores esculpidas; ni el bajo relieve en que las hijas del Evangelio avanzan con las redomas de los unguentos; ni las alas de los querubines; ni las palomas del Espíritu Santo. Monfort pasa por la estrecha abertura de un ángulo, y cae postrado ante los bloques de piedra que cubren la gruta. Las lámparas, sobre su cabeza, encienden nimbos de fuego, y su frente ardorosa toca el mármol frío, y su corazón, abriéndose cual la peña de Moisés, deja escapar

por sus ojos un torrente de lágrimas. ¡Los que lloran recibirán el consuelo! Su alma se siente soliviantada por mano invisible, y mientras la suya palpa el sepulcro vacío, oye: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?...” El peregrino responde con el cántico de Rusbrock, sonante como si sus sensaciones se transformasen en plegarias: “¡Oh fuentes inmensas! ¡oh torrentes de lumbré! El que bebe nuestras aguas alienta sin hastío y sin miedo. Las lejanías de ayer me son vecindades. Siento el inexpresable gozo de no encontrar en la tierra quién se me parezca”... Afuera, finaliza el ritual con las Vísperas, y las naves retiemblan, y sus ecos conmovidos envuelven la tumba en sonoras divinas redes, en que palpita la voz humana del último salmo: “Una cosa pedí al Señor, y es que pueda habitar en su casa todos los días de mi existencia.”

Un monje toca la espalda del poeta.

— ¿Queréis ver la espada de Godofredo?

Monfort alza la frente. Es el padre Brienne, imperioso y varonil, altivo fantasma de otros siglos. De su acento se desgaja el peso abrumador de una responsabilidad que va á caer como un mandato sobre sus hombros. Está muy fatigado, titubea; mas ante los ojos que le miran con un alma que tiene el temple del acero y el perfume del incienso, responde: “Vamos”.

Ve á Godofredo seguido de los conquistadores, quitándose la coraza cruenta, para cumplir el voto sobre el Sepulcro, colgando del altar las armas. Evoca después á San Luis, el de las páginas de Joinville, tendido en un lecho de cenizas y suspirando al expirar: “¡Oh Jerusalén!” ¡Siempre su Francia! Mas él, en realidad, está ahí como el Reinaldo del Tasso. No lo trae el bélico rumor, bajo el prodigio de las aves lidiando en las alturas, es cierto; pero ha llegado con el alma llena del lodo recogido en las tortuosas sendas. El monte Olivete no le recibirá con río, que devuelva á los árboles en riego lo que

Ellos le den en sombras; el ruiseñor y el cisne no mezclarán sus cantos para hacer brotar flores; no oirá las palabras amorosas de Armida, ni las hayas parirán drialas, ni las ninfas se volverán ciclopes; es ótro el hechizo que tiene que romper: el de su dolor, el de su hastío, el de su escepticismo, cortándolos de cuajo con la espada de ese Reinaldo, que al vibrar parecía tener tres hojas, como la lengua revoloteante del áspid, tres puntas.

Penetra en el templo franciscano. Á la sombra de aquellos sayales, no va á combatir contra los turcos: los tiempos han cambiado. El Sepulcro es un símbolo: sus piedras, en la lucha de las ideas, deben reconquistar sus rangos de supremos soles.

El monje abre un armario que, imponente, se antoja una metamorfosis del primitivo roble. Aparta espuelas, adargas, cruces, y ventea una espada que Monfort empuña. El acero siente al hombre de su lengua y de su estirpe; el frío de la empuñadura cede al fuego de los dedos. Deja de ser cosa estéril de tristeza inanimada. El tiempo la ha convertido en nube oscura, pronta á disparar el rayo.

Monfort olvida su violencia fulminante para abrir en los cuerpos anchas puertas á las almas fugitivas. Su ruda hoja de hierro se molifica y es cuerda. Cuerda del arpa de Moisés, conductor de pueblos, sobre el necesario cataclismo del Mar Rojo. Cuerda cuyos acentos hacen palidecer, porque tienen un eco del Dios que el Legislador oyó en las cumbres; cuerda que, sepultada en el monte Nebo, bajo el relámpago del caudillo muerto, resucita siempre que, con fe, se enciende como un faro el Arca de la Alianza.

El monje se la toma y la vuelve á su tumba de roble. El peregrino cree verla incrustarse en el árbol viviente del Libano. Piensa en los cedros de Ezequiel. Contempla el bosque bíblico animado por viento avasallador, en que vuelan grandiosas imágenes. Su corazón, entre los acentos, jura á su alma sacrificar á la fe su vida. Y el rumor,

con las armonías de los nuevos brotes, en que palpita el renacer de un mundo, acaricia la visión de gloria del sueño heroico de la espada!

V

Ha pasado un año. El poeta ha subido al Tabor, envuelto en nubes brillantes con algo del relámpago que arrojó el Maestro al transfigurarse; en el Sinai visitó el templo, y el viento le evocó en las cavernas la lengua magna del Pentateuco; en el Carmelo, entre viñas y olivares, saludó la sombra de Elías, y sobre los muros del convento, la bandera de Francia; en el Nebo asistió á la agonía de Moisés, vislumbrando la Tierra Prometida, y las montañas se le aparecieron, como cumbres de los hombres y pedestales de los profetas. Sustentaban el invisible puente de oro que va de la tierra al firmamento, y estudió con ardor las profecías, que son sus gradas resorantes, confesándose lo inútil de la exégesis, ante lo cierto por su realización, y lo inexplicable por su misterio.

Y después de oír en las voces de rudeza viril y cautivante, un eco del rumor de los robles evocados en el Santo Sepulcro, fuese á cultivar las rosas del Evangelio, que nacidas sobre esos troncos perfuman sus vigores con tierna gracia. Hizo amistad con los simpáticos habitantes de Belén, y bajó á las eras de Booz, celebrando los amores de Rut y el idilio precursor de la Encarnación, entre sus trigales, única sonrisa de la pedregosa

Judea. Pensó que la estrella de los Magos, si no fuera cierta, hubiese sido creada por la exaltación de la mente, cuando se sufre como él sufría. Y siguiendo por las rutas las caravanas de camellos que le hablaban también de Gaspar, Melchor y Baltasar, llegó al Jordán y bebió de sus aguas. En aquellas soledades no había más ser humano que él, ni más voz que la del caudal en el remanso, y la del viento en los juncos. Le pareció que misteriosamente se precipitaba el río camino de la Eternidad, ofreciéndole al paso en cada murmullo una esperanza, y en cada esperanza una fuerza. Visitó la capilla del lugar en que Cristo dijera el *Padre-Nuestro* á los hombres, dejando con palpitación de alada ternura, el secreto de la enseñanza, á los labios de las madres. Vivió en Betania, donde el Maestro halló un hogar en su existencia vagabunda de ave expatriada, y donde llorando por primera vez, sobre Lázaro, su amigo, santificó el dolor humano. Recorrió las callejuelas de la Vía Crucis, entre el vaho de basuras y desperdicios, alfombras de los pavimentos que debieran consagrar mirras olorosas. Pasó en oración días enteros en el Huerto de los Olivos, dominando á Jerusalén y al valle, desde el monte empinado sobre las tumbas de Josafat. Buscó en el suelo los rastros del sudor de sangre, y en el aire los del ángel con el cáliz consolante. Y después de mirar, á la sombra de los montes de Moab, caer el Jordán en el mar Muerto, que cubre las ciudades malditas con su manto de amargura, remontó la corriente hasta el risueño lago de Galilea. Allí, donde las aldehuelas engendran luminosos ritmos con sus nombres, y los murmurios de los árboles acarician el silencio para que vivos se destaquen los recuerdos de Jesús, sintió, más que nunca, la convincente voz que preparó hondas borrascas, siendo en realidad la plenitud de la dulzura.

En todo eso palpitaba la imagen de la muerta. Ella le dió lo que tantas veces creyera fútil palabra, y que ahora

le estremecía desde las reconditeces inmateriales de su espíritu: la verdad de la Gracia. El dolor le había conducido á sus puertas y la campana de su tienda fabricóla un ángel con el bronce de un sepulcro. Después, lo embalsamó un pensamiento de profunda y misteriosa delicadeza. Aquélla que disipara su hastío, restituyéndolo ardiente y pujante á la vida; que lo sacó de las sensaciones de los sentidos y de la inteligencia para atormentar y embellecer su corazón con los fuegos y frescuras del amor; que le arrancó á su aislado estetismo sugiriéndole el anhelo de una tierna familia; y le volvió la ambición de conquistar imperios, que tuviesen para su frente, flores con luz de estrellas y estrellas con aromas de flores; aparecióse semejante á una celeste amiga maridada por la muerte. Y, lejana, le murmuraba: "Nuestro reino no es ya del mundo"; y como no la había conocido después de su casamiento, la consideraba, aun siendo su esposa, como su novia ante lo Absoluto. Y así la amaba, cual Petrarca á Laura, Tasso á Isabel, Dante á Beatriz, bajo un nimbo de inmaculadas nieves seráficas, dichoso en su dolor, por recibir de Andrea lo que buscara siempre en vano: el dón sereno del agua, que sin tortura inquietante, refleja lo infinito, y hace que sea su azul también una armonía.

Ha pasado un año. Al borde del desierto de San Juan vive el poeta. Reside en la casa del Bautista. Su celda da sobre el jardín, que tiene una cisterna. Un pedazo de claustro lo guarda de la intemperie; y los olivos al sol, con sus cenizas convertidas en diamantes, oponen como brillos acuáticos á la obscuridad de las piedras vetustas, mientras el esquilón de la torre desgrana de su bronce notas de cristal, teniendo en el cuerpo la sombra de los muros, y en la voz la juventud de las hojas.

Al pie de los altares, en el templo del Bautista, surge un vivo manantial que acaricia las oraciones, y desde su terraza se domina el valle donde cayó Goliath al golpe de la mano que esgrimía la honda y pulsaba el arpa, famosa así

en las violentas piedras como en los dulces acentos. Resplandecen los guijarros, al par que las higueras, sobre sus tintes amarillosos, arrojan sombras en que palpitan, aunque no se vean, las alas de las parábolas. Los montes tienden su herradura, de crestas calcáreas, ásperos hoyos y espeluncas siniestras, dejando caer sobre la procesión de los olivos erizamientos de rocas. Pero abajo hay siembras que empiezan á lucir sonrisas de tan suaves colores, que se creen sus savias, más arrancadas al cielo azul que á la tierra hosca. Los hombres de Ain-Karín trabajan empeñosos á las órdenes del caballero desconocido: los muchachos juegan entre las mieses; las mujeres conducen las ánforas inclinadas con elegante habilidad sobre el peinado, y dan de beber á los labradores, que, alabando la frescura y el ardor, en nombre de la fecundidad, bendicen con regocijo el sol y la fuente.

A un paso se levanta la cripta de una construcción donde se asilarán los mendigos de Jerusalén al amparo de arcos góticos de Francia. Monfort ha elegido aquel sitio para emplear así parte de sus bienes, y junto á la casa de San Juan desea laureles, que brillen y se impongan, regados por las aguas del bautismo. Allí esperará la tragedia incontenible predicha por Alcántara, hasta que, sobre las inevitables ruinas, se levante de las catacumbas la fe de la Iglesia plenamente evangélica, lanzando entre la angustia de los hombres la única voz posible de concordia. El ardor místico español, y el épico francés, y el estético italiano, se compenetran en él, cual si de su raza, nacida para creer, fuese un viviente símbolo. Sobre las próximas llamas, de odio y de guerra, en días con reflejos de Apocalipsis, él será uno de los soldados del Cristo que al fin enviará sobre el mundo el Espíritu Santo. Y luchará como los antiguos caballeros, hospedando á la dama de su corazón, fúlgida y mística, en su mente. En tanto, con el ceñidor puesto y el báculo pronto, sintiendo con lo noble y elevado palpar en su sér júbilo semejante al de las eras

cultivadas, esparce con Beltrafio la dulzura, el placer del bien, la virtud de la plegaria.

Y aquella tarde que cae, amanece en su vida como una aurora. Acaba de llegar de Jerusalén con el cuerpo transportado de su amada. Los monjes colocan entre cantos á la muerta de Constantinopla en su tumba definitiva. Allí en la cripta quedará como piedra angular de la casa de esperanza, donde Alcántara fundará una escuela de monjes científicos, y Beltrafio traerá á pobres y á leprosos, y Brienne le dará la comunión, cual si en vez de patena apoyase su barba en un antiguo escudo... Cantan el *De Profundis*. Monfort domina sus sufrimientos. No desea abismarse sino en alta vida espiritual, y el terrible canto, entre el brillo de las antorchas, le echa semillas de futuras flores que soñarán con alas.

En el chispear de un segundo, pasa por su imaginación un lejano templo: su familia lo rodea, y sobre las colgaduras negras, en un deslumbramiento, aparece el nombre del conde Pedro de Monfort. No es la muerte, es la vida de la primavera lo que el sol derrama entre los cristales; va á empezar el mes de María, y palpitan los altares con el juvenil fulgor del ámbito azul. Los jardines de Poitiers han volcado allí sus flores; y es bella la cita que se dan las rosas cortadas de los tallos, con los rayos desterrados del cielo; y los colores parecen contentos, porque al marchitarse se visten de sol, y el sol más contento, porque al morir se perfuma. Ah! ni él, ni los circunstantes toman parte en el *Oficio de Difuntos*, y evocan sólo al muerto, para mirarlo vivo, mientras les molesta el olor de los cirios y el vaho de las coronas!

Ahora la voz de los monjes le sacude, resonando, más que en la bóveda, en su alma, y la niña que evocara entonces corriendo por un parque, transformada en mujer, lejos de las rosas de Francia, yace inerte á sus pies, cubierta por los nardos de Palestina. ¡En las relaciones del azar y del destino cuánto misterio! El coro de los frailes

modula la Antífona, mezclando voces graves y afiladas, que funden, al clamor de la sed que asciende, la bendición del rocío que baja: *La misericordia está en el Señor y en su mano la Redención...* He ahí la última palabra, que debe en su amargura vibrar como inicial de un himno. ¡Redención en la vida! ¡Redención en la muerte! Por ella, desde el amanecer hasta la noche, esperará á semejanza de Israel; por ella, su pesar es fortaleza y en el fondo de sí mismo encuentra su verdadera alma; por ella, desaparece el desequilibrio de su Inquietud, hallando forma definitiva su anhelo de Infinito y su afán de Absoluto. Por ella, estallan y se agitan, lo mecen y lo exaltan todas las lenguas sonoras de las campanas de cristal y bronce, de sus primeras Pascuas. Y avanza entonces hasta la que fué el camino, y se inclina sobre la hija de España, como un hospitalario de Francia, saludándola con versos italianos: “Consérvame ¡oh mujer! tus magníficos dones, á fin de que mi alma, que sanaste, abandone su cuerpo siendo agrapable á tus ojos.”

Yergue la cabeza. Busca sorprenderla, como el Dante, idealizando sus propios dolores entre los bienaventurados de la Rosa del Paraíso, y sólo encuentra los astros del Oriente. Centellean á través de los tragaluces, como diamantes de azurados brillos, mientras un extraordinario lucero despide perceptibles destellos rojos. Cubren el firmamento hasta la raíz de los horizontes. Las murallas, antes fuertes, están destruídas, despobladas las ciudades, los valles pensativos y desolados; pero el cielo, inalterable, viste manto de fabulosas pedrerías: al irse la lumbre del sol con grandioso recogimiento de plegaria mental, enciende allí para cada recuerdo santo de la tierra, martirios, caridades, misericordias, una estrella. Y en millones cintilan, misteriosas, por cubrir la cuna de Adán y el sepulcro de Cristo, las cumbres donde se inspiraron los profetas y las cavernas donde duermen los ermitaños, la capa ruda de los sitios malditos y los collados graciosos de las

mirras bíblicas. Mientras el mundo se afana, bulle y se enardece con fiebres espoleadas por la sangre hirviente, esa comarca del Asia medita enigmática en pavoroso silencio. Monfort, bajo su influjo, deja que su alma, arrebatada por el coro de los monjes, que se extingue, tienda su ala de amor sobre la tumba de sus dolores. Después, cree ver que los astros fascinantes, con ojos vivos, llenos de fuerzas, ansiedades y ternuras, miran fijamente á Jerusalén, para que el planeta se repliegue sobre su centro, y no salte de su inmortal rumbo divino!

FIN

